MAX HASTINGS

GUERREROS

RETRATOS DESDE EL CAMPO DE BATALLA



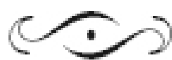
DESPERTA FERRO EDICIONES

MAX HASTINGS

GUERREROS

RETRATOS DESDE EL CAMPO DE BATALLA





«Sensacional e iluminadora colección de vidas de extraordinarios soldados contadas con sus luces y muchas sombras por un maestro de la historia militar. Un placer y una revelación cada una de sus páginas. Imprescindible. ¡Tres hurras por Max Hastings!».

Jacinto Antón, *El País*

«Hastings combina su consumada habilidad como escritor con pasajes de brillantez descriptiva para proporcionar un libro para cualquier lector. Sus guerreros son una mezcla de improbables supervivientes de combate, con sus hazañas retratadas de manera muy gráfica y con sus defectos de carácter descritos con gran viveza. Capta el compromiso de los hombres y mujeres al servicio del combate que ejecutaron fielmente la política de cada gobierno de la época, con un lenguaje poderoso pero eminentemente comprensible. Es un libro escrito para entretener».

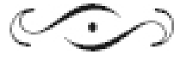
Sunday Times

«Un libro maravilloso. Irónico, perspicaz y atractivo, deja al descubierto la curiosa mezcla de rasgos del carácter, buenos y malos, que un guerrero de éxito requiere».

Sunday Telegraph

«Hastings ha destilado más de cuarenta años de estudio y observación personal en quince ilustrativos retratos. Es un "relato entretenido más que académico"; el objetivo es "tanto divertir como informar" y, como siempre, Hastings logra ambas cosas».

The Guardian



GUERREROS

MAX HASTINGS

GUERREROS

RETRATOS DESDE EL CAMPO DE BATALLA



Guerreros
Hastings, Max
Guerreros / Hastings, Max [traducción de Antonio Carrasco Álvarez].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020 – 432 p. ; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.
D.L: M-9020-2020
ISBN: 978-84-121053-3-9
94 355.48
929 (092)

GUERREROS
Retratos desde el campo de batalla
Max Hastings

Título original:
Warriors. Portraits from the battlefield

ISBN: 978-0-00-719885-6

Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-121053-3-9

Traducción: Antonio Carrasco Álvarez
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro y Antonio Muñoz Lorente
Revisión técnica: Javier Gómez Valero
Producción del ePub: booqlab
Todas las imágenes son de dominio público

Primera edición: octubre 2020

Para el profesor *sir* Michael Howard, CH ., MC ., [1]
guerrero ocasional, maestro perenne.
Con cariño y admiración, como siempre.

[1] Abreviaturas de Order of the Companions of Honour (Orden de los Compañeros de Honor) y Military Cross (Cruz Militar), respectivamente.

Índice

Introducción

Esta es una obra de la vieja escuela o, como poco, un libro que trata de la guerra en un estilo que está pasado de moda, porque su objeto de estudio son las personas en vez de las «plataformas de armamento», ese horrible neologismo que se usa como sinónimo de carros de combate, navíos y aviones. Pone el foco en las experiencias de algunos individuos notables que dejaron su impronta en los conflictos de los últimos doscientos años. Es probable que los modernos señores de la guerra, como el exsecretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld, no lo encontrasen interesante, ya que está centrada en aquellos aspectos de la experiencia bélica que les son ajenos, esto es, en personas de carne y hueso en vez de en máquinas hechas de cables y metal. En la vida civil, las personas con una cierta afinidad por la violencia resultan incómodas en el mejor de los casos y, en el peor, amenazadoras. En tiempos de paz, los guerreros están mal vistos en las sociedades democráticas, como solía recordar Kipling; a Nelson le gustaba citar el epigrama del poeta y panfletista del siglo XVII, Thomas Jordan:

Our God and sailor we adore,
In time of danger, not before;
The danger past, both are alike requited,
God is forgotten, and the sailor slighted.

[Adoramos a nuestro Dios y al marino,
solo en tiempos de peligro,
pero cuando aquel ya ha pasado
de Dios nos olvidamos, y al marinero ignoramos].

Ahora bien, todos los países tienen la necesidad de que haya guerreros que defiendan sus intereses nacionales, que sirvan para aplicar la violencia de forma controlada conforme a unas reglas preestablecidas. En tiempo de guerra, los militares pasan de pronto a ser valorados y se convierten en celebridades –o, al menos, así fue hasta hace relativamente poco tiempo–. Apenas un puñado de los que entran en combate se convierte en héroes, mientras que la mayoría descubre, incluso aquellos que se han presentado voluntarios para el servicio, que al verse en peligro de muerte prefieren optar por comportamientos que optimicen sus posibilidades de sobrevivir en vez de por los que les harían ganar una medalla. Esto no significa que sean cobardes y, de hecho, la mayoría cumplen escrupulosamente con su deber. Sin embargo, son reticentes a dar un paso al frente, a hacer ese esfuerzo extraordinario que sí se puede observar en los soldados que ganan las guerras para sus países. Una de mis historias favoritas de la Segunda Guerra Mundial es la de Stan Hollis, sargento mayor de los Green Howards [1] . El Día D, el 6 de junio de 1944, y en los combates posteriores, Hollis atacó en tres ocasiones distintas posiciones alemanas que habían detenido el avance de su batallón. Armado con su subfusil Sten y granadas de mano, las asaltó en solitario y mató o hizo prisioneros a los defensores. Años más tarde, el coronel que entonces mandaba el batallón me contó acerca del sargento mayor, que milagrosamente había sobrevivido para recibir su Cruz Victoria y regentar un *pub* en Yorkshire hasta su jubilación: «Creo que Hollis era el único hombre entre todos aquellos que conocí en 1939-1945 que pensaba que ganar la guerra era su responsabilidad personal. Todos los demás, cuando sabían que se estaba preparando alguna puñetera misión, solían mascullar: “Por favor, Dios, ¡que sea a otro pobre pringado a quien le toque!”».

Todo ejército, para triunfar en el campo de batalla, necesita que existan unos cuantos sargentos mayores Hollis, individuos capaces de mostrar coraje, iniciativa o liderazgo más allá de lo normal. Pero ¿qué es lo normal? Es un concepto que ha ido evolucionando a lo largo de la historia y de forma especialmente radical a partir de la segunda mitad del siglo XX con el triunfo de lo que hemos dado en llamar «civilización». Sin embargo, eso no significa que las sociedades actuales sean más benévolas hacia sus oponentes que las del pasado, sino más bien lo contrario, pues emplean armas cada vez más

devastadoras para aniquilarlos. En contrapartida, los soldados occidentales demuestran una reticencia cada vez más acusada a la hora de asumir riesgos o sobrellevar penalidades, en consonancia con las costumbres dominantes en sus sociedades. Mientras que un soldado griego o romano combatía cuerpo a cuerpo durante horas, con armas blancas, sajando carne, huesos y órganos, hoy las armas de fuego modernas son capaces de infligir heridas igual de terribles que aquellas, pero el acto es mucho menos íntimo. «¿Qué significa entrar en combate? –se preguntaba el piloto de la Primera Guerra Mundial, V. M. Yeates–. No hay rabia, ni sed de sangre, ni esfuerzo, ni te quedas agotado y sin aliento; solo un suave movimiento con las palancas [de mando] y el tableteo de las ametralladoras». Esta falta de esfuerzo físico en el acto de matar, cuya novedad apuntaba Yeates en 1918, es cada vez más notoria entre los combatientes de las democracias occidentales y, hoy por hoy es, de hecho, prácticamente universal, excepto entre algunas unidades de infantería. Antiguamente, el guerrero creía que su vocación militar era algo noble, en parte porque aceptaba que matar conllevaba la posibilidad de morir, aunque tampoco hace falta exagerar la caballerosidad, ya que, en última instancia, a lo que cualquiera de ellos aspiraba era a eliminar al enemigo mientras que él salía con vida. Pero, al mismo tiempo, el hecho de aceptar que podías morir –o que tu bando podía sufrir elevadas bajas– era algo que se daba por sentado, algo que hoy no sucede. Las operaciones de baja intensidad características de las contrainsurgencias modernas todavía pueden provocar pérdidas dolorosas para un ejército occidental, pero la realidad es que cuando los planes siguen el curso previsto, en grandes operaciones convencionales como las invasiones de Irak o Afganistán o la campaña de bombardeos en Kosovo, los objetivos se consiguen sin que las potencias tecnológicamente dominantes sufran bajas significativas. El bando perdedor sí que tiene que soportar un gran número de muertos y heridos, pero mientras que las bajas que sufren los ejércitos occidentales sí que provocan intervenciones de la oposición en los parlamentos, las de los vencidos pasan desapercibidas para la opinión pública. Hemos vuelto al modelo de conflicto colonial decimonónico: «Nosotros tenemos la ametralladora Maxim; ellos, no»; o, en el contexto del siglo XX: «Nosotros tenemos chalecos antibalas capaces de detener un disparo y tanques que son invulnerables a armas obsoletas».

En la época napoleónica se esperaba que un soldado fuera capaz de aguantar a pie firme las descargas de fusilería del enemigo a una distancia de entre veinte y treinta metros, por lo general sin protegerse con parapetos o trincheras, mientras permanecía impávido en formación y disparaba y recargaba su mosquete. Las tácticas pensadas para minimizar el riesgo físico de los soldados eran poco habituales. De hecho, no estaban exentas de polémica cuando se utilizaban, como sucedió, por ejemplo, con las discusiones que provocó que Wellington ordenase a su infantería que se tumbase cuerpo a tierra con el fin de reducir el impacto del bombardeo francés en Waterloo. Es necesario entender que, en la época, aquellos que querían conservar su reputación de valentía entre sus pares estaban obligados a aceptar riesgos que los soldados actuales considerarían intolerables. Muchos veteranos de las contiendas de Napoleón tuvieron que demostrar su determinación a la hora de encarar los terrores del campo de batalla en docenas de enfrentamientos a lo largo de casi veinte años de guerras incesantes, para demostrar su valentía ante sus iguales. Por su parte, los soldados de la Guerra de Secesión estadounidense tuvieron que hacer frente, al igual que lo habían hecho los soldados de Napoleón o Wellington, a masivos intercambios de disparos, pero con la particularidad de que los avances tecnológicos en las armas utilizadas hicieron que batallas como Gettysburg o la campaña del Wilderness fueran ordalías incluso más terribles que las experimentadas por los soldados europeos cincuenta años antes. Aunque el enfrentamiento entre los estados americanos duró menos que los conflictos europeos de principios del siglo XIX, se cobró una tasa de víctimas superior a la de cualquier conflicto de la historia de Estados Unidos, si bien es verdad que muchas bajas lo fueron por enfermedad.

El final del siglo XIX marcó la desaparición de la ética guerrera dominante desde el principio de la historia, y que veía la guerra como una actividad propia de las élites, a la vez que una oportunidad de empleo para las clases menos favorecidas. Winston Churchill, por entonces un joven corresponsal de guerra, fue quien mejor supo describir el final de la época del caballero aventurero, en uno de sus típicamente ampulosos despachos enviado desde el cuartel general de Bullers en Sudáfrica, en febrero de 1900:

El soldado, se conforma con poco, duerme profundamente y se levanta con la estrella del amanecer; se despierta eufórico de cuerpo y de alma, sin gran esfuerzo y sin bostezar apenas. No hay momento del día más perfecto que este, cuando encendemos el fuego y, mientras esperamos que la tetera empiece a hervir, vemos cómo las oscuras sombras de las colinas empiezan a tomar forma, definición y finalmente color, sabiendo que ha comenzado un día completamente nuevo, lleno de oportunidades y aventuras y libre de toda inquietud. Todas las preocupaciones desaparecen. Porque, ¿quién puede estar preocupado por las vanidades cotidianas cuando puede morir antes de que caiga la noche? El que ayer estaba entre nosotros –mirad, una solitaria taza de café en el rancho– hoy se ha ido para siempre. Y mañana puede pasarnos a nosotros. ¿Qué importan los malentendidos y las discusiones? ¿Qué más da si Fulano de Tal es un envidioso y un rencoroso? ¿Qué si hay terribles obstáculos que te impiden alcanzar tus metas, o que el barro de lo real manche tus más elevadas fantasías? Aquí la vida misma, la vida en su momento más perfecto y pletórico, espera el capricho de una bala. Ya veremos cómo se nos da el día. Todo lo demás puede esperar, tal vez para siempre. La existencia nunca es tan dulce como cuando está en peligro. La brillante mariposa revolotea a la luz del sol, dice la filosofía de Omar Jayam, pero sin la resaca.

Pocos disfrutaron las contiendas del siglo XX tanto como Churchill había gozado con sus aventuras con, por ejemplo, la Fuerza Expedicionaria de Malakand en la frontera noroeste de la India en 1897. Las guerras mundiales infligieron tales horrores a la humanidad que se volvió inaceptable hasta para el guerrero más entusiasta reconocer la guerra como un simple pasatiempo, aunque los soldados, marinos y pilotos profesionales todavía agradecían las oportunidades de ascenso que ofrecía. Un oficial de carrera que en tiempo de paz podía tardar veinte años en ascender desde teniente a coronel, podía conseguir lo mismo en un par de campañas con un poco de suerte y habilidad. Sin embargo, la mayoría de los participantes eran civiles reacios, reclutados por el ejército para soportar experiencias que les resultaban odiosas, incluso aunque asumían que su deber era soportarlas. Pocos ciudadanossoldado escribieron a

casa desde el norte de África o el Pacífico con el exuberante entusiasmo de Churchill.

La caída más drástica del «coeficiente de valentía» entre los ciudadanos de las democracias occidentales, es decir, su presunta tolerancia a las condiciones propias de un conflicto, tuvo lugar en el periodo de entreguerras. En el enfrentamiento armado de 1914-1918, los combatientes de todas y cada una de las potencias beligerantes tuvieron que aceptar unos sacrificios que les habrían granjeado el respeto y la admiración de los soldados de Napoleón o de Grant. Una generación más tarde, en 1939-1945, los generales angloamericanos se vieron obligados a aceptar que no podían exigir la misma abnegación de sus hombres. La forma en la que se condujeron las campañas, especialmente en el Frente Occidental, reflejaba la preferencia de los aliados por la potencia de fuego más que por el factor humano, una mayor tolerancia hacia la idea de «fatiga de combate» o el «agotamiento de batalla» como patologías médicas reconocidas y una cierta reticencia a continuar operaciones que causaran bajas demasiado numerosas. Si bien algunas unidades de los aliados occidentales padecieron experiencias espantosas en la Segunda Guerra Mundial, solo en los Ejércitos japonés, soviético y alemán se exigía de forma rutinaria a sus soldados que hicieran sacrificios comparables a los padecidos por los contingentes de épocas pasadas. Es interesante señalar que el comportamiento «fanático» entre sus enemigos, que tanto disgustaba a los soldados norteamericanos y británicos de 1939-1945, habría sido considerado normal entre sus propios antepasados: la determinación de cumplir órdenes que eran probablemente suicidas. Patton, Brooke, Alexander, por no mencionar al mismo Winston Churchill y otros oficiales británicos y norteamericanos, se quejaban de que sus hombres no tuvieran la misma capacidad de sacrificio que la generación de sus padres, que soportó el peso de la guerra contra el káiser. Las reglas del juego habían cambiado.

Uno de los tropos comunes a todas las civilizaciones, desde la Antigüedad hasta prácticamente nuestros días, es que hay pocas cosas de la condición humana que sean más admirables que el valor físico, y es que, a lo largo de miles de años, en toda sociedad dominada por códigos de honor guerreros, esta cualidad ha sido más valorada que la inteligencia o el valor moral. En *Las cuatro plumas* (*The Four Feathers* , 1902), la novela de aventuras clásica de A. E.

W. Mason ambientada en la década de 1880, se narra la historia de un sensible oficial del Ejército británico que se da de baja en el mismo porque prefiere permanecer en Inglaterra y disfrutar de la tranquila vida campestre en compañía de su adorada prometida, antes que acompañar a su regimiento al Nilo y masacrar derviches. Ella se une a sus compañeros oficiales y le entrega una pluma blanca como símbolo de su «cobardía», de modo que el protagonista se ve obligado a realizar extraordinarios actos de valor con el fin de recuperar su cariño. En cierto modo, siempre me pareció una historia con un mensaje perverso, ya que el héroe termina contrayendo matrimonio con una criatura tan necia como para preferir que su amado se arriesgara a perder la vida en el campo de batalla antes que aceptar su naturaleza poética y, con ello, demostrar su incapacidad para ser una pareja digna de confianza, más interesada en el valor físico que en la inteligencia. Sin embargo, *Las cuatro plumas* reflejaba con viveza los valores de su época. Una de las consecuencias del exagerado respeto de la humanidad hacia la «valentía» es que algunos individuos extraordinariamente estúpidos hayan alcanzado puestos de responsabilidad tan solo por su predisposición a poner en riesgo su propia vida, mientras que su necedad ha provocado bajas innecesarias. Napoleón, por ejemplo, ascendió con frecuencia a oficiales valientes, pero poco inteligentes, por encima de sus capacidades, de modo que los ataques frontales contra las líneas enemigas le costaron al Ejército Imperial miles de bajas que podrían haberse evitado. El general *sir* Harold Alexander [2] era el favorito de Churchill por su valentía, apostura y maneras aristocráticas. «Alex» parecía un guerrero perfecto, de modo que el primer ministro ignoraba su notoria pereza y limitada capacidad intelectual.

En la Guerra de Corea, en 1951, un oficial menos famoso pero también «valiente como un león» según uno de sus camaradas, y que había mandado un batallón en el Frente Occidental en 1944-1945, fue relevado del mando de su brigada cuando sus subordinados presentaron una queja formal ante el general de la división. Este oficial, condecorado con dos DSO (Distinguished Service Order [Orden del Servicio Distinguido]) había ordenado lanzar un asalto frontal contra las posiciones chinas. No era capaz de entender que las reglas de la guerra habían cambiado. Cien años atrás, el escritor estadounidense Ambrose Bierce podía recomendar a los ambiciosos soldados profesionales:

«Intenta en todo momento que te maten». Pero, se mire como se mire, la realidad es que aquellos que están emocionalmente dispuestos a seguir un consejo así son unos necios. Mientras que la valentía es una cualidad positiva en un oficial, si no está unida a la inteligencia el resultado suele ser mortal para sus hombres. Uno de los problemas históricos de la caballería británica, incluso durante la Segunda Guerra Mundial, era su obsesión por cargar primero y pensar después. Ningún guerrero debería ser ascendido simplemente porque es valiente. Una condecoración es una recompensa mucho más adecuada para un soldado hábil y motivado y es preferible que continúe en un puesto en el que pueda aprovechar esas virtudes, que ser ascendido a un rango que le viene grande por el mero hecho de ser más hábil que otros a la hora de matar.

Es difícil exagerar el impacto que las gestas militares han tenido en las sociedades, en especial entre los jóvenes, que son los que están peor preparados intelectualmente para compararlas con otro tipo de virtudes. Cuando leí *Stirring Deeds of the Great War* [Hazañas bélicas de la Gran Guerra], publicado en la década de 1920, yo era un chaval que todavía iba al colegio; ese tipo de historias, que llevaban publicándose desde la época victoriana y que continuaron haciéndolo hasta más o menos la década de 1960, mostraban la guerra como una extensión de los deportes escolares, como una especie de partido final en el que aquellos jóvenes que hicieran gala de la fibra moral necesaria ganarían para su país el trofeo en disputa. Eran libros pensados para motivar a las nuevas generaciones de jóvenes ingleses y estadounidenses a emular las hazañas de sus antepasados. Las ilustraciones de *Stirring Deeds of the Great War* dejaban una huella indeleble entre los más impresionables. Recuerdo una titulada: «La aterradora carrera del teniente Smyth con las bombas», en la que aparecía un joven oficial que cargaba con una caja de granadas mientras atravesaba corriendo la tierra de nadie en medio de una tormenta de fuego y acero, una acción por la que recibió la Cruz Victoria. Era una época en la que la idea que el público tenía del heroísmo estaba centrada en las hazañas bélicas, de modo que, hasta bien entrada la década de 1960, aquellos guerreros que habían demostrado su valor en los campos de batalla en los que los británicos se habían enfrentado contra los alemanes en alguna de las contiendas del siglo XX eran tratados con extraordinario respeto, incluso si estaban en la ruina.

Puede decirse que imaginar la guerra como un deporte era una forma de prostituir el valor de los soldados en pos de una agenda nacionalista de dudosa ética y no cabe duda de que era inmoral. Sin embargo, también es cierto que en los pasados treinta años más o menos, el término «héroe», una de las palabras más hermosas que tiene nuestra lengua, se ha desvirtuado por completo. La admiración que antes sentía el público hacia los guerreros ahora la siente hacia estrellas y celebridades, en muchos casos por logros insignificantes. El heroísmo bélico ocupa un puesto secundario en la escala moral de las sociedades occidentales. El valor marcial ha pasado a ser algo secundario en nuestras sociedades, en parte porque las guerras en las que la existencia misma del Estado estaba amenazada forman parte del pasado, pero también, por desgracia, por culpa de la sospecha y falta de entusiasmo con la que un porcentaje significativo de los ciudadanos occidentales del siglo XXI observa cualquier tipo de conmemoración de los éxitos militares de su país. Nuestra época es, por fortuna, una era pacífica –a pesar de Al Qaeda, nuestros antepasados habrían considerado nuestros tiempos como excepcionalmente privilegiados en lo que a paz se refiere–, en la que la ciudadanía a lo que aspira es a vivir segura. La consecuencia es que la admiración que se siente hacia aquellos a los que les gusta vivir peligrosamente sea menor que épocas pasadas. La mayor parte de los protagonistas de este libro habría considerado una vida sin riesgos como algo incomprensible, afeminado y absurdo; se habría quedado estupefacta al enterarse de que la opinión pública moderna está convencida de que si un gobierno hace su trabajo correctamente hasta en medio de una guerra, las tropas no sufrirán ningún daño.

El que los ciudadanos consideren que el valor no se limita exclusivamente, ni siquiera principalmente, al ámbito militar es un avance histórico, pero no deja de ser descorazonador la aparente incapacidad de los medios de comunicación para diferenciar entre un héroe y alguien que simplemente es víctima de una experiencia aterradora. Cualquier persona razonable sabe que un héroe es un individuo que, de manera consciente, elige arriesgar o incluso sacrificar su vida por un bien superior; sin embargo, la prensa no dudará en describir como «héroe» al piloto que consigue aterrizar con éxito un avión lleno de pasajeros, o a un grupo de personas que tras varias horas atrapadas en un ascensor no muestran síntomas de colapso psicológico cuando por fin son

rescatadas. En realidad, por supuesto, estas personas son sencillamente víctimas pasivas de una desgracia. Si no se dejan llevar por el pánico es principalmente para salvar sus vidas y, solo como un efecto secundario, las de otros. A un individuo le basta con haber servido en un teatro de operaciones cualquiera, incluso en puestos que no son de combate, o en operaciones en las que la superioridad es tan abrumadora como la de los aliados en Irak en 2003, para que los medios de comunicación añadan la coletilla «héroe de guerra» a cualquier noticia relacionada con él, tanto si es la de un divorcio, un accidente de tráfico o un obituario. Esto es una aberración. La palabra «héroe» debería estar igual de protegida que lo está cualquier especie en peligro de extinción.

Es más frecuente encontrar casos de valor físico que espiritual, ya que no es habitual que el coraje moral sea apreciado en su justa medida, aunque es algo más habitual entre las mujeres que entre los hombres. Los jóvenes son más propensos a afrontar conductas de riesgo; es más, a lo largo de la historia estos comportamientos han sido reforzados por la práctica de deportes «de riesgo», con la intención tácita o explícita de prepararlos para la guerra. La caza del zorro, por ejemplo, que exigía una gran bravura por parte del «empujador», [3] articuló el *ethos* del ejército de Wellington mucho más que el campo de deporte de Eton. [4] Jóvenes como Harry Smith, de la Brigada de Rifles, se unieron al Ejército británico en la península ibérica después de haber probado su valentía saltando centenares de vallas a lo largo y ancho de Inglaterra, lo que tal vez no hacía de él un oficial mejor o más inteligente, pero sí que le preparaba para prestar el tipo de servicio heroico que se exigía a los subalternos en el contingente de Wellington. No es casualidad que hoy, cuando ya no tenemos que hacer frente a enemigos externos en el campo de batalla, los socialistas ingleses hayan emprendido una vengativa cruzada contra la caza del zorro en Inglaterra. El deporte es reflejo de una cultura que desprecian, ya que las virtudes que ha promovido la caza les parecen superfluas a la par que salvajes.

El guerrero más digno de encomio es aquel que prueba su temple cuando está solo, sin contar con el apoyo de sus camaradas. El irónico relato de C. S. Forester de 1929, titulado *Brown on Resolution* (*Brown en Resolution*), [5] cuenta la historia de un marinero británico durante la Primera Guerra Mundial que se convierte en el único superviviente que no está herido cuando su buque es hundido por un corsario alemán en el Pacífico. Cuando el navío alemán ancla

en Resolution, una isla volcánica deshabitada, para hacer reparaciones, Brown consigue robar un fusil y escapar. El estoico protagonista, que ha sido educado en la idea de que uno debe cumplir con su deber sin importar las circunstancias, sabe que la consecuencia inevitable de sus acciones es la muerte, pero acepta su destino sin dudarlo. Al hostigar al navío alemán desde la costa, el solitario marinero consigue retrasar su partida el tiempo suficiente como para que un escuadrón británico lo intercepte y lo hunda con toda su dotación, mientras que el propio Brown cae herido de muerte y expira totalmente solo en el islote desierto. El elemento clave del relato de Forester, en lo que a nosotros nos atañe, es que nadie llega a conocer la hazaña de Brown ni lo que consiguió con su solitario sacrificio. La moraleja de la historia para cualquier guerrero digno de ese nombre es que la forma más perfecta de valor es aquella en la que un individuo entrega su vida por los demás sin esperar ninguna recompensa ni reconocimiento. A lo largo de la historia, seguramente se han dado muchos casos similares, que desconocemos por su propia naturaleza.

Otros muchos actos heroicos, sin embargo, fueron producto de una intención consciente de obtener ascensos o recompensas, entre ellos algunos de los que podremos leer en este libro. Los soldados normales suelen ver con recelo y antipatía a los aspirantes a héroe, a los guerreros entusiastas, a los «cazadores de chapas» [6] junto a los que se ven obligados a servir y, de hecho, las tropas suelen mostrar bastante hostilidad hacia los oficiales que consideran demasiado agresivos: «Me parece perfecto que quiera ganar una Cruz Victoria o una Medalla de Honor del Congreso –mascullan–, pero ¿qué pasa con nosotros?». Los mandos más respetados son aquellos que están dispuestos a cumplir con su deber, pero que a la vez se muestran decididos a hacer todo lo posible para que la mayoría de sus hombres vuelva a casa con vida, mientras que esos otros oficiales a los que parecen no importar las bajas son despreciados. Durante la Guerra de las Malvinas, por ejemplo, el coronel más popular entre sus hombres no fue el que acaparó los focos de la atención pública por sus hazañas, sino un oficial que, gracias a una meticulosa planificación y el uso de maniobras de distracción, seguidas por un audaz ataque de flanco, consiguió cumplir la misión sin apenas bajas.

Es habitual que los guerreros más célebres sean detestados por sus camaradas. Recuerdo que crecí idolatrando a Guy Gibson, quien como jefe de

ala capitaneó el ataque de la RAF contra las presas del Ruhr en 1943; sin embargo, mientras investigaba la ofensiva de bombardeos contra Alemania para otro libro, descubrí con asombro lo mucho que le odiaban algunos de sus subordinados: «Era un pequeño capullo que disfrutaba apareciendo de repente desde detrás de una tienda de campaña y pegándote una bronca por tener los botones desabrochados», contaba en 1978 uno de los artilleros, sin que los treinta y cinco años que habían pasado desde entonces hubieran disminuido ni un ápice su ira. No cabe duda de que la valentía demostrada por el teniente coronel Herbert Jones al frente del 2.º Batallón del Regimiento Paracaidista en la batalla de Goose Green, en las Malvinas, en mayo de 1982, se mereció la Cruz Victoria que le fue concedida a título póstumo, pero más de un compañero suyo en el Ejército británico consideró que el que se pusiera personalmente al frente del asalto contra las posiciones argentinas era la antítesis del papel que debía ejercer un jefe de batallón, así como la mejor prueba de que había perdido el control de la batalla. «H» Jones era un hombre apasionado, con la cabeza llena de fantasías de las acciones heroicas que aspiraba protagonizar, pero la realidad es que la mayoría de los hombres prefieren que quienes los dirijan contra el enemigo sean individuos más fríos y prudentes.

Es posible que un cínico llegara a la conclusión de que ese tipo de guerrero tan excitable es en realidad un tipo extremo de exhibicionista, y probablemente acertaría. Eso no significa que no sean dignos de admiración, pero sí que nos permite contextualizar el aparente altruismo de sus motivaciones. El famoso escritor y aventurero Peter Fleming escribió: «La aventura siempre ha sido un asunto egoísta […] El deseo de beneficiar a la comunidad nunca es la motivación principal [del aventurero]. Lo hacen porque quieren. Encaja con ellos; es su rollo». Lo mismo puede decirse de los guerreros más impetuosos. En una ocasión me contaron una historia de un valiente oficial que había realizado un acto de extremo heroísmo durante un combate en el norte de África en la Segunda Guerra Mundial; el propio oficial se la había contado a su pariente y, aunque le dejaba en un mal lugar, era lo bastante crítico consigo mismo como para no intentar ocultarlo. El caso es que después de la batalla el joven oficial se había dado cuenta de que varios compañeros suyos habían sido propuestos para recibir la Cruz Militar, mientras que al parecer él había sido

pasado por alto, de modo que fue a quejarse a su coronel; aquel no le dijo al joven teniente que en realidad había sido propuesto para la Cruz Victoria, que le fue concedida poco tiempo después. Esta anécdota pone en evidencia el hecho de que, en algunos casos, el heroísmo no es espontáneo, sino una búsqueda deliberada de reconocimiento público.

Todo ejército necesita un *ethos* que promueva este tipo de ambiciones, ya que la causa de la patria solo podrá prosperar en aquellos ejércitos en los que exista al menos un puñado de hombres que posean un excepcional sentido del deber –como era el caso del sargento mayor Hollis– o que sean extravagantemente adictos a la fama –el caso que mencionaba arriba del oficial que fue condecorado con la Cruz Victoria–. Esta minoría de guerreros natos tiene que estar siempre presente para compensar a la mayoría de los soldados, que están más preocupados por salvar sus vidas aunque eso ponga en peligro la victoria de sus fuerzas. Macaulay hacía que su Horacio se preguntara:

How can man die better
Than facing fearful odds,
For the ashes of his fathers
And the temples of his gods?

[¿Qué manera hay de morir
mejor que enfrentándose al destino
por las cenizas de sus padres
y los templos de sus dioses?].

Los mandos en los ejércitos occidentales han comprobado con preocupación que un número bastante escaso de hombres comparte una visión tan entusiasta. No dejan de ser un tanto hipócritas las críticas contra la actitud «fanática» o «suicida» de los soldados japoneses o alemanes durante la guerra, o incluso más recientemente hacia los terroristas suicidas que son frecuentes en la opinión pública en los países democráticos, cuando la realidad es que la mayoría de las principales condecoraciones, muchas a título póstumo, que conceden los ejércitos occidentales lo son en reconocimiento a hazañas bélicas

que es probable que concluyan con la muerte del guerrero que las lleva a cabo. Persuadir a un razonable soldado occidental de que debe arriesgar su vida es una tarea difícil, por lo que es lógico que les resulte tan alarmante a las sociedades democráticas tener que combatir a enemigos capaces de comportamientos mucho más agresivos que los que consideran «lógicos». Esto no significa aprobar el fanatismo, sino simplemente reconocer nuestra doble moral: un terrorista suicida islamista podría argüir que sus acciones habrían recibido un cálido aplauso si las hubiera ejecutado hace sesenta años contra la opresión nazi en Europa. Es frecuente que las citaciones aliadas otorgadas durante alguna de las dos guerras mundiales incluyan la expresión «con completo desprecio de su vida» en tono aprobatorio.

En la actualidad, la fórmula que se emplea para recompensar el mérito militar consiste en entregar una medalla o cruz de metal sin ningún valor intrínseco, pero a las que la sociedad ha convertido en objetos de deseo. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, sus más altas condecoraciones –creadas a mediados del siglo XIX– se conceden por actos de valor aislados, por acciones militares que apenas duran unos minutos. Sin embargo, y sorprendentemente, es infrecuente que tales distinciones patrióticas hayan sido otorgadas por muestras de valor constante y prolongado en el tiempo, tal y como se esperaba de forma rutinaria que mostrasen los soldados en épocas pasadas. La primera Cruz Victoria, de hecho, se concedió por una acción que podría ser considerada como simple autoprotección: durante la Guerra de Crimea, un marinero británico lanzó por la borda un proyectil a punto de explotar que había caído en la cubierta de su buque. Por su parte, en la Guerra de Secesión, el Congreso de Estados Unidos estuvo a punto de conceder una Medalla de Honor a todos y cada uno de los hombres de un regimiento, hasta que mentes más serenas hicieron ver lo absurdo de la propuesta y consiguieron frenar la iniciativa.

Un amigo mío que sirvió como oficial de infantería en Italia en la Segunda Guerra Mundial me comentó en una ocasión que, cuando se tienen veinte años, la idea de una «chapa» puede motivar a algunos hombres a realizar esfuerzos extraordinarios. La posibilidad de que se reconozca su valor con una medalla ha empujado a muchos guerreros a dar lo mejor de sí mismos y gracias a ello se han ganado batallas. El viejo refrán es correcto: «Solo el hombre que la

ha ganado sabe lo que vale una medalla». Todo veterano sabe que hay una diferencia entre una «buena» Silver Star (Estrella de Plata), DSO o la Croix de Guerre (Cruz de Guerra) –ganadas a base de coraje y liderazgo– y las que «vienen en las cajas de cereales», que frecuentemente no son más que premios entregados a oficiales de carrera con buenos contactos. Nadie duda de la valentía del general George S. Patton, pero no deja de ser chocante la poca vergüenza que demostró en ambas contiendas mundiales a la hora de pedir a sus contactos en puestos de poder que le concedieran medallas… y encima que se las dieran. También recuerdo el rencor con que un veterano de la RAF describía a su jefe de escuadrón [7] en 1943, al que muchos de sus hombres consideraban un cobarde y que, de hecho, llegó a reconocer en una ocasión sin ningún rubor en la cantina de oficiales: «Soy un piloto profesional. Mi intención es sobrevivir a la guerra». Sobrevivió, tomando toda clase de precauciones para conseguirlo, a pesar de lo cual los mandos de la RAF se preocuparon de que consiguiera su «chapa» antes de transferirlo a otro puesto. Poca gente con la que se cruzase más adelante habría tenido la más remota idea de lo relativamente fácil que habría sido para él ganar su DSO. Las nuevas generaciones, ignorantes de los matices de la cultura guerrera, pueden llegar a creer que simplemente el hecho de haber participado en operaciones militares convierte a un oficial en un «héroe de guerra».

Una de las estupideces más notorias cometidas por el gobierno de John Major fue su «reforma» de las condecoraciones militares de 1994. Históricamente, solo la Cruz Victoria se concedía con independencia de la graduación, mientras que en los demás casos, oficiales y tropa eran recompensados con condecoraciones diferentes. La reforma de Major al crear condecoraciones «no clasistas» no fue más que la decisión de un político populista intentando recuperar su dañada reputación. Su política pasaba por alto algo que sabe todo combatiente y es que las cualidades que se exigen de los oficiales y de la tropa son igualmente importantes, pero diferentes. Muchos soldados británicos que habían sido condecorados con la Distinguished Conduct Medal [Medalla de Conducta Distinguida] o la Military Medal [Medalla Militar], abolidas por las reformas de Major, se sintieron consternados. Hete aquí un político que jamás había vestido un uniforme entrando como un elefante en una cacharrería y destruyendo todo un

mecanismo de reconocimiento de méritos militares y, al mismo tiempo, cabreando por completo a los que están «en la línea de frente».

Mientras que muchas condecoraciones se entregan por actos de valor extraordinarios, otras son un cínico intento por parte del alto mando de consolar a un ejército derrotado o de animar a la emulación, al conceder recompensas por actos que, en realidad, son relativamente habituales. Así, por ejemplo, algunos pilotos de bombardero fueron condecorados –varios a título póstumo– por continuar en su puesto y mantener en vuelo sus aviones dañados, aun a riesgo de sus vidas, para que el resto de la dotación pudiera abandonar el aparato. Este era un comportamiento heroico relativamente frecuente, que se premiaba con condecoraciones para incitar a otros pilotos a imitarlo. El reconocimiento oficial de una hazaña es arbitrario, en buena parte porque depende de que haya testigos de confianza, normalmente oficiales, que redacten las citaciones y que hayan sobrevivido a la ordalía. Recordemos lo que pasaba en *Brown en Resolution.* En última instancia, todos los contingentes modernos aplican un burdo sistema de racionamiento a la hora de repartir condecoraciones, de modo que algunas unidades, bien por omisión bien de forma deliberada, son injustamente recompensadas mientras que a otras se las deja de lado, como todo soldado en activo sabe perfectamente. El mariscal del Aire [8] *sir* Arthur Harris, que era bien conocido por su desprecio hacia marineros y soldados de infantería, en una ocasión me recitó con socarronería la extravagante lista de la «chatarra» concedida por la Royal Navy después del sangriento raid contra la base de submarinos alemana en Zeebrugge en 1918 para que los infortunados supervivientes se sintieran mejor. Los mandos creen que es una buena idea convencer a los hombres de que, si bien no se puede ganar siempre, al menos unos pocos han sido lo bastante valientes como para evitar que el honor del grupo quede mancillado.

¿Qué es lo que empuja a algunos hombres a llevar a cabo hazañas extraordinarias? Charles Wilson, el médico personal de Churchill durante su gobierno y que había servido en Francia como médico militar durante la Primera Guerra Mundial, escribió más tarde *The Anatomy of Courage* (1945, *Anatomía del valor*). Wilson, que fue nombrado lord Moran, rechazaba la idea de que el valor es simplemente una cualidad que poseen algunos hombres, pero no todos; asimismo, argumentaba que no es una constante, como un ingreso

regular sino más bien como una suerte de capital inicial finito que depende de cada individuo y que tarde o temprano va a agotarse. Parece haber evidencias circunstanciales suficientes que apoyan la tesis de Wilson. En la Segunda Guerra Mundial al principio se creía que las unidades novatas irían transformándose en tropas cada vez más profesionales y eficientes según fueran adquiriendo experiencia en el campo de batalla; más adelante, sin embargo, al menos entre los aliados occidentales, se comprobó que la agresividad y utilidad de una unidad disminuía con el tiempo, ya que no se volvía más aguerrida –un cliché absurdo– sino refractaria al riesgo y se quedaba exhausta. Un veterano de Normandía me contó en una ocasión: «Combates mil veces mejor cuando no sabes dónde duele» o, dicho de otro modo, cuanta menos experiencia militar tiene un soldado novato, más probable es que ejecute acciones que no se le ocurriría realizar a un veterano.

Las historias incluidas en este libro son una reflexión acerca de la naturaleza del liderazgo, el valor, el heroísmo irracional y la ética guerrera. Algunos de los relatos son románticos, otros están marcados por la melancolía y mientras que algunos de nuestros protagonistas consiguieron triunfar en la vida, otros en cambio fracasaron. Me fascina la naturaleza del guerrero, aunque al analizar sus éxitos así como las tragedias que vivieron procuro no hacerme ilusiones acerca de ellos, y es que una actitud escéptica no creo que menoscabe el valor de esos hombres –y de dos mujeres– extraordinarios, si bien pone de manifiesto que tampoco es que me gustase compartir una isla desierta con cualquiera de ellos. En mi historia hay individuos de diferentes nacionalidades, pero la mayoría son anglosajones, que es con quienes me siento culturalmente más identificado. La mayor parte de los sujetos estudiados nunca llegó a mandar un ejército, solo lo consiguieron tres de ellos, y es que esta es una reflexión acerca de la naturaleza del guerrero, no del liderazgo militar.

Al principio, mi intención era incluir en el texto a personajes históricos como Leónidas, Aníbal o Saladino, pero al analizar la evidencia disponible llegué a la conclusión de que era demasiado contradictoria y parcial como para poder realizar un estudio serio de sus personalidades. El distinguido historiador de la Guerra de los Cien Años, Jonathan Sumption, señala que Walter Mannay, uno de los principales caballeros del rey Eduardo III, pagó a Froissart para que le hiciera propaganda en sus *Crónicas* . La evidencia histórica de la resistencia

de los espartanos en las Termópilas puede resumirse de la siguiente forma: Leónidas quizá existió y es probable que muriera allí en combate. Eso es todo, pero no es suficiente para el tipo de libro que quiero escribir. Así pues, me he centrado en la época moderna, en los siglos XIX y XX, y en aquellos individuos de los que tenemos información suficiente como para poder elaborar una semblanza creíble y, espero, entretenida. La selección es caprichosa, pero fue elaborada para ilustrar diferentes aspectos de la experiencia bélica en tierra, mar y aire a lo largo de los dos siglos precedentes. Algunos de ellos son todavía héroes nacionales, mientras que otros han perdido su lustre y han caído en el olvido, del que espero que este libro ayude a rescatarlos. Algunos pueden parecer antipáticos, mientras que otros fueron unos fracasados. Las personalidades y los destinos de los soldados son tan variados como los de cualquier otro tipo de vocación. En el libro dominan los soldados de infantería, aunque he incluido a un notable marino y a dos pilotos, que pueden ser descritos como el arquetipo del guerrero del siglo XX. Mi recopilación –que es, desde luego, solo un modesto análisis de una veta riquísima– también favorece a aquellos que dejaron memorias, autobiografías, diarios u otros escritos que nos permiten asomarnos a sus procesos mentales además de a sus acciones. La historia está, por tanto, injustamente desequilibrada a favor de los oficiales a costa de la tropa, y hacia aquellos mejor educados sobre los más ignorantes. Los aficionados a la historia naval pueden quejarse con justicia de que los marinos están infrarrepresentados, pero este es un retrato del comportamiento humano más que una narrativa histórica que busque el equilibrio entre las tres dimensiones de la guerra moderna.

Con frecuencia, algunos de los guerreros más notables eran individuos vanidosos o ignorantes, pero eso no quita que sus países no hayan tenido razones para estarles agradecidos por estar dispuestos a dar lo mejor de sí mismos cuando han necesitado echar mano de sus virtudes, aunque luego puedan haberse sentido molestos por sus excesos. En la actualidad, tendemos a premiar otras formas de valor que son tan merecedoras de respeto como las que muestran los soldados en el campo de batalla, pero eso no debería significar que olvidemos los méritos de nuestros antepasados. El alcalde de Londres ha declarado recientemente que la habilidad militar, sobre todo la mostrada en los conflictos coloniales, no debería ser objeto de admiración, por lo que ha

propuesto que se retiren las estatuas de los militares británicos de sus pedestales en Trafalgar Square. ¡Cuánto ha cambiado el Reino Unido! ¡Hasta qué extremo hemos llegado! Tal vez sea cierto que el que las estatuas de dos de los líderes militares menos dignos de admiración, el *earl* Haig y el duque de Cambridge, dominen los accesos a Whitehall es una de esas extrañas ironías de la historia, pero eso no significa que no sea grotesco el querer borrar de la memoria colectiva, en el más desvergonzado espíritu estalinista, una gran tradición militar.

Este libro está pensado para divertir tanto como para enseñar. Espero que los lectores disfruten con sus relatos de valor y picaresca. A pesar de sus limitaciones sociales y sus errores profesionales, el guerrero es alguien dispuesto a arriesgarlo todo en el campo de batalla, y en ocasiones perderlo todo, por motivos a veces egoístas o equivocados, pero normalmente nobles.

Max Hastings
Hungerford, Inglaterra y Il Pinquan, Kenia,
noviembre de 2004

1 N. del E.: El nombre con el que se conoce al Regimiento de Yorkshire. Este apelativo procede del siglo XVIII, cuando dos de los coroneles del regimiento ostentaban el apellido Howard (The Two Howards) y los soldados vestían guerreras de color verde.

2 N. del T.: *Sir* Harold Alexander dirigió la retirada de Birmania hacia la India.

3 N. del T.: *Thruster* en el original. Se refiere al individuo que en las cacerías de zorros galopaba al frente de la reala de perros, por delante de los demás jinetes y que, por tanto, no conocía los peligros que podía encontrar al saltar una valla. Era una posición de gran riesgo y honor, aunque no siempre apreciada por los demás jinetes, que veían a los *thruster* como una amenaza.

4 N. del E.: Hace referencia a una célebre frase de Wellington: «La batalla de Waterloo se ganó en los campos de juegos de Eton».

5 N. del T.: Juego de palabras en inglés. *Resolution* actúa tanto como nombre propio de la isla, como una reflexión acerca de la disposición (*resolution*) del individuo para cumplir con su deber incluso sin obtener reconocimiento público. C. S. Forester fue un novelista inglés más conocido por su saga de aventuras navales del capitán Hornblower, ambientada en la Guerra de Independencia americana y las Guerras Napoleónicas.

6 N. del T.: En sentido figurado, cazadores de medallas.

7 N. del T.: Rango equivalente al de comandante en el Ejército del Aire español.

8 N. del T.: Teniente general del Ejército del Aire, en España.

1
El fervoroso prosélito de Bonaparte

Las Guerras Napoleónicas dieron lugar a una rica producción de memorias, tanto británicas como francesas, de extraordinaria calidad. La obra de cada escritor es un fiel reflejo de las características nacionales de su país. No cabe duda de que nadie excepto un francés podría haber escrito las siguientes líneas acerca de su experiencia militar: «Puedo decir, creo, sin presumir, que la naturaleza me ha dotado de una buena dosis de valor; añadiré que hubo una época en la que disfrutaba del peligro, como, pienso, prueban suficientemente mis trece heridas y algunos distinguidos servicios». El barón Marcellin de Marbot fue el modelo en el que se inspiró el personaje literario del *brigadier* Gerard, de *sir* Arthur Conan Doyle: valiente, bravucón, inmune a la introspección y disfrutando sin inhibiciones de la experiencia de combatir al servicio de su emperador, desde Portugal hasta Rusia. Marbot era un guerrero de lo más entusiasta y compartía con otros muchos franceses de su tiempo la certeza de que no había empresa más gloriosa que combatir para Napoleón. Es difícil no respetar el valor de un soldado que con tanta frecuencia se enfrentó al fuego enemigo a lo largo de una carrera de servicio activo que duró más de cuarenta años, pero al mismo tiempo es complicado no sonreír socarronamente ante la vanidad y el patrioterismo que impregnan el relato de nuestro buen húsar, rico en anécdotas y en comedia, aunque esta última es a menudo involuntaria.

Jean-Baptiste-Antoine-Marcellin de Marbot nació en 1782, en Beaulieu, en la región de Corrèze, hijo de un hacendado de tendencias políticas liberales que llegaría a ser general en los ejércitos de la Francia revolucionaria. Al pequeño Marcellin se le conocía entre su familia con el apodo «el Gatito», por su cara redonda y su nariz chata. En los comienzos de la Revolución, Marbot fue alumno de una escuela local para chicas. Originalmente, estaba destinado para

seguir la carrera naval, pero un amigo de su padre le convenció de que la vida a bordo de un navío de guerra pudriéndose en algún puerto por culpa del bloqueo británico no era una buena opción para un joven con ambiciones, por lo que en 1799 consiguió entrar en un regimiento de húsares. El chaval de diecisiete años estaba encantado, y desde el primer momento presumió de su nuevo uniforme. Sin embargo, a su padre le preocupaba que fuera demasiado tímido y el hecho de que durante algún tiempo solía referirse públicamente a su hijo como «mademoiselle Marcellin» habría hecho las delicias de un psicólogo moderno. En aquella época se esperaba que todo húsar luciera un imponente mostacho como parte de su uniforme de campaña, así que al imberbe adolescente al principio no le quedó otra opción que pintarse los bigotes.

Marbot vio a Napoleón por primera vez cuando acompañó a su padre para que este ocupara un puesto en el ejército francés en Italia. En Lyon, para su sorpresa, se encontraron al héroe de las Pirámides, que se dirigía a París tras haber abandonado a su contingente en Egipto en busca de un trono, empresa que el general Marbot, un republicano convencido, se negó a apoyar. Fue en Italia cuando el joven Marcellin se ganó sus espuelas, al ser asignado a una patrulla de caballería que tenía la misión de capturar prisioneros austriacos. De repente, el sargento al mando dijo que estaba enfermo y regresó al campamento, momento que el joven húsar aprovechó para encabezar la patrulla: «Cuando me puse al frente de los cincuenta hombres que había llegado a mandar de forma tan inusual, siendo solo un simple soldado de diecisiete años, decidí mostrar a mis camaradas que, si bien no tenía demasiada experiencia ni talento militar, al menos no me faltaban agallas. Así que me puse resueltamente a su frente y marché en la dirección en la que sabíamos que se encontraba el enemigo». La patrulla de Marbot sorprendió a un destacamento austriaco, capturó los prisioneros que necesitaban y regresó triunfante a las líneas francesas, donde el autonombrado comandante fue recompensado con un ascenso a sargento, seguido poco después por una comisión como oficial. Sobrevivió al terrible asedio de Génova, donde su padre murió en sus brazos tras ser herido en el campo de batalla. Poco después, el joven fue transferido al 25.º Regimiento de *Chasseurs à cheval* (Cazadores a caballo) y, en 1801, fue

destinado como edecán (ayudante de campo) del ya canoso y heroico mariscal Augereau, a quien acompañó en su primera visita a la península ibérica.

En 1805, ya todo un veterano, Marbot era un impaciente y joven oficial en la *Grande Armée* de Napoleón, ansioso de entrar en combate con los rusos y austriacos. «Tenía tres excelentes caballos –recordaba encantado, para luego añadir un tanto patético– y un sirviente que no estaba mal». Los deberes de los edecanes se contaban entre los más peligrosos de los ejércitos de la época, ya que su misión no solo consistía en comunicar los deseos y órdenes de sus jefes en los campos de batalla, sino también recorrer Europa de un lado a otro, con el riesgo constante de ser herido, muerto o caer hecho prisionero. En el periodo que siguió a su nombramiento, escribe, fue «enviado constantemente de norte a sur, y de sur a norte, allí donde se estaba combatiendo, no transcurrió uno de esos diez años sin que tuviera que entrar en combate, o sin derramar mi sangre en un lugar u otro de Europa». Es interesante destacar que, hasta el siglo XX, todos los guerreros más entusiastas consideraban una marca de hombría el haber sido herido en acción y, si era posible, con frecuencia. Un soldado que no hubiera derramado su sangre no solo no era felicitado por su suerte o habilidad, sino que además podía ser acusado de cobardía.

Marbot empezó la campaña de 1805 llevando despachos del emperador al mariscal Masséna en Italia cruzando los pasos alpinos. Más adelante, volvió a su puesto al lado de Augereau para la que sería la campaña de Austerlitz. «Nunca ha tenido Francia un ejército tan bien entrenado –se regocijaba–, de tan buen material, tan ansioso de fama y pelea […]. Bonaparte […] se enfrentaba a la guerra con alegría, tan convencido estaba de su victoria […]. Sabía que el caballeroso espíritu de los franceses a lo largo de las eras siempre ha sentido entusiasmo por la gloria militar». Raramente ha habido un periodo militar en el que tanto oficiales como soldados lucharan tan ardientemente por la gloria. Si hubo algún joven oficial en el ejército de Napoleón que se limitase a cumplir con su deber, ha pasado desapercibido para la historia. En el mundo de los mariscales franceses y sus subordinados, se producía una lucha incansable por superarse unos a otros a la hora de hacer frente al peligro con la mayor indiferencia. Ese espíritu es admirablemente capturado en la anécdota del encuentro entre Ney y el emperador, después de la batalla de Lützen: «¡Mi querido primo! ¡Pero si estás cubierto de sangre!», exclamó Napoleón alarmado.

«No es mía, *sire* –respondió el mariscal afablemente–, ¡excepto donde esa maldita bala me atravesó la pierna!».

El día después de la batalla, Napoleón y un grupo de oficiales, entre los que se encontraba Marbot, que había sobrevivido incólume a la carnicería de Austerlitz, estaban contemplando los cadáveres y los restos de la batalla que salpicaban el hielo roto del lago Satschan cuando, en medio de aquel caos, observaron sobre un témpano de hielo enrojecido por la sangre, a un centenar de metros de la orilla, a un sargento ruso herido en el muslo. El herido, al ver a un grupo tan colorido, se incorporó y gritó en ruso: «¡Después de la batalla todos los hombres son hermanos!». Estaba implorando por su vida al emperador de los franceses. La súplica fue traducida. Napoleón, en un impulso típico de condescendencia imperial, dijo a su séquito que hicieran lo que fuera necesario para salvar al ruso. Unos cuantos hombres se lanzaron al agua helada, agarraron trozos de madera flotantes e intentaron bogar para alcanzar el témpano, pero en apenas unos segundos sus uniformes empezaron a congelarse, impidiéndoles el movimiento, por lo que tuvieron que abandonar sus esfuerzos para rescatar al soldado enemigo y regresar a duras penas a la orilla, para no morir ellos mismos. Marbot, que hasta entonces se había limitado a mirar, comentó en voz alta que el error que habían cometido había sido tirarse al agua vestidos, a lo que Napoleón asintió con la cabeza y declaró secamente que los supuestos rescatadores habían demostrado más celo que inteligencia. Naturalmente, el húsar se sintió obligado a poner en práctica su propio consejo y, saltando de su caballo, se desnudó y entró en el lago. Más adelante confesaría que el impacto del agua helada había sido terrible, «pero la presencia del emperador me animaba, y avancé hacia el sargento ruso. Al mismo tiempo mi ejemplo, y probablemente las alabanzas del emperador hacia mí, motivaron a un teniente de artillería [...] a imitarme». Marbot se quedó consternado al comprobar que su rival le estaba ganando terreno, mientras que él se esforzaba por avanzar en medio de las enormes masas de afilado hielo. Sin embargo, reconociendo que por separado nunca habrían sido capaces de rescatar al ruso, ambos hombres decidieron colaborar. Los dos franceses fueron empujando el témpano con el herido hacia la orilla, abriéndose paso con gran esfuerzo entre el laberinto de hielo que les separaba de esta. Por fin, llegaron lo bastante cerca como para que los espectadores les lanzaran cuerdas a las que

agarrarse. Los dos nadadores las atraparon y las pasaron alrededor del herido, que fue arrastrado hasta ponerlo a salvo. Ellos mismos, casi en las últimas, heridos y ensangrentados, se tambalearon hasta la orilla para recibir su premio. Napoléon ordenó a su mameluco Roustam que les llevara un vaso de ron a cada uno. Entregó oro al soldado herido, que resultó ser lituano y que, una vez recuperado, se unió como sargento al regimiento de lanceros polacos de la Guardia y se convirtió en un devoto servidor del emperador. El compañero de Marbot en la aventura, el teniente de artillería, quedó tan debilitado por la experiencia que después de meses en el hospital tuvo que ser dado de baja como inválido, como Marbot recordaba con pena. El húsar, por supuesto, estaba de nuevo de servicio al día siguiente.

En los años que siguieron Marbot trató con Napoleón con tanta frecuencia como cualquier otro oficial de su graduación. En julio de 1806 llevó despachos a la embajada francesa en Berlín, y regresó a París para informar al emperador de que había visto a oficiales prusianos afilando desafiantes sus espadas en las escaleras de la embajada. «¡Esos insolentes fanfarrones pronto se darán cuenta de que nuestras armas no necesitan que las afilen!», exclamó Napoleón. Podemos suponer que el emperador le veía como su novelesco *alter ego* lo hacía con Gerard en las historias de Conan Doyle: como un extraordinariamente leal, valiente y atolondrado instrumento, con menos malicia que un perro de caza. Marbot mismo cuenta varias historias de cómo fue engañado por traicioneros extranjeros incapaces de comprender la nobleza y dignidad de la guerra. De hecho, su enfado hacia la escasa caballerosidad de ingleses, rusos, austriacos y demás ralea solo era igualado por su desprecio hacia su incompetencia militar. En las raras ocasiones en las que se ve obligado a reconocer que esas razas inferiores han triunfado en el campo de batalla, tales desgracias las atribuye de forma invariable o bien a la abrumadora superioridad numérica del enemigo o bien a la estupidez de algún subordinado francés. Los soldados de Napoleón eran, a ojos de Marbot, ejemplos de coraje y honor. Lo que no cuenta en sus historias, sin embargo, es la senda de destrucción que trazaron a través de la Europa ocupada. Para el valiente oficial, como para muchos de sus camaradas, Napoleón era un dios en vez del despiadado déspota que llevó la muerte y la destrucción a millones de personas. Marcellin tampoco dice nada en sus memorias acerca de su hermano mayor, Antoine-Adolphe,

también soldado, que fue arrestado en 1802 por participar en un presunto complot contra el gobierno francés a favor de la instauración de la república.

El disgusto de Marbot por creer que sus hazañas en la batalla de Jena (octubre de 1806) habían sido ignoradas es palpable en sus memorias. Pocos meses después, sin embargo, consiguió su ansiado ascenso a capitán, cuando apenas había cumplido los veinticuatro años. Tenía, por tanto, este rango cuando combatió en la batalla de Eylau en febrero de 1807, en la que vivió una de las anécdotas más extraordinarias de su carrera, casi más propia del barón de Münchhausen que de un oficial francés de caballería. Marbot montaba una yegua llamada Lisette, cuya naturaleza salvaje había conseguido domar a duras penas. Había disciplinado al animal introduciéndole en la boca a la fuerza huesos calientes de cordero cada vez que la yegua intentaba morderle a él o a su criado. Escarmentada, Lisette había sido una montura ejemplar desde entonces. Durante la terrible batalla de Eylau, en la que el cuerpo de ejército de Augerau quedó prácticamente aniquilado, Napoleón observó que el 14.º Regimiento de Infantería había quedado aislado en una pequeña elevación justo en medio de la ruta de avance ruso, por lo que ordenó a Augerau que intentara salvar a los cada vez menos supervivientes que todavía resistían. Los dos primeros edecanes que partieron al galope para cumplir la misión desaparecieron para siempre en medio del caos. Marbot fue el siguiente. «Viendo dar un paso al frente al hijo de su viejo amigo, y me atrevería a decir que su ayudante de campo favorito, la amable cara del mariscal cambió, y sus ojos se llenaron de lágrimas, porque no podía obviar que me estaba enviando a una muerte segura. Pero el emperador debe ser obedecido». Marbot espoleó a Lisette, que, «más liviana que una golondrina y volando más que corriendo, devoró el espacio, saltando sobre montones de cadáveres de hombres y caballos, zanjas, cureñas rotas de cañones y las hogueras medio extinguidas de los vivaques». Unos cosacos empezaron a perseguirlo, como batidores arreando a una liebre, pero ninguno fue capaz de alcanzar a su veloz corcel. Finalmente, alcanzó el frágil cuadro formado por los supervivientes del 14.º de Línea, rodeados por los cadáveres de los dragones rusos y sus monturas. En medio de una granizada de disparos, el edecán entregó la orden de retirada, pero el único oficial que quedaba vivo para recibirla, un comandante, se encogió de hombros afirmando que la retirada era imposible. En ese mismo instante apareció una

nueva columna rusa a menos de cien metros. «No veo posible salvar al regimiento –dijo el comandante–, vuelva al emperador, despídase de él en nombre del 14.º de Línea, que ha cumplido fielmente sus órdenes, y llévele el águila que nos entregó y que nosotros no podemos seguir defendiendo». En este intercambio de frases, en un lenguaje digno de Macaulay, se resume la esencia misma de la leyenda de los ejércitos de Napoleón, que Marbot se encargó de consagrar para la posteridad junto con otros autores. Justo cuando se disponía a coger el águila del regimiento y romper el fuste, para poder transportarla con más facilidad, una bala de cañón rusa le atravesó el chacó. El traumatismo que le provocó fue tan severo que empezó a sangrar por la nariz y los oídos. Mientras la infantería enemiga avanzaba al asalto, los sentenciados soldados gritaban: «*Vive l'empereur!* ». Varios franceses apoyaron sus espaldas en los flancos de Lisette, apiñándose tanto contra la yegua que Marbot no podía espolearla para escapar. Un sargento de intendencia cayó herido entre sus patas. Un atacante, tan borracho como siempre describía Marbot que iban los rusos a la batalla, falló al intentar rematarle. Uno de los bayonetazos lo alcanzó en el brazo, mientras que el otro hirió a su montura en el flanco. El salvajismo de Lisette, hasta ahora dormido, se despertó y «se lanzó contra el ruso y, de un bocado, le arrancó la nariz, labios, cejas y toda la piel de su cara, haciendo de él la imagen misma de un muerto viviente, chorreando sangre». Entonces la yegua escapó de la melé, coceando y mordiendo a diestro y siniestro y llegó incluso a destripar a un oficial ruso. La bestia salió a galope tendido, sin detenerse hasta llegar al cementerio de Eylau, donde se desplomó a causa de la pérdida de sangre. El propio Marbot, aturdido por el dolor, cayó inconsciente y quedó atrapado debajo de una montaña de cadáveres y de nieve, incapaz de moverse. Se salvó por pura casualidad, gracias a que, al concluir la batalla, un criado de Augereau observó a un saqueador con una pelliza que reconoció como perteneciente al edecán del mariscal, y obligó al individuo a que le llevara al lugar donde la había encontrado. Tanto yegua como jinete sobrevivieron. Marbot escribió, irritado: «Hoy en día, cuando las promociones y condecoraciones se entregan con tanta ligereza, un oficial que desafiara al peligro como yo hice aquel día para llegar hasta donde estaba el 14.º Regimiento habría sido recompensado sin duda; pero bajo el Imperio, por un acto de devoción como ese no recibí la cruz [de la Legión de Honor], ni se me

ocurrió pedirla». El pobre hombre estaba, desde luego, obsesionado con las medallas y los ascensos. Se sintió extraordinariamente satisfecho cuando finalmente recibió la cruz de manos de su emperador dos años más tarde, a los veintiséis años.

El mariscal Augereau quedó tan malherido en Eylau que pasaron años antes de que pudiera reincorporarse al servicio. Marbot se encontró temporalmente sin trabajo. Después de dos meses de convalecencia en París, fue agregado al cuartel general del mariscal Lannes, con el que sirvió en la batalla de Friedland en junio de 1807. Fue testigo de la entrevista entre Napoleón y el zar en Tilsit, y luego se le envió a Dresde con despachos del emperador. Allí, y un poco más tarde en París, saboreó brevemente las delicias de una bolsa llena de dinero, su estatus como uno de los favoritos del emperador y de los tiernos cuidados de su madre, a quien adoraba. La única otra mujer a la que se menciona brevemente en sus memorias y que fue objeto de su afecto es su esposa, con la que se casó en 1811. Muchos hombres como él están tan obsesionados con su carrera militar que perciben a las mujeres como simples objetos de placer durante los permisos y como madres de sus hijos cuando el deber permitía al oficial el tiempo suficiente como para pensar en materias tan irrelevantes como la procreación.

El año 1808 encontró al húsar enviado como parte del estado mayor del cuñado del emperador, el príncipe Murat, a España, donde Napoleón estaba decidido a derrocar a la monarquía reinante en favor de su propio candidato. Aunque Murat ambicionaba la corona española, tuvo que conformarse con el trono de Nápoles, mientras el de España se le entregaba al hermano mayor de Napoleón, José. Incluso el insensible Marbot, acuartelado en Madrid cuando los españoles se sublevaron contra el déspota francés y su ejército de ocupación, reconoció lo absurdo de la aventura española de Napoleón: «Esta guerra […] me parecía inmoral, pero yo era un soldado, así que debía obedecer o ser acusado de cobardía». Le horrorizaba el salvajismo de las guerrillas españolas, que afectaba de forma especialmente dura a los edecanes, los cuales tenían que viajar con frecuencia y en solitario. En una ocasión, cuando llevaba unos despachos, se encontró el cadáver de un joven oficial de *chasseurs à cheval* clavado de pies y manos en la puerta de un establo, bajo el cual se había encendido una hoguera. El oficial todavía sangraba y Marbot también sufrió el

ataque de los que le habían hecho aquello, fue herido en la refriega pero consiguió escapar. Marbot contaba con orgullo que los despachos fueron entregados a Napoleón por otro oficial, aún manchados por la sangre de nuestro héroe.

En la primavera de 1809, el ejército francés asediaba Zaragoza, tenazmente defendida por los españoles, que rechazaban un asalto tras otro. Marbot recibió la orden de encabezar un nuevo ataque, pero mientras reconocía el terreno notó como si le empujasen súbitamente hacia atrás y se desplomó como un tronco. Una bala española le había alcanzado junto al corazón y, aunque sobrevivió, la herida le siguió provocando fuertes dolores cuando montaba a caballo. Tras la caída de Zaragoza regresó a París en el séquito del mariscal Lannes, a quien también acompañaría en la nueva campaña alemana de Napoleón. En la batalla de Eckmühl, lo peor que le pasó fue que le mataran al caballo mientras lo montaba, pero unos días más tarde, el 23 de abril, de nuevo estuvo en peligro de muerte: durante el asalto a Ratisbona, Lannes estaba tan frustrado porque sus hombres eran incapaces de escalar los muros debido al intenso fuego austriaco, que cogió él mismo una escalera y exclamó: «¡Os voy a demostrar que antes de mariscal fui un granadero y que todavía lo sigo siendo!». Marbot le arrebató a la fuerza la escalera a su comandante y, junto con un camarada que sostenía el otro extremo, se lanzó contra las murallas. Aunque docenas de soldados franceses se unieron a ellos, Marbot y su compañero pudieron reclamar el honor de haber sido los primeros del contingente de Napoleón en escalar la muralla, además de lograr persuadir al oficial austriaco que defendía la puerta de que se rindiera.

El 7 de mayo, a orillas de un Danubio crecido, Napoleón mandó que llamaran a Marbot. Necesitaba un oficial que cruzase la corriente y capturase un prisionero. «Tenga en cuenta –le dijo el emperador–, que no estoy dándole una orden; solo estoy expresando un deseo. Soy consciente de que la empresa conlleva un gran peligro, y si usted rehúsa puede hacerlo sin temor a mi enfado». En este punto, según su propio relato, Marbot casi se consume en su engreimiento:

> Estaba sudando de pavor, pero al mismo tiempo, un sentimiento […] en el cual el amor a la gloria y a mi patria se mezclaban tal vez con un

> noble orgullo, elevaron mi ardor a su punto más alto, y me dije a mí mismo: «El Emperador tiene aquí un ejército de 150 000 devotos guerreros, además de 25 000 hombres de su guardia, todos elegidos entre los más valerosos. Está rodeado por sus edecanes y oficiales de ordenanza, y aun así cuando hay una misión en marcha, que requiere inteligencia a la par que audacia, es a mí a quien el Emperador y el mariscal Lannes escogen». «¡Iré, *sire* ! –grité sin dudar–; iré; y si muero dejo a mi madre al cuidado de Su Majestad». El Emperador tiró de mi oreja para demostrar su satisfacción. El mariscal me dio la mano.

Este es uno de los pasajes más enternecedores de las memorias de Marbot, y que es inseparable de su época, del carácter de su nación y de su propia personalidad. Marbot consiguió cruzar el torrencial Danubio en una lancha tripulada por barqueros locales y capturó a tres soldados austriacos, a quienes hizo prisioneros, y regresó triunfante a la orilla francesa. Lannes le abrazó efusivamente, mientras que el emperador le invitó a almorzar con él, además de concederle su ansiado ascenso a comandante. Un par de semanas después, tras incontables aventuras en Essling y Aspern, [1] fue él mismo quien retiró del campo de batalla a Lannes, herido de muerte. El mismo Marbot estaba herido, ya que una bala de metralla le había arrancado un trozo de carne de su muslo, herida que había ignorado. Napoleón advirtió que el pantalón del comandante estaba empapado en sangre, y observó lacónicamente: «¡Parece que le toca a usted [ser herido] con bastante frecuencia!». Es una buena prueba de las limitaciones de las armas de la época que alguien como Marbot fuera herido en tantas ocasiones, pero que aun así sobreviviera para seguir combatiendo.

En la batalla de Wagram, en julio de 1809, Marbot fue asignado al estado mayor del mariscal Masséna, con quien tuvo un grave encontronazo durante la acción. El caso es que los proyectiles de los cañones habían provocado que se incendiaran los trigales en sazón que cubrían buena parte del campo batalla, provocando un gran sufrimiento tanto a los hombres como los caballos que se veían obligados a combatir entre las llamas. La propia montura de Marbot había sufrido quemaduras y estaba exhausta; en ese momento, Masséna pidió un edecán para detener la retirada de una división que había sido desmoralizada por los ataques de la caballería austríaca y para que redirigiera a

los fugitivos hacia la isla de Löbau, en el Danubio. Por turno le tocaba al propio hijo de Masséna, Prosper, pero el mariscal no se atrevía a enviar a su hijo para que arriesgara su vida en medio de la carnicería, por lo que recurrió a Marbot. «Entiendes, amigo mío, por qué no mando a mi hijo, aunque es su turno; temo que lo maten. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes?». Marbot, asqueado, aseguraba que había respondido: «Mariscal, tenía la impresión de que iba a partir en el cumplimiento de mi deber; lamento que haya corregido mi error, porque ahora entiendo perfectamente que, estando obligado a poner en peligro de muerte a uno de sus ayudantes de campo, usted prefiere que sea yo a que sea su hijo». Partió al galope atravesando la mortífera llanura, solo para darse cuenta unos pocos minutos después que Prosper Masséna, avergonzado por el comportamiento de su padre, le había seguido. Los dos jóvenes se hicieron amigos, pero el mariscal nunca volvió a usar el familiar «tú» para dirigirse a Marbot.

Unos pocos días más tarde, en Znaim, los ejércitos rivales se estaban desplegando para la batalla una vez más cuando se acordó el armisticio entre franceses y austriacos. Marbot estaba entre el grupo de edecanes que se envió rápidamente para que se interpusiera entre los combatientes. Galopó frente a los infantes que ya habían empezado a avanzar, algunos de los cuales ya empezaban a gritar «*Vive l'empereur!* » según se aproximaban a las líneas austríacas, separadas por apenas un centenar de pasos. Una bala alcanzó la muñeca del edecán y le infligió una herida que le supuso tener que llevar el brazo en cabestrillo durante seis meses. Siguió adelante, gritando «¡Paz! ¡Paz!» y agitando su brazo intacto para frenar el avance francés. Un oficial austriaco que intentaba transmitir el mismo mensaje poniéndose delante de sus filas recibió un disparo en el hombro antes de que él y Marbot consiguieran reunirse y abrazarse, un gesto inconfundible para ambos bandos.

Tras unos meses convaleciendo de su herida, en abril de 1810 partió de la casa de su madre en París hacia España, con la misión de preparar la llegada de Masséna, que iba a ponerse al mando del ejército francés en la Península. El viaje del comandante estuvo acompañado por fiebres y por un encontronazo con las guerrillas españolas. Algunas de las historias más vívidas, a la par que llenas de absurdos prejuicios, acerca de la experiencia francesa en España que recoge en sus memorias datan de este periodo de su servicio a las órdenes de

Masséna. Así, nos cuenta las acciones e innumerables escaramuzas de un tal «Mariscal Puchero», un francés que se había puesto al frente de una banda de desertores franceses, portugueses, españoles e ingleses, que vivían como bandidos hasta que Masséna los aplastó. Exagera la cifra de bajas sufridas por los ingleses en cada acción. Critica a Masséna por su fracaso a la hora de anticipar y frustrar la retirada de Wellington tras las líneas de Torres Vedras –y por la estupidez de hacerse acompañar por su amante, durante la campaña–. Una de las mejores historias con las que nos obsequia Marbot, tanto si creemos que es cierta como falsa, es la que se refiere a su duelo con un oficial británico de caballería ligera, quien habría cabalgado desde las líneas de Wellington una mañana de marzo de 1811 para retarle: «¡Deténgase, señor francés! ¡Me gustaría tener una breve charla con usted!». Marbot afirma haber tratado esta sandez con el desprecio que se merecía hasta que el hombre gritó: «Compruebo por su uniforme que está usted destinado en el estado mayor de un mariscal, así que escribiré a los periódicos de Londres que tan solo verme fue suficiente para asustar a uno de los cobardes edecanes de Masséna o de Ney». Esto despertó la furia de nuestro héroe. Se giró y cargó contra el oficial británico, solo para escuchar crujidos de hojarasca desde un bosque cercano y ver cómo dos húsares ingleses galopaban para cortar su retirada. «Únicamente la más enérgica defensa podía salvarme de la desgracia de caer prisionero, por mi propia culpa, a la vista de todo el Ejército francés».

Atacó rápidamente al oficial inglés, atravesándole la garganta: «El desdichado se cayó de su caballo, retorciéndose agónicamente en el suelo». Sin embargo, mientras tanto los dos húsares le golpeaban con sus sables, haciéndole pedazos su chacó, la pelliza y la valija. Una estocada del mayor de los dos soldados consiguió penetrar cinco centímetros en el costado del francés. Marbot contraatacó con un tajo que atravesó la mandíbula del jinete, rajándole la boca de lado a lado, lo que cortó en seco su grito de agonía y le obligó a retirarse. El soldado inglés más joven dudó por un instante antes de darse también a la fuga, pero recibió una estocada en el hombro que le hizo escapar más rápido aún. Marbot cabalgó triunfante de vuelta a las líneas francesas y recibió las felicitaciones de Masséna y Ney, junto con las alabanzas del ejército. En cuanto al precio: «La herida de mi mejilla no era importante; en un mes se había curado y apenas se podía notar la cicatriz junto a mi patilla izquierda.

Pero la estocada en mi costado izquierdo era peligrosa, especialmente en medio de una larga retirada, en la que tuve que viajar todo el rato a caballo [...]. Este, hijos míos, fue el resultado de mi combate o, si lo preferís, mi inocentada en Miranda do Corvo. Vosotros podéis ver el chacó que llevaba aquel día, y las numerosas muescas con las que lo adornaron los sables ingleses demuestran que los dos húsares no me dejaron irme de rositas. También me traje de vuelta la valija, cuya bandolera recibió cortes en tres sitios distintos, pero la extravié». La narración del propio Marbot es inimitable. Era un guerrero hecho de la misma pasta que los caballeros europeos del siglo XIV, hombres para los que combatir era tanto placer como negocio. Como a ellos, otras actividades más tranquilas o virtudes menos violentas les resultaban irrelevantes, lo que hacía que los mojigatos –y no es que hubiera escasez de estos– los considerasen una amenaza para la civilización por considerar que la paz era un anatema. El comandante regresó a Francia en julio de 1811, después de que Napoleón destituyese a Masséna por su fracaso en la península ibérica. Marbot pensaba que la caída de Napoleón fue provocada por no haber finiquitado la guerra en España antes de atacar a Rusia. También reconocía la calidad y puntería de la infantería británica, incluso aunque nunca creyera que Wellington era un gran general.

Marbot pasó el verano y el otoño en París. Por entonces contrajo matrimonio con una tal señorita Desbrières, a la que apenas dedica unas líneas y de cuya personalidad o aspecto sabemos menos que acerca de sus monturas favoritas, y fue ascendido a primer comandante –desde su punto de vista el oficial al cargo, debido a la edad y los achaques de su coronel jefe efectivo– del 23.er Regimiento de *Chasseurs* , un regimiento de caballería ligera. En junio de 1812 cruzó el Niemen al mando del 23.er –de cuyo arrojo se sentía tremendamente orgulloso–, que estaba encuadrado en el cuerpo de ejército de Oudinot, a quien despreciaba por su incompetencia, formando parte de la *Grande Armée.* Durante las semanas que siguieron al cruce del río, Marbot lideró a su regimiento en un combate tras otro, hasta que a finales de julio fue herido de un balazo en el hombro durante un choque contra la infantería rusa. Si no hubiera ansiado tanto su ascenso a coronel, Marbot habría aceptado que lo evacuasen, pero sabía que Napoleón nunca ascendía a un hombre que no estuviera presente en el campo de batalla, por lo que continuó al frente de su

regimiento a pesar del dolor que le producía su herida, que era tan intenso que durante un combate en Polotsk dos semanas después fue incapaz de desenvainar la espada. El 23.er de *Chasseurs* se quedó en Polotsk junto con el cuerpo de Gouvion-Saint-Cyr durante los dos meses siguientes, mientras el resto de la *Grande Armée* avanzaba hacia Moscú y el desastre. El 15 de noviembre, Marbot recibió la confirmación de su ascenso a coronel en un despacho que incluía una nota autógrafa de Napoleón: «Estoy pagando una vieja deuda».

Marbot describe con orgullo su ingenio a la hora de equipar a su propio regimiento, de modo que cuando recibió la orden de reunirse con la *Grande Armée* al principio de la retirada de Moscú, estaba lo mejor preparado posible para cumplir su misión. Se había asegurado de que sus hombres tuviesen ropa de invierno, que los que habían perdido sus monturas fueran enviados de vuelta a Alemania para que no fueran una carga inútil para el regimiento, que se formase una yeguada regimental para la remonta y que se confiscasen molinos manuales de modo que sus hombres no pasaran hambre por falta de harina, como sucedió en otras unidades.

A finales de noviembre, los *chasseurs* se vieron envueltos en la terrible batalla del cruce del Berézina, en la que murieron tantos franceses. El 2 de diciembre, con 25 grados bajo cero, Marbot fue herido de un lanzazo en la rodilla en una refriega contra fuerzas cosacas, cuando intentaba apartar el arma de su oponente y alcanzarle con su sable. El combate, como podemos observar por esta historia, era tan sangriento y cercano como en cualquier otra época anterior. Justo después de ser herido, el francés notó un fogonazo: un cosaco había disparado una pistola de doble cañón a bocajarro, «traicioneramente»; una de las balas atravesó el capote del coronel mientras que la otra mató a un oficial francés. Marbot se revolvió furiosamente hacia el ruso, mientras este le apuntaba con una segunda pistola. El hombre de repente gritó en buen francés: «¡Oh, Dios! ¡Veo la muerte en sus ojos! ¡Veo la muerte en sus ojos!». Marbot respondió furioso: «¡Ah, canalla, desde luego que la ves!».

Este tipo de diálogos en medio de un combate son menos improbables de lo que podría parecer, ya que en la época era frecuente que incluso entre los enemigos de Napoleón se hablara un francés aceptable. El ruso cayó ante su sable. Marbot se volvió hacia otro enemigo, un joven soldado, y estaba

levantando su arma para atacar cuando un viejo cosaco se lanzó sobre el cuello del caballo del francés y le suplicó: «¡Por el amor de su madre, perdónele, no ha hecho nada!». Marbot asegura que, al oír invocada a su reverenciada madre, pensó que oía su voz gritando «*Pardon! Pardon!*» y detuvo su mano, bajando la espada.

Marbot salió de Rusia sufriendo terribles dolores por su herida, con carámbanos de hielo colgando del bocado de su caballo y la mayor parte de sus jinetes desmontados, por la muerte de hambre de sus monturas, mientras que los heridos más graves iban en trineos arrastrados por sus camaradas. Sin embargo, a pesar de todo, su regimiento estaba infinitamente en mejor estado que otros muchos del ejército; de los 1048 hombres que habían cruzado el Niemen unos meses antes, regresaron 698. Es cierto que el 23.er no había estado presente en el peor tramo de la campaña, pero aun así era un logro lo bastante impresionante para que Napoleón felicitase a Marbot personalmente.

Hasta junio de 1813 el coronel estuvo destinado en el depósito regimental en Mons, entrenando reemplazos antes de volver a asumir el mando de los escuadrones en servicio activo en el Óder. El momento culminante de su servicio en Leipzig fue un intento de flanquear y capturar al zar de Rusia y al rey de Prusia mientras reconocían las posiciones francesas el 13 de octubre, antes de que empezase la batalla. Marbot casi había completado la maniobra para cortar la retirada al rutilante séquito de sus majestades cuando un descuidado soldado dejó caer su carabina, que se disparó, traicionando la presencia de los *chasseurs* . Advertidos del peligro, los jefes enemigos y sus estados mayores dieron rápidamente la vuelta y huyeron a galope tendido. Más adelante el coronel se lamentó de que si tan solo su estratagema hubiera tenido éxito, «habría cambiado el destino de Europa», pero lo único que pudo hacer fue retirarse con sus hombres hacia las líneas francesas y compartir el destino del ejército: una derrota decisiva. Paradójicamente, el mismo Marbot fue herido por una flecha en el muslo, disparada por uno de los jinetes basquires que luchaban en el ejército ruso.

Marbot combatió junto con su regimiento en las amargas batallas que siguieron al desastre de Leipzig. Así, por ejemplo, en Hanau el regimiento cargó cinco veces. Durante la retirada del ejército francés en pleno colapso su unidad siguió peleando en feroces acciones de retaguardia. En el invierno de

1814, de vuelta en su depósito regimental en Bélgica, que Napoleón había anexionado al territorio francés, Marbot advirtió que la población local se mostraba cada vez más hostil y distante. Libró una de sus últimas escaramuzas en la misma Mons contra cosacos prusianos. [2]

Tras la primera abdicación de Napoleón, Marbot sirvió en el ejército borbónico como coronel del 7.º de Húsares. Inevitablemente, cuando su ídolo volvió de Elba, condujo a su regimiento a unirse a las banderas del emperador. En los optimistas días de abril de 1815, creyó por un momento que existía la posibilidad de que los ingleses, y con ellos el resto de Europa, aceptasen pacíficamente la restauración de Napoleón, pero pronto los acontecimientos se encargarían de desengañarle. El 17 de junio, después de la acción de Quatre Bras, Marbot fue ascendido a general de brigada, aunque su ascenso nunca llegó a hacerse efectivo. Durante la mayor parte de la batalla de Waterloo su regimiento estuvo desplegado en el flanco derecho, mientras un impaciente y frustrado Marbot esperaba poder informar a Napoleón de la llegada de Grouchy con su cuerpo de ejército, el cual se esperaba que apareciera de un momento a otro.

«No logro asumir nuestra derrota –escribió en una carta poco después–. Nos hicieron maniobrar de un lado a otro como si fuéramos un cargamento de calabazas». Marbot envió piquetes en descubierta en busca de Grouchy pero, en vez de toparse con sus fuerzas, pronto se vieron enzarzados en escaramuzas con la vanguardia de Blücher en el camino de Wavre. Marbot envió mensajeros a Napoleón para informarle de la presencia de las fuertes columnas prusianas que se encaminaban hacia Mont-Saint-Jean, pero le respondieron que se equivocaba y que estaba confundiendo a los regimientos de Grouchy con prusianos. El puñado de jinetes de Marbot fue inexorablemente empujado hacia un Ejército Imperial en pleno colapso, de modo que pronto se vio recibiendo las atenciones del ala izquierda británica. El coronel del 7.º de Húsares fue herido nuevamente de un lanzazo en el pecho. Más adelante escribió: «[La herida] es bastante severa, pero pienso que debería permanecer en mi puesto para dar buen ejemplo. Si todos hicieran lo mismo, todavía podríamos seguir […]. No nos han enviado comida, y por tanto los soldados se dedican a saquear nuestra pobre Francia como si estuvieran en Rusia. Estoy con las avanzadillas, a las afueras de Laon; nos han hecho prometer que no

abramos fuego, y todo está en calma». Para Marbot, el exilio definitivo de Napoleón en Santa Elena significó la desesperación y la ruina política. Él mismo, uno más entre los muchos que habían traicionado a los Borbones, se vio obligado a abandonar Francia y exiliarse en Alemania durante tres años.

Hasta el final de sus días, el orgulloso veterano usó su pluma para defender a su amado emperador y a los soldados del Ejército Imperial contra toda crítica de su estrategia o tácticas, y a conmemorar su caballerosidad y coraje. Napoleón leyó una de las obras de Marbot en el último año de su vida en Santa Elena. En agradecimiento, añadió a su testamento un legado de 100 000 francos para su antiguo oficial, escribiendo: «Invito al coronel Marbot a continuar escribiendo en defensa de las glorias de los ejércitos franceses, y para desconcierto de calumniadores y apóstatas». Y así lo hizo el coronel. A su regreso del exilio volvió a servir como soldado, asumiendo el mando del 8.º de *Chasseurs* en 1829. Sirvió como edecán del duque de Orléans al año siguiente, y a la edad de casi sesenta años fue herido otra vez, cuando ya era general, durante la expedición de Médéah, en Argelia, cuando recibió un balazo en la rodilla izquierda. Mientras le evacuaban a retaguardia, le dijo al duque sonriendo: «Es culpa suya, señor». El duque preguntó: «¿Y cómo es eso?». Marbot respondió: «¿Acaso no le oí decir, antes de que comenzara el combate, que, si alguien de su estado mayor resultaba herido, podía apostar que sería Marbot?». Se retiró definitivamente en 1848 y falleció en 1854.

Pocos guerreros en toda la historia han tomado parte en tantas de las principales batallas de su época como Marbot. Incluso si aceptamos que buena parte de sus historias son producto una cierta extravagancia francesa, su coraje parece tan extraordinario como su capacidad para sobrevivir. Participó en cincuenta hechos de armas que, en las guerras del siglo XX, le hubieran valido las condecoraciones más elevadas, aunque lo más sorprendente es que sobreviviera para contarlo. Sus méritos militares podrían ser descritos como los de un chiflado con suerte, del tipo que todo ejército necesita en pequeñas dosis para derrotar a sus adversarios, y de los que los ejércitos de Napoleón disponían en cantidades exageradas. Un siglo más tarde, el mariscal Lyautey afirmó que el optimismo es la principal cualidad de un soldado y Marbot lo tenía a espuertas. No ejerció cargos de suficiente responsabilidad como para ocupar mucho espacio en las historias de la época, pero a cambio contamos con unas

memorias que hacen de él un individuo muy accesible para la posteridad. Sin ellas, no sería más que una nota a pie de página, un mostacho y una pelliza más entre las muchas que rodearon al tirano de Francia en sus guerras de conquista. En cambio, Marbot compuso uno de los retratos más humanos e interesantes de la vida de un oficial de Napoleón, y si bien no podemos reprimir una cierta hilaridad ante su increíble arrogancia, tampoco es posible negar la admiración que despierta su insaciable apetito por la gloria. Marbot, y otros como él, vieron las guerras que asolaron Europa durante sus vidas solo como una oportunidad para vivir aventuras extraordinarias.

[1] N. del T.: Batalla de Aspern-Essling (21-22 de mayo de 1809).

[2] N. del T.: En realidad, Marbot cuenta que eran bandas de merodeadores, sobre todo prusianos, que se hacían pasar por cosacos.

2
Harry y Juana

Pocos de los turistas que visitan Sudáfrica conocen la historia que hay detrás de los nombres de las ciudades de Harrismith y Ladysmith, en Natal. Sin embargo, los nombres de estos modestos municipios conmemoran una de las historias de amor más románticas de todos los tiempos. Harry Smith nació en 1787, el quinto de los once hijos de un cirujano de Cambridgeshire, y en cierto modo podríamos decir que era la contrapartida inglesa de Marcellin Marbot, incluso en lo que respecta a su impulsividad y exuberancia. Era campechano, valiente, apasionado, irresponsable y totalmente dedicado a su carrera militar, pero, a diferencia de Marbot, Harry Smith dejó atrás su época de joven ambicioso y bravucón y, con los años, llegó a convertirse en un sólido y competente general colonial y mandó con éxito ejércitos en campaña. Su esposa debería compartir la fama de Harry Smith, ya que fue una de las mujeres más interesantes que jamás sirvieron –y no cabe duda de que lo hizo– en las filas de un ejército.

Smith era un desgarbado adolescente de diecisiete años cuando llamó la atención de un general que pasaba revista a su unidad de la milicia *yeomanry* de Cambridgeshire: «¡Joven! ¿Le gustaría a usted ser un oficial?», preguntó, a lo que Smith respondió entusiasta: «¡Más que ninguna otra cosa!». El general dijo entonces: «Bien, haré de usted un soldado del 95.º, un *greenjacket* [1] ¡Y bien apuesto que va a estar con ella!». En agosto de 1805, durante la cena de despedida que le había organizado su familia en Whittlesey, Smith se levantó de repente y se fue corriendo a abrazar a Jack, su caballo de caza favorito, llorando de forma un tanto infantil. Su madre le siguió al establo y le abrazó también sollozando, pero recobró la compostura, apartó ligeramente a su hijo y le advirtió muy seria que debía evitar las salas de juego, «si en algún momento tienes que batirte con un enemigo, recuerda que eres un inglés de pura cepa

[…]. Ahora, que Dios te bendiga y proteja». Muchos años más tarde, cuando ya era un anciano, contaba que siempre tuvo presentes las palabras de despedida de su madre en todas y cada una de las batallas y escaramuzas en las que se vio envuelto a lo largo de su carrera, y todavía las citaba con orgullo al final de sus días, cuando ya era un general de cierta reputación.

Su primera experiencia militar fue el típico sinsentido británico. El joven teniente y su regimiento, el 95.º de Rifles, fueron asignados a la fuerza expedicionaria que el general *sir* Samuel Auchmuty lideró en 1806 contras las posesiones españolas en Sudamérica y que se saldó con pérdidas devastadoras y una humillante rendición en Buenos Aires. En 1808 se preparaba para participar en la caótica operación anfibia contra Gothemburg, en Dinamarca, pero, por suerte para las tropas, la expedición se canceló antes de que tomaran tierra. En agosto de aquel año pisó por primera vez la península ibérica, una tierra que iba a representar un papel fundamental en su vida. Fue nombrado *brigade-major* [2] de la Brigada de Rifles en el ejército de *sir* John Moore, cuya misión era expulsar de Portugal a las fuerzas francesas que, mandadas por Junot, habían quedado en el país tras la marcha de Napoleón de España. Su empleo no implicaba un mando efectivo, pero significaba que, con tan solo veintitrés años, el teniente Smith estaría actuando como oficial ejecutivo de una fuerza de unos 1500 hombres, en buena medida gracias al dominio del idioma español que había adquirido en Sudamérica.

Los británicos llegaron a Salamanca antes de verse obligados a retroceder en lo que se conoció como la retirada a La Coruña. Los Rifles de Moore tuvieron un rol vital, posiblemente decisivo, cubriendo el repliegue del famélico ejército a través de los campos nevados, rechazando una y otra vez los ataques de las columnas francesas que presionaban la retaguardia británica y ganando tiempo para que la larga columna de tambaleantes hombres y chirriantes carros pudiera continuar su huida hacia la costa y la salvación. El comportamiento de algunos de sus compatriotas, menos disciplinados que los Rifles, horrorizó a Smith: «Las escenas de embriaguez, vandalismo y desorden de las que […] fuimos testigos […] son indescriptibles; era realmente horrible y descorazonador observar una desorganización tan absoluta en un ejército que todavía parecía tan disciplinado cuando pasamos por Salamanca». Solo los regimientos de la Guardia y de Rifles se salvaban de sus críticas, aunque

admitía con asombro que el 16 de enero de 1809, «estos mismos sujetos les dieron una buena paliza a los franceses en La Coruña». La resistencia británica en la costa, que se cobró la vida de Moore, aseguró la evacuación del maltrecho contingente por parte de la Royal Navy [Marina Real]. Según contaba el propio Smith, regresó a Whittlesey hecho «un esqueleto», atormentado por fiebres y disentería, lleno de piojos y sin ropa ni equipo.

Dos meses más tarde, estaba de vuelta en Portugal con su brigada, acompañado por su hermano Tom, que también había conseguido un empleo de oficial en los Rifles. Llegaron al ejército de *sir* Arthur Wellesley justo el día después de la batalla de Talavera, la cual más que una victoria había servido sobre todo para frenar temporalmente las operaciones francesas. Siguieron meses de marchas y contramarchas, en los que Smith, como otros muchos oficiales británicos, aprovechó todos los momentos de ocio que le dejaban sus obligaciones para cazar liebres con sus amados galgos; las presas que capturaron sus perros sirvieron en más de una ocasión para alimentar el rancho de oficiales. Smith, como todo oficial prudente, amaba y apreciaba a sus caballos con pasión, lo cual no deja de ser lógico teniendo en cuenta que su vida podía depender del temple de sus monturas. Los batallones de Rifles se veían involucrados en combates casi a diario, dado que normalmente eran ellos a quienes les asignaban los reconocimientos, avanzadas y hostigamiento del enemigo, lo que significaba que entraban continuamente en contacto bien con los piquetes de vanguardia o bien con la fuerza principal de los franceses. Durante el sangriento combate del cruce del Coa, librado en julio de 1810, los dos hermanos Smith fueron heridos, y Harry fue evacuado a Lisboa con una bala alojada en el tobillo. Un comité de cirujanos debatió si dejar el proyectil donde estaba o intentar extraerlo. Uno de ellos dijo: «Si fuera mi pierna, sacaría la bala». Smith exclamó: «¡Bravo, Brownrigg, usted es el médico que me hace falta!». Extendió su pierna y exigió con jovialidad: «Aquí la tienen. ¡Procedan!». Marcellin Marbot habría aplaudido. Durante cinco largos minutos, el cirujano estuvo trabajando en la pierna de Smith antes de conseguir extraer la bala, llegando incluso a romper uno de los fórceps usados para la operación. La indiferencia al dolor y el estoicismo eran la clase de virtudes «romanas» que se esperaba que mostraran los soldados de la época.

Tras pasar dos meses en Lisboa, Smith se reunió con su regimiento en campaña a principios de 1811, y le fue asignado al principio el mando de una compañía y, más adelante, volvió a ocupar el puesto en la Brigada. Al llegar al puesto de mando del coronel Drummond, un veterano oficial del Regimiento de Guardias que estaba al mando de la 2.ª Brigada, Smith preguntó: «¿Cuáles son sus órdenes para los piquetes, señor?». El coronel respondió amablemente: «Mr. Smith, ¿es usted mi *brigade-major* ?».

«Eso creo, señor».

«En ese caso, déjeme decirle algo, es su deber desplegar los piquetes y el mío tener preparada una buena y j…a cena para usted cada día». Smith escribió: «Pronto nos entendimos muy bien los dos. Él preparaba la cena, en ocasiones personalmente, y yo *mandaba* la brigada». Este arreglo no es tan inimaginable como parecería a primera vista, ya que durante las Guerras Napoleónicas era frecuente que los jefes dejaran en manos de sus oficiales ejecutivos la gestión diaria de sus cuerpos, excepto cuando entraban en combate.

En enero de 1812, los británicos llegaron ante Ciudad Rodrigo, después de expulsar de Portugal al ejército de Masséna. Smith se ofreció voluntario para mandar a las tropas que lanzarían el asalto inicial contra las murallas, pero su jefe de división insistió que fuera un oficial más joven –y, para ser más francos, más prescindible– quien ocupara ese puesto de máximo riesgo. De todos modos, sobrevivió a peligros más que de sobra, ya que se encontraba entre los Rifles que escalaron los paramentos aquella noche y que sufrieron bajas espantosas. En medio del caos de la melé, con centenares de camaradas fuera de combate, se encontró peleando espalda contra espalda junto a un oficial de la compañía de granaderos, entre una confusa masa en la que se mezclaban tanto amigos como enemigos cuando, de repente, «uno de sus hombres me agarró por la garganta como si fuera un gatito, gritando, "Francés…". Por fortuna me había dejado aire suficiente como para c…e en sus muertos, de lo contrario me habría atravesado con la bayoneta en un instante». Tras las pérdidas sufridas en Ciudad Rodrigo, Smith fue ascendido a capitán. Comentaba que su tarea más señalada en las ociosas semanas que siguieron fue disponer la ejecución de los desertores británicos capturados mientras servían en las filas francesas. El pelotón de fusilamiento hizo una chapuza de ejecución,

y el comandante de la brigada se quedó horrorizado cuando fue interpelado por su nombre por un antiguo camarada, herido de muerte: «¡Oh, señor Smith! ¡Acabe con mi sufrimiento!». Se vio forzado a ordenar al pelotón de fusilamiento que volviera a cargar, se acercara, y rematase a los supervivientes. La deserción era un problema constante en todos los ejércitos, en una época en la que la desesperación más que el patriotismo había motivado a muchos a alistarse, o que eran reclutas forzosos, como los soldados de Napoleón. Solo una brutal disciplina mantenía unidos a regimientos en los que las enfermedades y casi constante hambruna eran problemas crónicos, incluso antes de que el enemigo hiciera acto de presencia.

En marzo de 1812 los británicos iniciaron el asedio de Badajoz, una experiencia que demostró ser el punto de inflexión en la vida de Harry Smith. La noche del 6 de abril, una de las más sangrientas de la campaña peninsular, estuvo combatiendo con la División Ligera para atravesar la gran brecha en las murallas bajo un destructivo fuego enemigo. Cada palmo de terreno, cada escombro, había sido reforzado por los franceses con clavos y trozos rotos de espadas, afilados como navajas de afeitar. Todos los oficiales menos uno en el destacamento de las tropas de asalto murieron o fueron heridos. Un tercio de la División Ligera pereció aquella noche, mientras las sucesivas oleadas de asaltantes que se atrevían a atacar la brecha eran destrozadas por las descargas de fusilería francesa. Mientras los atacantes intentaban cruzar el foso seco del bastión de Santa María, los franceses prendieron fuego al material inflamable que habían acumulado. Los infantes británicos quedaron envueltos en llamas. A pesar de ello los supervivientes seguían atacando, y seguían cayendo. «¡Oh, Smith! –masculló un coronel, agarrándose el pecho–, estoy herido de muerte. Acérqueme a la escalera». Este respondió: «¡Vamos, no diga eso, querido compañero!». «Lo estoy –dijo el coronel–, dese prisa». De modo que Smith arrastró al hombre, que ya estaba sentenciado, hacia una escalera. Hora tras hora en medio de la oscuridad, persistía el tumulto del fuego de mosquete y de artillería, mientras los hombres combatían sin descanso, en medio de una cacofonía de gritos de ánimo, de júbilo y de agonía. Antorchas, fajinas ardiendo y los fogonazos de los disparos iluminaban la dantesca escena. Por último, los británicos supervivientes tuvieron que reconocer la derrota y retirarse, tras acumular 2200 muertos, heridos y desaparecidos en una acción

comparable a cualquiera de los ataques de infantería de la Primera Guerra Mundial.

Justo antes del amanecer, lord Fitzroy-Somerset informó a un horrorizado Smith de que lord Wellington, como ya era conocido Wellesley, había ordenado que se reanudara el asalto. Todavía estaban debatiendo la poco halagüeña perspectiva de tener que regresar a la brecha cuando escucharon el sonido de cornetas británicas al otro lado de la muralla. Su milagrosa salvación se debía a que mientras los franceses concentraban todos sus esfuerzos en rechazar el asalto de la 4.ª División y de la División Ligera, las unidades del general Picton, que tenían que realizar ataques de distracción, habían conseguido romper la línea defensiva francesa y capturar la Ciudadela y la puerta de Olivenza, triunfando mientras el asalto principal era sangrientamente rechazado: Badajoz había caído. «No hay batalla, de día o de noche, que no volviera a combatir. Excepto esta», escribió Smith. Tenía la guerrera destrozada a balazos y estaba entumecido por los golpes y cortes sufridos durante el ataque; mientras deambulaba a primera hora de la mañana entre los cadáveres británicos amontonados delante de la brecha se encontró con un afligido coronel de los Guardias que estaba buscando el cuerpo de su hermano, del que se sabía que estaba desaparecido. «Aquí está –dijo por fin el coronel. Sacó unas tijeras y se giró hacia Smith–: vaya y corte un mechón de su pelo para mi madre. Vine con la intención de hacerlo yo, pero no soy capaz».

La caída de la ciudad fue acompañada por uno de los hechos más deshonrosos en los anales del Ejército británico, cuando los soldados de Wellington, enloquecidos por las pérdidas sufridas, la saquearon sin piedad. Durante dos días, diez mil hombres del victorioso ejército se abandonaron a una orgía de embriaguez, robos y violaciones en la infeliz ciudad de Badajoz, en la que sus aliados españoles sufrieron tanto como los derrotados franceses. Los oficiales británicos fueron incapaces de imponer siquiera una apariencia de disciplina a sus hombres hasta que, veintinueve horas más tarde, empezó a remitir el paroxismo de violencia. Pocas veces fue más patente el contraste entre los oficiales, de los que se esperaba un código de conducta extravagantemente formal, incluso en medio de la violencia de una batalla, y los hombres de los que dependían aquellos caballeros para pelear en sus guerras, de quienes se esperaba que mostraran una extraordinaria capacidad de resistencia y sacrificio,

pero que, a cambio, se resarcían cometiendo actos de salvajismo que no hubieran sido extraños a los soldados de Enrique V en Agincourt. En la mañana posterior al asalto, mientras la violencia aún no había remitido, dos mujeres españolas se aproximaron a las filas del 95.º de Rifles. La mayor, echando hacia atrás la mantilla que la cubría, se dirigió al capitán Johnny Kincaid y a otro oficial. Era la esposa de un oficial español ausente en comisión de servicio, contó. No sabía si su marido estaba vivo o muerto. Su casa y la de su joven hermana habían sido desvalijadas por soldados británicos. La sangre todavía bajaba por el cuello de las mujeres desde sus orejas, porque les habían arrancado los pendientes. Estaba desesperada y, para salvar a su hermana de catorce años, se ponía bajo la protección de los oficiales británicos. Kincaid escribió: «¡Estaba junto a un ángel! Jamás había visto antes un ser más etéreamente gentil ¡No he conocido nunca uno más adorable!».

La muchachita se llamaba Juana María de los Dolores de León, descendiente de una antigua familia española arruinada por la guerra. Los románticos de la Brigada de Rifles, entre los que llegó a ser conocida simplemente como Juana, se encariñaron de ella. Kincaid escribió: «Verla era amarla; y yo la amé, pero nunca llegué a decírselo, y entre tanto otro tipo más descarado que yo se me adelantó ¡y se la llevó!». El «tipo más descarado» era, desde luego, Harry Smith. En realidad, Kincaid no le guardaba rencor a su amigo. En una de las partes más tiernas de sus propias memorias, dice de Juana:

> La guiaba un exigente sentido de la justicia, una innata pureza de intenciones, una determinación que negaba cualquier clase de malevolencia, y un alma que era capaz de elevarse por encima de las circunstancias, [Juana] llegó a ser adorada tanto en el campamento como en los salones, y con el tiempo a tratar con príncipes. Y aun así vive para su valiente marido, en una elevada posición social, como un modelo para su sexo, y como el *beau ideal* de lo que debe ser una esposa para todo el mundo.

Smith estaba obligado a obtener el permiso de su comandante en jefe para casarse. Es difícil creer que Wellington viera con demasiado entusiasmo este

impulsivo matrimonio de uno de sus jóvenes oficiales, pero a pesar de ello dio su consentimiento, e incluso él llevó a la novia al altar. Aunque Harry era un protestante convencido, la pareja contrajo matrimonio unas pocas semanas más tarde ante un capellán católico de los Connaught Rangers. [3] Curiosamente, la hermana de Juana, una vez cumplido su papel de casamentera, desaparece de la historia y Smith no vuelve a mencionarla. Es probable que Juana tomase la decisión de casarse con un hereje, algo que no era baladí para una mujer española de su época, movida por la desesperación y por la necesidad de encontrar un protector.

El éxito posterior del matrimonio de Harry y Juana no debería hacernos olvidar que no estuvo exento de complicaciones. Era relativamente habitual encontrar mujeres acompañando a las tropas, con las que los hombres podían o no llegar a formalizar la unión en alguna clase de ceremonia pública. Muchas de estas mujeres vivían con dos, tres y hasta cuatro «maridos» antes de que terminase la campaña, conforme uno tras otro iban cayendo en combate. Sin embargo, los oficiales, que en teoría eran caballeros, raramente emulaban el comportamiento de sus hombres y, aunque no era infrecuente que tuvieran amantes españolas o portuguesas, era raro que les siguieran en campaña. Fuera de la estrecha camaradería del cuerpo de Rifles, es poco probable que los demás oficiales de Wellington vieran con buenos ojos el controvertido matrimonio de Smith.

Aun así, los soldados son un grupo de hombres sentimentales y la presencia en el campamento de una jovencita, de hecho todavía una niña, despertaba la ternura de los camaradas de Harry Smith. Siendo cínicos se podría argumentar que, dado el tiempo que pasaban alejados de compañía femenina educada, el fervor que sentían por ella era un acto reflejo y, de hecho, otros testigos eran bastante menos entusiastas que Johnny Kincaid en lo que respecta al aspecto físico de la joven señora Smith, a la que describían como no demasiado bien parecida y de gesto severo y adusto. Sin embargo, todos los que la trataron dieron fe de su notable encanto personal, así como de la absoluta devoción que sentía por su esposo y por todo lo que estuviera relacionado con él.

Cuando el ejército volvió a ponerse en marcha, y con él Smith, naturalmente su flamante esposa pasó su presunta luna de miel aprendiendo a montar a la amazona en una silla que le había fabricado un soldado de la

artillería a caballo. Su montura era un purasangre andaluz llamado Tiny, que la llevó de un lado a otro durante todas las campañas peninsulares y en la de Waterloo. Su primera experiencia como esposa de un soldado que tiene que entrar en combate fue la batalla de Salamanca [de los Arapiles], el 22 de julio de 1812. Antes de que se iniciara la refriega, el mozo de cuadra de Smith, West, la condujo a la retaguardia, para su disgusto. Aquella noche la pasó en el campo de batalla, oyendo los lamentos de los heridos, mientras daba gracias a Dios por haber salvaguardado la vida y la salud de Harry. Se reunió con su esposo al amanecer, cuando la victoriosa fuerza británica volvió a ponerse en marcha. Al atardecer, cuando ya habían montado el campamento, Juana acudía junto a Harry, y cantaba y bailaba para los oficiales de los Rifles, con la compañía de una guitarra que ella misma tocaba. Dormía en una tienda diminuta hecha exprofeso para ella, junto a su marido cuando no estaba de servicio, con el que además del duro suelo compartía las inclemencias del tiempo, el hambre y la sed, quejándose solo de que su «Enrique», como ella le llamaba, también tuviera que sufrirlas. Aunque apenas aprendió unas pocas palabras de inglés durante la campaña, Juana no tenía reparos en socializar tanto con los oficiales como con la tropa y, como el propio Smith reconocía: «A pesar de que muchos de aquellos valientes personajes eran unos sinvergüenzas –haciéndose involuntariamente eco de las opiniones de su querido Wellington acerca de sus soldados–, no había uno solo que no hubiera sacrificado su vida por ella». La pareja disfrutó de un breve interludio de confort durante la estancia de los británicos en Madrid en agosto y septiembre de 1812, pero cuando llegaron noticias de que se aproximaba un ejército francés superior, la retirada a Portugal se hizo inevitable. El pequeño séquito de Smith, el cual incluía trece galgos, se vio incrementado por la presencia de un párroco local que se acogió a su protección, el cual afirmaba que temía las represalias francesas. Los Rifles le apodaron «el confesor de Harry Smith», aunque, en realidad, era la pobre esposa católica de Smith la que tuvo que aguantar numerosos desprecios por parte de sus compatriotas por haberse casado con un protestante.

Los meses de penurias forjaron entre Juana y Harry Smith unos lazos de cariño, respeto mutuo y pasión que permanecerían incólumes a lo largo de casi medio siglo. Juana se ganó la admiración de su esposo con su prudente

administración de los escasos recursos con los que contaban y del pequeño séquito que se les había unido. El 19 de noviembre, en las inmediaciones de Ciudad Rodrigo, por fin terminó la retirada y pudieron descansar sabiendo que estarían a salvo durante el invierno, después de semanas de constantes escaramuzas con las avanzadillas francesas. Los hombres estaban enfermos, hambrientos y agotados, sin ropas adecuadas para protegerse de las inclemencias del tiempo. La mayoría de los soldados que perdieron la vida durante las guerras de Napoleón lo hicieron sin que hubiera siquiera un enemigo a la vista. El frío y la humedad que calaban los huesos formaban parte de la rutina de un soldado en campaña, y solo los más resistentes eran capaces de aguantarlo, como le sucedía a Harry Smith, en parte gracias a su inagotable buen humor.

El sacerdote –*el padre* , como le llamaba Smith– que era el que se encargaba de cocinar para el grupo, consiguió encontrar una pequeña casa donde pudieron alojarse, de modo que pronto el audaz capitán pudo recuperar su costumbre de cazar liebres y patos. Mientras el ejército de Wellington pasaba acuartelado el invierno de 1812-1813, Harry y Juana pudieron disfrutar de la compañía el uno del otro, apoyándose mutuamente en la adversidad. No es necesario ser un cínico para comprender que, en última instancia, el estatus de Juana dependía de su marido, dado que si caía en combate, y era una posibilidad perfectamente razonable, ella se quedaría en la miseria. No tenían dinero ahorrado que pudiera utilizar para salir adelante durante un tiempo, y no era probable que la lejana familia de Smith fuera a apoyarle económicamente, además de que entre los españoles era considerada como una paria. La única opción de Juana en caso de que Smith muriera era encontrar otro protector en las filas del ejército de Wellington pero, aunque los oficiales de los Rifles sintieran afecto por Juana, es poco probable que cualquiera de ellos se hubiera casado con ella en ese caso. Su futuro estaba inextricablemente unido a la supervivencia de su marido.

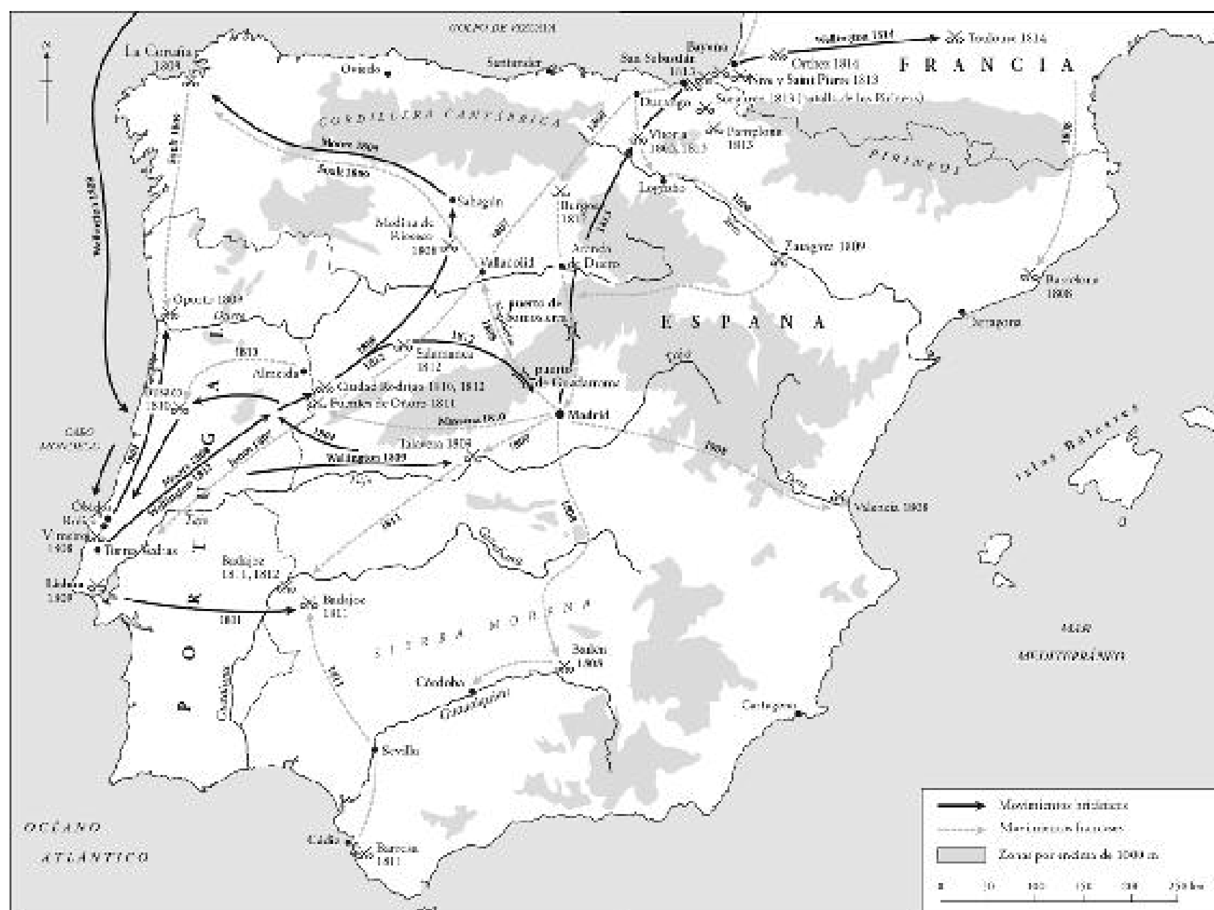
En la primavera de 1813 el ejército de Wellington emprendió la nueva campaña, que en esta ocasión se cerraría con el triunfo en Vitoria. La moral estaba muy alta, gracias a una climatología excelente, abundantes suministros y la fe absoluta compartida por todos los soldados británicos de que iban a obtener una victoria decisiva. Juana no pudo montar a Tiny, que estaba cojo,

por lo que tuvo que utilizar una yegua desconocida, que resbaló en una zanja y se cayó sobre su jinete, rompiéndole un huesecillo del pie. Aterrada ante la posibilidad de quedarse atrás, insistió en que podía cabalgar y que le encontrasen una mula que pudiera llevarla; la mitad de los oficiales de la división se pusieron a buscar una montura apropiada, lo que consiguieron rápidamente. Pocos días más tarde, Juana volvía a montar en su propio caballo. El 21 de junio, el día de la batalla de Vitoria, Smith estuvo como era habitual en medio de lo más cruento de la acción, llevando y trayendo órdenes para su brigada. Juana se quedó horrorizada al enterarse por algunos soldados de que habían visto caer al caballo de Smith y que, aparentemente, habían matado a su esposo, así que sin dudar un instante e ignorando a todos los que le gritaban para que se quedara en la retaguardia, Juana se dirigió hacia la línea de frente. La resistencia francesa estaba colapsándose y sus fuerzas empezaban a huir por todas partes. El campo de batalla era un caos de muertos, heridos y vehículos destrozados; West, el palafrenero de los Smith, intentó convencer a su señora de que utilizasen un caballo para cargar el botín –del que la batalla de Vitoria produjo una de las cosechas más abundantes de toda la campaña–, pero Juana se negó en redondo: «¡Oh, West! ¡Olvídate del dinero! Busquemos a tu señor». Tras varias horas buscando a su marido infructuosamente, fue el propio Smith quien escuchó las lamentaciones de Juana y se acercó a saludarla, con su voz convertida apenas en un susurro, totalmente enronquecido después de pasar toda la sangrienta jornada gritando órdenes. Juana le abrazó gritando: «¡Gracias a Dios que no estás muerto, sino solo malherido!». Harry gruñó: «Gracias a Dios que ni lo uno ni lo otro». Lo que había sucedido era que su caballo se había caído encima de él, aparentemente atontado por el *shock* que le había provocado una bala de cañón que pasó cerca del animal. Al contrario que Marcellin Marbot, Smith siempre fue afortunado y nunca resultó herido de consideración en todos sus años de servicio activo. Cuando ya era anciano, calculó que entre batallas, asedios y escaramuzas, habría estado expuesto al fuego enemigo unas trescientas veces, así que podemos calcular las casi nulas probabilidades, no ya de no ser herido, sino de sobrevivir: era tan improbable como lanzar una moneda al aire y que saliese cara trescientas veces seguidas.

El único botín que los Smith consiguieron en Vitoria fue un inteligente doguillo que les regaló la amante española de un oficial francés herido al que

habían ayudado. Vitty, como le llamaron, los acompañó hasta Waterloo y más adelante.

Las jornadas que siguieron a la batalla de Vitoria estuvieron marcadas por los pueblos saqueados y destruidos por el enemigo en la línea de marcha del ejército británico. El 25 de junio, los Smith consiguieron alojamiento en un caserío navarro; su anfitrión le dijo a Harry: «Cuando terminen de cenar, tengo un vino excelente, tanto como quieran beber usted y sus sirvientes», invitando insistentemente a inspeccionar su bodega al comandante. «Su semblante tenía una expresión siniestra. Noté que estaba extraordinariamente excitado; su aspecto se volvió casi demoníaco». Acompañó al hombre hasta el sótano, iluminándose con una vela; al pie de las escaleras, el español señaló al suelo con una floritura: «¡Ahí yacen cuatro de los diablos que pensaron someter España!». En las losas yacían los cuerpos de cuatro dragones franceses, donde su anfitrión les había apuñalado después de incitarles a que se emborracharan hasta quedar inconscientes. Smith se apartó asqueado: «Todo mi cuerpo se estremeció y se me heló la sangre, al ver la noble ciencia de la guerra y el honor y la caballerosidad de las armas reducidas a la práctica de alevosos asesinos. Sus caballos todavía estaban en el establo».



La guerra en la Península (1807-1814).

Los días posteriores estuvieron marcados por feroces tempestades y marchas sin descanso en las que los caballos resbalaban y perdían pie constantemente, y sin ningún sitio donde refugiarse, mientras que Juana lo soportaba todo con estoicismo, tal y como describe Smith vívidamente en sus memorias. Detrás de los Rifles viajaba West, el palafrenero de los Smith, con los caballos de remonta y el equipaje, y, detrás de ellos, a su vez, los sirvientes personales del capitán y Antonio, su cabrero, ya que cada oficial se había agenciado un pequeño rebaño de cabras y, finalmente, Juana. Muchos días sus deberes le impedían ocuparse de su esposa: «No podía dedicarle ni el tiempo ni la atención necesarias […], así que la envié al vivac y me centré en intentar reunir mi brigada […]. Cuando regresé, encontré a mi mujer sentada, sosteniendo su sombrilla encima del general Vandeleur (que estaba sufriendo horriblemente por un ataque de reumatismo)». Era una escena de lo más bucólico.

Smith, como Marbot, tenía las mismas dificultades para ascender que cualquier soldado que no poseyera riquezas o influencia y, aunque seguramente Smith fuera el más inteligente de ambos, es poco probable que nadie pensara que era un Wellington en potencia. El ambicioso capitán dio por seguro su ascenso por sus acciones en el cruce del Bidasoa, en octubre. Antes del ataque, el coronel Colborne, que mandaba la brigada y «me había cogido simpatía al verme como un hombre de acción», dijo: «Bueno, Smith, ¿ve esas alturas allá arriba frente a nosotros?». «Ya entiendo –respondí–, desearía que estuviéramos allí». El coronel se rio. «Cuando lleguemos a ellas –dijo–, y si no le matan, le conseguiré el grado de comandante, si es que mi recomendación tiene algún valor». La División Ligera capturó las colinas, por supuesto, y Colborne envió su recomendación, pero Smith tuvo que esperar todavía un año antes de conseguir su ascenso.

Sin embargo, al menos tenía la suerte de pertenecer a una élite dentro de una élite, un soldado de la legendaria División Ligera del general Robert Craufurd. «El nuestro –escribió el mejor amigo de Smith, Johnny Kincaid–, era un *esprit de corps* , un sentimiento de optimismo que nada podía ahogar. Estábamos preparados lo mismo para el campo de batalla que para la juerga, y cuando no estábamos en uno, nos íbamos de cabeza a la otra […]. En cada momento de descanso del servicio activo, nos permitíamos todo tipo de jugarretas infantiles y diversiones con una avidez y placer tales que es imposible transmitir su carácter de forma precisa. Vivíamos unidos, como siempre pasa con los hombres que cada día tienen que mirar a la muerte cara a cara juntos y, sin darle más importancia, ven cada día extra que se añade a sus vidas como uno más que gozar». Las palabras de Kincaid no eran un simple arrebato de romanticismo, y cualquiera de los hombres que sirvió en la División Ligera en la península ibérica habría dado fe de que habían sido una hermandad de guerreros sin parangón en la historia de la guerra, y que Harry Smith fue una de sus más rutilantes estrellas.

Siempre que el ejército estaba en presencia del enemigo, Juana sufría ataques de ansiedad pensando en la suerte que le esperaba a su marido. Antes de cada batalla se despedían uno del otro con tanto cariño y seriedad como si lo estuvieran haciendo para siempre, como desde luego podría haber sucedido. Una noche de noviembre de 1813, antes de que su marido tuviera que

enfrentarse a los franceses en Nivelle, de repente Juana afirmó con expresión desolada: «Tú o tu caballo moriréis mañana». El incorregible Harry estalló en carcajadas y dijo: «Bien, entre ambas opciones, espero que le toque al caballo». Al día siguiente, mientras avanzaban para atacar el reducto francés, su amado caballo de caza Old Chap recibió un disparo y cayó encima de su dueño, derramando sangre a borbotones. Algunos soldados sacaron de debajo del animal el cuerpo lleno de sangre de Smith, que exclamaba: «Bien, maldita sea mi estampa si a nuestro viejo comandante no se lo han cargado, después de todo». Smith continuó: «Venga, quitaos de en medio, que ni siquiera estoy herido, solo un poco prensado». Cuando llevó el documento de rendición a las líneas enemigas para su firma, su homólogo francés rompió a reír al contemplar su aspecto, y hasta el propio Wellington se quedó impresionado cuando Smith se presentó para informarle. Aquella tarde, al ver por vez primera en todo el día a su marido, a Juana se le cortó el aliento, horrorizada. Él le aseguró que de su trágica profecía de la noche anterior, solo se había cumplido la parte menos importante.

Juana también estaba expuesta al peligro de las operaciones activas. Por ejemplo, en una ocasión los franceses lanzaron un contraataque local que obligó a retirarse a la División Ligera. Smith tuvo que abandonar a su esposa para organizar a su brigada, mientras ella se vestía a toda prisa y se veía obligada a huir a uña de caballo con el enemigo pisándole los talones. Vitty el doguillo se quedó atrás con el bagaje, pero un corneta del 52.º Regimiento tuvo la presencia de ánimo de meter al perrillo en una mochila y llevárselo, mientras los franceses tiroteaban al regimiento en retirada. Durante algunas horas el enemigo tuvo en su poder el tren de equipaje de la brigada, de modo que cuando los británicos recuperaron la posición, los Smith comprobaron con disgusto que el ganso que habían estado cebando para la cena de Navidad había desaparecido.

Es difícil comprender cómo una joven española como Juana, que había crecido en un entorno familiar seguro y que se había educado en un convento, fue capaz de adaptarse a la vida entre unos extranjeros cuya lengua no hablaba y cuyas costumbres le resultaban totalmente extrañas, sin compañía femenina de ninguna clase, un hogar o cualquier tipo de confort. En vez de todas esas cosas, se veía forzada a vivir en medio de un ejército en el que la más exquisita

caballerosidad coexistía con las crueldades más salvajes. Ella, sin embargo, era infatigable visitando a los enfermos y a los heridos, cabalgando para llegar a los hospitales a través de campos yermos en los que pululaban destacamentos de dragones franceses. Una noche, ya en Francia, a la pareja le asignaron un alojamiento con una anciana viuda que les sirvió una sopa en un cuenco de Sèvres que le encantó a Juana. La anfitriona les contó que era parte de su vajilla de boda, que no había vuelto a utilizar desde la muerte de su esposo. Dos días después, en el camino de Toulouse, los Smith se quedaron anonadados al ver entrar a su sirviente, llevando ese mismo bol lleno de leche. Juana, posiblemente recordando el saqueo de su propia casa en Badajoz, se echó a llorar. El criado de Harry no hizo caso de los reproches de su señor: «Señor, amo, los franceses habrían secuestrado a la viuda misma si hubiera sido joven y pensé que el cuenco sería perfecto para servir la leche de las cabras por la mañana». Esa noche, cuando Harry volvió a la cabaña en la que se alojaban, no encontró rastro de su esposa. Al fin llegó, agotada y embarrada, ya que había cabalgado cerca de cincuenta kilómetros hasta Mont-de-Marsan para devolverle el cuenco a la viuda. No olvidemos que, por aquel entonces, Juana tenía solo dieciséis años.

«Cuando al principio me tuve que hacer cargo de ti –escribió Harry a Juana unos años más tarde–, eras un pequeño, enjuto, violento, agresivo, pero siempre leal diablillo, que te mantuviste fiel a tus promesas hasta un punto que, a tu edad, y para tu sexo, era tan extraordinario como meritorio, pero ahora ruego a Dios Todopoderoso que permita que esta mujer esté junto a mí hasta que ambos volvamos a la madre tierra, y que cuando llegue el terrible momento, consienta que nos vayamos juntos en el mismo instante». No es difícil percibir aquí la devoción que Harry sentía por ella.

Los Smith se encontraban con el ejército británico en Toulouse en marzo de 1814 cuando llegó la noticia de la abdicación de Napoleón. El antiguo batallón de Harry, el 95.º de Rifles, había partido en 1808 de Inglaterra con 1050 oficiales y hombres, en el ínterin había recibido un único reemplazo de un centenar de hombres y ahora volvían a casa apenas quinientos. Aquellos quinientos, sin embargo, estaban reconocidos como la mejor unidad de tropas ligeras del mundo. Johnny Kincaid observó con ironía que los que partían de Francia parecían un cuerpo de inválidos:

> Beckwith tenía una pierna de corcho; a Pemberton y Manners les habían pegado un tiro en la rodilla a cada uno, lo que hacía que tuvieran la pierna tan tiesa como la de madera del anterior; Loftus Gray con un tajo en el labio y un pedazo de menos en un talón, parecía un pato mareado cuando andaba; Smith con un tiro en el tobillo; Johnston, amén de varios agujeros de bala, tenía un codo rígido, lo que le impedía molestar a sus amigos tocando jigas escocesas en el violín; a Percival le habían atravesado los pulmones de un tiro; Hope tenía metralla en una pierna, y George Simmonds estaba obligado a usar un corsé para mantener unido su maltrecho cuerpo, no porque tuviera barriga cervecera.

El que Smith hubiera sobrevivido sin tener que pagar un precio mayor en sangre era un pequeño milagro. El capitán tenía que tomar ahora una difícil decisión. La brigada había recibido órdenes de trasladarse a América, donde los británicos estaban enzarzados en una nueva guerra, y no se concederían permisos. Si quería podía renunciar a su empleo y volver a Inglaterra pero, a pesar de su reputación como uno de los más audaces y brillantes oficiales de Wellington, lo cierto es que no podía renunciar sin perder todas sus posibilidades de ascenso. Finalmente, después de muchas lágrimas y sollozos, Juana y él acordaron separarse temporalmente y que ella acompañara a Londres a Tom, el hermano de Harry. Con todo el dinero que pudieron reunir, Juana alquilaría una habitación en la capital y aprendería inglés, hasta que él volviese. Ella no quiso ir a Cambridgeshire a conocer a su familia hasta que él en persona pudiera hacer las presentaciones formales: «Han pasado muchos años desde entonces –escribió Harry en su autobiografía acerca del día que se separaron–, pero los recuerdos de aquella tarde están frescos en mi memoria, ya que fue doloroso “¡oh, cuán doloroso! […]”. Nunca había sentido miedo hasta aquel momento, así que monté mi caballo siguiendo el impulso que empuja al soldado a cumplir con su deber». Solo Dios sabe lo que habría sido de Juana si su esposo no hubiera regresado.

La incompetencia con la que se dirigió la expedición a América –una tentativa británica de trasladar a tierra el conflicto con sus antiguos colonos, que había empezado como una guerra naval en 1812– y la forma en la que el

general Robert Ross dirigió a su pequeño ejército en Bladensburg, en las afueras de Washington, el 24 de agosto de 1814, dejaron atónito a Smith. El comandante describió el incendio deliberado de la capital americana como un acto de «barbarie», aunque eso no fue obstáculo para que él y sus camaradas dieran buena cuenta de la comida que habían encontrado preparada en la Casa Blanca. Mientras el ejército se retiraba para reunirse otra vez con la flota, Ross envió a Smith de vuelta a Londres con el despacho informando de la toma de Washington, y en el que aseguraba que, aunque la acción había sido una victoria, no le quedaba más remedio que dejar constancia de las graves dificultades que supondría continuar las maniobras ofensivas. Desembarcó en la costa inglesa tres semanas más tarde. Después de siete años de ausencia de su propio país, podía disfrutar del placer de atravesar el sur de Inglaterra bañado por el sol de un glorioso día de verano, especialmente ahora que iba a reunirse con Juana. Entregó su despacho en la residencia del primer ministro en Downing Street, y luego se fue a buscar a su esposa. Aquella vio desde una ventana de la casa en la que se alojaba la mano de él por la portezuela del carruaje mientras intentaba confirmar que estaba en el número correcto de la calle, y gritó: «¡Oh, Dios, la mano de mi Enrique!». [4] Smith escribió más adelante: «¡Oh, aquellos de vosotros que entráis en el santo matrimonio por mor de hacer contactos –aburridos, fríos, amistosos, apropiados, lo admito– no podéis sentir lo que nosotros sentíamos!». A la euforia de su reencuentro con Juana, le siguieron una invitación para una entrevista con el primer ministro, el duque de Liverpool, y luego para una audiencia con el príncipe regente, lo que fue una experiencia embriagadora para un soldado de veintisiete años que nunca había tenido que tratar a personajes de tan alta alcurnia. Por fin, le confirmaron su ascenso a comandante.

El padre de Harry había viajado a Londres para conocer a su nuera, que le recibió vestida con el traje típico de su país y se lanzó a sus brazos al verle, lo que hizo que el viejo señor Smith rompiese a llorar de «alegría, admiración, asombro y placer» ante la visión de esta apasionada jovencita. La feliz familia partió hacia Whittlesey, donde se reunieron con Vitty el doguillo, el viejo caballo de caza de Harry, Jack, y finalmente con Tiny, el caballo andaluz, al que los mozos de cuadra de los Smith habían encontrado difícil de manejar. Juana,

desde luego, no tenía ese problema. «No hagáis ruido –dijo– y me seguirá como un perro». Y así lo hizo el animal… a la salita de estar de la familia.

Sin embargo, después de tan solo tres semanas de tranquilidad doméstica, el comandante Smith fue convocado de nuevo al edificio de la Guardia Montada. [5] Las noticias que habían llegado de América eran todas malas. El general Ross había fracasado en su intento de capturar Baltimore, que le había costado la vida, así que enviaron a *sir* Edward Pakenham a sustituirle, mientras que a Smith le asignaron al estado mayor de Pakenham como segundo del ayudante general. Pakenham y su estado mayor cruzaron las frías aguas del Atlántico en noviembre de 1814 apretujados en una fragata. El 26 de diciembre tocaron por fin tierra frente a Nueva Orleans, mientras que el resto del ejército desembarcó cuatro días más tarde. La batalla de Nueva Orleans fue un desastre para las armas británicas, que le costó la vida a Pakenham. El desastre dejó a Smith en estado de *shock* , ya que desde la debacle en Sudamérica al principio de su carrera militar no había visto jamás a sus compatriotas tan desmoralizados. En España, el ejército de Wellington combatía sabiendo que podía confiar ciegamente en su líder y que raramente dicha fe sería defraudada. En cambio ahora, en América, Smith era testigo de una falta total de planificación y una incompetencia de la peor especie, y es que solo había un Wellington, mientras que muchos otros generales británicos no eran dignos de ocupar un puesto de mando.

Tras la batalla, fue enviado a las líneas enemigas para negociar una tregua para enterrar a los muertos. Se entrevistó con su homólogo americano, el coronel James Butler, el ayudante general del futuro presidente de Estados Unidos, el general Andrew Jackson, un «tipo basto» que llevaba la espada desnuda en el cinturón porque no disponía de vaina. Smith se disculpó por la tardanza de sus cirujanos. Butler, contemplando las pilas de muertos y moribundos británicos, dijo: «Lógico, calculo que sus médicos están agotados; hoy han tenido mucho trabajo que hacer». Smith respondió con indignación: «¿*Mucho?* ¡Qué va! ¡Esto no es nada para nosotros, los hombres de Wellington! El próximo enfrentamiento que tengamos con ustedes verán como una brigada del ejército de la Península (llegaron ayer) les da a sus muchachos una buena ración de bayoneta!». Le preguntó a Butler por qué llevaba la espada desenvainada. El americano, igualando la bravata de Smith, contestó con

audacia: «Porque creo que la funda de una espada no es de ninguna utilidad mientras haya un solo británico en nuestro suelo. No deseamos dispararles, pero debemos hacerlo si ustedes violan nuestras propiedades; hemos descartado las vainas».

Smith estaba agradablemente sorprendido de que los norteamericanos no hubieran saqueado los cadáveres como acostumbraban a hacer los franceses, de hecho, solo habían robado las botas de los soldados británicos, de las cuales tenían mucha necesidad. Él y Butler no simpatizaron, sin embargo. El americano era un individuo serio, poco acostumbrado a la displicente hidalguía con la que se despachaban hombres del tipo de Smith. Es posible que a Butler le resultara desconcertante la actitud de soldado profesional del inglés, quien parecía perfectamente encantado de combatir contra cualquier enemigo si se le ordenaba hacerlo, sin pararse a pensar si su causa era justa o no. Más aún, mientras que las bajas sufridas delante de Nueva Orleans le parecían espantosas al americano, Smith, que había estado en la carnicería de Badajoz, no se mostraba especialmente impresionado; para él, la muerte era el precio que tenían que pagar los soldados en el ejercicio de su profesión. Wellington no solía lamentarse por el coste en vidas de sus batallas, pero es que tampoco podía permitirse hacerlo. Smith le dijo al enviado de Jackson que esperaba que la próxima vez que se encontraran fuera Butler quien le estuviera pidiendo permiso para enterrar a los muertos americanos. La realidad es que, tras unas pocas semanas de decepcionantes escaramuzas, los atacantes tuvieron que reconocer su fracaso y reembarcar. Smith, nombrado secretario militar del sucesor de Pakenham, *sir* John Lambert, fue uno de los pocos hombres del ejército que se envió a América que regresó a Inglaterra con su reputación intacta. Su valentía en el campo de batalla no era más que lo que se esperaba de cualquier oficial en aquella época, pero su entusiasta compañerismo, celo y eficiencia le señalaban para futuros ascensos, y encima manteniendo su popularidad entre sus camaradas, lo que es menos frecuente de lo que parece. Muchos de los guerreros que describiremos en estas páginas eran odiados o despreciados por sus compañeros, mientras que hubo pocos hombres que no llegaran a simpatizar con el campechano, entusiasta y honesto Harry Smith.

Al entrar en el canal de Bristol, el buque en el que viajaba se abarloó a un mercante que acababa de zarpar, para satisfacer el ansia de noticias de los

pasajeros. Desde la cubierta del otro mercante gritó una voz: «¡Bonaparte está de regreso en el trono de Francia!». Smith, siempre el soldado de carrera, lanzó su sombrero al aire y gritó exultante: «¡Todavía lograré ser teniente coronel, antes de que acabe el año!». Alquiló un carruaje para viajar a Whittlesey, donde encontró a Juana, siempre tan emotiva, angustiada por el temor a que el carruaje trajera un mensajero portador de malas noticias, aunque no tardó en recuperar el ánimo cuando vio a su marido. Smith contó más tarde que esa fue la última vez en su matrimonio que tuvieron que enfrentarse a una larga separación. Su hermano Charles iba a unirse como voluntario a la Brigada de Rifles, mientras que Tom ya se había reincorporado al regimiento. Por su parte, Harry se dedicó a comprar caballos para la nueva campaña, con el entusiasmo de un escolar que se preparara para jugar un partido decisivo. Antes de que los Smith partieran de Whittlesey rumbo al continente, un accidente estuvo a punto de costarle su participación en Waterloo. La última tarde antes de su marcha, la familia salió a pasear a caballo y, mientras volvían a casa, Harry vio en las afueras de la población una valla y no pudo evitar dejarse llevar por la euforia. «¡Aún tengo un salto más en mi caballo de guerra!», gritó, y espoleó a su yegua para saltarla. Todos los presentes se quedaron sin aliento cuando el animal tropezó y cayó a plomo encima suyo, atrapando su pierna entre la asustada yegua y la valla. Por unos terribles instantes, pensó que se había roto la pierna: «¡Ya podía decirle adiós a la comandancia de mi brigada!». Por fortuna, y para alivio de todos los presentes, tanto el jinete como la montura estaban ilesos.

El comandante Smith partió al día siguiente hacia Harwich con Charles, Juana, varios sirvientes y West, el palafrenero, y se reunieron en Gante el 5 de junio con su brigada y *sir* John Lambert, que le asignó su antiguo puesto de oficial ejecutivo. El 15 de junio, la brigada recibió órdenes de ponerse en marcha hacia Bruselas y, al atardecer del día siguiente, de dirigirse lo más rápidamente posible a Quatre Bras, pues el ejército de Napoleón estaba avanzando hacia la capital belga desde el oeste, lo que significaba que se avecinaba una gran batalla. Después de atravesar Bruselas se dieron de bruces con un confuso caos de civiles que llenaban los caminos presa del miedo. Un grupo de soldados hannoverianos que huía hacia la costa a todo galope le dijo que los franceses avanzaban sin oposición y que estaban atacando la

retaguardia. Smith fue a informar a Lambert, a quien encontró sentándose para cenar con Juana y su edecán, pero el sereno *brigadier* no se alteró y desestimó desdeñosamente el rumor difundido por los hannoverianos, instando a su oficial ejecutivo a sentarse con ellos y disfrutar del magnífico rodaballo que su mayordomo había conseguido en Bruselas.

Aquella misma noche cayó un fuerte aguacero que caló a las tropas hasta los huesos y convirtió el terreno en un cenagal. La brigada de Lambert recibió órdenes de avanzar hacia la línea de frente, una maniobra especialmente ardua para los hombres, que tenían que lidiar con el barro, los carros de bagaje y el ocasional grupo de atemorizados civiles que huían de la zona de guerra. Sin embargo, y para indignación de las tropas, poco después volvieron a recibir nuevas instrucciones, que les ordenaban despejar y mantener abierta la carretera para permitir el paso de otras unidades, en vez de reunirse con el ejército principal, que estaba esperando recibir el ataque de Napoleón de un momento a otro. A primera hora de la mañana del 18 de junio –el día de Waterloo– Lambert envió a Smith al cuartel general de Wellington para que les cambiaran las órdenes. Harry encontró al duque en las inmediaciones del castillo de Hougoumont, recorriendo la loma del Mont-Saint-Jean junto con su estado mayor para preparar el despliegue definitivo de sus divisiones. Tras presentarse al general, este le dio a Smith un mensaje para Lambert, que debía mover su brigada al flanco izquierdo de la línea británica.

Por lo general, los protagonistas de un acontecimiento histórico no son conscientes de su trascendencia hasta más tarde, pero en la mañana de Waterloo prácticamente todos los hombres presentes en el campo de batalla sabían que eran parte de un evento de excepcional relevancia histórica. Smith sabía que estaba viendo a su ídolo, el duque de Wellington, en la plenitud de sus habilidades profesionales, conciso y seguro de su visión acerca del futuro desarrollo de la jornada. Wellington le mostró el sitio exacto donde la brigada de Lambert debía desplegarse. Finalmente le dijo: «¿Lo entiende?». Harry respondió: «Perfectamente, señor» y, sin más dilación, dio la vuelta a su caballo y regresó a toda prisa adonde se encontraba Lambert para comunicarle las órdenes.

Lambert formó a su brigada en columna de compañías para avanzar lo más rápidamente posible hacia el campo de batalla de Waterloo. Harry encontró un

momento para reunirse con Juana y decirle que llevara a Tiny de regreso a Bruselas y que esperase allí el resultado de la batalla. La señora Smith llegó a la gran plaza principal de la ciudad, donde encontró a West, su mozo de cuadra, vigilando las posesiones de la familia. Acababan de llegar órdenes para mover el tren de bagaje a otra población unos kilómetros a retaguardia. Allí, en la plaza, al igual que la Becky Sharp y el Jos Sedley de *La feria de las vanidades* , de Thackeray, Juana y West pasaron una tarde interminable, en espera de recibir noticias en medio de un continuo ir y venir de rumores. Vitty el doguillo, contagiado por toda la excitación a su alrededor, saltaba de un lado a otro, incapaz de tranquilizarse, mientras que Tiny, el caballo andaluz, apenas si podía mantenerse quieto. Alguien gritó de repente que los franceses estaban casi a las puertas de la ciudad y se desató el pánico. Juana montó en Tiny y acababa de tomar a Vitty en sus brazos cuando el pequeño caballo se desbocó, galopando incontrolado durante más de diez kilómetros antes de que, cuando se disponía a saltar por encima de un carro, se detuvo en seco, haciendo que Juana saliese despedida por encima de su cabeza. Juana acababa de montar de nuevo y estaba recuperándose del golpe cuando apareció un grupo de jinetes formado por oficiales y soldados británicos además de uno de sus propios sirvientes, que huían presas del pánico. «Por favor, señor, ¿hay algún peligro?», le preguntó a un húsar. «¿Peligro, *se'ora* ? ¡Cuando salí de Bruselas, los franceses estaban persiguiéndonos colina abajo!». Juana les siguió a regañadientes, cada vez más convencida de que en realidad se trataba de un grupo de cobardes, sobre todo después de que uno de ellos le sugiriese que abandonara a Vitty para huir más rápido. Llegó a Amberes física y emocionalmente exhausta, con el rostro manchado de barro y lágrimas secas. Fue acogida por el comandante británico de la ciudadela y su esposa, con quienes pasó las largas horas de espera que siguieron antes de que recibieran novedades acerca del resultado del tremendo choque entre los ejércitos desplegados al sur de Bruselas.

La brigada Lambert fue de las últimas en alcanzar el campo de batalla, aunque a tiempo de compartir con el resto del ejército aliado el coste en vidas de la jornada. Los sesenta y siete mil hombres de Wellington lograron sostener Mont-Saint-Jean contra el bombardeo y los implacables asaltos franceses a costa de algo más de quince mil bajas. Algunos regimientos británicos, que al final de la batalla aún seguían ocupando el mismo pedazo de terreno que al

inicio de esta, habían sido prácticamente aniquilados. Una de las unidades de Lambert, el 27.º Regimiento (Inniskilling), solo pudo reunir 120 hombres y dos oficiales, ambos heridos, al caer la noche. Smith había estado recorriendo el campo de batalla de un lado a otro a lo largo de toda la jornada, en medio de las llamas y el humo, una hora tras otra. Es probable que hacia el final del día se encontrase a apenas unos pocos centenares de pasos de la posición de Marcellin Marbot. El inglés perdió dos caballos heridos de gravedad. Hacia el final de la tarde, empezó a notarse claramente que la cacofonía de disparos que había dominado todo el día empezaba a apagarse. Smith estaba seguro de que la batalla ya se había decidido, pero desde su posición en el flanco izquierdo de la línea aliada no sabía quién había ganado, ya que el humo de los disparos, literalmente la niebla de guerra, tan frecuente en la era de las armas de pólvora negra, le impedía observar el estado del resto del ejército. Solo cuando el humo empezó a disiparse, pudo ver que toda la loma de Mont-Saint-Jean seguía ocupada por soldados de casacas rojas, lo que sellaba así el fracaso definitivo de las ambiciones de Napoleón. Su victoria sobre el corso fue el momento álgido de la carrera militar de Wellington, un triunfo que se consiguió gracias a la tozuda obstinación de la infantería británica. Hasta ese instante Smith no se atrevió a mostrar su alegría por la victoria.

Los tres hermanos Smith sobrevivieron a la carnicería de aquella semana de junio y, «para mi asombro, mi sorpresa y mi gratitud a Dios Todopoderoso», solo Charles había sido herido levemente en el cuello. Harry estaba física y emocionalmente exhausto cuando por fin pudo sentarse y preparar un té para el general de división *sir* James Kempt, *sir* John Lambert y él mismo. Más adelante observaría que en todos sus años de vida militar nunca vería una matanza como la que pudo contemplar aquel día mientras dejaba vagar su mirada por el campo de batalla. Pudo ver hombres por doquier llorando desconsolados –esta era una época en la que los soldados no se avergonzaban de que los vieran llorar en público– por sus parientes y amigos caídos. Mientras ayudaba a reunir los muertos de su regimiento, su hermano Charles encontró el cadáver de un oficial francés de delicadas facciones y pequeña complexión, que al examinar más de cerca pudo comprobar que era el de una joven y bella mujer. Harry Smith comentó que: «Cuáles eran las circunstancias de devoción,

pasión o patriotismo que habían llevado a tal heroísmo son, y siempre serán, un misterio para mí. Apostaría a que fue por amor».

Fue hacia el final de la tarde del 19 de junio, el día después de la batalla, cuando Juana Smith y otros cientos de civiles británicos en Amberes pudieron descansar por fin cuando les informaron de que «Boney» había sido derrotado. Aun así, Juana no sabía nada acerca de la suerte de *su* Harry, de modo que a las tres de la madrugada del día 20, sin hacer caso a sus anfitriones, partió con West en su búsqueda. Llegó a Bruselas a las siete, donde se topó con un grupo de Rifles quienes, para su horror, le dijeron afligidamente que el comandante Smith había muerto. Marchó a toda prisa hacia el campo de batalla, pensando que cada carro cargado de cadáveres con el que se cruzaban sería el que llevaba a su amado Harry. Al alcanzar el campo de Waterloo, empezó a recorrerlo desconsolada entre los cadáveres en descomposición y las tumbas recién excavadas. Por fin se encontró con Charlie Gore, edecán de *sir* James Kempt. «¡Oh! ¿Dónde está? –gritó–, ¿dónde está mi Enrique?». Gore replicó tranquilamente: «Queridísima Juana, créeme; es el pobre Charles Smyth, el *brigade-major* de Pack [quien está muerto]. Te juro, por mi honor, que he dejado a Harry montado en Lochinvar en perfecto estado de salud, pero muy preocupado por ti».

«¡Ojalá pudiera creerte! ¡Me estallaría el corazón de alegría!».

«¿Y por qué deberías dudar de mí?».

«¡Entonces Dios ha escuchado mis plegarias!».

Cabalgó hasta Mons, donde llegó a medianoche, y apenas robó unas pocas horas de sueño. Al amanecer de la mañana siguiente, 21 de junio, se apresuró a llegar al campamento de la brigada de Harry en Bavay, donde «pronto, gracias a Dios, pude hundirme en sus brazos».

Por su participación en Waterloo, Smith fue ascendido al grado de teniente coronel interino y nombrado Compañero de la Orden del Baño cuando todavía no había cumplido los treinta años. El duque de Wellington presentó a Juana al zar de Rusia, explicándole que: «*Voilà, Sire, ma petite guerrière espagnole qui a fait la guerre avec son mari comme la héroïne de Saragosse*» . [6] Y no cabe duda de que así había sido y que así sería ya que en los muchos años de servicio activo y gloria que todavía le quedaban por delante, Harry siempre

estuvo acompañado por Juana. Mandó ejércitos en la guerra contra los mahratas en la India y contra los xosha en Sudáfrica y llegó a alcanzar el rango de teniente general; también fue nombrado caballero por su victoria en Maharajpore en 1845. Más tarde le otorgaron el título de *baronet* por su victoria en la batalla de Aliwal, en 1846, durante las guerras sij, aunque, por desgracia, la pareja no tuvo hijos que pudieran heredar el título. En 1847 fue nombrado gobernador y comandante en jefe en la Colonia del Cabo, aunque en ninguno de ambos puestos destacó demasiado, al menos a ojos de sus superiores, quienes en 1852 le hicieron volver a Londres a media paga. El honrado, entusiasta y cordial Harry Smith carecía de sutileza o de habilidad políticas y, como con el resto de su vida, también fue imprudente con el dinero. Tras la muerte de lord Raglan en 1854 en Crimea, se barajó la posibilidad de que Harry lo reemplazara al frente del ejército expedicionario británico; a él no le hubiera importado, ya que todavía anhelaba entrar en acción, además de que las estrecheces económicas que sufría hacían que estuviera desesperado por conseguir un empleo que le permitiera cobrar su paga completa. Sin embargo, sus sesenta y cinco años jugaban en su contra y el secretario de Guerra, lord Panmure, escribió a la reina Victoria para explicarle que el más impulsivo de sus tenientes generales había sido descartado, «debido a su mala salud y a la facilidad con la que pierde los nervios».

El pobre *sir* Harry murió arruinado. Ninguna de sus peticiones para que le fuera otorgado un título fue atendida, a pesar de lo cual podemos decir con absoluta seguridad que de todos los individuos cuyas historias contamos en este libro, su vida fue una de las más felices y satisfactorias, gracias al éxito de su matrimonio con Juana. Es probable que sintiera una cierta tristeza por la falta de descendencia, pero de lo que no cabe duda es del amor que sentía por su esposa, como se puede observar en las cartas llenas de la pasión que podría haberse esperado de un amante más joven, que hasta el final de sus días envió a su esposa cada vez que tenían que estar alejados el uno del otro por necesidades del servicio. Es difícil mejorar el epitafio que Smith escribió para sí mismo en 1844:

> He servido a mi país durante casi cuarenta años. He luchado en cada rincón del globo, he viajado por cada continente. Nunca he pedido una

> baja por enfermedad, y solo en una ocasión recibí un permiso de ocho meses para estudiar matemáticas. He ocupado *todos* los puestos de la plana mayor de un regimiento y también en el Estado Mayor. He mandado regimientos en tiempos de paz y, con frecuencia, también en tiempo de guerra. Entré en el ejército siendo un perfecto desconocido para el mundo, y diez años más tarde por las vicisitudes del destino era teniente coronel, y he estado presente en tantas batallas y asedios como cualquier otro oficial de mi rango en el ejército. Nunca me he batido en duelo, y solo una vez he pedido disculpas a otro hombre, aunque soy tan apasionado como el que más; y puedo decir modestamente que la amistad que he experimentado iguala el amor que siento por mis camaradas, oficiales o soldados. Mi esposa me ha acompañado por todo el mundo; siempre ha sido cariñosa y amable con todos y nunca ha tenido controversia ni pelea alguna ni con mujeres ni con hombres.
> HARRY SMITH

Aunque no están exentas de un cierto punto de arrogancia, estas palabras no son menos ciertas por ello. Podemos ver en ellas al viejo guerrero satisfecho de haber podido disfrutar de la inusual fortuna de compartir sus campañas con la compañera perfecta. Todos los años el viejo general celebraba con una cena el aniversario de su mayor triunfo en el campo de batalla, durante la cual hacía traer al salón a su caballo de guerra, Aliwal, para que compartiese la fiesta, y así lo hizo hasta que finalmente el viejo caballo cayó enfermo y tuvo que ser sacrificado de un disparo. El propio *sir* Harry lo acompañó en sus últimos momentos, con los ojos arrasados en lágrimas. Smith describió en su autobiografía acerca de la vida del soldado: «Nunca teme por sí mismo, pero la muerte de un camarada le rompe el corazón». Hablaba por sí mismo, por supuesto, porque muchos, incluso entre sus contemporáneos, no estaban hechos de la misma pasta. Su hoja de servicios sugiere que, al igual que Marbot, Smith era valiente hasta la temeridad, pero al mismo tiempo, contrariamente a otros oficiales, alguien que se preocupaba por el bienestar de sus hombres. No estaba hecho de la pasta de los grandes generales de la historia, sino la de un típico soldado británico capaz de ganarse el respeto y el cariño tanto de sus camaradas como de sus subordinados. En una ocasión, en

un baile en Londres, alguien le preguntó inocentemente si había tenido que enfrentarse a situaciones de peligro con frecuencia. «Mi caballo sí, a veces», respondió jovialmente. ¡Podemos imaginar lo que hubiera respondido Marcellin Marbot! *Sir* Harry Smith Bart, KCB [7], murió a la edad de setenta y tres años en su casa de Londres, el 1 de Eaton Place West, el 12 de octubre de 1860. Juana le sobrevivió otros doce años casi exactos, viviendo discretamente en Cadogan Place, dedicada a preservar encendida la llama del recuerdo y la reputación de su esposo. Fue enterrada a su lado en Whittlesey. Pocas parejas han conseguido tal armonía y entendimiento mutuos en tiempos de paz; tal vez ninguna en tiempos de guerra.

1 N. del. T.: Los regimientos de Rifles –el 95.º y el 60.º (Royal Americans)– estaban uniformados en verde, en vez de con la tradicional casaca roja de los regimientos de línea, por lo que se les conocía como *Greenjackets* (chaquetas verdes).

2 N. del T.: En el Ejército británico, el *brigade-major* («comandante de brigada») era un empleo de estado mayor, el equivalente al oficial ejecutivo en un ejército moderno, que se ocupaba del día a día de la unidad, de controlar los suministros, organizar las guardias e imponer disciplina.

3 N. del T.: El nombre del 88.º Regimiento de Infantería, reclutado en Irlanda.

4 N. del T.: En español, en el original.

5 N. del T.: Horse Guards, llamado así por el edificio en el que se encontraba el despacho del comandante en jefe del Ejército Real, en los barracones de los regimientos de Caballería de la Guardia, en Whitehall. En 1871 se trasladó definitivamente a la War Office, aunque, por un tiempo, al menos mientras el duque de Cambridge ocupó el cargo de comandante en jefe, siguió siendo conocido como Horse Guards.

6 N. del T.: En francés, en el original: «He aquí, Majestad, mi pequeña guerrera española que ha hecho la guerra junto a su marido como la heroína de Zaragoza [Agustina de Aragón]».

7 N. del T.: Knight Commander of the Bath [Caballero Comandante de la Orden del Baño].

3
Maestro de armas

A lo largo del reinado de Victoria de Inglaterra, Europa fue el centro del mundo civilizado. El recuerdo de las guerras de Napoleón dominaba la cultura militar de la época, lo que no era demasiado inteligente. Hubiera resultado mucho más productivo si los militares europeos de finales del siglo XIX hubieran prestado menos atención a los recuerdos de 1815 y bastante más a las experiencias de los ejércitos de Ulysses S. Grant y Robert E. Lee en el choque más decisivo del Nuevo Mundo. La Guerra de Secesión estadounidense enseñó lecciones tan dramáticas como importantes acerca del tipo de conflicto que podía esperarse cuando se enfrentaban sociedades industrializadas, si alguien se hubiera molestado en aprenderlas. Sin embargo, muchos soldados europeos se dejaban llevar por prejuicios irracionales acerca de la sociedad estadounidense, a la que consideraban infantiloide y degenerada, y creían que ninguna lección aprendida en América podía aplicarse a Europa.

En cambio, para los ciudadanos de Estados Unidos, la Guerra de Secesión constituyó el acontecimiento más importante de su historia. Nunca tuvieron generales tan brillantes como entonces; ningún comandante en jefe estadounidense de la Segunda Guerra Mundial podía presumir de tener el talento de un Lee, y es probable que tampoco de un Grant, y raro era el subordinado que podía compararse con «Stonewall» Jackson, Philip Sheridan, James Longstreet y otros generales de la Guerra de Secesión. A veces, hasta los propios estadounidenses olvidan que la nación sufrió dos veces más víctimas mortales en números absolutos en el conflicto de 1861 a 1865 que en el de 1941 a 1945, cuando la población del país era muchísimo más numerosa.

Mientras que los ejércitos rivales estaban formados al comienzo de la contienda por ciudadanos voluntarios, y más tarde por conscriptos, la mayor parte de los mandos superiores los ejercieron soldados profesionales, sobre todo

graduados de West Point o del Virginia Military Institute [Instituto Militar de Virginia] y, de hecho, muchos de los antiguos alumnos de ambas instituciones sirvieron como oficiales superiores en ambos bandos a largo de un conflicto que llegó a movilizar a cuatro millones de hombres. Esto significó que fue necesario entregar el mando de muchos regimientos a aficionados –que en los primeros días de la guerra elegían sus propios hombres–, normalmente, con trágicas consecuencias. Sin embargo, algunos de aquellos diletantes en uniforme demostraron tener un talento militar excepcional. Pocos llegaron a igualar a Joshua Lawrence Chamberlain, quien, cuando estalló la guerra, era un profesor de treinta y dos años que enseñaba lenguas modernas en el Bowdoin College de Maine. El conflicto terminó antes de que Chamberlain pudiera demostrar si tenía las habilidades necesarias para ejercer mandos superiores, pero para entonces ya había probado ser uno de los mejores oficiales de la Unión, un modelo de coraje e inteligencia y un líder nato. Si a todas estas cualidades se añaden las de caridad, compasión y generosidad de espíritu, nos encontramos ante un hombre que fue un caballero modélico, casi digno de ocupar un lugar en la Mesa Redonda de la leyenda artúrica. No cabe duda de que en la historia de Estados Unidos han existido militares con más talento que Joshua Chamberlain, pero pocos de ellos podían presumir de sus cualidades humanas.

Chamberlain nació en 1828 en una austera familia de granjeros de Maine. Cuando aún era un adolescente, su padre quiso que siguiera una carrera militar y lo matriculó en una academia militar local, pero sus ambiciones en aquella época tendían más a lo intelectual y lo artístico. Era un apasionado de la música que aprendió a tocar el contrabajo. [1] Antes incluso de graduarse empezó a impartir clases en la escuela donde él mismo era alumno y descubrió que tenía aptitudes para ello y que además le gustaba hacerlo. Por aquel entonces, Joshua tenía la idea de convertirse en pastor protestante y partir como misionero al extranjero, de modo que se puso a estudiar en serio para entrar en la universidad. En 1848 fue admitido finalmente en el Bowdoin College, a costa de muchos esfuerzos para adquirir el nivel de griego clásico que exigían como requisito de entrada a sus futuros alumnos. Su historial universitario fue ejemplar y ganó toda clase de premios y honores durante su carrera. Además de sus actividades escolares, también encontró el tiempo necesario para continuar

con su pasión por la música y dirigió el coro de la iglesia congregacional local. Allí conocería a Fannie Adams, una chica dos años mayor que él, pupila del pastor de la congregación, y de la que se enamoró perdidamente. Es posible que Chamberlain formara parte del coro el mismo día en que la esposa de uno de los profesores de Bowdoin, Harriet Beecher Stowe, imaginó la escena de la muerte del Tío Tom mientras estaba sentada en el vigesimotercer banco de la iglesia, escena que la inspiró para escribir *La cabaña del Tío Tom* (1852), una de las obras que más influyeron en la movilización contra la esclavitud entre la opinión pública de los estados del Norte.

Chamberlain se matriculó en el Seminario Teológico de Bangor, donde pasó los tres años siguientes estudiando –hebreo, alemán, árabe y latín, además de teología– y predicando, lo que le granjeó la admiración de los que le conocían. Aún quería ser misionero y casarse con Fannie Adams, pero contaba con pocos ingresos y la familia de Fannie se oponía al enlace. En 1855 le nombraron tutor de lógica y teología natural en Bowdoin y, poco después, ocupaba el cargo de profesor de retórica y oratoria. Gracias a la estabilidad económica que le proporcionaba su nuevo puesto pudo, por fin, contraer matrimonio con Fannie. No fue un enlace feliz: aunque él siempre conservó su pasión por ella, el carácter temperamental e irascible de su mujer hizo que la relación acabara por enfriarse con el tiempo. Hacia 1861, Joshua Chamberlain había llegado a ser un personaje de cierta relevancia local, respetado por su inteligencia, integridad y compromiso en todo lo que emprendía. Aunque había abandonado la idea de una carrera eclesiástica, incluso en una época en la que se apreciaban los valores piadosos, era un hombre de carácter muy serio, recto, devoto, poco dado a las bromas y directo hasta el punto de resultar ofensivo a veces. Era un ser humano notable, de intensa mirada, dotado de una gran capacidad de concentración y con una voluntad de superación impresionante, hasta el punto de que fue capaz, por ejemplo, de vencer el tartamudeo de su juventud y ganarse una bien merecida reputación como formidable orador y como escritor. Tenía un salario anual de 1100 dólares, lo que permitió a la pareja adquirir una coqueta vivienda al lado del campus universitario por 2500 dólares. Allí criaron a los dos hijos que habían sobrevivido a la infancia. Sin embargo, a Chamberlain no le gustaban los contenidos del currículo que se impartía en Bowdoin. En su opinión, era

demasiado rígido y ponía excesivo énfasis en las lenguas clásicas; además, tampoco pensaba que fuera una buena idea intentar limitar los derechos de los estudiantes. Por ello, en 1862 solicitó y le fue concedida una excedencia de dos años para viajar a Europa y estudiar allí, pues la universidad deseaba seguir contando con los servicios de un profesor que se había ganado la admiración y el respeto de todo el claustro.

La Guerra de Secesión se libraba desde hacía un año. Aunque al comienzo parecía un asunto que solo atañía a los militares, nada que debiera preocupar a personas como Joshua Chamberlain, para entonces cualquiera podía darse cuenta de la desesperada necesidad de hombres que ambos bandos tenían. El profesor de Bowdoin era hostil a la esclavitud y se oponía frontalmente a la secesión, así que, en agosto de 1862, decidió viajar a Augusta, la capital del estado de Maine, para entrevistarse con el gobernador y ofrecer sus servicios a la causa de la Unión, si es que podían considerarse útiles para la misma. Por aquellas fechas, Maine estaba en proceso de formar trece regimientos y el gobernador no sabía ya de dónde sacar los oficiales que harían falta para liderarlos, por lo que le ofreció inmediatamente el mando de uno de ellos y un puesto como oficial. Sin embargo, el profesor declinó la oferta. Sin experiencia militar no creía estar preparado para mandar a una fuerza de un millar de hombres. No obstante, aceptó el puesto de teniente coronel, donde podría aprender la profesión de soldado.

Al regresar a Bowdoin tras la entrevista, se encontró con que la mayoría del claustro consideraba un error que quisiera unirse al ejército. Algunos colegas argumentaron que no estaba hecho para la vida militar, que la facultad le necesitaba y que no veían por qué un hombre de sus capacidades intelectuales iba a arriesgar su vida en una tarea para la que sin duda había individuos más rudos que podían sustituirle. Uno de los profesores de Bowdoin le dijo al gobernador que Chamberlain «no [era] un luchador, sino solo un apacible intelectual». Sin embargo, un doctor de la ciudad de Brunswick pensaba todo lo contrario y afirmó que era un hombre de «energía y sentido común, tan capaz de mandar un regimiento como cualquier graduado de West Point». En última instancia, fue su opinión la que prevaleció y cuando el 3 de septiembre los soldados del 20.º Regimiento de Maine partieron de Portland hacia el teatro de operaciones, el teniente coronel Joshua Chamberlain iba con ellos,

montado en un magnifico caballo de batalla que le había regalado la gente de Brunswick. Su padre, a quien no le importaba demasiado la causa de la Unión, se despidió de él con una bendición un tanto ambigua, murmurándole a su hijo que, «ya que te has metido en el fregado, distínguete y sal de allí [...] Vuelve a casa con honor, como sé qué harás si tu buena estrella te protege en esta guerra. Esperamos que sobrevivas, ya que esta no es *nuestra guerra* ». [2]

Los hombres del 20.º Regimiento de Maine eran voluntarios de entre dieciocho y cuarenta y cinco años, que se habían alistado por un periodo de tres años y que estaban ahora mandados por el coronel Adelbert Ames, un ambicioso graduado de West Point que había conseguido ascender por su valentía en Bull Run, una derrota de la Unión que había sido la primera batalla importante de la guerra, y donde ganó la Medalla de Honor del Congreso. Al llegar al campamento, el centinela que estaba de guardia le tendió la mano y le recibió con un «¿Qué tal está, coronel?», en vez de saludarlo militarmente. Se quedó horrorizado ante la caótica masa de reclutas que ahora estaba bajo su responsabilidad: «Este regimiento es una pesadilla». En uno de sus momentos más pesimistas, les dijo a los hombres de Maine que lo mejor que podían hacer por la causa de la Unión era desertar. Los reclutas no tenían una idea más precisa de lo que significaba ser soldado que la que tenía el profesor Chamberlain, y muy poco tiempo para aprender.

Se unieron al Ejército del Potomac, a las órdenes de McClellan, en septiembre de 1862, un poco antes de Antietam, el día más sangriento de la contienda, una batalla en la que, por suerte para ellos, el V Cuerpo al que pertenecían quedó en reserva. Desde la posición elevada en la que se encontraban contemplaron horrorizados la matanza. La batalla terminó en tablas, pero frenó la ofensiva de Lee. El 20.º Regimiento de Maine ni siquiera sabía marchar en orden. Sus oficiales y soldados se centraron en dominar las artes de la guerra, ninguno con más energía que Chamberlain. Le había dicho al gobernador de Maine que su mayor ventaja para llegar a ser un soldado competente es que sabía aprender, además de una notable autodisciplina, y en eso no andaba errado. El regimiento entró en combate por vez primera el 20 de septiembre, durante la retirada del ejército en Shepherdstown, en el cruce del río Potomac. El teniente coronel impresionó a todos los testigos por la frialdad con la que permaneció con su caballo en medio del río, mientras las balas

confederadas zumbaban a su alrededor. Una de estas hirió a su caballo y lo tiró al agua en medio de sus hombres. Podría argumentarse que su actuación simplemente era consecuencia de la inexperiencia de un oficial novato inconsciente del peligro, si no fuera porque Chamberlain se comportó de la misma manera bajo el fuego en docenas de combates a lo largo de la guerra.

En los meses de calma que siguieron, hombres y oficiales aprovecharon para entrenar y aprender. Chamberlain escribió a Fannie: «Creo que ningún otro nuevo regimiento tendrá *jamás* la disciplina que nosotros tenemos ahora. Todos *trabajamos* ». Fue toda una revelación para este profesor universitario, que ya no era ningún muchacho, descubrir que amaba la vida militar: «Tengo mis problemas y disgustos, pero déjame decirte que ni peligros ni incomodidades me hacen desear jamás volver a la vida universitaria […]. Mi experiencia aquí y la práctica del mando […] acabarán con la idea de que algunas personas tienen una autoridad natural sobre mí». En el fondo, era un chico de campo, para el que la naturaleza era un entorno familiar que no le atemorizaba, ni de noche ni de día. Descubrió que tenía un talento natural para liderar dando ejemplo, y a menudo se quedaba en mangas de camisa y empuñaba una pala para cavar trincheras con sus hombres, o participaba de los riesgos de la batalla junto a ellos; si su regimiento dormía al aire libre, él compartía el duro suelo con ellos, en vez de requisar una casa. Poseía una autoridad natural, atemperada por la cortesía que siempre mostraba hacia sus subordinados, lo que le ganó algo más que su simple respeto. Uno de sus soldados escribió: «El teniente coronel Chamberlain es casi idolatrado por todo el regimiento […]. Si necesitara cualquier favor, se lo solicitaría a él de inmediato, porque sé que me lo conseguiría si estuviera en su poder concederlo». Chamberlain escribió a Fannie:

> Imagínate un tipo de aspecto duro, la cara cubierta por la barba, con pantalones de caballería azul cielo suficientemente grandes para Goliat, y ásperos como la espalda de una oveja […], envuelto en un enorme capote de caballería […] y un quepis con un enorme remiendo […]. Una manta y un chubasquero de caucho encinchados detrás de la silla de montar […], dos revólveres en sus pistoleras. La espada de unos tres pies a un costado, un trozo de buey y algo de galleta en las alforjas. Esta

figura sentada sobre un magnífico caballo transmite una peculiar y extraña sensación de incongruencia que roza el absurdo.

La primera experiencia de combate de Chamberlain y el 20.º de Maine se produjo el 13 de diciembre en Fredericksburg, Virginia. La unidad había quedado separada del resto del ala derecha por una valla, por lo que les ordenaron que la echaran abajo, pero los hombres se mostraban reacios a exponerse al fuego enemigo. El teniente coronel avanzó furioso y empezó a arrancar los travesaños mientras gritaba a la tropa: «¿Es que queréis que lo haga yo solo?»; los hombres abandonaron su posición a cubierto y desmontaron la valla de inmediato. Chamberlain escribió más adelante que «un oficial está tan absorbido por el sentido de responsabilidad hacia sus hombres, su causa o el combate que la idea del peligro personal no tiene lugar alguno en el curso de sus acciones. El instinto de salvar la propia vida queda supeditado al honor». El regimiento avanzó hasta su posición en la línea de batalla con tanta precisión como si estuviera desfilando, lo que provocó la admiración entre los que fueron testigos de su primer combate. Chamberlain pasó una incómoda noche intentando dormir entre dos cadáveres, mientras usaba un tercero para apoyar la cabeza. En los días de combates que siguieron, el 20.º de Maine destacó por su capacidad para continuar luchando aun en circunstancias abominables. Una noche, inspeccionando los piquetes, se despistó y terminó en las líneas confederadas, donde le dieron el alto. La perspectiva de un cautiverio poco glorioso no le resultaba atractiva, por tanto, en un acto de inspirada improvisación, como era difícil distinguir en la oscuridad su uniforme azul, se puso a inspeccionar las trincheras que estaban cavando los soldados confederados, mientras les ofrecía palabras de aliento y consejo: «¡Manteneos vigilantes!», les conminó y, acto seguido, regresó hacia sus líneas.

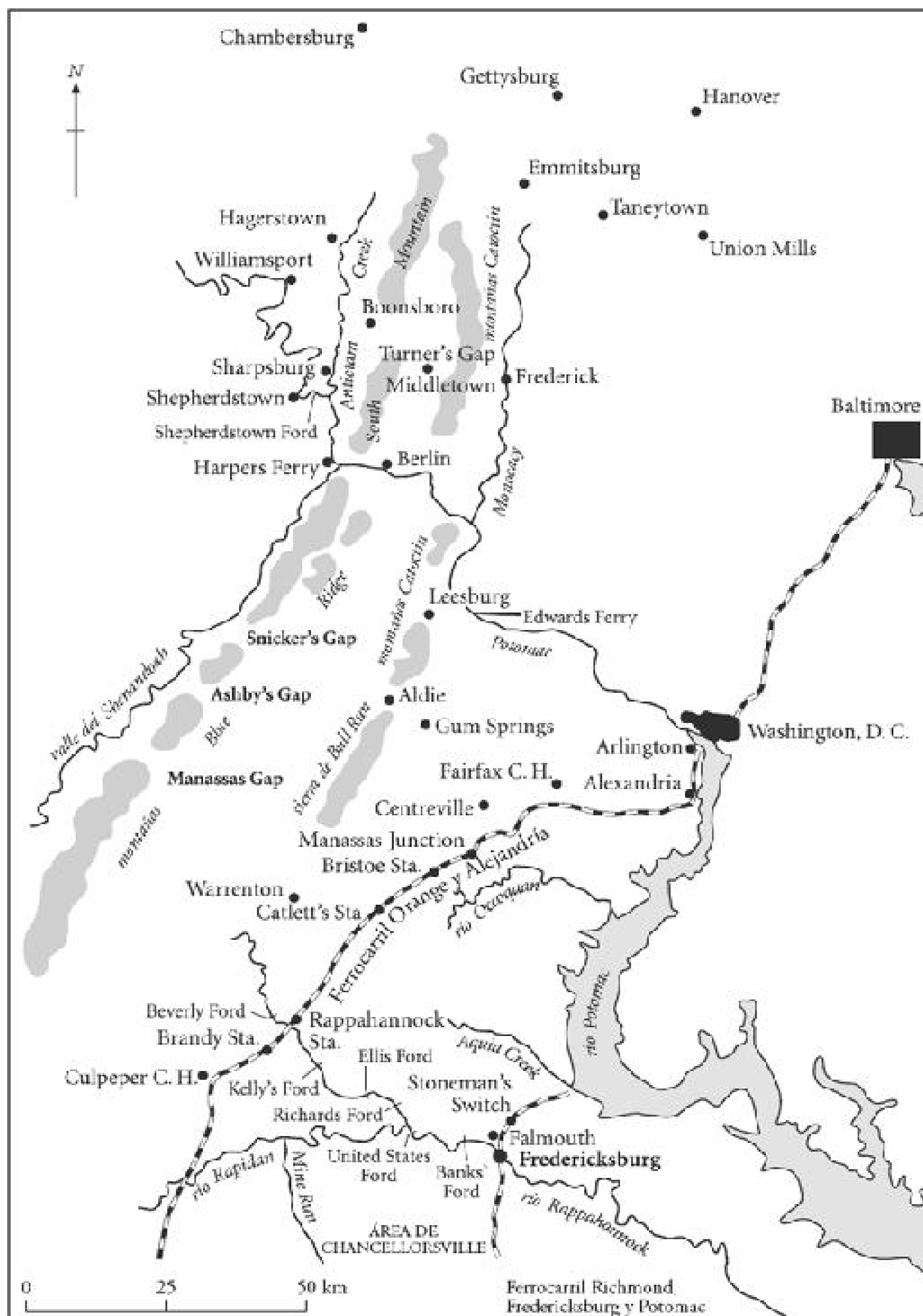
Después de la derrota en Fredericksburg el ejército de la Unión se retiró por fin a sus cuarteles de invierno, donde permaneció durante las siguientes seis semanas. Los hombres estaban desmoralizados y, en verdad, enfadados por la incompetencia de sus generales. Chamberlain y el 20.º de Maine tenían una suerte poco frecuente con su coronel, Ames, un oficial enérgico e inteligente. No podrían haber encontrado un mejor maestro. Ames se libró de algunos oficiales que consideraba incorregibles y creó una estrecha relación con él, con

quien compartía tienda. Un brote de viruela hizo que el regimiento fuera empleado en tareas de retaguardia, en cuarentena, durante las operaciones que concluyeron con la victoria confederada en Chancellorsville, durante la cual «Stonewall» Jackson fue herido de muerte; a pesar de no estar en primera línea, Chamberlain no pudo evitar que el 4 de mayo le mataran otro caballo, mientras observaba el avance del ejército. Dos semanas después, Ames fue nombrado comandante de una brigada y, gracias a su enfática recomendación y a la del general de la división, el marcial profesor del 20.º de Maine pasó a mandar el regimiento.

No deja de ser curioso que alguien como Chamberlain perteneciera a esa extraña raza de hombres que disfrutan con la guerra, incluso cuando rechazan su brutalidad. Decidió interpretar los acontecimientos en los que estaba implicado en términos homéricos, como si fuera una aventura épica en la que podía disfrutar interpretando un papel. Era de ese tipo de hombres que sorprenden a todos, empezando por ellos mismos, por su resistencia y por ser capaces de supeditar su instinto de supervivencia a las necesidades del servicio a base de fuerza de voluntad y sentido de la responsabilidad. Era un oficial concienzudo, preocupado por mantener a sus hombres informados, y poseía esa rara habilidad de hacer entender a la tropa lo que se espera de ella. Sabía que tenía un aspecto marcial, y se enorgullecía de ello: el perfectamente afeitado académico de antaño lucía ahora un imponente mostacho. Era consciente de que tenía talento para la guerra y no se avergonzaba de ello. Lo más importante es que tenía suerte –al menos hasta entonces–, y eso que no era ni mucho menos invulnerable: una bala Minié ya le había rozado el cráneo, aunque no se puede comparar con las heridas que sufrió más adelante. Sin embargo, mientras que otros muchos oficiales con el mismo talento y valentía terminaron en una tumba cavada a toda prisa en un campo de Maryland, Virginia o Pensilvania, Chamberlain sobrevivió. Esto no puede atribuirse a ningún mérito suyo, sino al simple azar, a la fortuna que a lo largo de la historia ha decidido quién vive para terminar convirtiéndose en una leyenda y quién muere y pasa a formar parte de las legiones de guerreros olvidados.

Justo seis semanas después de asumir el mando del regimiento, el 1 de julio de 1863, Chamberlain apremiaba a sus hombres en una polvorienta carretera de Pensilvania, mientras marchaban entre gritos de ánimo, aplausos y

canciones patrióticas de simpatizantes de la Unión. Se dirigían a toda prisa hacia una pequeña población del estado en la que las vanguardias del ejército de Lee y de la Unión se habían enzarzado en un feroz batalla. Aquella tarde de verano, bajo un cielo sin nubes, los hombres cubiertos de polvo del V Cuerpo recorrieron cuarenta kilómetros; una distancia menor que la que tuvieron que marchar los soldados del II Cuerpo, pero también agotadora. Por fin se detuvieron para preparar el vivac y los soldados se dispersaron para hacerse con agua y madera para los fuegos de campamento. Sin embargo, pronto llegaron nuevas órdenes: no iba a haber vivac aquella noche; el V Cuerpo tenía que continuar la marcha. Los intensos combates del día anterior habían terminado con un triunfo confederado, que solo la llegada de la noche impidió que se convirtiera en decisivo. Las tropas de la Unión fueron obligadas a retroceder hasta nuevas posiciones al sur de Gettysburg. [3] Todos los indicios apuntaban a que la batalla se reanudaría al amanecer y la línea de la Unión, en las lomas que se extendían entre Culp's Hill y Round Top tenía que ser defendida a toda costa contra el asalto de Lee. Mientras el V Cuerpo marchaba fatigosamente bajo la luz de la luna, se extendió entre las filas el rumor de que se había visto al fantasma de George Washington cabalgando por el campo de batalla montado en un caballo blanco. Chamberlain escribió más adelante: «¡No se rían! Casi me lo creí yo mismo». Una hora después de medianoche el regimiento se detuvo para descansar durante tres horas y luego volvió a ponerse en marcha sin desayunar. Los efectivos llegaron a las inmediaciones del campo de batalla al amanecer, donde por fin pudieron descansar. Se leyó a los hombres una proclama del comandante del ejército, el general George Meade, en la que les recordaba la importancia de su misión. Ya se podían oír esporádicos tiroteos, pero por alguna razón que no ha sido aún explicada satisfactoriamente, Lee todavía tardaría varias horas antes de lanzar su ataque principal.


N
Chambersburg
Gettysburg
Hanover
Emmitsburg
Taneytown
Union Mills
Hagerstown
Williamsport
Boonsboro
Turner's Gap
Sharpsburg
Middletown
Frederick
Shepherdstown
Shepherdstown Ford
Harpers Ferry
Berlin
Baltimore
South
Mountain
Antietam
Creek
Monocacy
Leesburg
Edwards Ferry
Potomac
Snicker's Gap
Ashby's Gap
Manassas Gap
Ridge
Blue
valle del Shenandoah
montañas
Aldie
Gum Springs
Washington, D. C.
Arlington
Fairfax C. H.
Alexandria
Centreville
Manassas Junction
Bristoe Sta.
Warrenton
Catlett's Sta.
Ferrocarril Orange y Alejandría
río Occoquan
río Potomac
Beverly Ford
Rappahannock
Sta.
Brandy Sta.
Ellis Ford
Aquia Creek
Culpeper C. H.
Kelly's Ford
Stoneman's
Switch
Richards Ford
Falmouth
Fredericksburg
río Rapidan
Mine Run
United States
Ford
Banks'
Ford
río Rappahannock
ÁREA DE
CHANCELLORSVILLE
0
25
50 km
Ferrocarril Richmond
Fredericksburg y Potomac

Teatro de operaciones de Joshua Chamberlain (1862-1863).

Durante algunas horas, el V Cuerpo permaneció en la retaguardia hasta que, por fin, se le ordenó que ocupara parte de la línea de frente, que se extendía a lo largo de unos ocho kilómetros en paralelo a Cemetery Ridge, que formaba la línea de defensa del Ejército del Potomac. Por fortuna para ellos, y teniendo en cuenta que los regimientos seguían llegando con cuentagotas, los comandantes de la Unión disfrutaron de más tiempo del que imaginaban para desplegar a sus tropas. Sin embargo, a última hora de la tarde el ingeniero jefe de Meade, Gouverneur K. Warren, se dio cuenta con horror de que dos de las posiciones clave del flanco izquierdo, Round Top y Little Round Top, estaban indefensas. De hecho, no había más tropas de la Unión que un destacamento del Cuerpo de Señales desplegado en la segunda altura. Warren ordenó que el V Cuerpo se redesplegara desde la reserva para cubrir aquel punto débil, justo en el momento en el que el cuerpo confederado de James Longstreet estaba a punto de alcanzar sus posiciones de ataque, después de una laboriosa marcha de quince kilómetros que le llevó hasta el flanco de la Unión sin ser localizado. El 15.º Regimiento de Alabama, al mando del coronel William C. Oates, junto con elementos del 47.º de Alabama, pudo avanzar hacia Round Top, dispersó a los pocos escaramuzadores de la Unión que se encontraban en la zona y ocupó sin resistencia la colina.

La situación era potencialmente desastrosa para la Unión, ya que el ejército de Lee se había colocado exactamente en el lugar ideal para flanquear al de Meade y arrollar sus líneas. El coronel Oates pidió que le permitieran desplegar una batería en la cima de Round Top para bombardear a las divisiones de la Unión; su intención era afianzar las posiciones confederadas en la colina en vez de continuar el avance, pero el jefe de la brigada ordenó que siguiera presionando. Oates dio diez minutos de descanso a sus hombres para que recuperasen el aliento después de la marcha y el ascenso por la loma; cuando trascurrieron, Oates ordenó que formaran en línea para atacar Little Round Top, situada un poco más al norte. Con posterioridad, Oates aseguró que su decisión de conceder un breve respiro le costó la victoria a la Confederación en Gettysburg y es posible que estuviera en lo cierto.

Los jefes del ejército de la Unión por fin se habían dado cuenta de que si la masa de tropas confederadas que se estaba concentrando en su flanco izquierdo conseguía apoderarse de los pocos centenares de metros del pedregoso, abrupto y boscoso saliente de Little Round Top, la batalla estaría perdida. El coronel Strong Vincent, de veintiséis años, que mandaba la 3.ª Brigada, a la cual pertenecía el 20.º de Maine, dirigió a sus hombres hacia la cima a paso ligero, justo cuando los proyectiles de artillería empezaban a caer entre sus filas. El regimiento de Chamberlain fue el último de los cuatro regimientos de Vincent en desplegarse en el extremo sur de la línea. Vincent dio una orden muy clara: «Tiene que defender este terreno a toda costa». Otro oficial, el coronel James Rice, dijo solemnemente: «Coronel, hoy estamos haciendo historia». Chamberlain destacó una compañía de avanzada para cubrir su flanco izquierdo, al pie de Round Top, hacia el este de la posición, con lo que todavía disponía de otros 358 hombres para defender la cota. Por un breve instante, tres de los hermanos Chamberlain estuvieron juntos en el campo de batalla, ya que además de Tom, que servía como ayudante de Joshua, también se presentó John, como un espectador civil. En ese momento, un proyectil explotó cerca y el coronel decidió que sería preferible que la pequeña reunión familiar se dispersase: «Otro disparo como ese y mamá será muy desgraciada».

Chamberlain podía ver cómo las tropas confederadas caóticamente apelotonadas al pie de la colina intentaban franquear la cañada del Plum Rum y Devil's Den. Los escaramuzadores de Longstreet tenían una buena línea de visión hasta la cima de Little Round Top, de modo que pronto pudieron abrir fuego contra los defensores. Estos iban sufriendo un continuo goteo de bajas, una buena prueba de cuánto habían mejorado los rifles en precisión y eficacia en el medio siglo transcurrido desde las campañas de Marcellin Marbot y Harry Smith. La brigada de Vincent empezó a intercambiar disparos con los confederados. Los hombres de ambos bandos estaban agotados por las largas marchas que habían tenido que realizar antes de llegar al campo de batalla, pero los soldados de la Unión al menos tenían la ventaja de que la artillería confederada no podría seguir disparando cuando su infantería se lanzara al asalto de las posiciones federales.

Chamberlain solo ejercía como soldado desde hacía nueve meses, pero su visión táctica era realmente notable. Se dio cuenta enseguida de que su

retaguardia estaba gravemente expuesta y, bajo fuego enemigo, ordenó a sus oficiales que extendieran la línea hacia la izquierda, alrededor de los peñascos al sudoeste de la colina; esa maniobra le permitiría duplicar el frente del 20.º de Maine, aunque a costa de hacer sus filas más delgadas. El nuevo despliegue del regimiento tenía forma de flecha, con las banderas desplegadas sobre una roca, justo en el vértice. Las compañías acababan de terminar la difícil maniobra cuando una tormenta de mosquetería y gritos anunció el asalto por parte de cinco regimientos confederados. En aquel momento, había dos brigadas de la Unión en Little Round Top, sometidas a un violento asalto y perdiendo a sus oficiales a toda velocidad: Vincent y otro coronel cayeron muertos en cuestión de minutos y pronto les siguieron otros oficiales.

El 15.º de Alabama de Oates había supuesto que la retaguardia del despliegue de la Unión se encontraba indefensa pero, mientras avanzaban a la carrera los últimos metros hasta la cima, cayó sobre ellos una granizada de balas proveniente del ala izquierda de la posición de Chamberlain. «Una y otra vez se repitió ese enloquecido asalto –escribió uno de los oficiales de Maine–, para ser rechazado en cada ocasión por la cada vez más debilitada línea, que se agarraba con desesperación al saliente rocoso». Chamberlain dijo: «En ocasiones, había a mi alrededor más enemigos que hombres de mi regimiento; brechas en las filas abriéndose, tragando y cerrándose de nuevo con brusca, convulsa energía […]. Por todos lados, furiosos, inarticulados rugidos, gritos de desafío, de ánimo y de desesperación». Los hombres de Maine fueron obligados a retroceder en algunos puntos, pero, de alguna forma, fueron capaces de reunir la energía suficiente para recuperar el terreno perdido. Los soldados rasgaban el papel de los cartuchos con sus dientes, cargaban y disparaban enloquecidos, mientras otros peleaban cuerpo a cuerpo con los atacantes. Chamberlain reforzó la línea con todos los hombres a su disposición, incluyendo los enfermos, los cocineros, los músicos y hasta dos amotinados del 2.º de Maine que habían arrestado aquella mañana. Envió a su ayudante, su hermano Tom, a reforzar la escolta de las banderas del regimiento.

Los confederados, exhaustos tras una marcha de cuarenta kilómetros y muy debilitados por el terrible choque, tuvieron que retroceder para reagruparse. Chamberlain recorrió las filas de su unidad, mientras supervisaba la recogida de los muertos y heridos y reformaba sus maltrechas líneas. Su tranquilidad de

ánimo se comunicaba a los hombres. Un trozo de metralla le había hecho un corte en el pie derecho y tenía una contusión en la pierna izquierda porque una bala le había aplastado la vaina de la espada contra ella. Por un momento, al ver que las filas de guerreras grises del 15.º de Alabama volvían a la carga, vacilando entre los árboles, casi dudó por un momento de que pudieran mantener la posición. Pidió que le enviaran refuerzos con urgencia, pero lo único que consiguió fue que sus vecinos del 83.er de Pensilvania extendieran su línea hasta el flanco derecho del 20.º de Maine.

Chamberlain tuvo que afrontar una nueva crisis cuando algunos hombres comenzaron a gritar que trajeran más municiones. Habían comenzado la acción con sesenta cartuchos cada uno y, tras vaciar las cartucheras de muertos y heridos, habían agotado todas las disponibles. Algunos de sus hombres se preparaban para aguantar la carga de los de Alabama a culatazos. En ese momento tomó la decisión táctica más importante de su vida. Gritó: «¡Calen bayonetas! ¡Avancen!» y ordenó al capitán Ellis Spear que cargase colina abajo con toda el ala izquierda del regimiento, ejecutando un movimiento pendular de barrido. El ala derecha se mantuvo en su posición hasta que el regimiento pudo alinearse correctamente y, en ese momento, también se lanzó hacia adelante. Los sorprendidos confederados se detuvieron en seco, comenzaron a retroceder y, al final, se dieron a la fuga. Uno de los oficiales de Alabama disparó su Colt a la cara de Chamberlain, justo antes de que el coronel del 20.º de Maine le pusiera la punta de su espada en la garganta y le obligara a rendirse. Docenas de los hombres que poco antes asaltaban la colina tiraron sus armas al suelo y se rindieron con las manos en alto. Hubo un intento de los confederados de resistir delante de un pequeño muro, pero la Compañía B, que Chamberlain había destacado al comienzo de la acción, apareció detrás de este y comenzó a disparar contra la retaguardia. «Corrimos como una manada de ganado salvaje», reconoció con amargura el coronel Oates. Dos coroneles confederados, uno de ellos malherido, depusieron las armas. Chamberlain describió cómo su regimiento, «girando como si fuera una gran puerta sobre sus goznes» colina abajo de las laderas de Little Round Top, «limpió el frente de atacantes». Atravesando la línea de la Unión en la base de la colina, los hombres del 20.º de Maine querían seguir avanzando, pero Chamberlain los detuvo detrás de la línea del 44.º de Nueva York. Tras dos horas de acción, solo

le quedaban unos doscientos hombres y desde su posición podía ver reagruparse a los supervivientes de los regimientos de Texas y Alabama. Es una extraordinaria prueba de su capacidad de mando el hecho de que fuera capaz de reagrupar a sus soldados y volver a formar a su regimiento sobre la cima de Little Round Top. El 20.º de Maine, que había comenzado la batalla con 358 hombres, tuvo 40 muertos y 90 heridos. Además de las bajas que había causado a las fuerzas de Lee, también había tomado 400 prisioneros.

Ambos bandos rindieron tributo a la hazaña de Chamberlain, en lo que muchos consideraron como la acción decisiva en Gettysburg. El coronel del 15.º de Alabama dijo: «Nunca ha habido combatientes más heroicos que los hombres del 20.º de Maine y su valiente coronel. Su habilidad y constancia y la gran valentía de sus hombres salvaron Little Round Top y al Ejército del Potomac de la derrota».

Pero la jornada no había acabado aún. A primera hora de aquel largo crepúsculo veraniego, Chamberlain y el coronel James C. Rice, el nuevo comandante de su brigada discutieron la posibilidad de recuperar Big Round Top mientras los confederados aún se estaban reagrupando. Temían que el enemigo recuperase la iniciativa si desplegaba artillería en estas alturas. Se ordenó su reconquista a una brigada de reservistas de Pensilvania que acababa de llegar al campo de batalla, pero su comandante se negó, por lo que le encargaron la misión a Chamberlain. Contemplando a su agotada banda de supervivientes, recordó después: «No tenía el corazón de ordenar a aquellos pobres muchachos que atacaran». En vez de eso, simplemente dijo: «Yo voy a ir, las banderas me seguirán. Los que creáis que sois capaces, seguidnos». Desenvainando su espada, se puso en marcha y, por supuesto, el 20.º de Maine lo siguió como un solo hombre.

Todavía escasos de munición, se desplegaron en una sola fila, con la bayoneta calada. Hacia las nueve de la noche, mientras oscurecía rápidamente, treparon colina arriba entre los árboles, agotados pero silenciosos, con el temor de que los descubrieran en cualquier momento. Sin embargo, los confederados se estaban retirando sin oponer resistencia, y solo recibieron disparos esporádicos mientras se aproximaban a la cresta. El 20.º de Maine había asegurado la posición a cambio de un puñado de bajas, así que solicitó que le enviasen munición y refuerzos. Se ordenó a la brigada de reservistas de

Pensilvania que les apoyara, pero tan pronto como los confederados empezaron a disparar contra ellos se dieron media vuelta y huyeron. Era ya noche cerrada cuando por fin empezaron a llegar refuerzos. Al amanecer, su pequeña fuerza fue relevada y enviada a la reserva. Mientras los hombres de Maine se retiraban, el comandante de la brigada le dio la mano efusivamente: «Coronel Chamberlain –le dijo–, ha sido extraordinariamente valiente y su habilidad y aplomo nos han salvado». El 3 de julio, el regimiento no entró en combate, aunque sí que sufrió los efectos del bombardeo artillero confederado. Meade consiguió la victoria, aunque un tercio de todos los hombres presentes en el campo de batalla de ambos ejércitos cayó muerto, herido o fue hecho prisionero. En proporción, sin embargo, las pérdidas de los confederados fueron peores: 28 000 muertos, heridos y prisioneros frente a los 23 000 de la Unión.

Posiciones del 20.º de Maine en Round Top y Litte Round Top, 2 de julio de 1863.
Adaptado de un boceto de Joshua Chamberlain.

Los soldados no suelen ser más generosos que los civiles a la hora de destacar los merecimientos de otros pero, en el caso de Chamberlain y el 20.º de Maine, todos los hombres de la Unión, del primero al último, hicieron una excepción y les atribuyeron el mérito de haber salvado al ejército, a pesar de que ni siquiera representaban el uno por ciento de las tropas de Meade. Ames, el antiguo comandante del regimiento, se sintió lleno de orgullo por su antigua unidad y escribió a Chamberlain para decírselo. Lo que este había hecho reflejaba no solo pura valentía, sino imaginación, liderazgo y habilidad táctica de primera clase. Un soldado profesional, adiestrado en el arte de la guerra, podía sentirse orgulloso si hubiera sido capaz de tomar tan rápido una decisión así en el campo de batalla, pero, en este caso, era el logro de un completo aficionado, un hombre que tan solo un año antes no tenía ni la más remota idea de lo que era ser un soldado y que, de hecho, había estado pensando en partir hacia Europa para visitar sus catedrales y monumentos como un turista más. Fue condecorado con la Medalla de Honor del Congreso por sus acciones en Little Round Top. «Estamos combatiendo gloriosamente –escribió a Fannie–. Nuestras pérdidas son terribles, pero estamos derrotando a los rebeldes como nunca han sido derrotados. El 20.º se ha cubierto de gloria». El 4 de julio llevó a su regimiento de vuelta al campo de batalla para enterrar a sus muertos y marcó la tumba de cada hombre con una cartuchera. También visitó a los heridos, algunos de los cuales, para disgusto de Chamberlain, habían quedado expuestos a la fuerte lluvia que cayó sobre el campo de batalla aquella noche. El mismo día 4 de julio, Meade emprendió una lenta persecución del derrotado ejército de Lee.

Para muchos soldados, aquel día de julio en Pensilvania fue la culminación de su carrera militar, un esfuerzo supremo que nunca se repetiría. Algunos de los individuos incluidos en este libro construyeron su reputación alrededor de un único combate glorioso. Si Joshua Chamberlain nunca hubiera vuelto a hacer nada notable como soldado sería recordado por Little Round Top, pero esta batalla no fue más que el primer paso en una extraordinaria carrera durante la Guerra de Secesión.

En agosto, el coronel sufrió un ataque de malaria, lo que hizo que se le concediera un permiso por enfermedad de quince días para recuperarse en su hogar de Brunswick, donde sus paisanos le dedicaron un recibimiento lleno de entusiasmo. Cuando volvió al ejército se le había asignado el mando de la 3.ª Brigada, a la que pertenecía el 20.º de Maine, aunque su ascenso formal a general de brigada se retrasó un tiempo. Uno de sus propios soldados escribió con orgullo: «El coronel Chamberlain se había hecho querer por todos sus hombres, por su constante amabilidad, cortesía, habilidad y extraordinario coraje». Aunque no tuvo un papel destacado en la primera acción de Chamberlain al frente de su brigada, en Rappahannock Station (Virginia), volvió a perder el caballo que montaba. Sin embargo, en noviembre, mientras dormía entre sus hombres en medio de la nieve, sufrió un nuevo ataque de malaria que se complicó con una neumonía. Por un momento, mientras yacía en un hospital en Washington, se temió por su vida. Nunca olvidó a la enfermera que le atendió hasta su recuperación: años más tarde cuando se quedó viuda, le prestó su ayuda para que consiguiera una pensión. En enero de 1864, Chamberlain se encontraba lo suficientemente recuperado para encargarse de tareas administrativas; en abril llevó a Fannie a visitar el campo de batalla de Gettysburg. A mediados de mayo, después de haber solicitado repetidamente a la junta de revisión médica que le dieran el alta, volvió a reunirse con el ejército en Virginia. Su enfermedad puede que le salvara la vida, ya que hizo que se perdiera las sangrientas carnicerías del Wilderness y Spotsylvania Court House.

En mayo y junio combatió en las batallas de Pole Cat Creek y Bethesda Church, además de en media docena de escaramuzas, bien dirigiendo la brigada, bien relegado al mando del 20.º de Maine (y sin poder ocultar su satisfacción por estar otra vez al frente de su antiguo regimiento). Para entonces, ya se consideraba al 20.º de Maine como una unidad veterana. El 3 de junio, la brigada se estaba retirando y su comandante preguntó a Chamberlain en tono ansioso si el 20.º de Maine era capaz de cubrir el movimiento encarado al enemigo, una maniobra difícil y arriesgada que requería que la unidad cambiara por completo su orientación. Este respondió con indiferencia que podían hacerlo sin problemas. Unos días después de este incidente, le asignaron por fin el mando exclusivo de la 1.ª Brigada de la

división del general Charles Griffin, compuesta por seis regimientos de Pensilvania. Griffin comentó con admiración lo impresionante que era ver a Chamberlain montado en su caballo, mientras dirigía a sus hombres desde el frente: «[era] un espectáculo magnífico». En las batallas del siglo XIX, un hombre montado presentaba un blanco perfecto, pero el caballo era esencial para los comandantes, no, como algunos creen, como un medio de transporte privilegiado, sino como la única forma eficaz de trasladarse de un lado a otro en el campo de batalla con rapidez, en una época en la que el mando y las comunicaciones dependían por completo de su presencia.

A primera hora del 18 de junio de 1864, en Petersburg (Virginia), Chamberlain dirigió un audaz ataque para capturar una de las posiciones confederadas más fuertes, «Fort Hell» [Fuerte Infierno] e inmediatamente ordenó preparar el lugar para que pudiera desplegarse una batería. En el proceso, perdió otro caballo. Un correo llegó con órdenes de Griffin para atacar las posiciones principales confederadas, que se encontraban a unos 270 metros frente a ellos, y que el enemigo había reforzado durante meses de duro trabajo. Chamberlain era demasiado inteligente para ejecutar una orden a ciegas o porque pensaran que no tenía agallas para hacerlo. Envió inmediatamente un enérgico mensaje de respuesta:

> Acabo de capturar una posición avanzada […] estoy en una posición aislada a kilómetro y medio de nuestras líneas. A mi derecha está el profundo terraplén de la línea férrea; mi flanco izquierdo está completamente descubierto […]. Completamente consciente de la responsabilidad que asumo, ruego que se confirme que la orden de atacar con mi solitaria brigada es totalmente conforme a los deseos del general […]. Por lo que puedo ver de las líneas enemigas, mi opinión es que, si hay que asaltarlas, debería hacerlo el ejército al completo.

El coraje moral de Chamberlain no iba a servirle de nada, puesto que le ordenaron que atacara. «Era una situación en la que sentía que era mi deber liderar la carga en persona y a pie». Un sargento le ofreció un trago de agua de su cantimplora, pero él respondió: «Consérvela, gracias. No beberé del agua de un soldado que va a entrar en batalla. Puede necesitarla usted más adelante.

Mis oficiales pueden conseguirme algo de beber». Es posible que fuera una simple pose, pero desde luego nadie sabía adoptar esta actitud mejor que él. Apenas habían recorrido unos metros, uno de los abanderados se desplomó herido a su lado. Chamberlain tomó él mismo la bandera. Al pie de la pendiente que conducía a la posición confederada, notó que comenzaba a hundirse en el terreno pantanoso, de modo que se giró para ordenar a sus hombres que maniobraran hacia la izquierda y, en ese instante, una bala Minié le alcanzó en la articulación de la cadera derecha, le atravesó el cuerpo y salió por el otro lado. Más tarde afirmó que su primer pensamiento fue: «¿Qué dirá mi madre cuando sepa que han herido a su hijo por la espalda?». Desesperado porque sus hombres no le vieran caer, clavó su sable en el suelo y se apoyó en él. Sus hombres pasaron de largo a su lado antes de que el fuego devastador de los defensores los detuviera en seco a pocos metros del parapeto. En ese instante, se desplomó cubierto de sangre. Dos de sus ayudantes lo transportaron a retaguardia, en medio de los soldados de la Unión en retirada, pero él les ordenó que lo dejaran y buscasen al coronel de más antigüedad de la brigada para que asumiera el mando. También les ordenó que buscasen apoyo de infantería para los artilleros, amenazados ahora por un contraataque confederado.

Mientras observaba con sus prismáticos el campo de batalla sembrado de cadáveres, un oficial de artillería vio la figura postrada de Chamberlain y lo identificó como un oficial superior gracias a las insignias de las hombreras. De inmediato, se envió un grupo de camilleros para recogerlo. Al principio, el coronel discutió con los camilleros y les indicó que debían atender a otros heridos en peor estado. Pero mientras dudaban, un proyectil estalló cerca y una lluvia de cascotes cayó sobre ellos. Sin perder más tiempo, recogieron al herido y lo llevaron hasta sus líneas. Ni Chamberlain ni ningún otro creía que podía sobrevivir y se despidió de los presentes. Los cirujanos trabajaron con él durante horas, ya que había que curar no solo las heridas que había sufrido en ambas caderas, sino también los daños internos, que eran graves. Como temían que iban a provocarle una agonía del todo innecesaria a un moribundo, decidieron parar, pero, para su sorpresa, continuó respirando, así que prosiguieron.

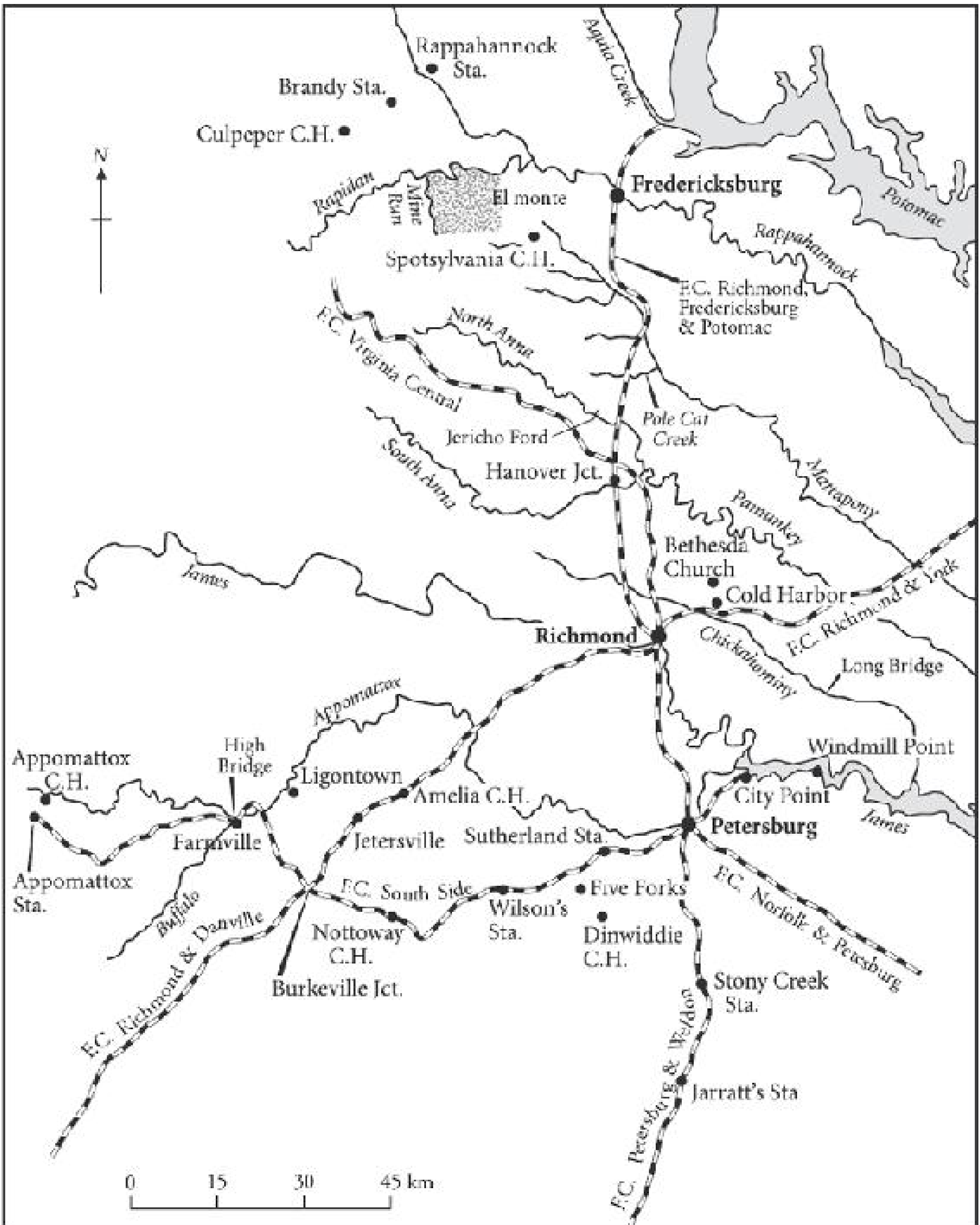
Chamberlain sobrevivió a la intervención, en verdad atroz, que le habían practicado los cirujanos y, pasados unos días, se le evacuó al hospital naval de Annapolis, donde fue exhibido como un auténtico milagro de la moderna ciencia médica (y de la fuerza de voluntad humana). Ulysses S. Grant, que para entonces era ya comandante en jefe del Ejército de la Unión, se quedó tan conmovido por la historia de su conducta y su herida –«dirigió con valentía su brigada, como ha sido su costumbre en todos los enfrentamientos en los que ha combatido anteriormente», escribió– que, en el que fue el único ascenso por méritos de guerra que otorgó en todo el conflicto, le nombró formalmente general de brigada. El propio Chamberlain, en una cama de hospital, disfrutó del raro placer de leer sus propios obituarios, publicados por los periódicos de Nueva York. No pudo reincorporarse al frente de su brigada, que había quedado reducida a dos regimientos, hasta el 19 de noviembre. El ejército estaba agotado y diezmado por las bajas. Chamberlain seguía muy débil y apenas podía caminar, por no hablar de montar a caballo y, de hecho, pasadas unas semanas tuvo que ser evacuado a un hospital de Filadelfia cuando sus heridas volvieron a complicarse. Aunque sus amistades le rogaron que reconociera lo inevitable y se retirara del servicio activo, él se negó y, tras un mes de baja por enfermedad, volvió a su puesto, justo a tiempo para participar en los últimos enfrentamientos de la guerra.

Estas batallas confirmaron la gran reputación de Chamberlain. El 29 de marzo de 1865 se encontró de nuevo en medio de lo más duro de la acción, mientras su brigada cruzaba Gravelly Run para atacar el flanco derecho confederado. Montaba su querido alazán, Charlemagne, comprado al estado por 150 dólares de entre los caballos capturados a los confederados. Chamberlain estaba al frente de la columna asaltante cuando su montura se encabritó al alcanzarle una bala en el cuello que atravesó la valija de cuero donde se guardaban las órdenes, impactó en un espejo con marco de latón justo debajo de su corazón y se desvió lo suficiente para deslizarse por encima de dos costillas y atravesar su capote. Al salir, la bala impactó con tanta fuerza en la pistola de uno de sus ayudantes que desmontó al pobre hombre. Aturdido, sangrando y sin aliento, se desplomó sobre el cuello de su caballo. El comandante de la división, Griffin, pensaba que estaba herido de muerte, se le acercó y, mientras le sujetaba por la cintura, le dijo: «Mi querido general, ha

llegado su momento». Pero con un extraordinario esfuerzo de voluntad, Chamberlain se recompuso y respondió: «Sí, general, *ha llegado* mi momento» y espoleó a su caballo. Con la cabeza descubierta y totalmente empapado en la sangre de su caballo, todos los que le vieron aquel día pensaron que era un hombre con un pie en la tumba, pero su sola presencia bastó para reagrupar a sus hombres, que se habían detenido y empezaban a retroceder, y llevarlos hacia delante. Finalmente, Charlemagne se desplomó después de haber perdido demasiada sangre y el general tuvo que pedir que lo condujeran a la retaguardia. El propio Chamberlain aún estaba aturdido («apenas distinguía en qué mundo estaba»), pero no dudó en lanzarse en medio de lo más duro del combate. Se quedó aislado de sus propias tropas, rodeado por soldados confederados que le apuntaban con sus armas conminándole a que se rindiese, pero, de nuevo, aprovechó su desaliñado aspecto para marcarse un brillante farol: «¿Rendición? –exclamó–, ¿pero, qué decís? ¡Seguidme y pongámoslos en fuga!». Blandiendo su espada hacia las líneas de la Unión, condujo a los sorprendidos confederados para que avanzaran, hasta que fueron ellos los que cayeron prisioneros.

En ese momento, se produjo una pausa en la acción. Un pequeño grupo de espectadores se arremolinó alrededor del agotado Chamberlain, tan asombrados por su aspecto como si acabaran de ver a un extraterrestre. Uno de los oficiales del 20.º de Maine le ofreció su petaca. El general, que había sido abstemio en su juventud, bebió un largo trago. Alguien le encontró otro caballo y, todavía cubierto de sangre y barro, se dirigió a toda prisa al sector donde uno de sus regimientos estaba en aprietos. Era obvio que esta fuerza –el 185.º de Nueva York– debía contraatacar. «¡Una vez más! –gritó a los soldados–. ¡A la bayoneta! ¡Diez minutos de infierno y se acabó!». Y entonces los condujo hasta un altozano donde se había previsto que se desplegaría la artillería y consiguieron sostener la posición hasta que los cañones llegaron. Estaba impresionado por el terror y la espectacularidad que inspiraba la escena: «Los grandes cañones rugían, retrocedían y su dotación volvía a posicionarlos; los proyectiles atravesaban la arboleda; las astillas volaban mientras las ramas y las copas de los árboles caían sobre las sorprendidas cabezas». Estaba volviendo a montar, medio muerto de agotamiento, cuando Griffin apareció para pedirle que se quedara: «General, no puede dejarnos ahora. No podemos prescindir de

usted». Chamberlain respondió secamente: «No tenía intención de hacerlo, mi general». Junto con los numerosos refuerzos que acababan de llegar, dirigió a sus hombres a la carga contra las posiciones que los confederados tenían en el bosque y los obligó a retroceder desordenadamente hacia Quaker Road. Su propia brigada de unos 1700 hombres, incluyendo los artilleros, había sufrido 400 bajas en un combate contra una fuerza confederada de 6000 hombres. Aquella noche, cuando visitaba a los heridos, encontró entre ellos al viejo general Sickel. Aunque este le agradeció su amabilidad, pensó que Chamberlain parecía más necesitado de ayuda y consuelo que él mismo. Le dijo con ironía: «General, tiene usted el alma de un león y el corazón de una mujer». Chamberlain apenas podía andar por los dolores que le causaban sus viejas heridas y las que acababa de sufrir, pero antes de retirarse para descansar visitó al herido Charlemagne en un establo cercano, luego se sentó a escribir a la luz de una vela medio derretida una carta dirigida a la madre de uno de sus oficiales caídos aquel día, para describir su heroica muerte.



Teatro de operaciones de Joshua Chamberlain, 1864-1865.

Dos días después, el 31 de marzo, estaba intentando descansar, a pesar del dolor que le provocaban sus heridas, cuando se produjo una nueva crisis. Lee había atacado al V Cuerpo con una fuerza abrumadoramente superior y puso en fuga a gran parte de sus regimientos. Una masa informe de hombres completamente desorganizados atravesaba las posiciones de la Unión. El comandante del cuerpo, Gouverneur K. Warren, se volvió desesperado hacia él, que era el más carismático de los oficiales a su mando: «¿Salvará usted el honor del V Cuerpo, general? –le preguntó–. No hay nada más importante». Chamberlain replicó: «Lo intentaré, general. Solo le pido que no deje que nadie me detenga, excepto el enemigo». Tenía todavía el brazo en cabestrillo. Cada movimiento que hacía le dolía por culpa de sus heridas, pero, aun así, dirigió a sus hombres hacia el enemigo. Los hizo cruzar Gravelly Run sin esperar a los pontones, sosteniendo las cartucheras en la punta de sus bayonetas por encima de sus cabezas para evitar que la pólvora se mojase. Una vez que la fuerza de Chamberlain limpió de enemigos la orilla del arroyo, Warren insistió en hacer una pausa para consolidar las líneas antes de intentar atacar la siguiente línea de atrincheramientos confederados, pero Chamberlain no estaba de acuerdo: mantener la presión y el ímpetu eran la clave de todo, dijo. Y se salió con la suya, por lo que ordenó a sus regimientos que avanzasen en orden abierto en vez de cerrar filas y, montado de nuevo en Charlemagne, se puso al frente de las tropas mientras sonaban las cornetas. Su fuerza capturó los parapetos confederados y empujó al enemigo 270 metros hasta más allá de White Oak Road. Aunque las acciones de Chamberlain fueron solo una pequeña parte de las batallas que tuvo que librar el Ejército del Potomac aquel día, son un ejemplo más de su notable capacidad de liderazgo. Y antes de que todo terminase, todavía hubo una acción más.

La mañana del 1 de abril fue el comienzo de un día de confusión en las líneas unionistas que le costó el mando a Gouverneur Warren, pero que también fue desastroso para el ejército confederado. Chamberlain estaba en la vanguardia cuando se encontró con el general Sheridan, que mandaba varios cuerpos federales, entre ellos el V. «¡Vive Dios, que esto es lo que me gusta ver! –exclamó el irascible general de caballería–. ¡Generales al frente de sus hombres!». Partidas dispersas de infantería unionista merodeaban en desorden después de haber sido rechazadas por la mañana temprano en Five Forks.

Sheridan se marchó, tras ordenar expresamente a Chamberlain que asumiera el mando de toda la infantería en el sector y la condujera hasta el frente. Mientras reorganizaba los grupos de hombres allí donde los iba encontrando, se topó con un soldado que se había puesto a cubierto de la granizada de balas tras el tocón de un árbol. «Mire, muchacho –le dijo Chamberlain con preocupación–, ¿no se da cuenta de que aquí le matarán en menos de dos minutos? Este no es lugar para usted ¡Avance!» .

«Pero ¿qué puedo hacer? –respondió el hombre–. ¡No puedo atacar yo solo!».

«No, por supuesto –admitió Chamberlain–. Formaremos aquí. Quiero que usted sea el centro de la unidad. ¡Al frente y adelante!». Reunió a su alrededor a unos doscientos fugitivos y los vio avanzar mandados por un oficial. Más tarde escribió: «Aquel pobre muchacho solo necesitaba una muestra de confianza y aprecio para controlarse. Estaba orgulloso de lo que hizo y yo también lo estaba de él». El resto del día siguió liderando a sus tropas desde el frente, conduciéndolas contra el enemigo allá donde se encontrase. Los confederados fueron derrotados y Lee se vio obligado a evacuar Richmond y Petersburg. Sin embargo, todos en el V Cuerpo sentían incredulidad y rabia por la decisión de Sheridan de destituir a su comandante, Warren, por supuesta negligencia en el cumplimiento del deber.

La semana que siguió fue una carrera entre los dos ejércitos rivales. Lee intentaba reunir sus fuerzas con las del general Joseph E. Johnston, mientras que Sheridan le perseguía para cortarle la retirada. En la noche del 8 de abril, Chamberlain, completamente exhausto, acababa de dormirse cuando recibió un sucinto mensaje de Sheridan. Apoyándose en su codo, lo leyó a la luz de una cerilla: «He cortado la línea enemiga en Appomattox Station y capturado tres de sus trenes de suministros. Si pudiera usted abrirse paso con su infantería hasta aquí esta noche, tendremos grandes resultados por la mañana». Chamberlain y dos brigadas alcanzaron la estación al amanecer. Pocos minutos después recibió órdenes de desplegar a sus hombres en línea de batalla para apoyar a la caballería de Sheridan. El épico drama de la Guerra de Secesión estaba casi concluido. El general de Maine y sus camaradas contemplaron una «extraordinaria escena, una coda apropiada a la historia de estos tumultuosos años. Rodeado por un cordón de acero que ocupaba las alturas alrededor de

Court House, en las laderas del valle formado por las fuentes del Appomattox se encontraban los restos del… Ejército de Virginia del Norte, ¡el ejército de Lee! Era un terreno montañoso, abrupto, de hecho, un inmenso anfiteatro.

Mientras las fuerzas de la Unión se preparaban para atacar, un solitario jinete cabalgó desde las líneas confederadas y se le acercó. Era un oficial que llevaba un trapo de color blanco. Saludó a Chamberlain y le informó: «El general Lee desea un alto el fuego hasta que pueda oír los términos de la rendición de boca del general Grant». Chamberlain, atónito, respondió: «Señor, ese asunto va más allá de mi autoridad. Se lo comunicaré a mi superior. El general Lee está en lo cierto. Ha hecho todo lo que está en su mano». Aunque el comandante en jefe sudista estaba reconociendo la derrota, las tropas de uno y otro bando no estaban dispuestas a bajar las armas y los oficiales de ambos ejércitos tuvieron que hacer un esfuerzo para controlar a sus hombres. Costó tiempo, y unas pocas vidas, imponer el alto el fuego. Por fin, conforme el silencio caía sobre el campo de batalla, una figura apareció entre las líneas confederadas, soberbiamente montado y engalanado. Chamberlain se quedó sobrecogido al observar a Robert E. Lee. Ulysses S. Grant fue a su encuentro. La gran contienda entre los estados casi había terminado.

Esa noche del 9 de abril de 1865, Longstreet se aproximó desde las líneas confederadas y declaró con tristeza: «Caballeros, debo hablar con claridad; nos estamos muriendo de hambre. Por el amor de Dios, ¿podrían darnos algo de comer?». Lo hicieron, por supuesto. Chamberlain escribió orgulloso, con su solemnidad de costumbre: «Éramos hombres; y nos comportamos como hombres». Esa noche, también le informaron de que tendría el honor de mandar la división que representaría al Ejército de la Unión en la ceremonia de rendición. En la mañana del 12 de abril, cuatro años exactos después del ataque a Fort Sumter que inició las hostilidades, mientras Chamberlain estaba en cabeza de la 1.ª División, largas y silenciosas hileras de hombres vestidos de gris empezaron a desfilar ante ella. Este era un momento de humillación para los confederados, la cual Grant estaba decidido a obligarles a sufrir, pero, en ese momento, Chamberlain se giró hacia su corneta y le dio una orden. Sonó un toque de ordenanza y toda la división de la Unión, regimiento tras regimiento, pasó de la posición de armas al hombro a la de presenten armas, en signo de saludo. Fue un gesto magnífico que llegó al corazón de muchos confederados,

quienes inmediatamente respondieron en consonancia. Aquella muestra de respeto mutuo y reconciliación le ganó el aplauso de la mayor parte del pueblo estadounidense.

Su generosidad de espíritu en la hora del triunfo de la Unión, que se reflejaba en la forma en que trató a los enemigos derrotados, le consiguió tanto respeto como sus acciones en el campo de batalla. Aunque la guerra había prácticamente terminado, con la firme recomendación de Griffin Chamberlain fue ascendido al grado de general de división en reconocimiento por sus servicios el 29 de marzo de 1865, en Quaker Road. Asumió el mando formal de la 1.ª División, que pasó las semanas que siguieron a la rendición de Appomattox intentando mantener el orden en las áreas rurales en medio del caos que acompañó al colapso de la Confederación. El 23 de mayo, recibió un último honor cuando encabezó al V Cuerpo durante la Gran Revista de los Ejércitos a través de Washington. Fue uno de los momentos más emotivos de su vida. Aunque siempre había deplorado los horrores de la guerra, estaba profundamente orgulloso de lo que él y los soldados de la Unión habían conseguido. «La lucha y la destrucción son terribles –escribió más adelante–, pero, en ocasiones, son regalos celestiales más que castigos infernales. Entre las privaciones y los sufrimientos padecidos, así como en las fatigas de la batalla, algunas de las cualidades más elevadas del ser humano se ponen en evidencia: coraje, autodisciplina, sacrificio del yo por valores más elevados y es aquí donde la caballerosidad alcanza su máxima expresión».

Resulta curioso que un hombre tan compasivo e inteligente como Joshua Chamberlain saliera de una experiencia como la guerra civil estadounidense con aquel entusiasmo tan romántico por la nobleza del combate, a pesar de sus dudas acerca de lo que pensaba Dios al respecto: «¿Fue el mandato de Dios lo que escuchamos, o es su perdón el que debemos implorar para siempre?», se preguntaba. Sus propios escritos acerca de sus experiencias pueden resultar irritantes para un lector moderno por su excesivo lirismo. Sin embargo, era típico de su época describir las acciones propias en esos términos. Al contrario que muchos otros individuos descritos en este libro, no solo tenía coraje, encanto y habilidad militar, sino que además era inteligente y fue celebrado por sus contemporáneos como un héroe estadounidense cuyo valor era equiparable a su nobleza y a su capacidad intelectual. La Guerra de Secesión representó un

punto intermedio tecnológico y táctico entre las campañas de Napoleón y las de principios del siglo XX. Los ferrocarriles transformaron la movilidad y el telégrafo las comunicaciones estratégicas. Los rifles eran más letales gracias a las mejoras tecnológicas, pero aún no se había producido la revolución de las armas de retrocarga y de repetición. Las batallas entre Grant y Lee se contaron entre las últimas en la que los comandantes lideraban sus formaciones desde el frente, donde podían ejercer una influencia decisiva en primera línea con su ejemplo personal, como Chamberlain había hecho una y otra vez.

El general disfrutó plenamente de su fama en la posguerra. Sirvió cuatro mandatos como gobernador republicano de Maine y llegó a ser rector de Bowdoin, su antigua universidad. Su desempeño en este último cargo fue controvertido por la decisión de introducir la ciencia militar en el currículo, que incluía el adiestramiento militar obligatorio, pero los estudiantes se rebelaron contra la obligación de entrenar en uniforme hasta que Chamberlain se vio obligado a ceder y retirar la norma. Aunque su carrera militar se extendió a lo largo de menos de cuatro años de su larga vida, él siguió considerándose como un guerrero en las décadas que siguieron. Cuando estalló la Guerra Hispano-Estadounidense en 1898 a pesar de sus casi setenta años y los achaques provocados por sus heridas, intentó sin éxito que le dieran un mando operativo. Incluso su familia utilizaba el afectuoso título de «General» («Gennie», para sus nietos). Su matrimonio fue turbulento –en 1868 Fannie llegó a pedirle el divorcio– pero, de alguna forma siguió adelante, hasta que ella falleció en 1905. Los cirujanos que predijeron que las terribles heridas que sufrió en 1864 lo matarían, acertaron: lo hicieron cuando tenía ochenta y cinco años, en febrero de 1914. Chamberlain continúa siendo el parangón de las virtudes militares estadounidenses, uno de los hombres más dignos de admiración de los que han llevado un uniforme en cualquier ejército, en tiempos de paz o de guerra.

[1] N. del T.: En realidad, era la llamada *American bass viol* , un instrumento popular parecido al contrabajo, aunque no exactamente igual (está a medio camino entre aquel y la *viola da gamba*), y que solía tocarse en las iglesias protestantes americanas a principios del siglo XIX.

[2] N. del T.: Énfasis en el original.

[3] N. del T.: Acerca de la batalla de Gettysburg, *vid* . Allen C. Guelzo, *Gettysburg* , Desperta Ferro, Madrid, 2020.

4
El ingeniero perezoso

La mayoría de los guerreros que retratamos en este libro tuvo carreras distinguidas que se extendieron a lo largo de meses o años de servicio activo. Hay un tipo de guerrero especial: aquel que se da de bruces con la oportunidad de alcanzar la gloria. El teniente John Chard era considerado por sus camaradas como un soldado del montón, lo que podríamos describir como la antítesis de hombres como Joshua Chamberlain. Chard era apreciado por su agradable personalidad y por su notoria indolencia, al menos hasta que una tarde de enero de 1879, de forma totalmente inesperada, le tocó representar el papel protagonista en un drama y su actuación le ganó el aplauso de la Inglaterra victoriana. Durante unas pocas horas de combate, ganó una fama que persistiría hasta el día de su muerte, aunque durante el resto de su carrera profesional no volvió a hacer nada destacable. Es probable que el recuerdo de Chard hubiera quedado relegado a oscuros archivos de la historia imperial si no fuera porque su hazaña quedó inmortalizada en *Zulú* (1964), una película épica de aventuras en la que su personaje fue interpretado por Stanley Baker y que, con toda probabilidad, haya visto todo aficionado al cine de aventuras. Corresponde a los lectores juzgar si el protagonista de la historia se mereció el prestigio que obtuvo al convertirse en uno de los oficiales más agasajados del Ejército británico del siglo XIX.

John Rouse Merriott Chard nació el 21 de diciembre de 1847 en el seno de una familia de pequeños hacendados de Devon y fue educado por tutores privados y en la Plymouth New Grammar School [Escuela Primaria de Plymouth]. Siguió a su hermano William al ejército e ingresó a los dieciocho años en la Royal Military Academy [Academia Real Militar] de Woolwich, para seguir el curso habitual de treinta meses en el que los cadetes adquirían conocimientos de artillería, fortificaciones y puentes, matemáticas, filosofía

natural y aplicada, paisajismo, mecánica, francés e hindi. Después de acabar el decimoctavo de su promoción de diecinueve alumnos en Woolwich, en julio de 1868 se le destinó a los Ingenieros Reales con el grado de teniente. No consiguió ningún ascenso en los once años que siguieron a su graduación y sirvió en toda una serie de deprimentes destinos, tanto en las islas británicas como en las colonias –Chatham, las Bermudas, Malta, Aldershot, Devonport y Chatham de nuevo–, hasta diciembre de 1878. «A partir de los treinta, uno empieza a estar menos preparado para hacer la guerra», afirmó rotundamente Napoleón en una ocasión. Incluso después de cumplir los treinta, Chard no se casó: en aquellos días, su humilde empleo no inducía a adquirir responsabilidades familiares. Y esto no es todo; no solo fracasó a la hora de destacar profesionalmente, también irritaba a sus superiores con su pereza. El único recuerdo que tenían de él sus coetáneos en Woolwich era que siempre llegaba tarde al desayuno. Su principal mérito, a ojos de sus compañeros de comedor, era que su afabilidad típica del West Country [1] hacía de él un camarada agradable, lo cual es algo que tener en cuenta dado el hecho de que tuvieron que coincidir con el mismo individuo durante tres comidas al día, un mes tras otro, en medio de una rutina de insoportable monotonía. Cuando *sir* Garnet Wolseley, el general británico más importante de su generación, conoció a Chard más adelante, se quedó poco impresionado y lo desdeñó como un «tipo poco inteligente y pesado». El ingeniero, con su cerrada barba negra y una actitud reservada hasta el punto de la incompetencia, dejó atrás la juventud sin haber destacado en su profesión.

Nunca se sabrá por qué fue destinado a Sudáfrica justo cuando se avecinaba la guerra con los zulúes, ni tampoco si estaba satisfecho por la oportunidad de servicio activo que se le brindaba. Lo más probable es que, como suele suceder en estos casos, había que mandar a algunos ingenieros allí y el nombre de Chard fue incluido en la lista; su naturaleza le impulsaba a aceptar, sin hacer preguntas, cualquier tarea que el Ejército, en su infinita sabiduría, le asignase. Así, el 11 de enero de 1879, se encontró acompañando a Zululandia al contingente del teniente general lord Chelmsford para someter al rey Cetshwayo, que ni siquiera se había molestado en responder al ultimátum enviado por los británicos. La expedición de Chelmsford era típica de su clase y su época. Los zulúes mostraban menos deferencia y más agresividad de lo que

la arrogancia de la potencia imperial vecina estaba dispuesta a tolerar, por lo que los británicos decidieron imponerse por la fuerza e invadieron Zululandia con cuatro columnas, con la excusa de impedir una incursión zulú en la colonia británica de Natal. Lo único que se apartaba del clásico guion de las guerras coloniales era que aquellos que estaban familiarizados con el pueblo de Cetshwayo advirtieron que los zulúes se contaban entre los guerreros más formidables y disciplinados del continente.

La Columna n.º 3 de Chelmsford llegó el 20 de enero al lugar donde habían planeado instalar su base de operaciones, Isandlwana, a unos dieciséis kilómetros en el interior del territorio de Cetshwayo, y tras librar una escaramuza sin importancia contra fuerzas locales. Chelmsford dejó un batallón del 24.º Regimiento de Infantería como guarnición del campamento, mientras él dirigía el resto de su fuerza en busca del enemigo. Dieciséis kilómetros al sur de Isandlwana se encontraba la pequeña misión de Rorke's Drift, a unos pocos centenares de metros de la orilla del río Buffalo, en la frontera con Zululandia y, por tanto, en el territorio británico de Natal. Entre un grupo de *kraals* [cercados] de piedra y madera se alzaban dos edificios de una planta, con techos de paja, en uno de los cuales los británicos habían establecido un hospital, mientras que el otro estaba lleno prácticamente hasta los topes de raciones de galleta, harina y municiones.

Al mando de la posición se encontraba el asistente delegado del comisariado general de Chelmsford, el comandante Henry Spalding, que contaba con la Compañía B del 24.º Regimiento de Infantería y un destacamento de NNC (Natal Native Contingent [Contingente Nativo de Natal]) para proteger los suministros, y además era también responsable de los treinta y seis enfermos y heridos del hospital. El 24.º Regimiento estaba formado sobre todo por ingleses, pero alrededor de una cuarta parte eran galeses. En la Compañía B había cinco hombres que se apellidaban Jones y otros cinco Williams. En Rorke's Drift los fusileros estaban mandados por el teniente Gonville Bromhead que, al igual que Chard, era un oficial mediocre, que había servido más de una década sin ascender a capitán a pesar de formar parte de una familia de distinguidos soldados, y uno de cuyos hermanos era una estrella en ciernes en el llamado «Círculo de Wolseley». [2] Sin embargo, «Gonny», como se le conocía, era un tanto decepcionante; aunque dos años

mayor que Chard, su empleo de teniente era tres años más reciente y su carrera profesional se había visto obstaculizada por su sordera, y sus superiores le consideraban un individuo casi tan perezoso como el ingeniero. Es más, ambos hombres compartían una reputación de afabilidad e incompetencia. Es casi seguro que habían dejado a Bromhead al mando de la guarnición en Rorke's Drift porque se le consideraba incapaz de mandar una compañía del 24.º en campaña.

Mientras tanto, Chard, con cuatro ingenieros a sus órdenes, estaba reparando los cables que sostenían uno de los dos grandes pilones de hierro de los pontones construidos para transportar el equipo pesado de Chelmsford a través del río Buffalo, un cometido que los ingenieros terminaron al anochecer del 21 de enero. El transbordador estaba trabajando a destajo en aquel momento, llevando carromatos a través del río con destino a Isandlwana. Era un trabajo agotador, pues la lluvia había convertido los accesos al cruce en un barrizal. Un continuo flujo de hombres atravesó el paso del río para reunirse con la columna de Chelmsford. En la mañana del 22 de enero, el joven teniente Horace Smith-Dorrien se detuvo allí para charlar. [3] Señaló que «se esperaba un combate serio» y le tomó prestadas unas pocas balas de revólver a su amigo «Gonny» Bromhead antes de seguir su camino.

Los ingenieros de Chard también recibieron órdenes de unirse a la fuerza principal en Isandlwana, por lo que subieron a un carromato conducido por un nativo y se dirigieron dando tumbos lentamente alrededor de las colinas, en el amplio giro que, cualquiera que no tuviera alas, se veía obligado a dar si quería llegar a la base de Chelmsford desde Rorke's Drift. Chard recibió autorización del comandante Spalding para acompañar a sus hombres, en teoría en búsqueda de nuevas órdenes pero, sobre todo, para hacer un poco de turismo de guerra. Dos horas después, llegó a Isandlwana y se encontró con la mayor parte de la guarnición en alerta por que se habían detectado movimientos de los zulúes en las colinas cercanas. Cuando vio que un grupo del enemigo se movía en dirección a la meseta de Nqutu, al ingeniero se le ocurrió que quizá los zulúes podían «hacer una intentona contra los pontones» en Rorke's Drift. Le ordenaron que regresara al río, siguiera supervisando el transbordador, y construyese un reducto para dar algo de protección a los fusileros de la guarnición. Cuando ya marchaba, el oficial de mayor rango en el campamento,

el coronel Durnford, le pidió que entregase las órdenes de movimiento a varios destacamentos que todavía no habían sido informados de la presencia zulú en las inmediaciones de Isandlwana. Todo el mundo esperaba que se produjera un combate de un momento a otro, pero nadie parecía preocupado. Después de todo, Isandlwana estaba protegida por una importante y bien equipada fuerza británica, perfectamente preparada para darles a los «salvajes» una dosis de su medicina de costumbre. Chard cabalgó tranquilamente de vuelta al transbordador junto con su ordenanza, el conductor Robson, sin saber que habían escapado a la muerte por tan solo un par de horas.

Aquel mediodía, unos veinte mil zulúes asaltaron Isandlwana y encontraron a los defensores pobremente desplegados en campo abierto. Después de un duro y largo combate, los guerreros de Cetshwayo desbordaron la posición de Durnford cuando los fusileros del 24.º se quedaron sin munición. Unos 1350 defensores murieron en la acción, solo 75 hombres pudieron escapar de la matanza. El campo de batalla, situado en uno de los entornos naturales más hermosos del planeta, fue testigo de una de las más deplorables humillaciones británicas. Los zulúes pudieron explotar su fuerza para aplastar la línea de los casacas rojas, ya que los defensores maniobraron con torpeza y permitieron que los separasen de su suministro de munición. A los hombres de Cetshwayo no les llevó demasiado tiempo aniquilar a los británicos, aunque tardaron bastante más en saquear el campamento y llevarse todos los bueyes y las mulas al *kraal* del rey y matando a los caballos, que no tenían función alguna en la sociedad zulú y a los que consideraban, según las palabras cargadas de desprecio de uno de sus guerreros, «los pies del hombre blanco».

La guarnición de Rorke's Drift escuchó el tiroteo procedente del otro lado de las colinas, lo que no era por sí mismo ni sorprendente ni alarmante, ya que, después de todo, lord Chelmsford había ido en busca de los zulúes y el ruido de fusilería sugería que los había encontrado. Tres hombres –el cirujano comandante Reynolds, un capellán militar y el misionero sueco Otto Witt– cabalgaron hasta la cima del Oscarberg, una colina detrás del acantonamiento, para ver lo que estaba sucediendo. Witt había enviado a su mujer y sus tres hijos a Pietermaritzburg, pero él se quedó para actuar como intérprete para los británicos. Los jinetes ojearon el horizonte en vano, ya que las montañas entre

Isandlwana y el Drift obstaculizaban la visión e incluso amortiguaban el sonido del tiroteo. Observaron un grupo de hombres moviéndose hacia el norte, a los que confundieron con las tropas nativas al servicio de los británicos. Solo más tarde comprenderían que se trataba de zulúes cazando a los fugitivos. El grupo de observadores tomaron cautelosamente la senda de vuelta que llevaba desde el Oscarberg a la misión.

El comandante Spalding, sin embargo, seguía intranquilo; era consciente de la vulnerabilidad de su posición y de la debilidad de sus defensores. Hacia las dos de la tarde montó a caballo y cabalgó en persona hasta Helpmakaar, a unos dieciséis kilómetros al sur, para traer dos compañías del 24.º Regimiento que estaban acantonadas allí. Antes de partir, confirmó que la antigüedad de Chard era mayor que la de Bromhead y formalizó el traspaso del mando en Rorke's Drift al ingeniero. Al contrario del mito difundido en la película, no parece que esto provocara ningún conflicto con Bromhead, con quien Chard se llevaba bien. Nadie pensó que pudiera ser importante, ya que Spalding pensaba regresar antes de que anocheciera.

Parece ser que Chard no estaba preocupado por los zulúes que había visto alrededor de Isandlwana. Desayunó tranquilamente en su pequeño campamento al lado del río antes de retirarse a su tienda a escribir cartas, ignorante de que los cuatro zapadores a los que había acompañado aquella mañana yacían muertos y eviscerados a menos de quince kilómetros al norte de donde se encontraba. Hacia las tres de la tarde, sin embargo, la paz del lugar de rompió de repente. Dos jinetes –los tenientes Adendorff y Vaines, del Natal Native Contingent–, con los caballos sudorosos a causa del esfuerzo, aparecieron en la orilla del río Buffalo e informaron a gritos de la catástrofe que había tenido lugar en el norte. Luego espolearon a sus monturas y cruzaron el vado. Los dos fugitivos dijeron que no solo había tenido lugar una matanza de las tropas británicas, sino que todo un *impi* zulú [4] se dirigía hacia Rorke's Drift. De inmediato, Chard organizó un piquete con un sargento y cinco hombres y los envió a cubrir las alturas al otro lado del río. Vaines se dirigió a la misión para contar las novedades y luego galopó a Helpmakaar. Adendorff también aprovechó la oportunidad y se escabulló para evitar el combate que tuvo lugar a continuación. Más tarde fue arrestado en Pietermaritzburg por deserción.

Según se supo después, Bromhead había recibido una nota garabateada a toda prisa por un oficial de la Columna n.º 3 en la que también le informaba de lo sucedido, e inmediatamente envió un mensajero para advertir a Chard. Este tomó una pequeña pero importante decisión antes de regresar a la misión: ordenó que se llenase de agua un carro-aljibe y se enviara al acantonamiento. Luego se apresuró hacia el grupo de edificios, donde encontró al comisario ayudante James Dalton dirigiendo los preparativos para reforzar las defensas. Algunos hombres estaban echando abajo las tiendas del 24.º Regimiento para despejar las líneas de tiro, arrancando los tensores y dejando una enmarañada masa de lona en el suelo, que más adelante sería un estorbo significativo para los atacantes zulúes. Otros soldados y las levas nativas estaban cargando los carromatos con sacos y cajas para convertirlos en parapetos, abrieron aspilleras en los muros de adobe y levantaron barricadas apilando los sacos de harina. Bromhead y Chard consideraron seriamente la posibilidad de evacuar la posición, pero Dalton, un antiguo sargento mayor, insistió en que aquella idea era una locura. La única opción era quedarse y luchar, así que después de un apresurado consejo de guerra, Chard se mostró satisfecho con las medidas que habían tomado y regresó a su posición.

El sargento Milne y sus fusileros del 3.er Regimiento de Infantería (los Buffs) se ganaron el respeto de su comandante al ofrecerse voluntarios para apostarse en los pilones en mitad del río, con el objetivo de retrasar todo lo posible el avance zulú, pero Chard no estuvo de acuerdo. Cuando llegara el momento, dijo, necesitaría a todos los hombres para defender el acantonamiento. Más adelante, uno de los supervivientes recordó con admiración que tanto él como Bromhead trabajaron con los soldados arrastrando los pesados sacos de harina bajo el calor sofocante. En Rorke's Drift las distinciones de clase se dejaron de lado, al igual que las posibles rivalidades personales. Todos los informes posteriores a la batalla destacan que los defensores eran totalmente conscientes de que se enfrentaban a una lucha a vida o muerte y que su resultado dependería de sus esfuerzos y cooperación.

Alrededor de las tres y media de la tarde, el teniente Henderson llegó con un grupo de un centenar de soldados de la Natal Native Horse [Caballería Nativa de Natal], un refuerzo que fue muy bienvenido, y que Chard ordenó que se desplegara en escaramuza por delante de la posición a modo de pantalla.

Algo más tarde aparecieron algunos rezagados que habían conseguido escapar de Isandlwana, histéricos y desesperados, que exhortaron a la guarnición a que huyera si querían salvar sus vidas, ya que cualquier resistencia sería inútil: si un batallón entero de un millar de hombres había sido incapaz de derrotar a los zulúes aquella mañana, ¿cómo podría una débil compañía con poco más de cien conseguirlo por la tarde? Sin embargo, Chard había decidido luchar. Los setenta y cinco minutos que habían transcurrido entre la primera alerta y el avistamiento de los zulúes –«¡Aquí vienen! ¡Negros como el diablo y abundantes como la hierba!», gritó un tal sargento Gallagher desde el muro sur– no era mucho tiempo, pero fue justo el que necesitaban los defensores para improvisar un parapeto eficaz. A diferencia de las tropas en Isandlwana, las de Rorke's Drift estaban bien abastecidas de munición y disponían de una ventaja fundamental en cualquier combate de infantería: una barrera desde la que disparar. El Martini-Henry, un fusil monotiro de cerrojo levadizo de calibre .45 (14,7 mm), era una arma devastadora contra guerreros tribales armados con azagayas, siempre y cuando recibiera un suministro constante de balas. El principal problema para los defensores era que había bastante cobertura, arbustos, árboles y hierba, que llegaba hasta la misión por dos lados. No había tiempo de limpiarla y despejar las líneas de tiro británicas.

El soldado que contaba con la experiencia más sólida en Rorke's Drift era el comisario Dalton. Tanto Chard como Bromhead reconocieron más adelante su liderazgo y la importancia de sus recomendaciones. Era un antiguo suboficial de cuarenta y nueve años del 85.º Regimiento que se había retirado seis años antes para instalarse en Natal. Fue Dalton, veterano de un cursillo de fortificaciones de campaña, quien, a toda prisa, bosquejó el diseño de un perímetro para la misión y Chard y Bromhead lo adoptaron y ejecutaron. Es evidente que Dalton fue la personalidad dominante entre los defensores antes y durante la batalla; un enérgico, curtido veterano que sabía exactamente lo que estaba haciendo. El cirujano comandante Reynolds comentó más adelante que todos los oficiales británicos habían coincidido en identificar el hospital y el almacén como los dos puntos clave de la defensa británica: si ambos caían, aquella se derrumbaría sin remedio. Los hombres discutieron acerca de sus oportunidades de supervivencia, pero se mostraban convencidos de que sus defensas mejoraban sus posibilidades, al menos en comparación con los caídos

por la mañana, que habían sido sorprendidos en campo abierto, y no se equivocaban.

La misión de Rorke's Drift, 22 de enero de 1879.

Sin embargo, tan pronto como los zulúes fueron avistados, hacia las cuatro y cuarto de la tarde, los 350 hombres de las levas nativas se dieron a la fuga junto con sus oficiales europeos, seguidos unos minutos más tarde por los jinetes de la Natal Native Horse. Su comandante, un tal teniente Vause, le dijo a Chard que no podía seguir controlando a sus hombres y después espoleó a su caballo para huir con los demás. Uno de los fusileros del 24.º Regimiento disparó contra los fugitivos e hirió mortalmente en la espalda a uno de los suboficiales de Vause, sin que nadie dentro del perímetro se lo reprochase. Otto Witt también aprovechó la confusión para escapar a galope tendido, tras anunciar que su deber era permanecer con su familia. Los supervivientes de la batalla lo describieron como un mentiroso y un charlatán (con posterioridad, presumió en Gran Bretaña de haber luchado en Isandlwana y en Rorke's Drift). Ahora bien, el sueco no era un soldado ni era enemigo de los zulúes, así que tampoco es justo reprocharle que huyese. Más adelante demandó

infructuosamente a la Corona británica por daños valorados en 600 libras por la destrucción de sus propiedades en la misión.

Chard comprendió inmediatamente que con su fuerza tan drásticamente reducida –contaba en total con 8 oficiales y 131 suboficiales y soldados, de los que 36 estaban enfermos– y, teniendo en cuenta que solo los 81 hombres de la Compañía B del 24.º Regimiento tenían costumbre de combatir juntos, no podría defender el perímetro de 360 m, tal como había planeado en un inicio, de modo que decidió acortar la línea. Ordenó que se abandonase el gran *kraal* y que se levantase un parapeto interior formado por grandes cajas de galleta; también se construyó un reducto en el centro de la posición con sacos de harina, de poco menos de tres metros de altura, de modo que los soldados que se desplegasen dentro pudieran disparar por encima de las cabezas de los hombres que estaban fuera. Esta fue una de las decisiones más importantes que tomó, es posible que por consejo de Dalton, pues de esta forma se aseguraba de que sus tropas dispusieran de una posición a la que retirarse en caso de que cayera parte del perímetro exterior. Puede que, paradójicamente, la huida de las levas nativas salvase Rorke's Drift, ya que si lo hubieran hecho mientras protegían parte del frente en el momento del asalto zulú, la repentina brecha en la línea habría comprometido toda la posición y la defensa se habría venido abajo con toda seguridad.

En cambio, pudo disponer del tiempo suficiente antes de que estallara la tormenta para reorganizar su pequeña guarnición, que además ahora estaba formada por completo por hombres de confianza. Ahora bien, lo que para la posteridad parece evidente, no lo es cuando se está en medio de la acción, por lo que no es extraño que a las cuatro y veinte minutos de la tarde del 22 de enero, la moral de los defensores de Rorke's Drift fuera baja. Los hombres del 24.º habían sido testigos desde sus posiciones de combate de la huida de todos aquellos que habían tenido los medios o la oportunidad de salir corriendo, mientras que ellos habían quedado atrapados a su suerte en lo que muchos consideraban que era una muerte segura. Es probable que más de un fusilero mascullase entre dientes contra sus oficiales, Bromhead y Chard –que era un desconocido para ellos–, por obligarlos a una defensa que, probablemente, les costaría la vida.

Los defensores ocuparon sus posiciones de combate y Bromhead dio la orden de calar bayonetas. La misión resonó con el eco de los chasquidos del metal al chocar con el metal, conforme las hojas de acero de 60 cm se encajaban en la bocacha de los fusiles. Lo único que no se había hecho era evacuar a los enfermos del hospital al reducto, ya que cada hombre sano había estado trabajando en las defensas y simplemente no había dado tiempo a hacerlo en el breve intervalo transcurrido entre la alarma y el asalto. Algunos perdieron sus vidas por culpa de esta omisión, pero Chard supo elegir lo que era prioritario. Fuera cual fuera la indolencia que sus superiores habían visto en él, en el momento de la verdad supo aceptar consejos y actuar con decisión. En muchos sentidos, el Chard que describieron sus contemporáneos se parece, aunque no corresponda a su tiempo, a los personajes de P. G. Wodehouse, [5] esto es, un individuo sencillo, extraordinariamente afable, poco exigente, sin grandes ambiciones, que disfrutaba viviendo en un entorno mayoritariamente masculino en el que el papel de las mujeres quedaba reducido a aplaudir con educación cuando alguno de los «muchachos» se apuntaba un tanto. Al mismo tiempo tenía las virtudes de los simpáticos idiotas de Wodehouse: un sentido del deber y de la lealtad absolutos y, si eso significaba que tenía que sacrificar su vida por la patria y por la reina, en Rorke's Drift, estaba dispuesto a hacerlo sin protestar.

El *impi* zulú que atacó Rorke's Drift estaba formado por tres regimientos (uThulwana, uDloko e inDluyengwe), una fuerza de entre tres mil y cuatro mil guerreros, dividida en dos columnas. Los guerreros de esta fuerza habían participado en Isandlwana, pero no en el combate principal, por lo que se habían tenido que limitar a perseguir y matar a los fugitivos de la batalla. La mayoría no había podido «lavar las lanzas», [6] por lo que estaban sedientos de gloria. Su comandante, Dabulamanzi, el hermano de treinta y cinco años de Cetshwayo, también estaba ansioso por distinguirse y parece que fue ese deseo el que le llevó a ordenar impulsivamente atacar Rorke's Drift, mientras sus hombres recuperaban el aliento en las alturas que dominaban el río Buffalo después de la larga persecución. Eso significaba desobedecer las órdenes directas del rey, pues Cetshwayo había dado instrucciones a sus oficiales de que nadie cruzara el río hasta la orilla de Natal, así como a ignorar las posiciones fortificadas británicas. El caudillo zulú comprendía perfectamente la ventaja

que tenían los europeos cuando podían usar sus armas de fuego desde posiciones fijas contra las azagayas. A pesar de todas las advertencias del rey, Dabulamanzi llegó a la conclusión de que el éxito justificaba todos los riesgos y lanzó a todos sus hombres contra la misión.

El asalto zulú se inició en torno a las cinco de la tarde, pero perdió algo de intensidad cuando parte de los atacantes se entretuvo saqueando las tiendas abandonadas del 24.º Regimiento y los carros de los ingenieros que estaban frente a la misión. El conductor Robson, ordenanza de Chard, contempló con rabia desde su puesto en las defensas cómo el enemigo desvalijaba «nuestras cosas». Unos seiscientos guerreros zulúes lanzaron el primer asalto contra las defensas al sur de la posición, aullando a la carrera en un espectáculo aterrador. Sin embargo, un devastador fuego de fusilería les frenó en seco cuando todavía estaban a unos cincuenta metros; algunos supervivientes se pusieron a cubierto detrás de las estufas, piezas de equipo y de cocina abandonadas en las antiguas líneas del campamento del 24.º y desde allí los que tenían armas de fuego –en su mayor parte anticuados mosquetes de chispa de avancarga– hostigaron a los británicos disparando constantemente y, aunque su puntería no era muy buena, bastaba para obligar a los defensores a permanecer a cubierto. Los hombres de Chard observaron que las balas zulúes que chocaban con los sacos de harina hacían un sonido apagado, mientras que las que impactaban contra las cajas de galleta lo hacían con un chasquido seco. Los tiradores zulúes desplegados en el Oscarberg, detrás de la posición, empezaron a causar bajas entre los defensores y Chard se vio obligado a ordenar que se abandonara el murete que corría en paralelo al parapeto de cajas de galleta en el interior del recinto.

Como habían sido rechazados en el lado sur, cientos de guerreros zulúes dieron un amplio rodeo alrededor de la posición británica para aparecer de nuevo en la esquina noroeste del hospital, donde se encontraban en desenfilada. Los zulúes, comentó el soldado Henry Hook –un antiguo cocinero que estaba ahora disparando desde una aspillera en el hospital–, «usaban cada elemento de cobertura que hubiera disponible: termiteros, unos arbustos que no habíamos tenido tiempo de eliminar, un jardín o especie de huerto que estaba cerca de nosotros». Los fusileros desplegados en el techo del hospital estaban abatiendo atacantes a larga distancia, pero otros muchos guerreros

lograron alcanzar las posiciones de los británicos. La desgarbada figura del comisario Dalton despertó mucha admiración entre los defensores, mientras recorría las líneas de un lado a otro, exponiéndose con temeridad y usando su propio fusil con gran eficacia hasta que, de repente, dio un brusco giro y cayó herido en el hombro por una bala zulú. Al poco tiempo, sin embargo, y aunque no podía usar su arma, continuó recorriendo con decisión las líneas, señalando blancos a otros tiradores.

También Chard y Bromhead habían cogido sendos fusiles y combatían al lado de sus hombres. Un cabo del Natal Native Contingent, herido en el hombro y en la espalda, se arrastró hasta el ingeniero y, como él ya no podía disparar, le iba suministrando munición. Ambos bandos estaban usando armas de pólvora negra y una densa humareda se arremolinó alrededor de la posición británica, lo que aprovecharon algunos zulúes en el exterior del muro para acercarse e intentar arrebatarles con sus manos desnudas sus armas a los defensores agarrando las bayonetas que sobresalían, aunque la mayoría de ellos lo único que consiguió con sus esfuerzos fue que le pegaran un tiro. A pesar de todo, los atacantes lograron alcanzar el porche del hospital y se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo contra los defensores que protegían las puertas. Bromhead lanzó una carga con un puñado de hombres y consiguió despejar de zulúes el área.

Ambos bandos comprendieron de inmediato que el hospital era el punto débil de la defensa británica, pues los tiradores tenían campos de tiro mucho más limitados desde sus aspilleras que los de sus camaradas que estaban detrás de los parapetos. Tras varios intentos, los zulúes consiguieron por fin abrir brecha y penetrar en el edificio. Durante una hora los dos bandos pelearon ferozmente por el control del estrecho laberinto de habitaciones que formaban el hospital. Para los británicos esta fue la fase más sangrienta de la batalla. Hook estaba combatiendo en una de las habitaciones al lado de Cole, un camarada alto y de temperamento risueño, al que de pronto le entró el pánico y salió corriendo, Los zulúes abatieron al «viejo King» Cole cuando intentaba salir por la puerta principal del hospital. Los zulúes prendieron fuego al tejado de paja del hospital, que pronto empezó a arder sin control y a extenderse por todo el edificio. Los fusileros de Bromhead ayudaron a los pacientes a ponerse a salvo, abriendo agujeros en los tabiques que separaban una habitación de

otra. El choque entre bayonetas y azagayas era continuo, pero los británicos tuvieron que retroceder hasta que la única vía de salida era un alto y estrecho ventanuco, desde donde los malheridos y ensangrentados soldados podrían intentar alcanzar el perímetro de Chard. La feroz batalla dentro del hospital fue un combate individual, sin la dirección de ningún oficial, con cada soldado peleando cuerpo a cuerpo contra los zulúes hasta que conseguía huir o le mataban. Dos tercios de las bajas de los defensores en Rorke's Drift se dieron dentro o alrededor del hospital. Los cuatro últimos soldados en retirarse del edificio –Hook, Williams J., Jones R. y Jones W.– fueron condecorados más adelante con la Cruz Victoria por continuar protegiendo a sus camaradas en retirada con las bayonetas cuando ya habían agotado la munición. Por fortuna para los defensores, el humo y las llamas que les habían obligado a abandonar el hospital también hicieron que los zulúes no pudieran ocupar la estructura que quedaba en pie, creando una eficaz barrera durante las críticas horas que siguieron.

El almacén se convirtió ahora en el centro neurálgico del perímetro, cada vez más reducido, que defendían los hombres de Chard. Los guerreros enemigos se abalanzaron una y otra vez contra el edificio de adobe de veintisiete por dieciocho metros y se arremolinaron en la oscuridad mientras intentaban encontrar un punto débil. Tras cinco o seis asaltos, los defensores, apiñados hombro con hombro, estaban tan exhaustos que apenas tenían fuerzas para levantar sus fusiles o alancear con sus bayonetas que los zulúes, como observaron algunos soldados, temían más que a las balas. El esfuerzo físico que suponía este tipo de combate era agotador, una melé de pesadilla en la que los cañones de los fusiles se obstruían, las recámaras se atascaban, los fusiles se calentaban tanto que los hombres se quemaban las manos al accionar la palanca del cerrojo, las bocas se quedaban resecas y los rostros estaban tiznados por los restos de pólvora. En varias ocasiones, los zulúes llegaron al combate cuerpo a cuerpo en los parapetos; en una de ellas se distinguió un enorme y temerario suizo del Natal Native Contingent, el cabo Schiess, que ya había sido herido en una escaramuza previa con los zulúes y que continuó peleando a pesar de ser alcanzado de nuevo. El incendio del hospital se convirtió en una ayuda vital para los defensores, pues las llamas permitían

distinguir correctamente a sus adversarios. Sin la luz de las llamas, la superioridad numérica de los zulúes habría sido decisiva.

En toda la noche no hubo apenas un momento de respiro e incluso en las pausas entre asaltos el tiroteo era constante. Uno de los hombres desplegados en el tejado del almacén, el soldado Brickey, fue alcanzado por una bala zulú disparada desde el Oscarberg; cuando fueron a recogerlo, sus compañeros se lamentaron: «Pobre viejo Brickey». Pero cuando los escuchó, el herido abrió los ojos y dijo: «No pasa nada, muchachos, ¡mejor una bala que una azagaya!». El cirujano comandante Reynolds le extirpó el proyectil y Brickey sobrevivió. Reynolds estaba atendiendo a los heridos en la veranda del almacén, haciendo gala de una serenidad inmutable que impresionó a todos los testigos. Un cachorro de terrier llamado Pip, cuyo antiguo dueño, un oficial del 24.º Regimiento que aquella mañana había caído en Isandlwana, lo había dejado en Rorke's Drift, seguía al cirujano a todas partes.

Reynolds atendía a los heridos sin parar y los enviaba de vuelta al perímetro tan pronto como los curaba, bien para que siguieran usando sus fusiles si podían o, en caso contrario, para acarrear munición. El propio Reynolds estaba «empezando a considerar nuestra situación bastante desesperada» y es probable que tanto él como Chard y los demás defensores se hubieran sentido aún más desmoralizados de saber que el comandante Spalding junto con las dos compañías del 24.º que había ido a buscar a Helpmakaar había llegado aquella tarde hasta solo cinco kilómetros del acantonamiento, pero se habían topado con los aterrorizados fugitivos de la batalla, quienes le aseguraron que Rorke's Drift estaba ya en poder de los zulúes. Spalding ordenó volver a Helpmakaar, razonando correctamente que al margen de la suerte que hubieran podido correr los defensores de Rorke's Drift, era evidente que si su reducida columna de 150 hombres era atacada en campo abierto por fuerzas zulúes superiores sería aniquilada casi con total certeza.

En Rorke's Drift, mientras tanto, los hombres cuyos fusiles habían quedado inutilizados, luchaban contra las azagayas con sus bayonetas; algunas se habían doblado después de combatir durante horas en el parapeto. Poco antes de medianoche, los zulúes lanzaron su último gran ataque, aullando al unísono su grito de guerra: «*Usutu! Usutu!* ». Una vez más, las mortíferas descargas británicas los pararon en seco y les hicieron retroceder. Aunque más tarde los

zulúes seguirían disparando esporádicamente, la crisis más inmediata había pasado, por lo que Chard pudo aprovechar que la presión ya no era tan intensa para retirar un hombre de cada dos del parapeto y ponerlos a reparar las defensas, trasladar a los heridos y repartir munición. El oficial de ingenieros lideró, revólver Wembley en mano, a un grupo de tres o cuatro soldados hasta el carro-aljibe de los ingenieros, que se encontraba a unos cincuenta metros del parapeto. Aunque no pudieron arrastrarlo hasta la posición, llenaron las cantimploras de los hombres, lo que sirvió para aliviar algo la sed de los defensores, que estaban desesperadamente necesitados de agua.

De súbito, volvieron a oírse los cánticos de los zulúes en la oscuridad. Todos los hombres útiles tuvieron que regresar rápidamente a ocupar sus posiciones en el parapeto, pero no sucedió nada. Al amanecer, alrededor de las cuatro y cuarto, Chard envió algunas patrullas para investigar pero, para su sorpresa solo encontraron zulúes muertos o malheridos. Hook remató de un bayonetazo a un guerrero herido que intentó arrebatarle el fusil. A pesar de todo, cuando las patrullas regresaron a sus posiciones persistía el temor a un nuevo ataque zulú, por lo que la mayor parte de los agotados defensores siguió trabajando en reforzar las barricadas, transportando piedras desde el hospital para apuntalar las defensas y quitando la paja del tejado del almacén para impedir que los zulúes lo incendiaran. A las siete de la mañana, el sargento primero Frank Bourne gritó: «¡En pie!». Un numeroso grupo de zulúes había aparecido en las colinas al sudoeste, pero el enemigo no hizo ningún ademán de avanzar. Poco después, los británicos vieron una solitaria figura que caminaba por el sendero que llevaba a la misión; se trataba de un nativo local, por lo que Chard garabateó una apresurada nota dirigida al comandante Spalding en Helpmakaar.

El *impi* zulú apareció otra vez en el momento en que el mensajero abandonaba el puesto. Los británicos volvieron a desplegarse en los parapetos. La munición había quedado reducida a veinte cartuchos por hombre, estaban al límite de sus fuerzas y muchos se sentían al borde de la desesperación. Y ¿qué es lo que pensaba Chard? Su informe posterior detalla sus acciones más que sus sentimientos –desde luego, era el menos introspectivo de los hombres–, pero al menos le quedaba el consuelo de saber que no tenía que tomar ninguna

decisión: él y sus hombres defenderían su posición hasta la muerte, cosa que parecía bastante inminente en aquellos momentos.

Sin embargo, hacia las ocho y media, ambos antagonistas pudieron ver que se aproximaba una columna montada. Los guerreros de Cetshwayo decidieron retirarse a las colinas: estaban extenuados y hambrientos, ya que no habían probado bocado en casi cuatro días; además, Dabulamanzi sabía que tendría que hacer frente a las amargas recriminaciones del rey por desobedecer sus órdenes, por su fracaso en tomar Rorke's Drift y por haber provocado la muerte de varios centenares de sus guerreros. La columna de la infantería montada de Chelsmford, mandada por el teniente coronel Russell, entró en la carbonizada posición, en medio del humo que se enroscaba en densas columnas sobre las ruinas del hospital, pero con la bandera británica ondeando todavía en el tejado del almacén. Los exhaustos hombres de Chard dieron tres vítores. La batalla de Rorke's Drift había terminado.

El agotado oficial de ingenieros deambuló entre las pilas de cadáveres zulúes hasta donde se encontraba su saqueado carromato, que había sido rapiñado, pero se quedó agradablemente sorprendido al encontrar una botella de cerveza intacta. La compartió con Bromhead, mientras ambos contemplaban los restos del combate. El sargento primero Bourne repartió una ración de ron entre los hombres. Hasta el soldado Hook, que siempre había sido abstemio, se puso a la cola para recibir la suya. «Me parece que me lo he ganado después de lo que ha ocurrido», afirmó y no le faltaba razón. En torno a la posición los británicos contaron 350 muertos zulúes. Había muchos más entre la hierba, en las cuevas a las que se habían arrastrado para morir o flotando en las aguas del Buffalo, donde sus camaradas los habían arrojado. Los británicos contaron alrededor de la misión unos veinte mil casquillos, lo que significaba que Chard y sus hombres habían disparado casi doscientas balas por cabeza, un consumo extraordinario para armas monotiro. Calcularon que habían gastado veinticinco balas para matar o herir a cada zulú, lo que era un promedio mucho más alto que el habitual, incluso en cualquiera de las guerras del siglo XX.

Aunque es normal que en una batalla los heridos superen a los muertos en una proporción de tres a uno, en el caso de Rorke's Drift esto no sucedió. No hay constancia de que se hiciesen prisioneros, ni heridos ni de ningún otro

tipo. Aquellos zulúes heridos que no tuvieron las fuerzas para poder alejarse del campo de batalla –unos quinientos, probablemente– fueron despachados por los vencedores con la misma implacable frialdad que los zulúes habían demostrado hacia los heridos británicos. Esto no solo se debía a la humillación que había supuesto para los británicos la derrota de Isandlwana, sino también porque en las guerras coloniales ni se daba ni se esperaba cuartel. Los defensores de Rorke's Drift habían sufrido diecisiete muertos y otros ocho hombres estaban heridos de gravedad. La mayor parte de los fallecidos eran pacientes y defensores del hospital, que habían sido abatidos a lanzazos o perecieron abrasados en el incendio posterior; en cambio, solo cinco de los hombres de Chard murieron mientras ocupaban sus puestos en el parapeto. Aunque los zulúes eran pésimos tiradores, la mayor parte de las bajas de estos últimos se debía a balazos, no a las azagayas.

Las bajas británicas, relativamente escasas, eran típicas de los combates coloniales, en los que casi siempre se aplicaba el principio de «el ganador se lo lleva todo». Si los guerreros tribales, como los zulúes, los derviches en el Sudán o los sioux en Little Big Horn, conseguían llegar al cuerpo a cuerpo con los soldados blancos en un alarde de valentía suicida, o si aquellos no conseguían usar sus armas con efectividad, los resultados eran un desastre para los ejércitos «civilizados». Por el contrario, si los soldados coloniales conseguían mantener su frente intacto y un ritmo constante de fuego, incluso con los relativamente primitivos fusiles de un solo tiro, eran capaces de mantener a raya a los asaltantes, de modo que ni el más ágil guerrero podía llegar al contacto.

Por ejemplo, el mismo día de Isandlwana y Rorke's Drift, otro *impi* zulú se enfrentó a la Columna n.º 1 de Chelmsford en el río Nyezane; en el combate, los británicos perdieron cuatro oficiales y suboficiales Contingente Nativo de Natal, que cayeron bajo las lanzas zulúes al ser abandonados por sus hombres y quedar aislados. Por lo demás, esta acción se decantó por completo del lado de los británicos: un asalto a la bayoneta realizado, curiosamente, por un destacamento naval del HMS Active, junto con una ametralladora Gatling, [7] causó unos cuatrocientos muertos zulúes a cambio de solo doce europeos.

Naturalmente, esto no empaña el logro de los defensores de Rorke's Drift, porque, aunque la tecnología estaba de su parte, no cabe duda de la templanza y la valentía de las que tuvieron que hacer gala para resistir a pie firme los

continuos asaltos de uno de los pueblos guerreros más feroces de su época. Chelmsford visitó en persona la misión poco después de la acción, de vuelta a Natal después de atravesar con su columna el campo de batalla de Isandlwana. Mientras felicitaba a los supervivientes, no podía ocultar su decepción por no encontrar ninguno de Isandlwana entre los defensores, como él había esperado. El desastre era un reflejo de la incompetencia de la que había hecho gala toda la cadena de mando británica en Natal, de la cual Chelmsford era su cabeza visible. El público británico estaba horrorizado, mientras que en la War Office echaban humo. De haber podido, habrían destituido de inmediato al comandante en jefe, pero la prensa acababa de publicar un telegrama de la reina dirigido a Chelmsford, en el que la soberana expresaba su completa confianza en sus capacidades, y eso les obligaba a soportarle por el momento. El único consuelo es que los flagrantes errores que habían causado el desastre podían ocultarse detrás de los héroes, ya que, si se celebraba con suficiente entusiasmo, la pequeña victoria de Rorke's Drift podía hacer bastante por tapar la vergüenza de Isandlwana. Chelmsford, de hecho, se apresuró a mandar a Londres el informe de Chard, admitiendo que estaba «ansioso de enviar ese rayo de esperanza de vuelta a casa tan pronto como fuera posible».

No fue en vano. De hecho, en Inglaterra el primer ministro Benjamin Disraeli, lord Beaconsfield, estableció las que debían ser las pautas del discurso oficial, en una intervención en la Cámara de los Lores: «El heroísmo de aquellos ochenta hombres, quienes durante doce horas detuvieron a cuatro mil enemigos y finalmente los rechazaron –dijo–, prueba que la fortaleza del soldado inglés no ha disminuido». No sabemos si a los soldados galeses que servían en el 24.º Regimiento les ofendió la elección de palabras del primer ministro, pero el resto del país estuvo encantado de aceptarlas sin discusión. Recuerda, en parte, a la actitud de otro primer ministro británico 103 años más tarde, después de la caótica batalla de Goose Green en la Guerra de las Malvinas. Al igual que ocurrió con Rorke's Drift, Goose Green sucedió en un momento en el que Gobierno estaba acosado y necesitado de buenas noticias y de héroes a los que agasajar, por lo que una agradecida Margaret Thatcher colmó de laureles al 2.º Batallón del Regimiento Paracaidista, como había hecho un siglo antes Disraeli con la Compañía B del 24.º Regimiento. Un

modesto triunfo militar se transformó en una narrativa épica por mor de las necesidades políticas del partido en el poder.

Muchos consideraron que la concesión de once cruces Victoria a los defensores de la misión era absurdamente generosa, incluso para los estándares de la época. Desde luego, *sir* Garnet Wolseley así lo creía. «Es monstruoso hacer esos héroes […] que, encerrados en edificios en el Drift, no podían huir y lucharon como ratas por sus vidas, ya que no podían salvarse de otra forma». Y Wolseley no fue el único profesional que pensaba que los hombres de Rorke's Drift habían sido víctimas luchando por salvar su propio pellejo más que héroes merecedores de admiración por su iniciativa o sacrificio voluntario. Jamás antes o después ha sido concedida con tan poco criterio la más alta condecoración de Gran Bretaña. Con tal de tapar el escándalo del desastre de Isandlwana, el Gobierno y el Ejército estaban dispuestos a recompensar generosamente a aquellos que en la tarde y la noche del 22 de enero habían redimido el honor perdido por la mañana. Esto no debería hacernos pensar que Chard, Bromhead y sus camaradas no tuvieran un buen comportamiento, pero eso no cambia que otros soldados británicos, en otros campos de batalla del imperio, no emprendieran acciones igual o más heroicas, pero sin recibir a cambio ninguna recompensa. Chard había resistido estoicamente al frente de sus hombres en una posición defensiva mientras luchaban por sus vidas. No tuvo que hacer ningún alarde de imaginación –de hecho, la imaginación puede ser un hándicap en esas circunstancias–, sino que, simplemente, se limitó a cumplir con su deber en un momento crítico.

Chard y Bromhead fueron las dos cruces Victoria más relevantes de aquellas que Wolseley, apretando los dientes, tuvo que entregar finalmente a los vencedores de Rorke's Drift. Se sentía ofendido por que le obligaran a participar en lo que consideraba una farsa forzada por las necesidades políticas del Gobierno; además, compartía la percepción que *sir* Evelyn Wood, jefe del Estado Mayor del Ejército británico, tenía de ambos oficiales, a los que describía como dos insulsas mediocridades. Wolseley añadió la observación, incluso más hiriente en el contexto de la época, de que rara vez había tenido que tratar con dos oficiales que fueran tan «poco caballerosos». Los que estaban mejor informados no tenían ninguna duda de que el triunfo de Rorke's Drift le debía más a la actuación del comisario Dalton que a nada que hubieran podido

hacer Chard y Bromhead y, aunque Dalton también fue condecorado con la Cruz Victoria, la necesidad política hizo que en la vital guerra propagandística que se libraba en Gran Bretaña, acabara teniendo un papel secundario en comparación con los otros dos oficiales. Al contrario que Chard y Bromhead, no recibió el agradecimiento oficial del Parlamento británico.

La reina encargó a *lady* Butler, la celebrada artista de temática heroica, que conmemorase en un lienzo el combate en la misión de Natal. Ambos tenientes fueron ascendidos a comandantes saltándose el grado de capitán. Chard fue el primer integrante de los Ingenieros Reales en ser distinguido de aquel modo en toda la historia del Ejército británico. Para asombro de todos sus camaradas, recibió todos estos laureles con una pasividad que trascendía la modestia. Después de dar las gracias con la proverbial flema británica, volvió a cumplir con los trabajos de ingeniería que sus superiores tuvieran a bien encargarle, sin dar mayor importancia a lo que había hecho. Las semanas posteriores a la batalla siguió estacionado en Rorke's Drift, lo que demostró ser una mala decisión, ya que los británicos enterraron a los centenares de cadáveres zulúes en una fosa común poco profunda, que pronto empezó a dar signos de descomposición y que, probablemente, fue la causante de las fiebres epidémicas que se propagaron entre la guarnición y de las que Chard se contagió. El ejército no podía permitirse el lujo de dejar morir de forma tan poco gloriosa al héroe del momento, por lo que le enviaron a recuperarse a casa de un médico en Ladysmith. Tras recobrar la salud, se reunió con el contingente de Chelmsford justo a tiempo para mandar una compañía de ingenieros en el cuadro británico en Ulundi, la última batalla de la guerra zulú, el 4 de julio de 1879, donde Chard, finalmente, participó en el triunfo definitivo de la lógica y el poder imperial.

Su superior en Sudáfrica, el capitán Walter Jones, mostró su perplejidad por la falta de interés que Chard mostraba por explotar su fama; debería haber regresado cuanto antes a Inglaterra para aprovechar su celebridad y, de hecho, es posible oír hasta un suspiro de exasperación en la correspondencia de Jones con su familia: «Se lo recomendé, pero él se limita a fumar tranquilamente su pipa y no hacer nada. Pocos hombres consiguen tales oportunidades [...]. Como oficial de compañía es desesperadamente lento y descuidado». En octubre de 1879, Chard, que se había librado de su tupida barba, desembarcó

en Porsmouth del paquebote regular Egypt junto con su conductor Robson, otros hombres de la guarnición de Rorke's Drift y el cirujano comandante Reynolds, también condecorado con la Cruz Victoria. El comandante en jefe del Ejército, el duque de Cambridge, estaba en el muelle para recibirlos. A Bromhead y Chard los agasajaron como «jóvenes oficiales», lo que, sin duda, era exagerado, pero cumplía con los requisitos de la narrativa heroica. Cuando Chard cogió el tren para marchar a casa de su hermana en Somerset, un gentío de cuatro mil personas le saludó en la estación de Taunton, cantando *Hail the Conquering Hero Comes!* [8] El pueblo de su hermana estaba engalanado con banderas y se celebró una gran fiesta en su honor, a la que siguió una serie de recepciones a lo largo de todo el país. Varios zulúes asistieron a la cena de los Ingenieros Reales en Brompton Barracks, Chatham. Como los *fuzzie-wuzzies* [9] que rompieron el cuadro británico en el Atbara en 1898, en Isandlwana los hombres de Cetshwayo habían pasado a ser «de la casa» a los ojos de sus enemigos. Los británicos creían que podían permitirse el lujo de ser magnánimos en la victoria.

La reina Victoria invitó a Chard a Balmoral y quedó impresionada por la parquedad de su conversación, que interpretó como la modestia propia de un soldado. Le regaló un anillo de diamantes. Surgió una leyenda, de la que no existe ni la más mínima evidencia, de que Chard se enamoró perdidamente de una de las damas de la reina, pero, si ese fue el caso, el romance nunca llegó a consumarse, ya que el ingeniero nunca se casó, aunque, como héroe de Rorke's Drift, no le debieron de faltar las oportunidades. El fiel Robson dejó el Ejército. El oficial reanudó tranquilamente su habitual rutina de puestos de guarnición: dos años en Davenport, una temporada en Chipre, otra en Singapur… Por último, en septiembre de 1896, fue ascendido a coronel al mando de los Ingenieros Reales en Perth, Escocia. Por entonces le fue diagnosticado un cáncer de lengua, que terminó por matarlo en noviembre de 1897. No se conoce absolutamente nada interesante que le sucediera en los dieciocho años de servicio posteriores a Rorke's Drift. Mantuvo hasta el final una reputación de amable indolencia, notoria incluso para los estándares del ejército victoriano.

La recompensa que Chard recibió por una única noche de trabajo fue extravagante, a pesar de que sus acciones no se diferenciaron tanto de las de los

demás hombres a su mando. Uno de ellos era el soldado Robert Head del 24.º Regimiento, que al día siguiente de la batalla se sentó y con un trozo de lápiz escribió una carta a su hermano, que vivía en Ciudad del Cabo:

> Imagino que habrás visto en la prensa antes de que recibas esta que nosotros bajo el mando de Leuit (sic) Chard y Bromhead hemos tenido una simpática noche en Rodke's (sic) Drift y te digo que nunca olvidaré este mismo lugar jamás mientras viva e imagino que el viejo Idiota al mando hará un enorme revuelo sobre nuestros dos oficiales que mandan nuestra compañía por haber parado al Morlaco Zulú, pero el soldadito no ganará nada aunque es el único que se merece conseguir el aplauso del público… Por suerte, solo me hace falta una [pipa] y 'baco [tabaco]. Tu afectuoso hermano, Bob Head.

Aquí, sin duda, podemos oír la auténtica e imperecedera voz del soldado chusquero británico y no es probable que las recompensas que le dieron a Chard hicieran otra cosa que reafirmar su opinión. Ahora bien, lo cierto es que muchos otros soldados en las mismas circunstancias críticas que Chard no habrían sido capaces de reaccionar con la misma serenidad, ni habrían podido enfrentarse a la crisis como él lo hizo. Chard cumplió con su deber en Rorke's Drift precisamente de la forma que el ejército de la reina Victoria exigía: con determinación en el campo de batalla y sin vanagloriarse después. Ya en su primer informe a lord Chelmsford, Chard rindió generoso tributo a sus compañeros de armas, aunque no falta quien afirma que el mérito de la redacción les corresponde a los oficiales de la plana mayor de Chelmsford. La gesta de los defensores de la misión sirvió para recuperar el honor del Ejército en Sudáfrica después del desastre de Isandlwana, y esa es la clave de todo este asunto, ya que otros muchos soldados a lo largo de la historia hicieron tanto o más que el teniente de ingenieros, sin ser recompensados tan generosamente como él. La batalla que los hombres del 24.º Regimiento libraron en Rorke's Drift hace siglo y medio sigue despertando el respeto y el afecto de las generaciones posteriores, en buena medida gracias a las dotes interpretativas de Stanley Barker y Michael Caine (sin las barbas que lucían Chard y Bromhead) y al trabajo de un buen montón de extras zulúes.

1 N. del T.: La zona del sudoeste de Inglaterra, equivalente a las antiguas tierras del reino de Wessex, y donde se encuentra el condado de Devon, del que Chard era natural.

2 N. del T.: También conocido como el «Círculo Ashanti» por la campaña que Wolseley, futuro comandante en jefe del Ejército británico (1895-1900), dirigió contra los Ashanti en 1873. Era un grupo de jóvenes oficiales elegidos por Wolseley para que actuasen como su estado mayor efectivo. Dentro del ejército se les oponían los llamados «africanistas» o «Círculo de Roberts», por lord Roberts, y al que pertenecía Kitchener. Fueron el embrión del Estado Mayor británico.

3 N. del E.: Horace Smith-Dorrien fue uno de los cuatro oficiales supervivientes de la matanza de Isandlwana. Tras servir en Sudán y Sudáfrica, en el verano de 1914 mandaba uno de los cuerpos de ejército de la BEF (British Expeditionary Force [Fuerza Expedicionaria Británica]) que se enfrentó a los alemanes en Mons y Le Cateau.

4 N. del T.: *Impi* es una palabra zulú que se usaba para designar un cuerpo armado, normalmente, aunque no siempre, mayor que un regimiento (*ibutho*).

5 N. del T.: P. G. Wodehouse (1881-1975) fue un autor británico de humor, cuyo personaje principal, Jeeves, y su señor, Bertie Wooster, se han convertido en los arquetipos literarios del mayordomo discreto e inteligente y el señor despistado, egoísta y solterón que, en el fondo, es un buenazo.

6 N. del T.: *Qaqa* , en zulú. La práctica consistía en destripar al enemigo caído, con el objetivo de «liberar» su espíritu, que los zulúes pensaban que se encontraba localizado en el estómago. No hacerlo era un importante tabú. También había pasado a ser sinónimo de valentía, en la cultura zulú.

7 N. del T.: Una forma primitiva de ametralladora diseñada en la época de la Guerra de Secesión estadounidense. El modelo usado en Nyezane utilizaba munición del .45 y contaba con diez tubos, que se giraban usando una manivela. Su dotación estaba formada por cuatro hombres de la Artillería Real.

8 N. del T.: Pasaje del tercer movimiento del oratorio *Judas Macabeo* (HWV 63), de Haendel.

9 N. del T.: Nombre dado a los guerreros beja. Literalmente, «cabezas lanudas» en argot, a partir de un poema de Kipling del mismo título.

5
El coronel Fred

Pocos de los cuadros de soldados que se han expuesto en la National Portrait Gallery de Londres desde el siglo XVIII destacan por su valor artístico. El tipo de pinturas que prefieren los comedores regimentales y los contemporáneos rara vez están bendecidas por la creatividad o la perspicacia. Sin embargo, existe una extraordinaria excepción: la versión de 1870 de James Tissot del retrato de un elegante joven de la Guardia Montada, que ha resultado ser irresistible para sucesivas generaciones de admiradores. En este cuadro, el capitán Frederick Burnaby aparece reclinado en un sofá, espléndido en su uniforme de diario, las piernas cruzadas despreocupadamente, los labios ligeramente separados, un cigarrillo sujeto en la mano con elegancia. Es una posición afectada en extremo, que parece reflejar toda la autoconfianza de un oficial de caballería victoriano en el momento culminante del imperio. Podemos ver a un individuo en armonía dentro de su pequeño, privilegiado mundo, la reluciente perfección de sus botas sin manchar por la vulgaridad de la sangre y el polvo de la guerra. Es el arquetipo del guerrero de postín, cuya curiosidad termina a las puertas del salón de baile y en los límites del campo de polo.

Sin embargo, cualquiera de los prejuicios que pudiera despertar el modelo de Tissot estaría basado en una falacia, porque el personaje real, Fred Burnaby, era precisamente notorio por rechazar la mayor parte, si no todas, de las convenciones sociales propias de la mesa de oficiales de un regimiento de caballería de élite. Su carrera fue siempre sorprendentemente original, tal vez hasta exhibicionista, y provocó tanta admiración como disgusto entre sus contemporáneos. Nunca supo ajustarse a las convenciones, sino que fue un aventurero de los pies a la cabeza, siempre hambriento de emociones nuevas. Su vida, relativamente corta, se caracterizó por su afición por lo gamberro, por

su deseo de escandalizar y por una irresistible necesidad de desafíos físicos, para lo cual la guerra parecía ofrecer las mejores oportunidades. No es que no tuviera miedo, sino que se entrenó para no tenerlo. Pasó la mayor parte de su vida en uniforme, pero solo en sus últimos años pudo cumplir su ambición de servir en combate como soldado y, aun así, tuvo que remover cielo y tierra para lograrlo. Veía la batalla de forma egocéntrica, al igual que otros muchos soldados del imperio, entre ellos el propio Winston Churchill. La guerra era para él un teatro en el que podía representar sus fantasías y, posiblemente, exorcizar sus demonios.

Frederick Gustavus Burnaby nació en 1842 y era el hijo mayor de un próspero párroco y hacendado [1] de Bedford. Su padre cazaba tres días por semana, predicaba en la iglesia de San Pedro los domingos y era lo bastante importante como para recibir al duque de Bedford. El reverendo Gustavus gozaba de una cierta reputación por sus estrictas y francas opiniones, que habían provocado que un granjero local le apodara «el mayor incordio de la parroquia». Un crítico anónimo siguió la broma y embadurnó las puertas del párroco con la frase «Casa Incordio». En un principio, el propio Fred estaba destinado a la carrera eclesiástica, pero desde muy temprana edad dejó claro que no estaba interesado en ello y su padre no insistió. El muchacho adquirió pronto la reputación de espíritu inquieto y de alguien a quien sus padres mimaban mucho. A los trece años, durante sus vacaciones de verano, recorrió a remo en solitario el sistema de ríos y canales desde Windsor hasta Shrewsbury, ida y vuelta.

Los dos años que estuvo en Harrow [2] no fueron precisamente exitosos, ya que no solo no consiguió destacar académicamente, también se enfrentó a una amenaza de expulsión cuando el rector su enteró de que había escrito una carta a la revista satírica *Punch* en la que deploraba la esclavitud inherente al sistema de disciplina de las escuelas privadas. [3] Podemos observar aquí una temprana indicación del entusiasmo que Burnaby sintió durante toda su vida por aparecer en la prensa. Después de un periodo con la instrucción de un tutor privado, fue enviado al colegio en Oswestry, en la frontera con Gales, donde adquirió una reputación por su capacidad atlética y fuerza física, al derrotar a los muchachos del pueblo en peleas cada vez que se los encontraba; su entusiasmo por las refriegas también perduraría.

Al terminar el colegio, fue a Dresde a estudiar idiomas para presentarse a los exámenes de ingreso en el Ejército. «Mi querido gobernador», escribió este enorme y cordial joven con adolescente ligereza:

> Me gusta mucho Dresde, el viejo profesor es un tipo genial. La trompeta se me da muy bien, y el alemán me resulta cada día más fácil. Hace un calor tremendo, pero pasamos casi todo el día en el Elba, por lo que es bastante agradable. Aquí tienen unos sitios de baños excelentes, grandes piscinas cubiertas con magníficos surtidores de agua que brotan aquí y allá. Las vistas son deliciosas. Dale todo mi amor a Mamá y a Annie, y mi más cálido afecto a todos los amigos.
>
> Créeme que soy tu siempre muy afectuoso hijo,
>
> *F. Burnaby*

Al volver de Dresde, el joven Burnaby no tuvo problemas para entrar en el Ejército. En la década de 1860, era poco probable que un oficial de la Guardia Montada muriera por exceso de trabajo, ya que más allá de la instrucción a caballo y atender a los requisitos ceremoniales de la reina, había poco que hacer aparte de acudir a la fascinante temporada de bailes y cenas de la alta sociedad, además de gozar de cinco meses de permiso anuales. Era esencial disponer de ingresos propios por al menos 1000 libras y, de hecho, comprar el rango de Fred le costó a su familia 1250. Su principal actividad de ocio, llevada hasta el punto de la obsesión, era la musculación, que practicaba en el Club de Esgrima de Londres. Medía 1,93 metros y pesaba 95 kilos, lo que significaba que cuando usaba el uniforme de gala su caballo se veía obligado a soportar nada menos que 150 kilos. Tenía un porte muy desgarbado, en especial a caballo. Por otra parte, antes de cumplir los veinte, Fred ya era considerado como uno de los hombres más fuertes al servicio de la reina y no se cortaba a la hora de demostrarlo. Era capaz de vencer a boxeadores profesionales, levantar enormes pesos y ganar cada apuesta que estuviera relacionada con una proeza atlética. Provocó una auténtica oleada de entusiasmo durante una cena en el comedor de oficiales cuando dobló un atizador alrededor del cuello del príncipe de Gales. Para gastarle una broma, sus camaradas introdujeron dos pequeños

ponis en su dormitorio, pero, al parecer, Burnaby los bajó a los dos por las escaleras cargándolos bajo el brazo.

Menos divertidas era sus peleas con aquellos a los que consideraba sus inferiores sociales. Por ejemplo, en una ocasión discutió con uno de los barrenderos de Windsor, al que recriminó por mancharle las botas de barro, y cuando el hombre le contestó despectivamente: «¡Vaya y límpiese usted mismo si le da la gana!», le agarró del cogote y lo tiró dentro de su propio carro de estiércol, diciéndole con el mismo tono: «¡Y usted no hace falta que vaya y se limpie si no le apetece!». En 1864, su afición por las riñas le causó serios problemas: un granjero al que había derribado de un puñetazo tras un intercambio de insultos, mientras estaba cazando perdices con otro oficial en Kent, le acusó de asalto y agresión ante los tribunales. Burnaby perdió el caso y tuvo que pagar una indemnización de 150 libras al demandante. No mejoró la situación el hecho de que, después de la vista, escribiese una larga y poco convincente carta a *The Times* justificando su conducta.

Si este tipo de comportamiento le hizo adquirir una cierta notoriedad, su siguiente aventura la incrementó. Una tarde mientras paseaba junto con otros oficiales a orillas del Támesis, en Cremorne Gardens, Battersea, vio a *Monsieur* Eugène Godard preparando su enorme globo aerostático, el Eagle, con el que pensaba ascender al día siguiente. El teniente y otro oficial entablaron conversación con el aeronauta francés. «Una excelente diversión, creo yo», dijo Burnaby. «Entretenido, sin duda», exclamó el capitán Williams-Bulkeley a continuación. «Entretenido con la probabilidad de terminar abrasado o aplastado contra el suelo. Igual no pensarías que es tan entretenido si tú también ascendieras con él –respondió Burnaby impulsivamente–: estaré encantando de ascender si M. Godard lo permite». Y por una suma de cinco libras, en una época en la que pocas personas se ofrecían voluntarias para subir a un globo, Godard aceptó hacerlo.

La tarde siguiente, bajo la atenta mirada de un jovial grupo de oficiales de la Guardia Montada, Burnaby esperaba dentro de la cesta del aerostato a que Godard encendiera la enorme estufa que alimentaba de aire caliente la flácida bolsa de seda a través de una chimenea de cuatro metros de alto. Media hora más tarde, el globo, adornado con las águilas doradas del napoleónico mentor de Godard, estaba listo. Pero el aeronauta anunció apesadumbrado que,

después de todo, el soldado no podría acompañarlos en el vuelo. El calor del día reducía la capacidad de ascenso del Eagle. Cuando Burnaby informó con pena a sus camaradas de la noticia, empezaron a burlarse de él llamándole «gallina», así que, justo en el momento en que Godard, que viajaba solo con un corresponsal del *Daily Telegraph* , ordenó soltar amarras, el irritado jinete saltó dentro de la cesta. El globo chocó de vuelta con el suelo. El sorprendido Godard, que no podía ver al polizón detrás de la estufa, echó más combustible a las llamas. El aerostato ascendió a trompicones mientras las bandas de música tocaban y la muchedumbre gritaba entusiasmada. Una ráfaga de viento hizo chocar la bolsa de aire del globo contra uno de los mástiles de anclaje, que se desprendió, lo que provocó el pánico entre los espectadores. Por fin el globo se deslizó lentamente, siguiendo el curso del Támesis, empujado por una ligera brisa. «La inmensa ciudad era visible en toda su extensión –escribió el corresponsal del *Telegraph* más adelante–; […] el fabuloso fragor de Londres ascendía a través del aire vespertino, como el apasionado clamor, impaciente, quejumbroso, irresistible, de un océano. Y detrás del observador, al lado de su cabeza, se oía el ardiente rugido de la caldera».

Navegaron hasta East Greenwich, a una altura de unos novecientos metros, antes de que Godard decidiera descender. Al tomar tierra, la cesta rebotó de forma violenta y peligrosa antes de que algunos espectadores consiguieran agarrar los cabos de la nave y frenarla. Burnaby regresó eufórico a la cantina de oficiales habiendo adquirido un gusto por la aerostación que le duró toda su vida y que contagió a sus compañeros de armas. Un oficial de los Blues and Royals [4] compró su propio globo e hizo varios vuelos con su enorme camarada. Una tarde, el reverendo Burnaby estaba charlando con el organista de la iglesia en su jardín en Bedfordshire cuando un globo voló por encima de sus cabezas. «¡No me sorprendería que mi chico estuviera en ese artefacto!», observó el viejo párroco alegremente y diciéndoles a los sirvientes que guardaran algo de cena, por si acaso, y en efecto, a medianoche irrumpía de repente su eufórico hijo: «¡Hola, señor, aquí estamos! ¡Partimos del cuartel de la caballería esta mañana y hemos aterrizado en Risley!».

Si bien el entusiasmo de Burnaby por la aerostación puede considerarse una elegante extravagancia, su gusto por el trato con periodistas y, sobre todo, por la publicidad personal, parecía francamente vulgar a ojos de los decorosos

árbitros de la alta sociedad londinense. Trabó amistad con un tal Tommy Bowles, un antiguo administrativo del departamento de Hacienda que ambicionaba crear una nueva y sofisticada revista que fuera ingeniosa, iconoclasta e imperialista. Burnaby y el diminuto Bowles pasaron muchas horas paseando por Saint James para su proyecto. Fue el oficial de caballería el que propuso el título de la revista: *Vanity Fair* . Burnaby invirtió 100 libras de su modesto capital en el negocio, que se publicó por primera vez en noviembre de 1868 y se convirtió en un éxito instantáneo. El artista francés James Tissot y el célebre caricaturista «Spy» [5] se contaban entre los primeros artistas que colaboraron con ella. El propio Burnaby consiguió el encargo para escribir una serie de artículos desde Andalucía, una región que deseaba visitar.

Después de viajar por España quería visitar París, que se encontraba cercada por los prusianos, pero sus superiores en el Ejército, preocupados por mantener la neutralidad británica, vetaron la propuesta. En vez de ello se vio obligado a viajar a Rusia y disfrutó del país, pero se quejó amargamente del clima y de su hígado, que le provocó fuertes dolores toda su vida. «Sin embargo, me acerco a los veintisiete –escribió con tristeza–, así que supongo que es hora de esperar algún que otro achaque, especialmente después de doce años armando jarana en Londres». Regresó desde Odesa al enterarse de que su padre estaba moribundo. Al llegar al hogar, encontró al anciano resignado a su suerte y charlando débilmente con su buen amigo el médico de la familia: «¡Me gustaría llevarte conmigo, Bullock!», exclamó emotivo el señor Burnaby. Su ocurrente hijo comentó: «Realmente no creo que a Bullock le apetezca ir, padre. Además, ¿de qué serviría allí un médico?». Cuando por fin el buen párroco expiró en julio de 1872, Fred heredó la casa familiar.

En 1873, estaba de vuelta en España, que en aquellos momentos se encontraba enzarzada en un nuevo enfrentamiento carlista. Burnaby tuvo un encuentro con guerrilleros carlistas, a los que consiguió convencer para que le dejaran continuar su camino. Volvió al año siguiente como corresponsal de *The Times* , en calidad de lo que hoy llamaríamos un reportero «independiente», al que el famoso editor del periódico londinense, John Delane, pagaba por palabra. El comandante en jefe del Ejército británico, el viejo y gruñón duque de Cambridge, le había ordenado que rompiese con *Vanity Fair* , que era vista como una conexión demasiado frívola para un oficial en activo, mientras que

The Times sí que era considerado aceptable. Burnaby afirmaba en sus despachos que la guerra estaba dirigida por aficionados, de forma totalmente incompetente y que no habría un vencedor claro hasta que uno u otro bando hicieran un esfuerzo por profesionalizarse. Su imparcialidad, sin embargo, quedó en entredicho cuando un periódico español publicó la historia de que se había ofrecido a reclutar y mandar una legión extranjera para la causa carlista. El propio pretendiente don Carlos, ya en el exilio, afirmó que en Burnaby había encontrado a «un buen soldado y un perfecto caballero».

El año siguiente, 1874, Burnaby convenció a Delane de que le encargase una serie de artículos dedicados a las operaciones en el Sudán, donde el general Charles Gordon había aceptado recientemente el cargo de gobernador por el jedive de Egipto. El periodista aficionado embarcó en un vapor de la línea P&O [6] con destino a Suez y, desde allí, atravesó el mar Rojo hasta Suakin a bordo de un maloliente barco de peregrinos que incluía un grupo de oficiales de infantería de la Guardia que iban a cazar leones en Abisinia –los lores Ranfurly, Mayo y Coke Russell, junto con *sir* William Gordon Cumming–. Burnaby se entretuvo durante la travesía intentando conversar con los pasajeros árabes con la ayuda de un libro de frases. El puerto de Suakin era poco más que un poblado de chabolas. Partió desde allí en una caravana de veinte camellos acompañado por un sirviente nubio para cruzar el desierto hacia Jartum, vía Berber. El 4 de enero de 1875 redactó su primer despacho para *The Times* , con el encabezado: «Bajo el Viejo Árbol de Aryah, África tropical». Estaba disfrutando la experiencia: el paisaje, los encuentros con caravanas de esclavos e incluso con el calor. Al llegar a Jartum informó a los lectores de *The Times* de que la ciudad se había arruinado al cerrar Gordon los mercados de esclavos que hacían de ella el centro económico de la región. El gobernador y Burnaby no se cayeron bien. Gordon no simpatizaba con los periodistas y le impuso reglas estrictas acerca de lo que podía y lo que no podía escribir en sus despachos: descripciones de paisajes y costumbres de la región, pero nada de análisis político ni semblanzas personales. Los artículos que siguieron a aquel primero eran ricos en color local, pero superficiales.

Estaba todavía en Jartum cuando un artículo en un periódico atrasado captó su atención. El diario informaba de que el gobierno ruso había prohibido las visitas de extranjeros a la Rusia asiática, donde el zar estaba extendiendo sus

tentáculos de una forma que preocupaba a los conservadores británicos. Burnaby escribió más adelante: «Por desgracia para mi bienestar tengo lo que, en mi más temprana niñez, mi cuidadora describía como el "espíritu de la contradicción", así que de repente se me ocurrió: ¿por qué no ir a Asia Central?». En noviembre de 1875 estaba de regreso en Londres preparando el viaje a Jiva, [7] que de llevar a término haría de él una celebridad. Llegó a San Petersburgo a principios de diciembre, donde algunos conocidos británicos intentaron persuadirlo para que abandonara el proyecto, ya que los rusos nunca le permitirían viajar hasta allí. El propio ministro de la Guerra ruso le advirtió de que no podía viajar fuera de los territorios europeos de Rusia. Burnaby los ignoró a todos, cogió un tren a Sizeran y, desde allí, en una troika, [8] con temperaturas de hasta trece grados bajo cero, viajó hasta Samara, en la orilla del Volga. No le caían bien los rusos e incluso menos el gobierno del zar, al cual, como muchos ingleses de su época, identificaba como una amenaza directa para la India británica. Varios oficiales en la ruta le recordaron la prohibición de viajar a Asia Central, a lo que había que sumar los problemas generados por el duro invierno ruso. Después de despedir a un borrachín sinvergüenza al que había contratado como sirviente, Burnaby partió en trineo acompañado por Nazar, un repulsivo pero valiente enano tártaro. El capitán fue lo bastante imprudente como para quedarse dormido durante una de las etapas, con sus manos al descubierto, de modo que al despertarse se encontró con que tenía los dedos casi congelados. En la siguiente parada, les mostró las extremidades dañadas a unos cosacos, quienes moviendo la cabeza le advirtieron de que si no conseguía recuperar pronto la circulación, perdería los dedos. Siguiendo su consejo, introdujo sus brazos en agua helada y luego los frotó con nafta. Tras horas de parálisis casi total, consiguió recuperar el uso de sus manos.

Al llegar a Kasala fue lo bastante afortunado como para conseguir no solo alojamiento por parte del comandante local, sino también un guía hasta el fuerte ruso al otro lado del Oxus. [9] Burnaby preguntó qué pasaría si viajaba hasta Jiva solo. «¡Eso sería muy mala idea! –exclamó su anfitrión–. Mire, el kan lo más probable es que ordene a su verdugo que le extirpe los ojos, o le entierre en un agujero en el suelo durante cinco o seis días antes de recibirle en audiencia».

Sin inmutarse, Burnaby partió el 12 de enero de 1876 para cubrir los 650 kilómetros que le separaban del Oxus con tres caballos, tres camellos, un camellero turcomano y suministros, básicamente sopa congelada de col, carne cocida y pan. Nazar, el sirviente, montaba reclinado en un camello, por lo general dormido, por lo que debía ir asegurado a la silla con una cuerda. Tras varios días de travesía, el grupo encontró una caravana de mercaderes que se dirigían a Jiva. Burnaby decidió acompañarlos y convenció a su guía para que dejara a un lado su miedo a las represalias rusas. En Kalenderhan, cerca del Oxus, el mulá local le dijo que el inglés debía enviar una advertencia de su llegada al kan de Jiva, redactada en «palabras tan suaves y dulces como los balidos de las ovejas en la distancia». El mulá le preguntó por su *tchin* (rango). ¿Era un coronel? No, contestó Burnaby, sino un simple *kapitan* , aunque no creía que eso tuviera la más mínima importancia. El mulá no estaba de acuerdo: el *tchin* era fundamental. Por tanto, escribió una carta de presentación dirigida al kan de Jiva que firmó como «coronel Burnaby». Justo detrás del mensajero con la misiva iban el inglés y su pequeño séquito. Cruzaron el cauce congelado del Oxus, que marcaba la frontera de los territorios del zar, a 100 kilómetros de Jiva. Poco después, fue recibido con toda ceremonia por dos nobles locales, que vinieron para escoltarlo hasta el kan. En la gran ciudad-jardín, detrás de sus muros de quince metros, fue alojado en una buena casa y abrumado con toda clase de hospitalidad. Aquí, por fin, estaba el Asia exótica que había venido a ver.

Descubrió que el kan era un joven agradable, nada amenazador, que le hizo múltiples preguntas acerca de Inglaterra y Rusia a las cuales Burnaby aseguró haber respondido con discreción. El inglés explicó que él era un simple viajero, no un embajador. A la conclusión de la audiencia, le regaló al potentado un traje de gala y luego volvió a la casa de huéspedes del kan, para encontrarse a dos rusos con una carta que exigía su regreso inmediato a Petro-Alexandrovsk, [10] donde debía aceptar la entrega de un telegrama. Sorprendentemente, accedió sin protestar y no hizo ningún intento de continuar su viaje más allá de Jiva. Era un hombre que se entusiasmaba con facilidad y con igual facilidad se aburría, y parecía que para entonces ya se había cansado de viajar por Asia. Acompañó dócilmente a su escolta rusa de regreso al fuerte, donde le

entregaron un cable que el duque de Cambridge había mandado por las presiones de San Petersburgo y en el que se exigía su retorno inmediato.

Burnaby regresó a Inglaterra en marzo de 1876 y fue recibido de manera triunfal. El duque le entrevistó y escribió en los términos más aduladores al secretario de Guerra: «No recuerdo haber tenido una conversación más interesante con nadie. Es un tipo extraordinario, con un aspecto peculiar, pero de gran perseverancia y determinación. Lo ha pasado bastante mal y lo único sorprendente es cómo ha conseguido superarlo». La reina le pidió que cenara con ella en Windsor, lo que le convirtió en la estrella de la alta sociedad londinense. Cuando su narración del viaje, *A Ride to Khiva* [Cabalgada a Jiva] se publicó poco después, se convirtió en un éxito de ventas inmediato. Era una celebridad. La caricatura de «Spy» para *Vanity Fair* muestra a un gigantesco y bigotudo individuo a punto de hacer estallar las costuras de su traje de etiqueta.

Era raro el día que el nombre de Burnaby no apareciese mencionado en los periódicos. No había estado en servicio activo con su regimiento, no era particularmente inteligente y era un inconformista en cuanto a las normas militares, por lo que era poco probable que ascendiese hasta puestos de mando dentro del Ejército o que, de hecho, estuviera preparado para ejercer un alto mando. Así que Burnaby había decidido alcanzar la gloria y la fama posando como un enorme, inquieto y audaz caballero inglés que amaba viajar y que financiaba sus aventuras escribiendo acerca de sus experiencias (y es que no era un hombre rico, a pesar de su herencia). Tampoco se tiene noticia de que le prestara demasiada atención a las mujeres, al menos hasta su matrimonio, e incluso después de este, no es que se sepa mucho acerca de su trato con el sexo femenino. Es probable que creyera que no tenían hueco en una vida como la que había elegido llevar. Las trataba con exquisita cortesía, pero nunca, al menos hasta donde se sabe, con gran entusiasmo romántico y eso que pertenecía al notorio círculo de adúlteros que solía acompañar al príncipe de Gales en sus correrías por los prostíbulos londinenses.

Desde la perspectiva del siglo XXI, parece extraordinario que se permitiera mantener una intensa segunda carrera como periodista- aventurero a un oficial en activo del Ejército. En noviembre de 1876, financiado por el anticipo de 2500 libras de un editor para un nuevo libro, que fue publicado como *On*

Horseback Through Asia Minor [A caballo a través de Anatolia], Burnaby viajó a Turquía para informar acerca de la guerra ruso-turca que había estallado allí, después de las infames «atrocidades búlgaras», durante las cuales las tropas del sultán otomano habrían asesinado a no menos de 12 000 búlgaros, lo que provocó la ira del zar y del *premier* Gladstone. Las simpatías de Burnaby, sin embargo, estaban con los turcos, sobre todo porque los rusos apoyaban a los búlgaros. Burnaby viajaba equipado con los pertrechos típicos de un inglés que esperaba visitar lugares «salvajes»: fusil de caza mayor, escopeta, quinina, cataplasmas de mostaza, píldoras de hígado Cockle [11] y un fiel sirviente que se llamaba Radford. A este las costumbres turcas le resultaban chocantes: «Señor, [mire] cómo se besan los unos a los otros [...] como si se tratase de un montón de niñas grandullonas», dijo al observar la forma que tenían los hombres turcos de saludarse. Burnaby, en cambio, era tan hostil a los rusos que nada de lo que hicieran le escandalizaba. Se negó, por ejemplo, a aceptar las denuncias de Gladstone acerca de las atrocidades turcas contra los eslavos, que precisamente habían sido la excusa de Rusia para intervenir en Bulgaria. Insistía, de una forma no demasiado convincente, en que las víctimas eslavas eran, como poco, tan culpables como sus verdugos musulmanes. En Batum, Burnaby llegó al final de su viaje. Dado que las operaciones militares, que habían parecido inminentes un poco antes, habían quedado paralizadas, Burnaby decidió coger un vapor de vuelta a Constantinopla y, desde allí, regresar a Londres, donde publicó su libro, que vendió una primera tirada de 3500 ejemplares. «Es una lata ser idolatrado», escribió sin demasiado convencimiento a su hermana Annie en noviembre de 1877. La admiración por su talento literario, sin embargo, no era universal y varios críticos se quejaron de la incansable propaganda antirrusa del libro, de su prosa descuidada, de su vulgar sentido del humor, desvergonzado chovinismo y preferencia por los prejuicios sobre los hechos.

Apenas unas semanas después, Burnaby estaba de vuelta en Turquía. La guerra había empezado por fin. El capitán se unió al séquito de Valentine Baker, un mercenario inglés al servicio de Turquía. Baker era un amigo de Burnaby, un antiguo coronel del 10.º de Húsares que había sido expulsado con deshonor después de un extraño incidente y notorio juicio en el que fue condenado por asaltar a una joven en el compartimento del ferrocarril entre

Liphook y Woking. Mucha gente, incluyendo a Burnaby, consideraba que la sentencia de Baker a un año de prisión y una multa de 500 libras era injusta. Lo mismo, claramente, pensaban los turcos, que se apresuraron a contratar los servicios del excoronel. Burnaby se encontró con Baker Pasha en la estación de ferrocarril de Adrianópolis, desde donde le acompañó, vía Sofía, hasta el frente búlgaro. La presencia en el campo contrario de su feroz crítico llegó a los oídos de los rusos; uno de los oficiales, que había visto por última vez a Burnaby en San Petersburgo realizando una exhibición de fuerza en una cantina de oficiales, le comentó a un periodista: «Está totalmente chiflado, por supuesto, y siempre lo ha estado; y nos odia».

En Bulgaria, por fin pudo experimentar la tan anhelada tensión del combate. En la mañana del 31 de diciembre en Tashkessen, [12] los turcos de Baker resistieron desafiantes, mientras invocaban la misericordia de Alá, a las masas rusas que se lanzaron al asalto contra sus líneas. Tal como escribió Burnaby:

> Era una sensación increíble, un sentimiento que vale diez años de la vida de un hombre; un estremecimiento me atravesó el corazón en aquel momento –una curiosa clase de emoción–, la clase de sensación que experimentas cuando lees acerca de algo noble o heroico, o contemplas un acto de valor en el momento de su ejecución. Era impresionante escuchar a estos dos mil cuatrocientos musulmanes, muchos de ellos milicianos sin entrenamiento, desafiando a gritos a treinta batallones escogidos, las mejores tropas del zar.

Los turcos, sin embargo, eran atacados por fuerzas abrumadoras y se vieron obligados a retirarse a través de la cordillera de Ródope, en medio de unas tremendas nevadas que convirtieron la retirada en una de las experiencias más desoladoras de la vida de Burnaby. Los supervivientes alcanzaron la costa después de sufrir un mes de terribles privaciones; allí fueron evacuados por mar hasta Galípoli, donde desembarcaron. Cuando llegó a Constantinopla, los turcos habían aceptado la derrota y firmado un armisticio. El corresponsal *amateur* estaba indignado por la pasividad de Gran Bretaña y porque no hubiera intervenido a favor de los otomanos: «¡Vaya pandilla de tenderos que

somos!», escribió a su hermano. Al volver a Inglaterra empezó a intervenir en multitudinarios y turbulentos mítines cuyo propósito era alertar a la opinión pública británica acerca de la amenaza rusa.

Esta primera experiencia con la política despertó su apetito por la vida pública y, de hecho, por hacer carrera en ese campo. Muy en línea con su personalidad, eligió el gran baluarte radical de Birmingham para presentarse como candidato conservador al Parlamento, o, dicho de otro modo: Burnaby había escogido el que, probablemente, era el escaño más difícil de ganar de toda Inglaterra. En julio de 1878, fue elegido por los conservadores para enfrentarse a titanes del partido liberal como Joseph Chamberlain o John Bright. El oficial de la Guardia Montada mantuvo una verdadera relación tóxica con la política el resto de su vida y consiguió que su carrera pasara de la picaresca al ridículo. Su retórica histriónica le granjeó las simpatías de individuos como lord Randolph Churchill, pero provocaba el rechazo de los sectores más moderados. En los mítines en Birmingham, el público se burlaba de su forma de andar, típica de un jinete. Tampoco sabía lidiar con los provocadores y reaccionaba de forma exagerada; en una ocasión, por ejemplo, bajó de la tarima y agarró a dos alborotadores por el cogote, lanzando a cada uno de ellos a sillas separadas: «¡Usted se sienta *ahí* , tipejillo! –le espetó a uno–. ¡Y usted, hombrecillo, *aquí* !»; de hecho no era raro que se liase a puñetazos con aquellos miembros del público lo bastante temerarios como para buscar pelea. Burnaby consiguió duplicar el número de votos conseguidos por los conservadores en las elecciones de 1868, pero, aun así, perdió de manera abrumadora contra los liberales. La campaña electoral había incrementado su fama, pero al mismo tiempo se había convertido en un personaje ridículo a ojos de todo el mundo, menos a los de los conservadores más cerriles.

La única extravagancia a la que hasta el momento no había sucumbido era el matrimonio. El 25 de junio de 1879 contrajo esponsales con Elizabeth Hawkins-Whitshed, hija única de dieciocho años de un *baronet* de Wicklow, que, aparentemente, fue seducida por la imagen pública y los logros literarios de Burnaby, antes siquiera de conocer en persona al novio, que por entonces tenía treinta y seis años. La ceremonia contó con una guardia de honor de sus camaradas del regimiento y una de las damas de honor fue Ottoline Cavendish-Bentinck, más adelante Morrell. [13] Los arrendatarios de la señorita

Hawkins-Whitshed le regalaron una gigantesca vajilla de plata, el príncipe de Gales una pipa de agua de Benarés y don Carlos de España un revólver con cachas de madreperla. El matrimonio pronto hizo aguas por todas partes. Tuvieron un hijo, Harry Saint Vincent Augustus, pero ella desarrolló problemas pulmonares crónicos, de modo que fue a instalarse a Suiza, donde pasó la mayor parte de su vida, y se convirtió en autora de varios empalagosos pero rentables libros de viajes de los Alpes. Burnaby, por su parte, regresó a sus habitaciones de soltero en Charles Street, Mayfair, mientras que el niño quedaba al cuidado de su abuela. La pareja nunca llegó a separarse oficialmente, pero todos coincidían en que, de todos los hombres, Fred Burnaby era el peor preparado para el lecho nupcial. El escritor Frank Harris dijo que el gigantesco soldado le había confesado que no era un gran amante, al parecer a causa de sus excesos juveniles como culturista, pero no hay que olvidar que Harris no era lo que se puede llamar un testigo fiable.

En 1882, Burnaby alcanzó por antigüedad el rango de teniente coronel, lo que hacía que tuviera el mando ejecutivo de los Blues and Royals. Pero sus nuevas responsabilidades –y su insatisfecha pasión por participar en una batalla– no interfirieron con su manía por la aerostación y, de hecho, fue por estas fechas cuando se obsesionó con la idea de cruzar el canal de la Mancha en globo. La gesta ya se había realizado antes, pero los intentos que la siguieron habían acabado en fracaso. Burnaby escribió a Wright, un aeronauta profesional, para preguntarle si podría alquilar una nave apropiada para el intento, a lo que Wright le respondió: «Tengo un globo que es exactamente lo que está buscando […]. El pobre Powell ascendió una vez en él». Tal vez no era la mejor publicidad, ya que Walter Powell, miembro del Parlamento por Malmesbury, se había ahogado hacía poco intentando cruzar el canal. Sin amilanarse, a primera hora de la mañana del 23 de marzo, se encontraba entre dos gasómetros en Dover, mientras se inflaba el globo de Wright. A las diez de la mañana, la gigantesca bolsa de gas estaba hinchada y había alcanzado los veinte metros de altura. Estaba decidido a no compartir la gloria con nadie, por lo que rechazó los ruegos de Wright para acompañarlo, aunque solo fuera porque quería proteger su valioso aerostato. En un recibo de la Dover Gas Light Company el coronel garabateó: «Confirmo que soy responsable ante Mr. Wright de todo daño o pérdida en la que pudiera incurrir por cualquier

accidente que pudiera suceder a este globo en el que hoy asciendo. Fred Burnaby, Guardia Montada».

Seguidamente, ataviado con un jersey a rayas y una gorra redonda, se subió a la cesta y despegó. Después de soltar lastre rápidamente y sobrevolar casi rozando la chimenea de una fábrica, navegó en dirección sur, ciertamente preocupado porque el calor del sol de la mañana estaba haciendo que el gas saliera por la válvula de escape con alarmante rapidez. A 1500 metros, después de una hora de viaje, avistó la costa francesa. Su globo empezó a descender de repente a toda velocidad. Soltó lastre y consiguió frenar el descenso a 450 metros, pero el viento había cambiado de dirección y, de repente, se encontró desviándose en dirección oeste, hacia el Atlántico. Las tripulaciones de dos pesqueros le hicieron señales desesperadamente para que aceptase ser rescatado, pero Burnaby se limitó a comerse un sándwich de carne y esperar a que el viento cambiase de nuevo, antes de, sin mucha preocupación, tirarles un ejemplar de *The Times* a los franceses. Después, con lunática irresponsabilidad, encendió un cigarro justo debajo de la bolsa de gas. No cabe duda de que no estaba nada preocupado. Confiando en su vieja teoría de que los vientos variaban de dirección a diferentes altitudes, soltó más lastre. A 3000 metros su confianza fue recompensada por un viento de dirección nordeste que lo empujó de nuevo hacia Francia. Al final, y mientras sobrevolaba la campiña cerca de Dieppe, el globo empezó a bajar con brusquedad. Burnaby se topó con nuevos peligros: su arpeo no conseguía engancharse y el aparato rebotó contra el suelo en una alarmante serie de subidas y bajadas de unos 15 metros. Su avance quedó detenido finalmente por un grupo de campesinos locales, que lograron atrapar el ancla del aparato y permitir que el aeronauta pisara triunfal en suelo normando. «Viaje difícil pero muy divertido –telegrafió a Wright–. Su globo sin daños». Fue la última ascensión de Burnaby. Aunque escribió un libro con sus experiencias en vuelo –que, curiosamente, no se vendió demasiado bien– el duque de Cambridge decretó, como era de esperar, que la aeronáutica era un pasatiempo inapropiado para el coronel de los Blues and Royals.

El mayor motivo de amargura para Burnaby era que parecía estar condenado a no poder mandar nunca tropas en combate. En julio de 1882, cuatro meses después de su hazaña cruzando el canal, la Caballería de la

Guardia fue destinada a la fuerza expedicionaria dirigida por *sir* Garnet Wolseley contra el jedive de Egipto, Arabi Pasha. El mando de la unidad mixta que se envió a Egipto recayó por antigüedad en el coronel de los Life Guards, en vez de en Burnaby. El desconsolado aeronauta aficionado solo pudo elegir a los oficiales y tropa de su regimiento que participarían en la expedición y aun para eso tuvo que soportar que el príncipe de Gales, que era el coronel titular del regimiento, interfiriese descaradamente en los nombramientos y provocara un irritado intercambio epistolar entre ambos acerca de qué nombres habían sido incluidos y cuáles omitidos. No faltó quien pensó que la irritación del príncipe con Burnaby era consecuencia de un impulsivo momento de *lèse-majesté* , [14] cuando el coronel había bromeado con el heredero al decirle que, puesto que su propia familia descendía de Eduardo Plantagenet, su derecho a la corona era mayor que el de un simple Sajonia-Coburgo, lo que provocó que el príncipe abandonase la fiesta con cajas destempladas.

Burnaby no fue ni el primero ni el último de los súbditos británicos en descubrir que el apetito regio por las bromas se detenía en el momento en el que su majestad era el objeto de estas. Y ahí no acababan sus problemas: tuvo que amenazar con una demanda por difamación al general de división Owen Williams, uno de los sicofantas del príncipe, que había acusado públicamente a Burnaby de ser el responsable de un reportaje en el que se aseguraba que había sido rechazado para el puesto de *brigadier* de la Guardia Montada por inquinas personales. Lo más probable es que fuera cierto que había sido él quien filtró la información a sus amigos periodistas pero, al no poder demostrarse nada, al final se pactó un acuerdo extrajudicial antes de que el caso llegase a los tribunales. La polémica no ayudó a reforzar la reputación de Burnaby en los círculos de la corte. Era un provocador que no sabía cuándo parar. Los Guardias regresaron de Egipto cargados de laureles y lo único que pudo hacer su desolado coronel fue brindar por sus triunfos.

En diciembre de 1883, Burnaby creyó que se le presentaba una nueva oportunidad para saciar su hambre de gloria, o al menos para poder entrar en combate. El jedive de Egipto había enviado una fuerza al Sudán al mando de su viejo amigo, Valentine Baker, con la misión de reprimir la sublevación de un irritante profeta. Los derviches, como se llamaba a los seguidores de este personaje, que se hacía llamar el Mahdi, acababan de aplastar al ejército

dirigido por otro mercenario británico, Hicks Pasha, que había muerto junto con todos sus oficiales en el desastre. La misión de Baker era vengar esta humillación. «Todos estamos ansiosos de que vengas», escribió Fanny Baker a Burnaby desde el Hotel Sepheard en El Cairo. Ella y su marido querían que el famoso coronel movilizara a la prensa británica y, con ello, conseguir refuerzos para la expedición de Baker contra los derviches. Aquélla estaba formada por tropas egipcias con un núcleo de oficiales europeos; una enojadísima Mrs. Baker escribió acerca de los soldados del jedive: «Ahora va a ir a Suakin con un grupo de esta gente sin entrenamiento de los cuales solo sabemos *una* cosa: la cobardía es su naturaleza».

Burnaby se reunió con Baker y su patético, reducido e inadecuado ejército egipcio justo a tiempo para ser testigo de su enfrentamiento contra el general del Mahdi, Osman Digna, en El Teb, en febrero de 1884. El coronel vestía ropa civil, una sombrilla y un revólver, como correspondía a un no combatiente. Observó con disgusto cómo las levas egipcias empezaban a disparar contra la maleza, donde no se veía ni un solo enemigo. Burnaby no podía limitarse a permanecer pasivo, por lo que se ofreció voluntario para actuar como edecán de Baker. El coronel salió al galope para detener a un regimiento de caballería egipcio que había iniciado una precipitada huida frente a un pequeño destacamento de jinetes árabes. Al pasar por delante de sus propios cuadros, varios jinetes egipcios cayeron por los disparos de la infantería. Finalmente, los derviches lanzaron una carga contra los cuadros egipcios, que se desmoralizaron y desbandaron y fueron aniquilados con impunidad por los guerreros sudaneses. Baker y sus oficiales consiguieron escapar de la melé a duras penas. En total, los egipcios perdieron 2250 hombres y 112 oficiales de un total de 4000 efectivos y si hubo supervivientes que pudieron contar la historia fue porque los derviches detuvieron la persecución para saquear el bagaje que los egipcios habían dejado atrás.

El desdichado Baker fue destituido. El desastre provocó una tormenta de críticas contra el Gobierno británico por parte de la prensa conservadora inglesa, alimentada por despachos como los que Burnaby enviaba. Al final se decidió organizar una fuerza expedicionaria británica para Suakin, mientras que se ordenó a Gordon que fuera a Jartum para evacuar a la guarnición egipcia. «Fue con un sentimiento de satisfacción que supimos que las tropas

egipcias no tomarían parte en la expedición [a Suakin] –escribió–. Son totalmente indignos de servir con oficiales ingleses». A él le asignaron formalmente al servicio de inteligencia de la expedición, cuyo objetivo, como autorizó el primer ministro Gladstone a regañadientes, no era reconquistar el territorio perdido sino simplemente «dispersar al enemigo». El 29 de marzo, *sir* Gerald Graham dirigió sus columnas por el desierto en dirección a El Teb, donde aún podían verse bandadas de aves carroñeras dando vueltas sobre el campo de batalla en el que había sido derrotado el pobre Baker. Burnaby, al fin en uniforme, acompañaba a la infantería montada en la vanguardia. Las tropas británicas avanzaron contra las trincheras derviches, acompañadas por el sonido de las gaitas del Black Watch [Reales Escoceses]. [15] Los árabes empezaron a disparar con gran eficacia contra las tropas británicas con los cañones Krupp capturados a Baker. En este bombardeo, su caballo fue herido de muerte y el coronel sufrió una herida leve en el brazo izquierdo. Mientras la infantería británica cargaba a la bayoneta calada contra las posiciones enemigas, los derviches se lanzaron al asalto. Burnaby por fin podía representar el rol del guerrero que siempre había ansiado. Iba armado con una escopeta de dos cañones con munición lobera, en contra de las ordenanzas; se colocó, en mangas de camisa, en el exterior del cuadro británico y empezó a derribar derviches como si fueran ciervos en una cacería y afirmó más tarde que había disparado veintitrés veces y matado a trece derviches. Estaba entusiasmado por la forma con la que los derviches se lanzaban al ataque contra las líneas británicas: «Era una espléndida exhibición de valentía como el mundo nunca ha visto». Los veteranos de la guerra zulú afirmaron que los seguidores del Mahdi sobrepasaron la actuación de los guerreros de Cetshwayo. Sin embargo, el resultado final era inevitable y los «incivilizados» y temerarios guerreros sudaneses, capaces de enfrentarse a la muerte sin dudarlo, se dieron de bruces con la tecnología de las armas modernas manejadas por veteranos. El disciplinado fuego británico rompió el asalto y los derviches se vieron obligados a retirarse dejando 825 cadáveres sobre el campo, mientras que los británicos sufrieron solo 35 muertos y 115 heridos, la mayoría entre la caballería, que lanzó una carga tan fútil como costosa. «Confieso que envidio a la gente que estuvo en la refriega [de la caballería] –escribió un oficial británico–, y me habría encantado darles caña a los negros, pero desde luego,

eso hubiera sido indigno. [16] Sin embargo, fue agradable y tuve el placer de ver a algunos hombres comportarse extremadamente bien, sobre todo el famoso Burnaby de Jiva». Burnaby regresó a Trinkinat para curar su herida del brazo y allí tomó un barco de regreso a Inglaterra. Una de las ventajas de las campañas coloniales de la era victoriana tardía era que los vapores y los ferrocarriles permitían llegar incluso a los campos de batalla más remotos y luego volver a Londres para visitar al barbero y al sastre antes de regresar para la siguiente ronda de operaciones.

La participación de Burnaby en la campaña de Suakin provocó una feroz controversia política, en especial entre sus adversarios liberales. Llegaron a acusarlo de poca deportividad por haber usado una escopeta en vez de un fusil para matar derviches, como si la elección de arma por parte del coronel le hubiera transformado en una suerte de frívolo aristócrata cazando urogallos en los páramos de Escocia, en vez de en un soldado de la reina combatiendo en el desierto sudanés. Es probable que tampoco anduvieran demasiado errados, ya que la participación del coronel de la Guardia en El Teb se debía más a la búsqueda de emociones fuertes que a su sentido del deber. De hecho, había hecho todo lo posible por evitar que le entregasen un telegrama de la War Office que llegó a El Cairo en el que se le prohibía participar activamente en las operaciones. Por supuesto, toda la polémica solo sirvió para aumentar su estatus entre sus admiradores, que por fin podían corear al brillante aventurero que ahora sí que estaba luchando bajo el estandarte de la vieja Inglaterra. Volvió a Birmingham a participar en mítines en los que aparecía con el brazo en cabestrillo, mientras deleitaba a los asistentes con historias del Sudán y exigía al gobierno liberal que movilizase al Ejército para acabar con el Mahdi.

En una memorable ocasión un alborotador, después de oír hablar a Burnaby, declaró: «Me pagan para interrumpir, pero dado que usted habla de la guerra me gustaría no haberlo hecho. Mis disculpas». Burnaby quiso darle la mano, pero el hombre negó con la cabeza: «No soy un caballero, señor, soy un deshollinador». Burnaby dijo: «Me importa un bledo cuál es su profesión, la profesión no define al hombre». El arrepentido agitador gritó: «¡Pero si solo limpio chimeneas!». Burnaby: «¿Las limpia usted bien?». Alborotador: «Eso espero». Burnaby: «Entonces cumpla con su deber porque nadie puede hacer más y el hombre que cumple con su deber es un caballero».

La situación de Gordon, asediado en Jartum, había despertado un febril nacionalismo. En realidad, a Burnaby la suerte de Gordon le resultaba indiferente y, de hecho, era un individuo que le caía antipático, pero en cambio le importaba y mucho el prestigio de Gran Bretaña. Algunos críticos como el poeta y aventurero Wilfrid Scawen Blunt veían con desprecio el entusiasmo de Burnaby por la pelea, además de despreciar su vulgaridad política. «Es un tipo aburrido, estúpido en mi opinión –escribió Blunt después de un incómodo almuerzo juntos–, con una pizca de astucia y más de una pizca de brutalidad». Era la voz de la Inglaterra pedante, quisquillosa y liberal que despreciaba a aquellos que con su brutal vulgaridad servían al imperio.

Pero Burnaby no solo se enemistó con ese tipo de personas, sino también se volvió impopular entre su propio círculo aristocrático. Su espectacular valentía, que después de todo era algo que los soldados victorianos daban por sentada en todo caballero que se preciara, quedaba compensada por su ansia de autopromoción y sus constantes indiscreciones –que incluían chismorreos acerca de las vidas personales de sus camaradas oficiales–. Se peleó con gente influyente, además de enfrentarse públicamente con el gobierno liberal. Después de su muerte, su viejo amigo de *Vanity Fair* , Tommy Bowles, se lamentó de que Gran Bretaña nunca le ofreciera un título, premio, honor o condecoración. Pero ¿por qué debería haberse mostrado generosa? Burnaby era un camorrista, vivía su vida a su aire, ninguna de sus acciones más heroicas estaba inspiradas por un espíritu de generosidad o de sacrificio, sino que se comportaba como un niño malcriado que hubiera hecho una carrera de la pura obstinación. Frank Harris afirmaba que los camaradas de Burnaby en la Guardia le habían «exiliado» a Coventry poco antes de que partiera de Inglaterra por última vez, lo que, de ser verdad, reflejaría el hartazgo que había provocado entre sus propios compañeros. También estaba intentando escribir una novela, bastante mala a juzgar por los pocos pasajes que sobreviven: «¡Soldados del 21.º! –dijo *sir* Titus Mulligan–, nuestro barco se está hundiendo. Morid como hombres. Salvad a las mujeres si podéis». A pesar de toda su fama, a los cuarenta y dos años se había convertido en un personaje solitario y patético, cada vez más afectado por la melancolía y por trastornos digestivos. Se veía a sí mismo, no sin razón, como un fracasado.

El 26 de agosto de 1884, aunque a regañadientes, autorizaron por fin oficialmente a lord Wolseley para que organizara una expedición Nilo arriba con el objetivo de rescatar a Gordon. Burnaby le escribió rogando que le asignase un puesto en su estado mayor, a lo que Wolseley le respondió amablemente que en caso de solicitar sus servicios cuando todavía estaba en Londres lo más probable es que la War Office bloqueara el nombramiento, pero que si esperaba hasta que llegase a El Cairo es probable que se pudiera hacer algo. Entre tanto, dos oficiales –el comandante lord Arthur Somerset y el teniente lord Binning– y cuarenta hombres del regimiento de Burnaby partieron de Inglaterra para formar parte de un cuerpo voluntario de tropas de élite montadas en camello que debía cruzar el desierto de Bayuda y evitar, por tanto, el gran recodo que hace el Nilo en dirección este entre la cuarta y la sexta cataratas, con el fin de relevar a Gordon lo más rápidamente posible.

Tan pronto como llegó a El Cairo, Wolseley, como le había prometido, escribió a la War Office para solicitarle que el coronel se incorporase a la sección de inteligencia de su estado mayor, pero la solicitud fue rechazada de manera tajante. El impaciente coronel no se conformó con la negativa y se lanzó de lleno a la batalla retórica que se luchaba entre las turbas y algaradas que a diario se producían en Birmingham, acompañado con frecuencia por lord Randolph Churchill. Sin embargo, Burnaby pasó todo el mes despidiéndose de sus conocidos y amigos. A sus compañeros de partido en Birmingham les dijo que no creía que volviese nunca a la ciudad; en una cena en la que invitó a los paisanos de su pueblo, uno de los granjeros más ancianos le dijo: «Supongo que *usté* estará por ir al Sudán, ¿verdad, coronel? Acepte mi aviso y ¡no vaya! Si un árabe es capaz de darle a un montón de heno ¡fijo que a *usté* también le acierta!»; y a unos amigos que había ido a visitar a Bedford les dejó caer que no esperaba volver a verlos de nuevo. Se despidió de su criado: «Adiós, Robert, no volveré –y también de Tommy Bowles–: soy muy infeliz y no puedo imaginar por qué te preocupas por la vida. No pretendo regresar». Al final, y haciendo gala de su poco juicio crítico, nombró a Valentine Baker tutor de su hijo de cuatro años. Burnaby sabía que había fracasado como militar y era lo bastante honesto consigo mismo como para reconocerlo. Era consciente de que nunca alcanzaría un alto mando, ya que había perdido la confianza de la mayoría de sus camaradas y superiores; su matrimonio era un fracaso, aunque

él no tuviera toda la culpa; además, su fama se había convertido en simple notoriedad. El 10 de noviembre de 1884, aquel hombre desilusionado y solitario cogió un tren en la estación Victoria en la primera etapa de su periplo a Egipto. Estaba siguiendo una corazonada: si lograba llegar hasta el teatro de operaciones, Wolseley conseguiría meterle en algún sitio. Ese mismo día, el general escribió a su esposa acerca de Burnaby: «Se montará una bronca de mil demonios si le asigno cualquier tarea y, aun así, desearía hacerlo, porque es listo y valiente como un león. Le dejaré venir al frente, en cualquier caso y, si hay pelea, tendrá un lugar en la primera línea de batalla, lo cual le encantará y confundirá a sus enemigos». Burnaby se dirigía a Egipto en busca de la muerte y Wolseley, cuyo prestigio le daba algún margen de maniobra, estaba dispuesto a concederle su deseo.

El coronel no se detuvo ni un día en El Cairo, por si acaso la War Office había despachado un telegrama exigiendo su regreso. El 4 de diciembre estaba en Uadi Halfa, donde le fue asignada la misión de actuar como inspector del tramo inmediato del Nilo. Una semana más tarde, desde Dal, le escribió a su esposa: «He estado muy atareado […]. Nuestro trabajo es meter prisa a hombres y oficiales […] será muy difícil motivarlos más […]. Un fuerte viento del norte está soplando hoy, lo que nos ayuda mucho con los botes. Espero que se mantenga, ya que otros cuatrocientos cincuenta tienen que atravesar las cataratas en breve». Para entonces ya se sabía que la situación del sitiado Gordon era desesperada, pero el ejército no podía avanzar sin su tren de suministros fluviales. Burnaby estaba agradecido de tener algo que hacer, pero lo que deseaba por encima de todo era mandar tropas en combate. Es significativo que desde lo más profundo del desierto, y a pesar de todos los sinsabores de la relación con ella, le escribiera cartas encabezadas por un «mi querida Lizzie» y que lamentase no haber recibido ninguna carta suya en varias semanas. Describía con agradecimiento su catre árabe y se regocijaba de su éxito al haber podido comprar a un vendedor ambulante una docena de tarros de mermelada a tres chelines cada uno, cinco veces más de su precio en Brompton Road. «Créeme, mi querida esposa, tu muy afectuoso marido. fred» Esta carta le fue enviada a Davos y el sobre llevaba anotado: «En servicio activo. Sin sellos. Pagar en destino. F. Burnaby. Col. [Coronel]».

Wolseley se había dado cuenta de que era necesario acelerar el tempo de las operaciones, por lo que por fin había ordenado a su Camel Corps [Cuerpo de Tropas en Camello] que atravesara los 240 km del desierto de Bayuda. Burnaby siguió a la vanguardia unos días después con un convoy de suministros de grano y la alcanzó el 14 de enero de 1885 en el oasis de Jakdul. Lo primero que hizo nada más llegar a las escarpadas alturas que dominaban las piscinas de color verde intenso fue: «¿He llegado a tiempo para el combate?». Y sí, lo había hecho. Justo después de presentarse al general al mando, *sir* Herbert Stewart, fue a visitar al contingente de su regimiento, que lo recibió con una calurosa ovación: las rencillas del pasado habían quedado olvidadas. Bien entrada la tarde y guiada por exploradores a caballo, la fuerza británica, formada por 3000 hombres, se puso en marcha atravesando la desolada planicie de ondulantes dunas hacia los siguientes pozos en Abu Klea, formados en cuadro de marcha para proteger los 800 camellos de transporte. Era una extravagante, casi podríamos describirla como ridícula, expedición colonial británica, en la que se mezclaban marineros remolcando una ametralladora Gardner, soldados de la Artillería Real, con tres cañones de siete libras, Coldstream Guards y Royal Scots, lanceros, dragones y Life Guards [17] y que dependía de la valentía y de la potencia de fuego para compensar todas las carencias, en especial la ausencia de mandos inteligentes. Burnaby montaba en un pequeño caballo de polo gris llamado Moses, lo que le hacía parecer más desgarbado que de costumbre. Llevaba un revólver Lancaster de cuatro cañones, así que cuando Bennet Burleigh, del *Daily Telegraph* , lo vio no pudo evitar preguntarle con algo de ironía dónde había dejado su escopeta, y el coronel replicó que se la había dado a su sirviente, después de que los liberales hubieran afirmado tras El Teb que, por alguna razón que no acababa de entender, no era un arma honorable.

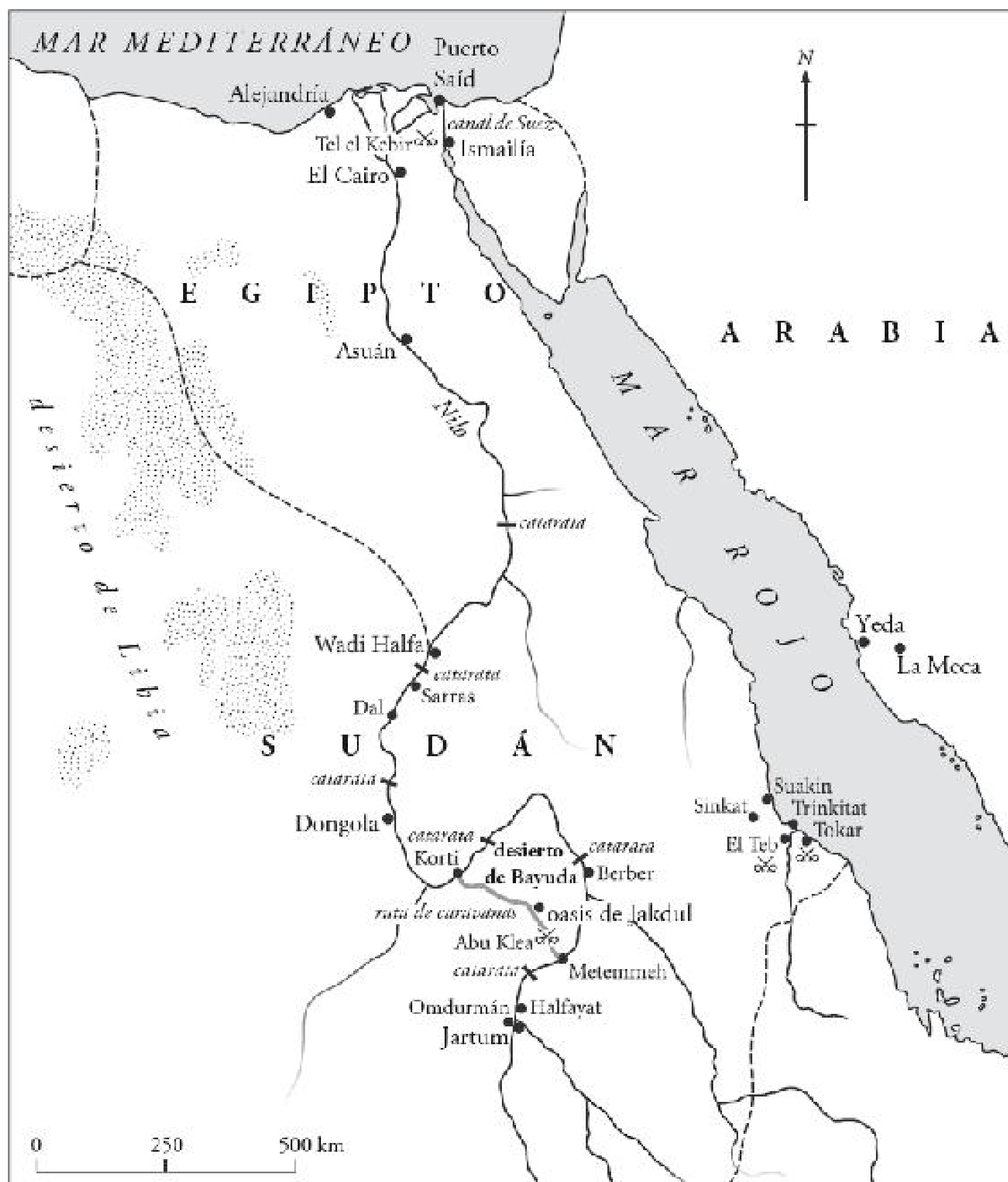
Ese día, los británicos solo recorrieron una quincena de kilómetros, ya que a cada paso que daban las botas de los hombres se hundían en la arena. Se detuvieron durante unas pocas horas por la noche y, antes de que saliera el sol, prepararon un escueto desayuno a base de galleta y carne de buey antes de volver a ponerse en marcha. Los camellos iban sobrecargados y apenas encontraban el camino más llevadero que la infantería, pues tenían que sobreponerse al hambre y al agotamiento. Stewart no esperaba encontrar

fuerzas significativas de derviches antes de alcanzar el Nilo en Metemmeh, donde esperaba que Burnaby aceptase asumir el puesto de gobernador de la población. La noticia no debió de resultar del agrado del aventurero, que seguramente habría considerado intolerable que le dejaran atrás mientras que el resto del ejército remontaba el río para rescatar a Gordon. Podemos sospechar que Stewart no compartía el entusiasmo de Wolseley hacia Burnaby y que no tenía ninguna intención de compartir los laureles de Jartum con un coronel sediento de gloria.

La noche del 15 de enero, Burnaby cenó con los corresponsales e invitó también a lord Binning, de la Guardia, a unirse a ellos. «Diga a los hombres –dijo su coronel–, que me sentiré muy decepcionado si mañana cada uno de ellos no mata al menos a seis derviches». Era una de las típicas fanfarronadas por las que era famoso. La fuerza se puso en marcha a la mañana siguiente atravesando un amplio valle antes de detenerse cuando se encontraba a unos cinco kilómetros de los pozos de Abu Klea. Los exploradores habían informado al mando de que podían verse fuerzas enemigas ocupando las alturas en ambos flancos y, en apariencia, preparándose para lanzar un ataque. Stewart y su estado mayor, entre ellos Burnaby, se adelantaron para hacer un reconocimiento. Pudieron ver las blancas vestiduras de los árabes que se movían entre las rocas, además de banderas ondeando en la distancia y escuchar el ritmo de los tambores de guerra de los derviches. Stewart decidió detener la marcha hasta el día siguiente y ordenó a las tropas que construyeran una *zareba* [18] alrededor de su posición. Durante toda aquella fría, ventosa y oscura noche de luna nueva los hombres permanecieron en armas, mientras un esporádico tiroteo partía de las posiciones árabes. Los piquetes vieron de repente el ascua de un cigarro acercándose a las posiciones británicas: era Burnaby, que volvía de hacer un reconocimiento en solitario. El coronel pasó el resto de la noche discutiendo de política con Bennet Burleigh, lo que molestó profundamente a *sir* Herbert Stewart, que había ordenado que la posición británica se mantuviera en silencio.

Al amanecer, el fuego de fusilería árabe empezó a caer sobre la posición británica con perturbadora precisión aprovechando la cobertura que les prestaba un pequeño parapeto de piedras que habían construido durante la noche. El corneta de Stewart cayó herido de un disparo al lado del general y

Burnaby mientras estos inspeccionaban las posiciones. Lord Charles Beresford, que mandaba el contingente de la Marina, rogó en vano al grupo del general que desmontase. Burnaby, finalmente, se vio obligado a hacerlo cuando una bala alcanzó a su caballo en la pata y al encabritarse el animal lo tiró al suelo. «¡Hoy no es mi día, Charlie!», observó amargamente el sofocado coronel. ¿Y qué otra cosa esperaba? Estaba desafiando a la muerte a cada instante. Burnaby le sugirió a Stewart que atacase en vez de mantenerse en una posición tan expuesta en la que estaban sufriendo un constante goteo de bajas. El general no quería avanzar todavía, «para dar a los negros la oportunidad de venir a por nosotros», pero era obvio que los derviches estaban perfectamente satisfechos hostigando a los británicos con sus disparos, por lo que el general al final dio la orden de avanzar, a regañadientes. Burnaby, que había vuelto a montar en su caballero herido, quedó al mando de la retaguardia del cuadro, que incluía a su regimiento.



Ruta de la expedición de rescate de Gordon, enero de 1885.

Minutos después de que los británicos empezaran su movimiento, desde las bajas colinas que los rodeaban apareció una aullante masa de 15 000 derviches. Los hostigadores y exploradores de Stewart huyeron rápidamente a refugiarse

con el cuerpo principal. Burnaby, en lo que era su primer mando de tropas en combate, dio una orden absolutamente imprudente: los dragones debían romper la formación y desplegarse hacia el flanco, de modo que sus fusiles pudieran disparar contra los derviches que pretendían asaltar el frente del cuadro. Sin embargo, los derviches, que ocupaban el terreno elevado, se dieron cuenta inmediatamente de que eso había abierto una brecha en la formación británica, lanzándose a la carrera para aprovecharla. Burnaby comprendió su error y ordenó a los dragones que regresaran a su posición original, pero era demasiado tarde, ya que los árabes consiguieron penetrar a través del hueco gritando con salvajes alaridos. Se desató una mortífera melé dentro del cuadro, en la que soldados británicos y derviches peleaban como leones allí donde se encontraban. Un marinero, por ejemplo, sufrió diecisiete heridas de lanza, aunque consiguió sobrevivir. Las tropas de Stewart se vieron obligadas a defender la posición cuerpo a cuerpo, con fusiles, bayonetas y sables contra lanzas y espadas, enzarzados en una masa de informe humanidad, acero, polvo y sangre. La disparatada orden de Burnaby había privado temporalmente a los británicos de la ventaja que les daba su potencia de fuego. En Abu Klea, durante unos pocos minutos unos «salvajes» fueron capaces de pelear contra los representantes del mayor imperio mundial de la época en algo parecido a condiciones de igualdad y se cobraron un precio elevado.

Burnaby espoleó su caballo en un aparente intento de ayudar a un soldado británico a volver a la seguridad del cuadro. Atrapado en campo abierto por una masa de árabes, detuvo con su sable un lanzazo, solo para que otro le alcanzara en su hombro. El cabo Macintosh de los Blues and Royals corrió en ayuda de su coronel, pero fue abatido de inmediato. Otro lanzazo alcanzó a Burnaby en la garganta, según echaba un vistazo hacia atrás. Derribado en medio de una docena de derviches, intentó levantarse usando su espada y finalmente cayó herido en una docena de sitios, la sangre brotando a borbotones de su yugular.

Al final, la disciplina y el fuego de sus fusiles decantaron la batalla del lado británico. Los derviches fueron rechazados y dejaron atrás centenares de muertos. Lord Binning corrió hacia el lugar, a unos treinta metros del cuadro, donde yacía Burnaby, desangrándose, en los brazos de un joven soldado de los Bays: [19] «¡Oh, señor! –exclamó el jinete–, aquí está el hombre más valiente de

Inglaterra moribundo y nadie para ayudarlo». Binning agarró las manos de su coronel, sintió una leve presión y vio una chispa de reconocimiento en su mirada, antes de que Burnaby falleciera. Tanto el lanzazo del cuello como un sablazo en el cráneo eran heridas mortales. «Su cara –escribió Binning– tenía la plácida y serena sonrisa de alguien a quien han llamado repentinamente mientras estaba en medio de un pasatiempo agradable y favorito; como sin duda era el caso». El poni Moses yacía muerto al lado de su jinete, también hecho pedazos.

El coronel estaba entre los nueve oficiales y sesenta y cinco soldados británicos muertos y nueve oficiales y ochenta y cinco heridos. Los cadáveres fueron enterrados debajo de un mojón de piedra. Muchos hombres de los Blues se sentaron y lloraron la pérdida de su oficial al mando. Unos pocos días más tarde, después de la muerte de *sir* Herbert Stewart a manos de los derviches, la expedición se detuvo y luego se retiró, derrotada. Gordon, por supuesto, murió en Jartum. Wolseley lamentó el hecho de que Burnaby no hubiera sobrevivido a Stewart, ya que el coronel había sido designado para reemplazarlo en el mando en caso de que el general quedara fuera de combate. Wolseley creía, seguramente de forma errónea, que la audacia y energía de Burnaby podrían haber inclinado la balanza y que el Camel Corps habría conseguido llegar a Jartum a tiempo para rescatar a Gordon, pero la realidad es que en ese caso lo más probable es que la pequeña fuerza hubiera sido destruida junto a Gordon.

La prensa británica y los admiradores de Burnaby homenajearon al coronel tras su muerte, aunque Gladstone le omitió de la lista de oficiales superiores caídos en Sudán cuando la leyó en los Comunes. El duque de Cambridge escribió a Wolseley: «Burnaby era sin duda un hombre de lo más valeroso y cortejó a la muerte. Tenía algunas peculiaridades que no me gustaban, pero lamento profundamente que lo mataran». La suya fue una vida llena de torpezas. Era grande en todo menos en sensatez. El problema de esos hombres que, como el duque observó con buen criterio, cortejan a la muerte, es que con frecuencia se llevan consigo a otros que no tienen ningún interés en emprender ese viaje. Burnaby proporcionó a sus contemporáneos, y a la posteridad, mucha diversión; era el arquetipo de la excentricidad victoriana, un personaje inimitablemente británico con una pizca de fatalismo. Su breve mando sobre

un sector del campo de batalla hace pensar que fue una suerte que nunca llegase a alcanzar la posición de mando que ansiaba, ya que era demasiado imprudente y egoísta. Los soldados que tantas lágrimas derramaron por la muerte de su coronel en Abu Klea deberían haber lamentado preferiblemente las pérdidas sufridas por culpa de su inconsciencia al desordenar el cuadro británico. Al igual que pasa con otros guerreros románticos, Frederick Burnaby no era el tipo de individuo al que es buena idea seguir, excepto, por supuesto, si uno está ansioso de cruzar la laguna Estigia en un viaje sin retorno.

1 N. del T.: En el original, *squarson* de la combinación de *squire* [terrateniente/hacendado] y *parson* [párroco/pastor]

2 N. del T.: Harrow School, fundada en 1572, es una de las escuelas privadas más antiguas y prestigiosas de Gran Bretaña.

3 N. del. T.: Literalmente, *fagging system* en el original, un sistema de disciplina típico de las escuelas privadas y en el que los alumnos más jóvenes eran criados de los alumnos mayores.

4 N. del T.: Uno de los regimientos de Caballería de la Guardia Real británica.

5 N del T.: Leslie Ward (1851-1922).

6 N. del T.: Peninsular and Oriental Steam Navigation Company (P&O).

7 N. del T.: En la actual Uzbekistán, capital de la provincia de Corasmia y antigua capital del kanato de Corasmia.

8 N. del T.: Un tipo de trineo ruso.

9 N. del T.: Hoy el Amu-Daria.

10 N. del T.: Hasta 1920. En la actualidad, To'rtko'l.

11 N. del T.: *Liver pills* , suplemento vitamínico muy usado en Inglaterra desde el siglo XVII, normalmente fabricado con glucosa y extracto de hígado de buey. Cockle's Liver Pills era una de las marcas registradas de este suplemento, que, en la época, se vendía como medicamento.

12 N. del T.: Hoy Sarantsi, en Bulgaria.

13 N. del T.: Ottoline Cavendish-Bentinck fue una conocida anfitriona y mecenas vinculada al Círculo de Bloomsbury.

14 N. del T.: Lesa majestad, en francés en el original.

15 N. del T.: Antes 42.º Regimiento Royal Highlanders. Desde 1881, amalgamado con el 73.er Regimiento (Perthsire) para formar el nuevo regimiento de Royal Highlanders.

16 N. del T.: En el original usa la forma coloquial *infra dig* .

17 N. del T.: En 1885, la Guardia Real se componía de tres regimientos de infantería, los Coldstream, los Granaderos y los Escoceses; y tres regimientos de caballería, los Life Guards, los Royal Dragoons y los Royal Horse Guards, o Blues and Royals, el regimiento de Burnaby.

18 N. del T.: Un parapeto formado por arbustos espinosos.

19 N. del T.: 2.º Regimiento de Dragones de la Guardia.

6
El hidalgo de los mares

La Primera Guerra Mundial destruyó cualquier ilusión por parte de las sociedades europeas acerca de la naturaleza del conflicto en general y del combate contra los alemanes en particular. En agosto de 1914, la nación del káiser se preparó para lograr sus objetivos con una implacable determinación que dejó atónitos a sus adversarios. Aunque la propaganda exageró las atrocidades alemanas contra los civiles belgas y franceses, eso no cambia el hecho de que se comportaran como salvajes y mataran a centenares de inocentes desarmados en acciones de represalia aprobadas por sus mandos. Más tarde vino el uso por parte de Alemania de la guerra química, el bombardeo de civiles y la campaña submarina sin restricciones. Los alemanes, por su parte, argumentaron que el bloqueo aliado provocó más sufrimiento entre la población civil que cualquier acción ejecutada por Berlín. La compasión por el enemigo fue una de las primeras bajas del conflicto, junto con los escrúpulos acerca de los métodos utilizados para destruirlo. En una contienda de supervivencia nacional, casi todos los ideales humanitarios acerca de la guerra desaparecieron. Aunque la Guerra Franco-Prusiana o la de los Bóer no es que fueran notables por su caballerosidad, el siglo XX marcó un hito en el cambio de las pautas de comportamiento de los combatientes, para disgusto de los guerreros chapados a la antigua.

Durante los primeros meses de la Primera Guerra Mundial un hombre, un oficial naval alemán, mantuvo vivos, sin embargo, actitudes y comportamientos propios de otras épocas, aunque por breve tiempo. El capitán Karl Friedrich Max von Müller, del crucero ligero Emden, llevó a cabo una solitaria guerra en los océanos orientales que le ganaron la atención del mundo y la incondicional admiración de sus enemigos. En una época en la que los pueblos británico y francés estaban siendo conminados a percibir «al bárbaro

huno» [1] como un descendiente del salvaje Atila, Müller se comportó en todo momento como un perfecto caballero. Hay quien diría que tales comportamientos no tienen cabida en un conflicto como la Gran Guerra y no cabe duda de que algunos de los individuos descritos en estas páginas habrían despreciado la meticulosidad de Müller y habrían puesto en duda que fuera de verdad un guerrero. Por el contrario, la forma de hacer la guerra de Müller se ganó el respeto de sus adversarios, quienes, en aquellos tiempos, antes del fin de la inocencia, todavía tenían la suficiente generosidad de espíritu como para reconocer los méritos de un enemigo que seguía las reglas del juego.

Müller nació en Hannover en 1873 y era hijo de un coronel del Ejército prusiano y de su esposa francesa. Originalmente, estaba destinado a hacer carrera en el Ejército y se matriculó en una academia militar en Schleswig-Holstein, donde llegó a ser oficial cadete. Sin embargo, poco después de cumplir los dieciocho años, el muchacho consiguió convencer a su padre de su pasión por el mar y logró que le diera permiso para incorporarse a la Marina Imperial. En los años siguientes, sirvió en la habitual serie de destinos, en grandes navíos de la Flota de Alta Mar y en pequeños buques que protegían los confines del imperio del káiser, como el África Oriental Alemana. Allí contrajo malaria, enfermedad que afectó a su salud el resto de su vida. Los informes acerca de sus progresos militares por parte de oficiales superiores eran halagadores; en 1912, después de un periodo de servicio en el Ministerio de la Marina Imperial en Berlín, el almirante Von Tirpitz en persona escribió: «Un oficial de primera clase, totalmente solvente. Lo recomiendo encarecidamente para futuros destinos». Sin embargo, a los treinta y nueve años, una edad a la que el futuro primer lord del Almirantazgo David Beatty era ya un contralmirante, Müller todavía no había capitaneado un barco. Nadie hubiera descrito como un hombre ambicioso a este austero, cortés y reservado solterón. Por fin, en mayo de 1913, se le asignó el mando del crucero ligero Emden, en la base alemana en China.

El nuevo mando de Müller era un elegante buque de 3600 toneladas, pintado de blanco, botado en 1909. Tanto su sistema de propulsión como su armamento se habían quedado ya obsoletos. Sus motores de pistón le permitían alcanzar una velocidad máxima de veinticuatro nudos, pero su velocidad de crucero era de tan solo trece. El armamento principal del Emden

eran diez cañones de 105 mm y dos tubos lanzatorpedos submarinos. Llevaba una dotación de casi cuatrocientos hombres. Pocas semanas después de tomar el mando de su buque en la concesión alemana del puerto de Tsingtao (hoy Qingdao), por fin tuvo la oportunidad de distinguirse cuando el Emden entró en acción contra rebeldes chinos en el Yangtsé cuyas actividades se consideraban amenazadoras para las potencias extranjeras. Sus audaces maniobras con el crucero le ganaron una halagadora publicidad en la prensa alemana, aparte de un cálido informe del comandante de la Escuadra de Asia Oriental, el conde Maximilian von Spee, por lo que fue condecorado y recibió una promoción.

En aquellos apacibles tiempos antes de la guerra, existía una considerable camaradería entre los representantes de las potencias imperiales rivales, unidos por su lejanía del hogar y su fe en su propio papel como fuerzas de la civilización en las fronteras de un continente que creían salvaje, a pesar de que presumía de una cultura bastante más antigua que la de cualquiera de ellos. Los buques británicos y alemanes intercambiaban puntillosos saludos. La tripulación del Emden jugaba al fútbol y participaba en retos gimnásticos con sus homólogos británicos, mientras que los oficiales visitaban los buques de los otros. La Marina Imperial alemana era una fuerza joven, consciente de su corta historia, que estaba decidida a no ser superada en cortesía y eficiencia por sus «hermanos mayores». Müller poseía una autoridad natural que rápidamente le ganó el respeto de su tripulación. A pesar de su talante reservado –de hecho, era un hombre solitario– había una agradable atmósfera de camaradería entre sus oficiales, quienes no temían tomar la iniciativa y ofrecer ideas a su comandante. El primer oficial, Kurt Hellmuth von Mücke, demostró ser todo un personaje por derecho propio: ocho años más joven que su capitán, procedía de un entorno social parecido y, después de solicitar específicamente ser destinado a ultramar, fue asignado al Emden. Mücke era extrovertido hasta la exageración, ambicioso y agradable, y algunos de los otros oficiales compartían su franqueza, lo que es probable que hiciera de la cámara de los oficiales un lugar ruidoso. Desde luego, nadie podía poner en duda la eficiencia de la dotación del navío, pues el Emden poseía las mejores marcas de tiro artillero de la escuadra de Spee.

El 20 de junio de 1914, el Emden se quedó en Tsingtao como guarnición de la colonia, mientras el resto del escuadrón zarpó en una travesía que debería haber durado tres meses. Sin embargo, pocos días después de la partida del almirante, estalló la crisis europea, que empeoró con rapidez. Müller pasó muchas horas con su joven ayudante, el *Oberleutnant zur See* [alférez de navío] Albert von Guérard, ensayando diferentes planes de contingencia. Su principal hipótesis, que demostró ser profética, era que las hostilidades con Gran Bretaña, Francia y Rusia comenzarían el 1 de agosto. No veía ninguna lógica en intentar proteger Tsingtao anclado en el puerto, mientras esperaba a que apareciese el enemigo; por el contrario, creía que la mejor opción era hacerse a la mar y causar todos los problemas que pudiera para obligar así a sus enemigos a perseguirlo. El 31 de julio, los hombres destacados en la oficina de correos de Tsingtao, con el objetivo de mantener a Müller al tanto de la evolución de los acontecimientos, trajeron las noticias que el capitán había estado esperando: las hostilidades con la Entente eran inminentes. Esa misma tarde, el Emden abandonó silenciosamente el puerto, listo para la acción. Dos días más tarde, un mensaje por radio anunció la movilización de Alemania. Müller se dirigió a su tripulación. La guerra, dijo, había estallado a consecuencia de los celos de sus adversarios por el éxito económico alemán, pese a todos los intentos de sus líderes por mantener la paz; su capitán esperaba que todos dieran lo mejor de sí por Alemania y por el honor de su buque. La dotación del Emden, de sorprendente buen humor, respondió con tres hurras por el emperador.

Podrían haber añadido: *Morituri te salutant* . Es imposible no sentir admiración por los marinos de la escuadra de Spee al inicio de la contienda: eran hombres condenados, abrumadoramente superados en número y barcos por sus enemigos, para los que estaban abiertos solo un puñado de puertos amigos. Antes de que pasasen muchos meses, serían cazados o forzados a aceptar ser internados en puertos neutrales. Winston Churchill escribió más tarde acerca de Spee: «Era como una flor cortada en un jarrón: muy bonita de ver y, sin embargo, condenada a morir». Los pequeños cañones del Emden tenían potencia suficiente como para intimidar a un mercante, pero no eran rivales para los de los buques de la Royal Navy en un enfrentamiento directo. La misión de Spee y sus comandantes era, simplemente, causar tantos problemas como fuera posible a los enemigos de Alemania antes de enfrentarse

con dignidad a su destino. Es un tributo a la Marina del emperador alemán el que los capitanes de la Escuadra de Asia Oriental abordasen su misión con tanta determinación.

Müller se propuso provocar el caos en las rutas mercantes entre Corea y Japón. El 4 de agosto, con mar picada y en medio de la oscuridad, avistó de madrugada y persiguió a un buque, que no llevaba encendidas las luces de navegación. El amanecer reveló que era un barco ruso que ignoró un disparo de fogueo y las señales que le ordenaban detenerse y no usar la radio. El mercante navegó a todo vapor hacia aguas japonesas neutrales hasta que a las 6.00 h, después de una hora de persecución, una docena de granadas de 105 mm le persuadió para ponerse al pairo. Una partida de abordaje mandada por el alegre y barrigón teniente Julius Lauterbach, un excapitán de la Marina mercante que se había unido a la dotación del Emden mientras durase la contienda, interrogó al capitán del buque cautivo, que al principio aseguró no hablar alemán. Lauterbach se echó a reír y recordó al ruso que tan solo un mes antes ambos habían tomado una copa en un bar en Tsingtao. La presa era el Ryazan, un veloz vapor de fabricación alemana de 3500 toneladas, botado hacía unos meses. Müller decidió que en vez de hundirlo lo utilizaría como buque auxiliar. De regreso a Tsingtao con su primera presa, el capitán del Emden vio aparecer, con consternación, cinco buques de guerra, que identificó como la escuadra francesa local. Se preparó para darse a la fuga y ordenó preparar al Ryazan para su hundimiento. Sin embargo, en vez de perseguirlo, los franceses dieron media vuelta y se alejaron. Las señales de radio sin encriptar que interceptó el buque alemán revelaron que los franceses habían pensado que el Emden era la avanzadilla del escuadrón de cruceros de Spee. Los alemanes, tan divertidos como aliviados, entraron triunfalmente en Tsingtao, cuyo puerto estaba oscurecido desde que las hostilidades habían comenzado.

A toda prisa, la dotación del crucero ejecutó una de las tareas más terribles que cualquier marino tenía que emprender en los trópicos: carbonear. A las 18.00 h del 5 de agosto, el Emden partió de su base por última vez, en dirección a la isla de Pagán, en el archipiélago de las Marianas, para unirse a Spee junto con un buque carbonero y un crucero auxiliar, ambos camuflados como mercantes británicos. Con su característica meticulosidad, Müller ordenó

que se pintara en las lanchas salvavidas el nombre Nagato Maru. Incluso si el Emden era hundido, su capitán quería que el enemigo estuviera confuso acerca de su identidad.

Gracias a mensajes de radio interceptados, los alemanes supieron que se conocía su presencia en el mar de China Oriental, lo que podría explicar por qué Müller no encontró más víctimas en su travesía para reunirse con Spee. El 12 de agosto, el Emden ancló al lado de los grandes cruceros de Spee a la sombra del volcán de Pagán, junto con ocho buques de suministros que habían sido enviados a su encuentro. Ese mismo día, el almirante de la Royal Navy, *sir* Thomas Jerram, junto con dos cruceros pesados, estaba bombardeando la estación de radio alemana en Yap, a 1450 km al sur, adonde había ido en busca de Spee. Había empezado un largo juego del gato y el ratón a través del Pacífico, que solo finalizó después de que muchos de los buques involucrados se fuesen a pique.

En una conferencia de capitanes a bordo del crucero acorazado de 11 000 toneladas Scharnhorst, celebrada el 13 de agosto, Spee declaró su intención de alcanzar la costa occidental de Sudamérica. Le habían informado de que Chile era amistoso y que les proveería de carbón. Müller propuso una maniobra alternativa. Sugirió que existían pocas probabilidades de destruir la navegación enemiga en una larga singladura a través del Pacífico; en cambio, el océano Índico ofrecía mejores presas, así como una oportunidad para afectar la moral de la opinión pública del vasto Imperio británico en la India. Al menos, propuso Müller, su propio navío podía destacarse para esta misión. Spee pidió un par de horas para meditarlo. Llegó a la conclusión de que Müller estaba en lo cierto: en solitario, el Emden podría conseguir más que siendo un mero apéndice de la escuadra. Los cañones de 105 mm del crucero ligero no tendrían ninguna relevancia en un combate con unidades británicas de batalla, mientras que si operaba por su cuenta podía servir como una útil distracción. A primera hora de aquella misma tarde, una pinaza del Scharnhorst entregó a Müller órdenes escritas para que se adentrase en el océano Índico con la misión de «hacer guerra de corso en la medida de lo posible». Durante los tres meses que siguieron, esto fue lo que hizo Müller con un éxito espectacular.

A primera hora del 14 de agosto, cuando comenzaba su último viaje, el Scharnhorst señaló al Emden: «Destacado. Buena suerte». Müller respondió

por semáforo: «Gracias su Excelencia por la confianza depositada en mí. Deseos de *bon voyage* y buena suerte al Escuadrón de Cruceros». Spee partió hacia su destino, que le trajo la victoria en Coronel, en la costa de Chile y luego la derrota y la muerte en la batalla de las Malvinas. Müller, acompañado por el buque carbonero Markomannia, enfiló al sudoeste, ansioso por evitar cualquier avistamiento por parte de buques enemigos hasta que pudiera operar en las rutas marítimas del Índico. El 25 de agosto estaba en Timor. El 27 encontró al buque de guerra neutral holandés Tromp en aguas de las Indias Orientales Neerlandesas. Müller intercambió corteses saludos con su capitán, aunque declinó la oferta de tomar unas copas juntos. El Tromp escoltó al Emden fuera de las aguas territoriales neerlandesas y parece que no informó de su presencia. Al día siguiente, el crucero franqueó el estrecho canal al norte de Bali, después de haber desplegado una falsa cuarta chimenea hecha de madera y lona para alterar su silueta. En la seguridad de las aguas neerlandesas de la costa de Sumatra el buque aprovechó la breve pausa para limpiar las calderas y otras tareas esenciales de mantenimiento. La tripulación carboneó de nuevo antes de que un oficial holandés les apremiara a volver a aguas internacionales. Los holandeses con los que se encontró Müller fueron puntillosos con su neutralidad. No informaron de su presencia, pero apuntaron con ironía que los alemanes habían evitado al crucero británico Hampshire por poco más de treinta kilómetros.

El 6 de septiembre, en medio de un chaparrón, Müller celebró un servicio religioso y, durante los tres días siguientes, su buque merodeó por el Índico, buscando presas en vano. Cada vez más frustrados, e incluso un poco deprimidos, los vigías del Emden oteaban el horizonte en busca de humo, chimeneas, mástiles, pero pasaban los días sin avistar nada, mientras la tensión crecía en el crucero. Por fin, el 9 de septiembre, después de que oscureciera, la campana llamó a la dotación a sus puestos de combate. Se habían avistado las luces de proa de un buque. El crucero se aproximó, realizó dos disparos de fogueo y envió una señal luminosa: «Pare motores. No use la radio». La habitual partida de abordaje dirigido por el corpulento Luterbach se dirigió alegremente y a toda prisa en la pinaza hacia la potencial presa. Se trataba de un buque griego neutral, que transportaba 6600 toneladas de carbón para el Gobierno británico. El ingeniero jefe del buque era británico. Müller decidió

quedarse con el carbón e invitó amablemente al capitán del barco a aceptar un contrato de flete alemán, algo que aquel no podía rechazar. A primera hora de la mañana, ahora con dos compañeros siguiendo su estela, el Emden detuvo a otro barco, el Indus, de 3393 toneladas, que navegaba en lastre hacia Bombay para cargar tropas. Solo había una cosa en la carga que tenía interés para los alemanes: jabón. Por algún motivo, el Emden andaba escaso de suministros de limpieza, por lo que un generoso lote fue transferido al crucero. Dos semanas más tarde, el *Empire* , un periódico de Calcuta, publicó un anuncio: «No hay duda de que el crucero alemán Emden sabía que el Indus transportaba 150 cajas del célebre jabón Elysium, de la North- West Soap Company, y de ahí la persecución. Los hombres del Emden y sus ropas ahora están limpias y agradables, gracias al jabón Elysium. ¡Pruébelo!». Esta simpática broma de sus enemigos fue comunicada al Emden y registrada en el diario de a bordo del buque.



La ruta del Emden, agosto-noviembre de 1914.

Antes de abrir las válvulas del Indus para hundirlo, el buque fue despojado de cualquier lujo que pudiera servir a sus captores: cerveza, toallas, chocolate, tabaco, vino. Los hombres de Müller se merecían cualquier cosa que pudiera proporcionarles. Las condiciones de vida a bordo del crucero, diseñado para la guerra en el mar del Norte, eran terroríficamente sofocantes en el Índico. Trabajar en los trópicos en un navío con calderas de carbón era una interminable ordalía, especialmente para los operarios de la sala de máquinas. Cerrar los ojos de buey por la noche para oscurecer por completo el barco se hacía imposible a causa del calor, así que, en su lugar, se desconectaba la iluminación durante algunos turnos para que el aire corriera a través de los ojos de buey. La tripulación no tenía ninguna posibilidad de recibir correo de casa,

algo esencial para mantener la moral. Muchos debieron de agobiarse y hablar entre susurros cuando estaban en sus puestos acerca del destino del buque, que parecía inevitable, ya que, al fin y al cabo, no era más que una diminuta isla flotante alemana al otro lado del mundo, en medio de un océano dominado por sus enemigos. Sin embargo, el espíritu de lucha, entrenamiento y liderazgo bastaron para sostener la moral de la dotación del Emden de forma realmente asombrosa. Este es, más que cualquier otra cosa, el mejor homenaje a su capitán.

El Indus tardó una hora en hundirse, incluso después de que los alemanes dispararan seis proyectiles contra su casco. Desde la cubierta del Markomannia, donde se había alojado a los prisioneros, el capitán vio cómo su barco se iba al fondo del mar. No se esperaba que el Indus arribase a Bombay hasta cinco días después, por lo que nadie pensaría que se había perdido antes del 15, lo que daba cierto margen de maniobra al Emden para seguir operando en el golfo de Bengala con impunidad. A la mañana siguiente, los hombres de Müller todavía estibaban el botín que había caído en sus manos cuando se vio otra columna de humo de unas calderas, que pertenecían al Lovat, un mercante de 6102 toneladas. Se permitió a su tripulación que conservara sus pertenencias personales al ser transferida al Markomannia. Antes de que el Lovat fuera hundido, se recogieron los periódicos que se encontraron en sus camaretas, lo que fue muy útil, ya que proporcionaban detalladas listas de navegación desde los puertos indios. La tripulación del Emden se quedó anonadada, sin embargo, por la imagen de la guerra en Europa que ofrecían: informaban de que Alemania estaba colapsándose, sus generales suicidándose y que los ejércitos del káiser estaban destrozados. El primer oficial, Mücke, se encargó de animar a la dotación. Recalcó las fantásticas historias que se estaban publicando en todo el mundo acerca de las actividades del escuadrón de cruceros de Spee. La dotación sabía que eran pamplinas, explicó Mücke, así que nadie debía tener la más mínima duda de que las que informaban del ocaso de su patria eran igualmente falsas.

El 12 de septiembre, el Emden y sus carboneros se aproximaron al buque-faro de Calcuta y hallaron tres naves británicas que, según los prisioneros, estaban a punto de hacerse a la mar. La primera apareció a las 22.00 h totalmente iluminado: era el Kabinga, de 4657 toneladas. El buque, cargado

con productos británicos destinados a Estados Unidos, obedeció la orden luminosa para detenerse y no hizo intento alguno de utilizar su radio. Con su característica meticulosidad, Müller decidió que el cargamento consignado estaba destinado a una nación neutral y, puesto que no era propiedad de un beligerante, no podía ser legítimamente apresado. Se limitó a transferir a sus prisioneros al Kabinga, que los alemanes decidieron utilizar como *Lumpensammler* (vertedero). Los hombres de Lauterbach destruyeron también la radio del Kabinga, por si su capitán se lo pensaba dos veces y decidía intentar algo heroico. Cuatro horas más tarde, a las 2.00, se divisaron las luces del carbonero de 3544 toneladas Killin, que fue apresado rápidamente. La pequeña flotilla alemana puso proa a mar abierto antes de que amaneciese y allí el Killin fue enviado al fondo del mar. Müller, decepcionado por la baja calidad del carbón bengalí que llevaba aquel, ordenó que no se utilizara en las calderas del Emden.

Después de una noche en el puente del Kabinga, Lauterbach, el oficial encargado de los apresamientos, estaba descansando en su hamaca cuando recibió la orden de dirigir otra partida de abordaje destinada al buque de 7615 toneladas Diplomat, cargado con 10 000 toneladas de té. Los hombres del crucero colocaron cargas para hundirlo y luego lo abandonaron llevándose a sus prisioneros, entre los que esta vez se contaban también un puñado de pasajeros. Mientras los hombres de Lauterbach hacían su trabajo, el Emden partió a toda velocidad para interceptar un pequeño y sucio vapor italiano que sus vigías habían descubierto. Como era un buque neutral, no podía ser capturado, pero, con alguna dificultad, Müller persuadió a su patrón para que aceptara los doscientos prisioneros del Emden y los depositara en Calcuta.

El puntilloso comportamiento de los alemanes no les hacía ningún favor en lo que respecta a sus objetivos militares. Conforme el vapor italiano subía por el Hugli, [2] se apresuró a informar por semáforo acerca de su encuentro con el Emden. El 14 de septiembre llegó al Almirantazgo en Londres la información acerca de la presencia del Emden. Se ordenó inmediatamente que se interrumpieran las salidas de Calcuta –con la excepción de los tres buques que ya descendían por el río– y se despachó al crucero Hampshire desde Singapur para darle caza y, puesto que Japón acababa de unirse a la causa de la Entente, un buque de guerra de este país. El Emden había cumplido de sobra con su

misión de distraer a las fuerzas navales enemigas. El almirante Jerram, el comandante en jefe del escuadrón naval británico en China, informó a Londres de que no podía enviar buques en busca de Spee en Samoa porque la mitad de sus efectivos se encontraba persiguiendo a Müller, mientras que el resto daba protección a un enorme convoy de tropas australianas y neozelandesas.

Müller interceptó otro mercante en la costa de Calcuta, que identificó como un buque neutral italiano y al que dejó pasar. Estaba transfiriendo sus últimos prisioneros desde el Markomannia cuando avistaron el Trabboch, un mercante de 4028 toneladas. Los alemanes lo detuvieron y su tripulación fue enviada al Kabinga. El polvo de carbón de las calderas de la nueva presa provocó una espectacular deflagración cuando estallaron las cargas de demolición emplazadas para su hundimiento. Los alemanes se temían que la columna de fuego y humo que se elevó en el aire fuera localizada pero, una vez más, el Emden tuvo suerte y escapó sin ser detectado, mientras el Trabboch desaparecía bajo las olas. Müller dejó marchar ahora al Kabinga con su cargamento de prisioneros. El patrón británico, que viajaba con su esposa y sus dos hijos pequeños, tuvo un gesto extraordinario: le envió una carta personal al capitán del Emden en la que le daba las gracias por el trato cortés que le había dispensado a él y a su familia. La tripulación británica y los prisioneros dieron tres hurras por Müller cuando los dos barcos se separaron. Era una infrecuente muestra de respeto entre adversarios, génesis de la leyenda del Emden, que demostraba que los británicos reconocían a Karl Friedrich Max von Müller como un caballero. Eran los últimos ecos de una era en la que ser eso, un caballero, se percibía como una virtud que trascendía el uniforme. De hecho, los oficiales de la Royal Navy reconocieron estas características de Müller y empezaron a referirse a él y a su buque como «el hidalgo de los mares». [3]

La tripulación del Kabinga consiguió reparar su radio incluso antes de llegar a Calcuta. Los avisos de la presencia del Emden pronto empezaron a aparecer en la banda de radio de 600 m, pero llegaron demasiado tarde para un navío al que el Emden tuvo que obligar a detenerse usando munición real cuando ignoró sus primeros disparos de fogueo. «¿Cuál es el nombre del buque?», preguntó uno de los oficiales del Endem por megáfono.

«Clan Matheson» .

«¿Inglés?».

«¡No, británico!».

Aquella malhumorada respuesta del patrón escocés del mercante provocó la hilaridad en el puente del Emden. El Clan Matheson iba cargado con vagones, locomotoras y maquinaria en ruta desde Gran Bretaña a la India, por lo que fue hundido después de transferir a su tripulación al Markomannia. Un caballo de carreras que iba en la estiba tuvo que ser sacrificado de un disparo, para evitarle al pobre animal la angustia de morir ahogado. Era la octava presa del Emden. El 16 de septiembre, en la costa de Birmania, el crucero aprovechó un momento de calma para recargar sus calderas de carbón. Cuando volvieron a su zona de patrulla, los alemanes pudieron disfrutar del raro placer de escuchar el nervioso tráfico de radio que hablaba de sus hazañas. Müller detuvo un vapor neutral noruego y pagó a su capitán la inusual cantidad de cien dólares de plata mexicanos para que transportase hasta Rangún a su última remesa de prisioneros. El patrón noruego acordó incluso ralentizar su marcha, para dar tiempo al Emden a abandonar la zona. Le dijo que había visto dos buques de guerra franceses y dos cruceros auxiliares británicos en las proximidades. Uno de los oficiales del Emden sugirió realizar una incursión contra Penang, en el territorio malayo controlado por los británicos, pero el capitán decidió que aquel no era ni el momento ni el lugar adecuados para anunciar su presencia: a Penang ya le llegaría su turno en otro momento.

Müller era un individuo serio y solitario que rara vez abandonaba el puente de mando, incluso cuando el buque navegaba. Su tripulación le tenía un profundo respeto y apreciaba sus escasas palabras de aprobación. A pesar de los momentos de triunfo y risas en la cámara de oficiales, la tensión nunca remitía para el capitán. En los días previos a la utilización del radar, sabía que en cualquier momento su suerte podía acabarse y avistar en el horizonte la columna de humo que anunciaría la aparición de un barco de guerra enemigo, lo que significaría el final de su pequeño buque y de su dotación. Algunos miembros de la dotación «requisaron» una silla de la cubierta, propiedad del sibarita Lauterbach, y la colocaron en el puente de mando, para que el capitán pudiera descabezar un sueño sin tener que abandonarlo. Pasaba la mayor parte de los días enfrascado en un silencio reflexivo, mientras estudiaba las cartas náuticas, los periódicos capturados, los calendarios de mareas y cualquier

información que hubiera podido obtener en el curso de su rumbo. Durante las pausas en las operaciones de corso, ejercitaba a sus hombres en todo tipo de emergencias, sobre todo enfrentamientos con un buque enemigo. Tarde o temprano, con independencia de lo buena que fuera la suerte del Emden, esto sucedería.

La suerte del marino en tiempos de guerra es bastante diferente a la del soldado. El buque de un hombre es más que una plataforma artillera, es su hogar, el centro de su ser en mitad de un mar cruel y, aunque los marinos se enfrentan y destruyen al enemigo a la más mínima oportunidad, son pocos los que no sienten una punzada de tristeza al ver un barco hundiéndose, sea cual sea su bandera. En Müller no existía ni un atisbo de la vanidad que caracteriza a muchos de los personajes retratados en estas páginas, ni tampoco una pasión por la violencia. Era tan solo un oficial naval consciente y soberbiamente competente, decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para ayudar a la causa de su patria, pero minimizando en la medida de lo posible las pérdidas de vidas humanas e incluso hasta el daño moral entre sus adversarios. Era un guerrero reticente, uno de los últimos hombres de su época que aún creía que se podía hacer la guerra sin perjudicar al inocente más de lo estrictamente necesario.

El 19 de septiembre, el crucero se abasteció de nuevo de carbón en mitad del golfo de Bengala e, inmediatamente después, Müller puso rumbo a Madrás, donde pretendía hacer una ruidosa demostración de fuerza. Aunque no podía saberlo, estaba siendo afortunado otra vez, ya que su perseguidor más peligroso, el crucero británico Hampshire, había partido a toda máquina en dirección nordeste tras recibir un informe de inteligencia en el que se aseguraba que se habían escuchado disparos de artillería a la altura de la costa birmana, aunque, probablemente, se trataba en realidad de una tormenta. Mientras los alemanes se aproximaban a Madrás, Müller informó a sus oficiales acerca de lo que había podido deducir de la situación general de la guerra y de sus propias intenciones. Prepararon el buque para cualquier contingencia y permitió que la tripulación disfrutara de una rara ducha con agua potable. A las 20.00 h, el Emden se aproximó al gran puerto a toda máquina y detuvo los motores cuando se encontraba a 2700 m de la costa. El crucero encendió sus reflectores y barrió la línea de costa hasta que encontraron lo que estaban buscando: un

grupo de enormes depósitos de petróleo pintados de blanco. El Emden volvió a ponerse en marcha y empezó a disparar con los cinco cañones de estribor de 105 mm escupiendo humo y fuego. Disparó veinticinco salvas en total. Los diez mil barriles de petróleo, aproximadamente, almacenados en los depósitos se incendiaron de tal modo que las llamas permitían a los artilleros alemanes corregir el tiro de los cañones del Emden. *The Times* informó con tono sombrío del ataque del Emden contra el puerto de Madrás y exageró la cantidad de combustible que se había perdido, ya que para entonces las proezas del corsario alemán habían alcanzado proporciones épicas para la prensa de la Entente. Miles de ciudadanos de Madrás se alinearon en el malecón para contemplar fascinados el espectáculo, ajenos al peligro que corrían. Aunque Müller hizo todo lo posible para minimizar las bajas civiles, cinco personas murieron y doce resultaron heridas durante el bombardeo alemán. Tras veinte minutos, el cañoneo alemán se detuvo. Mucho antes de que amaneciese, tras cumplir su misión, el crucero arrumbó a alta mar para reunirse con el Markomannia. A más de 130 km de la costa, los oficiales alemanes todavía podían ver desde el puente las columnas de humo que se alzaban desde los depósitos de combustible de Madrás.

La operación fue un extraordinario golpe de efecto, cuyos ecos reverberaron en toda la India e incluso en Londres. Había pasado más de un siglo desde la última vez que el tráfico marítimo británico había estado expuesto a las depredaciones de buques de guerra extranjeros. Parecía que la Royal Navy había olvidado el arte de proteger mercantes. Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, alabó la «iniciativa y audacia» de Müller, pero, al mismo tiempo, propinó un severo rapapolvo a los mandos navales encargados de capturar a un enemigo tan singularmente descarado: «Deseo señalar lo más claramente posible que la irritación causada por la continua captura de presas por un tiempo indefinido por parte del Emden hará un gran daño a la reputación del Almirantazgo», escribió encolerizado. Las actividades del corsario se estaban convirtiendo en una seria humillación para el Gobierno británico y la opinión pública no acababa de comprender por qué la Marina no era capaz de poner coto a las actividades del crucero alemán. Lo que no entendía era que las dificultades para encontrar un único barco en un área de operaciones tan vasta eran inmensas. El daño material provocado por sus

actividades era pequeño, pero el efecto moral enorme. El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán llegó a emocionarse tanto con los triunfos del crucero que persuadió al Almirantazgo del káiser de que transmitiera órdenes a Müller para atacar la colonia penal en las islas Andamán y liberar a los revolucionarios indios internados allí, lo que podría poner en dificultades al Raj británico, [4] aunque un par de días más tarde las órdenes fueron revocadas tras darse cuenta de lo insensatas que eran.

El Emden tomó rumbo sur y descendió por la costa india en busca de nuevas presas, antes de acercarse a la costa de Ceilán –actual Sri Lanka–. Al mediodía del 25 de septiembre, el barco de 3650 toneladas King Lud fue interceptado y hundido y ese mismo día a las 22.00 h detuvo al Tymeric, de 3314 toneladas, que transportaba 4500 toneladas de azúcar. Por primera vez en toda la campaña la partida de abordaje del crucero se topó con una tozuda falta de cooperación por parte de los miembros de la tripulación, quienes se cruzaron de brazos y se negaron a ayudar a «los malditos alemanes». El patrón y el jefe de máquinas fueron llevados a bordo del Emden, donde el primer oficial les echó una bronca por su recalcitrante comportamiento, que el patrón británico se encargó de reafirmar de forma patente sosteniendo con indiferencia un cigarrillo en la comisura de la boca. Lauterbach hundió el transporte y regresó al Emden con un valioso montón de periódicos. Unas pocas horas después, el oficial de presa estaba subiendo por la escala de otra captura, el Gryfevale de 4437 toneladas, que Müller decidió utilizar para transferir a sus prisioneros. Poco después, los alemanes interceptaron un intercambio de señales de radio entre un buque británico y un vapor holandés que se había cruzado en la ruta del corsario. En respuesta a la pregunta de si había visto al Emden, para satisfacción de los alemanes, el capitán neerlandés se negó a contestar y puso como escusa la neutralidad de su país.

El 27 de septiembre, Müller apresó a un carbonero, el Buresk, con 6000 toneladas de carbón galés de alta calidad que iba destinado a la escuadra china de la Royal Navy. El complaciente capitán del buque se ofreció para continuar operando su barco bajo supervisión de una dotación de presa. El respeto de los alemanes por sus enemigos se vio un tanto mermado cuando una pelea de borrachos estalló entre los prisioneros transferidos al Gryfevale, durante la cual, marineros chinos y británicos se pegaron puñetazos y puñaladas hasta que los

guardias lograron restaurar el orden. Los hombres más violentos fueron encadenados. Se requisó todo el alcohol de los navíos británicos para lanzarlo al mar.

Esa misma tarde, el Emden capturó otros dos buques, el Foyle, de 4174 toneladas, y el Ribera, de 3500. En un día, había capturado tres mercantes. Al anochecer, iluminados por los proyectores del Emden, y bajo la atenta mirada de los artilleros alemanes, todos los prisioneros que aún no habían sido transferidos al Gryfevale fueron embarcados en el mercante; tan pronto como Lauterbach y su partida de abordaje regresaron al crucero, el buque británico fue liberado para que pudiera navegar hasta Colombo. Los recién liberados británicos se alinearon en la borda y dieron tres hurras por Müller, tres más por sus oficiales y, por último, otros tres por su tripulación. Sin duda, el gesto era un reflejo del alivio y la gratitud que sentían por recuperar su libertad, pero también, probablemente, del respeto por el caballeroso comportamiento de sus adversarios.

Müller carboneó en la costa de las Maldivas y vació definitivamente los depósitos del fiel Markomannia, del que finalmente se separó. A partir de ahora, el Buresk asumiría el rol de buque carbonero. Durante algunos días el crucero patrulló la ruta marítima entre Ciudad del Cabo y Colombo, pero el horizonte se mantuvo frustrantemente vacío, de modo que decidió buscar un sitio tranquilo en el que hacer algunas reparaciones. El 9 de octubre, el Emden llegó a la isla británica de Diego García. Apenas acababa de echar el ancla cuando un pequeño bote trajo a bordo al administrador inglés de la plantación local de cocoteros, que saludó afable a sus visitantes. El hombre, totalmente aislado y sin contacto por radio, no tenía ni la más remota idea de que Gran Bretaña y Alemania estaban en guerra. Müller y su tripulación no creyeron que fuera necesario desengañarlo, por tanto, durante las veinticuatro horas siguientes, mientras los alemanes trabajaban en su barco, se observaron las cortesías propias de tiempos de paz.

Un voluble criollo francés subió a bordo mientras los marineros de Müller limpiaban las lapas del casco, un proceso para el que cada costado del barco se ponía al descubierto cambiando la disposición del lastre. Sus anfitriones ocultaron rápidamente los periódicos más recientes antes de invitarle a un *whisky* con soda en el camarote de los oficiales. El criollo estaba muy excitado

con la visita y señaló que la última vez que había visto un buque de guerra alemán había sido el Bismarck, en 1899. Mostró una cierta sorpresa por que los alemanes no hubieran ido a un puerto a carbonear y limpiar su casco, pero dejó a un lado su desconcierto cuando el capitán envió a un par de hombres a reparar el motor de su lancha. Le contaron las noticias menos controvertidas, como que el papa Pío X había muerto. Agradecido y eufórico, el visitante regresó a tierra firme y envió a sus anfitriones un cerdo vivo y una carga de pescado fresco, frutas y verduras. Müller respondió a su inocente enemigo con vino, *whisky* y una caja de cigarros.

El 10 de octubre, el crucero partió de Diego García entre un montón de amistosos gestos de despedida. Las reparaciones estaban completas y las carboneras llenas. Después de aproar en dirección norte-noroeste durante unas millas para despistar a los testigos, el Emden puso rumbo a barlovento de las Maldivas. En aquel momento, el crucero británico Hampshire navegaba a lo largo de la costa oriental de esas mismas islas. El 12, el crucero auxiliar Empress of Russia llegó a Diego García en busca de noticias del Emden y, por supuesto, escuchó la historia de la visita alemana. Era una nueva página en la leyenda del corsario, que incluso los diarios británicos describieron con el tono de un verdadero sainete.

Entre tanto, el corsario continuaba haciendo estragos entre los mercantes. El 15 de octubre fue capturado el Clan Grant, con una bienvenida carga de cerveza y cigarrillos para la ración de sus captores. Mientras el Buresk trasladaba la carga, el crucero partió para investigar una nueva columna de humo que había avistado en el horizonte. Para sorpresa y decepción de los alemanes se trataba del dragador de 478 toneladas Ponrabbel, cuya tripulación estaba encantada de ser hecha prisionera, ya que veía al Emden como su salvador. Su capitán, Edwin Gore, había estado intentando alcanzar el puerto de Launceston en Tasmania con su pequeño y nada marinero buque desde que había estallado la guerra. El viaje había sido una pesadilla para él y su tripulación, dado que el diminuto barco solo podía alcanzar los cuatro nudos. Recogieron alegremente sus pertenencias personales y embarcaron en el Buresk y, cuando un par de disparos del Emden hicieron que el detestado Ponrabbel se diera la vuelta antes de hundirse, su tripulación aplaudió calurosamente. Ese mismo día, cuando anochecía, el crucero interceptó al Benmohr, de 4806

toneladas, que transportaba una valiosa carga desde Londres hasta el Lejano Oriente, hundiéndolo después de transbordar a su dotación.

El domingo día 18, poco después de terminar el servicio divino, detuvieron al Troilus, de 7562 toneladas, un moderno carguero que hacía su viaje inaugural. Al subir a bordo con su partida de abordaje, Lauterbach encontró entre los pasajeros a una británica que le saludó efusivamente, puesto que le recordaba de la época anterior a la guerra, cuando mandaba un mercante. El oficial alemán tuvo que quedarse en el puente de mando del mercante mientras el Emden se dirigía a capturar otra presa, el Saint Egbert, de 5596 toneladas, y esa misma noche, al carbonero Exford. En la mañana del 19 de septiembre, Müller estaba aún practicando un complicado juego de sillas musicales, moviendo prisioneros y botín entre los distintos navíos, cuando se divisó una columna de humo al norte. El Emden esperó para recoger uno sus botes y luego salió en persecución de su nueva víctima y regresó poco después con el Chilkana de 5140 toneladas, que transportaba provisiones y suministros médicos. Müller despachó el Saint Egbert a Cochín, en la costa sudoccidental de la India, con seiscientos prisioneros, y mandó a pique al resto de las presas.

El crucero había capturado trece barcos desde el bombardeo de Madrás. Müller había conseguido realizar una extraordinaria hazaña tan solo merodeando por los mares y sobreviviendo diez semanas desde el estallido de la guerra. Una gesta así podía realizarse porque se encontraba en un momento de transición tecnológica, entre la invención de la radio y su madurez y antes de la aparición del radar. Lo mismo que el caballeroso comportamiento del Emden reflejaba el *ethos* de siglos pasados, su singladura también evocaba recuerdos de los errantes corsarios. Sabemos mucho más acerca de los actos de Müller que de sus sentimientos durante este periodo, cuando sus hazañas y las de su barco resonaban en todo el mundo y ocupaban titulares desde Nueva York hasta Hong Kong. La presión sobre el capitán era enorme, pues sabía que las decisiones que tomaba cada día acerca del curso y objetivos eran las de un jugador de ruleta consciente de que tarde o temprano saldrá el cero. En todo momento, estaba obligado a actuar sin tener la más mínima idea de la posición de sus adversarios. Lo único que conocía con certeza era que lo estaban buscando desesperadamente. La fortuna del Emden había sido asombrosa, había conseguido dar esquinazo a sus perseguidores una y otra vez por cuestión

de días o incluso de horas. Sin embargo, en algún lugar, en algún momento, su némesis tenía que estar al acecho. Sabía que nunca podría poner rumbo al hogar o ni siquiera a un puerto amigo. Debía seguir saqueando hasta que se viera obligado a combatir y, en ese momento, tendría que pelear hasta que su barco –y, probablemente, la mayor parte de su tripulación– muriese. El capitán del Emden siempre fue un hombre serio y, en aquellos días, no es sorprendente que fuera víctima de ataques de melancolía.

Müller puso rumbo este y dejó Ceilán a 250 km al norte. El Emden mostraba chorretones de óxido y sus cubiertas estaban atiborradas con una extraña mezcolanza de ganado capturado, que recordaba a los zoológicos que eran habituales a bordo de los buques de vela del siglo anterior. En las guardias de la tarde, la banda del barco tocaba de vez en cuando algunas piezas musicales. El 22 de octubre hubo una parada formal para celebrar el cumpleaños de la emperatriz, con la dotación en uniformes de gala y un saludo de veintiún cañonazos. El Exford y el Buresk, demasiado lentos para acompañar al crucero en acción, fueron destacados a un punto de encuentro varias cientos de millas al sur, hasta que el crucero tuviera a bien reunirse con ellos de nuevo.

Justo antes del amanecer del 28 de octubre, llevando su falsa cuarta chimenea para ayudar a que le confundieran con un crucero británico, el Emden se aproximó al puerto malayo de Penang con las dotaciones de los cañones en sus piezas, cada hombre en sus puestos de combate y haciendo ondear el pabellón blanco [5] de la Royal Navy. Las balizas del puerto, iluminadas como en tiempo de paz, guiaron al navío alemán a través del canal de entrada. La tensión podía mascarse. Los atacantes no sabían si había algún buque de guerra enemigo de mayor porte anclado en el puerto. Segundos antes de que el Emden abriera fuego, arrió el pabellón blanco británico y enarboló la bandera imperial alemana. Entre la densa maraña de mástiles en el puerto, los vigías identificaron un objetivo evidente: a solo 1188 m de distancia, prácticamente a bocajarro, estaba anclado el viejo crucero ligero ruso Zhemchug. El corsario lanzó primero un torpedo, que alcanzó al Zhemchug en mitad del casco, y luego abrió fuego con los cañones. A bordo del buque ruso se desarrollaba una comedia macabra, ya que no estaba listo en absoluto para la acción. El capitán se encontraba en tierra con su amante, mientras que la

mayoría de la tripulación estaba bajo cubierta con un grupo de sesenta prostitutas chinas de visita. Los pañoles que alimentaban los cañones de 120 mm del crucero ruso andaban escasos de munición, de modo que tras unas pocas e ineficaces andanadas cesaron el fuego cuando se acabaron los proyectiles. El capitán de puerto de la Royal Navy había advertido al comandante del crucero ruso acerca del riesgo de un ataque alemán y le había rogado que tomase las precauciones apropiadas. El oficial británico se abarloó con el Zhemchug para exhortar a la dotación a combatir lo mejor que pudiera, pero, en ese momento, un segundo torpedo alemán impactó en el buque ruso y provocó una enorme explosión que envió a su víctima a pique, solo quince minutos después de iniciarse la acción. Murieron 89 hombres y 123 resultaron heridos. El destino de las invitadas femeninas se desconoce. Poco después, la armada del zar ordenó arrestar al capitán del Zhemchug y a su primer oficial, que, tras un consejo de guerra, fueron enviados a prisión.

El capitán de un destructor francés que también estaba anclado en el puerto decidió no abrir fuego, consciente de que los cañones de su buque no tenían nada que hacer contra el Emden. «En estas condiciones, ¿podía dar la orden de disparar? –preguntó más adelante–. No lo creí así. Abrir fuego habría supuesto para el enemigo, ya triunfante, nada más que la señal para obtener otra fácil victoria». El barco francés sobrevivió al bombardeo sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Entre tanto, el crucero había abierto fuego contra un buque que trataba de cruzar el puerto a toda velocidad, pero se detuvo de inmediato tan pronto como Müller se dio cuenta de que era una patrullera desarmada. Mientras el Emden abandonaba Penang, se topó en el canal con el vapor británico Glenturret. Lauterbach y su partida de abordaje subieron a bordo para pedir a su patrón que transmitiera las disculpas de Müller a las autoridades británicas por haber abierto fuego por error contra la patrullera y también por no enviar botes a rescatar a los supervivientes del Zhemchug; una vez transmitido el mensaje, dejó que el Glenturret continuase su camino.

Sin embargo, la jornada todavía no había terminado, ya que al salir del puerto se topó con otro pequeño destructor francés, el Mousquet, cuyo capitán mostró más energía que su compatriota en el fondeadero. Se aproximó al Emden a toda máquina, disparando feroz pero inútilmente. Los franceses lucharon hasta que su buque naufragó bajo sus pies diez minutos después del

primer disparo; el capitán francés se hundió con su buque mientras que Müller enviaba botes para rescatar a los supervivientes. El 30 de octubre, temprano, el Emden detuvo al vapor Newburn, embarcó en él a los 35 prisioneros y heridos franceses y le dio a su patrón una carta –que fue entregada– que iba dirigida al cónsul alemán en Batavia, en la que informaba del raid de Penang.

El Emden puso rumbo al sur, hacia las diminutas islas Cocos, 3700 km al oeste de Darwin. Allí se encontraba una importante estación de radio y cable telegráfico que conectaba Gran Bretaña con Australia. El 31 de octubre, en la costa de las Indias Orientales Neerlandesas, se reunió en el lugar y el momento acordados con el Buresk. A la mañana siguiente, un domingo, Müller anunció unos cuarenta ascensos entre la tripulación y se unió a sus oficiales en la camareta para tomar una copa después del servicio religioso. Su intención era que su siguiente operación, contra la estación de cable en la isla Direction, fuera una finta. Deseaba que sus perseguidores se dirigieran hacia el este, para después cambiar de rumbo una vez más hacia el oeste y apostarse de nuevo en la ruta Adén-Bombay. En la noche del 7 de noviembre, el Emden alcanzó el punto de encuentro acordado con el Exford, pero no hubo señal del barco hasta las 8.00 h de la mañana siguiente. Un fallo al coordinar los cronómetros del pequeño buque había provocado un error de navegación, lo que supuso que el carbonero llegara tarde a su posición. El navegante del crucero, temporalmente al mando del Exford, debió de sentirse muy aliviado cuando por fin avistó su propio barco. Esas pocas horas de retraso, aparentemente sin importancia, hicieron que Müller aplazara la operación planeada contra la estación de cable hasta el día siguiente y, con ello, también sellaron la condena de su buque: la increíble suerte del Emden se había terminado.

Los alemanes interceptaron las señales codificadas de un barco de guerra británico, cuya potencia les hizo comprender que el navío se encontraba a 320 km y alejándose con rapidez. Müller dedujo correctamente que se dirigía al África del Sudoeste Alemana para apoyar la campaña sudafricana para su conquista. El mensaje no estaba siendo repetido por ningún otro buque cercano de la Royal Navy, por lo que el capitán concluyó, erróneamente, que la ruta hasta la isla Direction estaba expedita. A las 6.00 h del 10 de noviembre, el Emden se detuvo para que Mücke, el primer oficial, y una partida de 41 marinos armados embarcaran en una pinaza de vapor y cuatro cúteres, con el

objetivo de capturar y destruir las estaciones de radio y cable. Cuando los británicos empezaron pedir con insistencia que el buque se identificara, los alemanes trataron de interferir las transmisiones, pero no lo consiguieron. Los británicos enviaron el mismo mensaje una y otra vez: «Buque desconocido en la entrada». Poco después, el mensaje decía: «SOS, Emden aquí». Las señales de la estación de cable fueron captadas por buques de guerra británicos, que reaccionaron en cuestión de minutos. El crucero ligero australiano Sydney, uno de los escoltas de un enorme convoy de tropas que transportaba soldados australianos y neozelandeses hacia Egipto, estaba a solo 83 km, dos horas de navegación, de la isla Direction. Fue inmediatamente destacado por el contraalmirante de la flotilla y se le ordenó que buscara al corsario alemán. A Müller y su tripulación se les había acabado la suerte. El crucero de batalla japonés Ibuki pidió que se le concediera el honor de perseguir al corsario alemán y citó su superior armamento, pero, mientras que el Emden podría haber dejado atrás al Ibuki, el crucero ligero australiano que fue destacado en su lugar tenía un andar dos nudos superior al máximo que podían alcanzar los alemanes.

La tripulación del Sydney, en especial los profesionales de la Royal Navy que estaban al mando del navío, se mostraba entusiasmada por aquella oportunidad. El capitán Glossop no era un oficial demasiado imaginativo, pero la misión que le había sido asignada solo exigía ajustarse a las normas básicas de la guerra naval, las cuales le habían sido inculcadas desde que era un adolescente. Pocos minutos después de las 9.00 h se avistó humo en el horizonte y un cuarto de hora más tarde se confirmó que pertenecía a un buque de guerra británico; por entonces, la partida de desembarco alemana llevaba casi tres horas en la isla destruyendo la estación de cable, pero ahora ya era demasiado tarde para intentar reembarcar a Mücke y a sus hombres. Müller ordenó precipitadamente alistar el buque para el combate. El Emden levó anclas y abandonó la albufera lentamente, con sus fogoneros alimentando carbón a las calderas para aumentar la presión y coger velocidad; entretanto, el grupo de desembarco abandonado en la isla observaba impotente las maniobras de su buque. La mermada dotación del Emden ocupó sus puestos de combate, mientras su capitán se daba a todos los diablos por haber interpretado la situación de forma tan errónea: se dijo a sí mismo que debía haberse

imaginado que recalando a plena luz del día las probabilidad de que la estación de cable informase de su presencia antes de poder ser destruida eran muy altas. Por supuesto, aunque era razonable pensar que la presencia del Emden en la isla Direction hubiera sido transmitida a los británicos antes de que el crucero pudiera aproar al oeste una vez más, había sido un golpe de mala suerte el que se hiciera tan rápido y con buques enemigos tan cerca. El rostro de su ayudante, Guérard, brillaba con la excitación provocada por la anticipación del combate, pero el propio Müller era muy consciente del fatal aprieto en el que se encontraban.

A las 9.40 h, cuando los telémetros del Emden indicaron que el Sydney se encontraba a 9600 m, Müller ordenó a sus baterías que abriesen fuego. No iba a ser una justa entre dos duelistas, ya que el objetivo de Glossop era destruir al Emden con el menor daño posible para su barco. Sin embargo, las dos primeras salvas del Emden consiguieron ahorquillar al crucero australiano con extraordinaria precisión, seguidas de una tercera que impactó de lleno causando algunos daños y bajas –cuatro muertos y ocho heridos–. Si esos proyectiles se hubieran desviado ligeramente, el control de tiro del buque australiano habría quedado destrozado y el Emden hubiera escapado. No fue así, por supuesto, y el Sydney viró a babor para abrir la distancia, navegando en paralelo con su adversario, y abrió fuego con su artillería, de mayor calibre que la del Emden. Ahora era el turno de Müller de ordenar avante a toda máquina para intentar cerrar la distancia y, aunque sus artilleros consiguieron impactar repetidas veces al crucero enemigo, sus andanadas no tenían el peso suficiente para penetrar el blindaje lateral del Sydney a la distancia a la que estaban combatiendo.

Pasaron veinte minutos antes de que los mediocres artilleros del barco australiano consiguiera alcanzar al Emden, aunque cuando lo hizo destrozó la cabina de radio y cortó el sistema de comunicaciones entre el puente y los cañones. Después de aquella primera andanada con éxito, una lluvia de proyectiles destrozó el navío de Müller. Las chimeneas del alemán fueron rápidamente derribadas, ya que sus estayes habían sido retirados para preparar al buque para carbonear; luego les tocó el turno a los torpedos y el timón; docenas de hombres murieron abrasados al estallar los pañoles de munición de las piezas de artillería. A las 11.15 h, el Emden cesó el fuego después de haber

disparado 1500 proyectiles, ya que todas sus baterías estaban destruidas. Aquellos noventa y cinco minutos bajo cañoneo constante, en los que recibieron un centenar de impactos de proyectiles de 150 mm, fueron desastrosos para el buque y buena parte de su tripulación. La superestructura, las torretas de artillería y los ranchos de marinería quedaron destruidos por los continuos impactos. Los ventiladores dejaron de funcionar, de modo que las temperaturas bajo cubierta subieron a niveles insoportables, lo que dejó a fogoneros y maquinistas prácticamente incapacitados a causa del irrespirable ambiente de las salas de máquinas y calderas. Había restos por todas partes y el buque mostraba una pronunciada escora a babor. La dotación de Müller sirvió con honor a su capitán y a su país, luchando hasta el final contra un enemigo superior con una dignidad que hizo honor a la Marina Imperial alemana. Müller puso proa con su dañado barco hacia un arrecife cercano y, de forma deliberada, lo embarrancó a toda máquina para evitar más pérdidas de vidas. «Todos a bordo estaban desquiciados, no se puede describir de otra manera, simplemente enloquecidos por completo –dijo uno de los oficiales del Sydney después de ver a los supervivientes alemanes– por la conmoción, los gases tóxicos y el rugido de los proyectiles estallando entre ellos».

El capitán del Endem escribió en el informe de la acción: «Puesto que no podía dañar al enemigo, decidí maniobrar el barco, totalmente destrozado por los disparos y con varios incendios activos, a barlovento de la isla Keeling del Norte, en las rompientes del arrecife, con el fin de inutilizarlo por completo, de modo que los supervivientes no se sacrificaran inútilmente». Se sentía personalmente responsable de la muerte de sus hombres, en especial de la de Zeidler, su asistente personal, y Guérard, su devoto ayudante, quien tan solo unas horas antes se había mostrado lleno de emoción por entrar en combate. Glossop continuó disparando contra el pecio incluso después de que embarrancara, antes de virar para capturar al carbonero Buresk, al que encontró a punto de naufragar después de que los alemanes hubieran abierto los grifos para hundirlo. Luego volvió a la posición del Emden y se puso al pairo justo a vista de tierra. Eran las 16.00 h y Müller y sus hombres habían aprovechado el respiro para destruir equipo y documentos. Algunos marineros alemanes se habían ahogado al intentar ganar a nado la isla desde el arrecife debido al fuerte oleaje. El Sydney exigió la rendición por señales de semáforo,

pero al no recibir respuesta reanudó el bombardeo. Pasaron cinco minutos antes de que aparecieran banderas blancas y un marinero alemán subiera al mástil para arriar la enseña del crucero. Solo entonces se detuvieron sus torturadores. El Sydney había gastado 670 proyectiles de 150 mm en su combate contra el Emden.

Glossop envió al pecio uno de los botes del Buresk con prisioneros alemanes para informar a Müller de que partiría hacia la isla Direction para investigar los daños infligidos a la estación de cable y que regresaría al día siguiente para rescatar a los supervivientes del Emden. No fue una actitud demasiado honorable; podría haber despachado un destacamento con su propio médico para ayudar a un indefenso y derrotado enemigo. En cualquier caso, cuando el Sydney arribó a la isla Direction comprobó que los alemanes del destacamento de desembarco habían escapado. El teniente Mücke y sus hombres habían hecho gala de gran iniciativa en este espacio de tiempo. Al ver partir al Emden comprendieron que a partir de ese momento su salvación dependía de ellos mismos, así que decidieron confiscar el único barco anclado en la albufera que era lo bastante grande como para llevarlos a todos, la goleta Ayesha y, tras despedirse de los británicos que operaban la estación de cable y que durante un breve espacio de tiempo habían sido sus prisioneros, abordaron el velero y se hicieron a la mar. Cuando Glossop y su navío llegaron al fondeadero, los alemanes hacía horas que se habían marchado. Después de una asombrosa odisea por mar y tierra, el grupo de Mücke llegó a Constantinopla en mayo de 1915 y, desde allí, regresaron a su patria convertidos en héroes.

Al día siguiente, cuando Glossop regresó a Keeling del Norte, envió a uno de sus oficiales, el teniente Garsia, para que insistiera en que Müller garantizara que ni él ni sus hombres intentarían interferir con las operaciones del Sydney, antes de que el crucero empezara a embarcar a los prisioneros. Garsia se acercó, saludó y dijo: «Combatió muy bien, señor». Müller respondió bruscamente: «No», y se dio la vuelta, aparentemente todavía herido por la amargura de la derrota y porque, como dijo más tarde, sentía que su honor exigía que hubiera muerto en el combate; pero hizo un esfuerzo por controlar sus emociones y se volvió hacia el joven oficial británico. «Muchas gracias por sus palabras –dijo–, pero no estoy satisfecho. Podríamos haberlo hecho mejor. Fueron muy afortunados de averiar mis tubos acústicos al principio». Solo entonces empezó

el largo y arduo proceso de trasladar a los heridos alemanes hasta los botes, llevarlos hasta el arrecife y desde allí hasta el Sydney. Müller fue el último en abandonar el pecio del que había sido su barco. Al día siguiente, los supervivientes que habían llegado a la isla a nado también fueron recogidos. Entre la tripulación habían muerto en la acción o a consecuencia de sus heridas 7 oficiales, 124 marineros y 3 lavanderos chinos, alrededor de un tercio de los que se encontraban a bordo, mientras que otro tercio estaba herido. Solo Müller y cinco oficiales estaban indemnes. Cualesquiera que hubieran sido los defectos del comportamiento de Glossop durante la acción –porque la realidad es que el Sydney había hecho un trabajo bastante torpe para la destrucción de un oponente mucho más débil–, el capitán se comportó con impecable sensibilidad cuando su barco arribó a Colombo el 15 de noviembre. Ordenó por semáforo que no hubiera ni ovaciones ni celebraciones visibles, en deferencia a Müller y los marineros del Emden, entre los cuales los que revestían heridas de mayor gravedad descansaban tumbados en camastros en la toldilla.

El oficial alemán fue agasajado en Colombo. En setenta días había capturado veintitrés navíos. Fue visitado por el capitán Grant, del Hampshire. Intercambiaron información acerca de sus respectivas travesías, que pusieron en evidencia con qué frecuencia habían estado a punto de toparse el uno con el otro. Churchill quería que los cautivos alemanes fueran enviados a Gran Bretaña, pero el jefe del estado mayor de la Royal Navy protestó con vehemencia: Müller sería ensalzado, dijo. «Toda clase de desequilibrados querrían escribirle y visitarle». Kitchener, como secretario [ministro] de Guerra, ordenó que se enviara a los prisioneros a Malta. En la isla mediterránea, Müller languideció en cautiverio junto con su tripulación hasta octubre de 1916, cuando las circunstancias de su encarcelamiento experimentaron un abrupto cambio. Una mañana le ordenaron embarcar en el viejo acorazado británico London, sin dejarle recoger sus enseres personales o mostrarle ninguna clase de cortesía. Fue retenido bajo guardia e incomunicado bajo cubierta y era escoltado por un centinela incluso para ir al aseo durante toda la travesía del London hasta Plymouth. Una vez en tierra, se le confinó en una celda hasta transferirlo a un sombrío campo de prisioneros en Derbyshire. El 26 de septiembre de 1917 escapó por poco tiempo, pero fue capturado de nuevo y

sentenciado a cincuenta y seis días de confinamiento en solitario. En enero de 1918, después de un ataque recurrente de malaria, fue enviado a los Países Bajos para recibir tratamiento médico. Dos meses más tarde, Müller supo que había sido condecorado con la distinción más alta de Alemania, la *Pour le Mérite* , por sus éxitos al mando del Emden. En octubre de 1918, con la guerra ya casi acabada, se le repatrió por fin a Alemania, donde le asignaron un puesto administrativo en el Almirantazgo hasta que se retiró tres meses más tarde. Sirvió brevemente como diputado liberal en el parlamento provincial de Brunswick, pero murió repentinamente el 11 de marzo de 1923, a los cuarenta y nueve años, de un nuevo ataque de malaria. Había dedicado los últimos años de su vida al bienestar de los supervivientes de su antiguo buque.

Müller fue siempre una persona solitaria, dedicada por completo a su deber y, en apariencia, nunca tuvo un interés romántico y tampoco demasiados amigos. La fortuna desempeñó un importante papel en los estragos que causó entre la flota mercante británica durante aquellos primeros meses de la guerra, cuando ambos contendientes aún estaban aprendiendo las nuevas reglas del juego y todavía no se hacían a la idea de la cruel realidad a la que se enfrentaban, una realidad en la que Alemania decidió que solo la guerra submarina sin restricciones podía poner de rodillas al abrumador poderío naval británico. El Emden constituyó un episodio excepcional de la guerra en el mar. La extraordinaria compasión de Müller, su deseo de evitar daños a los inocentes y socorrer a las víctimas, al mismo tiempo que hacía todo lo que estaba en sus manos para ayudar a su país en guerra, hacen de él un individuo fuera de lo común a ojos de la posteridad. En aquellos primeros meses de una nueva y terrible era intentó amoldarse a los ideales de otros tiempos, aunque solo fuera por un breve lapso. No existen evidencias, pero es probable que los británicos decidieran actuar de forma tan repentinamente hostil hacia su prisionero en represalia a la escalada alemana en la contienda. La naturaleza del conflicto y la percepción del mundo habían cambiado radicalmente desde 1914. En una guerra de gas venenoso, zepelines y submarinos no parecían existir demasiadas razones para mostrar respeto hacia un prisionero enemigo. Europa estaba enzarzada en una lucha existencial en la que millones habían muerto o iban a morir. La forma de hacer la guerra de Müller no solamente parecía anticuada, sino también casi perversa. Hoy, ya apagadas las pasiones de entonces,

podemos volver a honrar la memoria de aquel marino serio, valiente y extraordinariamente decente. Müller hizo que el nombre de la Marina alemana fuera aplaudido en todo el mundo y que cumplió con su deber hasta el final como el perfecto caballero que era. Hubiera merecido un trato más cortés por parte de sus enemigos.

[1] N. del T.: Término peyorativo para referirse a las tropas alemanas a raíz de una arenga del káiser Guillermo II en 1900, durante la rebelión de los bóxer en China, en la que conminó a las tropas expedicionarias alemanas a tratar a los chinos con la misma brutalidad que los «hunos de Atila».

[2] N. del T.: Río navegable que permitía –y todavía lo hace– el acceso a los buques mercantes al puerto de Calcuta.

[3] N. del T.: En el original en inglés se usa la expresión *gentleman-of-war* , un juego de palabras intraducible a partir de la forma arcaica de referirse a los buques de guerra en inglés, *man-of-war* .

[4] N. del T.: Literalmente, el gobierno británico en India.

[5] N. del T.: Pabellón de guerra en los buques del Reino Unido.

7

El soldado más raso [1]

La mayoría de los protagonistas de las historias recogidas en este libro triunfaron como guerreros, incluso aquellos que optaron por una carrera militar no tanto por amor a las armas como por sentido del deber y patriotismo supieron salir airosos cuando tuvieron que combatir, a veces hasta de forma brillante. Sin embargo, ninguna historia de la guerra moderna que investigase en qué consiste ser un guerrero estaría completa sin tener presente la figura del ciudadano-soldado, que fue la protagonista absoluta de las dos guerras mundiales. Aunque la mayor parte de aquellos hombres cumplió con su deber, pocos de ellos se sintieron realmente cómodos en su rol de soldados y algunos ni siquiera fueron capaces de fingir que valían para la profesión militar.

Entre estos últimos destaca Frederic Manning, un escritor australiano que disfrutó de un evanescente prestigio en los márgenes del mundillo literario y cultural eduardiano, al menos el suficiente como para ser invitado a algunas de las veladas de los gigantes literarios de la época, aunque nunca tanto como para destacar de verdad. Manning pasó cuatro meses en Francia como soldado de un batallón de infantería a finales de 1916 y aunque durante mucho tiempo se creyó que su humilde estatus había sido por elección, la realidad es que había fracasado en su intento de ser un oficial y eso en una época en la que no era difícil para un hombre educado conseguir unos galones. La carrera militar de Manning podría describirse como un cúmulo de pequeños desastres, que acabó en tragedia. Veinticinco años después, otro notorio soldado fallido, el novelista Evelyn Waugh, escribió a su amigo Frank Pakenham sugiriendo que la principal utilidad de la Segunda Guerra Mundial «sería curar a los artistas de la ilusión de que eran hombres de acción». Eso es lo que la Primera Guerra Mundial significó para Frederic Manning.

Su vida fue de todo menos satisfactoria, casi como si la felicidad y el éxito le hubieran eludido de forma deliberada. Es paradójico que a pesar de su poca aptitud como guerrero, demostrase ser uno de los testigos más honestos del conflicto y fuera capaz de narrar con una prosa de tremenda fuerza las tribulaciones de un conscripto en medio de las infernales circunstancias del Frente Occidental. En la literatura de la Gran Guerra, y especialmente en la británica, dominada y, de hecho, distorsionada por la poesía y la narrativa de un pequeño grupo de oficiales asqueados por la futilidad de la violencia –Sigfried Sassoon, Wilfred Owen, Robert Graves–, la «tropa» está infrarrepresentada, a pesar de que suponía la abrumadora mayoría de los combatientes. La «voz» de aquellos oficiales-literatos ha llegado a dominar la idea que tenemos acerca de lo que se considera la auténtica «voz» de toda una generación, pero la realidad era más compleja. Su forma de ver la guerra era válida para cierto tipo de gentes, de cierta clase social y nivel cultural, pero está lejos de haber sido compartida por la mayoría.

Muchos de los que sirvieron en las trincheras se sintieron irritados por la presunción popular de que su visión de la guerra era como la de Sassoon o la de Owen. No es que disfrutaran el Frente Occidental más que aquellos –¿qué persona en su sano juicio hubiera podido hacerlo?–, pero rechazaban la idea de los poetas de que los combatientes rivales eran moralmente indistinguibles y que ninguna causa, incluyendo aquellas de la democracia y la libertad, podían justificar el sacrificio humano. Muchos de los soldados aliados más inteligentes creían que Europa habría caído víctima de una tiranía brutal si las potencias centrales hubieran triunfado, un juicio de valor contemporáneo que hoy suscriben algunos de los mejores historiadores del periodo. H.E.L. Mellersh, un oficial que fue herido en dos ocasiones supo explicar a la perfección lo que sentían los veteranos en su libro *A Schoolboy Goes To War* (1978) [Un estudiante va a la guerra], donde deploraba la fantasía de que la mayoría de los combatientes creía que «la guerra fue una enorme inútil, fútil tragedia, que solo merecía ser recordada como una lamentable equivocación. Los de mi generación y yo fuimos a la guerra esperando una heroica aventura y creyendo tácitamente en la justicia de nuestra causa; terminamos muy desilusionados en lo que respecta a la aventura, pero todavía creyendo que nuestra causa era justa y que no habíamos combatido en vano».

La mayoría de los hombres corrientes que luchó en la Gran Guerra compartía más la visión de Mellersh que las de Sigfried Sassoon o Wilfred Owen. El público, al igual que los novelistas y los cineastas, siguen aceptando la simplista escuela histórica de la «futilidad» de la Primera Guerra Mundial. Los veteranos, por el contrario, se sentían más identificados con las experiencias de Frederic Manning –que, al tiempo que narraba vívidamente los horrores de la guerra, les daba un tono de juicio divino– que con las de los partidarios de la trivialidad. Las novelas modernas, tales como las de Pat Barker, pueden presentar retratos convincentes de individuos inusuales cortados por el patrón de Sassoon, pero no nos cuentan nada útil acerca de los sinsabores o sentimientos de la mayoría de los soldados británicos que luchó en el Frente Occidental. Si queremos comprender realmente el alma del soldado hay pocas historias mejores para conseguirlo que su novela autobiográfica *Los favores de la Fortuna* , [2] publicada por primera vez en 1929. El libro es una excepcional semblanza de los hombres, en su mayor parte analfabetos, con los que sirvió el autor. Manning estaba tan horrorizado por sus experiencias en el Frente Occidental como podría haberlo estado cualquier otra persona, pero la forma de narrar su experiencia no es tan exagerada como la de los poetas bélicos y sí en cambio más fatalista. Es irónico que su mediocre vida y su fracaso como guerrero queden ocultos para la posteridad gracias a su habilidad para describir lo que se sentía al ser un soldado del montón. La mayor parte del libro se centra en las experiencias de un grupo de soldados en los momentos en los que no están en el frente, entre ataque y ataque, en vez de en el barro y la violencia de las trincheras. La crítica, sin embargo, fue capaz de apreciar la grandeza moral de los protagonistas desde el mismo momento de su publicación e hizo de él, de forma un tanto inesperada, uno de los grandes bardos de la Gran Guerra.

Frederic Manning nació en Sídney en julio de 1882 y fue el sexto de ocho hijos de un exitoso hombre de negocios que llegó a ser alcalde de la ciudad. Su abuelo había emigrado desde Irlanda en 1840. Su adorada madre, Nora, que había nacido en el condado de Clare, era una mujer fuerte, pequeña, de firmes convicciones católicas. Frederic era un niño frágil y, en consecuencia, consentido; no jugaba a nada, ni iba al colegio, sino que tenía un tutor jesuita que iba a la casa familiar de Rushcutters Bay. Fue un niño precoz y con

inclinaciones literarias que estaba ansioso por escapar del vulgar mundo del Sídney de su infancia. La amistad que formó con un tímido y joven intelectual inglés llamado Arthur Galton, que trabajaba como secretario privado del gobernador de Nueva Gales del Sur, le sirvió como motivación adicional.

La familia de Manning era lo bastante rica y abierta de mente como para satisfacer las ansias de ver mundo de su asmático y siempre fatigado vástago. A los quince años, en marzo de 1898, partió de Australia hacia Gran Bretaña en compañía de Galton, que había terminado su pasantía como secretario. En apariencia, pretendía seguir el *cursus honorum* típico de un joven británico adinerado, educándose en Winchester y en el New College, de Oxford pero, por algún motivo que se nos escapa, no fue así, sino que gracias a la generosa asignación que le daba su familia se dedicó a viajar por Europa y a leer con avidez todo lo que caía en sus manos, especialmente la literatura clásica, de la que fue devoto toda su vida. Su inteligencia y su buena presencia –su sobrino decía que parecía «un español», por sus penetrantes ojos marrones– le abrieron un hueco en los márgenes de los círculos de la vida cultural inglesa cuando todavía era un adolescente. Empezó a codearse con personajes como William Rothenstein, que llegó a ser un buen amigo y destinatario de muchas de las cartas que Manning escribió desde el frente, y que dibujó un retrato suyo a lápiz en el que aparece con un sombrero de copa en la mano, o como el caricaturista y ensayista Max Beerbohm, que le llevó a ver el estreno de la obra de Bernard Shaw *You Never Can Tell* (*Lucha de sexos*). Estuvo unos meses viviendo en la rectoría de una parroquia en Buckinghamshire gracias a la indulgencia del párroco titular, pero la mayor parte del tiempo la pasó viajando por Italia y leyendo sin descanso a Dante y Anatole France. Su estilo literario y su comportamiento remilgado, excesivamente maduro, parece que tomaron forma porque prefería vivir con personas mayores que con los de su generación. Todavía no había cumplido veinte años cuando publicó su primer ensayo –acerca de Ibsen– en el *Daily Telegraph* de Sídney. Se vio obligado a volver a Australia brevemente por problemas de salud pero cuando, en 1904, sus padres viajaron a Gran Bretaña para una visita de seis meses, Frederic los acompañó, en esta ocasión para quedarse.

No tenía ninguna perspectiva laboral, excepto como intelectual. Su salud era su preocupación principal, su refugio y su coartada. Aunque sus achaques

eran reales, hay pocas dudas de que eran psicosomáticos. Odiaba las multitudes y las ciudades en las que vivían: «No soy un animal gregario; y la gente que se mueve en rebaños me da la impresión de ser solamente sombras los unos de los otros, sin ninguna realidad en última instancia». Se enervaba hasta límites angustiosos cada vez que iba a Londres, por lo que optó por una vida rural en un remoto pueblo en Lincolnshire. Su amigo Galton había tomado los hábitos, de modo que invitó a Manning a compartir con él la rectoría en Edenham, donde vivió los ocho años siguientes. Dios sabe qué pensarían los estólidos pueblerinos de Lincolnshire de las costumbres más exóticas del recién llegado, tales como quemar incienso en su habitación, pero una vez instalado en la tranquilidad rural, empezó a escribir y publicó un libro de poemas, *The Vigil of Brunhild* [La vigilia de Brunilda], además de colaborar regularmente en el *Spectator* de Saint Loe Strachey. Sus ambiciones intelectuales eran pretenciosas, como demuestra el hecho de que, en noviembre de 1905, se publicase una carta suya en *Outlook* en la que analizaba «la aparente simetría entre las ideas principales de Gobineau y Matthew Arnold». [3] D. H. Lawrence comentó un ensayo de Manning en el *Spectator* y afirmó que era la «visión de la vida a través de los ojos del mono de un organillero». Manning empezó a trabajar en una novela histórica titulada *The Gilded Coach* [El carruaje dorado], que pretendía que «rivalizase con *Henry Esmond* , de Thackeray».

En 1909 obtuvo una fama efímera con la publicación por John Murray de *Scenes and Portraits* [Escenas y retratos], una colección de coloquios imaginarios, cada uno ambientado en un momento histórico en la que las creencias tradicionales habían sido cuestionadas y que solo podría haber tenido éxito en el pedante mundo de la literatura eduardiana. En la primera pieza, titulada «En la casa de Eurípides», Sócrates, Protágoras y Eurípides discuten si, y de qué manera, existen los dioses; en «En San Coscino», Maquiavelo debate con Thomas Cromwell. Un crítico escribió, con exultante hipérbole, sin ser consciente de la ironía: «La principal esperanza de la literatura inglesa en prosa reside en el hecho de que Mr. Manning escribe». Le otorgaron el prestigioso premio Edmond de Polignac, hasta que se dieron cuenta de que la fecha de publicación no cumplía con las normas del premio y tuvieron que retirarle el cheque de cien libras que le habían entregado. Algunos críticos consideraron que *Scenes and Portraits* era un tanto recargado, lo mismo que el público. Las

ventas fueron menos de mil ejemplares, casi tan modestas como las de una colección de sus poemas publicada poco después. Había conseguido establecerse como una figura literaria menor, era invitado a fiestas por personas como Aubrey Herbert en Pixton, su famoso salón literario de Somerset, y todo el mundo estaba de acuerdo en que era una promesa en ciernes. Afirmaba estar trabajando en un poema lírico, así como en uno narrativo y otro filosófico. Pero el poeta Henry Newbolt se preguntaba si Manning «sería capaz jamás de fascinar al público; por el momento no toca el mundo real lo bastante de cerca como para hacerlo», lo cual demostró ser una observación muy perspicaz.

No parece que tuviera ningún interés romántico por las mujeres. De hecho, es razonable asumir que fue célibe toda su vida, puede que incluso fuera uno de los muchos homosexuales frustrados del periodo. Su estilo literario estaba marcado por un cierto narcisismo, posiblemente derivado de su patológica hipocondría: «Tengo un cierto respeto por las empresas humanas, la vanidad humana e incluso por el fracaso humano», observó con aire de superioridad. Cuando visitó París en 1913, escribió a un contacto francés presentándose a sí mismo con embarazosa timidez como «*un petite enfant* –excitado por estar aventurándose– *dans un autre monde*» . [4] Era un adicto a la Antigüedad, hasta un punto notable incluso en una época en la que el mundo clásico estaba de moda. Sus amistades estaban marcadas por notorias confidencias y disputas apasionadas en torno a los temas más esotéricos, como, por ejemplo, la que sostuvo con Ezra Pound, a quien le unió la amistad hasta que tuvieron una fenomenal bronca acerca de Milton.

En 1914, Manning había cumplido los treinta y dos años y algunos espíritus crueles se preguntaban con sarcasmo si alguna vez llegaría a ser la «juvenil» promesa literaria de la que tanto se había hablado. La verdad es que no parecía que fuera a hacerlo; así, por ejemplo, aunque no había renunciado a escribir una novela histórica, solo había conseguido redactar unas pocas páginas; de hecho, su padre, *sir* William, cuando visitó Londres por aquella época junto con el hermano de Frederic, Charlie, no podía dejar de preguntarse a qué se debía que su aspirante a prodigio ni se había casado ni había conseguido nada de lo que pudiera presumir, y eso que el empresario australiano parecía haberse sentido orgulloso de las habilidades literarias de su hijo. Lo cierto es que ninguno de sus libros había vendido más allá de unos

pocos centenares de copias. Es posible que la asignación que le daba *sir* William, junto con el modesto interés que le producía su participación en un rancho de ovejas australiano propiedad de su hermano, y que le habían permitido a Frederic el lujo de posponer un año tras otro tener que enfrentarse al mundo real, hubiera sido un obstáculo más que una ayuda. La distancia que mediaba entre sus ambiciones como escritor –ya no tan joven– y sus logros, era embarazosamente amplia.

La evidencia acerca de la reacción inicial de Manning a la guerra es fragmentaria. Sabemos que cuando llegó la noticia de que esta había estallado, se encontraba en una fiesta en una casa de campo; también sabemos que la invasión alemana de Francia le conmovió profundamente, ya que era un país al que amaba de todo corazón; y, por fin, que su amigo y mentor Arthur Galton despreciaba todo lo teutónico, incluido Goethe, hasta el punto de la obsesión. Parece que Manning intentó unirse, sin éxito, al RFC (Royal Flying Corps [Real Cuerpo Aéreo]), ya que, como a otros muchos hombres de su generación, la idea de volar le fascinaba. Es posible que intentara conseguir una comisión de oficial en varios regimientos, aunque, si ese fue el caso, es obvio que no lo consiguió, tal vez por razones médicas. De cualquier modo, hasta octubre de 1915 no se alistó en el Ejército, cuando por motivos que se nos escapan decidió presentarse voluntario como soldado raso en Shrewsbury para formar parte de la KSLI (King's Own Shropshire Light Infantry [Infantería Ligera de Shropshire del Rey]). Por su historial médico, sabemos que Manning apenas rebasaba el 1,70 m de estatura, pesaba tan solo 57 kg y que había sufrido neumonía. Por alguna razón, sus papeles de alistamiento le declaraban miembro de la Iglesia de Inglaterra, aunque tanto antes como después practicó el catolicismo en el que había sido bautizado. Fue destinado a Pembroke Dock, en Gales del Sur, para la instrucción básica, una experiencia que ofendió a su maniática personalidad, dado que, como a muchos hombres educados, la pérdida de privacidad que imponía la vida militar, la cháchara de conversaciones sin sentido y el hacinamiento le parecían odiosos. Su único consuelo fue que, gracias a la amistad que hizo con un párroco local, podía alojarse en su casa los fines de semana.

«Los sábados y domingos por la tarde –escribió el soldado 19022 a su amigo William Rothenstein en una correspondencia que ha llegado a ser la

evidencia autobiográfica más importante sobre el servicio militar de Manning–, puedo escapar a esta tranquila vida civil durante unas pocas horas y recordar que soy un hombre civilizado. No es que quiera huir de los hombres, porque, honestamente, he llegado a amarlos con todas sus faltas y defectos, que asumen valientemente como propias. Pero necesito escapar al silencio que no es el del sueño. Es como un baño de silencio, uno casi puede sentir su frescor en la piel».

Manning afirmó que la vida militar «despertó mi capacidad de aguante». Esta enigmática afirmación puede ayudarnos a explicar en parte su comportamiento posterior. Desde el punto de vista literario, sin embargo, su reacción más importante fue la intensa curiosidad que sintió por los hombres con los que servía, la mayoría de ellos campesinos. Es probable que hubiese tenido contactos superficiales con hombres parecidos en el Lincolnshire rural, pero nunca había a llegado a ser tan íntimo como ahora. A pesar de su curiosidad por los hombres de Shropshire, evitaba desvelar nada acerca de sí mismo. Al igual que comentaban los camaradas de su *alter ego* , Bourne, en su novela: «Es un caballero, sin duda, y mejor educado que nosotros, pero nunca habla de sí mismo». Manning, por ejemplo, les dijo a sus compañeros de barracón que era abstemio, para así tener que evitar socializar con ellos fuera de servicio. Tal como escribió en una carta:

> Estos hombres son como niños. Cuando están borrachos su educación desaparece y están simplemente controlados por sus emociones. La mezcla de disciplina y alcoholismo es bastante curiosa; ejemplifica la teoría de lo cómico de Bergson, la disparidad entre lo ideal y la realidad; pero a la vez al añadir la piedad lo pone al borde de las lágrimas […]. Este entrenamiento desarrolla el salvaje en nosotros, pero al mismo tiempo una acusada reacción por parte del salvaje; igual que la Edad Media crea el ideal de Galahad como una reacción a la realidad de sus vidas. Esta gente tiene las pasiones primitivas y valiente simplicidad de un tiempo pasado. «Somos pecadores», dicen y no son conscientes de lo mucho que esa es el alma auténtica de la religión.

Manning, sin embargo, había encontrado un refugio para su depresión en la bebida, probablemente en solitario. Su actitud evoca inevitablemente a Kipling:

Gentleman-rankers, out on the spree
Damned from here to Eternity.

[Caballeros-soldados, de juerga por la ciudad
Condenados estáis de aquí a la Eternidad].

Tras seis semanas en Pembroke Dock, sintió que ya había tenido suficiente del dudoso privilegio de observar al hombre común en la intimidad de los barracones y presentó su candidatura a oficial. En abril de 1916 fue enviado a un batallón de oficiales cadetes acuartelado en Balliol College, Oxford, pero el 13 de junio tuvo que hacer frente a un consejo de guerra por estar borracho de servicio. Fue acusado de haber introducido alcohol dentro de la facultad, en contra de la Orden de Batallón 12, y de haberse emborrachado, por lo cual recibió una amonestación y fue enviado de regreso a su unidad. Manning nunca escribió de sus desventuras en el Ejército, que cada vez fueron más y más extravagantes, así que no hay ninguna evidencia que sirva para explicar cómo o por qué se comportaba alocadamente, de forma casi suicida, si quería escapar de la vida de servidumbre en filas. El alcohol tuvo un papel desastroso en su vida y un coronel al que sirvió escribió: «Manning es un caballero, pero aparentemente no tiene fuerza de voluntad y es bastante inadecuado como oficial». Incluso antes de que empezara la guerra, había demostrado estar más cómodo viviendo la fantasía del intelectual que en el mundo real. Para haberse comportado como lo hizo en Oxford, este inadaptado bipolar debió de haberse sentido verdaderamente deprimido.

Manning volvió a su batallón de infantería después de su fracasado intento de hacerse oficial. Los pocos meses que sirvió en el Frente Occidental fueron los únicos en toda su vida que se vio obligado a trabajar junto a otras personas compartiendo un propósito común. El resto de su vida lo malgastó en una solitaria y en buena medida inane contemplación. Es probable que su regreso a los barracones en Pembroke Dock fuera una experiencia deprimente para

Manning, después de que hubiera fracasado de manera ignominiosa en su intento de alcanzar metas más elevadas, pero salvo si su novela es pura imaginación en lo que respecta a su propia vida, parece que entre los soldados consiguió adaptarse a la convivencia con sus camaradas y, si bien nunca fue un participante entusiasta, sí que podemos describirlo como un observador comprometido de la experiencia bélica del soldado raso en la Gran Guerra.

En agosto de 1916 le destinaron como reemplazo para el Frente Occidental. Una amiga, Eve Fowler, se trasladó desde el campo hasta Londres para acompañarlo desde Paddington a la estación de Waterloo, donde tomó el tren con destino a Francia. Era uno más entre otros muchos soldados cargados de equipo que se despedían con gestos forzados de sus seres queridos en el andén de la estación, aunque los abrazos entre Eve y Manning deben de haber sido de los más castos. Tenía treinta y cuatro años, una edad poco adecuada, tanto emocional como físicamente, para empezar una «carrera» como soldado raso en el Frente Occidental. Fue destinado al 7.º Batallón del KSLI, justo antes de que la unidad se desplegara en Guillemont. Manning empezó de inmediato a escribir acerca de su experiencia. El testimonio más cercano son sus cartas, la mayoría dirigida a William Rothenstein, en las que describía la sensación de miedo, «que caminaba detrás de mí como si fuera un ser vivo, junto con la sensación de indiferencia que no es lo bastante pura como para ser descrita como resignación».

Sus camaradas eran «los muchachos de Shropshire» y los describía según volvían de las trincheras, «agotados, sucios de barro gris, con sus cascos de acero que son como sombreros chinos de color verde grisáceo». Señalaba «la música de los cañones» y observaba que: «No puedo aclarar y analizar mis experiencias todavía, son demasiado inmediatas: aburrimiento, terror, luego una especie de embriaguez […] en realidad no percibimos la experiencia misma, sino solo retazos de aquella». Envidiaba en sus camaradas una entereza que percibía como muy superior a la suya: «Creo que el heroísmo de estos hombres es proporcional a sus humillaciones; la forma más estricta de disciplina monástica es menos sacrificada. Por mi parte puedo, con esfuerzo, lo admito, escapar de mis alrededores dentro de mi mente; pero ellos son criaturas totalmente físicas, para las que el presente lo es todo».

Manning se hacía eco aquí de experiencias como las descritas por el piloto de caza Cecil Lewis, que pasó directamente de la escuela a la guerra y que nunca había conocido otra cosa: «Vivíamos el momento de forma absoluta. Nuestra preocupación era la siguiente patrulla, nuestro horizonte era el siguiente permiso. Algunas veces, bromeando, como quien debate acerca de ganar el Derby Sweep, planeábamos nuestras vidas para lo que haríamos "después de la Guerra". Pero no tenía auténtico peso. Era un sueño, un paraíso imaginado, sin ninguna relación con la vida tal y como la conocíamos. Estábamos entrenados para un único objetivo: matar. Teníamos una única esperanza: vivir».

Soldados profesionales como Marcellin Marbot o Harry Smith habrían rechazado de plano una descripción tan brutal acerca de la naturaleza de su vocación. La necesidad de matar era algo que se daba por sentado, pero los profesionales preferían describir su trabajo en términos más nobles, si es que se paraban a pensar en ello. Sus recuerdos se centraban en los acontecimientos, en lo que habían hecho, no en sus sentimientos, ya que, después de todo, esa es la naturaleza fundamental del hombre de acción, que es lo que es la mayoría de los militares de carrera. Manning o Lewis formaban parte de una generación más proclive a la introspección; a un grupo de individuos que, en el contexto de una lucha existencial por la supervivencia de la nación, se habían vistos forzados a ponerse un uniforme que, en circunstancias normales, jamás se les habría ocurrido vestir.

Uno de los tropos más persistentes en todas las narrativas de la Primera Guerra Mundial es describirla como una experiencia única en su horror, cuando lo cierto es que muchos de los individuos que sirvieron en los grandes conflictos de la historia, tanto si fue en los regimientos de Wallenstein durante la Guerra de los Treinta Años, o en filas de la *Grande Armée* de Napoleón en la retirada de Moscú, padecieron terrores comparables. La Gran Guerra ocupa un lugar especial en el imaginario colectivo, en primer lugar por su magnitud y también porque sus protagonistas principales fueron ciudadanos-soldado para los que experiencias como el Somme o Passchendaele no formaban parte del contrato social, como sí lo fueron para los soldados profesionales. En las filas de todos los ejércitos de 1914-1918 sirvieron intelectuales, aficionados que simulaban por un tiempo ser soldados, que después describieron sus

experiencias de una forma totalmente nueva. Fred Burnaby o John Chard se habrían quedado confundidos con el tipo de poesía que Frederic Manning escribía desde Francia:

These are the damned circles Dante trod,
Terrible in Hopelessness
But even skulls have their humour,
And eyeless and sardonic mockery.

[Estos son los círculos malditos que Dante recorrió
Terribles en su Desesperanza,
Pero hasta los cráneos tienen su gracia
Y un ciego y sardónico gesto de burla].

Observó una columna de transporte en la oscuridad:

The moon swims in milkiness
The road glimmers curving down into the wooded valley
And with a clashing and creaking of tackle and axles
The train of limbers passes us, and the mules
Splash me with mud, thrusting me from the road into puddles,
Straining at the tackle with a bitter patience,
Passing me…

[La luna nada en blancura
La carretera brilla curvándose hacia el boscoso valle
Y con el tintineo y crujidos de ejes y arreos
El tren de carros pasa por delante de nosotros, y las mulas
Me salpican de barro, empujándome de la carretera hacia los charcos,
Tirando de los jaeces con amarga paciencia,
Dejándome atrás…].

En su novela, escribía en tercera persona acerca de su sensación de distanciamiento de aquellos con quienes convivía en tal intimidad: «Eran simples autómatas, cuya única vida consciente estaba todavía en Inglaterra. Se sentía curiosamente aislado incluso de ellos. No era de su condado, ni siquiera de su país, o su religión, o su raza […] en la vaga sensación de nostalgia que le invadía no buscaba compañía, sino soledad». Esta era una nueva expresión de los sentimientos que había descrito en Pembroke Dock, su profundo disgusto por verse obligado a vivir entre un rebaño, tal y como afecta a muchos hombres sensibles durante el servicio militar. En Francia, los contactos humanos más cercanos de Manning eran con amigos en Inglaterra, a los que escribía. En abril de 1917, algunos de sus poemas de guerra fueron publicados como parte de una colección más amplia de su trabajo titulada *Eidola* :

Each man is alone in this multitude;
We know not the world in which we move,

[Cada hombre está solo en esta multitud;
No conocemos el mundo en el que nos movemos].

Reflexiones de este tipo no le sirvieron para tener más éxito entre el público que con sus trabajos anteriores. Cuando se publicó el libro, Manning había aprovechado un permiso en Londres para solicitar nuevamente una comisión de oficial a través de algunos conocidos suyos, como lord Ancaster, su distinguido e influyente vecino en Lincolnshire. En su solicitud, rebajó su edad dos años. No está claro cómo o por qué Manning consiguió abandonar Francia después de tan solo cuatro meses en la línea de frente, los dos últimos sirviendo en la sección de transmisiones del batallón, pero el hecho es que, después de diciembre de 1916, no regresó al 7.º Batallón del KSLI. Tuvo suerte de sobrevivir sin heridas, excepto una conmoción que sufrió cuando un proyectil de artillería impactó en el refugio en el que descansaba. De hecho, su viejo amigo Galton creía que, tras sus experiencias en las trincheras, «no había visto a Manning con tan buen aspecto y tan fuerte desde que lo conocía». Su madre vivía ahora en Londres para estar cerca de sus hijos, tres de los cuales servían en el frente. El que la petición de Manning fuera aceptada a pesar de su consejo de

guerra anterior es un reflejo de la terrible escasez de oficiales que por entonces tenía el Ejército británico. Es probable que Manning hubiera conseguido impresionar al comandante de su batallón durante su breve estancia en el frente y que este lo recomendase. En cualquier caso, estaba lo bastante agradecido a su antiguo regimiento como para enviar copias de *Eidola* a dos de los oficiales del 7.º Batallón del KSLI, entre ellos el capellán.

En julio de 1917 fue destinado como alférez al Royal Irish Regiment [Real Regimiento Irlandés], destacado en Templemore, en las afueras de Dublín, que era un destino de lo más seguro. Sin embargo, apenas diez días después de su llegada al depósito, le sorprendieron borracho de servicio. Una vez más, tuvo que hacer frente al siniestro ritual de un consejo de guerra, que, en esta ocasión, le costó una severa reprimenda. Poco después, pidió la baja por enfermedad y un indulgente doctor le diagnosticó como víctima retroactiva de neurosis de guerra. Al regresar a su unidad después del permiso por enfermedad el 31 de agosto, se las arregló de alguna manera para pelearse con el coronel. El 17 de octubre fue hospitalizado en Cork para ser tratado por *delirium tremens* . Una semana más tarde, pidió ser relevado de su comisión de oficial y explicó en su solicitud que «debido a su estado de nerviosismo y constante insomnio creo que soy incapaz de cumplir competentemente con mis deberes como oficial». Son palabras que parecen haberse escrito mientras un superior se las dictaba.

El 29 de octubre, mientras todavía se estaba considerando su futuro, volvió a emborracharse. El oficial médico del batallón informó: «He visto al alférez Manning. Este oficial se encuentra en un estado de estupor, completamente incapacitado para cualquier servicio, a consecuencia claramente de un episodio de alcoholismo». Su coronel escribió a la War Office con la sugerencia de que otro consejo de guerra sería redundante: «El alférez Manning ha presentado su renuncia y, si fuera aceptada, no veo qué utilidad podría tener volver a juzgar a este oficial». En respuesta, la War Office preguntó con irritación por qué no había sido juzgado todavía. Durante los dos meses que siguieron, mientras el delincuente permanecía, en teoría, bajo arresto, el mando y la administración intentaban decidir qué hacer con él. Al final, en enero de 1918, y en una decisión sorprendente por su sentido común teniendo en cuenta que el Ejército británico estaba haciendo frente a una crisis de personal, se le permitió

renunciar. Su hoja de servicios explicaba los motivos, que, por otro lado, no se mencionaban, en la escueta noticia que informaba del final de su servicio y que apareció en la *London Gazette* : «Mala salud provocada por su intemperancia».

Es evidente que algunos de sus camaradas en el Royal Irish Regiment lo veían como una figura digna de lástima, más que de odio. Así, por ejemplo, cuando fue licenciado, *sir* John Lynch, un eminente procurador irlandés, con cuyo yerno había servido Manning en Templemore, le invitó a pasar unos meses con ellos en un chalet en las afueras de Dublín para que recuperase su salud. Allí conoció a algunos ardientes nacionalistas, incluyendo a Constance Markiewicz, [5] que le convenció antes de que abandonara Irlanda de que la unión con Inglaterra era papel mojado. Por entonces, su relación con el Ejército británico dio un nuevo y extraño giro, cuando volvió a solicitar de nuevo una comisión como oficial. Naturalmente, su solicitud fue rechazada por la War Office, que le informó secamente de que la única forma en la que podría volver a ser un oficial era si servía en un batallón de infantería y su oficial al mando le recomendaba posteriormente. Para entonces era octubre de 1918 y la guerra terminó unas pocas semanas más tarde. Manning escribió a Rothenstein: «Siempre lamentaré no haber estado presente para el final». Se instaló con su madre durante unos meses en Londres, en un apartamento en Carlisle Place, Westminster. En julio de 1919, sin embargo, regresó con Arthur Galton a sus alojamientos en su antiguo santuario de Edenham, en Lincolnshire.

No es probable que lleguemos a saber mucho más acerca de las relaciones de Manning con el Ejército británico; de hecho, es posible que no hablara de sus desventuras en el servicio ni con sus amigos ni con su familia. Por tanto, todo lo más que podemos hacer es especular acerca de sus motivaciones. En cualquier caso, parece que estaba siendo sincero cuando le dijo a Rothenstein que sentía no haber representado un papel de mayor relevancia en la contienda. Su historia sugiere que Manning tenía una personalidad perturbada incluso antes de alistarse, por lo que no parece una hipótesis realista atribuir sus problemas con la bebida a sus experiencias en Francia, aunque sea tentador hacerlo, ya que su primer consejo de guerra por estar ebrio en acto de servicio sucedió meses antes de entrar en combate. Curiosamente, sus viejos achaques dejaron de molestarle mientras vistió el uniforme, por mucho que tuviera

nuevas preocupaciones que lo angustiasen; sus problemas físicos desaparecieron al tener que enfrentarse a problemas más inmediatos, por lo que es bastante lógico suponer que siempre fueron de origen psicosomático. El pobre Manning tuvo que cargar toda su vida con un bagaje de histeria y complejos que le afligían en el momento más inesperado, de la manera más inesperada. ¿Cómo explicar si no que tirase por la borda su carrera militar dándose a la bebida de forma tan autodestructiva, teniendo en cuenta que estaba a salvo en un puerto seguro como era el depósito del Royal Irish en Templemore? Es imposible, tal vez hasta impertinente, saber qué le llevó a ello, pero de lo que no cabe duda es de que la guerra sustituyó sus problemas reales por otro que no tenía nada de imaginario: el alcoholismo.

La carrera literaria de posguerra de Manning parecía que iba a ser tan indiferente como la de preguerra. Recibió el encargo de escribir una sección de la biografía oficial de Kitchener, dirigida por *sir* George Arthur, sin duda gracias a la influencia de sus amigos, pero abandonó el intento después de irritar a *sir* George con sus retrasos. Consiguió algo de dinero con un encargo para escribir la biografía de un arquitecto naval por la que no es posible que tuviera ni el más mínimo interés. En 1921 murió su amigo y mentor Galton, por lo que tuvo que abandonar Lincolnshire, aunque finalmente encontró un nuevo hogar en otro retiro rural en Surrey. Siempre estaba sin un céntimo, ahora que la asignación que le entregaba su familia había cesado. Su alcoholismo le costó muchos amigos y es posible que influyera en su decisión de destruir muchos de sus propios ensayos literarios sin publicarlos. Paradójicamente, fue por entonces cuando hizo una amistad muy importante y de lo más improbable: T. E. Lawrence. William Rothenstein describió uno de sus encuentros cuando, de repente, el siempre reticente Lawrence empezó a hablar efusivamente de sus experiencias bélicas con Manning: «Extendió su cola de pavo real y una y otra vez empezaba [a hablar], solo para ser interrumpido en cada ocasión por Manning, quien empezaba, para mi regocijo, a hablar de sí mismo». Es posible que el uno reconociese en el otro a un completo narcisista con el que compartía una tremenda sensación de soledad.

Un día de 1927, un editor llamado Peter Davies, que conocía a Manning y había escuchado algunos de sus recuerdos de la guerra, le persuadió para que

escribiera «algunas experiencias reales en forma de historia o incluso de novela corta». Durante casi una década después del armisticio, pocos de los que habían vivido a través de la guerra más terrible de la historia querían leer o escribir acerca de ella. Con astucia, Davis comprendió que se aproximaba un cambio de ciclo en el que habría un gran mercado para libros que contaran la verdad de lo que había sido el Frente Occidental. Manning empezó a escribir. «Fue caprichoso y espontáneo –escribió más tarde– y tomó vida propia. Fue tan precipitado que algunas cosas han sido olvidadas». El irresponsable comportamiento del autor interrumpía la composición constantemente. Al final, al temer que el libro nunca fuese terminado, Davis puso a Manning en un cómodo arresto domiciliario en un apartamento en Londres –no es ni la primera ni la última vez que se ha considerado necesario tratar de esa forma a un autor– y le prohibió todo contacto social hasta que terminara la novela.

Los favores de la Fortuna se publicó en 1929 en una edición limitada de 1500 ejemplares con ese título. [6] La identidad de su autor se ocultó con el pseudónimo «Soldado 19022». Manning dijo a Davies y a otros que lo prefería así por los problemas con la fama que había experimentado antes de la guerra y tal vez incluso por su propio sentido de identidad. En realidad, es mucho más probable que no quisiera que se reconociera su autoría, no fuera a ser que eso llevara a algún antiguo conocido a contar el desdichado final de su carrera militar. El ocultar la identidad del autor del libro demostró ser un brillante golpe de efecto publicitario, pues impulsó una auténtica orgía de especulación en la prensa. La impersonalidad del libro parecía reforzar su universalidad. La historia de un pequeño grupo de soldados de infantería permitía empatizar con ellos a cualquiera de los cuatro millones de soldados británicos que habían servido en Francia entre 1914 y 1918 y que habían pasado por la misma prueba de fuego.

Sin embargo, un lector no pudo ser engañado por la pretensión de anonimato de su autor. Una mañana, Peter Davies recibió una extraña llamada que ponía a la nueva novela por las nubes: «Es magnífica, un libro entre un millón. Ha publicado usted una obra maestra». El interlocutor puso a Davies en un aprieto en ese momento al preguntarle por qué no había mencionado a Manning y le explicó que él había reconocido al autor de *Scenes and Portraits* . Davies reconoció que estaba confundido, especialmente porque ni siquiera

sabía con quién estaba hablando. «¡Oh! Me llamo Shaw, es posible que no sepa quién soy pero, en una ocasión, yo mismo escribí un libro titulado *Revolt in the Desert* [Rebelión en el desierto]». [7]

Después de esta falaz entrada, Davies consiguió persuadir a Shaw-Lawrence para que hiciera un comentario público acerca de la novela, a lo que este respondió: «No se puede alabar este libro lo suficiente [...]. Sus virtudes serán cada vez más reconocidas con el paso del tiempo». Uno puede sospechar que Lawrence reconoció al autor no por sus vagos recuerdos de *Scenes and Portraits* , sino, probablemente, porque recordó fragmentos de las alcoholizadas anécdotas de Manning acerca de su servicio militar. El apoyo de Lawrence ayudó a asegurar para *Los favores de la Fortuna* una brillante recepción tanto de la prensa como del público. Los editores consideraron necesario expurgar parte del libro para hacerlo accesible a una audiencia más amplia y eliminaron las obscenidades que son inseparables de cualquier registro real del habla de los soldados, así como le añadieron el título con el que se la obra se hizo famosa. La edición popular de *Los favores de la Fortuna* apareció en 1930 y fue reimpresa en muchas ocasiones con posterioridad.

El título de la edición original, *Her Privates We* , parafrasea una ácida broma sexual del diálogo de Hamlet con Rosencrantz y Guildenstern, «héroes que logran la grandeza moral a pesar de la degeneración del mundo que les rodea», en palabras de la crítica americana Judith Lynn Johnstone, mientras que el título de la edición para todos los públicos también se había extraído de la misma escena. [8] El libro se centra en tres soldados del Regimiento Westshire, a los que se identifica tan solo como Bourne, Shem y Martlow, y varios oficiales y suboficiales en roles secundarios. Al principio, están descansando detrás de las líneas después de uno de los ataques en el Somme; luego, preparando la siguiente ofensiva; y, finalmente, llevándola a cabo. Bourne, el personaje principal, es fácilmente identificable como Manning para aquellos familiarizados con su historia, en pequeños detalles de su biografía como pueden ser sus orígenes australianos. Sus camaradas le reconocen como un individuo aparte por su educación y origen social, sabe distinguir un buen vino y es capaz de cobrar un cheque de cinco libras en un ejército en el que a los hombres se les pagaba en chelines [9] y en el que prácticamente ningún soldado raso tenía una cuenta bancaria. Sus oficiales querían verle ascendido a oficial y

Bourne termina por aceptar a regañadientes que tendrá que abandonar a sus colegas. No se hace ninguna referencia a la familiaridad de Manning con los consejos de guerra. Bourne también muestra un vivo interés en las mujeres.

Mientras que los escritos de los poetas británicos de guerra más célebres están dominados por la rabia, la emoción que envuelve la novela de Manning es la compasión. Bourne es el extraño en medio de un batallón de campesinos vestidos de caqui. En una escena, un soldado menciona cómo destruyó fotos pornográficas francesas que había encontrado entre las pertenencias de un camarada muerto, antes de enviarlas a su hogar: «Era un buen chaval, pero los chicos sienten *curiosidá* por esas cosas; no *quiría* hacer daño, pero le *paricían* graciosas. Es la naturaleza humana. Y yo escribiré a su madre. Swales es buena gente, que *tien'* un peazo de tierra, y yo soy solo un currante, pero siempre me trataron bien cuando trabajaba *pa'* ellos».

Mientras que el Bourne de ficción resulta más impresionante como soldado de lo que jamás lo fue el Manning real, el retrato que hace el autor del afecto entre los hombres que combaten juntos es totalmente convincente, incluso en el momento de la muerte de Martlow en el ataque final:

> A la luz del sol, la niebla se tornó cobriza y se llenó de torbellinos de humo. Tenían ante sí el estruendo provocado por su propia artillería y las sacudidas y el tamborileo de los cañones alemanes. Solo se habían alejado unos metros de la trinchera cuando oyeron disparos. Martlow, que avanzaba unos pasos por delante de Bourne, se tambaleó y cayó de rodillas antes de dar con la cara en la tierra, agitando los pies y sufriendo una especie de convulsión. Bourne se precipitó hacia él y, rodeándolo con sus brazos, lo incorporó, gritando desesperado: –¡Chico! ¿Estás bien, chico?
>
> Estaba bien. Cuando Bourne levantó aquel cuerpo lánguido, el casco del muchacho cayó al suelo y dejó al descubierto la parte posterior del cráneo, destrozada por una bala. La sangre bajaba por la manga y la rodilla de Bourne. Estaba bien. Bourne volvió a dejarlo en el suelo y se puso en pie, casi ajeno a todo, incapaz de asimilar lo que acababa de suceder, experimentando una especie de ternura que se le clavaba por dentro.

Unos pocos días más tarde, el propio Bourne muere en una insignificante incursión nocturna. Manning eligió para su persona ficticia un final más limpio que el que él mismo había urdido para su propia carrera militar. Pero su libro está lejos de ser un melodrama y, de hecho, su fuerza descansa precisamente en su tono sosegado. Casi de forma casual, elige a un grupo de hombres saliendo de una pesadilla más allá de lo que la mayoría puede entender, los sigue durante una temporada y luego les permite volver a la tierra de forma igualmente delicada o, para ser más exactos, desaparecer bajo la tierra.

Un estudio del diario de operaciones del 7.º KSLI para el periodo comprendido entre julio y diciembre de 1916 permite identificar con facilidad los episodios en los que Manning se inspiró para su libro. El batallón se incorporó a la ofensiva del Somme por primera vez el 14 de julio de 1916, con unos efectivos de 34 oficiales y 993 suboficiales y tropa. Al final de las operaciones de aquel día, solo 5 de los oficiales no habían sido heridos y 179 suboficiales y tropa habían muerto o desaparecido, mientras que 263 estaban heridos. Los refuerzos procedentes de Inglaterra, entre los que estaba Manning, reemplazaron a las bajas. Estos nuevos hombres no causaron buena impresión al coronel: «Entrenamiento muy frustrante –escribió–, debido a la poca calidad de los reemplazos». La evidencia sugiere que el batallón no era considerado por los oficiales superiores como excepcional, tal vez ni siquiera especialmente competente.

Un nuevo ataque en apoyo del 10.º Batallón de los Royal Welsh Fusiliers [Reales Fusileros Galeses] el 18 de agosto, en el que es probable que Manning sí que tomara parte, costó otras 130 bajas. El 21 de agosto, la fuerza real del batallón era de unos 350 hombres por debajo de los efectivos teóricos. Las semanas que siguieron, el batallón las pasó entrenando, descansando o proporcionando cuadrillas de trabajo, las cuales suponían un constante goteo de bajas y el incremento de las listas de enfermos. Los datos del 20 de septiembre, por ejemplo, muestran las siguientes admisiones en el hospital de campaña: un caso de fiebres, un dedo aplastado, uno con la enfermedad de Bright (nefritis), una amigdalitis y una prótesis dental rota. El diario de guerra para el 17-18 de octubre, cuando el batallón se encontraba alojado en barracones lejos del frente, en Mailly-Maillet, se lee como si fuera el del escolar de un colegio privado: «No ha ocurrido nada de interés».

La noche del 12 al 13 de noviembre, los del 7.º KSLI volvieron al frente para participar en un gran ataque, que es el que sirve de base, obviamente, para el clímax de la novela. A primera hora de la mañana del día 13, estaba previsto que siguieran al 1.er Batallón de RSF (Royal Scots Fusiliers [Reales Fusileros Escoceses]), en un asalto directo contra Serre. Sin embargo, cuando les informaron de que los fusileros estaban en dificultades en medio de una densa niebla, el comandante de los KSLI envió para apoyar el ataque a sus compañías de forma desorganizada. El resultado fue un caos, con destacamentos de diferentes unidades entremezclados y confusos distribuidos por todo el campo de batalla. Este era uno de los problemas típicos del Frente Occidental, en el que la tecnología de las comunicaciones iba por detrás de la tecnología de la destrucción. «A las 9.45 –escribió el teniente coronel en funciones K.S.I Arnott–, uno de mis oficiales regresó al centro de mando y me informó de que creía que la mayor parte del batallón estaba en la tierra de nadie, pero que todo contacto se había perdido debido a la niebla sobre nuestra línea de frente. Parece que varias secciones habían avanzado hacia la línea de frente enemiga, creyendo que el 1.er RSF estaba todavía delante de ellos». El mensajero de la Compañía B llegó para reportar que su oficial al mando «deseaba comunicarme que estaba [si la versión de Manning es correcta, junto con el novelista] en la primera línea de trincheras alemanas junto con algunos hombres de los Gordon [Highlanders] y que estaba defendiendo la posición». No por mucho tiempo, por desgracia. Los supervivientes del grupo de diecisiete hombres del KSLI finalmente fueron regresando poco a poco a las líneas británicas. La coordinación entre el avance de la infantería y el bombardeo de apoyo se había colapsado, por lo que el cañoneo británico había hecho poco daño a los alemanes y mucho a su propia infantería. Fue uno de esos días de caos y destrucción tan trágicamente típicos del Frente Occidental. Al anochecer, una vez más, solo cinco oficiales del KSLI estaban ilesos, mientras que 214 hombres de la tropa habían muerto o estaban heridos. Los acontecimientos de esas veinticuatro horas representaban un sangriento desastre de un tipo horriblemente familiar para todos los soldados de la Primera Guerra Mundial. Las lacónicas frases del diario de guerra del 7.º KSLI reflejan la melancolía y muda furia que dominaba a sus supervivientes.

El episodio final del libro, una patrulla nocturna en la que muere su *alter ego* , parece muy similar a una acción en la madrugada del 1 de noviembre, cuando el alférez Southwell del 7.º KSLI partió de la intersección entre Southern Avenue [10] y la línea de frente poco después de medianoche, en una incursión cuyo objetivo era identificar las unidades alemanas que tenían enfrente. Puede que la patrulla de Southwell incluyese a Manning. El destacamento encontró una pequeña brecha en las alambradas en la tierra de nadie, por la que se arrastraron hasta estar a tiro de la línea enemiga a eso de las 2.15 h En ese instante, se lanzaron al ataque. «Un alemán que estaba de centinela en ese punto fue hecho prisionero –informó el oficial de inteligencia del batallón– y fue sacado de la trinchera enemiga con considerable dificultad. En el ínterin, una docena de enemigos apareció y abrió fuego de fusilería. El prisionero hizo un intento de huida, de modo que el alférez Southwell se vio obligado a dispararlo. Es seguro que otros dos alemanes fueron muertos, ambos por disparos a bocajarro, y se cree que otros dos fueron heridos. Por desgracia, fue imposible traer de regreso sus identificaciones, ya que el enemigo estaba intentando copar a la patrulla, [la cual] regresó sana y salva a Courselles a las 5.00 horas».

Otros muchos pequeños incidentes que tuvieron lugar fuera de la línea de frente, y que aparecen en la narración, también quedaron registrados en el diario del batallón, entre otros la baja de un comandante por neurastenia después de haber estado tan solo dos meses al frente del batallón. En conclusión, es evidente que el autor basó su historia en acontecimientos históricos con mucha más precisión que muchos otros novelistas, incluso cuando manipula algo la cronología, y lo cierto es que no es sorprendente si se tiene en cuenta la poderosa sensación de autenticidad que transmite la escritura de Manning. Aunque su papel en estas acciones sigue siendo pura especulación, el baño de realidad que experimentó en aquellos meses, el choque un tipo de experiencia vital tan intensa como terrible, le inspiraron a escribir una historia con estilo literario totalmente alejado de las alambicadas fantasías a las que tanto tiempo había dedicado en los años anteriores a la guerra. Demostró tener un talento excepcional como lacónico observador de la tragedia humana, el cual había permanecido completamente oculto cuando había querido jugar a ser un aspirante a Thackeray.

Arnold Bennett afirmó que el libro «está destinado a sobrevivir como un texto clave de la literatura bélica». Ernest Hemingway decía que era «el mejor y más noble libro acerca de los hombres en la guerra que había leído». Herbert Read observaba agudamente que *Los favores de la Fortuna* «evitaba el morbo histérico de algunos [autores] e incluso la todavía más desmoralizadora alegría forzada de otros». Read sugería que Manning veía la contienda como «una plaga divina liberada entre las naciones para purgarlas de sus pecados». Eric Partridge, un veterano de guerra, describía el libro como «indudablemente la mejor novela bélica inglesa». Se la alabó sobre todo por su habilidad para captar el habla y el comportamiento del soldado raso, algo que solo podía conseguir alguien que hubiera compartido sus vivencias. Los oficiales con frecuencia registran las palabras de sus hombres, pero los fragmentos de diálogo capturados por aquellos en posiciones de autoridad son por su naturaleza atípicos de la forma en la que los soldados hablan entre ellos cuando esa figura de autoridad no está presente.

El libro se hace eco constantemente de Shakespeare y en ocasiones se burla de él, sobre todo del rey Hal. [11] Allí donde Enrique V seduce a Catalina de Francia con frases corteses, el soldado de Manning de 1916 solo pregunta: *«Voulez-vous coucher avec moi, madame?»* . [12] Un ataque de infantería empuja a los hombres hacia delante «en una ola de excitación emocional, trasfigurando todas las circunstancias de sus vidas de modo que aquellas solo pueden ser expresadas en términos de tragedia heroica». El escritor percibe sutilezas en el comportamiento de sus soldados que ellos mismos habrían sido totalmente incapaces de reconocer: «El heroísmo extremo –sugiere Manning–, es indistinguible de la desesperación […]. El honor […] es solo un elaborado refinamiento de lo que son los instintos decentes del hombre común […] la vida civilizada […] es, después de todo, solo la organización de los apetitos del hombre, por la comida o por la mujeres». Sus pasajes descriptivos alcanzan cotas de lirismo que dignifican las experiencias más comunes del soldado en el Somme: «Bourne, chapoteando en el viscoso barro, era a la vez la más abyecta y la más exaltada de las criaturas de Dios. El esfuerzo y la rabia, el sentido de que los demás le habían abandonado, le hacían sollozar y jadear, pero había una tóxica y rara alegría en ello, toda su mente parecía estar centrada en un duro, brillante momento de acción».

Los favores de la Fortuna vendió quince mil ejemplares en sus primeras ediciones, pero no bastó para rescatar a Manning de su endeudamiento crónico. Regresó brevemente a Australia en dos ocasiones, pero en abril de 1934 volvió a Inglaterra por última vez, donde falleció pocos meses más tarde de neumonía doble, a los cincuenta y dos años. T. E. Lawrence escribió a un amigo para manifestar su pena por su muerte: «Extraño pensar cómo Manning, enfermo, pobre, maniático, trabajó como un esclavo un año tras otro […] en encadenar palabras juntas para organizar sus ideas y razonamientos. Eso es lo que significa ser un escritor nato, supongo. Y ahora todo se ha acabado y nadie ha oído jamás hablar de él […]. Cómo desearía, por su bien, que no hubiera caído en el olvido de esta manera, pero qué típico de él».

En 1977, el libro fue reeditado en su versión original sin censura como *Los favores de la Fortuna.* En general, es reconocido como una de las cumbres literarias generadas por la Gran Guerra, sin embargo, el autor no aparece en ningún manual de referencia británico. Frederic Manning fracasó en todos sus proyectos, menos en uno. Su vida sugiere una confusión sin resolver acerca de su propia identidad. La dudosa suerte de tener unos ingresos regulares de su padre le evitaron tener que tomar decisiones y enfrentarse a la realidad, como tiene que hacer la mayoría de la gente, mientras que como soldado fue tan patético como inepto. Sin embargo, hay otras cosas que lo redimen, sobre todo que eligiera servir en Francia a pesar de una temperamental disposición de ánimo totalmente antagónica con la vida militar, y eso teniendo en cuenta que sus contactos sociales y su historial médico podrían haberle ganado fácilmente una exención. Manning «hizo su parte», incluso si no fue del tipo que gana medallas. En muchos aspectos, tanto el Manning real como su *alter ego* en la ficción son más dignos de admiración por la determinación que mostraron para superar sus limitaciones y sus defectos que aquellos soldados más emocionalmente equilibrados. Volvió a Inglaterra para contar la historia del hombre corriente en la guerra, la de los guerreros que no podían articular ellos mismos las experiencias y emociones que habían compartido en las trincheras. Su libro seguirá conmoviendo a futuras generaciones de lectores aficionados a las historias bélicas. Frederic Manning supo aprovechar el tiempo que pasó entre los ciudadanos-soldados para documentar fielmente sus hazañas.

[1] N. del T.: «Most Private Soldier» en el original, juega con el doble sentido de *private* , soldado raso y privado, en referencia al caracter reservado de Manning.

[2] N. del T.: La edición en castellano es de Sajalín Editores, Barcelona, 2014.

[3] N. del T.: Semanario político y literario inglés caracterizado por su nacionalismo e imperialismo. Gobineau fue un filósofo francés ultramontano que desarrolló la teoría de la superioridad de la raza aria sobre la de otros pueblos. Matthew Arnold fue un reformista inglés, hijo de Thomas Arnold, rector de la escuela privada de Rugby, y muy preocupado por la educación.

[4] N. del T.: «Un niño pequeño… [aventurándose] en otro mundo». En francés, en el original.

[5] N. del T.: Revolucionaria y nacionalista irlandesa. Participó en el levantamiento de Pascua en 1916 y fue uno de los miembros fundadores del Fianna Fáil.

[6] N. del T.: En origen, la novela se publicó con dos títulos, *Her Privates We* y, en la primera edición, *The Middle Parts of Fortune* , que es el que utiliza la edición en español.

[7] N. del E.: *Revolt in the Desert* (1927) fue la versión expurgada de *Los siete pilares de la sabiduría* , de T. E. Lawrence, que no fue publicada de forma oficial hasta 1935. Lawrence adoptó legalmente el nombre de Shaw en 1927.

[8] GUILDENSTERN : Somos felices por no saber lo que es felicidad. Fortuna no nos marcó con su estrella.

HAMLET : ¿Ni siquiera con sus zapatos?

ROSENCRANTZ : No, señor.

HAMLET : Entonces os encontráis junto a su cintura, es decir, en el centro de sus atenciones.

GUILDENSTERN : Así, pues, somos sus elegidos.

HAMLET : ¿De esos favores que la Fortuna se cubre con pudor? Desilusionaos: es una ramera.

(W. Shakespeare, *Hamlet* , Acto II, escena II).

[9] N. del T.: Una libra tiene 20 chelines.

[10] N. del T.: *Southern Avenue* , una de las trincheras/rutas de comunicación que servían para unir los sectores de retaguardia con la línea de frente, en el campo de batalla del Somme. Tenían distintos nombres para facilitar la identificación, algunos evidentes por sí mismos como Avenida Norte, Sur, del Ferrocarril y otros más evocativos (Newgate Street, Jean Bart o Cheetah Avenue).

[11] N. del T.: Enrique V.

[12] N. del T.: En francés, en el original: ¿Quiere echar un polvo conmigo, señora?

8
El cazador

La guerra de trincheras entre 1914 y 1918 que describió Frederic Manning fue tan atroz que tanto la prensa como el público de todas las naciones beligerantes intentaron buscar en otros lados algún rayo de esperanza. Lógicamente, miraron al cielo y es que la guerra aérea era algo nuevo, que excitaba la curiosidad y la imaginación de todos, donde los profanos se reconciliaron con la idea de una lucha romántica, incluso de una pureza totalmente ajena a la matanza que se producía en el barro; era una oportunidad de expresar una identidad individual que le estaba negada a la infantería. Hartos de vivir y morir en las trincheras, muchos hombres se presentaron voluntarios para servir en las fuerzas aéreas de sus países, aunque relativamente pocos de ellos fueron aceptados. Así, en 1918, solo el 3 por ciento del total de las fuerzas armadas servía en la aviación mientras que el 58 por ciento lo hacía en la infantería.

Cecil Lewis se presentó voluntario para el RFC (Royal Flying Corps [Real Cuerpo Aéreo]) y fue aceptado cuando todavía era un estudiante de diecisiete años en Oundle. En *Sagittarius Rising* (1936) [El ascenso de Sagitario], la más importante de todas las autobiografías de pilotos de 1914-1918, escribió:

> Desde el principio, pilotar un veloz y ligero caza monoplaza fue mi sueño. Estar solo, tener tu vida en tus propias manos, usar tu propia habilidad, sin ayuda de nadie, contra el enemigo. Era como en las justas de la Edad Media, la única esfera de la guerra moderna donde un hombre veía a su adversario y se enfrentaba a él en mortal combate, el único espacio donde todavía había caballerosidad y honor. Si vencías, era por tu propia valentía y habilidad; si perdías, era porque te habías topado con un hombre mejor. No estabas sentado en una trinchera

> llena de barro mientras alguien que no te odiaba personalmente disparaba un cañón a diez kilómetros de distancia y te volaba en pedazos. ¡Y ni siquiera era consciente de que lo había hecho! Eso no era combatir; era un asesinato. Sin sentido, brutal, innoble. Nosotros nos librábamos de ello.

Muchos de los que llegaron a ser pilotos consiguieron alcanzar la satisfacción personal que buscaban. Volar en aquella etapa pionera era, sin duda, una experiencia extraordinaria. Las máquinas de lona y madera de finales de la Primera Guerra Mundial, que surcaban los cielos a velocidades no mucho mayores que las de un automóvil de carreras, estaban mucho mejor adaptadas a las limitaciones físicas de los seres humanos para maniobrarlas que sus sucesoras más tecnológicamente avanzadas. Pero aquellos soldados que imaginaban que mejorarían sus posibilidades de supervivencia por volar sufrieron un desengaño. A finales de 1916, la pérdida de pilotos en el RFC rondaba el 25 por ciento mensual y, de hecho, las probabilidades de morir de un piloto eran mayores que las de un oficial de infantería. Incluso antes de que el enemigo entrase en la ecuación, los errores humanos y los fallos estructurales mataban hombres con una frecuencia implacable, muchos de ellos durante el entrenamiento. En 1915, el futuro general del Ejército del Aire John Slessor estrelló cuatro aparatos en las cinco semanas que pasó en la escuela de vuelo y esto solo se consideró digno de mención porque él mismo salió ileso. De los 14 166 pilotos que el RFC perdió durante la guerra, 8000 murieron durante los entrenamientos en Gran Bretaña, una cifra significativamente más alta que la de los alemanes.

Incluso si un hombre conseguía sobrevivir, el hecho de volar en una carlinga expuesta a los elementos provocaba en muchos pilotos una amplia gama de problemas físicos. Los vapores del aceite de castor que se usaba como lubricante en los primeros motores rotatorios provocaban trastornos intestinales crónicos, mientras que el frío a gran altitud afectaba a la salud incluso de los hombres en mejor forma física. Se les disparaba la tensión arterial, mientras que la fuerza de gravedad que experimentaban en combate afectaba a sus esqueletos de maneras que todavía no eran bien comprendidas. Un número desalentador –incluido un notable cronista de la experiencia de un

piloto de caza, V. M. Yeates– padecieron tuberculosis, la «Enfermedad de Vuelo D», que terminó por matarlos. Y luego estaban las consecuencias de la acción enemiga; las operaciones de vuelo en Francia impusieron un desgaste espantoso, en buena medida porque los aliados solo entregaban paracaídas a los observadores de los globos. Los pilotos cantaban:

Two valve springs you'll find in my stomach
Three spark plugs are safe in my lung
The prop is in splinters inside me
To my fingers the joy stick has clung.

[En mi estómago encontrarás dos válvulas
Tres bujías descansando en un pulmón
Astillas de hélice por todo mi cuerpo
Y entre mis dedos la palanca del avión].

Los «ases», pilotos que habían derribado al menos cinco aparatos enemigos, conseguían una fama que no igualaba ningún otro de los combatientes en la Gran Guerra. Sus hazañas eran vistas como el triunfo del espíritu humano, ausente de la lucha en tierra. Von Richthofen, Guynemer, Ball, Bishop, McCudden y los demás se convirtieron en celebridades en sus respectivas naciones. Cecil Lewis escribió: «Volar era todavía algo milagroso. Los que lo practicábamos éramos vistos como muy valientes, muy audaces, muy heroicos: éramos una raza aparte. En cierto modo, era verdad y aunque no creo que nos aprovechásemos de esta adulación, no podíamos evitar ser conscientes de ella». Como los propios pilotos reconocían sin avergonzarse, con independencia de la brevedad de su existencia, disfrutaban de lujos que les estaban vedados a los soldados en el campo de batalla. Tras unas pocas horas en el aire volvían a sus bases, donde podían disfrutar de un baño de agua caliente, buena comida y camas confortables. Todos esos lujos no les libraban de la tensión, más bien al contrario, ya que, como se ha constatado, muchos de los pilotos que lucharon en las dos guerras mundiales creían que el contraste entre la tranquilidad de sus alojamientos y el fragor de la batalla, al que se veían expuestos tan solo unos minutos después de haber despegado, imponía una presión psicológica mayor

que el peligro y la incomodidad constantes de una trinchera o un buque de guerra, lo que no era óbice para que se aprovecharan de sus privilegios.

Los ases estaban tan obsesionados con su profesión como cualquier otro guerrero que destacase en la suya. La realidad es que rara vez había algo caballeroso en sus «victorias». Lo que todos tenían en común no era que fueran grandes pilotos –es más, algunos de los mejores aviadores, desde un punto de vista técnico, no tenían demasiados derribos en su haber–, sino que eran asesinos natos. Un psicólogo que asesoró al RFC para que los médicos que examinaran a los candidatos fueran capaces de identificar a los potenciales reclutas que mostraran síntomas de poco autocontrol, paranoia o psicopatía, reconoció más adelante que muchos de los mejores ases podrían encajar en alguna de esas patologías. La naturaleza íntima de la guerra en el cielo exigía de los mejores cazadores el compromiso personal de matar a otros hombres, algo que solo comparten con los francotiradores en la guerra moderna. A lo largo del siglo XX, lo que todo piloto de caza intentaba era caer desde atrás sobre su enemigo y dispararlo por la espalda, lo ideal era conseguir herirlo de muerte antes siquiera de que viera a su némesis. El perfil de un piloto de caza eficiente era el de un depredador, despiadado y con frecuencia brutal. La mayoría de los ases tenía una personalidad tóxica, al margen de lo admirables que pudieran resultar sus habilidades.

Un piloto que consiguiera sobrevivir para ganar experiencia podía tener una larga y triunfal carrera, pero tarde o temprano muchos de los mejores morían en combate. Era irrelevante lo hábil que pudiera ser a los mandos de su avión: su habilidad no podía protegerlo indefinidamente de la fragilidad estructural de su aparato, del azar de ser alcanzado por un cañonazo o una bala disparada desde tierra, o de un golpe de mala suerte en medio de un combate aéreo. La fuerza aérea alemana en el Frente Occidental fue más efectiva que sus rivales de la Entente y solo igualada en términos relativos por la excepcional cantidad de ases que produjo Canadá; se ha sugerido que los canadienses pusieron más atención en el entrenamiento de sus pilotos que los británicos, cuyos métodos siguieron siendo *amateur* hasta casi los últimos meses de la guerra. Aparentemente, la educación tradicional inglesa enfocada en la formación de perfectos y corteses caballeros no era la ideal para crear individuos que mostrasen las cualidades necesarias para ser pilotos de caza

eficaces, aunque algunos, como Arthur Rhys-Davies, que había sido prefecto en Eton, consiguió un notable número de victorias antes de morir en combate.

Eddie Rickenbacker fue el piloto de caza americano que más victorias consiguió en la guerra. Aunque solo combatió en los últimos meses –tal y como advierten algunos críticos franceses y británicos– lo cierto es que ser piloto no era menos peligroso en 1918 que en otros momentos. Von Richthofen, McCudden y Mannock, por ejemplo, fueron derribados durante el mismo periodo de tiempo en el que Rickenbacker estuvo activo. Su récord de victorias –veinticinco– palidece ante las cifras de derribos conseguidas por los principales pilotos franceses, alemanes o británicos; pero tenía otros méritos que le hacen digno de ser recordado. Su carrera no se limitó a sus triunfos en combate en los cielos sobre Francia. Algunos de los personajes que describimos en estas páginas, y que también destacaron como guerreros, articularon su vida alrededor de sus triunfos militares, al menos aquellos que sobrevivieron a la experiencia. Eddie Rickenbacker fue diferente: la Gran Guerra fue nada más que un capítulo en una vida llena de aventuras, en las que demostró tener talento para muchas más cosas que simplemente matar alemanes en los cielos del Frente Occidental.

Edward Rickenbacher –cambió más tarde la grafía de su apellido– nació en 1890 en una pequeña casa propiedad de unos parientes de su padre, en uno de los callejones más pobres de Columbus, Ohio. Sus padres habían emigrado desde Suiza unos pocos años antes, poco después de contraer matrimonio; estaban totalmente imbuidos de los ideales del Nuevo Mundo, unos ideales que su hijo, el tercero de ocho hermanos, puso en práctica con gran éxito a lo largo de su vida. Eddie intentó embellecer el pasado familiar en sus memorias, pero la realidad es que su padre había sido un obrero; William Rickenbacher había trabajado primero en el ferrocarril antes de montar un pequeño negocio de construcción; era un hombre pobre, severo, estricto, ambicioso y con una extraordinaria ética del trabajo. La vida de la familia Rickenbacher casi parecía una versión exagerada del arquetipo del inmigrante del siglo XIX. Cuando Eddie tenía tres años, su madre convenció a su padre para abandonar la casa de sus parientes y mudarse a una diminuta vivienda de madera de su propiedad, donde los Rickenbacher podían complementar sus ingresos cultivando verduras y criando cerdos en el patio trasero. Los Rickenbacher inculcaron desde la cuna

a sus hijos la fe en Dios y una devoción absoluta a Estados Unidos, lecciones que no dudaban en reforzar usando una vara de abedul en sus traseros. Eddie tenía de pequeño un fuerte acento alemán, por lo que era conocido en el colegio como «Dutchy» o «Kraut», lo que, en ocasiones, le llevó a meterse en más de una pelea callejera.

A los diez años ya era todo un emprendedor y había montado un pequeño negocio de venta de periódicos y de chatarra en su tiempo libre. El chico se mostraba fascinado por todo tipo de máquinas, lo que no dejaba de ser apropiado en una era en la que los de su generación estaban empezando a ver toda clase de inventos nuevos, como el automóvil y los dirigibles. Su padre le dijo: «Eddie, eres un chaval afortunado por haber nacido cuando lo has hecho. Hay un montón de cosas nuevas fabricándose y tú debes estar preparado para ellas». Su vida dio un giro radical en 1904, cuando tenía trece años. Su padre estaba almorzando con su cuadrilla en el lugar donde estaban construyendo aceras para un contratista del ayuntamiento, cuando un hambriento afroamericano llamado William Gaines les pidió algo de comida, pero ellos se la negaron y se enzarzó en una pelea con Rickenbacher. Gaines le golpeó con un nivel de burbuja [1] y le provocó heridas que acabaron con su vida unas semanas más tarde, después de que se le formara un coágulo en el cerebro.

Eddie nunca llegó a aceptar la muerte de su padre y no solo sintió tristeza sino también vergüenza, hasta el punto de que con posterioridad inventó una elaborada historia acerca de cómo William Rickenbacher había muerto en un accidente industrial. La muerte del padre supuso la ruina casi total de la familia y Eddie se puso a trabajar en una fábrica de cristal, para lo que tuvo que decir que había cumplido los catorce años, ya que de otra manera se lo habrían impedido las leyes contra el trabajo infantil. Pronto pasó a la plantilla de una fábrica de acero para no tener que trabajar de noche y luego de una destilería desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde cobrando seis dólares semanales. Consiguió un empleo en los talleres de los ferrocarriles de Pensilvania, donde descubrió una pasión por la tecnología que le acompañó el resto de su vida. A los quince años aceptó un recorte en su salario de setenta y cinco centavos la hora para poder trabajar en una tienda de bicicletas que acababa de tomar la importante decisión de expandir el negocio y vender automóviles. Eddie aprendió a conducir, desmontar motores y fabricar

repuestos, mientras estudiaba ingeniería mecánica en un curso por correspondencia. A los pocos meses logró que lo admitieran para trabajar en los talleres de una escudería de automóviles de carreras que acababa de nacer, la Columbus Buggy Company, con la que participó como mecánico en una de las primeras carreras de la Copa Vanderbilt y, más tarde, como piloto de pruebas e ingeniero del Firestone-Columbus.

A los diecinueve años, el alto, delgado y serio joven trabajaba en Dallas en parte como diseñador en parte como vendedor de coches y ganaba 125 dólares mensuales, lo que le parecía una fortuna. Enviaba la mayor parte del dinero a casa de su adorada madre en Columbus. Uno de los ingenieros más brillantes de su época, Lee Frayer, diseñó un nuevo coche deportivo para Firestone, [2] con el que Rickenbacher participó en varias competiciones automovilísticas locales después de convencer a sus jefes de que eso sería buena publicidad para la compañía. Ganó varias pruebas en Nebraska y en Iowa y en 1911 y 1912 corrió en el circuito Indianapolis Motor Speedway. [3] La experiencia le convenció de que lo suyo no era vender coches. Más que ninguna otra cosa en el mundo, él quería conducir y competir, así que abandonó la Columbus para empezar a trabajar como mecánico en el taller en la Mason Company del legendario diseñador Fred Duesenburg.

Todo el equipo que trabajó en el automóvil de carreras de la Mason estaba absolutamente convencido del potencial del vehículo, pero la compañía estaba casi en bancarrota y, por si fuera poco, el joven Rickenbacher había invertido la mayor parte de sus ahorros en ella. El equipo había acudido a las Trescientas Millas de Sioux City, con un premio en metálico de 10 000 dólares, una cantidad que necesitaban ganar si no querían verse obligados a declarar la empresa en bancarrota. Estaban tan arruinados que tenían que aparcar los coches bajo las gradas y comer a crédito en una fonda local de mala muerte. Cuando el joven Eddie telefoneó a su madre para explicarle la situación, ella le contó acerca de una vieja superstición suiza que decía que, si querías tener suerte, debías atarte el corazón de un murciélago en un dedo. Rickenbacher convenció a los hijos de un granjero local para que le consiguieran un murciélago muerto y, después de ejecutar la desagradable cirugía en el pequeño mamífero, se ató el corazón del animal a un dedo, convencido de que era invencible. Fuera suerte o habilidad, el caso es que ganó y con ello inició una

triunfal carrera como piloto profesional que consiguió hacerle rico y famoso en tres años. En 1916, su último año como piloto profesional, ganó 60 000 dólares y terminó la temporada con una victoria en el Gran Premio de Ascot Park, en Los Ángeles.

En octubre de 1916, en California, Rickenbacher voló por primera vez en avión. Había visto un aeroplano que estaba en un hangar al lado de la carretera y decidió acercarse a echarle un vistazo; el propietario, diseñador y piloto, le reconoció porque había visto su foto en la prensa y le saludó: «Hola, Eddie, encantado de conocerte. Me llamo Gleen Martin ¿Te gustaría dar un paseo?». Martin, cuyo nombre llegó a hacerse famoso en la aviación estadounidense, llevó al joven piloto de carreras a dar una vuelta de treinta minutos, una experiencia que le pareció absolutamente fascinante y lo más sorprendente es que no había sentido ningún miedo. Pocas semanas más tarde, el azar quiso que viera un avión inmovilizado en un campo, cuyo piloto observaba desanimado el motor. El hombre se presentó como el comandante Dodd, del Cuerpo de Señales del Ejército, que, en aquellos días, era la rama de las fuerzas armadas que se encargaba de la aviación militar americana. Dodd le preguntó si sabía algo de motores, así que Rickenbacher fue a echar un vistazo e identificó rápidamente el problema como un fallo en el sistema de ignición: se había salido un manguito del encendido. Una vez arreglado, el impresionado y agradecido comandante se despidió de Rickenbacher y despegó con su aparato.

Sorprendentemente, en el invierno de 1916 Rickenbacher fue invitado a Gran Bretaña, que llevaba ya dos años en guerra, por la compañía británica Sunbeam, que quería su ayuda para su programa de automóviles de carreras. Su apellido alemán despertó las sospechas de las autoridades británicas nada más desembarcar y fue detenido e interrogado durante varias horas hasta que por fin le pusieron en libertad y pudo ir al hotel Savoy de Londres, donde Sunbeam le había reservado una habitación. Rickenbacher fue a probar los coches en la famosa pista de carreras de Brooklands, pero allí vio algo que le resultó más interesante que el Sunbeam y no era otra cosa que un destacamento del Royal Flying Corps que se entrenaba en la pista. Habló con varios veteranos que servían como instructores, cuyas historias le hicieron soñar con unirse al RFC e ir a Francia para volar contra los alemanes, a los que, según Rickenbacher, su padre le había enseñado a odiar.

Pocas semanas más tarde, en abril de 1917, Estados Unidos se unió a las hostilidades y todas las dudas quedaron despejadas, por ello, Rickenbacher regresó apresuradamente a su país para solicitar un puesto en las nacientes fuerzas aéreas estadounidenses. Al joven piloto de carreras se le ocurrió la idea de formar una escuadrilla junto con otros compañeros de profesión, de modo que, tras convencer a varios colegas y rivales para que se unieran al proyecto, fue a presentárselo al Cuerpo de Señales de Estados Unidos, que le dio una negativa tajante, algo que no resulta tan sorprendente como parece. En mayo, sin embargo, un oficial del Ejército que además era un entusiasta aficionado a las carreras de automóviles le llamó repentinamente para hacerle una propuesta: los primeros elementos de la AEF (American Expeditionary Force [Fuerza Expedicionaria Estadounidense]) iban a embarcar hacia Europa de forma inmediata ¿Estaría Rickenbacher interesado en ir con ellos, como conductor? Aceptó sin dudarlo y un mes más tarde era sargento en Francia, a menudo haciendo de chófer para el gran pionero de la aviación, el coronel «Billy» Mitchell y en otras para un tal coronel Dodd, el oficial cuyo aparato había reparado un año antes en un campo californiano. Un banquero de Nueva York llamado James Miller, que había sido nombrado capitán en medio del caótico frenesí creado por la precipitada movilización de Estados Unidos, recibió el encargo de constituir una escuela de vuelo avanzada estadounidense en Issoudoun y cuando se encontró con Rickenbacher en París decidió ofrecerle a la estrella de las carreras de automóviles un puesto como oficial ingeniero en su escuadrón. Este respondió que estaría encantado, pero que para poder hacer su trabajo tendría que aprender a volar. Miller discutió con Mitchell esta posibilidad y, aunque este no se mostró totalmente convencido e insistió varias veces en preguntar a Rickenbacher si realmente quería hacerlo; al final la determinación de Eddie fue suficiente y pasó el reconocimiento médico. El doctor anotó que tenía veinticinco años, en vez de los veintisiete que realmente tenía, la cual se consideraba una edad a la que se era técnicamente demasiado mayor para recibir el entrenamiento de piloto: la media de edad en un escuadrón típico del RFC era veinte años. Unos pocos días más tarde, estaba entre la docena de estadounidenses que se presentó en la escuela de aviación francesa en Tours.

Algunas personas reaccionaron con una mojigata desaprobación al hecho de que se le permitiera volar, ya que lo veían como un acto de nepotismo por parte de sus superiores, que estaban dando un trato especial a la joven estrella del deporte debido a su popularidad y encanto personal. Es cierto que había empezado desde abajo, pero ahora se le consideraba uno de los favoritos de la fortuna y, en realidad, el serio y precoz adolescente había dejado paso a una personalidad extrovertida, incluso pomposa. Por otro lado, con sus 1,88 m, era demasiado alto para entrar cómodamente en la carlinga, pero tenía una voluntad de hierro y una afinidad natural con las máquinas. Las habilidades que había demostrado conduciendo automóviles –coraje, percepción espacial, sentido de la oportunidad y rápidos reflejos– eran las que se necesitaban, precisamente, para pilotar un avión, por lo que la desventaja que pudiera haber tenido por su edad, comparada con la de chicos de veinte años, se compensaba sobradamente por la madurez y rapidísima coordinación mano-ojo que había desarrollado en las pistas de carreras.

Muchos de los que combatieron en Francia, tanto en tierra como en el aire, encontraron la experiencia intolerablemente espeluznante. Rickenbacher, por el contrario, se contaba entre los pocos que vieron la guerra como una extraordinaria oportunidad de vivir una aventura única; para él, volar era como correr un gran premio. En la escuela de aviación voló dos veces como pasajero alumno en un enorme y torpe Caudron G.III, propulsado por un motor radial que le permitía alcanzar una velocidad máxima de 130 km/h, lo que lo hacía más lento que los automóviles que solía pilotar. Su primer vuelo en solitario tuvo un inicio un tanto accidentado: un fuerte viento de través le obligó a zigzaguear peligrosamente durante el despegue, pero una vez en el aire disfrutó de la experiencia y nunca dejó de hacerlo. Después de diecisiete días de entrenamiento y un total de veinticinco horas de vuelo, salió de la escuela de Tours con su certificado de piloto cualificado y como teniente del Cuerpo de Señales de Estados Unidos. A finales de septiembre de 1917, se presentó en Issoudun para cumplir su parte del acuerdo con el capitán Miller y ser ingeniero jefe de la base. Miller fue reemplazado poco después por el capitán Carl Spaatz, quien, durante la Segunda Guerra Mundial, mandó las fuerzas aéreas estadounidenses en Europa. Los oficiales americanos tenían todos

apellidos de origen alemán, como Spaatz, Wiedenbach, Tittel, Spiegel o Rickenbacher, por lo que los cadetes los apodaron «los espías alemanes».

El alto, rudo y directo ingeniero jefe suizo-americano no encajó bien al principio con los alumnos, la mayoría jóvenes inteligentes procedentes de las universidades de la Ivy League, [4] cuya experiencia vital estaba tan alejada de la suya como se pueda imaginar. El entrenamiento de piloto atraía a los hombres más ambiciosos de las clases medias, esto es, a aquellos que poseían una buena educación, pero que carecían de los contactos necesarios para ser destinados a cuerpos de más prestigio. Era habitual entre todos los beligerantes que los oficiales de origen aristocrático contemplaran con desdén a las fuerzas aéreas; para ellos los pilotos eran poco más que simples mecánicos manchados de aceite y gasolina. Los aristócratas británicos, por ejemplo, optaron casi sin excepción por unirse a los regimientos de infantería de más prestigio antes que al Royal Flying Corps. Aunque los hijos de las élites los miraran por encima del hombro, los jóvenes universitarios estadounidenses o ingleses veían a su vez con cierto desdén a hombres como Rickenbacher, individuos sin educación formal para los cuales la modestia o la cortesía eran virtudes de importancia secundaria. Si quería ganarse el respeto de sus jóvenes camaradas tendría que hacerlo con sus acciones, no con sus modales.

A pesar de que le resultaran frustrantes, ya que él lo que quería era combatir, los meses que pasó en Issoudun fueron útiles para Rickenbacher. Gracias a ellos, pudo volar en su tiempo libre y adquirir la experiencia adicional de la que suele carecer la mayoría de los pilotos recién graduados, que eran enviados de inmediato al frente. Así, por ejemplo, pudo practicar técnicas de pilotaje para salir de una barrena, una maniobra que se contaba entre las que más pilotos novatos mataba en accidentes. Los ingenieros aeronáuticos habían comprendido que un aparato de caza tenía que ser inherentemente inestable para ser eficaz y poder reaccionar con rapidez o realizar giros cerrados; pero al mismo tiempo, esa inestabilidad hacía de ellos unas máquinas letalmente peligrosas para los pilotos inexpertos. En enero de 1918, por fin consiguió convencer a Spaatz para que le permitiera abandonar su trabajo de ingeniero jefe y le dejase acudir a la escuela de tiro aéreo en Cazeau como paso previo a llegar a ser piloto de caza. Una de las prácticas consistía en que el alumno, subido en una barca bamboleante en medio de un lago, disparase

contra blancos que eran arrastrados por otra lancha utilizando un rifle de tiro deportivo, con el objetivo de que los futuros pilotos de caza se acostumbrasen a lidiar con las dificultades de disparar desde un avión en movimiento. Luego pasó a atacar blancos aéreos desde un Nieuport Scout hasta que, por fin, después de conseguir su cualificación, fue asignado al 94.º Escuadrón de Caza en marzo de 1918, una de las primeras unidades exclusivamente estadounidenses en operar en el Frente Occidental.

El 94.º Escuadrón estaba mandado por el comandante John Huffer, que había pasado la mayor parte de su vida en Francia y era un veterano de la Escuadrilla Lafayette, el escuadrón de voluntarios americanos que había servido en la fuerza aérea francesa. Entre sus pilotos se encontraba el primer as estadounidense de la guerra, el comandante Raoul Lufbery, que había derribado diecisiete aparatos alemanes. El escuadrón tenía su base en Villeneuve, a 24 km detrás del frente, y estaba equipado con los modelos franceses Nieuport 28 monoplaza. El Nieuport era estéticamente atractivo y respondía bien a los mandos, pero era vulnerable a fallos técnicos que complicaban la vida a sus pilotos en una época en la que los cielos estaban dominados por el francés Spad, los ingleses Sopwith Camel y SE5a y el alemán Fokker D-VII, los modelos más avanzados en tecnología aeronáutica. Para disgusto de los americanos, en 1917-1918 las industrias de su propio país no fueron capaces de producir y diseñar plataformas de armamento propias, por lo que la American Expeditionary Force no tenía más remedio que depender de los franceses y los británicos para equiparse y los dos veteranos aliados solo les entregaban el material cuando lo consideraban conveniente. Por ejemplo, cuando Rickenbacher se incorporó a su escuadrón, el 94.º, todavía esperaba a que se instalaran las ametralladoras en sus aviones. Los pilotos pasaban el tiempo volando en misiones sobre la línea de frente para familiarizarse, acompañados por aviones franceses. Un piloto británico describió a los primeros estadounidenses que encontró como «unos tipos extraños y rudos», pero alababa su «fiero y entusiasta espíritu». Pronto iban a hacer gala de él en el aire.

Rickenbacher interrogó exhaustivamente a pilotos experimentados acerca de las técnicas de combate aéreo y el consejo que recibió fue siempre el mismo: la ventaja de altura era decisiva. El objetivo de todo piloto de caza era atacar a

su enemigo desde arriba y desde atrás y, si era posible, usando el resplandor del sol. Era importante acercarse a unos 90 m o menos, antes de apretar el gatillo, ya que disparar demasiado pronto solo servía para poner a la presunta víctima sobre aviso, pero era poco probable que causara un daño decisivo. Era esencial estar absolutamente concentrado tanto para sobrevivir como para tener éxito en un ataque. El piloto de Camel V. M. Yeates explicaba en qué consistía este arte:

> Teníamos que entrenar nuestros sentidos del olfato y el oído, ya que el continuo sonido y el olor de nuestros propios motores y tubos de escape llenaban nuestro entorno inmediato y excluía los olores y sonidos más lejanos, excepto el apagado sonido de la explosión de un *archie* [antiaéreo]. Ser capaz de ver antes de oír era lo más importante, ya que era la agudeza visual a la hora de detectar al huno a lo lejos los que permitía prepararse para enfrentarse a su ataque. El principal peligro era ser sorprendido, que te derribaran antes siquiera de darte cuenta de que estabas siendo atacado.

En aquellos días anteriores a la posibilidad de comunicarse por radio, un piloto en combate estaba aislado. Solo podían darse órdenes o avisos usando señales manuales. La escala del campo de batalla tridimensional era impresionante. De nuevo Yeates:

> En ocasiones jugábamos al gato y al ratón con el enemigo en y alrededor de las grandes masas de nubes que se alzaban sobre un cielo por lo demás despejado, zambulléndonos en las nubes cuando las cosas se ponían demasiado calientes, mientras que el enemigo hacía lo mismo. Los primeros segundos después de salir de una nube eras muy vulnerable, ya que la repentina claridad te cegaba y te desorientaba. Tiemblo cada vez que recuerdo la despreocupación con las que volábamos en formación dentro de estas masas de nubes, sin pensar en las posibilidades de chocar […]. También volábamos alrededor del perímetro de las formaciones nubosas, buscando a las patrullas

enemigas, sin saber si al doblar la siguiente esquina habría una formación enemiga haciendo lo mismo.

El 14 de abril de 1918, una vez armado con sus ametralladoras, el 94.º Escuadrón voló su primera misión de combate, que, además, también era la primera del contingente estadounidense en la guerra. Los Nieuport de Rickenbacher y sus dos compañeros de misión estaban decorados, como muchos otros aviones de combate de la época, con una caricatura distintiva, que, en el caso del 94.º, era un sombrero dentro de un anillo, en alusión a la vieja costumbre americana de desafiar a un adversario a una pelea lanzando un sombrero dentro del ring. De ahí también el apodo que adoptaron para el escuadrón, *Hat in the Ring* [Sombrero en el ring]. Cuando despegaron había una densa niebla y uno de los tres aparatos tuvo que volver a la base casi de inmediato por problemas en el motor. Rickenbacher y su otro compañero se perdieron de vista el uno al otro y se desviaron de su ruta. Al regresar a la base se abalanzaron sobre ellos dos aparatos alemanes, que fueron lo bastante temerarios como para perseguirlos hasta su campo de aterrizaje. La misión podría haber terminado en desastre, pero, por fortuna, otros dos pilotos del 94.º despegaron para interceptar a los intrusos y lograron derribarlos. Estas primeras victorias fueron celebradas en Estados Unidos con extravagante entusiasmo, ya que la nación estaba ansiosa de poder adorar a sus propios héroes de guerra, en especial a los «caballeros del aire».

Durante los días que siguieron a esta primera misión, Rickenbacher aprendió mucho y muy rápido. En una ocasión, evitó por los pelos un enfrentamiento mortal con un Spad francés al que había confundido con un aparato alemán; se extravió varias veces y evitó el desastre de milagro; durante otra misión por la mañana avistó un avión alemán que volaba por debajo de él, así que se preparó para lanzarse al ataque, cuando, de repente, recordó todas las advertencias que le habían hecho acerca de trampas y señuelos: en efecto, por detrás y por encima de su aparato vio a dos aviones acercándose a toda velocidad. Tras realizar una serie de desesperadas maniobras para escapar de sus atenciones consiguió refugiarse dentro de una nube y volvió inmediatamente a su aeródromo, solo para descubrir que sus perseguidores eran dos sorprendidos

pilotos americanos que no entendían por qué había interrumpido su ataque contra el solitario alemán.

Rickenbacher se sentía cada día más frustrado por su incapacidad de entablar combate con los alemanes, aunque reconocía que tenía suerte simplemente por sobrevivir el tiempo suficiente como para ganar experiencia, y es que la realidad era que la mayoría de las víctimas de los ases eran pilotos novatos. La prioridad de un buen piloto de caza era sobrevivir a su propia iniciación; de hecho, el 80 por ciento de las bajas eran pilotos con menos de veinte misiones de combate. Algunos de los ases más destacados volaron durante meses antes de adquirir las habilidades necesarias para derribar a su primer aparato enemigo. La guerra aérea sobre el Frente Occidental en 1918 había adquirido unos rasgos que eran exclusivos de aquella época y lugar. Al principio de la contienda, todos los beligerantes habían creído que los aeroplanos solo eran útiles como máquinas de observación de las maniobras y posiciones de las tropas del adversario; sin embargo, las circunstancias del conflicto se habían encargado de transformar radicalmente esta doctrina y en 1918 el caza dominaba los cielos europeos. El RFC, por ejemplo, contaba con treinta escuadrones de cazas –*scouts* [exploradores] en la terminología de la época–. El objetivo era dominar el espacio aéreo sobre el frente y conseguir libertad operativa para los propios aparatos de observación de artillería, reconocimiento y ataque al suelo, mientras se la negaban al enemigo. Las distancias entre los aeródromos y el frente eran cortas, por tanto, si el tiempo lo permitía, era habitual que los pilotos realizasen dos o tres misiones diarias en busca de presas.

Una mañana cambió su suerte: él y otro piloto, James Norman Hall –por entonces un autor publicado, que más tarde se hizo famoso con *El motín del Bounty* – fueron enviados en busca de un biplaza alemán que había sido avistado sobre su sector. Al principio, ninguno de los pilotos divisó enemigos y, de hecho, se perdieron de vista el uno al otro hasta que Rickenbacher volvió a localizar a Hall: estaba haciendo acrobacias por encima de las trincheras alemanas para provocar el fuego antiaéreo enemigo. A esas alturas de la guerra, pocos veteranos franceses o británicos habrían sido tan insensatos como para permitirse imprudencias de ese tipo. Acababan de reconocerse cuando avistaron, unos 300 m por debajo de ellos, a un solitario Pfalz. Rickenbacher se

dirigió para cortar la retirada del alemán, mientras Hall se preparaba para atacarlo por detrás. Entrar en combate, escribió un piloto, era una experiencia tan intensa para los nervios como meterse repentinamente debajo de un chorro de agua helada; algunos hombres se ponían a temblar de manera involuntaria mientras que otros notaban un característico cambio metabólico que les secaba la boca y les hacía sudar a chorros a pesar del frío de las alturas: «La intensa violencia del combate aéreo tiene que experimentarse para entenderla», escribió Cecil Lewis. El piloto del Pfalz vio a los dos americanos justo en el momento en que Hall abría fuego y picó desesperadamente para poder escapar; en ese momento, Rickenbacher también disparó y vio cómo el Pfalz se inclinó de lado, con su piloto obviamente muerto, y se estrellaba por fin detrás de las líneas alemanas. Había conseguido su primera victoria y regresó jubiloso a la base con Hall: «Fue uno de los grandes momentos […], experimenté la mayor euforia de toda mi vida. No tenía ninguna pena por haber matado a otro ser humano. No creo que en aquel momento siquiera pensara en ello. Como casi todos los pilotos de caza […] nunca pensaba que estaba matando a un individuo sino derribando un aparato enemigo». En realidad, escribió en su diario que él creía que habían sido las ametralladoras de Hall las responsables del derribo del Pfalz, pero con las indulgentes reglas francesas que controlaban los cómputos de los pilotos, cada uno de los dos hombres implicados en la acción recibió el crédito por el derribo. Lo que habría sido una cuestión de rutina para los extenuados pilotos británicos, franceses o alemanes, en un Estados Unidos hambriento de noticias acerca de sus primeros pilotos de combate, llenó los titulares de los periódicos. Rickenbacher había dado el primer paso hacia la fama nacional.

Unos pocos días más tarde, algunos pilotos del 94.º vieron sufrir una muerte espantosa, casi encima de su propio aeródromo, a su admirado veterano Raoul Lufbery, cuando fue superado en combate por un Albatros. Su avión se incendió, el principal temor de todo piloto, en una época en la que la laca utilizada para mantener tensa la lona del fuselaje y las alas del avión era letalmente inflamable. Lufbery se arrastró fuera de la carlinga y se mantuvo agarrado al fuselaje por unos pocos instantes antes de que el fuego le obligara a saltar. Uno de los debates que más polémica causaba entre los pilotos eran los méritos relativos de una muerte rápida, frente a intentar mantener el control

del aparato con la esperanza de aterrizar antes de que las llamas alcanzasen la carlinga. Los camaradas de Lufbery encontraron su cuerpo empalado en una valla, lo cual, coincidieron todos, sugería una muerte misericordiosamente rápida. Los cínicos puede que no compartieran esta idea.

La pérdida de otro piloto, Hall, que había hecho un aterrizaje forzoso detrás de las líneas alemanas y cayó prisionero, hizo que Rickenbacher fuera ascendido a jefe de vuelo. Estaba sediento de gloria. A las pocas semanas había acumulado más horas de vuelo que cualquiera de sus compañeros y operaba sobre todo en solitario sobrevolando las líneas en busca de víctimas. Esta era una práctica común entre todos los aspirantes a ases de todas las naciones beligerantes. Sus comandantes toleraban esta clase de actividades, que hubieran sido impensables en conflictos posteriores. Algunos de los hombres que volaban en solitario consiguieron marcadores impresionantes, mientras que sus camaradas tan solo se limitaban a aceptar las misiones que les ordenaban, que ya de por sí les parecían suficientemente excitantes para sus nervios. El marcador de victorias de Rickenbacher empezó a subir, impulsado por sus tácticas de «lobo solitario». Sin embargo, en 1918 empezaba a dominar la idea –que más adelante fue doctrina estándar– de que un combate aéreo debidamente dirigido debía ser un trabajo en equipo, en el que los pilotos operaban como mínimo por parejas o en formaciones más grandes.

Un día de mayo, a primera hora de la mañana, estaba patrullando el frente «en busca de trabajo» a 5500 m de altitud junto con otro piloto. Estaban atontados por la falta de oxígeno y ateridos de frío, lo que hacía que las ametralladoras fueran más propensas a atascarse. Rickenbacher perdió de vista a su compañero por un momento. Al sentirse a salvo del fuego antiaéreo a esa altitud, cruzó las líneas y, volando sobre la antigua ciudad fortaleza de Metz, divisó un aeródromo alemán. Tres Albatros despegaron poco después y empezaron a ascender en dirección al frente. Rickenbacher les siguió, pues esperaba poder pasar inadvertido hasta que pudiera lanzar un ataque en el lado aliado del frente. En ese momento, las negras nubecillas de un *archie* alemán empezaron a puntear el cielo, conforme los artilleros que habían visto al cazador adoptaban la táctica recomendada para advertir a sus propios hombres.

Estaba a 180 m por detrás del Albatros más cercano cuando su piloto giró la cabeza; el estadounidense pudo ver cómo el sol se reflejaba en las gafas del

alemán. Aunque preocupado por si picaba demasiado rápido, lo cual podía provocar que la lona de su Nieuport se desprendiera del armazón, se lanzó con su aparato a 240 km/h, disparó una ráfaga de diez segundos cuando se encontraba a una distancia de unos 45 m y pudo ver que sus proyectiles impactaban contra la cabina de mando del Albatros, que empezó a caer girando sin control. De repente, un aterrador estallido sacudió su propio aeroplano: toda la lona que cubría el ala superior había sido arrancada de cuajo por la fuerza del rebufo provocado por su picado. El avión empezó a caer, girando sin control. Los otros dos Albatros le siguieron, disparándole cada vez que lo tenían a tiro. Rickenbacher creía que su avión iba a deshacerse en pedazos, pero entonces tuvo la inspiración de dar gas al motor. El aumento de velocidad estabilizó el avión lo suficiente para recuperar el control. Por casualidad, el Albatros abatido siguió planeando hasta caer en las posiciones estadounidenses, aunque hasta después de la guerra no se reconoció su derribo a manos de Rickenbacher.

El 12 de junio de 1918 le fue oficialmente reconocida su quinta victoria. Los franceses le concedieron la Croix de Guerre y formalmente se convirtió en un as, un logro que solo consiguió uno de cada cinco pilotos en el Frente Occidental. Para frustración del impaciente cazador, sin embargo, pasó la mayor parte de junio sin poder volar a causa de la fiebre. Era una celebridad en su propio país, pero con otro nombre. Cierto día, había escrito una carta a un amigo en Detroit que firmó como «Eddie Rickenbacker». La prensa se enteró de ello e informó con el exuberante patrioterismo de la época: «¡Eddie Rickenbacker ha eliminado al huno de su nombre!». Desde entonces, nunca volvió a firmar de otra forma. A principios de julio voló en un Spad recién salido de fábrica hasta el nuevo aeródromo de su escuadrón en Touquin, tras cumplir su permiso por convalecencia. Este aparato, con su gran velocidad y un techo de 6700 m, le entusiasmó y parecía ofrecer todo tipo de oportunidades, pero para su irritación se vio obligado a quedarse en tierra otra vez por culpa de una infección de oído y, aunque le drenaron el absceso, durante varias semanas siguió causándole terribles dolores cada vez que volaba. Sus ansias de volver al combate no le sirvieron de nada; parecía que la suerte le había abandonado, hasta que, por fin, consiguió que le dieran el alta médica y le permitieran volver a volar. En una de las primeras misiones después de su

convalecencia participó en una melé al frente de una formación de siete Spads, cuando sus ametralladoras se encasquillaron. Durante varios minutos de un combate feroz se vio obligado a maniobrar a la desesperada, en medio de una turbamulta de aviones que giraban y picaban a través del aire, impotente y a merced de cualquier enemigo. El piloto británico Arthur Lee describió vívidamente las sensaciones que se tienen en medio de una pelea de aviones enfrentados en el cielo:

> Danzábamos alrededor unos de otros como si estuviéramos en un irrompible y despiadado círculo. Primero Giles, luego Begbie, por fin un huno escarlata y negro se precipitarían en alocada confusión, cada uno haciendo un barrido siguiendo una maraña de balas trazadoras, haciéndolas girar como si fuera un remolino. El ladrido de las ametralladoras se olvidaba ante la inminencia de una aterradora colisión. Era una impresionante visión de máquinas precipitándose a toda velocidad unas contra otras a través del cielo, que se transformaba en un juego de disparos de oportunidad. No había tiempo para apuntar. Por mucho que lo intenté, no conseguí derribar ningún pájaro […]. De repente, vi a una máquina que comenzaba a humear, luego estallaba en llamas […]. Reconocí por las marcas que era el pobre Begbie. Me abrumó una súbita sensación de náuseas. Fascinado por el horror, momentáneamente me olvidé de luchar. El pobre Begbie nos había dejado sin un saludo ni un adiós. Le eché un último vistazo, ya que estaba volando cerca. Gracias a Dios, parecía que ya estaba muerto.

Cuando los estadounidenses regresaron finalmente a su base, Rickenbacker se sentía frustrado: «Estaba furioso. Casi me habían matado. Aún peor, yo no había matado a ningún alemán, aunque habían estado justo enfrente de mí. Y todo el costado derecho de mi cabeza era una enloquecedora masa de dolor». Después de algunas semanas más con problemas médicos, en septiembre la fortuna le volvió a sonreír. En dos días seguidos de vuelo en solitario, derribó un Fokker D.VII, la máquina alemana más potente del momento. Sus siete victorias le convirtieron, para su gran satisfacción, en el «as de ases» estadounidense. Su palmarés no habría impresionado a los pilotos alemanes,

franceses o británicos, muchos de los cuales habían conseguido el mismo número; pero en solo unas pocas semanas combatiendo, Rickenbacker había demostrado ser uno de los pilotos más letales e implacables del Frente Occidental. El 24 de septiembre fue nombrado comandante del 94.º Escuadrón. Irritado porque otra unidad, el 27.º Escuadrón, tenía un cómputo global de victorias mayor que el de sus pilotos, Rickenbacker se puso manos a la obra para recuperar la ventaja del 94.º, aunque fuera él mismo quien tuviera que lograrlo en solitario.

Es posible que haya quien considere esta actitud como egoísta e infantil. El egocentrismo de los «cazadores de victorias» transformaba una guerra mundial en una aventura para que un puñado de niños mimados buscara la gloria personal. En origen, los mandos del Royal Flying Corps habían desalentado la mitificación de los ases británicos y que se diera publicidad a sus hazañas, pero, en última instancia, habían tenido que rendirse a la evidencia y aceptar que la competencia entre pilotos podía ser provechosa para el esfuerzo bélico. Aunque la adulación pública hacia los pilotos estrella molestase a sus camaradas, el que hubiese jóvenes impacientes por arriesgar su vida para matar alemanes y que, además, fueran muy eficientes a la hora de hacerlo era beneficioso para el conjunto. Algunos testigos apuntaron que la mayoría de los ases eran individuos solitarios; Ball, por ejemplo, no tenía amigos; McCullen era despiadado y egoísta; y a Mannock se le describía como un hombre agresivo e impopular, incluso en las últimas semanas de su corta vida. Un camarada escribió acerca del canadiense Billy Bishop: «Había algo en él que le dejaba a uno con la sensación de que prefería vivir como luchaba, en un mundo particular tan duro como frágil». Es un interesante comentario que podría aplicarse a muchos de los guerreros más motivados. Aunque no existen testimonios similares acerca de Rickenbacker, no parece que fuera demasiado diferente. La realidad es que a muchos hombres que participan en una guerra les motivan más cuestiones personales, inmediatas y lógicas y no un vago sentido del patriotismo. Los ases de la Primera Guerra Mundial, sin excepción, fueron soldados tan ferozmente competitivos como Rickenbacker. En 1917 Billy Bishop explicó:

> Empecé a pensar que mi lista de víctimas no estaba creciendo tan regularmente como me habría gustado. El capitán Ball estaba de regreso de su permiso invernal en Inglaterra y aumentaba de forma constante su ya de por sí enorme cómputo. Sentía que siempre iba a estar por detrás de él, así que pasaba cada día seis o siete horas sobre las líneas enemigas, rogando porque aparecieran algunas víctimas fáciles. Había tenido algunos combates bastante duros. Ahora quería cazar un conejo o dos.

No es que sean palabras propias de un «caballero del aire», desde luego. Después de su nombramiento como jefe de escuadrilla, convocó una reunión con sus diecinueve pilotos; les dijo que, de ahora en adelante, no iba a dar ninguna importancia a si se saludaban los unos a los otros o si observaban las formalidades militares, pero que se abstendrían de probar el alcohol en las noches anteriores a una misión y que debían trabajar mucho más duro cuidando sus motores, ya que los problemas mecánicos estaban provocando que los aparatos quedaran inoperativos a un ritmo catastrófico. El aeroplano americano promedio requería una revisión completa cada catorce horas de vuelo, mientras que Rickenbacker estaba consiguiendo un centenar de horas en su propio Spad. Concluyó con un llamamiento patriótico desvengonzado, que en algunas unidades habría provocado una respuesta cínica: «Dad lo mejor de vosotros mismos por América, la causa aliada y el mejor escuadrón que jamás ha volado, el 94.º». Esa noche escribió en su diario: «Acabo de ser ascendido al mando […] nunca pediré a un piloto que vaya a una misión a la que yo no fuera. Debo trabajar más duro que hasta ahora». Subrayó la última frase, como si fuera un estudiante preparándose para los exámenes. Detrás de la aparente campechanería de Rickenbacker, había una disciplina de hierro.

Incluso como comandante de escuadrón, Rickenbacker continuó emprendiendo misiones en solitario y a menudo pasaba seis o siete horas diarias en el aire. Su rendimiento personal era lo que más le obsesionaba. A la mañana siguiente de su nombramiento, antes del desayuno, derribó a un Fokker que estaba escoltando a dos aviones de reconocimiento y luego a uno de estos, un LVG. De vuelta en tierra, condujo hasta el lugar donde había conseguido los derribos para que el comandante francés de la zona confirmara

sus victorias por escrito, por las que más adelante le concedieron la Medalla de Honor del Congreso. A la mañana siguiente, el 26 de septiembre, mientras su escuadrón se dedicaba a destruir globos cautivos, derribó otro Fokker, aunque su avión también sufrió graves daños, y al día siguiente, una ametralladora desde tierra acribilló el fuselaje de su aparato alrededor de la carlinga, pero sin herirlo. La fortuna estaba de su lado, mientras que otros a los que había abandonado, morían. Todo apunta a que el vuelo de combate le causaba desgaste físico, pero no tenía problemas emocionales para lidiar con el estrés de un ciclo continuo de operaciones; en ese sentido, era como Bishop: «Para mí, no era un negocio o una profesión, sino solo un juego maravilloso. Al derribar un aparato no me parecía que estuviera matando a un hombre, sino más bien destruyendo un blanco mecánico que no tenía un ser humano dentro en absoluto».

Uno de sus derribos, un bombardero Hanover, planeó hasta hacer un aterrizaje perfecto cinco kilómetros detrás de las líneas aliadas, con el piloto muerto a los mandos. Rickenbacker hizo que remolcaran el aparato hasta el aeródromo del 94.º, un ejemplo espectacular de la manía de los pilotos de caza por acumular trofeos. Algunos llegaron a colgar la bota de un alemán muerto en la pared del rancho de oficiales, si es que no había disponible nada mejor y menos patético. En la misma refriega, Rickenbacker había derribado un Fokker y un tercer avión alemán, aunque ese cayó tan detrás de las líneas enemigas que nunca pudo confirmarse, para frustración del estadounidense. Era evidente para todos los beligerantes que, para entonces, la balanza se había inclinado de forma decisiva a favor de los aliados, cuyo triunfo era solo cuestión de tiempo. Rickenbacker escribió con regocijo que su 94.º Escuadrón estaba «muy por delante del 27.º» en victorias y, «desde entonces, nuestra ventaja nunca estuvo en peligro». Se podía observar una maníaca urgencia en su desempeño, según buscaba acumular el cómputo más alto posible antes de que llegase el final. Un día, mientras volaba en solitario, fue atacado por cuatro Fokkers, de los cuales derribó a dos. Eso significaba que durante el mes de octubre de 1918 había conseguido 14 victorias confirmadas y terminó el mes –y la guerra– con un total reconocido de 25. Estas representaban un porcentaje sustancial del total de 69 aparatos enemigos destruidos por todo su escuadrón durante la contienda, lo que era típico de la guerra en el aire. Así, por ejemplo, en el

veterano 56.º Escuadrón del RFC dos pilotos habían derribado 94 del total de 427 victorias y, de hecho, diez hombres del mismo sumaban 246 aparatos enemigos. El 11 de noviembre, el Día del Armisticio, Rickenbacker calculó que había tomado parte en 134 combates, aunque parece más probable que esta cifra representase el total de misiones de combate. Cuando llegaron las noticias de que la guerra había terminado, el escuadrón *Hat in the Ring* lo celebró con tanto entusiasmo como cualquier otra unidad. Un piloto empezó a dar saltos alrededor de la hoguera mientras cantaba alegremente: «¡He sobrevivido a la guerra! ¡He sobrevivido a la guerra!»; sin duda, sus ambiciones eran bastante más modestas que las de Rickenbacker. Por su parte, este eligió pasar el momento exacto del armisticio, la undécima hora, del undécimo día, del undécimo mes, sobrevolando en solitario la línea de frente, desafiando las órdenes que obligaban a mantener en tierra a todos los aviones de combate.

Rickenbacker, un auténtico héroe americano, fue repatriado en enero de 1919 para colaborar en la venta de una emisión de Bonos de la Libertad. [5] Merece la pena citar el discurso del secretario de Guerra de Estados Unidos, Newton D. Baker, durante una de las apariciones del piloto, en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, el 3 de febrero de 1919:

> El capitán Rickenbacker es uno de los auténticos cruzados de América, uno de los más auténticos caballeros que nuestro país ha conocido jamás. Encontrará su mayor placer, cuando llegue el atardecer de su vida y pueda mirar atrás a sus experiencias. Nunca olvidará la tensión del combate entre las nubes, donde era su vida o la de su adversario. Siempre conocerá este miedo, incluso cuando se despierte de su sueño más profundo. Pero su vida siempre se alegrará cuando mire a su alrededor y vea hombres, mujeres y niños caminando libres y sin temores y cuando recuerde que ha dado lo mejor y que ha arriesgado su vida para hacerlo posible.

Los civiles pueden emocionarse al glosar las glorias de los hombres de uniforme en los momentos más oscuros de una guerra, o en la oleada de gratitud que perdura justo después de la victoria y no se equivocan completamente cuando afirman que sin guerreros con la determinación de

Eddie Rickenbacker, no es posible ganar una guerra. Sin embargo, los nobles sentimientos del secretario de Guerra estadounidense contrastaban con el ansia de Rickenbacker por la gloria personal, mucho más que por ser un puñado de lugares comunes. Este era un gran piloto de caza, pero nunca hubo nada generoso en sus hazañas y tampoco él creyó que lo hubiese.

La suya es una de las pocas biografías de este libro que tienen un final feliz. Utilizó su fama y el glamur de sus éxitos bélicos para empezar una carrera como empresario en la que ganó, perdió y volvió a ganar varias fortunas. Solo Charles Lindbergh pudo eclipsar su celebridad como piloto. Rickenbacker fundó la compañía aérea Eastern Airlines, de la que llegó a ser presidente. Se casó con una rica divorciada llamada Adelaida, a la que había conocido en California antes de la guerra. Adoptaron dos hijos y se fueron fieles el uno al otro durante toda sus largas vidas. La suerte nunca le abandonó. El 26 de febrero de 1941, viajaba en un DC-3 de la Eastern Airlines que se estrelló y dio una vuelta de campana mientras se preparaba para aterrizar en Atlanta, Georgia. La mitad de los pasajeros y la tripulación murieron y, aunque el propio Rickenbacker estuvo a punto de fallecer por sus terribles heridas, consiguió recuperarse por completo. Durante la Segunda Guerra Mundial llevó a cabo varias misiones de inspección por encargo del gobierno estadounidense y de la USAAF (United States Army Air Forces [Fuerzas Áreas del Ejército de Estados Unidos]). En una de ellas, en octubre de 1942, el B-17 en el que viajaba se perdió y cayó en el Pacífico; allí, en medio del océano, a la edad de cincuenta y dos años y mientras otros a su alrededor morían, él fue capaz de sobrevivir veintidós días en un bote salvavidas hasta que fue localizado y rescatado por la Marina estadounidense. Había perdido 25 kg durante su odisea.

Su reputación se vio perjudicada por algunas insensatas aventuras políticas. Siempre fue conservador y un furibundo enemigo del New Deal de Roosevelt y, al igual que Lindbergh, un radical aislacionista en los años previos a la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. En sus últimos años de vida fue también acusado de racismo por su hostilidad al movimiento de Derechos Civiles. La moraleja, desde luego, es que los hombres de acción no deben meterse en política, ya que la mayoría de los ciudadanos sensatos no presta atención a las filosofías de salón de los guerreros, que son casi siempre

imprudentes. Rickenbacker permaneció demasiado tiempo al timón de la Eastern Airlines, hasta que, al final, le obligaron a ceder el control a regañadientes en 1963. Murió en 1973, a la edad de ochenta y tres años, cargado de honores, tras ser objeto de varias halagadoras biografías, pero ninguna trató su memoria de forma más obsequiosa que su propia autobiografía, publicada en 1968; aunque esta estuviera llena de fantasías, lo cierto es que no había nada falso en Eddie Rickenbacker. Sus logros –la lucha por salir de la pobreza, el desarrollo de excepcionales habilidades como mecánico, el éxito como conductor de coches de carreras, as de la aviación y luego pionero de la aviación comercial– fueron totalmente reales. Abrazó la fama y la guerra con un entusiasmo que otros hombres son incapaces de sentir y además tuvo la suerte de que su experiencia bélica fuera lo suficientemente larga como para hacerse un nombre, pero no tanto como para terminar siendo una víctima de la suerte habitual que les esperaba a los pilotos de caza. Entre los principales ases, solo el canadiense Billy Bishop y el alemán Ernst Udet –cuyos cómputos respectivos de 72 y 62 victorias eclipsan el de Rickenbacker– sobrevivieron a la guerra. Hoy tenemos una visión más realista que la de los civiles en 1918 acerca de las despiadadas cualidades que un aviador necesitaba para triunfar en los combates sobre los cielos del Frente Occidental. En cierto modo, Rickenbacker fue un individuo poco usual, ya que fue capaz de tener éxito tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Su vida era el triunfo del sueño americano que otras naciones, y otros guerreros, envidian.

[1] N. del T.: Herramienta de albañilería utilizada para comprobar la horizontalidad o verticalidad de una superficie.

[2] N. del T.: La versión deportiva del 1910 Firestone-Columbus 79C, producido entre 1907 y 1915.

[3] N. del T.: Es el circuito donde se corren las famosas Quinientas Millas de Indianápolis, que, junto con las 24 horas de Le Mans, es la carrera de resistencia más importante de la temporada automovilística.

[4] N. del T.: Las ocho universidades americanas de élite de la costa este: Harvard, Darmouth, Pensilvania, Yale, Brown, Columbia, Cornell y Princeton.

[5] N. del T.: Literalmente, *Liberty Bonds.* Bonos de guerra para financiar las compras de material bélico, tanto por parte de Estados Unidos como de las potencias aliadas.

9
Una odisea india

En los anales de la experiencia militar británica, la India mantuvo una posición dominante a lo largo de dos siglos y medio. Miles de soldados británicos sirvieron y combatieron en el subcontinente, desde Robert Clive al duque de Wellington, de Winston Churchill a Bill Slim. El Ejército indio dominó la leyenda del Raj (*vid* . pág. 134), liderado por oficiales británicos inmensamente orgullosos de su linaje. Para generaciones de jóvenes imperialistas, los regimientos de sijs, rajputs, dogras y, sobre todo, los gurkhas, que combatieron bajo las banderas británicas eran nombres tan familiares como podrían serlo los Guardias Granaderos o la Brigada de Rifles.

John Masters era la quinta generación de su familia, y también la última, que sirvió en la India. Su propia carrera militar fue notablemente pintoresca, aunque su logro más duradero fueron sus novelas ambientadas en dicho país, las cuales se convirtieron en una elegía a la presencia británica en el subcontinente y al antiguo Ejército de la India. Entró en él como un subalterno en 1935, sirvió de forma intermitente en la Frontera Noroeste hasta 1939 y, más adelante, mandó una brigada en una de las acciones más sangrientas y dolorosamente absurdas de la Segunda Guerra Mundial, la operación de los chindits contra los japoneses en Birmania, y todo ello antes de cumplir los treinta años. Fue respetado por su inteligencia, pero al mismo tiempo su implacable y afilada lengua le granjeó muchos enemigos. Siempre estuvo generosamente dotado para un sarcasmo afilado por los cotilleos cuarteleros, que aseguraban que no era realmente británico sino angloindio, y que tenía «un toque de sangre negra», una de las acusaciones más graves que podían hacer contra alguien en aquel ambiente. Todo el mundo sabía que, de todas maneras, era un marginado, alguien muy diferente a la mayoría de los soldados profesionales de su generación. Mediada la treintena, abandonó su

carrera militar y emigró a Estados Unidos, donde se convirtió en un novelista de éxito y adoptó la ciudadanía estadounidense. Su creación más duradera son sus afectuosas y brillantes memorias de su servicio con los fusileros gurkhas, *Bugles and a Tiger* (1955) [Cornetas y un tigre], que pueden considerarse una de las mejores rapsodias bélicas de toda la historia.

Masters, que nació en Calcuta en 1914 y era hijo de un coronel del Ejército indio, vivió en el subcontinente hasta los siete años, cuando fue enviado a Inglaterra para seguir su educación en el Wellington College y luego, aunque sin demasiado entusiasmo, a Sandhurst para hacer carrera en el Ejército. Por entonces, su padre malvivía a duras penas de su mísera pensión de jubilación, lo que no ayudaba a aliviar la susceptibilidad del joven Jack, muy consciente de la pobreza de su familia, su acento de Yorkshire y el pedigrí de su madre, que era hija de un tendero. En Sandhurst, consiguió triunfar desde el punto de vista académico, pero no socialmente: «Sabía lo que era ser impopular [...]. Soy bueno y malo, agradable y desagradable. El problema en mi caso era que parecía como si la gente descubriera al principio todo lo bueno y luego, un poco más tarde, todo lo malo». Inteligente, ambicioso, iconoclasta, sexualmente precoz e incapaz de tolerar a los idiotas, era evidente para sus camaradas que Jack Masters era interesante y listo, pero que carecía de las cualidades propias de un caballero, tal y como las entendían los soldados profesionales de su generación. Él, por su parte, encontró la Royal Military Academy (Real Academia Militar) de Sandhurst un lugar duro y brutal, aunque reconocía sus méritos para enseñar a los cadetes a convivir los unos con los otros y prepararse para la guerra. A su regreso a la India, en octubre de 1934, fue destinado primero un año para que aprendiese sus responsabilidades como oficial en el regimiento Duke of Cornwall's Light Infantry (Regimiento de Infantería Ligera del Duque de Cornualles), uno de los cuarenta y ocho batallones del Ejército británico desplegados en el subcontinente indio, [1] y luego fue transferido a un regimiento de gurkhas.

Como todo regimiento, el 4.º Prince of Wales's Own Gurkha Rifles (4.º Regimiento de Fusileros Gurkha del Príncipe de Gales) examinaba a los oficiales destinados a sus filas e invitaba al candidato a pasar un permiso de diez días en su base, que, en este caso, era la remota estación de montaña de techos rojos de Bakloh, en el Himalaya. Una chica estadounidense que visitó la zona

unos años antes había preguntado quién vivía en la desolada cumbre y, cuando le respondieron que el 4.º de Gurkhas, preguntó horrorizada: «¿Pero qué es lo que han hecho?». Sin embargo, los soldados amaban el lugar. El impetuoso Masters tuvo la suerte de que su visita coincidiera con un repentino despliegue de la unidad en Lahore para controlar unos disturbios, una situación en la que se desempeñó mejor de lo que hubiera podido hacer en el comedor de oficiales: «Me encantaban las fiestas y estaba increíblemente ansioso por la idea de unirme a este regimiento. Estaba listo para destacar con la errática brillantez que mis años eran incapaces de controlar». Masters pudo demostrar su sangre fría y su capacidad para actuar con calma bajo presión, en medio de las pedradas y los botellazos de la revuelta que había estallado en Lahore, librándose de sufrir un desastre social. En el invierno de 1935 se unió a la solitaria y pequeña comunidad de oficiales británicos de los gurkhas en Bakloh, que presumían de nombres y apodos que iban a llegar a ser íntimamente familiares para él: James y John, Beetle [Escarabajo], Midge [Mosquito] y Moke [Burro], Bullet [Bala] y Boy [Chaval]. Todos ellos mostraban la marca de su vocación: la blanca huella del barboquejo en un rostro quemado por el sol. Masters se instaló en el bungaló de los solteros, la llamada «Madriguera de Conejos», donde conoció a su sirviente gurkha, Biniram Thapa, quien había cargado a la bayoneta contra la Guardia prusiana en Flandes en 1914. Veinte años después, escribió con profunda emoción: «Había llegado a casa».

Los meses que siguieron los pasó aprendiendo el idioma y las costumbres de los soldados que iban a estar a su mando. Los británicos habían estado reclutando entre las tribus gurkha de Nepal desde 1815, tras descubrir sus notables virtudes marciales durante las expediciones punitivas en las montañas donde vivían, colindantes al imperio de la India. Los gurkhas habían llegado a convertirse en los soldados más apreciados del Ejército de la India, sobre todo después de la lealtad que habían demostrado durante el motín de 1857. Generación tras generación de oficiales británicos que mandaron tropas gurkhas habían caído rendidos ante su mística. El propio Masters escribió: «Los rasgos distintivos del gurkha son generalmente su aspecto mongol, corta estatura, disposición alegre y una indefinible cualidad que es difícil describir con una sola palabra. Rectitud, honestidad, naturalidad, lealtad, coraje; todas estas se aproximan, pero ninguna es exacta del todo, ya que esa cualidad las

abarca todas. En un regimiento gurkha jamás se roba nada. Las deserciones son insólitas […] no hay intriga, ni engreimiento, ni peloteo». Cuando el implacable rostro del gurkha rompía en carcajadas, estas eran profundas y fuertes y, con frecuencia, ocurrían en las situaciones más comprometidas. Aunque también señaló las imperfecciones del gurkha: aprendía despacio, era hostil a las innovaciones, desaliñado en su hogar y le gustaban demasiado las apuestas, el ron y las mujeres. Sin embargo, inmediatamente después desdeñaba sus propias generalizaciones, porque «los gurkhas tienen las mismas similitudes y diferencias que un campo de nieve».

El joven teniente aprendió las leyendas acerca de la resistencia y lealtad de los gurkhas, la historia de sus regimientos en innumerables guerras, los cuentos de cabezas decapitadas con los kukri, de fortalezas asaltadas o salvadas por el valor de los gurkhas. Le informaron de la superioridad natural del 4.º Regimiento sobre el 1.º, 2.º, 3.º y 5.º que, sin duda alguna, eran inferiores. Fue ceremonialmente «presentado» al regimiento en una cena y, acto seguido, asumió el mando de los 120 hombres de la Compañía A. Por la noche estudiaba gurkhali con un jefe de secretaría leyendo un libro de cuentos populares. Masters sentía como si estuviera viviendo en un mundo «en el que aquellos dioses y leyendas eran tan reales como el moño sin afeitar en la cabeza del corneta».

En las maniobras realizadas durante la estación fría, el batallón marchaba semana tras semana de un campamento a otro, con los gaiteros y el coronel a caballo al frente, el equipaje transportado por un gran tren de camellos y el denso polvo de la India que colgaba como una neblina en la carretera y entre los árboles. «Marchábamos en el distante trance del soldado profesional de infantería, nuestras mentes a miles de millas de distancia del acto en sí de moverse, pero unidos unos a otros por cuerdas invisibles, el ritmo del paso, el sonido de las trompetas». Cada atardecer alrededor de las tres acampaban y mientras los soldados cantaban en torno a las hogueras, los oficiales iban a cazar becadas en los marjales. Durante bastante tiempo, tanto con los oficiales como con los hombres, Masters sintió que estaba con ellos, pero que todavía no era parte de ellos. En el comedor de oficiales, irritaba a sus colegas británicos porque hablaba demasiado y pontificaba con demasiada frecuencia, mientras que, en la compañía, encontró que a los hombres les costaba aceptar a

un oficial nuevo, incluso aunque hubiera dominado el gurkhali. Estuvo contando chistes a sus fusileros durante dos años antes de que, por fin, consiguiera hacerlos reír. Solo entonces pudo considerarse a sí mismo como un miembro de pleno derecho de lo que estaba orgulloso de considerar su familia.

Pocos autores han sido capaces de expresar mejor el ideal del regimiento, del núcleo espiritual de los Ejércitos británico e indio:

> Un ideal pequeño –lo describía Masters–, porque la humanidad no es capaz de abarcar uno más grande […]. El espíritu del regimiento no se preocupaba demasiado de la eficiencia, la disciplina o incluso la lealtad. Había sido construido por generaciones de hombres […] que habían llegado a comprender su esencia, unos con otros, con aquellos que ya se habían ido y con los que todavía no habían llegado. Era con este espíritu que entrenábamos juntos, nos emborrachábamos juntos, cazábamos, bailábamos, jugábamos, matábamos y salvábamos vidas juntos. Era según este espíritu que ningún hombre estaba solo, ni en el campo de batalla, que es un lugar solitario, ni en el abismo de la muerte, ni en los momentos más oscuros de la vida.

La experiencia romántica suprema del servicio en la India era entrar en acción en la Frontera Noroeste contra las tribus pastún, cuya volatilidad provocaba constantes represalias británicas. Aunque Masters nunca había entrado en combate, durante su tiempo en el Duque de Cornualles había ganado experiencia acerca de la dureza de la frontera, de su clima y su terreno extremos y la rutina, que alternaba entre el aburrimiento de los barracones y el peligro de las colinas. Por fin, en la primavera de 1937 recibió su bautismo de fuego. El 4.º de Gurkhas estaba de servicio en Waziristán, donde el mulá local, el faquir de Ipi, estaba causando problemas, pues uno de sus hombres había secuestrado a una chica india, la había convertido al islam a la fuerza y rechazaba todas las peticiones de que la devolviera.

El faquir y sus seguidores se enzarzaron en una guerra de guerrillas contra los británicos, que estaban decididos a rescatar a la chica y aplastar las pretensiones del mulá. El batallón de Masters estaba entre las tropas desplegadas para cazar a los delincuentes. Era una guerra de escaramuzas y

emboscadas. Las columnas británicas marchaban estoicamente a través de los pasos de montaña, mientras las secciones jadeaban escalando las rocosas paredes para organizar piquetes en terreno elevado y la artillería de montaña franqueaba los desfiladeros, preparada para apoyar a las tropas si era necesario. Los porteadores preparaban las tiendas y los ranchos protegiéndolos con *sangars* [parapetos] de piedra siempre que el batallón se detenía el tiempo suficiente como para que el esfuerzo estuviera justificado. En aquellos días anteriores al uso de radios tácticas efectivas, las unidades se comunicaban con heliógrafos de señales. La lucha en la frontera se consideraba la escuela básica para oficiales jóvenes, que se veían implicados en continuas escaramuzas entre las colinas, donde el precio del descuido era la muerte. Era una guerra sucia, en la que se abandonaban municiones manipuladas para mutilar las manos de algún pastún descuidado. Un soldado herido y capturado por el enemigo estaba condenado a ser mutilado y asesinado, frecuentemente a manos de las mujeres. Lentos biplanos bombardeaban repetidamente poblaciones sin que eso disminuyera la hostilidad de sus habitantes. Las tribus locales seguían a las columnas británicas y aparecían de repente sobre una cumbre para tirotear a un piquete que se estuviera retirando, atacar a un destacamento de porteadores o capturar a un explorador descuidado.

Para el soldado, la frontera ofrecía un aprendizaje bélico, pero sin el peligro de una guerra de verdad. Sin duda, un pastún con un fusil podía matar a un hombre, pero carecía de la parafernalia que se asocia con la guerra moderna –ametralladoras, artillería, minas, morteros, aviones–. Para el 4.º de Gurkhas y otros regimientos del mismo tipo, la experiencia ofrecía las ventajas de la caza mayor: emoción y una pizca de riesgo, junto a la oportunidad de entrenar bajo fuego real. La frontera preparó y endureció a todos los que se desplegaron contra el faquir de Ipi, de la misma forma que preparó y endureció a Jack Masters. En sus primeros meses en Miranshah, su unidad solo sufrió algunos incidentes de disparos aislados y un anticuado bombardero Westland Wapiti se estrelló mientras despegaba y voló en pedazos. Y entonces, una mañana, cuando ocupaba la cumbre de una colina con su compañía, pudo ver a través de sus prismáticos al otro lado del valle a un enemigo por primera vez: una partida de pastunes armados moviéndose, siguiendo el curso de un río, ignorantes de la presencia de los gurkhas. Más adelante, su coronel le reprochó

que no dejara acercarse más a los nativos antes de abrir fuego, pero, de todos modos, los gurkhas de Masters mataron a ocho de una banda de veintisiete pastunes. Durante las siguientes semanas, la unidad peinó las colinas bajo un esporádico fuego de fusilería. Jack escribió a su hermano más joven, Alex, que estaba en el 1.er Regimiento de Gurkhas: «Nos han estado disparando continuamente a lo largo de veintitrés días y estamos infestados de piojos y trabajamos diecinueve horas diarias durante cinco días y quiero un descanso. Uno de estos días supongo que concederán permisos y entonces voy a salir pitando de aquí». Estuvo dos meses de operaciones antes de que le destinaran al mando del depósito del regimiento, en Bakloh.

Lejos de su batallón, aquella era una vida solitaria. No había compañeros oficiales con los que socializar, pero sí un montón de inesperadas responsabilidades con las que el joven teniente de veintitrés años tenía que lidiar todos los días: supervisar la admisión de reclutas, atender las peticiones de las esposas de los gurkhas que vivían en el acantonamiento o sus inmediaciones y atender a la administración del variopinto destacamento del depósito. En los momentos de ocio, Masters leía con avidez, igual que había hecho Winston Churchill en su época en la India con el 4.º Regimiento de Húsares cuarenta años antes. Enormes y sesudos libros que se le habían resistido cuando era más joven: Gibbon, Maquiavelo, los *Viajes* , de Richard Hakluyt. Mujeriego empedernido desde la adolescencia, solía escaparse a Lahore para satisfacer sus necesidades sexuales, lo que exigía un viaje de 225 km y, al final, solo para acabar con una enfermedad venérea. Escribió su primer ensayo literario durante aquellos meses, un panfleto de cuarenta y ocho páginas en gurkhali dedicado al cuidado de los niños, con un apéndice acerca de la organización de un hogar. Puede parecer extraño que un soldado prestara atención a este tipo de detalles cotidianos, pero para los oficiales del Ejército indio, formados en la idea de un benigno paternalismo hacia sus soldados nativos, era algo normal.

El momento culminante de la experiencia de Masters en Bakloh ocurrió en febrero de 1938, cuando la tranquilidad del depósito se vio alterada por la casi insólita aparición de un tigre en la maleza bajo la cancha de *squash* que estaba frente a los barracones. El joven oficial tomó un fusil y reunió una partida de batidores para obligar a salir a la bestia. Tuvieron un rápido y aterrador éxito: el

enorme animal se precipitó de repente desde un árbol e hirió de gravedad a un suboficial gurkha de un zarpazo en la cara antes de escapar de un salto. Masters, que no era un gran tirador, solo consiguió acertarle en una de sus garras delanteras antes de que desapareciera entre la maleza. Escoltado por una excitada muchedumbre de gurkhas, el joven oficial siguió el rastro del tigre. Tuvo suerte y pudo entrever la silueta negra y dorada del animal entre los densos matorrales y lo mató de un disparo en la cabeza antes de que pudiera atacar de nuevo. En medio de ruidosas celebraciones, el cadáver fue colgado de un palo y transportado hasta el comedor de oficiales para dejarlo en la sala de invitados, mientras el victorioso cazador hacía sonar *Tiger Rag* [2] en el gramófono. Escribió un artículo acerca de la aventura, que se publicó en Gran Bretaña en la revista *The Field* , pero lo mejor de todo fue que le dio entre sus gurkhas el prestigio que de otro modo le hubiera costado varias campañas conseguir. Tal vez el logro más importante de su etapa en Bakloh fue reforzar sus lazos de afecto y respeto con los hombres que tenía a su mando, desarrollando un amor por una institución de la que sentía que formaba parte de una manera que jamás antes había sentido.

Masters pasó la mayor parte de un largo permiso que tuvo en 1938 recorriendo Estados Unidos, un país hacia el que ya sentía una gran pasión gracias a su gusto por el *jazz* , la literatura y una suscripción a la revista *The New Yorker* . Sus meses allí se contaron entre los más felices de su juventud. Le encantaba todo de Norteamérica: sus deportes, su belleza natural, sus modales relajados y una exuberancia que encajaba con su propio entusiasmo por la vida. Es paradójico que Masters todavía amara el romántico imperialismo, una confianza en el destino de Gran Bretaña en la India, mientras que su imaginativa e impulsiva naturaleza le empujó toda su vida a buscar nuevas sensaciones, algo que no encajaba bien en un Ejército de la India marcado por la tradición y la costumbre. Sus superiores respetaban su inteligencia y su competencia profesional, pero rechazaban sus gustos musicales y desconfiaban de su peculiar entusiasmo por la compañía femenina.

Regresó a la India en junio de 1939 haciendo escala en Gran Bretaña y París, después de muchas experiencias nuevas y breves amoríos. Su regimiento había sido desplegado en Loralai, 193 km al este de Quetta, en Beluchistán. Fue nombrado ayudante del batallón, un puesto administrativo vital que

disfrutó enormemente, si exceptuamos la obligación de acompañar a caballo al coronel en el patio de armas, ya que, desde Sandhurst, odiaba los caballos con todas sus fuerzas. Estaba todavía en Loralai cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Como todo soldado profesional, estaba ansioso de participar, por lo que la inactividad del 4.º de Gurkhas en la guarnición en la India, mientras la contienda se decidía en Europa, le supuso una gran frustración. Para consternación de Masters, un nuevo coronel, con el que no se había llevado bien cuando coincidieron en la frontera en 1937, asumió el mando del regimiento: «Weallens no paraba de perseguirme, pues creía que yo era basura y que tenía que pincharme todo el rato para que pudiera dejar de ser basura». Sin embargo, después de unos inicios poco halagüeños, los dos hombres aprendieron a trabajar juntos sorprendentemente bien, a pesar de la forzosa inactividad de su regimiento en medio de una guerra mundial. Se sentían «como bomberos intentando encontrar sus zapatos y calcetines mientras la alarma sonaba cada vez más alta e histérica en nuestros oídos». Por una de esas típicas ironías de la guerra, el primer miembro de la familia Masters en morir a manos enemigas fue la prima de Jack, Marjorie, que falleció junto con su prometido piloto al estallar una bomba de la Luftwaffe en el Café de París, en Londres, donde se encontraban bailando.

Hasta la primavera de 1941, el 2.º Batallón del 4.º de Gurkhas no fue desplegado en operaciones activas en Irak como parte de la 8.ª División india, en combate contra una resistencia simbólica. Luego fueron desplegados para la conquista de Siria, territorio controlado por Vichy, una operación menor, pero desagradable. Masters se emocionó al ver cómo sus queridos gurkhas entraban en acción haciendo gala de la valentía por la que siempre habían sido admirados por sus oficiales británicos. Recordaba el espectáculo de dos servidores de una Bren [3] enfrentándose a las pasadas de ametrallamiento de un avión francés:

> Los cazas aullaban picando contra ellos: crrrrrump. La Bren empezó a devolver el fuego. Comencé a llorar de orgullo. La tierra hervía alrededor y detrás de los dos hombres, ambos de diecinueve años, mientras ahí estaban, de pie, completamente a descubierto, y siempre sin parar de disparar contra los monstruos llenos de ametralladoras.

> Esto era con lo que nosotros estábamos luchando, y por Dios, que era también por lo que estábamos peleando: supervivencia, amor propio y negarnos a ser intimidados por la fuerza bruta. Los ataques siguieron durante cinco minutos, el último avión yéndose muy despacio, con humo negro saliendo de la góndola del motor. Los fusileros Deba y Ghanbahadur recogieron la ametralladora y el trípode y se fueron a una nueva posición.

En febrero de 1942, mientras el 2.º Batallón del 4.º de Gurkhas se desplegaba en el Desierto Occidental, [4] Masters fue destinado a la Escuela de Estado Mayor del Ejército indio, situada entre las cumbres nevadas de Quetta, un paso previo fundamental para ser ascendido. A los veintiocho años, estaba entre los más jóvenes de los noventa estudiantes de su promoción, una señal de promesa profesional. Se involucró de lleno en la dinámica vida social del lugar, lleno de esposas solitarias, enfermeras militares y chicas sin pareja. Quetta demostró ser un punto de inflexión para él, en un doble sentido: por una parte, se enamoró perdidamente de la esposa de otro oficial de los gurkhas, Hugh Rose, con una pasión que dominó su vida emocional durante los años que siguieron, y que reforzó su reputación como un sinvergüenza; y, por otra, terminó el primero de su promoción y fue destinado como *brigade-major* a la 114.ª Brigada de Infantería india, que se entrenaba en el noroeste de la India para combatir contra los japoneses en la jungla. Allí tuvo el placer de conocer a su nuevo ordenanza, un fusilero del 4.º Batallón del 5.º de Gurkhas. Cuando Daljit Thapa se cuadró delante del joven comandante, Masters sintió que quería abrazarlo: «Había estado demasiado tiempo alejado de él y de los de su inimitable clase». Daljit sirvió con él durante muchos de los meses que siguieron y su respeto mutuo no disminuyó con la experiencia. Más adelante, incluyó al joven gurkha como un personaje en una de sus novelas.

En abril de 1943, cuando la brigada estaba a punto de ser enviada al frente para intervenir en la ofensiva en el Arakan, en Birmania, para disgusto de su comandante Masters fue abruptamente transferido a un nuevo puesto. El *brigadier* Joe Lentaigne había solicitado sus servicios para la 111.ª Brigada india, asignada a una misión secreta a la que Churchill había dado carta blanca en lo que a personal y recursos se refería. Era, aparentemente, «algo acerca de

una penetración en profundidad detrás de las líneas enemigas». Masters acababa de unirse a uno de los más famosos –o, para algunos, infame– «ejércitos privados» de la guerra, los chindits, llamados así por las *Chinthe* , las estatuas que guardaban la entrada de los templos birmanos, tropas creadas por su oficial al mando, Orde Wingate.

En los primeros tiempos tras Dunkerque, cuando los británicos carecían de la fuerza para desafiar a los ejércitos del Eje, se impulsó y toleró una extraordinaria variedad de unidades de operaciones especiales, dirigidas por individuos excéntricos. Estas unidades consiguieron mucha publicidad, irritaron al enemigo, encantaron a Winston Churchill y contribuyeron algo a reforzar la moral del pueblo británico, que de otra forma es probable que hubiera creído que la victoria era imposible. Los comandos del Ejército y de los Royal Marines (Infantería de Marina); el SAS (Special Air Service [Servicio Aéreo Especial]); SBS (Special Boat Squadron [Escuadrón Especial de Lanchas]); el Ejército Privado de Popski; el LRDG (Long Range Desert Group [Grupo de Largo Alcance en el Desierto]) [5] y los chindits compartían un propósito común, que no era otro que realizar incursiones en profundidad tras las líneas enemigas. En febrero de 1943, tres mil chindits se habían abierto paso a través de Birmania, cortado el ferrocarril Mandalay-Myitkyina en varios puntos y habían regresado a las líneas británicas tras perder un tercio de sus fuerzas. Las penalidades que habían padecido se convirtieron en leyenda. Sus hazañas también dieron un valioso empujón de optimismo al desmoralizado Ejército indio, que había empezado a dudar de que las tropas británicas fueran capaces de enfrentarse a los japoneses de forma efectiva en las junglas de Asia.

Churchill estaba entusiasmado con las gestas de los chindits, hasta el punto de que, en un momento dado, llegó a pensar en nombrar a Wingate, su fundador y líder, comandante de todo el Ejército británico en el frente birmano y, aunque consiguieron persuadirlo de que la propuesta era absurda –Wingate era un individuo volátil, un místico que rozaba la enajenación mental– el primer ministro estaba decidido a prestar su apoyo incondicional a su nuevo protegido para ejecutar otra histriónica operación en la retaguardia japonesa pero, en esta ocasión, a mayor escala. Podemos observar lo ridículo que podía llegar a ser el concepto de «ejército privado»; en un momento en el que el resultado de la guerra dependía de los titánicos enfrentamientos entre

ejércitos ingentes soviéticos, estadounidenses, británicos o alemanes, las incursiones del tipo que proponía Wingate y apoyaba Churchill no solo eran irrelevantes sino que, además, representaban una irresponsable distracción de los campos de batalla decisivos de unos recursos escasos. Uno de los errores más graves fue transformar pequeñas unidades guerrilleras en fuerzas inmanejables.

Wingate, como el estadounidense «Vinegar Joe» [Vinagre Joe] Stilwell, que operaba en el frente birmano desde China, tenía una personalidad dominante, además de ser un charlatán. Una de sus ideas más peregrinas fue ordenar que los chindits que cometieran faltas durante una operación fueran azotados, aduciendo que los castigos militares ordinarios no podrían aplicarse en la jungla y, por lo que parece, esta pena fue aplicada en alguna ocasión. La megalomanía de Wingate, que persistió hasta su muerte, se veía reforzada por el extravagante apoyo que le prestaba Churchill. La operación en la que iba a participar Masters tenía como objetivo quebrar el control japonés en Birmania; Wingate se abriría paso con una fuerza de seis brigadas, algo más de veinte mil hombres, y se encargaría de desarticular la retaguardia japonesa, mientras Stilwell atacaría hacia el sur usando tres divisiones chinas de mediana calidad y una formación estadounidense, los Merrill's Marauders [Merodeadores de Merrill]. La idea de Wingate era construir y fortificar una serie de bases detrás de las líneas japonesas, que serían abastecidas desde el aire y que se utilizarían para lanzar incursiones en profundidad contra las líneas de abastecimiento niponas. Joe Lentaigne mandaría una de las brigadas, compuesta por gurkhas, infantería británica y varios centenares de mulas. Irlandés y también antiguo oficial del 4.º de Gurkhas, Lentaigne había conocido y admirado a Jack Masters desde que ambos compartieron destino en la Frontera Noroeste. Ni Masters ni Lentaigne se sentían a gusto con el megalómano plan de Wingate pero, a pesar de ello, hicieron todo lo posible para organizarlo de forma eficaz.

En la 111.ª Brigada, el nuevo *brigade-major* inspiraba los mismos sentimientos encontrados entre sus camaradas que le habían perseguido a lo largo de su carrera militar. Su energía e inteligencia impresionaban a sus colegas oficiales, pero su egocentrismo y sus constantes bromas de contenido sexual les sacaban de quicio. Durante los largos entrenamientos de la unidad en la jungla, la atención de Masters estaba algo distraída por sus problemas personales, que habían llegado a ser bastante enrevesados. Barbara Rose, su amante, estaba

embarazada, pero su marido todavía no había aceptado divorciarse, por lo que Masters no podía reconocer legalmente al bebé. Barbara había encontrado un trabajo en el WAAC (Women's Army Auxiliary Corps [Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército]) en Quetta, a la vez que cuidaba de los dos hijos pequeños que tenía con su marido. Por tanto, mientras preparaba a su brigada para la batalla, sabía que si él moría –lo que era una posibilidad muy real en las campañas organizadas por Wingate–, Barbara quedaría en una posición nada envidiable.

La noche del 8 de marzo de 1944, la vanguardia de la 111.ª Brigada despegó hacia Birmania. Masters escribió: «Me siento fuerte y alerta. Los largos meses de aprendizaje, de entrenamiento y trabajo con una meta, han terminado». Metió en su mochila una copia de *El paraíso perdido* , de Milton, junto con libros de claves, mapas y libretas de notas y luego marchó al aeródromo mientras oscurecía. Aterrizaron en planeadores 240 km detrás de las líneas japonesas en «Chowringee» y «Broadway», dos de las zonas de aterrizaje birmanas entre la docena que se había designado para el inicio de las operaciones del pequeño contingente de Wingate. Durante las tres noches siguientes, seiscientas salidas de planeadores transportaron al resto de los hombres de Lentaigne casi sin bajas, lo que no era una hazaña pequeña, ya que otras brigadas habían sufrido pérdidas catastróficas en accidentes y muchos aparatos se habían estrellado en la jungla. «Nuestro primer objetivo se ha cumplido –dijo a sus hombres un Wingate exultante–. Todas nuestras columnas se han colado hasta las entrañas enemigas. Este es un momento histórico». La columna de Masters se dispuso a cruzar 210 km de espesa jungla que separaban «Chowringee», con los suministros transportados en mulas, del resto de la brigada en «Broadway». Esta fase de la operación transcurrió como la seda y los japoneses siguieron sin reaccionar a la incursión británica. Suministros y correo eran lanzados desde el aire cada cinco días, de modo que Masters podía seguir los progresos de su hija recién nacida, Susan.

Pero, a partir de ese momento, la situación empezó a torcerse. El cruce del Irrawaddy fue una pesadilla, ya que muchas de las lanchas y de los motores fueraborda que se habían traído en avión eran inservibles, así que fue necesario dividir la columna, además de verse obligados a abandonar parte del equipo y de las armas pesadas. El 24 de marzo, exhaustos por la caminata a través de la

jungla y sus dificultades, Lentaigne, Masters y sus hombres alcanzaron el punto de encuentro en «Broadway». Esa misma noche, sin embargo, les llegaron noticias impactantes: Orde Wingate se había matado en un accidente de aviación. Lentaigne –«el único [de los oficiales de Wingate] que no está loco», en la lacónica opinión del general William Slim [6] – fue puesto al mando de todos los chindits. Para sorpresa de Masters, y aunque no era más que un simple comandante, Lentaigne le puso al mando de las operaciones de la 111.ª Brigada. Uno de los hombres en el cuartel general, Richard Rhodes James, escribió acerca de las reacciones de sus camaradas: «Los menos generosos murmuraron: "Esto le vale una medalla", mientras que otros decían: "Me pregunto si será capaz de sacarlo adelante"». Rhodes James observaba que «con la muerte de Wingate, nuestras grandes esperanzas para el futuro desaparecieron. La sensación de euforia que experimentamos mientras esperábamos nuestro vuelo desapareció y en su lugar nos resignamos a volver a realizar rutinarias y fútiles operaciones militares».

Masters se quitó sus insignias de mando para evitarles la humillación a los jefes de batallón, que eran tenientes coroneles, de modo que, durante el resto de la operación, firmaba todas sus órdenes simplemente como «el comandante de la brigada». A pesar de que Masters era un individuo más racional que Wingate, muchos de sus hombres veían en él la misma clase de determinación que había tenido su antiguo jefe. Así, por ejemplo, durante la larga marcha a través de la jungla era frecuente que leyese en voz alta la Biblia para sus hombres, a pesar de que él mismo no era creyente; intentaba en todo momento inspirarles la misma voluntad de lucha que había deseado comunicarles el fundador de los chindits, hasta el punto de que los hombres le apodaron «Chota Wingate» [el pequeño Wingate]. Por otra parte, al contrario que sus oficiales, la tropa sí apreciaba su vulgar sentido del humor y admiraba su falta de conciencia de clase y de sentimientos de superioridad.

Mandada por Masters, la columna reanudó su marcha hacia el norte y libró continuas escaramuzas con los japoneses y destruyó un gran depósito de suministros que encontraron. Una noche, de forma impulsiva, su comandante decidió romper las reglas de silencio operacional y la prohibición de encender hogueras para animar a sus hombres. Permitió que gritaran, cantaran, se relajaran y que compartieran un trago de ron cada uno, mientras él paseaba

tranquilamente entre ellos gastando bromas. Fue una apuesta inteligente, pues el enemigo estaba demasiado lejos para interferir y, al día siguiente, la columna se puso en marcha con renovado entusiasmo. De repente, llegaron nuevas órdenes: Stilwell estaba atacando la ciudad de Mogaung, en el norte de Birmania. Tras la muerte de Wingate, el estadounidense pidió asumir el mando directo sobre las operaciones chindits, por lo que la acción iba a quedar subordinada al asalto contra Mogaung. Masters recibió instrucciones de organizar una base en una nueva localización a 32 km de la ciudad, desde la cual podría hostigar las líneas de suministro japonesas. Se dio cuenta de inmediato de lo peligrosa que era la nueva posición, ya que estaría demasiado cerca del ejército japonés de campaña, de modo que los chindits tendrían que enfrentarse a unas fuerzas enemigas dotadas de artillería, contra las que no estaban equipados para combatir; incluso para los estándares de Wingate, aquella era una misión suicida, pero era la que les habían asignado y estaban dispuestos a cumplirla.

Masters siguió la ruta a lo largo del río Meza junto con su cuartel general, un batallón del King's Own Royal Regiment y el 3.er Batallón del 4.º de Gurkhas. Conforme se acercaban a su destino dejó atrás a los gurkhas para proteger la retaguardia y las mulas de transporte, que en combate solo habrían sido un blanco fácil. Envió a su principal oficial de la RAF, disfrazado de campesino birmano, a que explorara 16 km por delante de la columna y eligiera un sitio donde establecer una «posición fortificada» y un aeródromo para abastecerla. Una vez que se aseguró de que no había enemigos cerca, ordenó reanudar el avance hasta su nueva posición, que recibió el nombre en clave de «Blackpool». Al día siguiente, los planeadores empezaron a traer excavadoras, alambre de espino y suministros. Aunque los pilotos estadounidenses mostraron un extraordinario coraje y habilidad, la operación fue complicada, con varios accidentes y errores en los que se perdieron hombres y equipo. El propio Masters fue testigo de una mortal colisión múltiple entre planeadores: «Nunca olvidaré el vuelco que me dio el estómago y el entrecortado grito que di cuando subió la cola y el morro se estrelló contra el suelo».

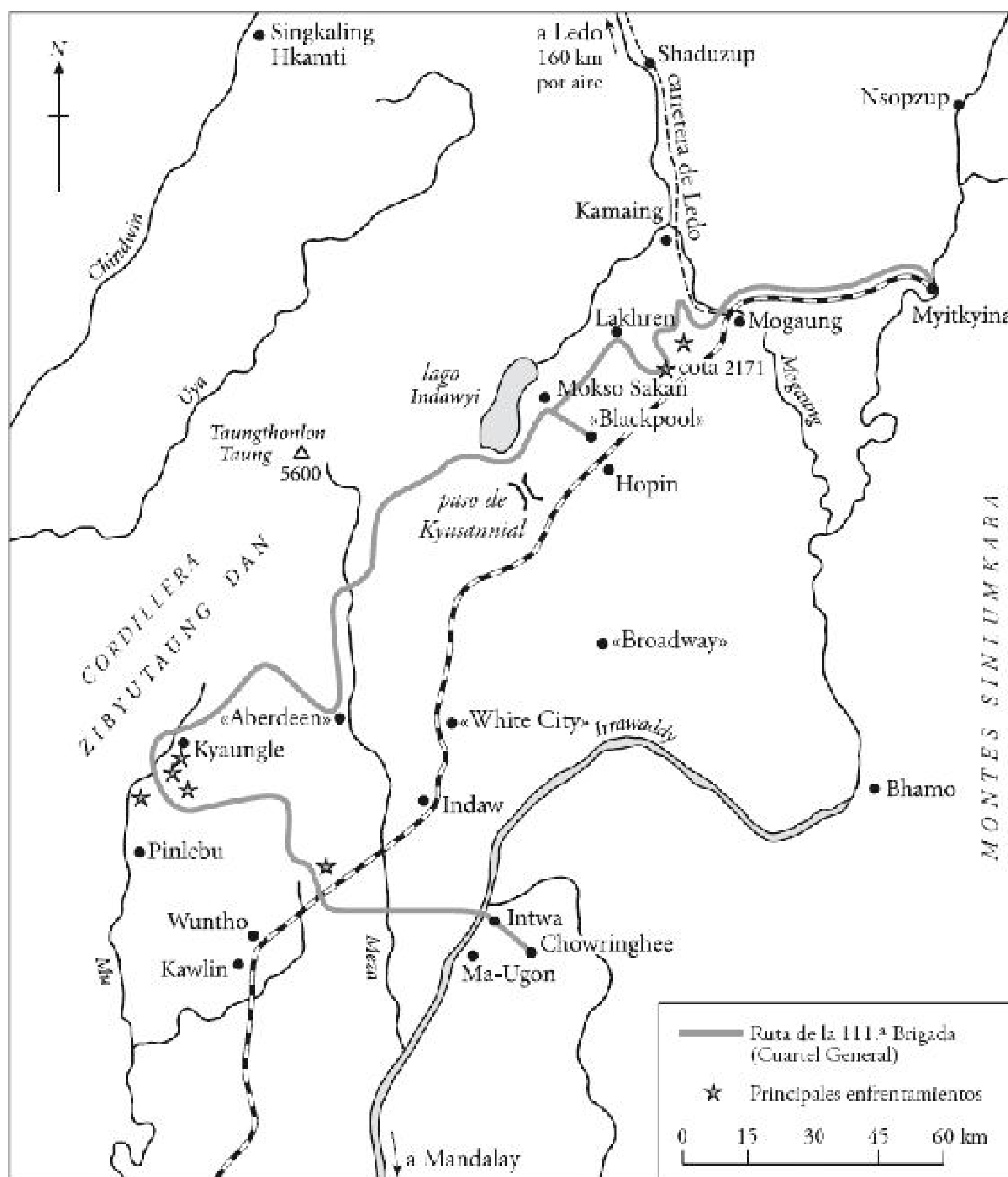
La columna había operado en Birmania desde hacía cuarenta y cinco días y los hombres estaban agotados, antes siquiera de haber conseguido cumplir

alguno de los objetivos de la operación o haber combatido contra los japoneses. Los oficiales se daban cuenta de que el largo entrenamiento en la jungla había dejado exhaustas a las tropas incluso antes de empezar las operaciones activas. Y lo peor era que Wingate había prometido explícitamente que solo tendrían que permanecer activos durante noventa días antes de ser reemplazados, un «contrato» que creó falsas expectativas entre los hombres, quienes pronto comprendieron que a Stilwell le daban igual las promesas que hubiera hecho Wingate y estaba dispuesto a exigir de los chindits mucho más de lo que aquellos esperaban. Enfrentado a inmensas dificultades con sus tropas chinas, necesitaba que los británicos le dieran un apoyo que eran físicamente incapaces de prestar.

Los japoneses empezaron a atacar las posiciones chindits durante la segunda noche que pasaron en «Blackpool», pero aunque fueron ejecutadas con gran determinación, estas embestidas no consiguieron penetrar las líneas británicas y, cuando amaneció, los defensores pudieron observar docenas de cadáveres enemigos esparcidos alrededor del perímetro. Los días siguientes, el fuego de artillería empezó a hostigar la posición británica día y noche. Una y otra vez la infantería japonesa se lanzó al asalto, a veces ganando terreno que luego tenía que ser recapturado a un doloroso coste. El desgaste erosionó la fuerza de los chindits, en especial la del batallón del King's Own, que tuvo que soportar el peso de la acción. Los hombres podían ponerse a cubierto, pero las mulas no. Una en particular, Maggie, se había convertido en favorita del centro de mando de la brigada y les entristeció intensamente cuando quedó mutilada por la metralla; el animal permaneció sin manifestar ningún dolor hasta que un soldado le pegó un tiro para que dejara de sufrir. Los aviones estadounidenses proporcionaron un soberbio apoyo aéreo, pero las dificultades de reabastecer a los chindits de munición de mortero y de artillería de campaña en cantidades suficientes para mantener la defensa eran más insostenibles cada día que pasaba.

Con la llegada del monzón, la defensa empezó a derrumbarse porque las lluvias impedían reabastecer la base desde el aire. Los fuertes aguaceros no solo dejaron a los hombres empapados e inundaron las trincheras, sino que además inutilizaron la pista de aterrizaje desde la que se evacuaba a los heridos. Solo podía abastecerse la posición mediante fardos lanzados en paracaídas. Llegó un

momento en el que se vieron obligados a pasar a la defensiva por completo y cesaron en sus intentos de cortar el ferrocarril de Mogaung, que era la misión original que tenían asignada, ya que todos los hombres eran necesarios para sostener el perímetro. El imprudente y extravagante plan de Wingate había fracasado: en vez de explotar la movilidad para hostigar la retaguardia de los japoneses con pequeños destacamentos, a lo largo y ancho de la región las formaciones chindits, demasiado grandes para poder ocultarse, se las veían y se las deseaban para defender sus posiciones estáticas frente a fuerzas enemigas superiores. Algunas se desempeñaron bien, otras no. El «ejército privado» de Wingate era demasiado grande y si algo podía considerarse de «élite» eran los sufrimientos de sus soldados.



Campaña de John Masters en Birmania con los chindits, 1944.

Este fue el momento más brillante de su carrera como soldado. Demostró ser un extraordinario comandante: conciso, decisivo, enérgico, inspirador y con una gran valentía personal. Aunque siempre creyó que la operación a la que habían sido enviados sus hombres era ridícula, no dejó que esto menoscabara

su profesionalidad y, mientras que en privado echaba pestes contra el aprieto en el que sus superiores habían colocado a su brigada y contra su fracaso a la hora de proporcionar el apoyo adecuado, delante de sus hombres su determinación nunca titubeó. Otro chindit destacó con admiración que «su absoluta confianza [...] parecía estar en la cima del mundo, disfrutando tremendamente y listo para enfrentarse a lo que fuera». Cuando se hizo evidente que el King's Own estaba fuera de combate, Masters envió al regimiento de los Cameron Highlanders a reemplazarlo. Estaba horrorizado por el estado de los hombres que se retiraban, «tenían la mirada extraviada, las bocas abiertas [...]. Quería llorar, pero no me atrevía».

Al final, fueron reforzados por dos batallones, uno de gurkhas y otro del King's Own. Un joven soldado británico recién llegado se quedó sorprendido cuando «un individuo de aspecto demacrado, de descuidada apariencia, vestido con lo mínimo, pero armado con una carabina, revólver y granadas» visitó su posición. ¿Quién era este descamisado, este forajido aparentemente sin rango?, preguntó. «Masters», le respondió su oficial lacónicamente. El soldado no se quedó impresionado con su nuevo comandante. Algunos oficiales, tanto entre los que estuvieron en «Blackpool» como otros lugares, más adelante, criticaron que pese a todo el teatro que hacía, pasaba demasiado tiempo en el puesto de mando de la brigada y no el suficiente en el frente, predicando con el ejemplo. No es que pensaran que era un cobarde, ni mucho menos, sino que su estilo de mando era demasiado cerebral, que no era un auténtico guerrero imbuido del espíritu chindit.

Lo cierto es que es una crítica injusta, ya que precisamente muchas derrotas son producto de que oficiales con más valor que cerebro sacrifican su vida en innecesarios ataques, en vez de dirigir la batalla desde la retaguardia, que es su misión principal. Masters no se comportó de la misma forma heroica que otros hombres descritos en estas páginas, pero sí como se supone que debe hacerlo un comandante. Quizá su principal problema era ser demasiado inteligente como para creer que la defensa de «Blackpool» fuera viable o mereciera la pena. Como un serio soldado profesional, al contrario que estrellas del tipo de «Mad Mike» Calvert, que mandaba otra columna chindit, sabía que estaba intentando darle coherencia a un sinsentido estratégico. A pesar de todo, demostró una notable competencia. Si los Ejércitos británico o indio hubieran

dispuesto de más oficiales de la talla de Jack Masters, y menos de los cortados por el patrón de Calvert o Wingate, la causa aliada en Birmania podría haber prosperado mucho antes de lo que lo hizo.

Para horror de los hombres desplegados en «Blackpool», el ataque de Stilwell contra Mogaung sufrió un nuevo retraso, lo que significaba que los chindits tendrían que seguir defendiendo sus precarias posiciones si querían apoyar la operación americana. Masters tomó una avioneta L-5 para ir a entrevistarse con Lentaigne y Stilwell. El estadounidense, cuya aversión por los británicos era conocida, simplemente preguntó si los chindits habían cortado el ferrocarril y mostró su desprecio cuando le respondieron que no. Masters le devolvió el golpe al decirle que su gente haría su parte cuando la de Stilwell hiciera la suya.

Para el 22 de mayo, el fuego antiaéreo japonés era tan intenso que el reabastecimiento de Blackpool por aire se hacía cada vez más letal. Las bajas de la guarnición no hacían más que aumentar. Finalmente, el 24, los japoneses consiguieron infiltrarse dentro del perímetro, lo que obligó a los defensores a abandonar las posiciones que protegían el flanco oriental. Masters decidió que había llegado el momento de abandonar la «posición fortificada», que era insostenible; era evidente que los supervivientes, casi sin comida ni munición, debían retirarse. Aunque pidió permiso a Lentaigne, empezó a romper el contacto con los japoneses incluso antes de recibir autorización. Organizó la retirada «por etapas», de forma que cada posición se abandonaba por turnos, según los hombres iban cediendo terreno lentamente. Había un problema que no tenía solución, sin embargo: qué hacer con los diecinueve hombres demasiado malheridos para ser transportados. «No quiero que se encuentren con ningún japonés», dijo al médico con un gesto duro que estaba lejos de reflejar sus auténticos sentimientos en aquel momento. Todo herido crítico fue rematado, lo que dado la implacable brutalidad del enemigo era un acto de misericordia, pero aun así sería un traumático recuerdo que le persiguió toda su vida.

Masters fue el último en abandonar «Blackpool», en medio de un aguacero, justo detrás de los hombres de los Cameron Highlanders. Por fortuna, los japoneses no hostigaron la retirada británica. Más tarde se supo que muchos de los soldados enemigos eran reservistas y que habían sufrido más de un millar de

bajas contra los doscientos muertos de los chindits. Aunque la batalla de «Blackpool» fue una derrota, no supuso un desastre. Una sección británica se extravió durante la retirada y cayó en una emboscada, y Masters dirigió su fuerza de reserva en persona para auxiliarlos, armado con su kukri gurkha, pistola, carabina y la espada de un oficial japonés. Puede que su comportamiento fuera teatral, pero impresionaba a sus hombres.

Mientras la columna británica se arrastraba exhausta a través de la jungla, el propio Masters estaba al límite de sus fuerzas, después de semanas de dormir poco o nada. Resistiendo las ofertas de su escolta para transportarlo, marchó con la retaguardia, detrás de los heridos, incluyendo los que habían quedado ciegos, y a los que el médico había atado unos a otros usando vendas. Un soldado gurkha llevó a otro en brazos a lo largo de cuatro kilómetros y medio. Tras cuatro días de marcha, por fin se reunieron con otras fuerzas chindits en Mokso San. Fue entonces cuando le comunicaron que un coronel británico lo reemplazaría al frente de los restos de la 111.ª Brigada, lo que provocó un estallido de ira en Masters, que escribió una furibunda carta a Lentaigne en la que descargaba toda la amargura y decepción por el escaso apoyo que había recibido durante la batalla. Lentaigne se disculpó y aceptó que continuara al mando. El 28 de mayo, el comandante comunicó orgulloso que su fuerza estaba formada entonces por 2000 hombres armados, organizados y listos para combatir, junto con 130 heridos. Su éxito al traer de vuelta a sus hombres desde «Blackpool» fue uno de los pocos triunfos, aunque fuera bastante penoso, de la campaña chindit.

Hidroaviones Sunderland amerizaron en el lago Indawgyi y evacuaron a los heridos chindits. Se esperaba de un momento a otro recibir la orden para hacer lo mismo con los supervivientes ilesos, todos ellos completamente exhaustos tras permanecer ochenta días en la jungla. El humor de Masters nunca le abandonó. Se sentaba en una espléndida silla de bambú fabricada para él por sus gurkhas y les decía a sus desconsolados oficiales: «Bueno, muchachos, vamos a ver si nos quitamos este marrón de encima y podemos volver a la India a jugar a los soldaditos». Mientras que algunos de sus camaradas admiraban tanta «energía», a otros su entusiasmo les resultaba fatigoso. La lista de enfermos no hacía más que aumentar, al igual que el agotamiento y el desánimo de los hombres.

Fue una terrible decepción para todos cuando el 8 de junio llegaron nuevas instrucciones que no solo posponían la evacuación, sino que ordenaban a la exhausta fuerza de Masters que marchase 40 km hacia el este, atravesando pantanos plagados de mosquitos, para apoyar la vacilante ofensiva de Stilwell contra Mogaung, que estaba atacando la ciudad desde el oeste. El asalto contra la Cota 2171, una colina controlada por los japoneses que dominaba las rutas de ferrocarril y carretera a Mogaung, centró los esfuerzos de la 111.ª Brigada durante dos semanas, entre el 20 de junio y el 5 de julio. Las bajas fueron severas y los sufrimientos interminables. Los médicos de la base enviaron una circular: «Para evitar problemas en los pies es esencial que las tropas utilicen calcetines secos», a lo que los chindits respondieron: «Por favor, ordene que la lluvia cese durante diez horas diarias y que el barro disminuya a menos de seis pulgadas [15 cm]. Entonces seremos capaces de seguir sus recomendaciones». Masters escribió acerca de los combates contra unos japoneses igualmente debilitados: «Peleábamos unos contra otros, agotados, drogados, enloquecidos combatientes, con los puños desnudos, pateándonos, cayendo». Algunos chindits se comportaron con bravura, otros estaban simplemente exhaustos y no tenían nada más que dar en la batalla. Al final, el 3.º de Gurkhas consiguió capturar la posición, justo antes de recibir una tardía orden de retirada para la brigada. Masters se sentía frustrado. La mayoría de sus hombres estaban enfermos y hambrientos, tan escasos de raciones que, junto con los esfuerzos físicos a los que se veían sometidos, habían perdido entre 13 y 18 kg de peso. Le dijo a Lentaigne en repetidas ocasiones que sus hombres no podían más. Cuando por fin pasaron una revisión médica, encontraron que de los 2000 hombres solo 118 eran aptos para el servicio, entre ellos el propio Masters, 7 oficiales, 20 soldados británicos y 90 gurkhas. Stilwell ordenó que Masters y su pequeña banda se unieran a sus fuerzas y proporcionaran protección de infantería a una batería de artillería china.

Pese a toda la fanfarronería y tozuda fe del estadounidense en los soldados chinos, fue incapaz de motivar a las tropas de Chiang Kai-Shek para que lucharan con agresividad. Al final, fue el contingente chindit de «Mad Mike» Calvert el que se vio obligado a asaltar Mogaung cuando quedó claro que los chinos eran incapaces de hacerlo. Stilwell hizo que se emitiera por radio un comunicado para informar de la captura de Mogaung por las tropas de Chiang

Kai-Shek. Esto empujó a Calvert a responder: «Los chinos capturan Mogaung. Nosotros pillamos un rebote». [7] El 1 de agosto, tras conseguir por fin el objetivo de Stilwell, los hombres de Masters fueron evacuados en avión desde el aeródromo de la ciudad. Los heridos y enfermos ya habían partido. La operación chindit en su conjunto había tenido un éxito marginal al obligar a los japoneses a distraer una división para enfrentarse a los hombres de Wingate, que de otra forma podría haber sido utilizada en las decisivas batallas de Imphal y Kohima, pero el coste había sido elevado y el mando y control, lamentables. El extravagante apoyo de Churchill a Wingate, así como a otros ejércitos privados en los dos últimos años de la guerra, fue una costosa estupidez. La propaganda británica exageró los éxitos de los chindits y, aunque sus hazañas se convirtieron en leyenda, lo debieron más a los sufrimientos que soportaron que a los triunfos militares. En enero de 1945, los chindits fueron disueltos y los batallones se repartieron entre las formaciones regulares.

Masters fue condecorado con la DSO (Distinguished Service Order [Orden de Servicios Distinguidos]) por su papel en la defensa de «Blackpool» y, aunque molestó a alguno de sus camaradas, la posteridad puede considerarla bien merecida. La reacción hostil se debía a que pensaban que estaba demasiado centrado en autopromocionarse, pero, si bien no se puede negar que fuera ambicioso, también es necesario reconocer que supo asumir sus enormes responsabilidades como oficial al mando. Al regresar de Birmania se reunió con Barbara y su pequeña hija de seis meses en un tranquilo bungaló en las colinas de Assam, donde cayó enfermo de ictericia. Por las noches se despertaba gritando órdenes o reviviendo momentos de la batalla, que le había dejado emocionalmente agotado. Fue ascendido a teniente coronel, lo que supuso que pudo cumplir una de las mayores ambiciones de su vida, el mando del 3.er Batallón del 4.º de Gurkhas. Sin embargo, pocas semanas después le retiraron el mando bruscamente para nombrarle jefe de estado mayor de la 19.ª División india, que iba a participar en la ofensiva final en Birmania, noticia que recibió con una mezcla de enfado y satisfacción.

Barbara por fin consiguió su divorcio y se casó con Masters durante un breve permiso, con la única asistencia de su hijita y dos jefes de batallón de la 111.ª Brigada, que actuaron como testigos. Este era un comportamiento heterodoxo en un oficial británico incluso para los estándares de los años

finales del Raj, pero que encajaba a la perfección con la personalidad de Masters. Su trabajo al frente del estado mayor de la 19.ª División fue tan brillante como eficaz; la planificación, llevada a cabo con su habitual energía, de las operaciones de la división en el avance a Mandalay y luego hasta Rangún, fue modélica. Sintió el orgullo de ver por última vez al victorioso Ejército indio camino de Rangún, en la que fue la última batalla de las legiones indias de Gran Bretaña:

> El polvo acumulado bajo los árboles que flanqueaban la carretera era cada vez más espeso, hasta que la columna estuvo avanzando en un atronador túnel amarillo, primero los carros de combate, con la infantería montada en ellos, luego camiones cargados de hombres, después más carros, pegados unos a otros, más camiones, más cañones: británicos, sijs, gurkhas, madrasis, pastunes, estadounidenses, muchos de los soldados puestos en pie, gritando y vitoreando. Los gurkhas, por supuesto, iban rígidamente en posición de firmes, algunos camiones rebotaban hasta cuatro pies [1,20 m] en el aire sin que cambiara su expresión […]. Este era el viejo Ejército de la India marchando al combate por última vez en la historia, exactamente doscientos cincuenta años después de que la Honorable Compañía de las Indias Orientales hubiera reclutado a los diez primeros cipayos en la costa de Coromandel […]. Sin duda, habíamos sido señores e imperialistas, pero no habíamos temido morir junto a estos hombres y siempre los habíamos amado a ellos y a su país, generalmente con una intensa, ciega pasión que podía dejar a un lado todas las consideraciones teóricas acerca del bien y el mal.

Para su sorpresa, llegó un telegrama de la oficina de su excelencia el comandante en jefe del Ejército indio en el que exigía ser informado de por qué el teniente coronel Masters no había sido obligado a dimitir por haber estado involucrado en un caso de divorcio que implicaba a otro oficial, tal y como demandaban las ordenanzas. El general de la 19.ª División respondió lacónicamente que por razones del servicio no era posible prescindir de él, a quien se informó, para su profundo alivio, de que su renuncia no sería

necesaria. En mayo de 1945, un exhausto Masters pidió a su general que se le diera un permiso, que le fue concedido. Antes de marchar, le ofrecieron el mando de una brigada paracaidista, pero Masters lo rechazó ya que estaba decidido a terminar la guerra con la 19.ª División. Estaba paseando con Barbara por las colinas indias que tanto amaba cuando se enteró del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, el 6 de agosto.

Cuando acabó la guerra, fue destinado a un puesto de mando en el estado mayor en el cuartel general del Ejército indio. Durante una revista en Persia se topó con un viejo amigo de la Escuela de Estado Mayor de Quetta y aquella noche decidió celebrarlo por todo lo alto en el comedor del regimiento, bailando junto con un comandante estadounidense subidos a la mesa y cantando a pleno pulmón un solo de *Who'll Take the Mail to Dead Man's Gulch* . El invitado de honor era el comandante en jefe del Ejército indio, el mariscal *sir* Claude Auchinleck, a quien la actuación de Masters le provocó sentimientos encontrados. «Auk» le llamó a un aparte para charlar del *alma mater* de ambos, el Wellington College, y le dijo: «Es usted el más extraordinario antiguo wellingtoniano que jamás he conocido». Era una alabanza un tanto ambigua y es que el teniente coronel John Masters, DSO, seguía siendo un extraño entre la casta de soldados junto con los que había combatido y entre los que había cimentado su carrera.

En 1946, Masters regresó a Gran Bretaña con Barbara, su hija y un hijo recién nacido para ocupar un puesto en la Escuela de Estado Mayor en Camberley. Al año siguiente, cuando la India se independizó, le pareció intolerable que en el reparto de los regimientos de gurkhas entre los británicos y los indios, su propio regimiento, el 4.º, se cediera a los segundos. Fue un amargo desengaño, ya que tanto en tiempo de paz como de guerra el 4.º Regimiento de Gurkhas del Príncipe de Gales había sido su familia militar y Bakloh, su amado hogar. Había anhelado volver a ambos, por tanto, ahora que habían desaparecido, era como si le hubieran «dejado sin pasado», como escribió con tristeza; a un antiguo camarada del Ejército indio con el que coincidió en Londres le dijo: «Me han robado mi India». Masters tomó una decisión tan repentina como fruto del enfado: «Si no quieren al 4.º, tampoco me tendrán a mí», así que decidió cortar todos los lazos que le unían a una Inglaterra que, en su opinión, le había traicionado y con un Ejército, el

británico, en el que creía que nunca podría llegar a sentirse realmente cómodo. En 1948 presentó su renuncia y se mudó a Estados Unidos, adonde Barbara y los dos niños le siguieron poco más tarde.

Fue una decisión típica de Masters, tan impulsiva como temeraria. Los primeros años en Estados Unidos fueron duros, antes de conseguir ganarse la vida como escritor pero, a mediados de la década de 1950, sus novelas –*Destinos cruzados* , *Coromandel* , *Fugitivos en la noche de Bengala* y otras– habían cosechado un éxito extraordinario en ambas orillas del Atlántico. Gracias a los cheques de Hollywood por los derechos de sus libros llegó a gozar de una modesta riqueza. Los últimos años de su vida los pasó en las montañas de Nuevo México, tan sociable, quisquilloso y lleno de energía como de costumbre. Solo en 1962 pudo confirmar, por un investigador que estaba estudiando a un antepasado escocés de la década de 1830, que tenía ascendencia musulmana, aunque él mismo se lo había imaginado por el atezado aspecto de su padre. Uno de sus antepasados de principios del siglo XIX había tenido dos hijos con su amante india, de uno de los cuales descendía Masters. Escribió a su hermano Alex, tras descubrir que cada uno de ellos era, como decía «1/32 parte indio [...]. No comenté nada acerca de las noticias de Singhi Kaum porque no parecía que hubiera mucho que decir. Siempre fue obvio que éramos una familia "nativa" [...]. Estoy bastante contento de no haberlo sabido con seguridad hasta que mis puntos de vista de varios temas se hubieran asentado, ya que mis sentimientos contra los prejuicios raciales podrían haber parecido a otros y tal vez a mí mismo como un simple mecanismo de defensa [...]. En conjunto, creo que nuestros antepasados probablemente hicieron lo correcto en borrar a la pobre chica de la historia, dado que estaban decididos a [...] volver a ser otra vez *pukka sahib* ». [8]

Murió en 1983, a los sesenta y ocho años, tras sufrir complicaciones de un enfisema. Hasta el final, la India formó parte de su vida y estuvo presente en las páginas de la mayoría de sus libros. Pocos escritores han evocado con tanta pasión y energía los sentimientos que el subcontinente inspiró a lo largo de los siglos a los británicos que vivieron en él. Masters siempre fue un hombre insatisfecho, pero al mismo tiempo triunfó como soldado y como escritor, aunque bien es verdad que su adolescente obsesión con el sexo, de la que nunca se llegó a librar del todo, perjudicó la calidad literaria de sus novelas. Sin

embargo, también supo insuflar en sus historias la extraordinaria energía que le animaba. En cierto modo, era un guerrero nato, desde el principio hasta el final, y combatió tanto contra sí mismo como contra los enemigos de su patria.

Esta historia tiene un irónico colofón, pues el divorcio de Barbara Masters de su esposo fue excepcionalmente enconado y los dos niños Rose padecieron infancias turbulentas y rotas incluso para los estándares de los hijos del imperio. Pasaron mucho tiempo en hospicios infantiles y en casas de amigos en Inglaterra, mientras su padre estaba destinado en ultramar, ya que a Barbara no se le permitía verlos. Pasaron unos cuantos años antes de que por fin llegaran a un acuerdo y que los niños pudieran visitar a su madre y su padrastro en Estados Unidos. Michael, el chico, se alistó en los Coldstream Guards después de terminar la carrera en Oxford y fue destinado más adelante al SAS, que mandó durante la Guerra de las Malvinas, viviendo aventuras que Jack Masters habría envidiado. *Sir* Michael Rose se retiró del Ejército como general, después de haber estado al mando de los cascos azules de las Naciones Unidas en Bosnia durante los amargos conflictos de la década de 1990.

Antes de morir, Jack pidió que sus cenizas fueran esparcidas sobre los bosques del Pecos, en las afueras de Santa Fe. Entre sus amigos estadounidenses se encontraba Bill Mauldin, uno de los grandes caricaturistas de la Segunda Guerra Mundial, y cuyas viñetas ilustraron docenas de periódicos estadounidenses en la posguerra. Una mañana, Mauldin despegó en su avión particular junto con la familia Masters y las cenizas del antiguo chindit. «Ya te dije que conseguiría subir a Jack a este cacharro algún día», le dijo a Barbara. Sobre el Pecos, dispersaron las cenizas de John Masters en el rebufo del aparato por medio de un cilindro de cartón en el que Michael Rose había traído su *whisky* de malta libre de impuestos que había comprado en el aeropuerto de Heathrow. Irse de este mundo usando el tubo de cartón de un Glenfiddich como recipiente de sus cenizas fue un gesto que, sin duda, le hubiera encantado. Uno de sus obituarios afirmó que John Masters había sido «un oficial, pero no un caballero». Ese veredicto tampoco habría disgustado a su espíritu libre.

1 N. del T.: La India tenía dos ejércitos separados orgánicamente. Por una parte estaba el Ejército de la India, que era el encargado de la defensa del subcontinente y que estaba formado por tropas reclutadas entre las llamadas «razas marciales» (desde 1858, después de sofocar el motín de las tropas de la presidencia de Bengala) y con oficiales británicos o angloindios. Este ejército dependía orgánicamente del gobierno del virrey, el Raj. Por otra parte, estaban los batallones del Ejército británico como tal, al que podían añadirse en tiempo de guerra unidades procedentes de otras colonias o de los dominios.

2 N. del T.: Pieza de *jazz* estrenada en 1917.

3 N. del T.: Modelo de ametralladora ligera.

4 N. del E.: Es decir, en el desierto libio, donde el 8.º Ejército británico se enfrentaba a las fuerzas germano-italianas, al frente de las cuales se encontraba el legendario Erwin Rommel.

5 N. del T.: El SAS había adoptado este nombre para hacer creer a los alemanes que una unidad aerotransportada había sido desplegada en Egipto. A todos los efectos, era una unidad de fuerzas especiales del Ejército, separada de los comandos y destinada a misiones de sabotaje tras las líneas enemigas. El SBS, o Special Boat Squadron, estaba formado en sus inicios por miembros del SAS y oficiales de la Royal Navy. Durante la Segunda Guerra Mundial operó con una gran diversidad de nombres en el Mediterráneo, las islas del Egeo e Italia, a menudo junto con fuerzas partisanas griegas e italianas. Con el tiempo, constituyó una fuerza independiente, procedente de los Royal Marines, la infantería de Marina británica, y desempeñó tareas similares a las del SAS. En la actualidad es el equivalente británico a los SEAL estadounidenses.

6 N. del E.: William Slim era el comandante en jefe del 14.º Ejército británico, que agrupaba a las fuerzas terrestres aliadas en Birmania. La figura de Slim, que en la actualidad está considerado uno de los mejores comandantes aliados de la Segunda Guerra Mundial, quedó en una posición bastante anónima durante esta ante figuras más publicitadas y narcisistas como MacArthur, Montgomery o Patton.

7 N. del T.: Juego de palabras en inglés: «Chinese take Mogaung. We take umbrage».

8 N. del T.: Del punyabí, literalmente «de pura cepa». La expresión servía para diferenciar a un británico «auténtico» de los angloindios, pero también como arquetipo de un cierto tipo de administrador británico al que se le suponían unas cualidades especiales de distanciamiento, pero también de imparcialidad, con respecto a los locales.

10

El «Dam Buster» [1]

Las controversias, tanto estratégicas como morales, alrededor de la ofensiva de bombardeo aliada en la Segunda Guerra Mundial han puesto en entredicho la reputación de la mayor parte de los hombres que participó en la campaña. Tal vez la excepción sea Guy Gibson, el oficial de la RAF que dirigió la incursión contra las presas del Ruhr en mayo de 1943 y cuyo prestigio no ha disminuido con el paso de los años. Fue el arquetipo del guerrero del aire, del individuo que por su pasión por la tecnología era el epítome del hombre del siglo XX, pero con una valentía y una fuerza de voluntad completamente atemporales. La idea que tenemos de Guy Gibson ha quedado distorsionada por la emocionante, y por momentos conmovedora, película británica de 1954 *Misión de valientes* , [2] en la que Richard Todd interpretó al héroe. La historia real de Gibson fue, como podemos imaginar, mucho más compleja, más triste, pero, al mismo tiempo, más interesante.

Guy Gibson había nacido en 1918 en el Punyab y era el tercero de los hijos de un matrimonio infeliz entre una joven inglesa de diecinueve años y un importante funcionario del Servicio Forestal indio que le doblaba la edad. Los primeros años de su vida los pasó como el típico hijo del imperio, esto es, malcriado por el enorme servicio doméstico de su familia; pero a los seis años fue a «casa», a Inglaterra, para empezar su formación. Le acompañaba su madre, que había decidido romper su matrimonio. A partir de entonces, solo tuvo contactos esporádicos con su padre, una figura que para él sería tan remota como excéntrica. Su madre, por su parte, se convirtió en una alcohólica y es que si bien es verdad que muchas infancias imperiales de la época fueron disfuncionales, la suya lo fue hasta el extremo. En cierto modo, se parece mucho a la de otro piloto que llegó a hacerse famoso, Douglas Bader, el

mutilado as británico de la RAF. En muchos hombres ambiciosos la ira es una emoción dominante, pero, en ocasiones, como sucedía con la de Guy Gibson, estaba, como podemos ver, más que justificada.

Estudió en Saint Edward, Oxford, donde fue un alumno que no destacó especialmente, ni para bien ni para mal. Su pasión siempre fue el vuelo, como les sucedió a millones de jóvenes de su tiempo, la «generación Lindbergh», y para conseguir pilotar un avión la forma más directa era alistarse en las fuerzas aéreas. La RAF de preguerra no tenía nada de elegante; de hecho, los otros servicios, más esnobs, consideraban que los pilotos eran individuos incorregiblemente vulgares. Sin embargo, para una generación de adolescentes, que de otra manera no hubieran sabido qué hacer con sus vidas, la RAF era una vía de escape. La primera solicitud de Gibson para entrar en la RAF como piloto fue rechazada, pero no se arredró y siguió insistiendo hasta que por fin le aceptaron: en noviembre de 1936, con solo dieciocho años y apenas tres meses después de graduarse, empezó el entrenamiento como piloto en Yatesbury, en Wiltshire. Al Gibson de aquella época le describían como un joven torpe, autoritario y presuntuoso, lo que entonces se llamaba un «chulo», tal vez como forma de compensar su pequeña estatura. Sus examinadores calificaron sus habilidades de pilotaje como «promedio», pero si hubieran tenido que examinarle por camaradería le habrían suspendido. Era grosero y condescendiente con los rangos inferiores, en especial con el personal de tierra –un vicio que tuvo toda su vida–, hábito que algunos de sus camaradas atribuían a su infancia en la India, y especulaban que así es como le habían enseñado que había que tratar a sus subordinados. Su feroz ambición era patente para todos los que le conocieron en aquella época; quería dejar una impronta, ser famoso, pero como muchos de sus compañeros pensaban la forma de intentarlo no era la más apropiada.

Cuando la guerra estalló en septiembre de 1939, su jefe de escuadrón le dijo con ironía: «Ahora tienes la ocasión de ser un héroe, Gibbo». Él, desde luego, dio la bienvenida a la oportunidad que la contienda le ofrecía a título personal, pero al mismo tiempo no se hacía ilusiones acerca de sus posibilidades de supervivencia en lo que fue el mayor conflicto en la historia humana. Así, por ejemplo, cuando su hermano mayor le quiso regalar un reloj de pulsera, Guy le respondió diciéndole: «No te molestes. Soy hombre

muerto». La realidad es que, durante los primeros meses de la guerra, no vio mucha acción, lo que no le impidió tomar una de esas decisiones impulsivas que son tan habituales entre los jóvenes guerreros que creen que la muerte los acecha detrás de cada esquina: se casó… con una corista. Había conocido a Eve Moore en diciembre de 1939 en un teatro de Coventry, donde ella bailaba; era una mujer de veintiocho años, materialista, algo vulgar y estéril, mientras que por aquel entonces él tenía veintiuno. Sus amigos pensaban que toda la relación entre ambos se fundamentaba en una innegable química sexual. Lo cierto es que Gibson fue toda su vida un mujeriego compulsivo, incapaz de controlar sus impulsos y de intentar llevarse a la cama a cualquier mujer con la que hubiera pasado apenas unas horas juntos. Poco después de su impulsivo matrimonio, en la Nochebuena de 1939, su madre murió en un terrible accidente; algo prendió fuego a su vestido y falleció poco después a causa de las quemaduras.

Durante el primer año de la guerra, hasta septiembre de 1940, había volado en treinta y siete operaciones de bombardeo con el 83.er Escuadrón, una unidad equipada con bombarderos Hampden. [3] En comparación con lo que les esperaba más adelante, no eran misiones ni demasiado peligrosas ni demasiado efectivas pero, a pesar de eso, Gibson ya había visto «diñarla» [4] a un buen número de camaradas y amigos. Las defensas antiaéreas alemanas eran mediocres pero, aun así, suponían un desafío para la mayoría de las tripulaciones británicas, que tenían que hacer largas misiones encerradas en incómodos bombarderos, con unos sistemas de navegación tan primitivos que el simple hecho de encontrar el camino de vuelta a casa era un pequeño milagro. Gibson adquirió la reputación de ser un tipo «echado para adelante», que no dudaba en presentarse voluntario para misiones extra, especialista en vuelos rasantes y evidentemente ansioso por ganar una medalla, aunque eso significara tener que correr riesgos demenciales. Desde luego, a nadie que le conociese le pillaría por sorpresa que en julio de 1940 le concedieran la Distinguished Flying Cross (Cruz de Vuelo Distinguida). Era un hombre duro, sencillo y directo, impopular entre sus camaradas, pero muy estimado por sus superiores; quería contribuir –y más– a la victoria de su país. Mientras que otros pilotos mostraban su satisfacción y alivio cuando las condiciones atmosféricas obligaban a suspender las operaciones, Gibson se irritaba: quería

volar, enfrentarse al enemigo, combatir, no quedarse parado ¿Qué más podía pedir un comandante de sus jóvenes oficiales?

En aquel primer invierno de ataques de la Luftwaffe contra Gran Bretaña, hubo una repentina demanda de pilotos experimentados para tripular los cazas nocturnos de la RAF, que fueron decisivos en la defensa de Gran Bretaña. Gibson fue uno de los que aceptaron un traslado temporal al Mando de Caza y se unió al 29.º Escuadrón para volar en los bimotores Beaufighter. Los pilotos de caza y de bombardeo formaban castas separadas, que rara vez interactuaban después de completar el entrenamiento, pero Gibson pasó la transición de un tipo de aparato a otro sin dificultades. Simplemente estaba impaciente por enfrentarse al enemigo, por encontrarse donde estaba la acción. Eve y él se trasladaron a un alojamiento cerca de su aeródromo en Lincolnshire. Nombrado comandante de vuelo, aprendió las técnicas de combate nocturno en las que se utilizaban primitivos radares aéreos que se habían instalado en los Beaufighter. La intercepción guiada por radar estaba en pañales y su eficacia era limitada, lo que hacía que se sintiese frustrado y que pagase su disgusto con cualquier desafortunado suboficial que estuviera manejando el equipo de AI (Aerial Interception [Intercepción Aérea]) detrás de él. Al igual que había pasado cuando estaba en el 83.er , en el 29.º Escuadrón también se ganó una reputación por su determinación, por su disposición a volar incluso con mal tiempo o después de haber tenido roces con la muerte, como cuando estuvo a punto de ser derribado por un interceptor alemán mientras se disponía a tomar tierra. Estuvo destinado un año en el Mando de Caza y voló un total de 101 misiones y se anotó tres derribos confirmados, por los que recibió su segunda DFC. A pesar de todo, no estaba satisfecho, ya que no había conseguido tantas victorias como otros de sus camaradas, por tanto, si no podía ser un as, prefería volver a su antiguo destino. A finales de 1941, coincidiendo con la disminución de la actividad alemana sobre Gran Bretaña, solicitó su vuelta al Mando de Bombardeo.

Tenía un ratio de vuelos operativos que, conforme a los protocolos de la RAF, le garantizaba el envío como instructor a una unidad de entrenamiento para darle un descanso; pero eso no es lo que él anhelaba y, a las pocas semanas, ya había conseguido que le volvieran a destinar a operaciones. En la primavera de 1942 fue cuando su carrera empezó a acelerarse. El mariscal del Aire *sir*

Arthur Harris, cuyo nombre estaría indeleblemente asociado a la ofensiva de bombardeo cuya dirección operativa acababa de asumir, conocía al joven Gibson; creía que Guy representaba todas las virtudes que buscaba en las herramientas humanas que iba a necesitar para cumplir su visión de aniquilar Alemania desde el aire: coraje, determinación y pasión ilimitadas. Ninguno de los dos tenía paciencia con los perezosos y con los débiles; la introspección era anatema para él, posiblemente porque habría sido una experiencia poco agradable para alguien con su historial familiar. Gibson era un hombre de acción; quería que todos los pilotos a su mando tuvieran su misma determinación de aniquilar al enemigo, de infligir a la Alemania nazi un castigo en forma de fuego y destrucción en venganza por el daño que habían hecho al mundo. Gibson tenía algo que Harris apreciaba en sus pilotos, pero que muchos otros no: el «odio al huno».

El 12 de marzo de 1942, Harris le destinó al 5.º Grupo de Bombardeo y ordenó que se le asignara a una posición de mando, el del 106.º Escuadrón, una formación equipada con Avro Manchester, un mediocre bimotor que más adelante fue reemplazado por los Lancaster, mucho más eficaces. Gibson llegó a la base de su nueva unidad en Coningsby, Lincolnshire, decidido a imponer su particular estilo de mando sobre todos y cada uno de los setecientos hombres de la unidad. Por ejemplo, nada más llegar convocó a los suboficiales de las dotaciones de tierra para una reunión informativa; los que no se pusieron en pie cuando él entró recibieron una bronca de cuidado; los hombres reaccionaron con desprecio y a sus espaldas le llamaban el «niñato emperador», en alusión a su juventud –tenía solo veintitrés años–. El oficial al mando del Grupo de Bombardeo le describió como «la clase de chico que habría sido delegado en cualquier escuela», aunque la verdad es que no había ocupado ese puesto en Saint Edwards; pero lo cierto es que mientras estuvo en el Mando de Bombardeo, Gibson mostró todas las virtudes y muchos de los defectos de un meticuloso y entrometido delegado en un colegio público, y es que, en realidad, la mayoría de los «hombres» que combatieron en el Mando de Bombardeo eran poco más que adolescentes que todavía pensaban que había pocas cosas más divertidas en este mundo que bajarle los pantalones por sorpresa a un compañero en el recreo.

Gibson dirigía su escuadrón –que en mayo había sido reequipado con cuatrimotores Avro Lancaster– y le exigía tanto como se exigía a sí mismo. Era temerario hasta el extremo: una de las dotaciones que voló en su Lancaster comentó horrorizada su despreocupación ante el peligro. No le importaba volar a baja altura sobre Alemania; de hecho, en una ocasión, sobrevoló una base de U-Boote en Rostock a una altura de tan solo 300 m, para obtener fotografías más nítidas de las instalaciones de submarinos para la sección de inteligencia. Su intolerancia hacia los que no eran capaces de adaptarse a sus estándares, a aquellos que se negaban a jugar la partida, a los que no lo daban todo por el equipo, llegó a ser notoria. Despreciaba especialmente a los que «se daban la vuelta» y abortaban la misión alegando que habían sufrido un fallo técnico; en cierto momento, por ejemplo, uno de los Lancaster se preparaba para despegar cuando estalló el mecanismo de autodestrucción del radar de navegación Gee y llenó la carlinga de humo, por lo que su dotación abandonó a toda prisa el aparato. Hecho una furia, Gibson condujo su *jeep* hasta el lugar del accidente y les puso de vuelta y media, incluso llegó a decirles que sospechaba que les faltaba «fibra moral» y finalizó el rapapolvo con un seco: «Les quedan cuatro motores operativos, así que ya pueden mover el culo y bombardear Alemania». En su escuadrón no había sitio para las tripulaciones sospechosas de remolonear.

Por el contrario, aquellos a los que él veía como sus iguales, los que también eran unos «echados para adelante», eran acogidos amistosamente por Gibson y algunos de ellos participaron en el ataque contra las presas del Ruhr; era como si estuvieran imitando de forma inconsciente a la banda de aventureros que seguía al héroe de ficción Bulldog Drummond en las historias de Sapper. [5] En cambio, no dudaba en hacer sentir todo el peso de su desagrado a los recién llegados que no cumplían sus expectativas. Gibson parecía, como lo describió su mejor biógrafo, Richard Morris, «adicto al estrés»; era un monomaníaco cortado por el mismo patrón que su mentor, Harris, al que lo único que le importaba, hasta el punto de obsesionarse, era bombardear Alemania. No es sorprendente que su matrimonio hiciera aguas y que ambos cónyuges tuvieran aventuras extramatrimoniales.

Es fácil entender la animadversión que despertaba entre sus propios hombres. En el verano de 1942, los aviadores que entraban en el Mando de

Bombardeo sabían perfectamente a qué peligros se enfrentaban: debían volar un mínimo de treinta misiones antes de que pudieran ser transferidos a un destino en tierra o como instructores –algo que la mayoría aceptaba con agradecimiento–, pero solo una de cada cuatro dotaciones del Mando de Bombardeo consiguió completar el ciclo de misiones y más de la mitad murió en acción. La mayoría de los pilotos cumplió con su deber lo mejor que pudo y mostró una gran valentía al ser capaz de sobreponerse al miedo, aunque sabía que las probabilidades de sobrevivir estaban en su contra. Pero el terror siempre estaba ahí, desde que se despertaban en los barracones de las neblinosas llanuras de Lincolnshire o Yorkshire, pasando por las horas de conferencias y preparativos, hasta el momento en que empezaban a rodar por la pista del aeródromo al oscurecer para despegar a enfrentarse con la furia de los reflectores, la artillería antiaérea y los cazas que les esperaban al otro lado del canal.

Para muchos de los decentes, concienzudos y asustados jóvenes, que no veían con malos ojos una noche de densos nubarrones que les obligara a cesar las operaciones permitiéndoles retrasar su cita con el destino un poco más, era duro llegar a un escuadrón mandado por alguien como Gibson. Su sonrisa maníaca era un indicio de que era diferente, alguien que, si alguna vez había tenido miedo, lo había enterrado bajo capas de ambición y sentido de la responsabilidad, hasta el punto de que ya no le afectaba. Más de una de las dotaciones de su escuadrón pensaba: «Nos parece estupendo para *él* si quiere ser así. Pero ¿por qué debería esperar lo mismo de *nosotros* ? No queremos "chapas". Queremos vivir». No todos los jefes de escuadrón eran igual de severos hacia aquellos de sus hombres que no estaban tan motivados como ellos; Leonard Cheshire, por ejemplo, un jefe de escuadrón tan destacado como el «Dam Buster», era famoso por la empatía que mostraba hacia las debilidades de sus subordinados y estos le correspondieron con un afecto del que Gibson nunca disfrutó.

La armadura emocional con la que se protegía parecía no tener agujeros, pero en ocasiones bajaba la guardia, sobre todo con sus romances; ninguno fue más importante para él que la relación que entabló con una cabo del WAAF, [6] Margaret North. Una noche en Syerston, el aeródromo en Nottinghamshire donde se encontraba emplazado el 106.º Escuadrón, el comandante de la base,

«Gus» Walker, resultó herido de gravedad al explotar la carga de bombas de un Lancaster en la plataforma de estacionamiento. Gibson acompañó a Walker en la ambulancia a las instalaciones médicas cercanas y, mientras los médicos atendían al herido, el joven comandante de escuadrón inició una conversación con una enfermera de la unidad de traumatología y quemados. Al día siguiente le pidió una cita e ignoró sus protestas acerca de la prohibición de que suboficiales y oficiales confraternizaran cuando estaban fuera de servicio. Los dos iniciaron una relación que llegó a ser clave para él en sus dos últimos años de vida, aunque eso no significa que fuera más fiel a Margaret de lo que le era a su esposa. Solían recorrer las carreteras comarcales de la región próxima a la base en el traqueteante coche negro de Gibson, generalmente acompañados por su perro mestizo de labrador, Nigger. Margaret se daba cuenta de su agotamiento y de su soledad; él no paraba de hablar, sobre todo acerca de su pasión por los bombardeos, pero también la interrogaba sin cesar acerca de su trabajo en la unidad de quemados. Una noche que Margaret estaba de guardia, Gibson apareció de repente en el edificio y se fue a sentar al lado de un joven artillero que estaba envuelto en vendajes de los pies a la cabeza; el chico estaba agonizando debido a las quemaduras que había sufrido cuando una bengala estalló dentro de su aparato. Gibson se limitó a decirle: «Me llamo Guy Gibson, ¿puedo sentarme con usted?». El moribundo no podía contestar, pero su visitante permaneció el resto de la noche a su lado en silencio, para que cuando expirase no estuviera solo.

Este era un comportamiento atípico en él, que normalmente despreciaba a los rangos inferiores y que no tenía ninguna paciencia para las tareas rutinarias de un jefe de escuadrón. Era como si debajo de las defensas que había construido para protegerse, su imaginación hubiera elaborado una vívida imagen de cómo sería su más que probable final. En su libro de 1946 *Enemy Coast Ahead* [Costa enemiga a la vista] hay una gráfica descripción de lo que le ocurre a un bombardero y a su tripulación cuando, tras ser impactados por el fuego enemigo, empiezan a caer vertiginosamente durante uno o dos minutos: «Entonces todo termina y chocas con el suelo. Una llamarada de gasolina se eleva hacia el cielo, casi como si estuviera intentando alcanzarte para empujar tu alma hacia el paraíso». No cabe duda de que sabía de lo que hablaba.

En marzo de 1943, después de un año con el 106.º Escuadrón, dejó el mando de la unidad. Desde el inicio de la guerra había volado en 72 misiones de bombardeo, muchas más que las que sobrevivían o estaban dispuestos a soportar la mayoría de los pilotos, y en 101 como piloto de caza. Durante su etapa al frente del 106.º Escuadrón, al contrario que algunos otros jefes, nunca eligió las misiones fáciles o evitó una salida; por el contrario, siempre estuvo en primera línea. Harris, que seguía su carrera con interés, presionó para que le concedieran una segunda DSO [7] en reconocimiento por su extraordinario desempeño y la condecoración era de sobra merecida. El problema era saber a qué se iba a dedicar ahora, cuál iba a ser su destino. Combatir era lo único que parecía motivar a este joven enérgico, vital y totalmente dedicado al propósito de ganar la guerra. Incluso su relación con Margaret North dependía en cierto modo del hecho de que, al contrario que su esposa, ella pertenecía a la «familia» del Mando de Bombardeo, de la rutinaria existencia que daba sentido a su vida.

Gibson reía con facilidad, pero sin alegría. No tenía aficiones más allá de un cierto interés por el mar y los barcos; en cierto modo, no era otra cosa más que una herramienta en manos de hombres como Harris; un hombre al que la única actividad que realmente podía satisfacerlo era, tal y como era el mundo en 1943, estar al mando de un escuadrón de bombarderos. Sin embargo, la realidad es que necesitaba un descanso (y desde hacía tiempo, según creían los que servían bajo su mando). La tensión y el agotamiento estaban escritos en su rostro, pero no sabía qué hacer con el tiempo libre así que, cuando el comandante del 5.º Grupo de Bombardeo, *sir* Ralph Cochrane, le llamó a su despacho en el cuartel general de la fuerza y le preguntó si, antes de empezar su permiso, estaría dispuesto a volar en una operación más, para la que tendría que formar una unidad especial, Gibson aceptó sin dudarlo.

Es curioso cómo la guerra parece comprimir el tiempo: Guy Gibson solo estuvo cuatro meses al frente del 617.º Escuadrón, pero su nombre quedó indeleblemente unido al mismo. La tarde del 21 de marzo de 1943, llegó a la base de Scampton, Lincolnshire, en su Humber cupé y acompañado de Nigger e inmediatamente se lanzó de cabeza al trabajo con toda su maniática energía y agresividad para exigir, arengar e insistir en que le fuera dado todo lo que necesitaba para formar un escuadrón desde cero y en el menor tiempo posible.

Lo único que sabía de la misión era que implicaría volar a muy baja altitud, pero, por lo demás, no conocía cuál iban a ser los objetivos concretos. Al contrario de lo que cuenta la leyenda, no todas sus tripulaciones estuvieron formadas por hombres escogidos o veteranos. Gibson conocía a varios pilotos, Hopgood y Shannon, del 106.º Escuadrón, y otros que procedían del 50.º y del 57.º; además, solicitó que le fuera asignado al 617.º el teniente Harold «Micky» Martin, ya que el australiano era un celebrado especialista en vuelo a baja altura. Ahora bien, además de estos veteranos, el 617.º incluyó un sorprendente número de dotaciones que ni siquiera había completado un ciclo de operaciones y algunos ingenieros de vuelo que no habían participado en ninguna misión sobre Alemania. Los hombres de la tripulación de su propio Lancaster eran prácticamente desconocidos y parece que los trataba con el desdén y la impaciencia que solía utilizar con los rangos inferiores. Gibson era un egocéntrico incapaz de reconocer las contribuciones de otros hombres al éxito de una misión, aunque por suerte para su reputación póstuma los comentarios más ácidos de sus antiguos camaradas fueron expurgados de la versión final de *Enemy Coast Ahead.* Richard Morris observa en su penetrante biografía: «En la carlinga del Lancaster de Gibson había un aire evidente de señor y sirviente».

No todos los hombres que formaron parte del 617.º Escuadrón lo hicieron de buen grado; por ejemplo, cuando David Shannon, un piloto de veintidós años, solicitó voluntarios entre su tripulación para formar parte de la nueva unidad, solo uno de ellos aceptó: el resto consideraba que, después de haber completado su ciclo de operaciones, «habían hecho su parte» y tenían derecho a descansar. En realidad, el 617.º tenía la típica mezcla de aviadores entusiastas y reacios, veteranos y novatos, que podía encontrarse en cualquier otro escuadrón del Mando de Bombardeo, lo que hace todavía más destacable el que Gibson fuera capaz de prepararlos en tan solo tres meses para realizar la incursión contra las presas, la operación de bombardeo de precisión más señalada de toda la guerra.

El comandante del escuadrón se sintió aliviado cuando le dijeron el 29 de marzo que los objetivos del 617.º no serían, como él había temido, buques de guerra enemigos, que estaban notoriamente bien defendidos, sino que iba a liderar un ataque contra las presas del Möhne y Sörpe, en la cuenca alemana

del Ruhr, que habían sido identificadas como instalaciones vitales para la industria germana, ya que sin ellas la producción de acero del Ruhr se resentiría notablemente. El Ministerio de Guerra Económica afirmaba que la destrucción de ambas presas infligiría a la producción alemana más del doble de daño del que supondría destruir solo una de ellas. Por esas fechas le presentaron a Barnes Wallis, el científico que había diseñado la «bomba de rebote» (*bouncing bomb*) revienta-presas. Entre ambos hombres tan completamente distintos, el científico de mediana edad y el joven guerrero, se desarrolló una inesperada y en cierto modo enternecedora amistad, basada en el respeto mutuo por las habilidades del otro. A lo largo del mes de abril, Gibson dirigió a sus dotaciones en ejercicios de navegación a baja altura y luego empezó a practicar ataques en embalses ingleses a la altitud requerida, solo 45 m. Volaban tan bajo que no era raro que los aparatos volvieran a la base con ramas de árboles enganchadas en sus alerones.

El 24 de abril, en una reunión en Weybridge, Wallis le preguntó a Gibson si sus dotaciones podrían soltar sus minas –porque sus proyectiles eran, de hecho, minas cilíndricas más que bombas– no a 45 m, sino a 18, ya que, al parecer, si se lanzaban a más altura las carcasas se hacían pedazos. Después de tres días de pruebas, telefoneó para informar de que era factible atacar a 18 m. Los pilotos, muchos de ellos con menos experiencia que Gibson, tenían que volar un bombardero pesado en línea recta y en perfecto equilibrio durante al menos veinte segundos a una altura por encima del agua equivalente a la longitud de una pista de pádel, bastante por debajo de las copas de los árboles, entre fuego antiaéreo enemigo y en la oscuridad: era casi una misión imposible. Gibson presionó a sus hombres implacablemente, casi tiránicamente; no dudó en expulsar del escuadrón a tres dotaciones que no cumplían con sus exigentes estadísticas. Él mismo no se concedía ningún descanso y trabajaba dieciséis, dieciocho y en ocasiones hasta veinte horas diarias, yendo de un lado para otro para reunirse con Wallis, con los gerifaltes del Ministerio del Aire, participar en los entrenamientos y reuniones de planificación y, al mismo tiempo, lidiar con toda la burocracia que exigía el mando de una fuerza de setecientos hombres.

Aún encontró tiempo para reunirse una vez con Margaret North, a la que llevó a un cine en Grantham para ver *Casablanca* ; Margaret se había casado con otro hombre, convencida de que nunca podrían estar juntos. Lo curioso es

que Gibson no disimulaba su falta de afecto hacia Eve, su esposa, pero, por algún motivo que se nos escapa, la pareja seguía manteniendo las apariencias de un matrimonio. Ni Margaret ni Eve tenían idea de la misión para la que se estaba preparando, ya que Gibson era un obseso de la seguridad de la operación –lo que tenía su lógica–, así que podemos imaginarnos su furia cuando descubrió que varios oficiales del estado mayor del Mando de Bombardeo que no deberían haber tenido acceso a información clasificada estaban debatiendo libremente los detalles de la misma. Gibson sabía que solo podrían tener éxito si conseguían sorprender a los alemanes. A principios de mayo recibió las órdenes definitivas para la misión: los blancos prioritarios del 617.º serían las presas de Möhne y Sörpe, mientras que la de Eder sería un objetivo secundario. En su libro de la operación, Gibson no decía la verdad cuando afirmaba que había asignado sus mejores tripulaciones al ataque contra el Möhne y el Eder, mientras que las destinadas a la de Sörpe eran «en realidad, para actuar como una fuerza de distracción»; esta era, en el mejor de los casos, una racionalización *ex post facto* de los hechos.

La tarde del sábado 15 de mayo, se acordaron los detalles finales del ataque en una reunión de cuatro horas a la que acudieron Barnes Wallis y los dos comandantes de vuelo de Gibson. Al finalizar, Gibson fue informado de que Nigger había sido atropellado por un coche y había muerto. La noticia no solo le afectó a un nivel personal, sino que además le preocupó que las tripulaciones pudieran creer que era un mal augurio para la Operación Chastise. Por si fuera poco, estaba sufriendo un doloroso ataque de gota, posiblemente provocado por el estrés y el agotamiento, que empeoró todavía más el día 16 cuando debían despegar para el ataque contra el Ruhr. El médico de la base no se atrevía a recetarle analgésicos, por si acaso abotargaban sus sentidos. El día en Scampton amaneció soleado, con una temperatura agradable, pero era poco consuelo para un mortificado Gibson, que desde el mediodía y hasta el momento del despegue estuvo al pie del cañón, informando a sus dotaciones de los detalles finales de la misión. Les advirtió sombríamente que si fracasaban en romper las presas, tendrían que volver a la noche siguiente y todo el mundo podía imaginarse que, para entonces, los alemanes estarían esperándolos.

Mientras los hombres del escuadrón aguardaban tumbados en la hierba fuera del hangar, para que los camiones los llevaran a las plataformas de

estacionamiento, Hopgood le confió a Shannon que no esperaba volver y lo peor es que estaba en lo cierto: es más, para casi la mitad de los jóvenes reunidos en el césped de Lincolnshire aquel domingo por la tarde, estas serían sus últimas horas sobre la faz de la tierra. La ofensiva de bombardeos contra Alemania exigió terribles sacrificios de los aviadores que tomaron parte en ella; la incursión contra las presas implicaba correr unos riesgos muy por encima de los normales y todo ello para conseguir unos objetivos estratégicos por los que los planificadores británicos creían que merecía la pena pagar el precio. Gibson consiguió imbuir a los 132 hombres que aquella noche le acompañaron en los cielos de Alemania con su propia convicción de que una misión tan excepcional como aquella podía llevarse a cabo, que las presas podían ser destruidas y que merecía la pena arriesgar la vida para conseguirlo, y todo ello gracias a su obsesiva confianza en sí mismo y a sus dotes de liderazgo.

Los aparatos del 617.º Escuadrón partieron hacia Alemania en varias oleadas y volaron a baja cota durante todo el trayecto hasta sus objetivos. Gibson, Hopgood y Martin despegaron a las 21.30 h y, algo menos de tres horas más tarde, con una brillante luna llena, iniciaron su ataque contra la presa del Möhne. Todas las aeronaves del 617.º Escuadrón habían sido equipadas especialmente para la operación con aparatos de radio VHF, con cuya ayuda Gibson pudo dirigir el raid contra Möhne personalmente, mientras ordenaba el ataque de sus aparatos uno a uno. Él mismo hizo una pasada de prueba para «echar un vistazo al lugar», a la que los artilleros antiaéreos alemanes de la presa respondieron vigorosamente. Después de lanzar su propia mina, que no consiguió abrir brecha, y en un gesto que iba mucho más allá de lo que exigía el cumplimiento del deber, voló otras dos veces al ataque junto con otros Lancaster, para distraer el fuego de los antiaéreos. La quinta mina, que parece haber sido lanzada con extraordinaria precisión por el jefe de escuadrón Melvin Young, rompió la presa, que ya había quedado debilitada por la segunda mina. Decenas de millones de litros de agua anegaron la campiña alemana. El operador de radio envió la triunfal señal «Nigger» al cuartel general del 5.º Grupo de Bombardeo justo antes de la 1.00 h, que provocó una exultante celebración entre los mandamases del Mando de Bombardeo. Gibson envió de vuelta a los aviones que habían atacado y dirigió contra el Eder a los tres que aún no habían lanzado sus minas. Aquí no había antiaéreos, pero la

aproximación al embalse exigía un pronunciado giro y una espeluznante muestra de habilidad de pilotaje para volar entre las colinas que lo rodeaban. David Shannon hizo cinco pasadas antes de comprobar que su puntería era correcta y soltar su mina, que dañó la pared de la presa. La tercera y última mina provocó que la presa del Eder se rompiera. Los exultantes supervivientes volvieron a casa. Shannon dijo que «era casi imposible describir la euforia del triunfo».

Solo dos de los cinco aparatos asignados –los otros se habían perdido por el camino– atacaron la presa de Sörpe, una construcción de tierra que era mucho menos vulnerable a los proyectiles de Wallis, por lo que solo sufrió daños superficiales, pero no se rompió. De los diecinueve Lancaster que despegaron hacia el Ruhr, se sabe que diez soltaron sus minas y que once regresaron a casa; de los ocho que no consiguieron volver, dos se perdieron en las presas, mientras que los otros seis fueron derribados o se estrellaron durante los vuelos a baja altura hacia o desde los objetivos. Era un porcentaje de bajas terrible, incluso para los estándares del Mando de Bombardeo: de los cincuenta y seis tripulantes de los aparatos destruidos, solo tres sobrevivieron como prisioneros. Wallis estaba profundamente deprimido, atormentado por sentimientos de culpa a pesar de las palabras de aliento que le ofrecieron Gibson y otros, para los que esta victoria había merecido el precio pagado. La mayor parte de las dotaciones que sobrevivieron lo celebraron por todo lo alto en Scampton. Dos de las que tuvieron que volver antes de hacer el ataque fueron interrogadas por Gibson y exoneradas de culpa. Un piloto que aterrizó con su mina, tras haber sido incapaz de encontrar el Sörpe, fue abroncado por el comandante del escuadrón, que le dijo que sería expulsado del 617.º.

La incursión contra las presas causó gran preocupación entre el alto mando alemán, atónito por la vulnerabilidad del suministro de agua del Ruhr que el ataque había dejado en evidencia. Incluso Goebbels alabó en privado la eficacia y la inventiva técnica de la operación. Sin embargo, no infligió un daño permanente a la capacidad industrial de la región ya que, para empezar, al haber fallado el ataque contra la presa de Sörpe, los alemanes consiguieron seguir abasteciendo de agua y electricidad a las fábricas y, en segundo lugar, porque no hubo continuidad y el Mando de Bombardeo no hizo ningún esfuerzo por interferir en las reparaciones emprendidas por los alemanes en las

presas del Möhne y el Eder. Muchos años más tarde, Wallis reconoció personalmente delante de mí que había sido un error, ya que, afirmaba, la reconstrucción de las presas podría haberse retrasado con bombardeos convencionales; pero cuando se lo comentó a *sir* Arthur Harris, este respondió con un brusco aforismo: «Cualquier acción que sea merecedora de la Cruz Victoria no puede ser repetida, por su propia naturaleza, como una operación militar». Harris no creía que fuera factible reanudar el bombardeo de las presas. Uno de sus mayores errores durante la campaña fue subestimar la importancia de regresar una y otra vez contra los objetivos principales, para impedir que los alemanes reanudaran en ellos la producción.

Gibson recibió la Cruz Victoria por su liderazgo en el ataque del 617.º Escuadrón contra las presas del Ruhr. Antes de que la operación se llevara a cabo, el alto mando había tenido la intención de mantener la unidad especial en secreto pero, tras la destrucción de las presas del Möhne y del Eder, la RAF comprendió que se les presentaba una oportunidad propagandística sin precedentes. Lo primero que Eve supo de la gesta de su esposo fue el anuncio en la BBC del ataque contra las presas, «liderado por el jefe de ala Guy Gibson, DSO, DFC». En los últimos días de mayo de 1943, las tripulaciones del 617.º Escuadrón se convirtieron en los aviadores más célebres de Gran Bretaña. La nación estaba entusiasmada con la hazaña y es que, en una época en la que el poderío militar e industrial de Estados Unidos y el sacrificio de los millones de soldados del Ejército Rojo estaban apartando a Gran Bretaña de forma cierta e inexorable del centro del escenario, la nación necesitaba éxitos propios que aliviasen la profunda desazón que sentía un país que llevaba desde 1939 resistiendo a los nazis. El ataque contra las presas representaba un triunfo de la valentía y creatividad científica británicas y de la habilidad de sus pilotos. No era extraño que el pueblo de Churchill lo celebrase por todo lo alto.

Irónicamente, la incursión contra las presas atrajo tanta admiración en buena parte porque un ataque contra las instalaciones industriales enemigas no tenía el bagaje moral asociado con el incendio de las ciudades alemanas. Sin embargo, las inundaciones que siguieron a la destrucción del Möhne y el Eder mataron a 1300 personas, casi la mitad de ellas trabajadores esclavos y prisioneros de guerra. Por tanto, la operación de las presas infligió más bajas que el promedio de las que sufría una ciudad bombardeada, en la cual los

civiles generalmente tenían tiempo para alcanzar un refugio antes de que cayeran las bombas. Nadie en su sano juicio, ni entonces ni ahora, habría sentido menos admiración por las dotaciones del 617.º Escuadrón por culpa de esa siniestra realidad, ni tampoco es algo que pueda apagar el brillo de su valentía y de la de su líder. El rey Jorge VI visitó Scampton y se organizó una recepción para Gibson y sus hombres en el palacio de Buckingham; A.V. Roe, los fabricantes de los Lancaster, también los agasajaron con una cena en su honor. Pasaron varias semanas antes de que a los hombres del escuadrón les permitieran pagar sus propias consumiciones. Gibson se había convertido de la noche a la mañana en uno de los hombres más famosos de Gran Bretaña.

¿Qué podía hacer ahora? Se decidió mantener al 617.º Escuadrón en activo, como una unidad de élite para operaciones especiales. Pero era impensable que se permitiera a Gibson volar con ellos, ya que su muerte o captura representaría un golpe de propaganda demasiado importante para el enemigo. Durante dos meses permaneció en Scampton y fue una presencia inquieta y desconcertante para todos los que tuvieron que servir con él. Seguía obsesionado con los bombardeos sobre Alemania, hasta el punto de que se le llegó a ver flirteando en un *pub* con una WAAF mientras, a la vez, discutía de tácticas con un colega aviador. Seguía siendo un engreído, incluso ahora más, a causa de su nueva popularidad, pero sus sentimientos de soledad eran cada vez más intensos. Su matrimonio estaba acabado, pero él y Eve continuaron casados, tal vez porque al Ministerio del Aire le habría resultado demasiado complicado tener que encajar el divorcio de Gibson en su propaganda. Tampoco es que tuviera demasiado contacto con su familia, sobre todo con su padre, que se había vuelto a casar. Una noche, en medio de un ataque de melancolía, reconoció su profundo dolor por la muerte de sus camaradas en la embestida contra las presas, en especial las de Hopgood y Henry Maudslay, para terminar añadiendo con tristeza: «Mi Niggy está muerto».

Winston Churchill resolvió el «problema Gibson» más inmediato. Al primer ministro le encantaba rodearse de jóvenes héroes y sobre todo presumir de ellos ante los estadounidenses, así que le invitó a un almuerzo en Chequers y de inmediato simpatizó con el «Dam Buster», como bautizó a su invitado. A principios de agosto de 1943, cuando el primer ministro zarpó para participar en la conferencia de Quebec, [8] llevó consigo al líder chindit Orde Wingate y a

Guy Gibson. Después de que lo presentaran a algunos de los principales líderes de la Gran Alianza, a los que causó una gran impresión, Gibson fue enviado a una gira de propaganda a través de Norteamérica, en la que dio discursos e hizo entrevistas de costa a costa, incluyendo una visita a Hollywood, que lo agasajó durante quince días. Lo trataron a cuerpo de rey y él demostró ser sorprendentemente indiscreto acerca de los medios que se habían utilizado para llevar a cabo la operación contra las presas.

Cuatro meses más tarde estaba de vuelta en Inglaterra, aburrido e inquieto, deseando que le dejaran volver a los bombardeos sobre Alemania, la única vida que le parecía que merecía la pena. Fue por esta época cuando su carrera empezó a estancarse, sin que la situación mejorase en ningún momento antes de su muerte. La RAF estaba decidida a que no volviera a volar sobre Alemania y, además, había una extendida convicción de que la fama se le había subido a la cabeza. Sus superiores en la RAF creían que en Estados Unidos se había vuelto arrogante. Harris, desde luego, estaba convencido de ello y, de hecho, cuando más adelante se sugirió que Leonard Cheshire, otra joven estrella del Mando de Bombardeo, viajase a Estados Unidos, Harris se opuso tajantemente, con el argumento de que no era una buena idea «tras la experiencia que hemos tenido de cómo han echado a perder al joven Gibson». En los círculos de la RAF también empezaron a correr rumores de que pasaba ahora mucho más tiempo en las camas de las esposas de sus camaradas oficiales que de servicio. Pero lo que realmente lo condenó a ojos de *sir* Arthur Harris fue que pusiera en duda públicamente la eficacia de la campaña de bombardeo de área que este defendía.

Harris era, en palabras de Churchill, un «comandante notable» pero, en los dos últimos años de la guerra, la dedicación del comandante en jefe del Mando de Bombardeo a la destrucción de las ciudades alemanas se convirtió en una obsesión personal que excluía cualquier posibilidad de mantener un debate racional acerca del papel del bombardeo en el esfuerzo de guerra. Hay pocas dudas de que Harris debería haber sido destituido cuando su obstinación por continuar la matanza de civiles pasó a ser un desafío abierto a la Junta de Jefes de Estado Mayor aliada, que se oponía a ello. Simplemente, no había lugar para el debate o la discrepancia en el universo de Harris. La sorpresa para él debió de ser mayúscula cuando supo que tanto en Estados Unidos como

después en Gran Bretaña, su protegido había expresado en público sus reservas, no acerca de si atacar Alemania era una actividad legítima, sino de si el Mando de Bombardeo podía por sí mismo provocar el colapso del nazismo. La deslealtad de Gibson –así la entendía Harris– llegó justo en el invierno de 1943, cuando el comandante en jefe del Mando de Bombardeo aseguraba a Winston Churchill, por escrito, que sus escuadrones podrían forzar la rendición de Alemania para una fecha concreta, el 1 de abril de 1944, sin necesidad de lo que él veía como los extravagantes planes de los soldados de desembarcar en Normandía y combatir a los alemanes todo el camino hasta Berlín. Por el contrario, Gibson había afirmado en un discurso en Montreal que, aunque había quien creía que los bombardeos podrían postrar a Hitler, él no era uno de ellos. «Por supuesto, cuando estoy en casa tengo que aceptar ese credo. Pero, incluso si no podemos bombardear Alemania hasta sacarla de la guerra, podemos debilitar el país». En otra ocasión dijo: «Sería estúpido esperar que nuestro bombardeo, a pesar de lo devastador que es, resultará en el colapso alemán». Hay incluso un atisbo de conciencia en una referencia en sus memorias a aquellos que se ahogaron cuando se rompieron las presas: «El hecho de que hubiera gente que estuviera en medio era irrelevante. El hecho de que pudieran ahogarse no se nos había ocurrido. Pero esperábamos que los encargados de las presas avisaran a tiempo a los que vivían debajo, incluso aunque fueran alemanes. A nadie le gustan las matanzas masivas y nosotros no deseábamos ser autores de una. Además, nos equiparaba a Himmler y sus muchachos».

Muchos líderes aliados y, sin duda, lo que sabemos en la actualidad, confirman que las observaciones de Gibson acerca de las limitaciones de los bombardeos eran de sentido común. Pero para Harris suponían una traición a todo lo que el Mando de Bombardeo estaba intentando conseguir. La furia de Harris explica en buena parte que Gibson no hubiese ascendido más allá de jefe de ala, [2] el rango que tenía desde la primavera de 1942 hasta su muerte. Todo lo que hacía ahora reforzaba la impresión entre sus superiores de que este formidable guerrero estaba fuera de su control. Para ellos era culpable de imprudencia, cuando no de insubordinación y, por si fuera poco, era muy posible que tuviera ambiciones políticas, además de algunas vagas teorías sociológicas que no sentaron bien, como por ejemplo la importancia que daba

a que los jóvenes reemplazaran a los viejos en la misión de reconstruir el mundo después de la guerra. Se hizo eco de ella en *Enemy Coast Ahead* : «Si, por casualidad, teníamos la esperanza de ganar esta guerra, y parecía muy lejana, entonces, para proteger a nuestros hijos, dejemos a los hombres jóvenes que han combatido tener algo que decir en los asuntos de Estado». En un momento de irresponsable falta de criterio, alentado por Churchill, que veía a Gibson como un hombre útil para su propio partido, el aviador aceptó una invitación para ser candidato conservador por Macclesfield, pero pocos meses más tarde retiró su candidatura y dijo que no podía conciliar ese puesto con sus deberes en la RAF; pero su flirteo con la política, y la inevitable publicidad que atrajo, alarmó todavía más a sus jefes en las fuerzas aéreas.

Gibson continuó haciendo apariciones públicas y recibiendo mucha atención de la prensa después de su regreso de Estados Unidos. Fue entrevistado en el ya famoso programa de radio de la BBC de Roy Plomley *Desert Island Discs* y eligió como una de sus ocho grabaciones la *Cabalgata de las Valquirias* , de Wagner, que le recordaba a una incursión aérea. A principios de enero de 1944, fue destinado a un trabajo de oficina en el departamento de prevención de accidentes del Ministerio del Aire, un puesto que era ridículamente absurdo para un hombre como él. Sin embargo, su auténtica ocupación durante ese tiempo fue escribir un libro. Las fuerzas aéreas británicas destacaban por su hábil uso de las relaciones públicas, por lo que alguien dentro del ministerio pensó que sería una buena idea que el héroe más popular de la RAF escribiese un relato acerca de sus experiencias como piloto de bombarderos, algo que redundaría, sin duda, en el bien del servicio, aunque, por supuesto, todo lo que escribiese estaría sujeto a la censura para evitar cualquier tipo de embarazosas indiscreciones. Gibson más que ningún otro había hecho que el bombardeo pareciese respetable en una época en la que empezaban a aparecer críticos que mostraban escrúpulos morales hacia la política de bombardeos estratégicos ¿Quién mejor que Guy Gibson, debidamente controlado, para silenciar a los escépticos?

Gibson escribió *Enemy Coast Ahead* en el espacio de dos o tres meses a principios de 1944, mientras Eve y él vivían en un apartamento en Londres. Naturalmente, no tuvo problemas para encontrar un editor: Michael Joseph se comprometió a una primera tirada de cincuenta mil ejemplares. El primer

borrador se completó en marzo de 1944, aunque el libro no se publicaría hasta 1946, después de que terminase la guerra. Para mucha gente que le conoció, en su libro parecía más simpático y sensible que el descortés, irritable y presuntuoso individuo con el que se habían topado en el cuartel. El manuscrito fue manipulado por el censor, por el editor, por su esposa Eve y, tal vez, por alguno de los expertos escritores del Ministerio del Aire, que habían eliminado las indiscreciones, suavizado sus aristas y torpezas y moderado sus desaciertos. Sin embargo, el borrador original, dictado por Gibson bien al dictáfono, bien a una mecanógrafa, todavía existe y gracias a ello podemos apreciar cómo el núcleo de *Enemy Coast Ahead* es realmente una expresión de su auténtica personalidad, aunque sin gran calidad literaria e incluyendo bastantes datos erróneos. Posee toda la frescura de la juventud, en una época en la que el mayor homenaje que Gibson podía hacer de un camarada era describirlo como «un caballero […], todo lo íntegro que un hombre puede ser». Describe un mundo en el que el alcohol y no las mujeres era el epítome del placer y en el que ser un fanfarrón era el más grave crimen social, aunque él mismo no es que estuviera libre de pecado. El libro ha vendido cientos de miles de ejemplares en el algo más de medio siglo transcurrido desde su publicación y sigue siendo un conmovedor autorretrato de uno de los jóvenes pilotos del Mando de Bombardeo, que acumuló con tan solo veinticinco años la experiencia de toda una vida.

Gibson pasó los últimos meses de su vida insatisfecho e infeliz. La invasión de Normandía en junio de 1944 le hizo temer que la guerra se ganaría sin que su ayuda fuera necesaria, por lo que terminó por tragarse su orgullo y llamó personalmente a Harris a su cuartel general en High Wycombe para suplicarle que le dejase volver a un mando operativo. El patronazgo del jefe del Mando de Bombardeo fue suficiente para conseguirle un puesto en el estado mayor del 5.º Grupo de Bombardeo. No hizo muchos amigos en las semanas que pasó en su nuevo destino. Muchos de los que no habían tratado antes con él se sintieron irritados por su arrogancia y sus pomposas salidas de tono. En una ocasión, después de una típica juerga cuartelera en Woodhall Spa, el «valiente Guy» tuvo que soportar que le quitaran los pantalones y se sintió tan humillado por la broma que puso a los responsables bajo arresto. Aprovechó para seguir trabajando en el manuscrito de *Enemy Coast Ahead* , que el

Ministerio del Aire le había devuelto con varios párrafos marcados en lápiz azul por el censor, especialmente aquellos en los que hacía comentarios políticos o personales que las fuerzas armadas consideraban inapropiados para un joven héroe de la RAF. Una fría y húmeda tarde tuvo una cita con Margaret North, que para entonces estaba viviendo en Bognor Regis con su bebé de seis meses, ahijado de Gibson. Discutieron las frustraciones de sus infelices matrimonios, a lo que él dijo: «Cuando acabe [la guerra], iré a buscarte». Unos días más tarde recibió una nota: «El día fue perfecto. Te amo ahora y por siempre», pero nunca volvió a tener noticias suyas.

En la tarde del 19 de septiembre de 1944, las dotaciones de los Mosquito estaban preparándose para el ataque nocturno contra la ciudad alemana de Rheydt, cuando oyeron por el sistema de radiofonía que el jefe de vuelo de la incursión sería Guy Gibson, el comandante de la base. Este había sido una presencia incómoda desde junio, visiblemente irritado por su papel no operativo, así que resultaba extraño que, de repente, le dejaran volver a volar en una misión de combate, sobre todo teniendo en cuenta que su experiencia con bimotores Mosquito era limitada y, además, que las técnicas de bombardeo habían evolucionado notablemente desde la última operación en la que había participado, quince meses antes. El papel del director de bombardeo, organizando a los aviones atacantes por medio de radios VHF, era desde luego el mismo en el que él había sido pionero en el ataque contra las presas, pero el escenario era ahora mucho más grande y sofisticado. *Sir* Ralph Cochrane, comandante del 5.º Grupo, nunca explicó por qué autorizó a Gibson a volar de nuevo, aunque es razonable suponer que simplemente estaba harto de ser importunado por este joven siempre enfadado, que había pasado de ser la principal estrella del Mando de Bombardeo a una irritante molestia para sus superiores.

Eve Gibson llamó a Guy por teléfono aquella misma tarde, pero la reacción de él fue fría y a la vez preocupada: ¿por qué le llamaba? ¿Había pasado algo? Nada, respondió Eve, solo quería hablar. Gibson prometió que la llamaría a la mañana siguiente y luego colgó. Despegó de Woodhall Spa a las 19.30 h, con el jefe de navegación de la base, James Warwick, como su oficial de vuelo. A aquellas alturas de la guerra, las incursiones sobre el Ruhr no eran tan peligrosas como dos años antes: en el camino de vuelta podían estar en diez

minutos sobre Francia, volando por encima de los 3000 m para mayor seguridad; pero Gibson no estaba dispuesto a hacerlo y con su tozudez acostumbrada anunció que tenía toda la intención de regresar volando a baja altura.

El ataque del Mando de Bombardeo contra Rheydt fue un fracaso. Gibson, de acuerdo con el testimonio de varios pilotos que participaron en el bombardeo, se mantuvo perfectamente sereno sobre el objetivo, pero, según afirmaron, se notaba demasiado su inexperiencia como director de bombardeo. Media hora después de abandonar el blanco, alrededor de las 22.00 h, su avión se estrelló cerca de la ciudad neerlandesa de Steenbergen, por razones y circunstancias que nunca han sido esclarecidas. Algunos lo achacaron a su falta de experiencia como piloto de Mosquito, así como por haber transcurrido demasiados meses desde su último vuelo de combate. Muchos en el duro y brutal mundo del Mando de Bombardeo reservaron su simpatía para Warwick, el infeliz navegante que murió con él y, de hecho, más de uno en la base de Coningsby sugirió que fue una víctima de la egolatría de su jefe, no de los alemanes. Sea como sea, ambos hombres fueron enterrados uno al lado del otro. El único resto que se pudo identificar de Gibson fue una marca de lavandería en un calcetín. No había hecho testamento y dejó por toda herencia 2295 libras en una cuenta corriente y, por supuesto, el manuscrito de *Enemy Coast Ahead* . A la publicación del libro siguieron *The Dam Busters* (1952), de Paul Brickhill, que daba una visión extremadamente romántica de la operación y, en 1955, la película del mismo título. Ambas aseguraron la fama inmortal del 617.º Escuadrón y de su primer jefe, Guy Gibson.

La muerte de Gibson, en los compases finales de una dramática guerra mundial, no causó demasiada conmoción entre la opinión pública. Tantos habían muerto y tantos iban a morir que el fallecimiento de un joven piloto, por muy famoso que fuera, atrajo muestras de respeto por parte del público, pero no extraordinarias manifestaciones de duelo. Su canonización como un héroe de guerra aún estaba en el aire y es que habían sucedido demasiadas cosas desde el raid contra las presas. Es poco probable que, de haber salido ileso de la guerra, hubiera tenido una vida feliz. Mientras que la mayoría de los guerreros de los que hemos hablado en la primera parte de este libro fueron populares entre sus iguales, pero eran unos perfectos desconocidos para el resto del

mundo, Gibson había recibido la adulación de una nación agradecida por su talento y feroz determinación, que le convirtieron en un héroe nacional, más popular en su época que incluso las estrellas del deporte lo son en el presente. Ciertamente, poseía una gran madurez en su campo de especialidad, las operaciones de bombardeo, pero en su trato con el resto del mundo se comportaba como un individuo difícil e inmaduro. Muchos jóvenes héroes que alcanzaron la fama durante la guerra pasaron los años de paz refugiándose en los evanescentes recuerdos de sus hazañas juveniles. Su intolerancia, engreimiento y nula sensibilidad hacia los sentimientos de los demás le hubieran convertido en un tipo insoportable para las generaciones que crecieron en la paz. Tampoco es que hubiera estado mejor dotado para ejercer mandos superiores y es que las cualidades que son imprescindibles para un piloto no son las ideales para un general.

Gibson había entregado su juventud al servicio de su país en guerra; la RAF exprimió su talento todo lo posible antes de que muriese en acción, de la forma que las instituciones hacen con tantos y tantos jóvenes, incluso con aquellos que sobreviven. Harris creía que una vez el «Dam Buster» había cumplido su función, se había vuelto redundante. La sonrisa de Gibson que sirvió para seducir a tantas personas de uno u otro sexo ocultaba la tragedia de un hombre que solo sabía vivir para una cosa: combatir. A lo largo de la historia, muchos guerreros han encontrado consuelo en sus camaradas de armas, pero no él, que era un solitario de una especie que se ve pocas veces entre los pilotos de bombarderos, que normalmente reconocen su dependencia emocional de otras personas, al menos de los hombres de su tripulación. Es triste comprender la poca satisfacción que obtuvo de su fama, a pesar de todo lo que hizo por la Royal Air Force y por su patria. Si no hubiera sido por un estúpido accidente en Holanda, quizá aún viviera, pero es probable que esté más feliz observando su propia fama desde alguna atalaya en las alturas, como un héroe eternamente joven, que viviendo como un artrítico e intratable anciano condenado a acudir a docenas de reuniones de veteranos y asistir a funerales.

[1] N. del T.: Literalmente, revienta-presas. Hemos decidido dejar la expresión en el original inglés, ya que es icónica.

[2] N. del T.: *The Dam Busters* se estrenó en España en 1955 con el título *Misión de valientes.*

[3] N. del T.: Bombarderos bimotores de principios de la guerra. Fueron retirados del servicio en la RAF en 1942.

[4] N. del T.: En el original, *go for a Burton* , expresión algo vulgar aparecida por primera vez en 1941 y adoptada rápidamente por los pilotos de la RAF como eufemismo de caído en acción.

[5] N. del T.: Sapper era el pseudónimo de H. C. McNeile, que, en los años 1920-1930, publicó varias novelas de aventuras protagonizadas por el personaje epónimo de la primera, Hugh «Bulldog» Drummond, que se convirtió en el arquetipo del caballero aventurero de la época de entreguerras.

[6] N. del T.: Women Auxiliary Army Force [Fuerza Auxiliar Femenina del Ejército].

[7] N. del T.: La primera le fue concedida en 1942.

[8] N. del T.: Primera Conferencia de Quebec, con el nombre en clave de Quadrant. Una conferencia de alto nivel, secreta, entre los Gobiernos británico, estadounidense y canadiense (aunque este solo en el papel de anfitrión) para acordar las líneas generales de la invasión de Francia.

[9] N. del T.: Equivalente a teniente coronel en el Ejército del Aire español.

11
Un héroe de Hollywood

Hemos podido ver la misma escena en docenas de las películas de bajo presupuesto que se produjeron en las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial: en una colina acribillada a cañonazos, un G.I. [1] asoma la cabeza mientras un grupo de alemanes parecen rendirse, cuando, de repente, le pegan un tiro y su cuerpo sin vida rueda colina abajo hasta los brazos de su camarada, que le mira con atónita incredulidad; su rostro se congela en una mueca de fuerza y determinación y carga en solitario contra las posiciones alemanas, disparando y lanzando granadas hasta que el traicionero *kraut* es destruido; en ese momento, el soldado se queda quieto, aturdido y exhausto, mientras el resto de su sección avanza cautelosamente hasta alcanzar su posición, observándole con recelo, entre asombrado y horrorizado por un despliegue de valor suicida que ellos no pueden imitar.

Esta es, desde luego, una caricatura de la guerra, que ha sido representada centenares de veces por John Wayne y otros actores del cine de acción. En realidad, esta en concreto es el clímax de *Regreso del infierno* , [2] con Audie Murphy interpretando el papel del iracundo G.I. No era un gran actor, pero tenía la ventaja de contar con el aspecto del buen chico estadounidense que cumplió los anhelos de sus fans durante los veinticinco años que estuvo activo, sobre todo en *westerns* . Su actuación en *Regreso del infierno* era inexpresiva y unidimensional; en su papel de joven soldado podemos verlo observar los campos devastados por la batalla con la cara de disgusto que podría haber puesto un alumno modelo que ve su aula vuelta patas arriba por una panda de gamberros. En las escenas que suceden tras las líneas en mugrientos baruchos italianos de mala muerte, se mostraba tan incómodo como es probable que lo estuviera en la realidad. La banda sonora estaba dominada por melancólicos violines, mientras que los diálogos son una sucesión de clichés. Cualquier

crítico de cine hubiera preferido a Ronald Reagan, al que se le daban mucho mejor esta clase de películas cursis que a Murphy.

Hay, sin embargo, un profundo sentido de *pathos* en este filme, ya que está basado en su propia experiencia de combate. Es probable que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, Murphy tuviera diecinueve años, tal vez veinte, como mucho –su fecha de nacimiento no está clara y parece ser que fue falsificada para que se pudiera alistar siendo menor de edad–, pero, aun así, era el soldado estadounidense más condecorado del conflicto. Una y otra vez, ya fuera en Italia o en Francia, había demostrado su valor ante el enemigo; era un soldado de infantería nato, siempre ansioso de volver al frente incluso a pesar de que le habían herido en tres ocasiones. Durante un tiempo, sopesó la posibilidad de reengancharse y empezar una carrera como soldado profesional, pero al final abandonó la idea cuando su fama atrajo la atención de James Cagney, quien le llevó a Hollywood y lanzó su carrera cinematográfica. Sus memorias, publicadas en 1948 y elaboradas por un escritor profesional en la sombra, tituladas *To Hell and Back* , fueron un éxito de ventas, lo que indujo a los ejecutivos de Hollywood a producir la citada película, en la que se mostraba tan incómodo interpretándose a sí mismo. A pesar de toda su fama, nunca fue feliz, ni se sintió realmente satisfecho, ya que era demasiado consciente de sus limitaciones como actor y como persona. Es difícil no compadecerse de un hombre que habiendo hecho tanto por su país durante la guerra, fuera luego incapaz de encontrar el equilibrio emocional entre quien era realmente y la imagen que transmitían sus hazañas bélicas.

Murphy había nacido en el seno de una familia muy pobre de aparceros del condado de Hunt, en Texas, posiblemente en junio de 1925. Era uno de los nueve hijos que sobrevivieron a la infancia de un total de doce. Se sabe que fue escolarizado, al menos durante un tiempo, hasta que su padre, desesperado, abandonó a la familia. Sus compañeros de la escuela se burlaban de él y le llamaban «perneras cortas», ya que su único par de pantalones encogía debido a los constantes lavados. En cualquier caso, es seguro que abandonó el colegio al terminar la primaria y se dedicó a todo tipo de empleos ocasionales, como recoger algodón, vender periódicos o trabajar en una gasolinera. En 1941 su madre murió de un infarto, lo que hizo que la familia se dispersase entre los distintos orfanatos que acogieron a sus hermanos. Murphy había mostrado

interés desde muy pronto por el ejército, pues una de las pocas influencias positivas de su infancia había sido un veterano local de la Gran Guerra, que le había entretenido con sus historias bélicas. El Ejército de Estados Unidos era un refugio habitual para los jóvenes sureños que carecían de dinero o educación, por lo que, cuando América entró en la contienda en diciembre de 1941, intentó, sin éxito, alistarse primero en los Marines y luego en los paracaidistas, lo que tampoco es sorprendente, ya que solo medía 1,67 m y pesaba 51 kg. Por fin, en junio de 1942 consiguió ser aceptado en el Ejército, cuando contaba, en teoría, dieciocho años –o eso es lo que figura en su historial– pero, en realidad, tenía todavía diecisiete. Al terminar la instrucción básica en Camp Wolters, «Baby», como le apodaban sus compañeros, fue destinado a ultramar y se incorporó en febrero de 1943 como uno de los reemplazos de la Compañía B del 1.er Batallón del 15.º Regimiento de Infantería en el norte de África.

Hombre reservado durante toda su vida, siempre intentó mantener un férreo autocontrol, pero detrás de esa máscara estaba lleno de ira. Estuvo decidido a demostrar que era un buen soldado desde el mismo instante que se alistó; la sección [3] se convirtió en el centro de su vida, un lugar seguro al que realmente sentía que podía pertenecer; por primera y puede que por última vez en toda su vida, un grupo que sentía que era un hogar. Uno de los rasgos más distintivos de su servicio militar fue la férrea lealtad que sentía hacia el puñado de hombres con los que sirvió, y que incluso le llevó a rechazar oportunidades y ascensos con tal de evitar que le separasen de ellos. De hecho, nada más incorporarse a su unidad, un oficial al que le preocupaba ver a un chico tan joven y delgado en sus filas quiso que fuera asignado al mando de la compañía como mensajero en vez de como fusilero, pero el muchacho se negó en redondo. Murphy continuó sirviendo en la misma unidad desde el principio hasta el final, hasta llegar a ser casi el único superviviente de todos los hombres que había conocido cuando llegó a África.

Su primera experiencia de combate llegó unos meses después, durante la invasión de Sicilia, en julio de 1943. La mayoría de los hombres está preparada emocionalmente para cumplir las órdenes, pero no toma riesgos si no es absolutamente necesario. Murphy estaba hecho de otra pasta, siempre ansioso por participar en patrullas y por ocupar la posición de vanguardia en los

avances, lo que, unido a su evidente destreza con las armas, hizo que pronto ascendiese a cabo. Su regimiento pertenecía a la 3.ª División estadounidense, que desembarcó en Salerno y combatió varias feroces batallas en el río Volturno. En un enfrentamiento con tropas alemanas durante una patrulla nocturna se ganó los galones de sargento cuando, tras ser sorprendidos por los alemanes, dirigió a sus hombres hasta una cantera donde se pusieron a cubierto y, al ser perseguidos, organizó un eficaz grupo de fuego que mató a tres enemigos y obligó al resto a rendirse.

Poco antes de los desembarcos en Anzio, sufrió un brote de malaria que le mandó al hospital. Al recuperarse, el Ejército hizo ademán de mandarlo a otro regimiento como reemplazo, pero al igual que otros soldados en sus mismas circunstancias, se resistió con uñas y dientes hasta conseguir que lo enviaran de vuelta al 15.º Regimiento de Infantería, que en aquellos momentos estaba enzarzado en duros combates en la cabeza de playa. Murphy siempre quería estar en primera línea y llegó a ser conocido por su entusiasmo en cazar alemanes en solitario, acechándolos y matándolos siempre que podía encontrarlos. Ganó su primera Estrella de Bronce por el liderazgo demostrado durante una patrulla nocturna en la que destruyeron con cócteles molotov y granadas de fusil un carro de combate inmovilizado que los alemanes estaban intentando reparar. Sin embargo, un nuevo brote de malaria le volvió a mandar al hospital otros diez días, aunque logró recuperarse a tiempo para unirse al avance sobre Roma a finales de mayo de 1944. Le ofrecieron un ascenso por méritos de guerra, pero lo rechazó para no arriesgarse a abandonar a su sección, con la que compartió un decepcionante permiso en la capital italiana tras su liberación: «Vagabundeamos por Roma como fantasmas –escribió más tarde–, sin encontrar satisfacción en nada de lo que veíamos o hacíamos. Me sentía como un hombre al que le han perdonado temporalmente la vida; y no había alegría dentro de mí. No podíamos arriesgarnos a sentir esperanza hasta que la guerra hubiera terminado. Pensando en los hombres que estaban luchando en el frente, me sentía solo en las calles de Roma».

Era un joven serio, que no dudaba en asumir responsabilidades que otros menos dispuestos no deseaban tener. Siempre estaba preparado para afrontar la parte más dura del deber de cualquier soldado en combate: atacar al enemigo aun cuando la lógica y el instinto empujaban a los hombres más normales a

esconderse o a huir. Murphy afirmaba que él era tan vulnerable al miedo como sus camaradas, pero no hay quien se lo crea, aunque no cabe duda de que su excelente percepción táctica del campo de batalla le ayudaba a mantenerse sereno donde otros se dejaban llevar por el pánico. Tenía un don natural para percibir el flujo de la batalla y sabía cuándo era necesario sostener una posición hasta el último hombre, o si un avance era tan peligroso como sugerían el ruido y la furia del combate: «La experiencia ayuda. Pronto aprendes que una situación rara vez es tan negra como tu imaginación te hace creer. Siempre hay alguien que lo consigue».

Había aprendido a ser un luchador y a reprimir sus emociones, es posible que para compensar su baja estatura; en una ocasión, le dijo a una enfermera del Ejército: «No soy de los que lloran», y no hay motivos para no creerle. Tenía una lealtad casi obsesiva a los hombres de su sección: «Mientras haya un hombre en la línea, creo que mi puesto está con él, a su lado». A pesar de su poco impresionante físico, Murphy tenía una autoridad natural, reforzada por sus fríos y penetrantes ojos; se sentía cómodo usando todo tipo de armamento y, al contrario que le sucede a otros ciudadanos soldado, que raramente usan sus fusiles en combate y cuando lo hacen no suelen hacer otra cosa que ruido, «Murph» no tenía problemas en disparar a matar y además sabía hacerlo con eficacia. Los hombres de su sección tenían sentimientos encontrados, como suele sucederles a todos los soldados cuando tratan con un fanático: respetan su valor pero al mismo tiempo temen que sea demasiado peligroso para el bienestar del resto.

Murphy era un solitario que rara vez recibía cartas cuando se repartía el correo, ya que tampoco es que hubiera muchas personas que se molestasen en escribirlo. Era la clase de soldado que gusta a los mandos, pues son los que necesitan para ganar batallas. Como escribió un oficial americano de la Segunda Guerra Mundial: «[Solo] unos pocos tipos ejecutan el ataque, y el resto hace como que participa y alcanza el objetivo después de que lo hagan todos los demás». Otro veterano, el coronel William DePuy, también reconocía esta verdad fundamental del combate de infantería: «Las personas normales, es decir nueve de cada diez, no tienen instinto para el campo de batalla, no lo disfrutan, y no actuarán por su propia voluntad salvo que les den órdenes directas». Audie Murphy era ese uno entre diez, tal vez incluso entre mil, como

era obvio para todos los que le habían visto en acción, si bien, como observó con cierta ambigüedad un oficial de la 3.ª División que lo conoció, el joven héroe «no era el tipo más querido del mundo», una reacción que es más habitual de lo que podríamos imaginar hacia aquellos soldados, marinos o aviadores que sus camaradas ven como un «cazador de chapas». La actitud de Murphy hacia el combate posiblemente despertaba entre sus compañeros la misma clase de inquietud que la de Guy Gibson generó entre los hombres de su escuadrón de la RAF.

El 15 de agosto de 1944, el día de los desembarcos en el sur de Francia (Operación Anvil), el lampiño sargento ganó una Distinguished Service Cross (Cruz de Servicios Distinguidos) durante una acción en las cercanías de Ramatuelle, al atacar una colina ocupada por los alemanes. Tres horas después de haber salido de la playa al sur de Saint-Tropez, su batallón se vio frenado en seco por las ametralladoras alemanas desplegadas en aquella altura, de modo que se destacó a la sección de Murphy desde la reserva para que encontrara una nueva línea de aproximación, pero pronto quedó inmovilizada por el fuego alemán. Murphy se dio cuenta de que la posición enemiga estaba fuera del alcance de los fusiles estadounidenses, por lo que decidió bajar la colina hasta una sección de armas pesadas y coger prestada una ametralladora del calibre .30; luego volvió a subir la colina acompañado del soldado Lattie Tipton y, tras elegir una posición de disparo, abrió fuego y abatió en rápida sucesión a dos de los defensores. En cuanto gastó la única cinta de munición que había llevado con la ametralladora, él y Tipton cargaron y capturaron una de las posiciones alemanas a base de granadas y fuego de fusilería. En ese momento, uno de los soldados alemanes que se encontraba en un pozo de tirador próximo agitó una bandera blanca con intención de rendirse, pero cuando Tipton se incorporó para aceptar la rendición lo mataron inmediatamente de un disparo. Enfurecido por la muerte de su mejor amigo en el Ejército, cogió una MG 42 [4] alemana y cargó por la ladera, disparando y lanzando granadas con su mano libre hasta que, una por una y totalmente solo, destruyó todas las posiciones alemanas, matando a trece enemigos. El resto de la sección, que mientras tanto había estado pasivamente observando el ataque de Murphy a pesar de sus insultos e invectivas para que lo apoyasen, avanzó entonces y ocupó la cresta.

Después de meses de estancamiento, primero en el barro en el río Rapido y luego en las arenas de la playa de Anzio, los soldados norteamericanos que invadieron el sur de Francia disfrutaron del frenético avance a lo largo del valle del Ródano. Murphy escribió: «Experimentamos un gran regocijo, porque no hay nada mejor para la moral del soldado de infantería que avanzar». A finales de agosto, un trozo de metralla que le rozó el talón le costó dos semanas en el hospital. Para entonces, todos los hombres de su sección, con los que había compartido horas de camaradería y combate en África e Italia, habían muerto o habían resultado heridos. No fue capaz de forjar una relación tan próxima con los que los reemplazaron, que le veían como un hombre que combatía su propia guerra: «Tantos hombres han ido y venido que ya no soy capaz de llevar la cuenta […] me he aislado todo lo que he podido, solo deseo hacer mi trabajo y que me dejen en paz. Me siento quemado, emocional y físicamente exhausto. No me importa que la colina esté sembrada de cadáveres siempre y cuando no tenga que ser yo quien dé la vuelta a los cuerpos y me encuentre con el familiar rostro de un amigo». Pocos días después de reincorporarse a su unidad, se puso al frente de una patrulla que cayó en una emboscada alemana que la dejó clavada al terreno; Murphy se arrastró hasta el flanco de la posición y luego cargó en solitario contra el destacamento enemigo, destruyéndolo. Por esa acción recibió una Estrella de Plata y, tres días más tarde, volvió a ganar otra en una acción muy similar cuando, después de que varios de sus hombres cayeran muertos en una emboscada, avanzó hasta una posición en la que podía observar las defensas alemanas y, desde allí, dirigió el fuego de los morteros y la artillería contra estas hasta que el enemigo se retiró tras sufrir fuertes pérdidas.

Resulta tentador sugerir que el Ejército había encontrado en Murphy a un héroe como el de los cómics, así que le concedía medallas con extravagante entusiasmo; otros soldados que también se comportaron de forma excepcional en el campo de batalla no fueron recompensados con tanta generosidad, o incluso sus hazañas pasaron desapercibidas. Lo cierto es que, aunque no se puede negar que la 3.ª División fue una formación de choque que pagó un alto precio por estar continuamente en acción, también fue inusitadamente generosa con las recomendaciones: el 11,6 por ciento de las Medallas de Honor del Congreso concedidas al Ejército durante la Segunda Guerra Mundial les fue otorgada a hombres de la 3.ª División. Sin embargo, tampoco puede

dudarse de que Murphy mereciera las condecoraciones que recibió. Si los Ejércitos británico y estadounidense en Europa tuvieron un problema crónico fue la poca agresividad que mostraban sus formaciones de infantería; era habitual que los soldados de Eisenhower se detuvieran para solicitar apoyo de artillería y morteros, deteniendo un avance durante horas o incluso días en cuanto se topaban con fuerzas enemigas, incluso contra destacamentos de escasa entidad, en vez de lanzar un asalto decisivo y aceptar las bajas. Por el contrario, el sargento Audie Murphy una y otra vez ofrecía demostraciones directamente extraídas del manual de infantería que, si hubieran sido más frecuentes, habrían ganado la guerra meses antes. ¿Quién puede sorprenderse de que los altos mandos quisieran destacar sus méritos? ¿O quién puede negar que su valentía mereciera los aplausos que recibía?

Al final, Murphy aceptó un ascenso por méritos de guerra y se convirtió en el oficial al mando de la sección en la que había servido desde el norte de África. El 26 de octubre recibió una severa herida en la cadera por el disparo de un francotirador. De esta manera, sufrió su herida más grave por sorpresa, en una situación en la que sus habilidades como soldado eran inútiles; como suele suceder con tanta frecuencia en la guerra, simplemente se había agotado su suerte. Transcurrieron varias horas hasta que por fin llegó a un hospital de campaña, por lo que la herida se infectó, de modo que tuvo que pasar los siguientes tres meses soportando dolorosos tratamientos y recuperándose y eso gracias a que pudo ser tratado con penicilina. «Estos *krauts* son ahora mejores tiradores de lo que solían ser, o es que mi suerte se está acabando –escribió con tristeza desde su cama–. Supongo que algún día me pillarán bien pillado».

Murphy podría haber solicitado que le repatriaran a Estados Unidos con sus heridas y sus medallas pero, en vez de eso, en enero de 1945 estaba de vuelta con su batallón en Alsacia, en la batalla de la bolsa de Colmar. El 26 de enero se encontró al mando de toda la Compañía B, después de que los demás oficiales hubieran caído muertos o heridos en infructuosos ataques contra las posiciones alemanas. El 15.º Regimiento de Infantería se preparaba una vez más para avanzar cerca de la población de Holtzwihr cuando los alemanes lanzaron un contraataque con tanques e infantería. Murphy ordenó a sus hombres, ampliamente superados en número, que se retirasen, pero él permaneció en su puesto para dirigir el fuego de la artillería. Mientras los

alemanes avanzaban, el teniente divisó un chamuscado cazacarros M10 que su dotación había abandonado tras sufrir varios impactos por avanzar de forma imprudente, a pesar de que Murphy les había advertido de la presencia del enemigo. Sin embargo, vio que la ametralladora del calibre .50 montada en el M10 seguía cargada y operativa, por lo que subió al vehículo y abrió fuego contra la infantería alemana que avanzaba (después de la acción se encontraron varios cadáveres enemigos a pocos metros de su posición); Murphy sostuvo el fuego durante una hora, rodeado por las llamas del M10, que había recibido otros dos proyectiles alemanes y a pesar de haber resultado herido en una pierna por las esquirlas de las explosiones. Solo cuando se agotó la munición se retiró para reunirse con los hombres de su compañía, que habían seguido estupefactos su actuación desde la relativa seguridad de un bosque a 180 m detrás. Murphy dirigió entonces a los supervivientes contra los desmoralizados y maltrechos alemanes, que emprendieron la retirada. En ese instante, agotado por la pérdida de sangre, perdió el conocimiento. Por el episodio de Holtzwihr fue condecorado con la Medalla de Honor del Congreso, junto con la Legión del Mérito por sus acciones a lo largo de la campaña.

A pesar de su juventud, el éxito no se le subió a la cabeza y, después de enterarse de que lo iban a condecorar con la Medalla de Honor del Congreso, escribió a casa: «Puesto que ya no les quedan más medallas que concederme, tendré que tomármelo con calma durante un tiempo». Tampoco es que el Ejército quisiera darle una nueva oportunidad de arriesgar su vida, ya que se consideraba al teniente Murphy demasiado valioso para servir en una compañía de fusileros. Después de un permiso en París, y para su disgusto, el resto de la campaña la pasó como oficial de enlace y, aunque con frecuencia encontraba alguna excusa para acercarse al frente, la guerra ya estaba casi ganada y no le iban a permitir volver a combatir.

Murphy era el epítome del héroe americano. Tras el Día de la Victoria en Europa, el Ejército y la prensa se lanzaron con entusiasmo a celebrar sus hazañas; la revista *Life* lo sacó en portada, mientras que los periódicos proponían absurdos cálculos de la cantidad de alemanes que había matado, herido o capturado él solo. Los Gobiernos europeos añadieron sus propias guirnaldas a la simbólica colección del libertador estadounidense y el teniente Murphy fue autorizado finalmente a lucir veintiocho medallas. El 10 de junio

de 1945 fue repatriado a Estados Unidos desde París, lo que lo convertía en uno de los primeros soldados estadounidenses en volver al hogar. Pero ¿qué era el hogar? Había abandonado el Estado de la Estrella Solitaria [Texas] menos de tres años antes como un don nadie que prácticamente no tenía amigos. «¿Quién habría imaginado que *Shorty* iba a ser otra cosa que otro chaval de Texas?», reconoció un antiguo conocido. Murphy no se sintió cómodo con la forma en la que las dos poblaciones donde había nacido y crecido, McKinney y Greenville, que tan solo tres años antes habían despreciado a aquel huérfano medio harapiento, ahora se peleaban por él. Todo el mundo quería conocer y cantar las alabanzas del tan bien parecido como tímido héroe. En una ocasión que se acercó a una barbería para que le cortaran el pelo, una muchedumbre se reunió en el exterior para observar fascinada a través de los ventanales al joven héroe.

En este punto podemos detenernos para considerar el viejo problema: ¿Y ahora qué hacemos con el héroe que vuelve a casa? Murphy no tenía educación y es posible que tampoco una gran inteligencia; la mayoría de los hombres junto con los que había luchado –y tal vez amado– estaban muertos. Es cierto que no tenía vicios, pero lo único que sabía hacer era combatir y, por si fuera poco, las constantes molestias que le provocaba la herida de la cadera no hacían muy probable que pudiera continuar una carrera militar, incluso si encontraba nuevos enemigos a los que matar. Tampoco tenía las cualidades necesarias para ascender, por ello, el 21 de septiembre de 1945, el famoso Audie Murphy fue licenciado con honores, pero sin tener ni residencia ni un futuro más o menos claro.

Fue la fotografía de la portada de *Life* la que convenció a la superestrella James Cagney de que este chico podía aparecer en las películas: «Me di cuenta de que Audie podía ser fotogénico desde cualquier ángulo y pensé que un tipo con la motivación suficiente para llegar lo lejos que llegó él durante la guerra tendría el empuje necesario para ser una estrella». Al principio, ignoró el telegrama que le envió Cagney desde Hollywood para acordar una entrevista, pero, al final, terminó cediendo. Cuando por fin se encontraron, la estrella –que tenía exactamente su misma estatura– quedó entusiasmada: «¡Dignidad interior! No del tipo que viene impuesta desde fuera. Connotaciones espirituales. Se parece a un Huckleberry Finn adulto. No, no adulto en

realidad. Hay algo en esos ojos que es viejo como la muerte y a la vez joven como la primavera». Cagney firmó un contrato personal y empezó a pagarle un sueldo al joven pero adusto veterano, mientras pasaba el tiempo estudiando a su hombre para decidir qué tipo de actor podría ser. Durante un año, Murphy se alojó en la casa de huéspedes de Cagney en Beverly Hills. La estrella decidió prescindir de cualquier enseñanza formal, aunque empleó a un profesor de baile para que le enseñara a caminar con elegancia. Comprobó que Murphy tenía una excelente memoria y notables poderes de observación, pero no mucho más. Le convenció, a pesar de su reluctancia, a leer en alto en una habitación vacía, para reforzar su voz. El granjero de Texas encontró todo este esfuerzo bastante desalentador y estuvo tentado de tirar la toalla en más de una ocasión. Sabía que nunca podría ser un buen actor: «James Cagney está intentando enseñarme acerca del negocio, pero me temo que no tiene mucho material con el que trabajar», escribió a un amigo. La estrella y su protegido finalmente discutieron y siguieron caminos separados, por motivos que ninguno de los dos reveló jamás y que son tema de especulación. Todos sabían en Hollywood que Murphy tenía muchos demonios personales con los que lidiar, aunque la mayoría creía que derivaban de su experiencia bélica. Muchos chismorreaban acerca de su manía de dormir siempre con una pistola debajo de la almohada y es lógico que hubiera cotilleos, ya que se sabía que en más de una ocasión se había despertado disparando contra un espejo o un armario en medio de una pesadilla. No cabe duda de que Murphy tenía esos demonios, pero no es tan obvio que algunos de ellos no fueran anteriores a la guerra.

Resignado a intentar tener éxito en Hollywood, intentó acudir a clases de arte dramático, pero abandonó disgustado por lo que percibía como tendencias izquierdistas que encontró allí. Representantes de todo tipo de causas políticas intentaban en vano reclutar al héroe en su propio beneficio. Murphy no fue capaz de tomarse en serio ejercicios de interpretación tales como imaginar que estaba cosiendo un par de guantes también imaginarios. Adoptó la acostumbrada panacea de Beverly Hills para lidiar con el trauma: visitar a un psiquiatra. Cuando le preguntaron qué tal habían ido las sesiones, respondió con lacónico ingenio: «Se fue a visitar a *su* psiquiatra». El aspirante a actor se relacionó con un guionista alcohólico con pretensiones de intelectual llamado David «Spec» McLure, que se convirtió en su mentor cultural y que le ayudó –

con escaso éxito– a adquirir una educación por sí mismo. La mayor parte de la gente que conoció a Audie sabía que era un desastre psicológico de proporciones épicas. Su esposa, Wanda Hendrix, una bella actriz principiante cuya carrera se hundió mientras la de él prosperaba, contó que le había dicho que veía la cara de su padre en cada alemán que había matado, que siempre estaba tenso y que tenía constantes molestias estomacales. Llegó a comprender que era un alma melancólica, atormentada: «El peor defecto de Audie es su pesimismo», dijo ella. Murphy no tenía un sistema de valores que le fuera propio, ni demasiada confianza en sí mismo, lo que le hacía ser muy circunspecto a la hora de tratar con las personas, tanto con mujeres como con hombres. Todos los que le conocían bien se daban cuenta de su melancolía crónica, de que era una bomba de relojería siempre a punto de explotar, como la vez que, en medio de una de sus pesadillas nocturnas, se cargó un interruptor a tiros, o como cuando se enzarzaba en peleas a puñetazos con cualquiera que fuera lo bastante imprudente como para desafiarlo. Su esposa llegó a verle en varias ocasiones con una pistola cargada metida en la boca. «Jugaba con la muerte como si fuera una broma», contó Hendrix a Spec McLure. Nadie se sorprendió cuando se divorciaron en 1950.

Sin embargo, tenía dos cualidades que podían, y de hecho lo hicieron, hacerle llegar muy lejos en el Hollywood de las décadas de 1940 y 1950: carisma y apariencia física. Rápidamente pasó de tener un papel secundario en un drama judicial de 1948, ambientado en West Point, *Código de honor* (*Beyond Glory*) –«tenía ocho palabras en el guion, siete más con las que me podía apañar»– a otros más importantes. En 1949 protagonizó *Juramento cumplido* (*The Kid from Texas*), en la que interpretaba a William Bonney, Billy el Niño. Su papel le convenció de que su futuro estaba en los *westerns* («de vaqueros», en la jerga del gremio). Tenía las dotes necesarias para convencer a la audiencia de que era, de hecho, el pistolero solitario de leyenda. Irónicamente, aunque era un chico de Texas, carecía de una habilidad esencial para poder hacer una carrera como vaquero en la pantalla, que era aprender a montar a caballo, y es que durante su infancia en el condado de Hunt no había tenido nunca dinero para caballos. Además, sus heridas de guerra le molestaban constantemente: estaba incómodo en la silla de montar y le dolían especialmente cuando tenía que simular una caída, pero en este caso su férrea

fuerza de voluntad le ayudó a superar todos los obstáculos y llegó a convertirse en un buen jinete. De hecho, cuando su doble se rompió la clavícula el primer día de la filmación de la película de Billy el Niño, Murphy grabó él mismo casi todas las escenas de acción.

Willard Willingham ocupó más adelante el puesto de doble de acción de Murphy cuando se requería y llegó a ser también su asistente personal y su mejor amigo. Willingham contó más tarde que: «Era bastante raro en aquella época. Era difícil para todo el mundo». Un hombre cortés por naturaleza que rechazaba las groserías y no tenía paciencia con la gente que ofendía su sentido del decoro, especialmente en lo que se refiere a las palabrotas. En ocasiones se le podía oír echando rapapolvos a los miembros del equipo de grabación a los que se les escapaba alguna en el plató. Los que trabajaron con él aprendieron a ser prudentes ante su temperamento explosivo. Murphy trabajó en unos cuarenta *westerns* y, a pesar de sus limitaciones como actor, se convirtió en una estrella. «Audie podía aprenderse sus líneas y colocarse en la posición adecuada. Cualquier otra cosa acerca de actuar era un misterio para él», comentó un compañero de profesión. Los críticos pusieron de relieve que nunca podría ser un actor de reparto convincente, ya que en la pantalla siempre parecía exactamente lo que era: un hombre aislado, un solitario. Incluso cuando tenía que aparecer en medio de un grupo de vaqueros en la pantalla, Murphy siempre parecía estar al margen, nunca resultaba creíble como miembro de una banda. Sin embargo, ninguna de esas carencias parecía importarle a un público que idolatraba al apuesto joven de mirada firme, herida, cuyas hazañas bélicas nunca olvidaron. Cualesquiera que fueran sus otras inseguridades, estaba lo bastante convencido de su propio coraje personal como para que no le importara representar el papel de un cobarde en el celuloide. Su fama creció aún más cuando en 1949 se publicaron sus memorias de guerra, escritas en realidad por Spec McLure.

Las gestas militares recogidas por Murphy en *Regreso del infierno* forman parte del registro histórico. Sin embargo, la mayor parte del libro son supuestos diálogos entre el soldado y su sección. Siempre será materia de especulación en qué medida están dramatizados. El tono es medio creíble, pero el texto atribuye a Murphy, el joven soldado de infantería, poderes de reflexión que suenan a falso. El libro está repleto del tipo de lugares comunes que sugieren

que es la voz de McLure en vez de la de Murphy la que estamos escuchando. No era un Frederic Manning, aunque ambos autores lucharon, y perdieron, amargas batallas con unos editores a los que no pudieron convencer de que un diálogo entre soldados no podía ser creíble si no incluía blasfemias y obscenidades. Murphy nunca renegó del libro –¿y cómo podría haberlo hecho?–, pero fue abiertamente crítico con la película que estaba basada en él, que consideraba como una traición a los soldados con los que había servido. Es absurdo pensar que nadie pudiera haber recreado de forma convincente en una pantalla las acciones que él mismo había ejecutado en el campo de batalla. Se avergonzaba del texto incluido por el estudio en los carteles de la película: «Un chico demasiado joven para afeitarse […] pero lo bastante mayor como para ganar cada medalla que su país podía darle». En el Hollywood de aquella época se esperaba que los hombres muriesen en pantalla sin sangre, pero Murphy recordaba de forma demasiado vívida la realidad del campo de batalla: miembros amputados, torsos mutilados, huesos al aire e intestinos colgando. Intentó en vano que endurecieran los expurgados diálogos del guion. Comprendía, como los cineastas no tenían ningunas ganas de entender, que el coraje en la guerra sucede contra un trasfondo de sordidez y sufrimientos casi ilimitados. La indiferencia que muestra en la pantalla como estrella de *Regreso del infierno* apunta al disgusto que sentía por todo el proyecto y que fuera del plató reconocía abiertamente.

El papel del que siempre estuvo más satisfecho fue el de Fleming, otro joven soldado, en la película de 1951 de John Huston *La roja insignia del valor* (*The Red Badge of Courage*) basada en la novela de Stephen Crane. A la crítica no le impresionó la película, pero Murphy –a quien Huston había insistido en contratar, en contra de los firmes deseos del estudio, MGM– fue capaz de interpretar a un soldado de la Guerra de Secesión americana que sufría experiencias tan angustiosas como las que él había padecido, con una convicción que no había conseguido transmitir cuando se interpretó a sí mismo. Su carrera como actor, si no como estrella, estaba viciada por su resistencia a la simulación, o al menos al autoconocimiento. Su personalidad estaba demasiado anclada en un doloroso, tal vez hasta exagerado, sentido de la realidad que le impedía sumergirse de forma convincente en las fantasías articuladas por los directores y guionistas. Tampoco es que se hiciera querer

con su patente desprecio hacia aquellos actores que no habían servido en uniforme a su país; muchos de ellos, lógicamente, respondieron en especie y le dieron de lado. Kirk Douglas, por ejemplo, pensaba que Murphy era un «pequeño matoncete», mientras que con Tony Curtis llegó a tener una bronca tan fuerte que nunca volvieron a dirigirse la palabra. Reservaba su admiración para los pocos actores como James Stewart, Lee Marvin o Clark Gable que habían combatido por su patria.

Tras separarse de Wanda Hendrix, Murphy le dijo a Spec McLure que viviría como un ermitaño: «Seré la versión pobre de Howard Hughes». Cuatro días después de conseguir los papeles de su divorcio, sin embargo, se casó con una chica texana llamada Pamela Archer, con la que tuvo dos hijos a los que adoraba, aunque la pareja no tardó en vivir separada. Murphy se embarcó en una sucesión de ligues ocasionales, un pasatiempo familiar para las estrellas de Hollywood, pero que él persiguió con una despreocupación casi inhumana. Pasaba mucho tiempo solo, incluso en los platós. Un actor que trabajó con él en *Imperio de audaces* (*Gun Fight At Comanche Creek* , 1963) y en *El forajido de Arizona* (*Arizona Raiders* , 1965) dijo: «Siempre parecía como si prefiriera estar en cualquier otro sitio». Su desprecio hacia sus habilidades interpretativas nunca disminuyó, pero desarrolló la suficiente confianza en sí mismo y éxitos de taquilla como para imponer sus deseos en el plató. En una ocasión se puso en ridículo declarando que quería dar un paso más allá e interpretar adaptaciones cinematográficas de las obras de Ibsen y Dostoyevski. Lo más cerca que estuvo de intentar tales hazañas fue como antagonista de Michael Redgrave en una desastrosamente desacertada producción de 1957 de la novela de Graham Greene *El americano impasible* (*The Quiet American*). La mayor parte de la película fue filmada en Vietnam, que disfrutaba de un intervalo de relativa tranquilidad entre el enfrentamiento de los franceses con el Vietminh y el de los estadounidenses con el Vietcong. Por entonces, Murphy ya estaba en la treintena y era bastante más viejo en experiencia, pero ridículamente joven en apariencia. Ni él ni Redgrave habían sido las primeras elecciones para sus respectivos roles, que se habían pensado en un inicio para Montgomery Clift y Laurence Olivier. A Redgrave, un veterano actor británico que representaba los estándares más elevados de su profesión tanto en la pantalla como en el escenario, le parecía horrible la idea que Murphy tenía de la actuación, después

de escuchar al texano encogiéndose de hombros mientras decía: «Es mejor que cosechar algodón». Murphy, por su parte, no tenía ni idea de la reputación de Redgrave y, evidentemente, le traía sin cuidado aquel inglés bisexual. No disfrutó de las semanas que pasó en la densa, calurosa y húmeda Saigón. Tuvo una apendicitis, por la que fue rápidamente evacuado a un hospital en Hong Kong y supuso un grave retraso en la producción. Una escena de la película le exigía cargar con un herido Redgrave para escapar de un tiroteo en unos arrozales. Con su complexión menuda y sus heridas de guerra, la experiencia de tener que sostenerlo fue una agonía, que empeoró aún más cuando se decidió que había que volver a rodar la escena de nuevo.

Durante su convalecencia por la operación de apendicitis, cometió el grave error de leer la novela de Graham Greene en la que estaba basada la película. Irritado por su despectivo antiamericanismo, estuvo tentado de abandonar el rodaje. Murphy era un patriota al que le molestaba el cinismo del novelista. «Greene nunca ha conocido a un americano real, me parece. Cree que un tipo que va a Harvard y vive en Boston es un americano auténtico ¿Has conocido alguna vez a alguien de Boston que haya ido a Harvard? Todo el mundo viene de algún sitio, pero…». En Saigón, Murphy se sintió profundamente disgustado por el ejército de pequeños mendigos que pululaba por las calles. «Siempre hay niños –le dijo a Spec McLure, con tristeza, recordando Nápoles y Roma–. Los niños crecen para ser soldados. Y entonces alguien junta a todos los soldados y declara una guerra. Así que los soldados se mutilan y matan unos a otros hasta que uno de los lados grita "¡casa!". Entonces, la gente tañe las campanas, sopla los silbatos y habla de lo maravillosa que es la paz, por un rato. Pero luego vienen más niños, nuevos soldados, nuevas guerras». Aunque tal vez sean opiniones triviales, no cabe duda de que eran sinceras.

Las secuencias de interiores fueron grabadas en Roma, desde donde Murphy aprovechó para visitar Anzio varias veces, el escenario de algunas de sus experiencias bélicas más brutales. Su esposa Pamela, con quien parece que no había hecho ningún esfuerzo por contactar durante sus meses en Asia, le acompañó a Anzio. El rodaje de *El americano impasible* terminó el 5 de junio de 1957, casi trece años justos después de que Murphy entrara en Roma por primera vez como un joven G.I. Tenía treinta y dos años, o treinta y tres, de acuerdo con su historial militar. Su carrera cinematográfica ya había empezado

a ir cuesta abajo, aunque todavía aguantó unos pocos años más. Apareció en cuarenta y cuatro películas, pero no ahorró nada del dinero que ganó con ellas. Era crónicamente descuidado, de hecho temerario, con sus finanzas, un jugador habitual y desafortunado y tuvo que declararse en quiebra después de que fracasara un negocio que había emprendido.

Murphy se encontró totalmente fuera de lugar en el nuevo mundo de la década de 1960, especialmente en lo que se refiere al movimiento de protesta contra la Guerra de Vietnam. Él mismo era un producto de una era pasada, con una ética distinta, en la que los actos de cualquier hombre decente estaban dirigidos por su lealtad a las causas que defendía su país. Su reputación quedó en entredicho cuando el teniente William Calley de la División Americal, [5] el oficial acusado por la matanza de Mỹ Lai en 1968, testificó después de que sus atrocidades fueran hechas públicas: «Pensábamos que podíamos ir a Vietnam y ser Audie Murphy. Patea la puerta. Entra en la choza, dispara una buena ráfaga, mata. Y logra una buena tasa de muertes en Vietnam». Para aquellos que le apreciaban, ya era bastante embarazoso que un soldado como Calley le pusiera como ejemplo, pero el hecho fue todavía más grave cuando el propio Murphy afirmó con convicción que no creía que Calley fuera culpable de nada más grave que de un error de juicio militar. Las hazañas de la heroica estrella de las que América había estado tan orgullosa, la matanza de alemanes en cantidades industriales, por la que le habían premiado con un pecho lleno de condecoraciones y el aplauso de su país, inspiraban reacciones mucho más contradictorias entre las nuevas generaciones. ¿Qué clase de hombre era aquel, que podía arrebatar una vida tan tranquilamente si se lo pedía su país y que, en apariencia, no mostraba ningún rechazo al sangriento trabajo del soldado? Murphy tuvo que enfrentarse a más publicidad embarazosa en 1970, cuando fue acusado de homicidio en grado de tentativa contra un entrenador de perros al que supuestamente había disparado con una pistola. Fue absuelto por falta de pruebas, pero cuando los periodistas le preguntaron a la salida de los juzgados si de verdad había disparado contra el hombre, respondió desafiante: «Si lo hubiera hecho, ¿creen que hubiera fallado?». Todo el mundo sabía que, fuera cual fuera la verdad en aquel incidente, la estrella tenía una siniestra y poco saludable obsesión con las armas de fuego. Así, por ejemplo, sus relaciones con los ejecutivos del estudio, nunca cordiales, empeoraron cuando

se corrió la voz acerca de un comentario que hizo en la década de 1960 durante una visita a los de la Universal para discutir los detalles de una nueva película. Mientras estaba observando pensativo a un grupo de ejecutivos del estudio, alguien le preguntó qué es lo que pasaba por su cabeza. Respondió: «Solo estaba pensando que con una granada de mano, una persona podría deshacerse de todos esos bastardos sin talento de un solo golpe».

Murphy nunca consiguió cumplir su ambición, que había expresado con frecuencia, de poder encontrar algún medio de seguridad financiera que no pasara por tener que hacer películas de vaqueros de tercera categoría. Para finales de la década de 1960, la era de los *westerns* de serie B estaba pasando y lo mismo sucedía con el atractivo de Murphy para la taquilla. El 28 de mayo de 1971, con cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, se mató en un accidente de avioneta en Roanoke, Virginia, cuando el aparato en el que viajaba se estrelló en medio de la niebla. Es difícil creer que Murphy hubiera pensado que la muerte le estaba arrebatando nada que él considerara valioso. Su suntuoso funeral en el Cementerio Nacional de Arlington ignoró los deseos que había expresado en su testamento en 1965 de ser enterrado sin ceremonia y sobre todo sin presencia militar: quería descansar en cualquier sitio menos en Arlington, dijo, pero incluso si la relación de Estados Unidos con su antiguo héroe ya no era la que había sido, a su muerte la nación estaba decidida a reclamar a Audie Murphy como de su propiedad.

Spec McLure recordaba una conversación que mantuvo con él en los años cincuenta, en la que dijo: «Tengo un odio mortal al miedo. Me tiene agarrado por la garganta, y yo le tengo agarrado a él por la garganta. Hemos estado peleando muchos años. Y todavía no sé quién ganará la batalla. Pero ese mismo odio al miedo me ha empujado a hacer un montón de cosas que nunca me he molestado en explicar y que nadie entiende. El miedo es una mancha en los procesos mentales, paraliza la capacidad del individuo para actuar. No soy valiente. Simplemente actúo primero y pienso después». Incluso si aceptamos que McLure estaba embelleciendo las palabras de Murphy, los sentimientos que expresan suenan muy reales. Muchos hombres que se comportan con valentía en la guerra lo hacen porque temen sucumbir al miedo más de lo que temen morir. Murphy, al igual que les sucede a muchos de esos hombres tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, se pasó toda su vida peleando

contra él mismo. Lo que le faltaba de autoestima, le sobraba de fuerza de voluntad y de una furia interior que lo acompañó a todas partes. Lo único que sabía hacer bien era combatir, por ello, cuando terminó la guerra, se encontró perdido. El capitán Ian Fraser, de la Royal Navy, que ganó una Cruz Victoria en la Segunda Guerra Mundial, observó sabiamente: «Un hombre está entrenado para la clase de trabajos que pueden hacerle ganar una Cruz Victoria. No está entrenado para lidiar con lo que viene después».

No encontraba satisfacción en el estrellato cinematográfico. Era como si se odiase a sí mismo por aceptar las humillaciones de la vida de Hollywood a cambio de fama, dinero y un ilimitado suministro de chicas guapas. Se veía a sí mismo como una atracción de feria, el héroe de guerra al que exhibían ante un público depredador e invasivo de una forma que poco se diferenciaba de como habían hecho con el Hombre Elefante casi un siglo antes. A pesar de la miseria de su infancia, es probable que hubiera sido más feliz de haberse convertido, después del conflicto, en un simple ciudadano desconocido en alguna población como la de su niñez, en vez de como estrella de Hollywood. Puede que James Cagney no le hiciera ningún favor a Murphy con su mecenazgo en 1945. Otros hombres que también fueron distinguidos por sus hazañas militares consiguieron adaptarse al volver a la vida civil sin ninguna pretensión ni drama. El soldado británico más joven condecorado con la Cruz Victoria durante la Primera Guerra Mundial era un jardinero, que regresó a casa en 1918 para pasar el resto de su vida entre flores y frutas. Por el contrario, la experiencia del estrellato en Hollywood casi destruyó la frágil autoestima de Audie Murphy. Era un soldado de infantería inigualable y un combatiente que merecía lo mejor que su país podía ofrecerle por sus servicios en tiempo de guerra, pero al que la fama convirtió en una figura trágica. Puso en evidencia su falta de otras virtudes indispensables para poder tener una vida normal en tiempo de paz. La historia de Murphy puede servir de aviso a navegantes para cualquier lector moderno que pueda sentir envidia por aquellos que experimentan las emociones y las aventuras ofrecidas por la guerra.

[1] N. del T.: El sentido habitual de las siglas G.I. es «propiedad del Gobierno» (*Government Issue*), la forma coloquial con la que se conocía (y se conoce) al soldado raso de infantería estadounidense.

[2] N. del T.: El título original de la película era *To Hell and Back* (1955). En España se estrenó en 1958.

[3] N. del T.: En el original se usa el término *platoon* , pero hemos decidido usar el término sección, que en el Ejército español equivale al pelotón estadounidense, formado por entre tres y cuatro pelotones (que se llaman secciones) mandado por un alférez o un teniente.

[4] N. del T.: La Maschinengewehr 42, ametralladora media de calibre 7,92 mm del Ejército alemán, desplegada a partir de 1942 para sustituir a la MG 34. Se trata de una de las mejores armas de su tipo de la historia.

[5] N. del T.: 23.ª División de Infantería, originalmente organizada en la Segunda Guerra Mundial en Nueva Caledonia. El nombre «Americal» es una contracción de su designación original: *American, New Caledonian Division.* Fue reactivada en 1967 para operaciones en Vietnam.

12

«Slim Jim»

Las fuerzas paracaidistas fueron una de las innovaciones militares más espectaculares de la Segunda Guerra Mundial. Estos regimientos, como todo lo que tenía que ver con el cielo, atraían a sus filas a los combatientes más audaces de las naciones beligerantes. Sin embargo, a la altura de 1945, el alto mando había empezado a albergar dudas acerca de que las fuerzas aerotransportadas hubieran justificado los recursos humanos y materiales que se habían invertido en su creación y mantenimiento, primero por los alemanes y después por los aliados. Los paracaidistas habían demostrado ser muy eficaces en misiones de tipo comando y en golpes de mano pero, en cambio, las grandes operaciones con lanzamientos masivos habían costado miles de bajas a cambio de beneficios insignificantes. Ahora bien, incluso los más escépticos reconocían que el soldado paracaidista era un guerrero excepcional, con o sin su paracaídas, y es por eso que, en la actualidad, la mayor parte de los ejércitos modernos sigue contando con unidades de este tipo como tropas de élite. Los mejores comandantes de tropas aerotransportadas aliadas fueron todos estadounidenses: Matthew Ridgway, Maxwell Taylor y James Gavin. Ridgway o Gavin pueden contarse entre los jefes de cuerpo o de división más brillantes con que contaron los aliados en la Segunda Guerra Mundial. El primero supo adaptarse al Ejército de posguerra y luego, en Corea, ser un eficaz comandante supremo. Gavin tal vez no tuviera las mismas virtudes que Ridgway en ese sentido, pero eso no quita que fuera uno de los soldados más interesantes que ha engendrado Estados Unidos, posiblemente el epítome de lo que debe ser el jefe de una formación de élite.

Su ascenso a la fama no fue un camino de rosas. Su vida empezó en un orfanato católico de Nueva York donde, en 1909, cuando tenía dos años, fue adoptado por una pareja de Pensilvania, Martin y Mary Gavin. Nunca

consiguió localizar a sus padres biológicos, aunque es posible que fuera hijo de una joven inmigrante irlandesa de County Clare, llamada Katherine Ryan. Él, por su parte, estaba convencido de que su madre era una monja a la que habría dejado embarazada algún sacerdote importante. Los Gavin eran irlandeses, probablemente: el marido, un amable minero con poca personalidad; la esposa, una violenta alcohólica que regentaba una casa de huéspedes y que solía pegar a su hijo adoptivo. James pasaba más tiempo en las calles trabajando como repartidor de periódicos que adquiriendo una educación formal en la escuela. Estaba ferozmente decidido a no malgastar su vida trabajando en las minas y a escapar de las crueles atenciones de Mary Gavin. Cuando tenía diecisiete años huyó a Nueva York y, después de una semana en la ciudad buscando trabajo infructuosamente, recurrió al clásico expediente de alistarse en el Ejército, que, tras el entrenamiento básico, le destinó a servir en una batería costera en Panamá.

En cierto modo, su infancia se parece a la de Audie Murphy, pero contaba con una inteligencia natural que no tenía este, lo que le permitió encontrar en el Ejército el hogar feliz que le había eludido en su infancia y con ello transformar su vida. Gavin era un recluta diligente, por lo que rápidamente consiguió ascender a cabo. Si se compara con su vida en Pensilvania, Panamá suponía un gran avance. Fue allí donde sucedió el pequeño milagro que supuso el punto de inflexión en su experiencia vital: su sargento primero, un nativo americano, se dio cuenta del potencial de Gavin y le informó acerca de la posibilidad de conseguir una plaza en West Point, mientras que un amable teniente le ayudó con las materias de las que no sabía nada –álgebra, geometría, historia–, de modo que consiguió aprobar las pruebas de ingreso en la academia y, en julio de 1925, logró que lo aceptaran como oficial cadete.

Se ha escrito tanto acerca de las desgraciadas experiencias de algunos cadetes de West Point que es interesante señalar lo fácil que le resultó a James Gavin adaptarse a una vida tan diferente de todo lo que había vivido anteriormente. Sus camaradas de orígenes más pudientes no le trataron con ningún esnobismo y eso que él prefería el boxeo a otros deportes más propios de caballeros, como el polo. Se dedicó en cuerpo y alma a estudiar todo aquello que no había podido aprender de niño. Su ambición y dedicación podrían haber provocado rencor, pero Gavin las mantenía siempre en segundo plano

para que nadie pudiera usarlas en su contra. Siempre fue un hombre motivado, pero los demás le veían como un tipo tranquilo, más bien tímido, y es que prefería expresar por escrito sus sentimientos más intensos, en especial cuando se referían a temas militares. Su apariencia le hacía atractivo a las mujeres y pronto aprendió a ser presumido con su ropa. Se graduó en West Point en junio de 1929, hacia la mitad de su promoción. El huérfano de Brooklyn se había convertido en un oficial y un caballero y, aunque los dos no siempre son sinónimos, sí lo eran en el caso de Gavin, a quien sus hombres le apodaron «Caballero Jim» o «Slim Jim» [Gallardo Jim], a causa de su sobria elegancia y sus exquisitos modales. Manifestó cierta tristeza por tener que marcharse de West Point, «mi espartana madre», donde había encontrado su primer hogar verdadero. Tal vez por eso tomó una de las peores decisiones de su vida, que más adelante le pasó factura, que fue casarse con Irma Baulsir, una estudiante de Cornell, cuyos padres pertenecían a la clase media alta de Washington D.C. Los Baulsir, sin embargo, no prestaron ninguna ayuda económica a la flamante y joven pareja. La boda tuvo lugar en septiembre de 1929. Él era un teniente novato de tan solo veintidós años.

Gavin dijo que siempre había deseado entrar en la infantería: «Me gustaba el desafío –escribió, con inusitada sensiblería–, [quería] meterme de lleno en la acción, ir adonde el peligro fuera mayor, porque allí es donde los planes se ponen en práctica y se deciden las batallas». En realidad no era cierto, ya que su primera opción fueron las Fuerzas Aéreas, pero, para su vergüenza, no consiguió pasar el periodo de selección en la escuela de vuelo en Brooks Field, Texas. Fue solo entonces cuando le destinaron a la infantería, primero en Arizona, después a Fort Benning, donde sirvió bajo el mando de «Vinegar Joe» Stilwell y, por fin, a Filipinas. Durante aquellos diecisiete años de servicio solo consiguió ascender a capitán, lo que no era raro en un ejército diminuto y con un número excesivo de oficiales como era el caso de las fuerzas armadas estadounidenses de preguerra, en las que se ascendía a paso de tortuga, independientemente del talento y la buena impresión que Gavin causaba entre sus superiores. Tuvo una hija, Barbara, a la que adoraba, pero su matrimonio con Irma –a la que siempre llamó Peggy– hacía aguas por todas partes y, si bien no se divorciaron, no era extraño que uno y otro tuvieran aventuras extramatrimoniales.

En la primavera de 1940 fue destinado al Departamento de Tácticas en West Point, donde se metió de lleno en el estudio de las operaciones militares aerotransportadas alemanas, que de forma tan espectacular habían mostrado al mundo su eficacia durante la *Blitzkrieg* de Hitler. Gavin siempre fue un visionario. Tenía el convencimiento de que Estados Unidos pronto se uniría a la guerra, pero estaba decidido a conseguir que en esta ocasión, cuando lo hiciera, y al contrario de lo que había sucedido en 1917, el Ejército contara con una doctrina y métodos de combate propios y que utilizara sus propias ideas y equipo. La guerra paracaidista se convirtió en su obsesión, por lo que no dudó en mover cielo y tierra para que le dejaran formar parte de ella. Se puso en contacto con todos y cada uno de sus amigos y conocidos que tuvieran un puesto en Washington hasta que, al final, en agosto de 1941, le enviaron a la escuela de salto en Fort Benning. Una vez ganadas sus alas de paracaidista le asignaron una compañía en el recién creado 503.er Batallón de Infantería Paracaidista y, poco después, el mando de toda la unidad. En octubre, le encargaron que redactase el borrador del primer manual de guerra aerotransportada del Ejército de Estados Unidos, lo que le permitió enfocar la atención de sus camaradas y superiores allí donde Gavin estaba más interesado: en sí mismo y en su idea de lo que debía ser un paracaidista. Con la expansión acelerada de sus fuerzas armadas tras la entrada en guerra de Estados Unidos en diciembre de 1941, sus superiores consideraron que tenía lo necesario para ocupar puestos de mayor responsabilidad, así que, en febrero de 1942, tuvo que hacer un curso acelerado de Mando y Estado Mayor en Fort Leavenworth, Kansas. En agosto de aquel año ya era el coronel al mando del 505.º Regimiento de Infantería Paracaidista.

En la Segunda Guerra Mundial, tanto el Ejército estadounidense como el británico siempre tuvieron problemas para conseguir que su infantería mostrara la misma agresividad e iniciativa de las tropas de Hitler. Por fortuna, la soberbia artillería americana era capaz de compensar las carencias de los regimientos de fusileros. Ahora bien, los mejores soldados estadounidenses eran capaces de tratarse de tú a tú con la Wehrmacht y, en ese sentido, se puede afirmar sin duda que, junto con los Marines, los voluntarios de las formaciones paracaidistas se cuentan entre las mejores unidades de combate que su país desplegó en ultramar. Gavin era el candidato ideal para entrenarlas y liderarlas;

a sus oficiales, por ejemplo, les exigía que siempre fueran «los primeros en la puerta del avión y los últimos en la fila del rancho». Sometió a sus tropas a un régimen de entrenamiento agotador, pensado tanto para que estuviesen en una forma física óptima como para que fueran psicológicamente estables. Al contrario que otros beligerantes, Estados Unidos gozaba del lujo de poder enviar a sus efectivos al frente cuando considerase oportuno, por ello, cuando la 82.ª División Aerotransportada, al mando de Ridgway, de la que formaba parte el regimiento de Gavin, fue elegida para participar en la invasión de Sicilia, el país ya llevaba diecinueve meses en la contienda. En la víspera de su salto en Gela, en la costa sur de la isla, Gavin envió un mensaje personal dirigido a cada hombre de su 505.º Regimiento:

> Esta noche embarcáis en una misión de combate que nuestro pueblo y los pueblos libres del mundo han estado esperando desde hace dos años. Seréis la punta de lanza del desembarco de una fuerza americana en la isla de SICILIA . Se han hecho todos los preparativos posibles para eliminar el factor azar. Se os han proporcionado los medios para hacer el trabajo y os apoya la mayor concentración de poder aéreo de la historia. Los ojos del mundo están puestos sobre vosotros. Las esperanzas y las oraciones de cada estadounidense están con vosotros.
>
> James M. Gavin

La heroica arenga de Gavin demostró ser demasiado optimista, sobre todo en lo que se refiere a la desaparición del azar. Es importante señalar que aquellos que suelen afirmar que si la invasión de Normandía se hubiera ejecutado en 1943 la guerra podría haberse acortado un año, olvidan el largo y penoso proceso de aprendizaje que precedió al Día D. Los aliados aprendieron en el Mediterráneo las tácticas necesarias para llevar a cabo con éxito un desembarco anfibio, pero tuvieron que pagar un precio terrible por estas lecciones. Los errores cometidos en Sicilia e Italia sirvieron para evitar repetirlos más adelante, cuando era vital que la operación tuviera éxito. A pesar de la superioridad en hombres y material de la que disfrutaron los aliados en Sicilia sobre los alemanes –el Ejército italiano casi había dejado de existir como una fuerza de combate–, la campaña fue innecesariamente difícil. Los

lanzamientos de paracaidistas constituyeron un fiasco. Los fuertes vientos dominantes en la zona, junto con la inexperiencia de los pilotos de transporte y el incontrolado fuego antiaéreo de la flota de invasión aliada, causaron estragos entre los transportes de paracaidistas. Decenas de aparatos fueron derribados por fuego amigo y los supervivientes de las fuerzas aerotransportadas angloamericanas quedaron esparcidos por toda Sicilia, aislados en grupos pequeños, lejos de sus objetivos y sin equipo.

El coronel del 505.º Regimiento de Infantería Paracaidista se golpeó dolorosamente la rodilla al aterrizar en el duro terreno siciliano en las primeras horas del 10 de julio de 1943. Por un momento, y tras soportar el rugido de los motores del avión que lo había llevado allí, Gavin se recreó en el silencio de la noche, unido a la sensación de que este era un momento único en su vida: «Combate, por fin. Después de una vida entera preparándome, estaba a las puertas de la batalla». La realidad pronto interfirió con su fantasía. Consiguió contactar con dos oficiales de su plana mayor y con un puñado de hombres, pero no había señales del resto de su regimiento. Podían ver fuego de artillería en la distancia, pero era evidente que habían aterrizado a kilómetros de la zona de lanzamiento asignada al regimiento. Gavin declaró con posterioridad que llegó a dudar si estaba en Sicilia, Italia, ¡o en los Balcanes! Al amanecer, guio a su pequeña fuerza hasta la cima de una colina para intentar identificar su posición, pero inmediatamente empezaron a disparar contra ellos. Intentaron devolver el fuego, pero la mayoría de sus armas se encasquilló apenas comenzaron a disparar. Al fuego de armas ligeras alemán se unieron los proyectiles de mortero, que obligaron a los paracaidistas a retroceder; Gavin ordenó a los demás que se retirasen mientras él los cubría. Esta era la clase de conducta heroica que se podría esperar de un jefe de sección, pero que parecía un tanto ridícula para un coronel. Su grupo quedó reducido a cinco hombres. Amargado y frustrado, temía que al paso que iban podría terminar siendo hecho prisionero sin ni siquiera haber combatido en su primera batalla. Por todas partes se oía un espasmódico tiroteo, por lo que decidió curarse en salud y esperar a que oscureciese para retirarse hacia las líneas aliadas.

Al amanecer del 11 de julio, Gavin consiguió alcanzar las líneas de la 45.ª División de Infantería estadounidense, que había desembarcado en las playas. Durante la noche, había reunido varios soldados dispersos, a los que se

sumaron otros que fueron apareciendo más tarde. A media mañana había conseguido juntar un destacamento de unos 250 hombres formado por paracaidistas de diferentes compañías y batallones, apenas un 10 por ciento de la fuerza de su regimiento. A pesar de ello, no se quedó cruzado de brazos y pronto estaban de camino hacia Gela, el objetivo original del regimiento, con Gavin azuzando a los hombres para que avanzasen lo más rápido posible. Antes de alcanzarlo, se toparon con una loma de unos 30 m de alto con laderas salpicadas de olivos. Para asegurar la cresta envió una sección con la que fue él mismo, pero, cuando llegaron, les recibió un feroz fuego de fusilería y ametralladoras alemanas, que estaban desplegadas en la contrapendiente. Los paracaidistas se tiraron cuerpo a tierra, pero empezaron a acumular bajas enseguida. Gavin se arrastró de vuelta hasta el grupo principal para traer refuerzos pero, para su sorpresa e irritación, el jefe del batallón había decidido ausentarse sin avisarlo para ir a pedir ayuda a la 45.ª División. Gavin no estaba muy seguro de cuál era su posición real, ni tenía idea de que la loma por la que estaban combatiendo era conocida localmente como la colina de Biazza. De lo que sí estaba totalmente seguro era de que la eminencia dominaba toda la zona y de que los alemanes no estaban dispuestos a abandonarla sin combatir, por lo que reunió a todos los hombres que pudo y los dirigió hacia la línea del frente con la intención de ser ellos quienes controlasen la cota al final del día.

Avanzaron entre los olivares bajo un esporádico e ineficaz fuego de fusiles. Los problemas empezaron en serio cuando alcanzaron la cresta, porque se encontraron inmersos en un intenso fuego de ametralladoras apoyado por morteros, artillería y Panzer. Los estadounidenses comprobaron que sus bazucas eran incapaces de penetrar el blindaje de los carros pesados alemanes, así que Gavin decidió requisar dos obuses de campaña de 75 mm y desplegarlos en primera línea para el rol de armas anticarro. La tarde se les hizo eterna a los paracaidistas. El intercambio de disparos con los alemanes era incesante, mientras que las bajas se acumulaban en un constante goteo. Gavin intentó cavar un pozo de tirador, pero su pala se dobló y tuvo que improvisar utilizando su casco como herramienta. El comandante de uno de los batallones del 505.º Regimiento sufrió un colapso nervioso y se deshizo en un mar de lágrimas mientras no paraba de decir que su unidad había sido aniquilada. Gavin lo envió a retaguardia y asumió el mando directo para dirigir la batalla

personalmente. Al anochecer llegaron algunos refuerzos: un puñado de Sherman, un equipo de control de fuego de artillería naval y varios centenares de soldados de diferentes unidades. Gavin decidió que era el momento de lanzar un asalto para tomar a los defensores a contrapié y con esta variopinta fuerza lanzó un ataque que consiguió barrer a la infantería alemana y alcanzar las líneas de morteros, que puso a los servidores en fuga. Solo cuando se aseguró de que sus hombres estaban bien atrincherados en el terreno capturado, se retiró a los olivares al pie de la loma y estableció por fin allí el puesto de mando del regimiento.

La acción de la colina de Biazza fue un inspirado acto de iniciativa. La posición estaba defendida por fuerzas de la División Hermann Göring, [1] cuya intención era actuar como parte de un ataque en pinza contra las playas. Los paracaidistas habían frustrado sus planes. En los días siguientes, el coronel del 505.º Regimiento siguió utilizando la misma táctica: atacar allí donde sus hombres encontraran resistencia. Las comunicaciones eran peor que malas y, de hecho, el 12 de julio, dos días después del inicio de la operación, el general Ridgway se vio obligado a informar a su superior, el general George S. Patton, que mandaba el 7.º Ejército estadounidense de que, de los cinco mil hombres de su división que habían sido lanzados sobre Sicilia, solo tenía el control operativo de unos cuatrocientos, sin contar las fuerzas de Gavin. A lo largo de las cinco semanas que siguieron, los aliados avanzaron a trompicones hasta completar la captura de la isla. El balance final apenas si puede describirse como una victoria, dado que los alemanes fueron capaces de evacuar 100 000 hombres con casi todo su equipo a través del estrecho de Mesina. Los soldados más avispados comprendieron que, si querían ganar la guerra en Europa, su actuación tendría que ser muy diferente a la que habían tenido en Sicilia en aquel verano de 1943. [2]

La campaña de Sicilia consolidó la reputación de unos pocos jefes y oficiales, entre ellos Gavin. Fue condecorado con la Distinguished Service Cross (Cruz de Servicios Distinguidos) por la acción en la colina Biazza y Ridgway le dijo que estaba en la lista (que no era precisamente larga) para recibir una estrella de general. A los treinta y siete años, había demostrado ser uno de los líderes de combate más efectivos de las fuerzas de Eisenhower. Mandaba con el ejemplo, pero a la vez mantenía un férreo control sobre sus

unidades. Gavin entendía que la clave de la batalla era ser capaz de aplicar la mayor cantidad de violencia posible en el punto de contacto con el enemigo, y el que consigue hacerlo antes y con más eficacia es quien triunfa. También cuidaba su imagen de forma exquisita e incluso en el campo de batalla intentaba mantener un aspecto lo más pulcro posible. Era consciente de que en una guerra como aquella era necesario controlar el discurso, cómo sus acciones eran percibidas por otros, por lo que no dudaba en cultivar el favor de la prensa. «Solo hay una forma de luchar una batalla o una guerra, estoy cada vez más convencido –escribió–. Combate con intensidad, inteligencia y sin descanso. Arriésgate tanto físicamente como a la hora de tomar decisiones […]. Mucha gente se queda aturdida por el ruido y el peligro y no saben reaccionar de forma enérgica y decisiva en combate […]. Golpéalos sin demora y con dureza».

Este serio e impulsivo oficial sonreía con frecuencia, pero rara vez bromeaba. La guerra era su profesión y estaba completamente dedicado a triunfar en ella. Mientras que muchos oficiales estadounidenses en el Mediterráneo fueron acusados de ser poco agresivos, nadie podía decir lo mismo de Gavin, cuyos superiores estaban encantados de contar con un oficial que era valiente, inteligente y que nunca pedía a sus hombres que hicieran cosas que él mismo no estaba dispuesto a hacer. Algunos criticaban su obsesión por ir siempre al frente de sus tropas, lo cual, argumentaban, era un peligro, no tanto para él, sino porque un coronel que se enzarzaba en un tiroteo con el enemigo como si fuera un simple teniente corría el riesgo de perder el control de su regimiento. El exceso de temeridad, decían, reflejaba su poca capacidad de razonamiento. Ridgway y Gavin se tenían gran respeto mutuo, aunque no había amistad entre ellos. El primero admiraba la agresividad y el espíritu de Gavin y, de hecho, recomendó enfáticamente que fuera ascendido pero, al mismo tiempo, le irritaba la actitud despreocupada de «Slim Jim» hacia el control de las comunicaciones, así como por su tendencia a dejarse dominar por el subidón de adrenalina que le provocaba la acción.

Así, por ejemplo, cuando después de Sicilia se debatió un plan para lanzar una división aerotransportada aliada en Roma, Gavin se mostró ansioso de dirigir el salto, ya que creía que no había nada que hombres decididos no pudieran lograr, si tenían la determinación de conseguirlo. Tuvo que ser

Ridgway quien pusiera fin a esta absurda idea. Algo parecido ocurrió cuando el general Mark W. Clark propuso lanzar unidades paracaidistas a unos 70 km al norte de las cabezas de playa de Salerno, en Capua, donde tendrían que defender los pasos durante cinco días hasta que las fuerzas que habían desembarcado enlazaran con ellas. Gavin estaba encantado de llevar a cabo dicha operación –cualquier cosa que le pidieran, de hecho–, pero Ridgway rechazó el plan de Capua como una «locura», que es lo que era.

Sicilia demostró tanto las virtudes como las limitaciones de las tropas aerotransportadas. Los paracaidistas aliados habían provocado el caos detrás de las líneas alemanas, desempeñando un papel útil, pero secundario. Sin embargo, el plan para desplegarlos como una fuerza organizada había fallado. El paracaidismo abría posibilidades excitantes para un comandante, sin duda, pero era un arte, no una ciencia. Un jefe que confiara el futuro éxito de su plan a un lanzamiento de paracaidistas estaría siendo demasiado temerario. Las tropas aerotransportadas eran muy vulnerables al ataque de las formaciones blindadas del enemigo, ya que no contaban con armas pesadas, carros de combate o apoyo artillero pesado para hacerlas frente y, además, una vez en tierra tampoco eran fuerzas demasiado móviles. El 505.º Regimiento Paracaidista de Gavin combatió como infantería durante las primeras semanas de la campaña italiana después de saltar en la cabeza de playa de Salerno y obtuvo una extraordinaria reputación como fuerza de élite. El 10 de octubre, a los treinta y seis años, su coronel se convirtió en el general de brigada más joven desde que George Armstrong Custer recibiera sus galones en 1863.

Un mes más tarde, enviaron a Gavin a Gran Bretaña para que participara en la planificación del desembarco de Normandía como experto en operaciones aerotransportadas. También la 82.ª División Aerotransportada fue redesplegada en Gran Bretaña poco después. En aquellos cuatro meses de combate, consolidó sus ideas acerca de las tácticas que debían utilizarse, que no cambiaron de forma relevante durante el resto de la guerra. La clave para él residía en la agresividad, en atacar al enemigo lo antes posible, ya que, según su parecer, los alemanes solían retirarse en estas ocasiones. Creía que a la infantería estadounidense le faltaba empuje, mientras que los británicos eran demasiado parsimoniosos en los ataques, aunque admiraba su forma despreocupada de combatir: «Algunos de ellos parecen disfrutarla [la guerra]

más que nosotros […]. Están poco dispuestos a sufrir bajas pero, cuando pierden, saben morir». La idea de visitar Londres le resultaba excitante, especialmente ahora que podía presumir de ser el general más joven del Ejército estadounidense –y sin duda el más elegante–. Su matrimonio con Peggy estaba acabado del todo menos oficialmente; nunca le escribió desde Europa, aunque sí mantuvo una fluida correspondencia con su hija adolescente, Barbara. En Sicilia había tenido aventuras con varias chicas locales y en Gran Bretaña llegó a forjar una apasionada relación con su conductora, Valerie, una británica casada, que además tenía importantes contactos entre la alta sociedad y a la que, por un tiempo, llegó a pensar incluso en proponerle matrimonio. Gavin sentía que el mundo –al menos su mundo de soldado– estaba a sus pies. Es más, Ridgway le aseguró que, tan pronto como él ascendiera para mandar el cuerpo aerotransportado, asumiría el mando de la 82.ª División Aerotransportada. El joven general sabía que iba a tener un papel protagonista en la operación anfibia más grande de la historia y, después de todas las penurias que tuvo que sufrir cuando era un niño y luego como adolescente, ¿quién podría reprocharle su alegría por ser la estrella de la película?

Sin embargo, su experiencia con el cuartel general de los ejércitos aliados fue frustrante. Odiaba las interminables reuniones y estaba escandalizado por las continuas intrigas del general británico *sir* Frederick Browning, que no dudaba en reasignar aviones estadounidenses para el transporte de los paracaidistas británicos. Además, aunque la mayoría de los jefes aliados del Día D y de los oficiales de estado mayor eran hombres inteligentes, que sabían perfectamente cómo hacer su trabajo, entre los que estaban encargados de organizar la contribución aerotransportada a la operación se contaban los más torpes. El general Lewis Brereton era un oficial bajito, vanidoso y afectado, cuyo principal logro en toda la contienda había sido conseguir que toda su fuerza de B-17 acabara destruida en tierra en Clark Field, Filipinas, por aviones japoneses en 1941. A pesar de que no le interesaban para nada las operaciones paracaidistas, Eisenhower le nombró en julio de 1944 responsable de todas las formaciones aerotransportadas aliadas. El teniente general del Aire *sir* Trafford Leigh-Mallory era un oficial muy hábil para el politiqueo, pero aquellos que tenían que trabajar con él rápidamente se daban cuenta de que no servía para

nada más. Desde el punto de vista de Gavin, el logro principal de aquellas frustrantes semanas como planificador fue que el general Omar Bradley aceptó ampliar el papel de las divisiones aerotransportada 82.ª y 101.ª para el Día D, de forma que tuvieran la responsabilidad de asegurar el flanco derecho de las tropas americanas que desembarcarían en la playa Utah.

A mediados de febrero de 1944, para su gran alivio, Gavin por fin pudo abandonar las salas de conferencias y volver a la 82.ª División Aerotransportada como segundo al mando de la división. Su alegría no conoció límites cuando Ridgway le dio un papel prácticamente independiente para el Día D, al asignarle el mando de los tres regimientos de la división que iban a lanzarse sobre Normandía. Gavin era un oficial preocupado siempre por sus hombres, totalmente convencido de que no existen malas unidades, sino solo malos oficiales. Antes del Día D, en los campamentos de la 82.ª Aerotransportada en Leicestershire, Gavin expresaba sus quejas: «Me quema la sangre esta costumbre cada vez más extendida de los oficiales que meten a sus hombres en tiendas de campaña, pero que luego se buscan para ellos mismos una buena casa en un pueblo próximo». Le irritaba que Ridgway no le permitiera relevar del mando a un jefe de regimiento que veía como un incompetente. Con una cierta pedantería, señalaba que el comandante de la división, doce años mayor que él, parecía un tanto abrumado por el entrenamiento físico: «El general Ridgway estaba bastante asfixiado después de nuestra última excursión. A veces es difícil aceptar para un hombre que antaño era muy activo que se está haciendo mayor». Pero, si bien Gavin mostraba en algunos aspectos toda la suficiencia de los jóvenes, en otros era un adelantado a su tiempo. Por ejemplo, no dudó en mostrar su desagrado ante sus hombres cuando soldados americanos blancos, algunos de ellos de la 82.ª Aerotransportada, atacaron a G.I. negros que estaban ligando abiertamente con chicas inglesas.

La invasión de Normandía tuvo para Gavin un comienzo similar al salto en Sicilia. Cayó en la oscuridad en un huerto en la península de Cotentin, cerca de unas marismas, a varios kilómetros de distancia de la zona de lanzamiento asignada, y allí pudo reunir a unos cuarenta hombres de su división. Se encontraban a unos 3,5 km al norte del puente de La Fière, sobre el río Merderet. Como ya había sucedido en otras ocasiones, algunos pilotos habían demostrado una negligencia criminal a la hora de dar luz verde para el salto, lo

que supuso que más de un centenar de paracaidistas estadounidenses cayera en campos anegados, ahogándose sin haber combatido. La extraordinaria dispersión de las fuerzas aerotransportadas a lo largo y ancho de toda Normandía occidental y Bretaña provocó confusión entre los alemanes, pero también significó que los soldados entraban en combate allí donde se topaban con el enemigo, ya que solo una parte ínfima del contingente aerotransportado cayó en la posición prevista por los minuciosos planes a los que Gavin y otros oficiales habían dedicado tantas horas.

Algunos de los hombres que Gavin consiguió reunir eran novatos, por lo que no era extraño que se hubieran quedado dormidos acurrucados bajo algún seto normando, y es que uno de los riesgos de la guerra aerotransportada es que a los hombres les falte el condicionamiento adecuado para comprender que su trabajo solo comenzaba una vez que tomaban tierra y no que terminaba, como muchos parecían creer de forma instintiva, cuando se quitaban el arnés de salto. La experiencia de lanzarse en medio de la oscuridad sin saber qué les estaba esperando en el suelo, después de los minutos de impotente terror experimentados durante el vuelo, era emocionalmente agotadora. Después de avanzar 2 km bajo un fuego esporádico, Gavin encontró, para su alivio, a las fuerzas del 3.er Batallón del 507.º Regimiento de Infantería Paracaidista [3/507 PIR], que en apariencia mantenía el orden y se estaba preparando para atacar el puente de La Fière como estaba previsto en los planes. Gavin decidió ir en busca de otras unidades para dirigirlas contra los alemanes. La mayor parte de la 91.ª División de Asalto Aéreo de la Wehrmacht estuvo ocupada en combatir a los paracaidistas en duros enfrentamientos locales. El terreno favorecía a los defensores, ya que las carreteras elevadas que solían dar acceso a los puentes y los cruces de caminos en medio de las marismas eran difíciles de atacar bajo fuego enemigo. En La Fière, por ejemplo, el 1/507 PIR fue rechazado con serias pérdidas, incluyendo a su comandante; en otra carretera elevada cercana, los estadounidenses se vieron enzarzados en un prolongado enfrentamiento cuando, después de que mataran a algunos soldados alemanes que intentaban rendirse, el resto de los defensores peleó hasta el último hombre, como era de esperar. A primera hora de la tarde, Gavin se topó con un puñado de paracaidistas que se retiraban desde La Fière y los soldados afirmaron que los alemanes habían roto las líneas. Gavin los reagrupó y, cuando se dirigió hasta

allí para ver la situación, se quedó bastante más tranquilo cuando comprobó que el frente en La Fière había quedado estabilizado. Los encarnizados combates por los puntos de cruce sobre los ríos fueron constantes a lo largo de los días siguientes, con alemanes y estadounidenses atacando y contraatacando sin parar.

A última hora de la tarde del Día D, el *brigadier* pudo por fin establecer un puesto de mando a medio camino entre La Fière y Sainte-Mère-Église, cuya conquista había costado a los estadounidenses un alto precio en vidas. Intentó echar una cabezada, acurrucado bajo un seto y tapándose con una red de camuflaje mientras tiritaba de frío. Apenas un par de horas después, un mensajero interrumpió su descanso para decirle que Ridgway requería su presencia en el cuartel general de la división. Gavin caminó cansado hasta Sainte-Mère-Église y despertó a su comandante, el cual le respondió de mal humor que él no le había enviado ningún mensaje y que le molestaba que le hubiera despabilado. Los dos generales se separaron irritados. Puede parecer extraño que unos hombres inteligentes como ellos pudieran enojarse de esta manera, pero esas reacciones son hasta cierto punto normales en la situación de estrés continuo que provocan los combates. Gavin escribió en una ocasión en su diario acerca de ellos: «Es una lástima que en algunos aspectos seamos tan condenadamente parecidos».

A lo largo de los días que siguieron, la 82.ª Aerotransportada defendió su precaria cabeza de puente contra los constantes contraataques alemanes. Por suerte para los paracaidistas, los alemanes solo contaban en aquella zona con carros de combate de fabricación francesa, cuyo blindaje ligero era vulnerable a los bazucas. Aun así, los alemanes fueron capaces de infligir un severo castigo a las unidades de infantería en planeadores de la 82.ª Aerotransportada, que empezaban a aterrizar para reforzar a los paracaidistas. [3] Las comunicaciones con las divisiones de Bradley en las playas eran inexistentes; de hecho, la primera confirmación que tuvo Gavin de que las playas habían sido capturadas fue la aparición de un batallón de carros de combate estadounidenses. Algunos de los jefes de batallón de la 82.ª Aerotransportada demostraron una embarazosa falta de iniciativa y determinación, en contraste con la que exhibieron los dos generales al mando y la mayoría de los fusileros. Por ejemplo, en un ataque contra una de las carreteras elevadas que dominaban el

Merderet, que llevó a cabo uno de los batallones de refuerzo desembarcados en planeadores, Gavin pudo observar cómo en vez de avanzar inmediatamente cuando cesó la barrera de apoyo de artillería, los hombres se quedaban quietos en sus puestos; Gavin se dirigió a toda prisa hacia el comandante del batallón, a quien encontró acurrucado contra un muro. «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», gritó imperiosamente. El coronel le respondió, también gritando: «No creo que pueda hacerlo».

«¿Por qué no?».

«Porque estoy enfermo».

«O.K., queda usted relevado».

El oficial fue reemplazado y el ataque empezó con retraso, de modo que los primeros atacantes fueron abatidos, pero otros continuaron el asalto y consiguieron alcanzar y desbordar las posiciones alemanas. Aun así, muchos estadounidenses se habían quedado atrás. Los oficiales y suboficiales corrieron entre ellos pateándolos y empujándolos para que se pusieran en movimiento. Gavin exhortaba a los hombres: «Hijo, tú puedes hacerlo». Ridgway apareció entonces y los asustados soldados contemplaron el espectáculo de sus dos generales corriendo bajo el fuego por la carretera elevada mientras obligaban a los fusileros a moverse. Aquella misma tarde, las tropas de planeadores volvieron a desmoralizarse y huir cuando los alemanes contraatacaron, de modo que Gavin tuvo que acudir en persona a reagruparlas. El coronel de uno de los regimientos se colapsó –estaba enfermo de cáncer, aunque no lo sabía– y tuvo que ser reemplazado. Gavin encontró a su reemplazo en la estratégica población de Cauquigny, pero se estaba preparando para abandonar la posición. «No puedo sostenerla», le dijo el infeliz oficial, a lo que el general contestó implacable: «Vamos a contraatacar con todos los recursos a nuestro alcance, incluyéndole a usted, los oficinistas del regimiento, la gente de la plana mayor y cualquiera que pueda sostener un arma en sus manos». Y así, sin descanso, continuó durante toda la tarde del Día D+1. Gavin parecía inagotable, corriendo y arrastrándose de un lado a otro de su perímetro hecho con fragmentos de unidades, hostigando, azuzando y aguijoneando a sus hombres. Fue un día en el que, en algunos momentos, parecía ser el único

soldado de los presentes que se mostraba absolutamente convencido de que iban a resistir sin romperse.

Ridgway, Gavin y una pequeña minoría de soldados como ellos cumplieron con su deber en nombre de centenares de otros cuya confianza flaqueó aquel decisivo 7 de junio. Las unidades de la 82.ª Aerotransportada habían perdido para entonces más del 50 por ciento de su fuerza, junto con la mayor parte de sus armas pesadas y equipo. Pero de alguna forma, junto con la 101.ª Aerotransportada, sostuvieron el flanco occidental aliado hasta que fueron relevadas por la 90.ª División de Infantería.

El plan era que una vez que la cabeza de puente en Normandía quedase asegurada, las divisiones aerotransportadas serían retiradas de la lucha y regresarían a Gran Bretaña para descansar, reagruparse y prepararse para nuevas operaciones paracaidistas. Sin embargo, en su lugar, fueron desplegadas en la línea de frente una y otra vez, combatiendo sin descanso durante las feroces batallas de junio, bien para sostener una posición, bien para lanzar un ataque tras otro. Los paracaidistas demostraron que eran capaces de mantener la agresividad y la iniciativa de una forma que ninguna otra unidad de infantería aliada era capaz de hacer. A la luz de los acontecimientos en Normandía, algunos mandos empezaron a defender la tesis de que los paracaidistas serían más útiles si les utilizaba como infantería de élite, que haciendo los «envolvimientos verticales» que proponían los teóricos de la guerra aerotransportada como Gavin. En el Día D, el asalto estadounidense paracaidista y en planeadores en Normandía habían sembrado la confusión en la retaguardia alemana, contribuyendo decisivamente al éxito aliado, pero eso no cambiaba el hecho de que el lanzamiento en sí había sido caótico.

Cuando, finalmente, la 82.ª Aerotransportada fue retirada de la línea de frente y enviada a Gran Bretaña a comienzos de julio de 1944, dieciséis de los veintiún jefes de regimiento y batallón originales habían causado baja; las pérdidas alcanzaban el 46 por ciento del total de la fuerza de la división, cifra que enmascaraba un peaje mucho mayor entre las compañías de infantería. Una de las grandes verdades de la guerra es que los primeros en morir suelen ser los más valientes y por eso, cuanto más larga es una campaña, más crónica se vuelve la escasez de líderes capaces. El comandante de un batallón de infantería británica en la Segunda Guerra Mundial, el coronel Robin Hastings,

un distinguido y experimentado oficial, escribió: «Eran los mejores líderes con más iniciativa quienes resultaban heridos o morían. Este es el peor aspecto de la batalla de infantería, el proceso de aplanamiento, la constante eliminación de los que sobresalen […], en la guerra los castigos por mostrar iniciativa son […] muy duros». Tal vez por eso es todavía más notable la continuada supervivencia de Gavin, sobre todo teniendo en cuenta su costumbre de recorrer de manera constante el frente, hacer inspecciones nocturnas y exponerse repetidamente al fuego enemigo.

Volvió de Normandía famoso, convertido en el niño bonito de la prensa estadounidense. Este encantador joven era un chico pobre que había llegado muy lejos y parecía personificar el ideal del combatiente americano. El 17 de julio, Gavin fue ascendido a general de división y reemplazó al frente de la 82.ª División Aerotransportada a Ridgway, que pasó a ser el jefe del XVIII Cuerpo Aerotransportado estadounidense. Durante las siguientes semanas trabajó para reconstruir la formación e incorporó nuevos reemplazos, y desarrolló una sucesión de planes aerotransportados que fueron preparados y luego abandonados, porque el rápido avance de las tropas terrestres aliadas tras la ruptura del frente alemán en Normandía los convertía en obsoletos. A principios de septiembre, sin embargo, los paracaidistas empezaron a entrenarse en serio para un salto que el alto mando quería lanzar a toda costa. Se trataba de la operación más ambiciosa jamás concebida en la historia de las acciones aerotransportadas: la 82.ª de Gavin, la 101.ª de Maxwell Taylor y la 1.ª Aerotransportada británica de Robert «Roy» Urquhart iban a lanzarse sobre Holanda y capturar y defender una serie de puentes entre el frente británico y el Rin a su paso por Arnhem. Es significativo que Montgomery, que siempre destacó por su prudencia, apoyara este ataque para invadir Alemania antes del invierno, a pesar de la oposición de muchos otros altos oficiales, que estaban convencidos de que era audaz hasta el punto de la temeridad. Sin embargo, el mariscal de campo británico estaba convencido de que el Ejército alemán en el Oeste estaba derrotado y solo necesitaba un empujón para colapsarse, además, por supuesto, de estar obsesionado con el deseo de ser él en persona quien liderase el avance aliado principal hacia Berlín.

Gavin odiaba todo de la Operación Market Garden. Iba a ser dirigida por Browning, a quien despreciaba –a pesar de su rivalidad, Gavin hubiera

preferido tener como superior a Ridgway–. El éxito de la operación necesitaba que las fuerzas terrestres británicas avanzaran a toda velocidad a lo largo de una única carretera neerlandesa para relevar a los «boinas rojas» de la 1.ª División Aerotransportada de Urquhart, quienes debían ocupar y defender los puentes sobre el Rin en Arnhem. Para que la operación triunfara, las cosas debían ir demasiado bien para los aliados y los alemanes debían permanecer en cierto modo aletargados. Sin embargo, la experiencia previa demostraba que los soldados de Hitler respondían con implacable energía a los avances aliados y castigaban sin misericordia cualquier error que estos pudieran cometer. «La artillería antiaérea en la zona es terrible, los *krauts* muy numerosos –escribió sombríamente en su diario el 16 de septiembre–. Las cosas parecen muy complicadas. Si salgo de esta seré muy afortunado. Hará, me temo, mucho daño a la causa de las operaciones aerotransportadas». Si Market Garden iba a funcionar, no bastaba otro «caos organizado»; era necesario que las divisiones aerotransportadas coordinasen con la precisión de un reloj suizo el ataque contra objetivos muy alejados entre sí, con la particularidad de que, si uno solo de los objetivos no era capturado rápidamente, toda la operación aerotransportada no habría servido para nada. Era un plan optimista hasta el absurdo.

Volaron hacia Holanda al amanecer del 17 de septiembre, ya que se había decidido que para evitar el caos de los saltos nocturnos como en Sicilia y Normandía, en esta ocasión las fuerzas paracaidistas saltarían a la luz del día. Los lanzamientos iniciales funcionaron a la perfección pero, a partir de ese momento todo lo que pudo ir mal fue mal. Gavin temía que se hubieran asignado demasiados objetivos a su división y no se equivocaba. Durante las primeras horas, la 82.ª Aerotransportada aseguró todos sus objetivos menos el más importante, el puente de carretera sobre el Waal [el nombre holandés del Rin] en la ciudad de Nimega. Más tarde, Gavin se reprochó a sí mismo el haber asignado esa misión al menos eficiente de sus jefes de regimiento, quien, dijo, abordó la operación de forma poco imaginativa e indolente. La realidad, sin embargo, es que en Holanda, como a menudo ocurrió en otros lugares, los paracaidistas no podían avanzar más rápido de lo que les llevaran sus piernas, de forma que incluso los hombres en mejor forma física tardaron horas en alcanzar sus objetivos desde las zonas de aterrizaje. Los alemanes no se habían

quedado de brazos cruzados y habían enviado refuerzos al frente a toda velocidad. En Nimega, los estadounidenses tuvieron que enfrentarse con granaderos Panzer de las SS, que se contaban entre los mejores soldados del contingente de Hitler. Cuando, por fin, las tropas de Gavin lograron cruzar el Waal el 21 de septiembre y capturar el puente de Nimega intacto, en una de las acciones más espectaculares y audaces de la guerra, ya era demasiado tarde para los británicos en Arnhem. Los alemanes habían destruido la cabeza de puente aliada sobre el Rin.

Durante los dos meses siguientes, a la 82.ª y la 101.ª les asignaron la defensa de aquel saliente que no llevaba a ninguna parte, en medio de Holanda. Estaban frustrados e irritados contra aquellos a los que consideraban los responsables directos del fiasco: a los británicos en general y a «Boy» Browning en particular. Si alguien se mereció los laureles ganados en Arnhem, sin embargo, fueron los paracaidistas estadounidenses, que se habían comportado maravillosamente. Habían mantenido abierto el corredor hasta Nimega a pesar de los repetidos contraataques alemanes. Aunque Gavin se había roto dos vértebras en el salto, y durante toda la batalla sufrió terribles dolores, su accidente no le impidió seguir con su costumbre de unirse al combate. Él en persona mató con su carabina M-1 a varios viejos reservistas alemanes, a los que habían lanzado contra los paracaidistas en un ataque a campo abierto que era una reminiscencia de la Gran Guerra: «Cruzar un campo abierto cuando se sabe que el enemigo está enfrente es una estupidez», escribió Gavin lacónicamente. Él en persona lideró un contraataque para limpiar la zona de aterrizaje antes de que llegaran los planeadores.

Sin embargo, cuando todo terminó, más allá de la depresión por el fracaso de la operación, Gavin sufrió otros quebraderos de cabeza adicionales. En medio de la batalla se había vuelto a pelear con Ridgway. Este estaba convencido de que Gavin le estaba tratando de forma displicente e ignoraba la presencia de su superior en el puesto de mando de la 82.ª Aerotransportada mientras él hacía la guerra por su cuenta. Ridgway le escribió a Gavin una dura carta personal y este le respondió ofreciéndole su dimisión. Todo esto era una niñería que solo reflejaba la arrogancia de ambos hombres. Gavin era perfectamente consciente de sus capacidades y estaba totalmente seguro de que Eisenhower nunca la aceptaría, incluso si Ridgway decidía que estaba harto de

su joven *prima donna* y le dejaba marchar. En última instancia, Ridgway fingió que la carta de Gavin era una disculpa. El asunto fue ignorado, aunque continuaron las tensiones entre los dos generales. Gavin siguió al frente de su división en Holanda durante dos húmedos y miserables meses, irritado por lo que veía como un uso abusivo de las formaciones de élite estadounidenses para sostener la línea británica.

No cabe duda de que Gavin disfrutaba de su popularidad, pero no permitía que interfiriese con su profesión, sobre todo en lo que se refería al bienestar de sus hombres. Aquel invierno tuvo lugar un incidente que llegó a hacerse famoso entre las tropas de la 82.ª Aerotransportada. Gavin aplicaba estrictamente la prohibición de saquear a los civiles holandeses, así que, cuando una mañana, mientras hacía sus rondas, pilló a un joven soldado raso, Robert Beckman, revolviendo entre la colada de unos civiles neerlandeses, le exigió furioso que se explicara inmediatamente; por toda respuesta, Beckman se quitó una bota y le mostró sus destrozados calcetines, que le estaban provocando terribles ampollas en los pies. La única forma de conseguir unos nuevos era robándolos, dijo. Gavin le mandó de vuelta con su unidad sin ponerlo bajo arresto y, a la mañana siguiente, se presentó en ella un sargento del cuartel general de la división con un par de calcetines nuevos. Beckman murió en la batalla de las Ardenas, pero ningún hombre en la 82.ª Aerotransportada olvidó la historia de los calcetines, que pasó a formar parte de su leyenda. No importa si tales historias son ciertas o no: la relación de un comandante con sus hombres puede definirse por el hecho de que aquellos están satisfechos creyéndoselas. Los soldados de Jim Gavin sabían que, si bien les exigía mucho, también movería cielo y tierra para servir a sus intereses. Inspiraba absoluto respeto y lealtad y aunque otros mandos pensaban que era un engreído insoportable, lo cierto es que tanto él como sus soldados tenían sobrados motivos para serlo.

Cuando la 82.ª Aerotransportada por fin pasó a la reserva en Sissonne, Francia, Gavin encontró tiempo en medio de los entrenamientos de los reemplazos de su división para divertirse en París y Londres: «Una noche de lo más agradable con Valerie –escribió en su diario cuando reanudó la relación con su amante inglesa–; ha sido una velada maravillosa, justo lo que necesitaba». Unas semanas antes de Market Garden, había pensado en que se le

enviara al Pacífico, pues creía que la guerra en Europa estaba prácticamente acabada. Ahora, sin embargo, después de cuatro saltos de combate y muchas semanas de servicio en el campo de batalla, le preocupaba el estado de los veteranos de su división, que mostraban cada vez más señales de fatiga. Creían que pronto tendrían que saltar al otro lado del Rin y muchos ya habían tenido suficiente. «No parece demasiado justo –escribió Gavin–. Debería existir alguna forma de salir de esta sin que te hieran o te maten».

No la había. Al anochecer del 17 de diciembre de 1944, estaba a punto de sentarse a la mesa a cenar cuando recibió una llamada del cuartel general del 1.er Ejército estadounidense para informarle del inicio de una ofensiva alemana en las Ardenas. El día anterior había oído algunos rumores acerca de un posible contraataque germano, aunque no parecía nada serio; pero ahora Eisenhower estaba lo bastante preocupado como para trasladar al campo de batalla a su reserva estratégica, el XVIII Cuerpo Aerotransportado estadounidense. Tanto Ridgway como Taylor estaban fuera, en Gran Bretaña y Estados Unidos respectivamente, por tanto, Gavin sería el jefe de cuerpo en funciones. Sus órdenes iniciales fueron mover sus dos divisiones a Bastogne, en el flanco sur de la penetración alemana. Se cancelaron de inmediato todos los permisos y pases de día de los paracaidistas, tanto en París como en otras poblaciones y se les obligó a reincorporarse a sus unidades con urgencia. La 82.ª Aerotransportada se puso en marcha en la helada mañana del 18 de diciembre, la 101.ª la siguió justo después. Las dos divisiones andaban patéticamente escasas de equipo e incluso de armas personales. Gavin llegó al cuartel general del 1.er Ejército alrededor de las 9.00 h, helado y calado hasta los huesos, después de conducir toda la noche con dos ayudantes y su familiar carabina M-1. En ese momento, se tomó una decisión que fue de vital importancia –sobre todo por Gavin, ya que los oficiales superiores del 1.er Ejército parecían paralizados por la crisis–, que era desplegar solo a la 101.ª Aerotransportada en Bastogne, mientras que la 82.ª ocupaba una posición en torno al río Amblève, en la parte norte de lo que ya empezaba a conocerse como «el Saliente». [4] Cuando Ridgway llegó al frente, no se mostró nada contento con que hubieran separado a las dos divisiones de su XVIII Cuerpo, pero Gavin respondió que simplemente había enviado las formaciones allí donde se las necesitaba con más urgencia. Él mismo dispuso el despliegue de la 82.ª según los batallones

iban llegando al campo de batalla a lo largo de la noche del 18 de diciembre, antes de poder dormir un poco acostado en el suelo de una granja.

A la mañana siguiente recorrió sus posiciones en medio de un sepulcral silencio, que su instinto le decía que era la calma que precedía a la tormenta. Ridgway estableció su cuartel general en las proximidades y asumió la responsabilidad de mantener abierto el corredor entre Sankt Vith y Bütgenbach, con la 82.ª Aerotransportada, la 30.ª División de Infantería y la 3.ª División Acorazada. Gavin se dispuso a mover su división a un terreno favorable a la defensa en la ribera del río Salm. Las divisiones aerotransportadas estaban equipadas con armas ligeras, lo que significaba que no estaban bien preparadas para la defensa, en especial contra los Panzer alemanes más pesados. Se ha prestado tanta atención histórica a la defensa de Bastogne por la 101.ª Aerotransportada que la resistencia, igualmente feroz, de la 82.ª Aerotransportada en el norte ha recibido menos de la que merece. Aquella mañana del 18 de diciembre, uno de sus regimientos, el 504.º PIR, libró una larga y costosa batalla para defender el puente en Cheneux. Gavin pensó más tarde que su comandante, el combativo Reuben Tucker, había cometido un error al lanzar a sus batallones en un contraataque frontal. Tucker consiguió rechazar el ataque alemán tras un encarnizado combate, pero perdió 225 hombres. Otro regimiento, el 505.º PIR, se vio obligado a ceder terreno en otra batalla igual de enconada con la 1.ª División Panzer de las SS, pero consiguió defender la orilla occidental del Amblève hasta que los alemanes se retiraron el 23 de diciembre.

Tal vez por ello, tanto los hombres de la 82.ª Aerotransportada como su general se sintieron especialmente ofendidos cuando Montgomery, que el 22 de diciembre había asumido el mando del flanco norte del saliente, decidió retirar a los americanos de Sankt Vith, que habían defendido con tanta determinación. El mariscal de campo británico estaba decidido a acortar la línea aliada y –como dijo en una frase que buscaba provocar a los estadounidenses– «poner en orden el campo de batalla». Durante los días que siguieron, Gavin y sus hombres se encontraron combatiendo contra elementos de tres divisiones Panzer. De nuevo, él y Ridgway volvieron a tener un desagradable encontronazo, que en esta ocasión fue provocado por la insistencia de Gavin en que le enviasen apoyo blindado para sostener sus

maltrechas líneas y la respuesta del cuartel general de que no había ninguno disponible. Gavin y el jefe de estado de mayor de Ridgway tuvieron una fuerte discusión, en la que el segundo llegó a decir de Gavin que era «un maldito sucio irlandés, siempre pendiente solo de sí mismo» y le acusó de comportarse como un ingrato con Ridgway, que había impulsado su carrera. La iracunda reacción de Gavin era la típica de un comandante que se encuentra enzarzado en una desigual batalla y que ve, impotente, cómo sus regimientos son destrozados por la superior potencia de fuego enemiga. Sin embargo, tales exabruptos alimentaban las dudas acerca de su capacidad para el alto mando. Era un luchador nato, pero no sabía navegar en las peligrosas aguas de los cuarteles generales; sus peleas con otros oficiales superiores le granjearon muchos enemigos que no estaban dispuestos a olvidar ninguna ofensa.

Gavin estaba irritado por tener que abandonar unas posiciones por cuya defensa sus hombres habían tenido que pagar un elevado precio en vidas. Sin embargo, lo cierto es que se equivocaba al negarse a admitir que la situación estratégica obligaba a hacer estas rectificaciones de la línea del frente. Gavin se vio obligado a ver cómo en la noche del 23 de diciembre, con una luna llena terriblemente fría, sus exhaustos paracaidistas abandonaban las posiciones que habían defendido con tanta tenacidad. La retaguardia de su formación aún tuvo que librar una serie de encarnizadas escaramuzas contra los alemanes y demostrar que no habían perdido un ápice de su agresividad a pesar del tremendo desgaste sufrido en los combates de la semana anterior. La batalla de las Ardenas costó 66 oficiales y 1618 hombres a la 82.ª Aerotransportada. Tanto Gavin como sus hombres se sintieron menospreciados cuando toda la atención de la prensa y el público se centró en la 101.ª Aerotransportada y en el 3.er Ejército de Patton, que fueron quienes se llevaron los laureles de la victoria. Tampoco se sintió satisfecho con el plan aliado de contraataque, que se había pensado para empujar metódicamente a los alemanes por donde habían venido en vez de ir a la yugular y atacar la base del saliente para cortarles la retirada. Montogomery, Bradley y Eisenhower fueron unánimes en rechazar la posibilidad de ejecutar una maniobra más audaz contra los alemanes; para ellos era suficiente ganar con pocas bajas y arriesgando lo indispensable. El 3 de enero empezó el contraataque aliado, en el que la 82.ª Aerotransportada tuvo un papel destacado. Gavin, como era su costumbre,

estaba con la vanguardia de sus tropas de asalto, carabina en mano, apremiando a hombres y oficiales para que atacaran sin descanso. Parecía ajeno al peligro, incluso cuando su ayudante fue herido mientras estaba a su lado.

Los últimos meses de la guerra fueron una fuente de frustraciones para Gavin, cada vez más impaciente con la poca agresividad que mostraban los ejércitos de Eisenhower:

> Si nuestra infantería combatiera –confió a su diario–, esta guerra estaría acabada a estas alturas […] la infantería americana simplemente no peleará. Nadie quiere que le maten, no es que otros quieran, pero al menos correrán algún riesgo de cuando en cuando. Nuestra artillería y nuestra fuerza aérea no están mal. Pero la infantería regular es terrible. Todo el mundo quiere vivir hasta una edad avanzada. Ver a unos pocos alemanes hace que se escondan en sus agujeros.

Sin duda, Gavin tenía razón al creer que a los aliados occidentales les había tomado más tiempo del que hubiera sido necesario invadir Alemania contra fuerzas muy inferiores, pero era poco realista pensar que las formaciones convencionales del Ejército estadounidense pudieran imitar la agresividad de sus propias tropas de élite. Él mismo era un profesional entusiasta y ambicioso, para el que la guerra representaba la mayor oportunidad de su carrera. Su actitud en el campo de batalla era la de un veterano al que han disparado docenas de veces pero que nunca ha caído herido, pero no podía esperar que otros mostraran la misma convicción en su invulnerabilidad personal que él mostraba. La mayoría de los soldados estadounidenses no creía que el conflicto fuera, como pensaba Gavin, una oportunidad de oro para forjarse una reputación: su única ambición era sobrevivir y poder regresar a sus hogares, donde continuar sus vidas anteriores a la guerra. No puede sorprendernos, por tanto, que Gavin hiciera enemigos entre sus iguales y que su actitud de orgulloso y apuesto príncipe guerrero los irritase sobremanera. La 82.ª Aerotransportada participó en la ofensiva en Alemania en la primavera de 1945, pero no intervino en ninguna acción principal, ya que el Ejército quería conservar intactas sus formaciones de élite para el caso de que necesitara utilizarlas contra Japón. Los últimos meses de contienda fueron un anticlímax

para Gavin, aunque los aprovechó para tener una aventura con Marlene Dietrich y con la corresponsal de guerra y esposa de Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, con la que solía jugar al *gin rummy* en la cama. La posibilidad de saltar junto con su división sobre Berlín le pareció una idea excitante, pero probablemente él fue el único que no se sintió aliviado cuando el alto mando decidió que era un riesgo innecesario y abandonó el plan.

Después de la guerra, Gavin volvió a Estados Unidos. Se divorció de Peggy y se casó con la antigua esposa de un oficial de la fuerza aérea, una feliz unión que les dio tres hijas. Mandó la 82.ª Aerotransportada hasta 1948 y más tarde un cuerpo en Alemania, pero después su carrera se estancó. Para su disgusto, no le ofrecieron un puesto de combate en Corea, tal vez porque Ridgway y otros mandos le veían incapaz de respetar las convenciones de una guerra limitada. «Slim Jim» tampoco demostró estar mejor preparado para la venenosa política del Pentágono, donde chocó más de una vez con su antiguo rival, Maxwell Taylor, que había llegado a ser jefe de estado mayor del Ejército. A comienzos de 1958, a los cincuenta años, abandonó el Ejército y comenzó una carrera en los negocios, solo interrumpida por un periodo como embajador de Estados Unidos en Francia a petición del presidente Kennedy. Este se sentía atraído por el glamuroso combatiente irlandés, pasando por alto que Gavin solo hablaba un francés básico. El embajador ocupó el puesto en Francia durante dieciocho meses antes de regresar a su país y dirigir un negocio ruinoso. Murió en 1990, a los ochenta y tres años.

Jim Gavin se cuenta entre los oficiales superiores más inspiradores de la Segunda Guerra Mundial. Su entusiasmo por la guerra aerotransportada le llevó a sobrevalorar el potencial de esta; al igual que Patton, Gavin no era consciente de que otros hombres no estaban tan predispuestos como él a permitir que su ambición dominase su instinto de supervivencia. Sus virtudes en el campo de batalla eran vicios que lo inhabilitaban para ejercer mandos de mayor responsabilidad. El espíritu del «yo puedo» es muy deseable en oficiales que ocupan puestos hasta un cierto nivel, sin embargo, a partir de ese rango, también es una virtud igual de importante saber cuándo hay que decir «no puedo», y esto no formaba parte de su personalidad. Es probable que buena parte de las reservas hacia su persona que compartían tanto Ridgway como Taylor se debieran a la rivalidad personal, pero también eran un reflejo de la

habilidad de ambos para juzgar a otros hombres y es que, mientras Gavin era un comandante ideal para mandar una formación paracaidista en batalla, le pasaba como a la mayoría de los hombres como él, los guerreros natos, y es que son redundantes cuando la batalla ha terminado. Son soldados con menos lustre los que terminan llevando los bastones de mando y, en el fondo, son los que están mejor preparados para hacerlo.

[1] N. del E.: La División Hermann Göring era una división blindada de élite formada por tropas paracaidistas de la Luftwaffe. Durante la guerra combatió en Túnez, Sicilia, la Italia continental y el Frente del Este. En Sicilia contaba con una fuerza de 15 000 hombres.

[2] N. del E.: Acerca de la campaña de Sicilia (Operación Husky), *vid* . Douglas Porch, *El camino hacia la victoria* , Desperta Ferro, Madrid, 2019, 361-396.

[3] N. del E.: Las divisiones aerotransportadas aliadas contaban con dos tipos de fuerzas de infantería: los paracaidistas y la infantería de planeadores [*glider infantry*], que no se lanzaba en paracaídas, sino que era transportada al campo de batalla a bordo de planeadores remolcados por aviones de transporte (un avión de transporte y un planeador formaban lo que se conocía como un *stick*).

[4] N. del E.: «The Bulge», lo que hizo que la batalla de las Ardenas se conozca en el ámbito anglosajón como Battle of the Bulge.

13
El ratón blanco

En algunas sociedades, las mujeres han tenido un papel relevante en el campo de batalla, aunque algunas de las historias de guerreras, como las amazonas descritas por Heródoto en el siglo V a. C., puede que sean pura fantasía. [1] Muchas mujeres combatieron en las filas de los movimientos comunistas y revolucionarios del siglo XX y en el Ejército Rojo entre 1941-1945, aunque, en este último caso, las necesidades propagandísticas llevaron a exagerar su papel en algunas ocasiones, como en el del famoso escuadrón de caza nocturno formado exclusivamente por mujeres. Por el contrario, los ejércitos occidentales se han mostrado mucho más reacios al empleo de mujeres en unidades de combate, tal vez por un cierto machismo institucional que tiende a verlas como objetos frágiles que deben ser protegidos de la devastación de la guerra. Por otra parte, la circunstancia de que una mujer pueda manifestar no tener la misma capacidad física que sus camaradas varones, por ejemplo, ha provocado, en unidades mixtas estadounidenses contemporáneas, protestas entre los soldados varones por la incapacidad de sus compañeras para asumir su parte del esfuerzo físico que conlleva la profesión de soldado. Socialmente hablando, este argumento más pragmático tiene mayor peso en el debate que en el contraargumento más tradicional expresado por un general británico: «No puedes dejar atrás a una mujer en un campo de batalla».

Sin embargo, hace falta ser muy inocente para no tener en cuenta otro problema de las unidades mixtas: las inevitables tensiones que surgen en las relaciones románticas entre miembros de la misma unidad. Hace años, cuando el Ejército británico debatía acerca del derecho de los soldados homosexuales a combatir en el frente, un distinguido veterano que era homosexual declarado se opuso activamente, para sorpresa de algunos, a la presencia de hombres gais en la línea de frente y, por la misma razón, rechazaba la presencia allí de mujeres:

«No existe una relación humana más estrecha que aquella entre hombres que pelean juntos. Es esencial que no esté comprometida por tensiones sexuales». Ni siquiera en el Ejército israelí, al contrario de lo que se piensa, las mujeres ocupan posiciones de combate, sino que actúan en misiones de apoyo y en más de una ocasión su presencia ha provocado serios problemas de disciplina con las relaciones sexuales como detonante. Las discusiones relativas al despliegue de mujeres en batalla son complejas, pero hay buenas razones para que incluso las sociedades más liberales sean prudentes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los aliados occidentales reclutaron a millones de mujeres como enfermeras y en servicios auxiliares, algunas de las cuales realizaron misiones de importancia crítica, especialmente en comunicaciones y defensa antiaérea, pero solo un reducido número de ellas participó de forma activa en operaciones militares. Con Hitler dueño de la mayor parte de Europa en 1940, Winston Churchill se comprometió a apoyar la resistencia armada entre las poblaciones invadidas, para lo que ordenó la creación de una nueva organización secreta, el SOE (Special Operations Executive [Dirección de Operaciones Especiales]), cuya misión no sería el espionaje, sino promover la guerra de guerrillas. Aunque el SOE era una organización militar cuyos miembros tenían rangos militares, la mayor parte de sus mandos y todos sus agentes eran en realidad aficionados con talento y solo un puñado de sus miembros eran soldados profesionales. Mientras que en el Lejano Oriente y en los Balcanes, las fuerzas del SOE tuvieron un carácter paramilitar desde el principio, en otras partes como Francia los agentes se hacían pasar por civiles, por lo que la primera criba en el proceso de selección consistía en demostrar el dominio del idioma y su familiaridad con el país, antes de valorar siquiera si tenían la resistencia física y mental necesaria para las operaciones clandestinas.

Pronto se dieron cuenta de que las mujeres podían representar un papel vital en las operaciones clandestinas, lo que, por razones obvias, ha atraído una cantidad de atención desproporcionada por parte de historiadores posteriores. En primer lugar, hay que tener presente que eran pioneras, las primeras a las que las democracias occidentales ofrecían una oportunidad de demostrar sus aptitudes para la milicia. Eran mujeres que vivían al límite y, aunque sus vidas no carecían de romanticismo, eran solitarias y sabían que si las capturaban casi

siempre les esperaba la muerte en un campo de concentración nazi. De acuerdo con las leyes bélicas, los alemanes tenían derecho a fusilar a los agentes británicos capturados –algo que se suele olvidar–, pero las torturas de una crueldad inimaginable que precedían a las ejecuciones provocan, con justicia, asco y rechazo.

Aparte de entrenar en técnicas de infiltración y para pasar desapercibidos, todos los reclutas del SOE recibían instrucción militar básica, especialmente en el uso de armas de fuego. Ahora bien, su misión principal era organizar, armar y entrenar a los grupos locales de resistencia, que operaban con sus propias cadenas de mando, esto es, de franceses, yugoslavos o griegos, no de británicos o de mujeres. Los agentes del SOE no tenían autoridad para dar órdenes –lo que representaba una constante fuente de frustración–, y su influencia derivaba de la fuerza de su personalidad y de su capacidad para redistribuir el dinero y las armas que les lanzaban en paracaídas. Además, tenían que lidiar con las rivalidades internas que lastraban a los movimientos de resistencia nacionales, como era el caso de Francia, donde los leales al general De Gaulle se llevaban a matar con sus rivales políticos, sobre todo con los comunistas, y también debían tener en cuenta la oposición de De Gaulle a cualquier operación del SOE que escapara de su control directo.

Algunas agentes llegaron a hacerse famosas durante la guerra –varias de forma póstuma–, aunque no fueron por necesidad las más efectivas. La mayor parte de la evidencia documental acerca de las operaciones del SOE durante la guerra sigue siendo secreta, de modo que prácticamente toda la información disponible la conforman memorias y diarios, lo que supuso que después de la guerra se diera pábulo a extravagantes leyendas acerca de las experiencias durante el conflicto del personal de la Sección Francesa, más o menos en la tónica de lo sucedido con Lawrence de Arabia una generación antes. Violette Szabo, quien enviudó tras un breve matrimonio con un oficial francés, y que tenía una hija pequeña, estaba trabajando en el mostrador de perfumería del Bon Marché en Brixton cuando el SOE la reclutó. Tenía veintitrés años, era extraordinariamente guapa, querida y muy valiente, y más tarde fue ejecutada en Ravensbrück. En 1958, su periodo como agente del SOE inspiró un largometraje, *Carve Her Name with Pride* , en el que fue interpretada por Virginia McKenna. Sin embargo, la realidad es que apenas pasó un mes en

Francia antes de ser arrestada por los alemanes en junio de 1944 en el curso de la segunda de las dos misiones en las que participó. Aunque se dijo en su momento que solo fue capturada después de un dramático tiroteo con las tropas alemanas, esa historia ha sido refutada recientemente. Al igual que Violette Szabo, Odette Sansom recibió la George Cross [2] e inspiró un largometraje biográfico –*Odette* (1950), protagonizado por Anne Neagle–, pero muchos de sus antiguos compañeros de armas creían que su arresto se debió a su imprudencia, como probaba el hecho de que arriesgara la seguridad operativa por mantener un apasionado romance con otro agente del SOE, Peter Churchill, con el que se casó después de la guerra. Las relaciones sexuales entre agentes eran un riesgo. Nada de lo dicho menoscaba en absoluto la valentía de aquellas mujeres, pero tampoco es necesario distorsionar sus hazañas envolviéndolas en un trasnochado sentimentalismo. Ellas eligieron combatir en un tipo de guerra que, aunque no era nuevo –la guerra de guerrillas es tan antigua como la civilización–, había experimentado una revolución gracias a los recursos materiales en forma de aviones, armas y aparatos de comunicación que proveían los Gobiernos aliados. La esperanza de vida de un agente británico en la Europa ocupada era mejor que la de un soldado de infantería y, de hecho, de los 560 agentes enviados al continente, murieron 133 o, lo que es lo mismo, uno de cada cinco; las agentes femeninas realizaron 53 misiones en Francia (varias participaron al menos en dos misiones), de las que 13 –una cuarta parte, aproximadamente– perdieron la vida. Eran mujeres excepcionales que habían aceptado una vida que estaba muy alejada de lo que se esperaba de una dama en occidente a mediados del siglo XX. Algunas de las agentes del SOE, como Christina Granville, Pearl Witherington, Virginia Hall y Lise de Baissac –todas ellas mucho menos célebres que Szabo y Sansom– hubieran sido agentes de inteligencia excepcionales en cualquier otra circunstancia y lugar. Hubo mujeres del SOE que tuvieron éxito y otras que fracasaron, algunas que demostraron habilidades extraordinarias y otras que fueron más mediocres, tal y como suele suceder en cualquier grupo humano, tanto en tiempos de paz como de guerra.

Una de las reclutas más pintorescas del SOE fue Nancy Wake. Nacida en Wellington, Nueva Zelanda, en 1912, creció y se crio en Sídney, Australia, adonde sus padres se habían trasladado cuando ella tenía dos años. Fue una

niña rebelde, que llegó a fugarse dos veces de su casa porque le irritaba que la obligaran a hacer las tareas del hogar, que odiaba. A los dieciocho años se puso a trabajar como enfermera en un manicomio y con solo veinte, después de haber ahorrado el suficiente dinero para viajar, decidió que era hora de ver mundo y partió hacia Europa vía Vancouver y Nueva York. Tenía una personalidad enérgica, extravagante, extrovertida y un ácido sentido del humor. Quería vivir aventuras, y era muy liberal respecto al sexo en comparación con otras de su generación. En Londres siguió un cursillo de periodismo y, al terminar, se mudó a París, donde alquiló un pequeño apartamento. Siguieron varios años en los que se tuvo que ganar la vida a duras penas como periodista independiente, aunque como contrapartida su profesión le permitía viajar por todas partes y divertirse a lo grande. En 1939, cuando tenía veinticuatro años, se enamoró de un rico empresario marsellés de cuarenta años llamado Henri Fiocca, que la introdujo en los sofisticados círculos de la aristocracia del sur de Francia, una vida que era totalmente extraña para ella. Jamás le había dado importancia al dinero, ni tampoco lo hizo después pero, por un breve espacio de tiempo, pudo experimentar el placer de no tener que preocuparse por lo que gastaba. Los últimos meses antes del estallido de la guerra pasaron para ambos en un romántico idilio aderezado con veloces coches y restaurantes de lujo, buena comida y ropa de importantes diseñadores.

Poco después de comprometerse, Nancy y Henri Fiocca alquilaron un apartamento con vistas al Puerto Viejo de Marsella que ella decoró y amuebló haciendo gala de su habitual y exuberante entusiasmo. Por primera vez en su vida se sentía segura. Se encontraba de visita en Londres, siguiendo un tratamiento para adelgazar en Tring, cuando estalló la guerra en septiembre de 1939. Inmediatamente, ofreció sus servicios a los británicos, que le sugirieron que podría trabajar en una cantina de la NAAFI, [3] pero eso no es lo que quería esta joven corpulenta, ingeniosa y valiente, de modo que decidió volver a Francia, a pesar de que los desmoralizadores augurios de los oficiales británicos con los que se vio obligada a tratar para obtener los permisos de viaje necesarios: «¿Realmente quiere ir, señorita? ¿Una chica australiana? ¿A Francia?». «Si va allí, nunca volverá. ¿Lo entiende, verdad?». Nancy supo apreciar la ironía que suponía regresar a una Francia en la que no se apagaban

las luces a pesar de la guerra, después de abandonar una Gran Bretaña oscurecida por miedo a los bombardeos.

Nancy y Henri Fiocca se casaron en Marsella el 30 de noviembre de 1939, para disgusto de la católica familia del novio. Ella, por su parte, se propuso disfrutar de la vida todo lo que pudiera antes de que el conflicto empezara en serio. En las calles de Marsella, regateando en el mercado negro, adquirió un extraordinario dominio del francés vernáculo que le resultó muy útil más adelante. Durante aquellos meses bebió champán y comió caviar hasta reventar, aunque no tanto, afirmó más tarde, porque le gustasen especialmente, como por la emoción de poder permitirse el lujo. Sin embargo, sabía que Henri, que ya había servido en el Ejército francés en 1918, pronto sería movilizado y ella no quería quedarse de brazos cruzados. Decidida a contribuir al esfuerzo bélico, exigió que le enseñaran a conducir una ambulancia: «Quiero ir a la guerra ¡Estoy harta de oír cómo *vosotros* ganasteis la última! ¡Esta la ganaré *yo* !». En efecto, poco después Henri fue llamado a filas y se le destinó a Belfort, en la frontera alemana. Nancy viajó hasta Alsacia en la ambulancia que él le había comprado, aterrorizando a los franceses con su manía de conducir por la izquierda; cada vez que estaba a punto de sufrir un desgraciado accidente, les respondía, desafiante: «*Je suis Australienne. En Australie, on fait comme ça!* ». [4]

Al final, los alemanes atacaron Francia en mayo de 1940 y, en medio del caos provocado por la derrota, Nancy transportó a refugiados en su ambulancia hasta que fue obvio que no había nada más que ella pudiera hacer para ayudarlos y volvió al sur. La ambulancia se averió cerca de Nimes y se vio obligada a hacer autostop el resto del camino hasta Marsella, desolada por la desgracia que había caído sobre Francia. Pasaron semanas sin tener noticias de Henri, hasta que un día, sin previo aviso, cruzó la puerta. El sur de Francia permaneció bajo el control del gobierno títere de Vichy en vez de bajo la ocupación alemana hasta noviembre de 1942, pero los Fiocca sabían que su mundo había quedado destruido sin remedio.

Una noche en octubre de 1940, mientras cenaban en el Hôtel du Louvre, tuvieron un encuentro fortuito que cambió sus vidas. Nancy había observado a un individuo que estaba sentado a solas en la recepción del hotel y que leía un libro en inglés. Le picó la curiosidad, así que le pidió a Henri que se presentara e indagara acerca de su procedencia. El hombre resultó ser un oficial británico,

prisionero bajo palabra de Vichy, que estaba alojado en los cercanos barracones de Fort Saint Jean. Los Fiocca le invitaron de inmediato a cenar con ellos y acordaron una cita en su domicilio para el día siguiente. El oficial se presentó acompañado de otros dos camaradas, a los que Nancy entregó toda la comida que pudieran llevar, ya que los prisioneros no contaban con una fuente de ingresos regular y siempre estaban al borde de la inanición. Los Fiocca pasaron una sucesión de invitaciones a cenar con ellos a los doscientos oficiales internados en Fort Saint Jean. También discutieron las posibilidades de fuga aunque, puesto que los británicos estaban internados bajo palabra de honor, no podían huir, pero sí hacer planes para recuperar su libertad.

Henri Fiocca apoyó la decisión de su esposa de involucrarse en aquellas actividades de resistencia, pero le advirtió seriamente acerca de las consecuencias, y es que Nancy era apasionada e impulsiva por naturaleza. Un amigo dijo de ella que «era una de esas personas que cuando entra en una habitación hace que todos se fijen en ella sin necesidad de abrir la boca». Aunque sea un rasgo de personalidad positivo, no lo es tanto cuando se está implicado en actividades clandestinas. La mejor protección de un agente es pasar desapercibido. La Milicia, la policía paramilitar de la Francia de Vichy, era tan hostil a la causa aliada y tan brutal con sus simpatizantes como la Gestapo, de modo que cualquier actividad que llamara la atención de las autoridades hacia la presencia de una mujer australiana en Marsella podía suponer problemas para Nancy y también graves dificultades para la familia Fiocca, sus propiedades y sus intereses empresariales.

La historia nos dice que es más habitual que los que están más predispuestos a combatir la tiranía son los que menos tienen que perder. Tanto la aristocracia como la burguesía francesas, con unas pocas excepciones, colaboraron de buen grado con los ocupantes alemanes entre 1940 y 1944 y, en cualquier caso, antes del invierno de 1940 solo unos pocos, la mayoría procedentes de las clases medias o trabajadoras o el campesinado –maestros, agricultores, sindicalistas, ferroviarios y socialistas– se unieron a la Resistencia y su número creció cuando lo hicieron los comunistas tras el ataque alemán contra la Unión Soviética en junio de 1941. Todos ellos eran considerados «chusma» por las clases pudientes o simplemente terroristas comunistas. Es una buena prueba de la lealtad y valentía de Henri Fiocca el que apoyara a su

esposa –dejando de lado el egoísmo del que hizo gala la mayoría de los que pertenecían a su misma clase social– cuando esta decidió hacer todo lo que estuviera en sus manos para ayudar a los británicos internados en Fort Saint Jean.

Un día apareció entre los invitados de Nancy Fiocca un capitán escocés de gran estatura llamado Ian Garrow, al que le había impresionado todo lo que había podido escuchar de la energía y la simpatía de su anfitriona. Garrow estaba organizando una ruta de huida hasta la frontera española, pero para ello necesitaba mucho dinero y decidió pedírselo a Nancy, quien, a su vez, se lo pidió a Henri. Fiocca preparó los cheques sin protestar, aunque sus recursos estaban lejos de ser ilimitados y los tiempos eran duros. Sin embargo, Garrow no se conformó y pidió a Nancy que actuara como su correo para comunicar mensajes a lo largo de su «línea de huida», sobre todo a Tolón y Cannes, algo que ella aceptó sin dudarlo. Adquirió nuevos documentos que confirmaban su identidad como Nancy Fiocca, pero que omitían el hecho de que era súbdita británica, aunque eso apenas servía para reducir el riesgo, ya que muchas personas a lo largo de la costa la conocían como «*l'Australienne de Marseille* » pero, al menos por el momento, la hacía menos sospechosa en los controles.

A lo largo de 1941 siguió trabajando para la línea de Garrow, que estaba vinculada al MI9, una sección de los servicios de inteligencia británicos con base en Londres que se ocupaba de ayudar a los soldados aliados que intentaban huir de la Europa ocupada. Conforme la guerra se globalizó, la presión alemana en el sur de Francia se fue incrementando, por lo que la Milicia intensificó su búsqueda de enemigos del Eje. La peor amenaza para la Resistencia siempre fue la delación. Uno de los aspectos más trágicos de la sociedad francesa durante la guerra, desgarrada por las divisiones políticas, fue su propensión a la traición y la denuncia. Un número significativo de agentes y simpatizantes aliados que fueron arrestados por los alemanes debió su captura a denuncias realizadas por otros franceses, bien por rivalidad política, por dinero o por simple rencor. Tras la rendición de Francia en 1940, hubo más franceses combatiendo en las filas de Vichy que con el uniforme de los contingentes angloamericanos.

En la primavera de 1942, Ian Garrow fue capturado, juzgado y sentenciado a diez años de prisión y se le confinó aislado en una celda del Fort Saint

Nicolas, en Marsella. Su red de fugas pasó a ser dirigida por uno de los personajes más destacados de la Resistencia durante la guerra, quien en diferentes ocasiones afirmó ser francés o un oficial británico llamado Patrick O'Leary pero que, en realidad, era un médico militar belga llamado Albert Guérisse. O'Leary fue uno de los principales héroes de la Resistencia; por entonces tenía treinta y un años y ya era un veterano de la guerra secreta, tras haber escapado por los pelos en más de un centenar de ocasiones mientras organizaba rutas de huida a través de Francia, hasta que finalmente fue arrestado y enviado a un campo de concentración en Alemania, aunque sobrevivió a la guerra.

Nancy Fiocca le mandó una carta a Ian Garrow con el supuesto de que era una familiar suya y que iba a ir a visitarlo, lo que provocó una fuerte discusión con su marido, ya que el riesgo que corría era extraordinario. Ese comportamiento hubiera sido impensable en una organización de inteligencia pero, en aquella época y en aquel lugar, todos eran diletantes que no tenían ni idea de las reglas del juego. Nancy era una mujer apasionada en sus lealtades, especialmente con los amigos en dificultades, por lo que a pesar de la oposición de Henri y de la furiosa reacción ante su temeridad por parte de O'Leary, se negó a dar su brazo a torcer. Iba a Fort Saint Nicolas tres veces por semana para llevarle comida, aunque solo pudo ver a Garrow en persona en tres ocasiones. No obstante, le escribía cartas constantemente, lo que Henri consideraba una imprudencia. Nancy se encogía de hombros y le contestaba desafiante: «Sé lo mucho que recibir cartas significaría para mí si me encontrara en su lugar».

La única concesión que hizo a la seguridad fue dejar de utilizar su apartamento para recibir a los fugados y a sus contactos con la Resistencia. Alquiló otro piso cercano donde podía alojar a sus visitantes ilegales y encontrarse discretamente con otros agentes. A finales de 1942 volvió a arriesgar su cobertura cuando ella y Henri fueron a la estación de Marsella a despedirse de Garrow, que iba a ser trasladado con una fuerte custodia policial de Fort Saint Nicolas al famoso campo de la policía de Vichy en Meauzac. Ese mismo día, Nancy viajó a Niza para escoltar hasta Perpiñán a tres aviadores estadounidenses que intentaban llegar a España. Viajaba con el pseudónimo de Lucienne Cartier y, aunque resulte irónico para una mujer de su corpulencia, su nombre en clave era «Ratón Blanco».

En noviembre de 1942, después de los desembarcos aliados en el norte de África, los alemanes ocuparon el territorio de la Francia de Vichy y lo sometieron a las leyes militares alemanas que regían en la mitad norte. Nancy iba a visitar regularmente a Garrow en el campo de Meuzac. Estaba resuelta a ayudarlo a escapar, para lo cual había decidido sobornar a uno de los guardias. Uno de ellos parecía mostrarse receptivo, pero la primera vez que quedó con él para discutir los detalles estuvo esperando toda la noche en un puente cercano sin que el hombre apareciera. Pasada una semana, volvió al mismo puente y, en esta ocasión, el hombre sí se presentó. Acordaron que a cambio de medio millón de francos –algo más de 2500 libras, una pequeña fortuna para la época–, ayudaría a escapar a Garrow. Con la ayuda de una importante contribución de Henri Fiocca, Patrick O'Leary aportó el dinero. El 8 de diciembre de 1942, disfrazado con un uniforme de gendarme que le había pasado el guardia y que proporcionó la gente de O'Leary, Garrow salió tranquilamente de Meauzac haciéndose pasar por uno de los guardias que acababa de terminar su turno. O'Leary le estaba esperando escondido a pocos metros de las puertas del campo, lo recogió y lo llevó a un piso franco, donde permaneció oculto durante quince días para recuperar sus fuerzas antes de atravesar los Pirineos y alcanzar la libertad.

Henri Fiocca estaba cada vez más convencido de que su esposa debía seguir el mismo camino. Su comportamiento era extraordinariamente valiente. De hecho, en ocasiones parecía como si considerase la guerra como un juego, pero tarde o temprano acabarían por arrestarla. Nancy había tenido mucha suerte a lo largo de los treinta meses anteriores, pero a los Fiocca les llegaron toda clase de indicios de que los alemanes estaban tras la pista del «Ratón Blanco». Finalmente, aceptó que debía escapar a Inglaterra, pero eso no evitó que tomara otra decisión impulsiva: envió todos sus vestidos en un baúl desde Marsella a la oficina de Thomas Cook [5] en Madrid para esperar allí su llegada. Como ya era habitual en ella, pasó por alto todos los consejos para que fuera más prudente, convencida de que nadie la conocía ya como Nancy Wake. Se despidió apresuradamente de Henri, quien le dijo que, por si acaso, había depositado 60 000 libras en monedas y billetes en su caja de seguridad de Marsella, aunque le prometió que pronto la seguiría en su huida. Lo que no está claro es por qué Henri pensaba que una vez se conociera la fuga de su

esposa él podría permanecer en libertad siquiera unas semanas más. Si se dictaba una orden de detención contra Nancy era solo cuestión de tiempo que también lo detuvieran a él. Es posible que creyera que podría proteger sus negocios si se quedaba atrás.

Nancy tomó un tren hasta Toulouse para ocultarse hasta que O'Leary preparara una ruta de fuga a España, pero allí fue identificada como la señora Fiocca y arrestada por la policía de Vichy. Pasó varios días detenida hasta que una mañana la sacaron de su celda y la llevaron a un despacho, donde se quedó atónita al ver a Patrick O'Leary. Al principio, suponiendo que él también había sido arrestado, fingió que no lo conocía, pero él masculló entre dientes: «¡Sonríe, idiota! ¡Se supone que eres mi amante!». En la oficina del comisario de policía le echaron un rapapolvo y, tras confiarla al cuidado de O'Leary, la dejaron marchar. El belga se había marcado un increíble farol para liberarla, presentándose en el cuartel de la policía con documentos falsos que afirmaban que era un miembro de la Milicia, además de ser amigo personal del primer ministro de Vichy, Pierre Laval. Había sacado a Nancy de la cárcel a base de echarle morro.

En febrero de 1943, Nancy viajó en tren hasta Perpiñán, en las estribaciones de los Pirineos. Iba vestida con medias de seda, zapatos de tacón cubano y un abrigo de pelo de camello, con sus joyas en un bolso de piel. Siempre descarada, argumentaba que así vestida nadie pensaría que se trataba de una mujer que estaba en busca y captura. El grupo con el que viajaba, típico de los que se organizaban en la ruta de fuga a España, estaba formado por el propio O'Leary, un operador de radio de la Resistencia, un antiguo gendarme y un aviador neozelandés. Poco antes de llegar a la estación de Perpiñán, uno de los cobradores les avisó de que los alemanes estaban a punto de hacer una inspección de los coches, por lo que O'Leary decidió que saltasen del tren antes de llegar a la estación. Conforme el tren ralentizaba la marcha cerca de unos viñedos, se tiraron al arcén y escaparon entre las vides, perseguidos por un infructuoso fuego alemán. El antiguo gendarme desapareció entre los viñedos y más tarde cayó en manos de los alemanes, que lo enviaron a un campo de concentración donde fallecería antes de acabar la guerra. Los demás consiguieron escapar y regresar al piso franco en Toulouse después de varios días moviéndose campo a través solo por las noches. Nancy estaba

desconsolada, ya que había perdido su bolso durante la huida, junto con toda su documentación y las joyas.

El 2 de marzo de 1943, en un café de la ciudad, Patrick O'Leary fue arrestado por la Gestapo. Cuando escuchó las noticias, Nancy abandonó de inmediato sus alojamientos y se refugió brevemente con una familia que se apiadó de ella. Volvió a Marsella y se alojó en el segundo apartamento que utilizaban como piso franco para esconder a los fugados, pero no se atrevió a contactar con Henri. Junto con otros dos huidos cogió un tren hacia el este para esconderse con un contacto de la Resistencia en Niza, donde permaneció oculta tres semanas mientras conseguía nuevos documentos y ropa. Una vez se hizo con ellos viajó de nuevo en tren a Perpiñán, en esta ocasión sin incidentes, para contactar con los guías que pasaban a los grupos de fugados a través de los Pirineos.

La población era la terminal francesa de la principal ruta de huida europea de la tiranía nazi entre 1940 y 1944. El viaje a través de los Pirineos hacia la España neutral era una experiencia agotadora incluso para un hombre joven y en buena forma física pero, para las personas mayores y las más débiles, o si se hacía en invierno, era una pesadilla. Muchos de los que lo intentaron fueron capturados por los guardias y sus perros, mientras que otros se derrumbaron y murieron de hipotermia. Una gran parte de los desesperados viajeros estaba ya debilitada por el hambre o la mala salud antes incluso de empezar el viaje y sufría terriblemente.

Los alemanes habían declarado una zona de exclusión de una veintena de kilómetros en el lado francés de la frontera, para impedir el paso a España, mientras que en la parte española la zona prohibida al paso se extendía 58 km. Nancy y su pequeño grupo viajaron hasta las estribaciones de los Pirineos ocultos en la caja de un camión de carbón. Al caer la noche, los dejaron a cargo de los guías locales, contrabandistas profesionales que hicieron fortuna con sus actividades en tiempo de guerra. Les dijeron que dejaran sus zapatos y les calzaron con alpargatas. Luego se pusieron en marcha en una caminata que duró cuarenta y siete horas, haciendo tan solo pausas de diez minutos para descansar cada hora. No había razón para detenerse más tiempo, ya que no había acceso ni a comida ni a cobijo y el frío era glacial. Hablar, fumar y toser estaba prohibido, tanto de día como de noche. Todos los miembros del grupo

sufrieron diarrea después de comer carne en mal estado. Estaban sedientos y hambrientos, hasta el punto de que Nancy ignoró las severas advertencias de que no comiera nieve. Arrastrándose y trepando por los peñascos, desesperándose cuando detrás de cada risco aparecía otro descenso, otro pico, completaron el viaje en medio de una tormenta de nieve y llegaron a una choza donde encendieron un fuego y pasaron la noche. Vadearon un río en la oscuridad y les guiaron hasta una granja donde, por fin en España, les dieron su primera comida en treinta y seis horas.

Estaban escondidos en un montón de heno a plena luz del día cuando los encontró la policía española, que escoltó al grupo hasta una población cercana, donde los encerraron en la cárcel local. Dos noches más tarde, los llevaron a Gerona, donde les dijeron que se enfrentaban a una acusación de entrada ilegal, pero al final, después de que los sobornos habituales cambiaran de manos les dejaron a cargo del vicecónsul británico y fueron trasladados a Barcelona. Desde allí, con dinero que le entregó el consulado, Nancy viajó a Madrid, donde para su gran alegría le esperaba el baúl que había enviado desde Marsella con sus vestidos. Recuperada después de aquella prueba, y con ánimos renovados por haber encontrado sus ropas intactas, viajó a Gibraltar, donde diez días después consiguió pasaje en un convoy a Gran Bretaña. Era junio de 1943. Tuvo algunos problemas para que las autoridades de inmigración la dejaran desembarcar, ya que había perdido toda su documentación pero, al final, consiguió convencerlas. Ian Garrow le había reservado una habitación en el hotel Saint James, donde por fin, tras una cena de bienvenida en Quaglino's, pudo acostarse exhausta, pero libre.

Nancy sufrió un periodo de profunda depresión después de su huida, alimentado en buena medida por la preocupación por el bienestar de su marido, de quien no había vuelto a tener noticias. Estaba decidida a volver a Francia de nuevo. Primero ofreció sus servicios al movimiento de la Francia Libre, de De Gaulle, pero la rechazaron de plano al creer que era un topo británico. Se negó a trabajar para el MI9, la organización de fugas dirigida por la War Office, porque le desagradaba uno de los jefes, a quien había conocido en Marsella. Nunca había oído hablar del SOE y el primer contacto con esta organización fue poco propicio: mientras era entrevistada por uno de los oficiales de la Sección Francesa, el comandante Gerry Morrell, le preguntó:

«¿Por qué quiere ir a Francia? ¿Es porque cree que el trabajo es romántico?». Ella explotó: «¡Por el amor de Dios! ¡Si quisiera aventuras románticas puedo conseguir muchas más aquí en Londres que en la Francia ocupada!». Con posterioridad le preguntó a Morrell por qué le había hecho una pregunta tan tonta, a lo que este le respondió displicente: «Solo quería ver su reacción». Algunos de los miembros de la Sección Francesa tenían dudas acerca de sus aptitudes para la vida clandestina pero, en última instancia, el jefe de la Sección, el coronel Maurice Buckmaster, la invitó personalmente a incorporarse a la fuerza. Al igual que casi todas sus camaradas fue comisionada en el FANY (First Aid Nursing Yeomanry [Milicia de Enfermeras de Primeros Auxilios]), como la alférez Nancy Wake, una identidad para legitimar sus actividades como agente de campo. Una vez integrada en las fuerzas armadas, Nancy comenzó en serio el cursillo de entrenamiento paramilitar que debían seguir todas las nuevas reclutas. Después de sus experiencias en Francia, las clases de interpretación le resultaban irritantes, las técnicas de combate insulsas y las pruebas psiquiátricas, ridículas. Su franqueza hacia los jefes de la unidad, que con frecuencia rozaba la insubordinación, provocaba comentarios desfavorables. Estos tampoco veían con buenos ojos su tendencia a beber abiertamente en las reuniones sociales. La amistad más sólida que forjó fue con uno de los instructores, un pequeño actor abiertamente gay llamado Denis Rake, que había servido en Francia como operador de radio y que ahora estaba «descansando». Rake tuvo un papel esencial en la carrera como agente de Nancy; su evidente amaneramiento ocultaba una personalidad notable y una extraordinaria valentía.

La corpulencia de Nancy hacía que no se sintiese especialmente a gusto con la parte física del entrenamiento en el SOE –que incluía carreras campo a través y otros ejercicios similares– y afirmó que nunca se había encontrado con ningún peligro en Francia en el que le hubiera hecho falta escalar muros o franquear una sima. La realidad, desde luego, era que ese entrenamiento estaba diseñado para reforzar la confianza más que para convertir al agente en un atleta. Por el contrario, sí que destacó como tiradora, aunque, y esto le sucedía a la mayoría de las mujeres de la Sección Francesa, era bastante mediocre en el combate cuerpo a cuerpo. Se aburría con el curso de seguridad de Beaulieu, que incluía estudiar detalles de los uniformes del Ejército alemán, la

identificación de aviones y asuntos similares. Cuando su curso completó el entrenamiento de salto en paracaídas en Ringway, se fueron a Londres para una celebración por todo lo alto que, entre otras acciones, implicó hacer giros de paracaidismo en el suelo de la sala de baile del Astor a altas horas de la madrugada. Después de un último curso en explosivos y demoliciones, el entrenamiento de la alférez Wake se consideró completo.

¿Qué es lo que había que hacer ahora con ella? La formidable Vera Atkins, asistente personal de Buckmaster y posiblemente la persona más influyente en la Sección Francesa durante la guerra, tenía serias dudas acerca de la idoneidad de Nancy para utilizarla en Francia. Su coraje e indomable espíritu generaban admiración e inspiraban a todos, pero su juicio y su discreción eran más discutibles. Las grandes ciudades eran el destino más peligroso y difícil para un agente del SOE, pues tanto los alemanes como la policía de Vichy podían ejercer en ellas una vigilancia más sistemática, por lo que era de vital importancia que los agentes fueran capaces de interiorizar su tapadera de forma convincente. La mayor parte de los agentes del SOE enviados a centros urbanos eran capturados tarde o temprano.

Sin embargo, en las áreas rurales más remotas de Francia era otra historia. La implantación por parte de los alemanes en 1943 de la deportación forzosa de mano de obra, el odiado STO (Service de travail obligatoire [Servicio de Trabajo Obligatorio]), supuso un punto de inflexión en la historia de la Resistencia. Miles de jóvenes franceses se echaron al monte para unirse a los maquis y escapar del STO, que para la Resistencia fue un agente de reclutamiento más eficaz que cualquier ideología. Este flujo de reclutas permitió al movimiento guerrillero actuar de forma cada vez más abierta. En 1944, era bastante obvio para cualquier observador medianamente informado que los aliados ganarían la guerra, de forma que todos aquellos franceses que se habían mantenido al margen en 1941, 1942 e incluso en 1943, de repente se declaraban «gaullistas». La Resistencia era más fuerte en las áreas estratégicamente menos relevantes para los alemanes, pero la dificultad del terreno ofrecía refugio para vivir, ocultarse, entrenar y recibir envíos de armas. Para entonces, docenas de agentes del SOE trabajaban como instructores de armamento entre los grupos de maquis. Mientras que para un oficial de inteligencia la discreción y la capacidad de pasar desapercibido son habilidades

fundamentales en tiempos de paz, para un agente del SOE en la Francia rural de 1944 no eran tan necesarias como lo hubieran sido de haberse desplegado, por ejemplo, en el Lyon de 1942. Por el contrario, las virtudes de Nancy Wake –coraje, ingenio, carisma y una feroz combatividad– encajaban como un guante en el perfil requerido, por lo que la Sección Francesa decidió enviarla como ayudante del capitán John Farmer, nombre en clave Hubert, que operaba en la Auvernia, una enorme zona de boscosas montañas en el sur del Macizo Central francés y cuyo centro es la ciudad industrial de Clermont-Ferrand.

Buckmaster le regaló una polvera de plata, un recuerdo personal que solía entregar a cada agente antes de partir al campo de operaciones. La alférez Wake, nombre en clave Witch [Bruja] para el vuelo, embarcó en un bombardero Liberator. «Oiga, ¿es usted realmente Witch?», preguntó el controlador de salto texano, a lo que ella asintió. «¡Caray! –dijo– ¡Una mujer! Nunca hemos lanzado una mujer antes». Le dio una taza de café y un sándwich de carne enlatada, que se comió, pero que reapareció en el suelo del aparato durante las violentas maniobras que siguieron, que eran necesarias para evitar el fuego antiaéreo. Poco después de la 1.00 del 29 de febrero de 1944, Hubert y Andrée –su nuevo nombre en clave en Francia– se lanzaron en paracaídas sobre una zona de aterrizaje cerca de Montluçon, donde les recogió un entusiasta guerrillero que se presentó como Tarvidat, líder de un importante grupo de resistentes locales. Conforme se preparaba para destruir la campana del paracaídas siguiendo los protocolos de seguridad, el horrorizado francés intervino: «¡No, no, *madame* Andrée! ¡Un nailon tan bueno no puede ser destruido!». Le sorprendió que los trasladaran en coche desde la zona de lanzamiento, ya que les habían advertido numerosas veces de que se trataba de un método de transporte excesivamente peligroso, pero que la Resistencia auvernesa utilizaba constantemente.

También se quedaron desconcertados ante la abierta bienvenida que les dieron los paisanos del pueblo donde los alojaron a ella y su jefe, en un pequeño apartamento encima de una tienda de radios. Era como si supieran exactamente quiénes eran y por qué estaban allí, lo que tampoco es tan raro en un sitio como es una pequeña comunidad rural, donde todos se conocían y alguien de fuera no pasaría desapercibido. Esta era una diferencia fundamental entre la resistencia urbana y la rural, pero también un reflejo de la inseguridad

crónica de los maquis. Los primeros encuentros de la pareja del SOE con el maquis local, que dirigía un «coronel» llamado Gaspard, fueron poco prometedores. Les parecieron chusma sucia, desorganizada e indisciplinada, más interesados en el millón de francos que llevaba la agente británica que en cualquier otra cosa.

Nancy ganó algo de crédito entre esta banda de maleantes al participar con ellos en el saqueo de un establecimiento de artículos deportivos en Saint Flour para conseguir todo un inventario de tiendas de campaña, mantas y botas. Sin embargo, tras unos pocos días, los agentes británicos y los maquis franceses seguían sin tener nada que decirse los unos a los otros. Nancy y Hubert no podían contactar con Londres hasta que su operador de radio se reuniese con ellos, mientras que los franceses estaban decididos a hacer las cosas a su propio modo y no mostraban ningún interés en los elaborados planes de Londres para sabotear los nudos de comunicaciones. Todos estos fueron problemas habituales para la Resistencia en 1944.

El grupo de Gaspard estuvo encantado de proporcionarles un vehículo para que los dos agentes del SOE fueran a reunirse con otro grupo, liderado por un hombrecillo, llamado Fournier, que se estaba quedando calvo. Era bastante educado, pero les sugirió que sería preferible que se alojaran en un hotel apartado hasta que llegara su operador de radio. Tras dos semanas de forzada inactividad y con una sensación de impotencia por no poder cambiar las cosas, una apática Nancy estaba sentada contra el muro de un cementerio, sin hacer caso al ruido de un coche que se acercaba cuando, una voz en inglés que conocía muy bien le dijo gritando: «¿Qué estás haciendo aquí, patito? ¿Eligiendo una tumba?». Era su operador de radio, el inimitable Denis Rake. Ella se lanzó a sus brazos con un chillido de alegría: «¡Den-Den, querido! ¿Dónde *demonios* te habías metido?». Él respondió: «Querida, ¡*enjambres* de alemanes me han estado persiguiendo por *todas partes* !». En realidad, como contó Nancy después de la guerra, Rake había reanudado un breve escarceo con un amante a quien había conocido en una misión anterior en Francia. En su alegría por verle, sin embargo, se lo perdonó. Finalmente pudieron contactar con Londres. Observado por un grupo de fascinados maquis, Denis se sentó para enviar en su clave morse un mensaje codificado de Nancy y Hubert, y convocó el maná del cielo en forma de armas, explosivos y munición.

Una vez que los suministros de armas empezaron a llegar, el prestigio de los agentes del SOE creció como la espuma. Todos los grupos de la región empezaron a competir por llamar su atención, aunque no todos estaban dispuestos a aceptar que fuera Londres quien diera las órdenes a cambio de esa ayuda. Gaspard, por ejemplo, pagó muy cara su intransigencia cuando su partida, compuesta por unos tres mil hombres, fue atacada en Mont Mouchet por tropas alemanas. Apenas si tenía armas y no había planificado ni la defensa ni las rutas de huida. Sus fuerzas quedaron dispersas por los nazis y perdió unos ciento cincuenta hombres en la acción. Muchos de los supervivientes se refugiaron en el área de Fournier, al norte de Freydefont, donde pronto se concentraron seis mil maquis, lo que no hacía nada feliz al equipo del SOE. Una concentración de efectivos de la Resistencia era un blanco demasiado tentador y provocaría sin remedio la reacción alemana. Intentaron persuadirlos para que se dispersaran en grupos más pequeños pero, en última instancia, los británicos no podían dar órdenes, sino tan solo intentar razonar con los jefes de las partidas, apoyándose en la influencia que les daba el hecho de ser ellos quienes proporcionaban a los guerrilleros el acceso a las armas, munición y dinero que necesitaban para continuar operando. Nancy viajó constantemente, conduciendo a toda velocidad por carreteras comarcales, organizando lanzamientos de vituallas en paracaídas, pagando subsidios y presionando para que cooperasen con las instrucciones de Londres.

Uno de los problemas crónicos de la Resistencia era que la mayoría de sus miembros se había unido a ella exclusivamente para escapar del trabajo forzado, no por el compromiso ético de combatir contra los alemanes. Muchas partidas se hicieron impopulares por recurrir al bandolerismo para sobrevivir. La mayoría carecía de entrenamiento militar e incluso aquellos que tenían armamento moderno no disponían de munición suficiente, ni tenían armas pesadas ni medios de transporte. Desde un punto de vista racional, no tenían ninguna utilidad militar y menos aún las partidas más grandes, que ni podían enfrentarse a los alemanes con eficacia ni tampoco podían huir sin eran atacadas. Era preferible actuar en grupos reducidos y utilizar solo una parte mínima de la gente disponible, en emboscadas locales y demoliciones.

En Londres conocían perfectamente estas limitaciones, lo que hacía que los soldados profesionales miraran con escepticismo a aquellos aficionados. El

único territorio ocupado por los alemanes en el que las partidas de guerrillas aliadas tuvieron un peso real en las operaciones fue Yugoslavia. En Francia, la Resistencia sirvió para que la nación recuperase la autoestima perdida por la derrota de 1940 y los años de ocupación alemana, pero su contribución a la situación militar fue mucho más modesta de lo que la leyenda ha sugerido. «En ocasiones, los maquis podían conseguir cosas magníficas –dijo un oficial estadounidense que sirvió con ellos–. Pero otras, simplemente no aparecían, porque alguien se había olvidado del carbón necesario para repostar el camión de gasógeno. Nunca podías preparar un plan estratégico que dependiera de ellos». Los logros de las guerrillas siguen siendo un tema de acalorado debate en Francia, en especial si los objetivos militares conseguidos justificaron las atroces represalias alemanas contra la población civil que provocaron sus acciones.

Sin embargo, para casi todos los agentes del SOE, el tiempo que pasaron integrados en la Resistencia fue el más excitante de sus vidas y, en eso, Nancy Wake no fue la excepción. A finales de la primavera de 1944, los agentes británicos en Auvernia creían que su control sobre los cuatro grupos principales que operaban en su área era mucho más efectivo que al principio. Viajar seguía siendo una actividad peligrosa, vital desde el punto de vista operativo, pero con frecuencia fatal para los oficiales del SOE. Nancy conducía con una fuerte escolta de maquis que se veía obligada a menudo a abrirse paso a tiros para atravesar los puestos de control y escapar de las patrullas alemanas. A veces, tenía que pedalear sola hasta una población para encontrarse con un contacto, un informante o un agente que acabara de ser lanzado sobre Francia. Poco antes del Día D, la enviaron a Montluçon, donde había fuerte presencia alemana, para recoger a un instructor de armamento, de nombre en clave Anselm, que había sido lanzado en su área. Nancy consiguió infiltrarse en la población y encontrar a su contacto, una tal *madame* Renard. «Creo que tiene un "paquete" para mí», dijo Nancy. Tras unos instantes de duda, *madame* Renard la condujo hasta la cocina, abrió una alacena y descubrió a Anselm, un bigotudo estadounidense llamado René Dusacq, que estaba tremendamente nervioso y sostenía con fuerza una pistola. Dusacq, un antiguo doble de Hollywood, había conocido a Nancy en el entrenamiento y, al igual que le había pasado a ella, palideció cuando los maquis le subieron a un coche con el

que cruzaron Auvernia, mientras Nancy permanecía tranquilamente sentada a su lado con un subfusil en el regazo.

Dusacq empezó a entrenar a los maquis en el uso de armas ligeras y en el empleo de lanzacohetes anticarro, por lo que se ganó el apodo de «Bazuca». Las partidas locales habían empezado a atacar objetivos designados por Londres para apoyar el Día D, especialmente nudos ferroviarios y líneas eléctricas y telefónicas. Resulta destacable que, a mediados de junio de 1944, mientras la decisiva batalla por Normandía estaba en pleno apogeo, los alemanes todavía desplegaran recursos para combatir a los maquis. La lógica apuntaba a que, si los aliados eran derrotados en Normandía, la Resistencia podría ser eliminada a placer, mientras que si Normandía se perdía para Alemania, entonces ningún triunfo local contra la Resistencia tendría importancia. Pero, a lo largo y ancho de toda Francia, en el verano de 1944, los alemanes mostraron una tozuda oposición a ceder ni un palmo de terreno de su imperio y utilizaron los métodos de represión más brutales para conseguirlo.

El 20 de junio, Nancy estaba con un grupo de maquis en Chaudes-Aigues, esperando dos entregas de armas que debían llegar en las siguientes veinticuatro horas. La primera la recibieron por la noche, trabajando durante horas para recuperar y almacenar los contenedores lanzados en paracaídas. Llevaba un rato durmiendo cuando, justo antes del amanecer del día siguiente, oyó fuego de fusilería. Los alemanes habían desplegado una potente fuerza de asalto para atacar a las partidas de maquis que operaban en la meseta. En una apresurada conferencia entre el equipo del SOE y los cuatro líderes locales, todos acordaron que debían retirarse y dispersarse al amparo de la noche, excepto Gaspard, que insistió en que quería quedarse y pelear hasta la muerte. Para irritación de los británicos, no hubo manera de convencerle de que olvidara semejante locura. Mientras los proyectiles alemanes empezaban a caer alrededor de la población, Denis Rake envió un apresurado mensaje en clave a Londres para cancelar el siguiente lanzamiento y pedir que se le diera a Gaspard una orden directa de retirada. Denis dijo: «“Gertie”» –el apodo cariñoso que usaba para Nancy–, estoy aterrorizado». Ella le dio un rápido beso y empezó a desempaquetar los contenedores de armas que habían recibido la noche anterior, para entregárselos a los maquis. Denis pudo confirmar al poco tiempo que el lanzamiento se había cancelado, pero que todavía estaba

esperando la orden de retirada de Londres para Gaspard. Un avión de observación alemán estaba dirigiendo el fuego de artillería contra la población y, para asombro de Denis, mientras los proyectiles llovían a su alrededor, Nancy se quedó dormida. Fournier la despertó e insistió con vehemencia en que se moviera antes de que fuera herida. Protestando cogió su subfusil, encontró una sombra debajo de un árbol y volvió a quedarse inmediatamente dormida otra vez. Cuando la volvieron a despertar, fue para decirle que el general Koenig, el jefe de estado mayor del cuartel general de De Gaulle en Londres, había enviado un mensaje personal a Gaspard ordenándole la retirada. Nancy fue hasta la posición del líder del maquis en la ladera de una colina, intercambiando fuego con los alemanes, le entregó el mensaje y, solo entonces, Gaspard consintió en retirarse de mala gana. Mientras regresaba a Freydefont, su coche fue ametrallado por un avión alemán y quedó destrozado. Nancy se vio forzada a abandonar el vehículo siniestrado, aunque no sin antes recuperar sus posesiones más preciadas: un bote de crema facial, un paquete de té y un cojín de satén rojo.

Al anochecer, los maquis empezaron a retroceder en largas filas, atravesando los serpenteantes caminos en medio de los bosques y cañadas hasta un punto de reunión situado a 100 km de distancia. Es un buen ejemplo de lo mucho que habían mejorado en tácticas y disciplina el que la mayoría de ellos consiguiera alcanzarlo. Sin embargo, Denis Rake tuvo que abandonar su equipo de radio y destruir sus códigos, por lo que la vital conexión con Londres quedó cortada. Incluso una vez llegaron a Saint Santin, sin un equipo de radio, los agentes del SOE eran impotentes para hacer nada. Tenían que encontrar una forma de contactar con Londres, lo que no era tarea fácil, pues en aquella época el SOE solo contaba con cincuenta transmisores en toda Francia.

Se enteraron de que al otro lado de las montañas había un operador de radio gaullista, así que Nancy tomó una bicicleta y caminando a ratos, pedaleando otros, recorrió el camino ella sola con la vana esperanza de contactar con él. Tras enterarse de que el hombre se había visto obligado a abandonar el distrito, regresó desconsolada a Saint Santin. Fue entonces cuando Rake recordó que había oído hablar acerca de un operador en Châteauroux, a 240 km de distancia. Una vez más, Nancy se marchó con su

bicicleta. Hasta los maquis más temerarios coincidían en que era demasiado peligroso viajar en automóvil con los alemanes activos en la zona. En Aurillac, visitó a un sastre para conseguir algo de ropa, sin la cual no podía viajar a Châteauroux –pues había perdido todas sus pertenencias en la batalla en la meseta–, pero en la zapatería le advirtieron de que debía marcharse de la población de inmediato: los alemanes habían estado preguntando por una mujer en pantalones militares que había ido a la casa del sastre. Volvió a Saint Santin, donde una anciana le prestó un viejo vestido de campesina y así vestida se arriesgó a visitar de nuevo al sastre en Aurillac, donde recogió su nueva ropa y partió sola en bicicleta a través del montañoso Puy-de-Dôme.

El viaje fue una tremenda prueba, ya que en cualquier momento podía toparse con agentes alemanes o de Vichy, y tuvo que dormir en henares o a cielo abierto. Contactó infructuosamente con un grupo de resistentes, pero pudo averiguar que había un operador gaullista a unos 40 km de Châteauroux, en el departamento de Creuse. Por fin, tras muchas frustraciones y retrasos, encontró al hombre que estaba buscando y le pidió que hiciera una transmisión para ella. «Sé que hay mucha fricción entre su cuartel general en Londres y el mío –dijo–, pero, ¿lo hará?». Él respondió que sí. En unas horas, un mensaje estaba en ruta a Londres, que pedía un nuevo equipo de radio y códigos para el maquis de Auvernia. Cumplida su misión, Nancy, físicamente exhausta, pedaleó de regreso a Saint Santin. Según entraba en la población montada en la máquina que había llegado a odiar, una entusiasta multitud de maquis dejó su almuerzo para felicitarla y ella, para su propia sorpresa, se echó a llorar. Había recorrido más de 480 km en setenta y dos horas. Más tarde afirmó: «Cuando me preguntan qué me enorgullece más de lo que hice en la guerra, siempre digo: el viaje en bicicleta». Unas buenas dosis de coñac le devolvieron poco a poco el ánimo, pero pasaron varios días antes de que se recuperara del esfuerzo físico que había realizado.

Hubert y Nancy trasladaron su base al maquis al mando de Tarvidat, a quien habían conocido al llegar a Francia, en el departamento de Allier, y dejaron a René Dusacq con el grupo en Saint Santin. Su siguiente lanzamiento les trajo no solo un nuevo equipo de radio, sino también a un marine americano que actuaba como operador de radio llamado Roger, quien, desde ese momento, pasó a trabajar exclusivamente con ella, mientras que Denis

gestionaba las comunicaciones de Hubert. Nancy empezó a acompañar a Tarvidat en las emboscadas contra convoyes alemanes. «Es la mujer más femenina que conozco. ¡Hasta que comienza la pelea! –exclamó el francés con entusiasmo–. ¡En ese momento, es como cinco hombres!». Ella misma pensaba que si quería ganar y conservar el respeto de los maquis debía demostrar que era capaz de hacer cualquier cosa que ellos hicieran, aparte, desde luego, de disfrutar con la acción. Nancy Wake estaba hecha de la misma pasta que muchos de los hombres descritos en este libro, a quienes el peligro les resultaba un potente estimulante y que eran indiferentes a las consecuencias que el riesgo podía tener para ellos. Era una guerrera apasionada, que poseía un inagotable apetito por las emociones fuertes y en la Francia del verano de 1944 había muchas oportunidades de satisfacerlo. Aun en los últimos estertores de la ocupación, de algún modo los alemanes encontraron las energías para atacar de nuevo el campamento de Tarvidat y, aunque sufrieron muchas bajas, obligó a los maquis a trasladarse a otro bosque. Les enviaron a dos instructores de armas estadounidenses: John Alsop –hermano de Stewart y Joseph, los famosos columnistas– y Reeve Schley. Ambos vestían uniforme, lo que era un signo de la creciente confianza en sí mismos de los aliados, pero ninguno hablaba demasiado francés. Les entregaron una botella de champán y los condujeron a la base del maquis en el bosque, donde había más vino y comida. Ambos pertenecían a la OSS (Office of Strategic Services [Oficina de Servicios Estratégicos]), el equivalente estadounidense del SOE. [6] Se quedaron profundamente impresionados por la formidable «Gertie» y su ejército de resistentes y conmovidos cuando, al mostrarles sus camastros, vieron que les había dejado un frasco con flores del bosque entre ambos. Nancy, cualesquiera que hubieran sido los peligros del día, siempre dormía vestida con su camisón de satén.

A la mañana siguiente, los alemanes volvieron a atacar, en esta ocasión apoyados por vehículos blindados. Los doscientos maquis en el área inmediata organizaron la defensa, mientras que Roger, el operador de radio, fue evacuado precipitadamente en un camión junto con su equipo. Nancy, con veinte hombres y los dos americanos, avanzaron hacia el fragor de los disparos. Tras recorrer un centenar de metros, Schley sugirió que debían aprovechar la cobertura de los árboles a lo largo de la carretera. Trece de ellos, incluyendo a

Nancy, le hicieron caso, pero el resto siguió caminando despreocupadamente por la calzada. Segundos más tarde, una ráfaga de ametralladora alemana abatió a los siete hombres, mientras que el resto, casi todos adolescentes, tiró sus armas y huyó. Nancy empezó a insultarlos en el lenguaje barriobajero de los arrabales de Marsella, lo que hizo que algunos de ellos se detuvieran avergonzados y volvieran a recoger sus armas; también consiguió sorprender a los norteamericanos con su uso desprendido del lenguaje de la calle. Ella y su reducido grupo avanzaron a distancia de fuego de bazuca de los alemanes y Schley y Alsop dispararon varios cohetes antes de volver a retirarse al bosque. Nancy envió a buscar ayuda de otro grupo de resistentes cercano, encendió un puro cubano de una caja que había traído Schley y empezó a disparar con entusiasmo en la dirección del enemigo, mientras que los hombres de Tarvidat lanzaban un ataque de distracción contra la retaguardia alemana para cubrir la retirada del resto de las tropas.

Al día siguiente, Nancy regresó para recuperar los cuerpos de los maquis caídos en la carretera. Los alemanes los habían disparado sistemáticamente a cada uno en la cara, ya estuvieran vivos o muertos. Ella misma lavó los cuerpos y los depositó en seda de paracaídas. Luego todo el grupo condujo a un cementerio cercano y celebraron un funeral de cuarenta y cinco minutos, mientras otros maquis montaban guardia alrededor de los muros. Schley y Alsop estaban atónitos por el riesgo que corrían, pero empezaban a acostumbrarse a los hábitos del maquis de Auvernia… y a los de Nancy Wake. Sus métodos de gestión de recursos humanos eran, desde luego, directos. Cuando un grupo de desertores de la gendarmería se unió a los resistentes dijeron que estaba por debajo de su dignidad ir a coger agua de un lago cercano. *Madame* Andrée condujo su coche hasta el lago, rellenó los cubos con agua, regresó y le echó uno por encima a cada gendarme. No hubo más problemas para ir por agua.

Con más de siete mil hombres en la región, los estadounidenses tenían que impartir cursos de uso de armas a diario. Los lanzamientos en paracaídas se habían convertido en rutina. Una escolta personal de maquis españoles acompañaba a Nancy en sus viajes, con las ventanillas del coche bajadas para hacer espacio para los subfusiles. Ella misma insistía en usar el vehículo de cabeza de su pequeño convoy, pero cuando Denis Rake alabó su coraje, ella

respondió que simplemente no soportaba el polvo que levantaban los coches que iban delante. Esta fue la época dorada de la Resistencia. El yugo alemán se estaba quebrando y los reclutas, ansiosos de ser asociados con la victoria, acudían a centenares a unirse a los maquis. Los objetivos podían atacarse casi con impunidad. Nancy vivía en un autobús en el bosque de Troncais, donde los agentes británicos y los maquis nadaban en un lago cercano para relajarse. Compró un caballo para Schley, quien se había formado en la caballería. Una noche, el maquis organizó en el bosque un banquete en honor de los estadounidenses, que preparó un chef sacado a punta de pistola de un hotel próximo. El festejo al aire libre continuó hasta la madrugada, cuando una repentina tormenta los obligó a parar la fiesta.

Tampoco hay que idealizar las relaciones entre los agentes que combatieron junto con los maquis. Sus circunstancias eran ocasionalmente románticas, pero también eran permanentemente tensas y claustrofóbicas. A Nancy, por ejemplo, nunca le gustó Hubert –John Farmer– y, de hecho, en 1945 juraba que le odiaba; también pensaba que los estadounidenses que se habían unido al destacamento hacia el final de las operaciones eran demasiado novatos e inocentes; y, asimismo, le preocupaba mucho que las insinuaciones sexuales de Denis Rake hacia jóvenes maquis pudieran provocar una desastrosa humillación, además de sentirse cada vez más irritada por sus escandalosas protestas por las privaciones. Su propio *beau idéal* [7] entre los franceses era Henri Tarvidat, a quien veía como valiente, ocurrente, apuesto y –la más escasa de las virtudes entre la Resistencia– muy disciplinado. Lo cierto es que los grupos de personas que combaten juntos desarrollan lazos de amor y de odio tan intensos como aquellos que son normales en tiempos de paz, pero en tiempos de guerra se acentúan por los peligros e incomodidades de su existencia, incluso si la camaradería a veces proporciona un cierto alivio.

En esta fase final de su guerra había menos peligro y más risas, una recompensa por los terribles años que la Francia ocupada y sus gentes habían pasado. Nancy Wake había conocido los días negros de la Resistencia y ahora era testigo de sus semanas de triunfo. Los maquis eran indisciplinados, impulsivos, capaces de grandes cosas y también de otras terribles. Ciudadanos respetables en muchas partes de Francia, ni mucho menos colaboracionistas, deploraron los actos de pillaje realizados por los grupos de resistencia. Nancy,

por ejemplo, intentó hacer lo que pudo para compensar a una chica local que había sido violada por uno de sus grupos. Otra mujer, que admitió que había espiado para los alemanes, fue condenada a muerte. Cuando se enteró de que la traidora estaba siendo torturada por puro resentimiento, insistió en que la ejecución fuera llevada a cabo de inmediato.

Las guarniciones alemanas también eran más vulnerables, por lo que Nancy tomó parte en un ataque al cuartel general enemigo en Montluçon. Después del 15 de agosto, cuando los aliados desembarcaron en el sur de Francia, empezó una retirada alemana total. Tanto Hubert como Nancy empezaron a llevar sus uniformes e insignias de rango abiertamente. Los maquis, pecando de exceso de confianza, lanzaron un ataque más ambicioso contra la guarnición de Montluçon, pero se vieron obligados a retirarse tras algunas horas de combate. Tales acciones, de las que hubo muchas en toda Francia en julio y agosto, eran absurdas, ya que no cumplían ninguna función militar, se enfrentaban a las tropas alemanas en condiciones desfavorables y lo único que conseguían era provocar miseria, miedo y, con frecuencia, represalias contra la población civil. Imprudencias de este tipo dañaron más que otra cosa la credibilidad de la Resistencia a ojos de los soldados profesionales. La Resistencia funcionaba cuando realizaba actos de sabotaje y emboscadas. Los enfrentamientos militares directos con el enemigo eran casi invariablemente desastrosos.

El 30 de agosto de 1944, el trigésimo segundo cumpleaños de Nancy, los maquis organizaron una gran revista en el exterior del *château* en el que se alojaban ella y el resto del equipo angloamericano. Los franceses le regalaron una docena de cucharas de helado, Schley y Alsop unos grabados y Denis un frasco de perfume. En la atmósfera de frenéticas celebraciones que se desató en todas partes de Francia conforme los liberadores asumían el control, Nancy y su grupo entraron en la capital francesa del enemigo, Vichy, en medio de una columna de eufóricos resistentes. La tarde siguiente, Nancy acudió a una ceremonia celebrada junto al monumento a los caídos de la ciudad y, mientras escuchaba el discurso del alcalde, una mujer se abrió paso entre la multitud y empezó a susurrarle al oído. La risa se congeló en su cara y rompió a llorar. Denis, preocupado, la condujo a un lado, mientras ella seguía sollozando inconsolablemente hasta que por fin dijo: «Den-Den, sácame de aquí». Él la acompañó con cariño fuera de la muchedumbre hasta un hotel cercano. Allí,

ella le dijo: «Es Henri. La Gestapo lo arrestó en nuestro apartamento. Ha muerto».

Su labor en Auvernia había terminado. Hubert, Alsop, Nancy y Denis subieron a un enorme Talbot de color rojo y partieron hacia Marsella. Encontraron la ciudad llena de tropas estadounidenses y se alojaron con unos antiguos amigos de Nancy. Allí pudo reconstruir lo que había pasado. Henri había sido arrestado en mayo de 1943 y torturado para conocer el paradero de su esposa. Su padre había conseguido verlo una vez, horriblemente mutilado, antes de que el 16 de octubre lo sacaran de prisión y lo fusilaran. Nancy comprobó que habían vaciado su caja de seguridad en el banco y que, o bien Vichy o bien los alemanes, habían confiscado todo lo que pertenecía a los Fiocca. Estaba arruinada y sin ninguna propiedad, salvo un pequeño caniche llamado Picon, que un viejo amigo de la familia había cuidado durante la ocupación y que le devolvió entonces. El perro era el único superviviente de su antigua vida. La familia de Henri acusó públicamente a Nancy de ser responsable de su muerte por implicarlo en las actividades de la Resistencia. No le quedaba nada en Marsella y abandonó la ciudad, esta vez para siempre.

En 1945, Nancy Wake fue condecorada con la George Cross por los británicos, mientras que los franceses le concedieron dos Croix de Guerre con palmas y una tercera con estrella, junto con la Medalla de la Resistencia, que rara vez se concedía a los extranjeros. Estados Unidos añadió la Medalla de la Libertad. Su vida de posguerra fue una curiosa mezcla de lo turbulento y lo trivial. Vivió en París dos años, sin perder nunca su apetito por la pelea. Una noche, en el club británico de oficiales, noqueó de un puñetazo a un camarero francés porque consideraba que había insultado a un invitado. Durante un tiempo estuvo destinada en la embajada británica en la antigua Checoslovaquia y, en 1948, se pagó el viaje de vuelta a Australia trabajando como enfermera a bordo de un buque. Al año siguiente, hizo una breve pero espectacular incursión en la política y disputó para el Partido Liberal el escaño en el Parlamento del líder de la oposición laborista, doctor Herbert Evatt, cuya ventaja redujo de 23 000 votos a 127. Sin trabajo y siempre inquieta, en 1951 regresó a Londres, donde pasó cinco años trabajando en las oficinas del Ministerio del Aire. En 1957 se casó con un oficial británico destinado en Malta y la pareja finalmente se asentó en Australia. Nancy nunca tuvo dinero.

Ya de anciana fue recompensada con una pensión del Gobierno australiano, que en 2004 también la nombró Compañera de la Orden de Australia. Tras la muerte de su marido, desde 2001 ha vivido en una residencia de ancianos en Richmond, Surrey. [8]

Nancy Wake logró realizarse como persona en Francia entre 1940 y 1944. Ella misma dijo: «En aquellos días sabíamos por qué estábamos luchando, y que teníamos un trabajo que hacer. Lo hicimos». La guerra ofreció a muchas mujeres de su generación su primera oportunidad de asumir responsabilidades, y en muchos casos de realizar tareas de importancia crítica, pero solo un puñado de ellas buscaron, o les fue concedida, la oportunidad de servir en combate. La fuerte personalidad de Nancy la incluyó entre los numerosos australianos que en el siglo XX demostraron una extraordinaria aptitud para la guerra. En el contexto de las operaciones del SOE en Francia, su papel personal puede haber sido un tanto más modesto que el que algunos panegiristas de posguerra han sugerido. Las leyendas locales exageraron las hazañas de los maquis de Auvernia, al igual que las de la Resistencia en su conjunto, pero no cabe duda de su contribución personal. Era demasiado incauta para ser una espía, pero también una guerrera nata, tal y como lo habían sido Harry Smith o Marcellin Marbot. Si se hubieran conocido, habrían descubierto que tenían muchos puntos en común, sobre todo la camaradería del campo de batalla.

[1] N. del E.: Como puede leerse en el ensayo *Amazonas* , Adrienne Mayor, Madrid, Desperta Ferro, 2017.

[2] N. del T.: La segunda condecoración más importante del Reino Unido, solo por detrás de la Cruz Victoria, y se concedía por acciones de extraordinario heroísmo que no se realizaran en presencia del enemigo. Al contrario que esta, la George Cross se concede también a civiles.

[3] N. del T.: Navy, Army, Air Force Institutes. Creada en 1920, esta organización gestionaba cantinas, camiones restaurante, bares y otros servicios de ocio para las fuerzas armadas. En la Segunda Guerra Mundial, las empleadas femeninas pertenecían al Servicio Territorial Auxiliar.

[4] N. del T.: «¡Soy australiana! ¡En Australia lo hacemos así!».

[5] N. del E.: Thomas Cook & Sons, fundada en 1841, fue la primera agencia de viajes moderna dedicada al transporte de turistas.

[6] N. del T.: Tras la guerra, algunos de los antiguos miembros de la OSS formaron el núcleo de la CIA.

[7] N. del T.: En francés, en el original.

[8] N. del T.: Nacy Wake falleció en un hospital en Londres después de que se escribiera el libro, el 7 de agosto de 2011, a punto de cumplir los noventa y nueve años.

14

El joven apóstol de la libertad

La Guerra Fría hizo de la contrainsurgencia una de las preocupaciones principales de los estrategas occidentales. Entre 1962 y 1975, Indochina se convirtió en el principal escenario de un hercúleo esfuerzo por parte de Estados Unidos para detener la marea del comunismo de corte nacionalista que amenazaba con barrer Asia. La experiencia militar americana previa no había preparado al Ejército estadounidense para combatir en una contienda de esas características, estando como estaba habituado a operaciones de alta intensidad basadas en la doctrina táctica de la superioridad en potencia de fuego, tal y como había practicado en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra de Corea. Los más astutos comprendieron casi desde el principio que en el caso vietnamita sería más importante para la victoria conseguir ganar los «corazones y las mentes» de los locales que cualquier éxito obtenido en el campo de batalla. Sin embargo, la mayoría de los altos mandos estadounidenses en Vietnam, entre ellos Paul Harkins y William Westmoreland, no acababa de captar la idea y tuvieron que ser sus subordinados sobre el terreno, «en el culo del mundo», quienes llegaran a comprender en realidad qué tipo de guerra estaban luchando. Tuvieron que pasar quince angustiosos años, que trajeron aflicciones innumerables a las dos naciones, antes de que Estados Unidos aceptara que no podían ganar la guerra con las doctrinas a las que estaban acostumbrados.

Hay pocos hombres cuya experiencia en Vietnam sea un reflejo más exacto de las esperanzas y amarguras de su país que John Paul Vann. Los que lo conocieron, especialmente los jóvenes corresponsales estadounidenses en Saigón, creían que la energía, honradez, temeridad y su visión original representaban los ideales más elevados de la misión de Estados Unidos en el país asiático: «Salvar Vietnam para la libertad». Vann amó al país y a sus gentes

de una forma que no era habitual entre sus compatriotas. Su determinación e implicación en la victoria estadounidense llegaron a convertirse en obsesiones, hasta el punto de corromper el idealismo con el que había emprendido su misión, casi como un espejo de la espiral autodestructiva en la que se embarcó su propio país en Vietnam.

Vann había nacido en Norfolk, Virginia, en 1924, en el seno de una familia pobre; de hecho, su madre, Myrtle, era una despreocupada chica de dieciocho años, mientras que su padre, Johnny Spry, era un hombre casado y con dos hijos que trabajaba como conductor y que, en ocasiones, traficaba con alcohol. John Paul era, por tanto, ilegítimo, un estigma social que le acompañó toda su vida. Cuando el niño tenía cuatro años, su madre se casó con un conductor de autobús urbano llamado Frank Vann, cuyo apellido adoptó tan pronto como le fue posible. Los años de la Depresión estuvieron marcados por la pobreza, el alcoholismo de Myrtle y la violencia que ejercía contra sus hijos. El menor, de hecho, amén de soportar las palizas que le daba su madre, tenía que lidiar con el raquitismo provocado por el hambre.

A los catorce años, John Paul Vann consiguió salir de esa rutina de miseria, abusos y malos tratos gracias a la amistad que trabó con un pastor metodista llamado Garland Hopkins, quien se convirtió en una especie de padre adoptivo para el muchacho. Hopkins convenció a un rico empresario local para que comprara ropa nueva para el chico y le pagara las clases en un internado en Virginia. Allí por fin hizo amistades, aprendió a reír, fue alimentado regularmente, le educaron y tuvo un techo seguro bajo el que dormir. En 1942, cuando Estados Unidos ya había entrado en la guerra, el apuesto joven de suave pelo rubio quiso alistarse voluntario, pero Hopkins le convenció de que tendría una mejor oportunidad de conseguir su propósito de ser un piloto de caza si completaba el primer ciclo universitario. Mucho más tarde se supo que el mecenazgo de Hopkins no era completamente altruista, sino que había abusado sexualmente de Vann. Hopkins se suicidó en 1965, cuando fue expuesto públicamente como un pederasta. Era la puntilla para una adolescencia marcada por el horror, el maltrato y el abuso.

En marzo de 1943, Vann se presentó voluntario para el servicio militar. Sus examinadores médicos anotaron que el virginiano medía 1,71 m y pesaba 57 kg. Tras un breve aprendizaje como mecánico de vehículos, fue aceptado en

junio por el Cuerpo Aéreo. En 1943, el anuario de la universidad incluyó una cita al lado de la fotografía de cada uno de los alumnos que iban a graduarse. La de Vann decía:

Intelligent, clear-eyed—such as he
Shall Freedom's young apostles be.

[Inteligente, de limpia mirada, como él.
Así serán los jóvenes apóstoles de la Libertad].

Se instruyó como piloto durante un año, aunque su carrera terminó abruptamente cuando le expulsaron por realizar acrobacias prohibidas. Sin embargo, su historial era por lo demás ejemplar, por lo que el Cuerpo Aéreo decidió darle una segunda oportunidad y le envió a la Escuela de Navegación. En octubre de 1945, fue destinado como navegante con el grado de alférez en un escuadrón de B-29 que todavía esperaba para desplegarse en ultramar. Ese mismo mes contrajo matrimonio con Mary Jane Allen, una chica de dieciocho años –él tenía veintiuno– que había conocido hacía dos meses y que llegó a convertirse en todo un modelo de respetabilidad burguesa en su hogar en Rochester, Nueva York. Para Vann parecía como si por fin pudiera dejar atrás los horrores de su juventud. Su esposa pronto se quedó embarazada y Vann, sin consultar con ella, solicitó el pase al Ejército regular y consiguió una comisión como oficial. En el otoño de 1946 empezó a estudiar un curso de dos años en Economía en la Universidad de Rutgers, Nueva Jersey, con una beca del Ejército, pero abandonó al año siguiente. La razón era que en 1947 el Cuerpo Aéreo pasó a formar las USAF (US Air Forces [Fuerzas Aéreas de Estados Unidos]) como un arma separada del Ejército, al cual había pertenecido orgánicamente hasta entonces, y John Paul llegó a la conclusión de que, con esa separación, sus perspectivas profesionales como navegante no serían tan prometedoras como si hubiera sido piloto, por lo que pidió ser transferido al Ejército. Pasó el curso de oficiales de tres semanas que se impartía en Fort Benning, con el objetivo de entrar en los paracaidistas, ya que estaba ansioso de aventura, emociones y acción.

Sin embargo, en su lugar se le destinó a Corea como oficial de servicios especiales (es decir, el responsable de los clubes y entretenimiento de los soldados). Tras nueve meses de servicio en ese callejón sin salida, fue destinado como oficial de compras y contratas en el cuartel general de la 25.ª División de Infantería en Japón. Es imposible saber qué llevó al Ejército a relegar a un prometedor oficial de combate a la ignominia de un puesto en la retaguardia, pero Vann no tuvo otra opción que intentar aprovecharlo en la medida de lo posible. Trajo a Mary Jane y a sus dos niños para que se reunieran con él y la familia se acomodó en la absurdamente lujosa rutina de las tropas de ocupación estadounidenses en Osaka.

Su confort y tranquilidad saltaron en mil pedazos en junio de 1950, cuando los comunistas lanzaron la invasión de Corea del Sur. Todas las fuerzas estadounidenses operativas disponibles en el Pacífico, entre ellas la 25.ª División, fueron enviadas a la península de Corea. Puesto al mando de una línea de suministros durante la desesperada batalla por el perímetro de Pusan, [1] se distinguió realizando varias salidas en un avión de observación L-15 y obligó a los aterrorizados pilotos a volar a baja altura para reabastecer de munición a las asediadas posiciones estadounidenses. En un mundo más justo, es probable que su determinación y audacia le hubieran valido una medalla, pero sus superiores no se decidieron a reconocer sus méritos de forma oficial.

Más controvertida es la historia que a Vann le gustaba contar acerca de cómo había comandado una compañía de Rangers durante una de las batallas más sangrientas de la Guerra de Corea. Años más tarde, en una carta que le envió al presidente Nixon, le contaba esta acción: «Teníamos un excelente apoyo artillero y buenas posiciones defensivas y los matamos a centenares. Sin embargo, después del tercer asalto, comprendí que iba a perder mi compañía. En el sexto asalto, justo antes del amanecer, perdí mi compañía. Yo mismo y quince hombres, la mayoría heridos, éramos todo lo que quedaba de ella […] cuando bajamos de la colina, calculé que habría unos quinientos soldados chinos muertos delante de nuestras posiciones».

La acción, de hecho, tuvo lugar en Corea en noviembre de 1950, pero el capitán Vann no tomó parte en ella, sino que la compañía de Rangers había combatido mandada por un joven oficial llamado Ralph Puckett y solo después de que este fuera herido Vann consiguió convencer al comandante de la

división para que le diera el mando de los restos de la compañía. Estuvo solo diez semanas al frente de la unidad, sin entrar en combates de importancia en todo ese tiempo, antes de verse obligado a aceptar un permiso por motivos personales cuando uno de sus hijos en Japón contrajo meningitis. Después fue enviado lejos del teatro de operaciones, a la Escuela de Entrenamiento de Rangers en Fort Benning. No fue sino mucho más tarde, cuando el periodista Neil Sheehan estaba investigando la carrera de John Paul para escribir su biografía, cuando se destapó la farsa. Vann no fue ni el primero ni el último veterano en fantasear acerca de sus experiencias bélicas, pero esa tendencia a mentir le persiguió toda su vida y causó indecible dolor a muchas de las personas que lo amaron y admiraron.

Tras ocupar varios puestos anodinos en Estados Unidos, en el otoño de 1954 fue destinado a la 16.ª División en Alemania. El jefe de la división escribió en su informe final que Vann era: «Uno de los pocos oficiales realmente excepcionales que conozco […] un oficial con un brillante futuro ante él». También recibió elogios entusiastas en su siguiente destino como especialista en logística: «El comandante Vann es un auténtico máquina». En 1957 asistió a la Escuela de Mando y Estado Mayor en Fort Leavenworth, Kansas, se graduó el decimoprimero de un total de 532 oficiales de su promoción y luego ingresó en la Universidad de Siracusa, en Nueva York, para estudiar un máster de administración de empresas. Pretendía que este fuera un paso preliminar para una carrera en logística, la ruta de promoción más prometedora para un oficial que no había pasado por West Point. Pasó dieciocho meses mortalmente aburrido en el centro de misiles antiaéreos del Ejército en El Paso, Texas.

Todos sus superiores lo consideraban un oficial excepcional; había llevado el uniforme dieciocho años, sin tener la oportunidad de destacar como oficial en combate. La experiencia de Vann en Corea no tenía demasiado peso entre la hermandad de guerreros, pero las cosas estaban a punto de cambiar. La última década de su vida iba a estar llena de acontecimientos extraordinarios. A principios de 1962, el teniente coronel de treinta y siete años se presentó voluntario para unirse al recién creado MACV (US Military Assistance Command in Vietnam [Mando de Asistencia Militar de Estados Unidos en Vietnam]), en el que, por entonces, servían 3200 estadounidenses junto con el

Ejército sudvietnamita en su lucha contra la insurgencia comunista. A finales de marzo se presentó en Saigón y fue destinado como asesor sénior a la 7.ª División vietnamita, que servía en el norte del delta del Mekong, la principal región productora de arroz en Indochina. No conocía Vietnam, ni su idioma, ni tampoco tenía la más remota idea acerca de cómo combatir una guerra de contrainsurgencia, pero, aun así, cuando llegó a la capital regional de Mỹ Tho, estaba imbuido con una fe ilimitada en sus propias habilidades, así como en la capacidad de Estados Unidos para combatir la penetración comunista en Indochina allí donde la antigua potencia colonial, Francia, había fracasado.

Al cabo de unas pocas semanas, Vann tenía claro lo que se necesitaba para ganar la guerra. La escasa iniciativa mostrada por el ARVN (Army of the Republic of Vietnam [Ejército de la República de Vietnam del Sur]) era su principal preocupación. La 7.ª División, mandada por el coronel de treinta y cuatro años Huỳnh Văn Cao, se conformaba con proteger sus posiciones y ejecutar ocasionales batidas en su zona de operaciones. La mayor parte de los 15 500 km^2 de territorio y los dos millones de habitantes estaban a merced del Vietcong, que disponía de 2000 efectivos regulares para enfrentarse a 38 000 soldados del Gobierno (10 000 regulares y 28 000 hombres encuadrados en las milicias provinciales). Vann estaba decidido a obligar al ARVN a arrebatarle la iniciativa al Vietcong, a llevar el conflicto al enemigo usando los helicópteros y cazabombarderos estadounidenses que el presidente Kennedy había destinado a Vietnam para detener la marea comunista. Lo primero que hizo fue integrar en las estructuras de planificación y organización del ARVN a los asesores estadounidenses de su creciente equipo (200 a finales de 1962). El siguiente paso era identificar las áreas de concentración de tropas enemigas que eran vulnerables y podían ser atacadas y, por último, había que entrenar a los soldados vietnamitas en las tácticas de fuego y maniobra que les permitirían derrotar al Vietcong.

Al principio, el coronel Cao parecía estar encantado con las ideas de Vann, pero su entusiasmo se enfrió rápidamente cuando el estadounidense insistió en enviar patrullas nocturnas que le disputaran el control del territorio al Vietcong durante las horas de oscuridad: «No es seguro salir por la noche», dijo Cao intranquilo. Haciendo caso omiso a sus objeciones, Vann empezó a acompañar a las patrullas del ARVN, lo que preocupó todavía más al coronel, que temía la

humillación que supondría perder a su asesor de más alto rango en tales circunstancias. Sin embargo, para entonces menos de veinte estadounidenses habían muerto en Vietnam, por lo que entre el personal del MACV predominaba la impresión de que estaban participando en una exótica aventura en Asia, casi sin riesgo. El Vietcong todavía intentaba evitar matar estadounidenses, con el fin de no darle a Washington una escusa para aumentar la escalada del conflicto. En los meses posteriores, los comunistas llegaron a la conclusión de que, con independencia de lo que ellos hicieran, los estadounidenses terminarían interviniendo en masa, por lo que abandonaron la política de no atacar a los asesores y empezaron a ir a por ellos.

Vann recorría sin escolta el área de operaciones en su *jeep* tanto de día como de noche, lo que causaba la admiración entre sus subordinados. Sobrevolaba el territorio en un avión de observación L-19 Bird Dog. Aprendió a apreciar, incluso puede que a amar, a los soldados sudvietnamitas, a quienes sus cascos y fusiles estadounidenses les hacían parecer minúsculos. Vann estaba deseando entrar en acción y cada vez se sentía más irritado ante la falta de iniciativa de las patrullas, que mostraban muy pocas ganas de encontrar a tropas del Vietcong, y ya no digamos sorprenderlas y entablar combate. John Paul estaba convencido de que Saigón solo podría prevalecer si el ARVN aseguraba el territorio, para lo que era imprescindible matar vietcongs. Si mostraban suficiente agresividad, estaba convencido de que podría conseguirse la superioridad táctica en seis meses, aunque sería necesario poner en marcha un programa de planificación a largo plazo, al menos de diez años, para consolidar el país. Estaba ansioso por ponerse manos a la obra.

En la mañana del 20 de julio de 1962, dieciséis helicópteros de los Marines estadounidenses desembarcaron una fuerza de choque de doscientos soldados vietnamitas en los arrozales cercanos a Mộc Hóa, donde Vann había planeado un asalto contra el 504.º Batallón del Vietcong. El ataque estaba apoyado por cazabombarderos que ametrallaban las posiciones del Vietcong, mientras otra fuerza del ARVN aterrizaba en su retaguardia para cortarles la retirada. Inmediatamente, empezaron los problemas. Vann actuaba como observador desde un helicóptero con el que sobrevolaba el campo de batalla; desde su posición pudo ver que las tropas del ARVN que tenían la misión de embolsar a los Vietcong no se habían movido de su zona de aterrizaje, mientras que su

comandante hacía caso omiso a las instrucciones de Vann: el coronel Cao no estaría de acuerdo, respondió. Vann perdió los estribos porque, mientras su plan funcionaba a la perfección y el enemigo huía, la falta de iniciativa de los oficiales del ARVN significaba que iban a conseguir escapar. Al final, lo único que se consiguió con la compleja operación fue matar a un puñado de guerrilleros y confiscarles unas pocas armas. El coronel Cao hizo oídos sordos a las vehementes protestas de Vann.

Solo habían pasado dos meses desde que había sido destinado a la 7.ª División y el virginiano ya se había dado cuenta de que él y sus hombres intentaba combatir en una guerra en la que las tropas del Gobierno tenían una aversión institucionalizada al combate. El régimen de Saigón veía a su ejército como un medio para sostenerse en el poder y llenar los bolsillos de la clase política; era el órgano de control del gigantesco edificio de corrupción que dominaba el país y enriquecía a sus gobernantes. Estados Unidos podía estar deseoso de ayudar a los vietnamitas en su guerra contra el comunismo, pero el ARVN no compartía el mismo entusiasmo.

Aunque Vann empezaba a comprender los problemas a los que se enfrentaba, siguió manifestando una emoción irrefrenable, de modo que bajo su incansable presión los soldados del coronel Cao no tuvieron otro remedio que atacar a los Vietcong en su zona. Durante los primeros cuatro meses de Vann como asesor de la 7.ª División, esta formación confirmó la muerte de tantos enemigos –4056– como el resto de las fuerzas de Saigón combinadas. La cifra era una exageración, como era normal en Vietnam, pero Vann creía que incluso si solo era la mitad de las declaradas, el Vietcong estaba enfrentándose a un ritmo de desgaste prohibitivo. El éxito de la operación lanzada el 18 de septiembre reafirmó sus ideas, cuando una fuerza de doscientos Vietcong, entre regulares y guerrilleros locales, fue aniquilada por el ARVN utilizando los transportes blindados anfibios M-113, los cuales podían franquear los inundados arrozales y eran inmunes al fuego de armas ligeras de los Vietcong.

Vann se había convertido en pocos meses en el ideal del asesor estadounidense, el hombre al que los generales en Saigón mandaban a las visitas oficiales para hablar con él. El coronel Cao y él compartían una gloria exagerada pero, a pesar de ello, Vann era incapaz de convencerlo para lanzar operaciones que implicasen entablar combates de alta intensidad con el

enemigo. El régimen del presidente Diệm en Saigón quería victorias indoloras y, cuando Vann presionaba al pequeño vietnamita más allá de lo que aquel estaba dispuesto a tolerar, Cao respondía con terquedad: «Usted es un asesor. Yo soy el comandante. Yo tomo la decisión». Vann conseguía controlar su temperamento en público, pero en privado desahogaba sus frustraciones con creciente pasión. Veía con claridad que no solo no iba a ganar la guerra en septiembre como había imaginado, sino que, con las reglas de enfrentamiento impuestas por Saigón, era probable que nunca se alcanzara la victoria. Se daba cuenta de que el Vietcong tenía una extraordinaria capacidad de resistencia y que era capaz de reconstruir sus fuerzas después de cada enfrentamiento. Le horrorizaba el brutal trato que el ARVN dispensaba a la población civil, lo que además suponía un desastre de relaciones públicas. Un oficial vietnamita se quedó impresionado por la humanidad de Vann cuando pidió un helicóptero para evacuar civiles que habían sido heridos en un ataque aéreo y llevó a bordo en persona a una anciana. «Ese estadounidense se preocupa de verdad –se dijo a sí mismo el observador del ARVN–. Ningún oficial vietnamita lo haría».

Vann presionó en vano a los que tomaban las decisiones en Saigón para que se cambiase la política de bombardeos de represalia contra las comunidades desde las que se habían recibido unos pocos disparos, por otra de ataques selectivos contra el Vietcong. Argumentaba que la orden de aterrorizar a la población hasta someterla estaba condenada al fracaso y era contraproducente, ya que los bombardeos artilleros y aéreos indiscriminados no solo masacraban a centenares de inocentes por cada comunista muerto, sino que además alienaban el apoyo de la población al Gobierno. La crueldad del ARVN era espantosa; en una ocasión, por ejemplo, un tal capitán Thuong, un oficial del ARVN, tras pavonearse delante de un grupo de prisioneros del Vietcong fue degollándolos uno por uno con un cuchillo de caza en presencia de Vann: «¡Eh! ¡Dile que se deje de gilipolleces!», gritó el estadounidense, pero la única consecuencia de sus protestas fue que los oficiales de Cao siguieron haciendo lo mismo pero fuera de la vista del estadounidense.

Vann quiso aprovechar su recién ganado prestigio para informar de ese tipo de actividades al mando estadounidense en Saigón y para advertir de las potenciales consecuencias. Pero los mandos, y sobre todo el comandante en jefe, Paul Harkins, hacían oídos sordos. Washington quería buenas noticias y

Harkins estaba dispuesto a dárselas. Los militares estadounidenses querían luchar una guerra en Vietnam que les resultase familiar, en la que pudieran utilizar su potencia de fuego para aniquilar al enemigo sin preocuparse de las consecuencias para la población civil vietnamita. Esa fue la gran mentira de Estados Unidos en Vietnam: su compromiso de defender al país del comunismo pasaba por mostrar una cínica indiferencia hacia las consecuencias que dicha defensa tenía para el pueblo vietnamita al que querían salvar. Vietnam fue la primera manifestación de una de las debilidades más características de la política exterior estadounidense en la época moderna. Las tácticas utilizadas y el daño causado eran simples manifestaciones de que, en realidad, Estados Unidos había hecho de Vietnam un campo de batalla en el que perseguir sus propios intereses nacionales adaptados a su doctrina estratégica. Ni Harkins ni su sucesor, Westmoreland, ni los políticos que articularon la estrategia estadounidense en Vietnam se preocuparon en absoluto por el bienestar de los que tenían que vivir en la zona de combate. Los vietnamitas de cualquier color eran simplemente «chinos», «amarillos», apenas seres humanos.

John Paul Vann estaba empezando a comprender estas verdades, pero su deseo de derrotar a los comunistas era tan intenso como al principio. Creía, correctamente, que el enemigo era tan despiadado como el régimen de Saigón, aunque mucho más inteligente y selectivo en sus represalias. Día tras día crecía la angustia de Vann por la suerte del pueblo vietnamita, así como su desprecio hacia las mentiras que difundían el régimen y sus superiores. El 5 de octubre de 1962, las agresivas tácticas que Vann estaba intentando aplicar en la zona de operaciones de la 7.ª División encajaron un grave revés cuando una compañía de Rangers que estaba atacando al 514.º Batallón (regional) del Vietcong sufrió una emboscada con graves pérdidas. El mismo Vann dirigió los refuerzos y su helicóptero fue acribillado por una ametralladora enemiga que mató al jefe de tripulación estadounidense e hirió a la mayoría de los soldados del ARVN que iban a bordo. Vann salió ileso, mientras disparaba a los guerrilleros al tiempo que dirigía la evacuación de los heridos. Observó que la agresividad y capacidad tácticas del Vietcong, incluso cuando eran sometidos a ataques aéreos, eran muy superiores a las del ARVN. El presidente Ngô Đình Diệm estaba tan irritado por las pérdidas acumuladas que ordenó al coronel Cao que

cesara todas las operaciones ofensivas y que abandonara la planificación conjunta con los estadounidenses. Los esfuerzos que Vann hizo para convencer a los vietnamitas de que su pasividad era militarmente ilógica fueron en vano. En vez de localizar y atacar a las guerrillas enemigas, la estrategia que Diệm eligió consistía en encerrar a los campesinos en «aldeas estratégicas», donde, en teoría, estarían aislados de la influencia comunista, aunque fuera a costa de tener que abandonar sus tierras, perder sus casas y todo aquello que les era familiar y querido.

El 2 de enero de 1963, la 7.ª División volvió a ser autorizada para realizar una operación ofensiva, para satisfacción de Vann. Escuchas electrónicas habían localizado un transmisor de radio del Vietcong cerca de una aldea llamada Bắc y Saigón ordenó su captura. Vann pensaba que esta sería una buena oportunidad para combatir al enemigo en unas condiciones que permitieran optimizar la potencia de fuego del ARVN contra guerrillas pobremente armadas. Su plan se basaba una vez más en explotar la movilidad de las fuerzas vietnamitas, atacando de manera simultánea desde tres direcciones, al tiempo que una unidad de transportes blindados M-113 se mantenía en reserva. Vann sobrevoló el área de batalla en un avión de observación, mientras que la primera oleada de tropas aerotransportadas se dirigía hacia las zonas de aterrizaje. Aunque no lo sabía, su deseo de tener un duelo con el Vietcong se iba a ver realizado pues alrededor de las aldeas gemelas de Tân Thới y Bắc se habían concentrado más de trescientos guerrilleros; los comandantes comunistas, preocupados por la moral de las fuerzas locales, puesta a prueba después de encajar algunos reveses recientemente, creían que había llegado el momento de hacer frente al ARVN y derrotarlo en una batalla campal, aunque contara con el apoyo estadounidense. Estaban tan ansiosos de pelea como John Paul Vann.



Áreas de operaciones de John Paul Vann en Vietnam, 1962-1972.

La niebla sobre el campo de batalla provocó que la segunda y tercera oleadas del ARVN sufrieran un retraso de más de dos horas antes de desplegarse, mientras que la primera oleada se había limitado a asegurar la zona de aterrizaje y no había avanzado. Esa pasividad dio tiempo de sobra al Vietcong para prepararse para la batalla. Para empeorar las cosas, las unidades de guardias civiles [2] que debían aproximarse desde el sur cuando los regulares hubieran fijado al enemigo fueron, de hecho, las primeras en trabar contacto con las guerrillas, cuyo fuego devastador mató a los oficiales y obligó a los guardias a ponerse a cubierto detrás de un dique, donde quedaron clavados incapaces de avanzar. Volando a baja altura en su L-19, Vann podía ver incluso los impactos de las balas de la batalla que se estaba librando abajo. La segunda oleada fue recibida con fuego de ametralladora y fusilería tan pronto como se aproximó a la zona de aterrizaje; los soldados del ARVN saltaban de los aparatos a los arrozales y se tiraban inmediatamente cuerpo a tierra, en vez de presionar al enemigo. En apenas unos pocos segundos, dos helicópteros cayeron derribados a balazos delante de los horrorizados ojos de los asesores estadounidenses. Todos y cada uno de los aparatos aún operativos fueron impactados repetidamente. Uno de ellos, dañado de gravedad, tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia a un kilómetro y medio, aproximadamente, mientras que otro más fue derribado cuando el piloto intentó rescatar a los supervivientes de los que habían caído antes.

Vann se encontró supervisando un desastre. Las tropas vietnamitas se negaban a moverse, mientras que el fuego del Vietcong batía los arrozales sin descanso y la artillería de apoyo era dirigida de una forma tan incompetente que prácticamente causaba más daño a las tropas propias que al enemigo. *Topper-Six* , que era el nombre en clave del virginiano, intentó que los APC [3] se pusieran en marcha para apoyar a sus camaradas en la línea de frente, para lo que contactó directamente con el asesor estadounidense asignado a la unidad y le informó de que tres helicópteros habían sido derribados y de que era necesario que se dieran prisa en llegar. El otro hombre le respondió: «Tengo un problema, *Topper Six* . Mi colega no quiere moverse». Vann estalló furioso:

«¡Maldita sea! ¿Acaso no entiende que es una emergencia?», gritó Vann.

«Le he descrito la situación exactamente como me la ha contado, *Topper Six* , pero dice: "No acepto órdenes de los estadounidenses"».

Tuvo que intervenir el comandante de la división del ARVN para que los APC se pusieran en marcha, aunque apenas habían avanzado unos metros cuando volvieron a detenerse al borde de un canal. Siguió otra furiosa conversación por radio, mientras Vann observaba el desastre desde su L-19: «Os he dicho que hagáis algo y no lo estáis haciendo –gritó al asesor estadounidense–. ¿Por qué no puedes hacer que ese hijo de puta deje de arrastrar los huevos?». El vietnamita al mando de los APC repitió las familiares excusas.

«Santo Dios! ¡Esto es intolerable! –gritó Vann de nuevo–. Ese bastardo tiene vehículos blindados y ametralladoras del .50 y está asustado de un montón de *VC* [4] ¿Qué es lo que le pasa?».

«Hacemos lo que podemos, *Topper-Six* », respondió el asesor disculpándose.

«¡Lo que podéis hacer no vale una mierda, Walrus! –replicó Vann–. ¡Esta gente está ahí tirada al descubierto…! ¡Pégale un tiro a ese desgraciado ahora mismo, cobarde hijo de puta, y moved el culo!». La bronca de Vann consiguió que por fin el capitán del ARVN ordenase a sus vehículos que reanudaran el avance, pero justo cuando acababan de ponerse en movimiento otro helicóptero –el quinto derribo del Vietcong en lo que iba de mañana– se estrelló en un arrozal cercano, después de sufrir daños críticos mientras intentaba sin lograrlo rescatar a las dotaciones de los aparatos abatidos anteriormente. Más o menos en aquel momento, un batallón de infantería del ARVN que se había extraviado consiguió desplegarse en la retaguardia de los Vietcong, entabló de inmediato un tiroteo con estos y les cortó la retirada. Tras seis horas de combate, el único logro del que Vann podía presumir era de haber obligado al Vietcong a pelear contra las fuerzas combinadas del ARVN y estadounidenses, que les superaban en número, armamento y equipo, a pesar de lo cual eran los guerrilleros quienes estaban dominando el tempo de la batalla.

Los primeros M-113 empezaron a llegar a la zona de frente, avanzando pesadamente al lado de los helicópteros derribados y recogiendo a los supervivientes. El fuego de las ametralladoras enemigas tableteaba contra su blindaje, con tan mala fortuna que una bala entró por una mirilla matando al conductor de uno de los vehículos. A costa de la muerte de dos soldados, los M-113 consiguieron rescatar a tres pilotos estadounidenses. Soldados de infantería desembarcaron de dos de los APC y se lanzaron contra el enemigo, pero en esta ocasión, y al contrario que en otras anteriores, los comunistas no se replegaron al aparecer los vehículos blindados sino que se mantuvieron firmes en sus posiciones y empezaron a abatir a las tropas que acababan de descender. Los conductores de los APC se replegaron ante el fuego enemigo. Uno de los asesores estadounidenses, un sargento, intentó reactivar el ataque avanzando a pecho descubierto y gritando: «¡Al ataque!», mientras corría hacia las posiciones enemigas; apenas había recorrido una veintena de metros cuando se dio cuenta de que nadie le había seguido, por lo que retrocedió a la carrera perseguido por el fuego de los Vietcong, que en pocos instantes habían neutralizado a los servidores de las ametralladoras de los vehículos. Los M-113 hicieron un último intento de atacar de frente a las unidades enemigas, pero los guerrilleros no les esperaron quietos, sino que salieron de los pozos de tirador y empezaron a lanzar granadas contra los vehículos en cabeza, y aunque algunos fueron abatidos, sus muestras de agresividad y audacia terminaron por romper la moral del ARVN y los blindados se retiraron a toda prisa, zigzagueando entre los arrozales.

Hacia las 18.00 h, un batallón de paracaidistas sudvietnamitas saltó desde aviones estadounidenses sobre la zona de operaciones. La idea de Vann era que saltaran en el flanco oriental, de modo que pudieran atrapar a los guerrilleros entre dos fuegos, pero el *brigadier* Cao –que había sido ascendido al mando del cuerpo– insistió en que lo hicieran en el lado occidental, entre los APC, con el fin de apoyar el maltrecho asalto principal. Vann dijo más adelante con indignación: «Eligieron reforzar la derrota». El salto fue un desastre. Diecinueve paracaidistas murieron y treinta y tres resultaron heridos, entre ellos dos asesores estadounidenses. Al caer la tarde, Vann solicitó lanzar bengalas para continuar la batalla durante la noche e impedir que el Vietcong rompiera el contacto, pero Cao no estaba por la labor y quería que el enemigo

se marchara. Es justo lo que hizo el Vietcong, que aprovechando la oscuridad rompió el contacto después de haber logrado una victoria extraordinaria. Las fuerzas de Saigón y sus asesores estadounidenses habían sufrido unas doscientas bajas, frente a cincuenta y siete del Vietcong.

La batalla fue una catástrofe personal para Vann, ya que había sido él quien la había diseñado y quien había gestionado el aplastante despliegue de recursos del ARVN y de sus patrocinadores estadounidenses. El sofisticado plan del estadounidense había sido ejecutado de forma desastrosa. Los comunistas habían probado que eran mucho más hábiles y que tenían una determinación mucho mayor que la de sus adversarios. Los soldados del ARVN se negaron a recoger los cadáveres de sus compatriotas, para disgusto de los estadounidenses. El fiasco tuvo un broche más patético todavía cuando un bombardeo del ARVN cayó entre el destacamento de recuperación y los periodistas y oficiales estadounidenses que lo acompañaban y mató a cuatro personas e hirió a otras doce. El jefe del batallón sudvietnamita se sintió tan enfurecido y humillado que sacó su pistola reglamentaria y mató de un tiro en la cabeza a su propio observador avanzado de artillería.

En Saigón, el general Harkins también estaba furioso, sobre todo después de que en la prensa americana aparecieran historias de la batalla en la que se citaba a un asesor estadounidense anónimo que afirmaba que el ARVN había hecho «una actuación terriblemente penosa». Todo el mundo sabía que había sido Vann quien había hecho esas filtraciones y, aunque él lo negó categóricamente, costó mucho esfuerzo convencer a Harkins de que sería una catástrofe de relaciones públicas destituir a su asesor más famoso. El general le puso al mal tiempo buena cara y ante la prensa extranjera en Saigón afirmó que la batalla de Bắc había sido un éxito: «La considero una victoria. Capturamos el objetivo». Afirmaciones como esta fueron las que dieron pie al llamado «déficit de credibilidad», que representó un papel tan relevante en la tragedia americana en Vietnam.

La batalla de Bắc no dañó la reputación de Vann, al menos entre las jóvenes promesas de la prensa estadounidense en Saigón como David Halberstam, del *New York Times* ; y Neil Sheehan, de la UPI, [5] con quienes discutía abiertamente acerca de sus miedos y esperanzas, en una desvergonzada búsqueda y explotación de la fama. Ambos sentían fascinación por Vann, de

modo que no tuvieron problemas en ayudarlo a difundir su visión para Vietnam a lo largo y ancho de América. Vann, en contraste con la doctrina de las tres emes –*men, money, material* [hombres, dinero, material]– que proponían hombres como Harkins, argumentaba que para ganar la guerra era necesario atraer al campesinado con políticas adecuadas en vez de bombardearlo, acabar con la corrupción endémica y transformar el ARVN en una fuerza militar efectiva capaz de defender su país por sí mismo. Uno de sus comentarios más célebres, citado con frecuencia por los periodistas en Saigón, era: «Esta es una guerra política y exige discriminar a la hora de matar. La mejor arma para matar sería un cuchillo, pero me temo que no podemos hacerlo así. La peor es un avión. La siguiente peor es la artillería. Si dejamos a un lado el cuchillo, la mejor es un fusil, sabes a quién estás matando».

El problema de Vann es que seguía creyendo, como buen estadounidense, que cualquier cosa es posible si se desea lo suficiente y se resistía a admitir una verdad fundamental: el régimen y la estructura social de Vietnam del Sur estaban tan podridas que la reforma interna era una utopía. Puede que el abuso de la potencia de fuego americana facilitase la propaganda del Vietcong, pero aun sin la intervención directa es improbable que cualquier otra política estadounidense hubiera sido capaz de conseguir que el régimen de Saigón sobreviviera a sus propias contradicciones, las de una extraordinariamente corrupta perversión del capitalismo que, en última instancia, era impotente para derrotar al nacionalismo comunista. Vann tenía la capacidad intelectual suficiente como para darse cuenta de cuáles eran las soluciones que se necesitaban para los problemas tácticos planteados por la guerra, pero reconocer que la presencia americana en Vietnam se basaba en una fatal distorsión de la realidad política era ir demasiado lejos.

Cada día que pasaba era más imprudente en las ruedas de prensa y eso dañaba sus perspectivas profesionales. Aunque Harkins no pudiera despedirlo inmediatamente, lo cierto es que el nombre de Vann se asociaba con problemas en los círculos de poder en el Pentágono. Los jóvenes reporteros estadounidenses, algunos de los cuales llegaron a ser sus amigos, le idolatraban por lo que percibían como su férrea integridad moral. Halberstam recordaba una conversación que tuvo con Vann en la que le explicó que él siempre rechazaba a las mujeres que le ofrecían los jefes provinciales con los que trataba:

«Reduce nuestro prestigio a sus ojos. Demasiados puñeteros estadounidenses en este país están acostándose con mujeres vietnamitas. Es malo para nuestra imagen. A los vietnamitas no les gusta. Despierta su resentimiento». Halberstam, que por entonces estaba igual de comprometido que Vann en lograr la victoria en Vietnam, sintió una punzada de remordimiento por la novia vietnamita que tenía en Saigón: «¡Dios! ¿Y si estoy socavando el esfuerzo bélico?».

El 8 de febrero de 1963, Vann envió un memorando de tres páginas a su propio jefe, con copia al general al mando en Saigón, en el que detallaba el control político logrado por el Vietcong en la zona de operaciones en la que él estaba destinado, así como la poca iniciativa que el ARVN mostraba para desafiarlo de forma eficaz. El general Harkins montó en cólera y envió a su propio jefe de inteligencia para que investigara las alegaciones de Vann, pero cuando aquel volvió a Saigón, su informe no fue más optimista: «Lo único malo de lo que escribió [Vann] es que todo es cierto». A pesar de ello, Harkins se negó a transmitir noticias tan deprimentes a Washington, pero Vann no aceptó de buena gana que lo ignoraran y le repitió a Halberstam lo mismo que le había reportado a Harkins. La historia ocupó un lugar destacado en el *New York Times*.

Sin embargo, ese fue el último cartucho de Vann, ya que el 1 de abril, tras completar su gira de un año en Vietnam, tuvo que ceder el mando de su equipo de asesores y regresar a Estados Unidos, después de una emotiva despedida de sus camaradas y de los corresponsales de la prensa estadounidense en Saigón, quienes le veían como un cruzado por la causa de la verdad. Vann tuvo un papel fundamental en la evolución de los periodistas estadounidenses, quienes, con el tiempo, llegaron a convertirse en los críticos más feroces de las políticas de su país en Indochina. Tal vez por entonces no tenían todavía la influencia necesaria para frenar la escalada bélica de su país en Vietnam, pero estaban empezando a comprender que la intervención estadounidense se asentaba sobre mentiras.

En Estados Unidos, Vann siguió intentando difundir su visión estratégica, por lo que se sintió especialmente irritado cuando se enteró de que Harkins había vetado que presentara su informe en el Pentágono. Tras movilizar a todos su contactos, Vann consiguió que al menos le permitieran presentarlo a la Junta

de Jefes de Estado Mayor, para lo que preparó un detallado análisis en el que explicaba que el «recuento de cadáveres» estaba absurdamente distorsionado, así como las matanzas de inocentes: «Nunca disponemos de la inteligencia lo bastante buena como justificar bombardeos aéreos preventivos, con artillería o morteros». Argumentaba que, si se podía obligar a combatir al Ejército sudvietnamita, todavía podía conseguirse la victoria. Sin embargo estaba convencido de que las fuerzas armadas estadounidenses no debían ser enviadas para cumplir la misión que no estaba llevando a cabo el ARVN. Este devastador veredicto nunca fue presentado. El encuentro de Vann con la Junta de Jefes de Estado Mayor nunca tuvo lugar. Pasó la mañana del 8 de julio de 1963 sentado en una sala de espera del Pentágono, antes de que un ayudante le dijera: «Parece que hoy no va a presentar su informe, compañero». El presidente de la Junta de Jefes, el general Maxwell Taylor, había ordenado que la presentación de Vann fuera retirada de la agenda. Poco después, se enteró de que no volverían a darle mando de tropas, por lo que escribió a sus amigos entre los corresponsales en Saigón para informarles de que había decidido licenciarse y aceptar un empleo civil como ejecutivo en una empresa aeroespacial.

Lo que no les contó –y que hizo que aquellos que le admiraban se sintieran especialmente traicionados– es que sus problemas con el Ejército iban más allá de su controvertida visión estratégica acerca de Vietnam, ya que pesaba sobre él una denuncia de estupro presentada por una chica de quince años, que lo acusaba de haberla seducido en 1957, en la época en la que él estaba asistiendo a la Escuela de Mando y de Estado Mayor. La acusación fue retirada después de que Vann convenciera a su infeliz esposa de que mintiera para salvarlo, pero el incidente era una escandalosa mancha en su historial y él creía –y es probable que estuviera en lo cierto– que le descalificaba para recibir las estrellas de general. Por entonces, solo Mary Jane Vann era consciente de su compulsiva naturaleza priápica, acerca de sus aventuras con secretarias americanas, doncellas japonesas y cuidadoras alemanas. Era un hombre obsesionado con el sexo. Aunque nada de esto se supo públicamente hasta después de la muerte de Vann, su sombra debe de haber estado siempre flotando sobre sus hombros durante muchos años.

Pocas semanas después de empezar su vida como civil, el general al mando de la 82.ª División Aerotransportada, uno de sus principales admiradores, le escribió para ofrecerle el mando de un batallón paracaidista si volvía al Ejército, pero los altos mandos no querían oír nada del tema, así que rechazaron la propuesta. Las frustraciones de un rutinario trabajo de oficina mientras su país se embarcaba en la aciaga escalada de su guerra en Vietnam le herían profundamente, de modo que, en el invierno de 1964, Vann presentó su candidatura, con éxito, para un puesto civil como director regional de pacificación en el delta del Mekong. Maxwell Taylor, entonces embajador de Estados Unidos en Vietnam, vetó el nombramiento. Mientras el coronel retirado languidecía en Denver, sus amigos seguían presionando para que le dieran un puesto oficial; uno de ellos, destinado en Saigón, consiguió convencer a un reticente Taylor para que aceptara a Vann en un rol menos relevante, como oficial provincial de pacificación, de modo que en marzo de 1965, tras dos años de ausencia, aterrizó de nuevo en Tan Son Nhut.

El mismo día en que los Marines desembarcaban en Đà Nẵng y el presidente Lyndon Johnson autorizaba el inicio de la campaña de bombardeos contra Vietnam del Norte, que marcaron el inicio oficial de la gigantesca intervención estadounidense en Vietnam, Vann partió para su destino en la provincia de Hậu Nghĩa, al oeste de Saigón. En teoría, el nuevo trabajo de Vann consistía en supervisar la construcción de escuelas, programas agrícolas y ayuda a los refugiados, pero él no iba a conformarse con algo tan nimio, así que se propuso una meta mucho más ambiciosa: disputarle el control político de la provincia al Vietcong. La capacidad operativa del ARVN se había deteriorado drásticamente desde que Vann había abandonado el país dos años antes. A las pocas semanas de su llegada se encontró contemplando los restos de una aldea donde un ataque de morteros del Vietcong casi había aniquilado a una compañía de Rangers. Soldados borrachos del ARVN disparaban con impunidad contra las poblaciones e incluso contra el alojamiento de Vann. El consumo de marihuana era habitual entre las tropas. Vann escribió con tristeza a un amigo en Estados Unidos:

> Vamos a perder por culpa de la degeneración moral en Vietnam del Sur junto con la excelente disciplina del VC. Este país ha mandado a la

> mierda sus oportunidades durante tanto tiempo que se ha convertido en una costumbre […]. Estoy frustrado […], no tanto por culpa de estos pequeños soldaditos orientales de juguete como por nuestros malditos genios militares y políticos por negarse a admitir y a hacer lo obvio –tomar el mando de toda la operación– y mantener a los vietnamitas como el rostro de esta.

A un general y antiguo colega le escribió: «Si no fuera porque Vietnam es un peón en el más amplio enfrentamiento entre el Este y el Oeste […] entonces sería condenadamente difícil justificar nuestro apoyo al gobierno actual. Hay una revolución en marcha en este país y los principios, objetivos y deseos del *otro* lado están mucho más próximos a los principios estadounidenses que los del [gobierno de Saigón]. Si yo fuera un chaval de dieciocho ante la misma disyuntiva –si apoyar al gobierno de Vietnam o al FLN [Frente de Liberación Nacional, el Vietcong]– y, además, viviera en una comunidad rural, seguramente elegiría el FLN». Y un año antes le había escrito a un amigo estadounidense en Saigón: «Si hay que ganar esta guerra, entonces deben hacerlo los propios vietnamitas, no hay nada más insensato que utilizar masivamente tropas de los Estados Unidos (o de otros países). Podríamos meter todo nuestro ejército en Vietnam y no conseguir nada que merezca la pena». Por entonces había 50 000 soldados estadounidenses en Vietnam y muchos, muchos más estaban de camino. El enemigo también estaba aumentando su poder. Vann se dio cuenta de que recorrer la provincia de la forma que solía hacer –solo en una camioneta– se había convertido en algo mucho más peligroso. Las emboscadas se multiplicaban.

Un día de junio, un grupo de figuras vestidas con pijamas negros [6] intentó que se detuviera en la carretera a Củ Chi. Vann aceleró el vehículo y pasó de largo, mientras los guerrilleros acribillaban a tiros su *jeep* y, por suerte para él, solo le provocaron heridas superficiales por culpa de los cristales. A partir de entonces viajó con una carabina y un puñado de granadas de mano en el asiento de al lado. Él y su asistente, un joven oficial del Servicio Exterior llamado Doug Ramsey, desesperaban ante su impotencia para frenar el implacable bombardeo de civiles por parte del mando estadounidense y del Gobierno de Saigón. En una clínica local encontraron a una joven a la que

curaban de quemaduras de napalm; era la única superviviente de ocho trabajadores en un campo. Embarazada de ocho meses, nunca podría dar el pecho a su bebé. Sus pezones habían quedado abrasados.

En septiembre, Vann preparó un estudio titulado *Encauzando la revolución en Vietnam del Sur* . Proponía una estrategia dual para derrotar militarmente al Vietcong, mientras se reemplazaba al régimen de Saigón por un gobierno que fuera capaz de abordar las necesidades del pueblo vietnamita. Se oponía apasionadamente a la relocalización obligatoria del campesinado a través del Programa de Aldeas Estratégicas y protestó enérgicamente cuando algunas partes de su propia provincia fueron declaradas «zonas de bombardeo libre», en las que cualquier cosa que se moviera se suponía que era comunista. Cuando un helicóptero gubernamental sobrevoló la región ordenando a los locales que recogieran sus pertenencias y se dispusieran a evacuarla, Vann denunció estas medidas como una «idiotez». Escribió: «El éxito de una iniciativa militar será negado por el fracaso continuado del gobierno para ganarse a su propio pueblo». Cuando vio una grabación en televisión en la que marines de Estados Unidos incendiaban casas cerca de Đà Nẵng, escribió a un amigo militar: «Si esta va a ser nuestra política, no quiero saber nada de ella». Entre tanto, Vann había renovado los indiscretos, a la par que cercanos, lazos que le unían al cuerpo de prensa americana en Saigón, que le había hecho famoso. Le entregó a Doug Ramsay una copia de una reseña biográfica de sí mismo escrita por David Halberstam en la revista *Esquire* . Su fama –Wade Just, del *Washington Post* , le llamaba «uno de los estadounidenses legendarios en Vietnam»– le envolvía en un aura protectora ante la irritación del Ejército de Estados Unidos por su negativa a seguir la línea política oficial. Vann envió a Cabot Lodge, de vuelta en su segundo *tour* como embajador estadounidense en Vietnam, su estudio *Encauzando la revolución* . Lodge se lo pasó a su sección política, donde se esfumó sin dejar rastro.

Sin embargo, no todos los estadounidenses ignoraron sus críticas, de modo que en octubre de 1965 fue ascendido a un puesto más influyente como asesor en asuntos civiles del general estadounidense al frente de la zona del III Cuerpo, que abarcaba la parte meridional de Vietnam del Sur. Había llegado a convertirse en un hombre obsesionado con la guerra, *su* guerra. Hablaba de ella incansable y compulsivamente a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar,

tanto en Saigón como en Washington. En realidad, sus propuestas no eran mucho más realistas acerca de las alternativas políticas que las de Lodge, el secretario de Defensa Robert McNamara, Lyndon Johnson o los mandos militares estadounidenses. Vann creía que la clave era que los vietnamitas fueran dirigidos por oficiales estadounidenses, tal y como habían hecho oficiales británicos como Jack Masters con las tropas nativas de su imperio generación tras generación. En última instancia, se trataba de una visión colonialista basada en la convicción de que los vietnamitas podrían adaptarse al modo de vida estadounidense. Estaba convencido de que Estados Unidos tenía la fuerza suficiente para imponer a voluntad un gobierno local benigno, honrado, creíble y aceptado por el pueblo vietnamita. La virtud de la visión de Vann es que al menos él simpatizaba de verdad con el pueblo de Vietnam, algo que no hacían sus críticos.

En enero de 1966, el antiguo ayudante de Vann, Doug Ramsay, fue capturado por el Vietcong. Vann viajó en persona a la provincia en su propio automóvil, un pequeño berlina Triumph, recorriendo la zona y ofreciendo un rescate a cambio de la liberación de su amigo, pero el Vietcong no estaba interesado y Ramsey permaneció prisionero en la jungla durante siete terribles años. El propio Vann escapó de milagro a otra emboscada. Su acompañante lanzó una granada de mano desde la ventanilla del automóvil y logró abrirse paso entre los guerrilleros. El estilo de vida de Vann era cada vez más frenético. Su matrimonio estaba acabado del todo menos de forma oficial, de modo que había establecido relaciones no con una, sino con dos amantes vietnamitas. La primera, Lee, tenía veinte años y Vann había llegado a celebrar una ceremonia de compromiso presionado por la familia de ella. La segunda, Annie, era una estudiante de instituto de diecisiete años cuando se conocieron, que se quedó embarazada y que tuvo una niña con Vann. Lo increíble es que durante varios años consiguió que ninguna de ellas fuera consciente de la existencia de la otra, así como que tampoco se enterasen de sus constantes infidelidades con otras mujeres.

A principios de 1966, Vann fue ascendido a director delegado de pacificación en el III Cuerpo y más adelante, en noviembre, a la jefatura suprema en la región, por lo que se convirtió, de este modo, en uno de los cargos civiles más importantes en Vietnam. Más allá de las dudas acerca de su

capacidad de juicio o de su discreción, su energía, inteligencia y excepcionales conocimientos de Vietnam y de sus habitantes eran innegables. Sus nuevas responsabilidades implicaban la dirección de un equipo formado por 330 civiles estadounidenses y más de 600 vietnamitas, además de personal administrativo. En las Navidades de 1966, le escribió a un militar amigo suyo: «Todavía soy optimista acerca de lo que puede hacerse en Vietnam, pero me saca de quicio lo poco que se hace en realidad». Conforme la escalada de la guerra aumentaba, también lo hacía el terrible número de bajas civiles: unos 25 000 muertos y 50 000 heridos cada año. Neil Sheehan, que ahora trabajaba en el *New York Times* , le preguntó al general Westmoreland en agosto de 1966 si no estaba preocupado por el número de víctimas no combatientes. «Sí, Neil, es un problema –reconoció el general–, pero priva al enemigo de población, ¿no le parece?».

No deja de ser una ironía, cuando no una paradoja, que, cuanto más se enfangaba Estados Unidos en Vietnam a lo largo de 1966 y 1967, la influencia y el prestigio de John Paul Vann crecieran de forma constante. El arrogante y entusiasta virginiano se había convertido en un personaje clave detrás de Robert «Torch» Komer, el nuevo jefe de las operaciones de pacificación en el país, a través del programa CORDS (Civil Operations and Revolutionary Development [Operaciones Civiles y Desarrollo Revolucionario]). Komer era un gestor formidable e implacable que contaba, además, con el apoyo personal de Lyndon Johnson, mientras que Vann disfrutaba por su parte del patronazgo de Komer y del nuevo general al frente del III Cuerpo, Fred Weyand. Frente a su oficina en la base aérea de Biên Hòa ahora tenía aparcado un helicóptero personal. Incasable, por tierra y por aire, Vann recorría su jurisdicción para reunir noticias, cotilleos, sensaciones… y luego regresaba a altas horas de la madrugada a los brazos de alguna de sus dos amantes. En una carta que envió a sus amigos afirmó: «Estoy de vuelta en el redil militar y estoy al mando».

Sin embargo, en el verano de 1967 no seguía siendo tan optimista. Pensaba que Komer estaba tan obsesionado con la tecnología que se olvidaba de lo que realmente estaba pasando en el mundo real. El Ejército sudvietnamita no había mejorado su capacidad para proteger al pueblo de la influencia del Vietcong, mientras que el Ejército estadounidense, cuyo compromiso en tropas en Vietnam no hacía más que crecer, se limitaba a abrir un camino de destrucción

a lo largo y ancho del país. La presencia estadounidense en Vietnam era cada vez más palpable en forma de una gigantesca infraestructura de bases militares en las que los barracones contaban con aire acondicionado, era posible conseguir cerveza fría, había duchas de agua caliente, cines y clubes de oficiales, todo ello para sostener una creciente presencia militar. «Creo que estamos en el camino a la perdición», escribió Vann a su amigo David Ellsberg, que en 1971 se hizo famoso por filtrar a Neil Seehan los «papeles del Pentágono», en los que se exponía la triste realidad detrás de las operaciones de Estados Unidos en el sudeste de Asia. Vann podía presumir de poder personal y de estar en la cresta de la ola, pero lo cierto es que seguía siendo impotente para frenar la desastrosa política en la que estaba involucrado su país en Vietnam. En el invierno de 1967, durante un permiso de ocho semanas en Europa y Estados Unidos, se reunió con Walt Rostow, el asesor de Seguridad Nacional de Johnson en la Casa Blanca. Rostow escuchó atentamente a Vann hasta que, de repente, le interrumpió para preguntarle si creía que a pesar de todos los problemas de Vietnam, lo peor de la guerra habría quedado atrás en los próximos seis meses, a lo que Vann contestó: «¡Diablos, no, señor Rostow! Soy un optimista nato. Creo que podemos resistir más tiempo que ese». Rostow, a quien no le hizo ninguna gracia el comentario, dijo que un hombre con tales opiniones no debería estar trabajando para Estados Unidos en Vietnam.

El 31 de enero de 1968, el segundo día de la fiesta vietnamita del Tết, a Vann le despertó el sonido de las explosiones de los cohetes que el Vietcong acababa de lanzar contra la base estadounidense en Biên Hòa. Era el inicio de la Ofensiva del Tết, la sorpresa más desagradable sufrida por los Gobiernos de Saigón y Estados Unidos en toda la contienda. Lo primero que hizo Vann fue ponerse en contacto con todos sus equipos CORDS en las provincias, mientras que los efectivos americanos combatían contra los hombres del Vietcong que habían conseguido infiltrarse en el perímetro de Biên Hòa. Lo segundo fue volar en su helicóptero con la intención de rescatar a su amante vietnamita Annie y a su pequeña hija, pero cuando llegó a su residencia se encontró con que los padres de Annie ya las habían recogido en automóvil para llevarlas a un lugar seguro. Eso, por supuesto, no impidió a Vann alardear delante de sus amistades de ser el héroe de la película que las había puesto a salvo en su Ranger. Podía, sin embargo, reclamar el mérito de haber sido quien convenció

al general Weyand para que se negara a las peticiones de Westmoreland de enviar sus tropas hacia la frontera camboyana, lo cual es probable que hubiera supuesto la caída de Saigón en manos del Vietcong, ya que Weyand no habría podido disponer de la potente masa de maniobra que le permitió frustrar la estrategia de los comunistas.

Tras el inicio de la Ofensiva del Tết, siguieron dos semanas de desesperados combates a lo largo y ancho de Vietnam, durante los cuales al menos 14 300 civiles murieron, 72 000 viviendas fueron destruidas y 627 000 personas se quedaron sin hogar. El Ejército norvietnamita resistió durante veintiséis días en la ciudadela de Hué. Al final, Estados Unidos consiguió una victoria militar decisiva sobre el Vietcong, de modo que, a partir de entonces, Hanói se vio forzada a utilizar a las tropas regulares norvietnamitas para continuar la guerra; sin embargo, la batalla política y moral se perdió de forma decisiva el día que el mundo pudo ver en directo a los guerrilleros del Vietcong combatiendo dentro del recinto de la embajada de Estados Unidos en Saigón.

Los más fervientes admiradores de Vann, entre los que se contaba su biógrafo Neil Sheehan, vieron en el Tết el acontecimiento decisivo que le hizo perder su capacidad de analizar la situación en Vietnam con frialdad. Vann empezó a ignorar la realidad, incapaz de reconocer que el Tết había supuesto un punto de inflexión decisivo. Es cierto que la contienda aún duró otros siete años, pero para entonces el pueblo estadounidense había perdido la fe en la victoria. Vann pasó los años que le quedaban de vida defendiendo la clase de política que él mismo había estado criticando desde 1962 y sucumbiendo a las fantasías acerca de la justicia de la causa y del poder de Estados Unidos igual que había sucedido con los políticos y generales en Washington. Después del Tết, Vann recorrió de un lado a otro la región que tenía asignada incitando, presionando, implorando a quienes tenía que implorar y asegurando que la victoria todavía podía conseguirse. En febrero de 1968 envió una circular a los equipos CORDS: «Ahora es el momento, literalmente, en el que se separa a los hombres de los niños. Varias veces me he visto desilusionado por encontrarme con asesores que es obvio que solo saben sentir lástima por ellos mismos y que no hacen más que dar vueltas como gallinas sin cabeza […]. Coged a los oficiales vietnamitas y a sus tropas y sacadlos fuera del alambre de espino, sed agresivos y pasad a la ofensiva tanto de día como de noche». Al final, sucumbió

a la presión, sufrió un colapso y tuvo que ser trasladado de urgencia a un hospital; si Lee, su amante, no le hubiera encontrado inconsciente en el suelo de su casa, vomitando sangre, habría muerto aquella noche de mayo de 1968. Los médicos le diagnosticaron una rara enfermedad, el síndrome de Mallory-Weiss, pero tenía tratamiento.

Muchos estadounidenses habían perdido la fe en la victoria y no es que les faltaran razones para ello, pero el optimismo de Vann les hizo recuperarla, lo que, a su vez, supuso que volvieran a ascenderlo. La derrota de Estados Unidos parecía inevitable para cualquiera con dos dedos de frente, pero fue precisamente en esa época cuando el poder y la influencia de John Paul Vann alcanzaron su cota más alta. Su plan pasaba por reducir la presencia americana y que el peso de las operaciones recayese en el ARVN, precisamente las tropas que Vann había pensado hasta entonces que eran las menos motivadas para luchar contra los Vietcong. Le citaron en un despacho de Associated Press en el que afirmaron que centenares de miles de soldados estadounidenses podrían ser enviados a casa de vuelta «gratis», sin que eso supusiera acarrear consecuencias negativas desde el punto de vista militar.

Vann alegó más tarde que creía que estaba hablando extraoficialmente con el reportero, pero eso no fue óbice para que se desatara una auténtica tormenta entre los altos mandos. El nuevo comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, Creighton Abrams, creía que esa había sido la gota que colmaba el vaso, de modo que exigió que se destituyera de inmediato al jefe de pacificación del III Cuerpo. Sin embargo, tanto el apoyo de Robert Komer como, y eso era todavía más importante, el del recién elegido presidente Richard Nixon, que se había quedado impresionado por las declaraciones de Vann, le salvaron el pellejo. Tras su nombramiento, Nixon desveló la estrategia que se llamó de «vietnamización» y que su secretario de Estado, Henry Kissinger, reconoció a Vann de forma obsequiosa: «Es su política». Vann no consiguió el puesto que anhelaba dentro de la Administración Nixon para poder poner en práctica su estrategia, pero creía que, al menos, había conseguido por fin influencia en el más alto nivel de la política de Estados Unidos.

De hecho, el 22 de diciembre de 1969, fue invitado a la Casa Blanca para una entrevista con Nixon y Kissinger cuyo tono estuvo marcado por su recién

descubierto optimismo. Aquel mismo otoño, Vann le había contado al columnista Joseph Alsop, de visita de una semana a la región del delta del Mekong, que estaba convencido de que el Gobierno de Saigón no tardaría en asegurar el control de alrededor del 90 por ciento de la población del delta. Alsop puso a Vann por las nubes y lo describió como «un gran patriota, inteligente, valiente y un extraordinario líder» y continuaba afirmando que si un hombre como este, que «en el pasado [...] era un absoluto pesimista en lo que respecta a Vietnam», ahora creía que América estaba ganando la guerra, no cabía duda de que tenía que ser verdad que lo estaba haciendo. A la Casa Blanca, y sobre todo a Nixon, la optimista visión de Vann acerca del futuro de Vietnam le resultaba muy atractiva, especialmente porque podía conseguirse con una mínima presencia estadounidense en la región. El apoyo de Nixon, que le regaló un bolígrafo y una pelota de golf autografiados como recuerdos de su visita, fueron fundamentales para reforzar el estatus de Vann cuando volvió a Saigón en enero de 1970. Su viejo amigo Daniel Ellsberg le dijo en tono jocoso: «Al final has podido darle buenas noticas al presidente, John».

¿Cuál fue la causa de este cambio de opinión tan radical por parte de Vann? Neil Sheehan escribió veinte años más tarde: «El John Vann que sus viejos amigos habían conocido despareció en la guerra. Con cada año que pasaba, ese Vietnam transformaba más y más una fantasía construida a su medida. La guerra le llenaba por completo, hasta el punto de que ya no podía separarla de su persona. Lo mismo que había manipulado su historia pasada, finalmente había distorsionado la verdad acerca de la guerra hasta adaptarla a sus deseos». El entusiasmo de Vann se basaba en que ahora tenía un enorme interés personal en el conflicto, más que en ninguna otra cosa. Por fin había logrado el estatus y la influencia que siempre había deseado tener, además de poder llevar un estilo de vida que se amoldaba perfectamente a su extravagante temperamento. Si conseguía «salvar» Vietnam, sería un héroe, mientras que aceptar la derrota significaría tener que volver a quedar relegado a la oscura existencia de un ejecutivo trabajando para una multinacional. Ya no habría ni más helicópteros privados, ni amantes vietnamitas, ni responsabilidades de mando.

Durante los primeros años de la década de 1970 aprovechó su nueva y creciente influencia para planificar operaciones militares cada vez más

ambiciosas. Pasó a tener el control absoluto del programa de bombardeo estratégico de los B-52, así como la autoridad para organizar las operaciones terrestres contra las bases de las guerrillas comunistas, aunque eso suponía dejar a un lado tanto su anterior escepticismo acerca de la efectividad del ARVN como sus objeciones al uso indiscriminado de bombardeos de artillería o aviación. En mayo de 1971 fue nombrado director del Segundo Mando de Asistencia Regional, que cubría toda el área del II Cuerpo en Vietnam, las Tierras Altas y buena parte de la costa central. Aunque teóricamente era un civil, tenía un rango efectivo de general de división, con un general de brigada estadounidense subordinado para que actuara como su oficial ejecutivo. Cuando su viejo amigo Ellsberg filtró los «papeles del Pentágono» en mayo de 1971 y expuso al mundo las locuras y los engaños de la política estadounidense en Vietnam de la década anterior, Vann se sintió engañado y llegó a pedir que fuera encarcelado por traición.

Durante el invierno de 1971 su vida tomó un ritmo frenético: se había divorciado de Mary Jane, mantenía un hogar con su «esposa» vietnamita Annie y su hija y al mismo tiempo seguía con su aventura con Lee, su otra amante, y todo ello mientras planificaba las operaciones, a la vez que se involucraba en las batallas personalmente. Por ejemplo, durante los violentos combates en abril de 1972 por la base Delta del ARVN, una de las bases fortificadas en las colinas, no dudó en acudir en su helicóptero Ranger a través de las montañas para rescatar a la dotación de un Chinook derribado. Durante las batallas sobrevolaba la zona de combates, observaba el desarrollo de la acción –las explosiones, las figuras corriendo de un lado a otro, los heridos y moribundos– y ordenaba ataques aéreos allí donde eran necesarios. Cuando el comandante vietnamita de la base Delta dijo que si no recibía suministros de forma inmediata la posición estaría condenada, Vann se ofreció a reabastecer la posición personalmente a pesar de las objeciones de sus oficiales: «Tengo experiencia en estos temas», les dijo Vann, posiblemente recordando sus hazañas en Corea. Para asombro tanto de los vietnamitas como de los estadounidenses, voló seis misiones de suministro a la base de operaciones Delta, siempre bajo fuego enemigo. Al día siguiente, una fuerza de relevo rompió el asedio norvietnamita.

La experiencia pareció haber llevado a Vann a un estado de euforia. Su fe en la posibilidad de una victoria sudvietnamita y en su propia invulnerabilidad llegaron a extremos mesiánicos: «Tendrán que morir todavía un montón de soldados –escribió–, pero estamos seguros de que seremos capaces de sostener nuestras posiciones clave». Pocos días después, la realidad se encargó de demostrarle que su optimismo había sido prematuro cuando se perdió la base de apoyo de artillería conocida como PONY, localizada en Bình Định, una de las provincias más grandes en Vietnam central, al colapsarse la defensa sudvietnamita por el ataque comunista. Vann había aterrizado bajo un bombardeo con morteros en las posiciones del 40.º Regimiento del ARVN con la intención de animar la resistencia, pero fracasó y el 19 de abril se vio obligado a enviar una columna de vehículos blindados M-113 y ordenar la evacuación de las tropas sudvietnamitas, que fueron prácticamente aniquiladas por las continuas embestidas norvietnamitas durante la sangrienta y caótica retirada.

Los regimientos del ARVN en el norte de la provincia de Bình Định se desintegraron en los días que siguieron a esta derrota. Miles de hombres se deshicieron de sus uniformes y desertaron; las tripulaciones de helicóptero vietnamitas vendían plazas en sus Huey al mejor postor, mientras que los heridos eran abandonados a su suerte. El 21 de abril cayó la base de operaciones Delta. En todas partes, las formaciones sudvietnamitas eran desbordadas, mientras los comunistas aumentaban la presión sin descanso. En Saigón, los generales no sabían cómo reaccionar, incapaces de imaginar una respuesta militar o al menos maniobrar con las unidades que seguían siendo efectivas. No era simplemente una derrota más, sino la expresión más patente de la bancarrota moral, social y militar del régimen de Saigón y de sus parásitos. Vann se negaba a aceptar la realidad de la que veía como *su* guerra; de hecho, cuando los norvietnamitas empezaron a desplegar unidades de carros de combate T-54, Vann se negó a aceptar que fuera cierto.

Al menos era lo bastante realista como para comprender que no era inmortal, por ello, en uno de los vuelos en su helicóptero Jet Ranger que realizó al cuartel general del ARVN en Tân Cảnh, situado en la región montañosa al norte de la provincia de Kontum, y que estaba sometido a un duro asedio por parte de los norvietnamitas desde el 24 de abril de 1972,

decidió redactar su testamento. Lo hizo en un cuaderno de espiral, en el que apuntó la fecha y hora para darle el carácter más oficial posible; en sus últimas voluntades, pedía que su «esposa» Annie y su hija vietnamita tuvieran «una participación igualitaria en su herencia» y que recibieran los beneficios de la venta de sus propiedades en Vietnam, aunque no es que quedase mucho de ellas. Nunca había llegado a casarse oficialmente con Annie, al menos a ojos de la ley estadounidense, de modo que para ella el testamento original, en el que dejaba todas sus propiedades a Mary Jane y a sus hijos, era el único que tenía valor legal. Es posible que creyese que el gesto de escribir este segundo testamento le eximía honorablemente de sus responsabilidades.

El grupo de asesores estadounidenses asignado al mando vietnamita en Tân Cảnh se había visto obligado a abandonar el cuartel de la división del ARVN, que estaba siendo sometido a un intenso fuego enemigo, y a refugiarse en un campo de minas fuera del perímetro, en el que ya habían muerto varios vietnamitas al hacer explotar una de las minas, tal y como informaron por radio a Vann. Él y su piloto, un suboficial llamado Bob Richards cuya templanza estaba al borde del colapso después de dos años volando para el virginiano, descendieron en un Jet Ranger para rescatar a los estadounidenses. Richards observó aterrorizado cómo un T-54 enemigo los apuntaba con su cañón de 100 mm desde una distancia de apenas 180 m. Mantuvo unos segundos el helicóptero a unos centímetros del suelo, sin llegar a posarse, mientras los tres asesores estadounidenses embarcaban a toda prisa, para después levantar el vuelo, dar media vuelta y salir disparado de allí, con cuatro soldados vietnamitas agarrados a los patines de la nave. Por alguna razón que Richards nunca consiguió entender, el T-54 no había abierto fuego. Aterrizaron sin problemas en la cercana Đắk Tô, donde desembarcaron a sus pasajeros y volvieron a Tân Cảnh por más.

Richards mantenía la aeronave volando a ras de suelo para evitar un banco de nubes bajas y el fuego de las baterías antiaéreas comunistas, cuando de repente una ráfaga de AK-47 les alcanzó en la carlinga y el fuselaje, destruyó la radio y agujereó los depósitos de combustible; varios proyectiles impactaron bajo el asiento de Vann. Richards dio la vuelta, ganó altura y voló de vuelta a la base en Pleiku. El piloto había quedado tan traumatizado por la experiencia que acaba de vivir que se negó a seguir volando. Vann se limitó a cambiar de

helicóptero y volvió a rescatar al resto del equipo de asesores estadounidenses que aún estaban atrapados en Tân Cảnh. No contento con ello, emprendió otra misión para rescatar a un oficial estadounidense en otra posición. Conforme aterrizaban, docenas de desertores del ARVN intentaron abordar el helicóptero, de modo que Vann tuvo que emplearse a fondo para rechazarlos a culatazos con su M-16. Sin embargo, varios se habían agarrado al patín del lado del piloto y cuando el Ranger intentó despegar, el aparato se desequilibró y las palas del rotor golpearon el suelo y quedaron inutilizadas. Vann sacó de entre los restos de la nave a su ayudante de campo vietnamita, el teniente Huỳnh Văn Cao, y luego pidió ayuda por radio. Acudió un Huey, que sufrió varios impactos según se aproximaba, pero que fue capaz de rescatar al grupo de estadounidenses. Cuando regresaron a la base, Vann se detuvo solo el tiempo suficiente para que un oficial estadounidense fuera testigo de su testamento y entregarle la custodia del cuaderno antes de volver a Tân Cảnh.

Durante todo el día, Vann estuvo dirigiendo ataques aéreos contra las formaciones comunistas asaltantes y asegurándose de que los depósitos de municiones fueran destruidos antes de que cayesen en manos enemigas. Parecía incapaz de parar ni un instante y luchaba sin descanso por sostener un edificio que se estaba colapsando ante sus ojos y que sus propias fantasías habían contribuido a destruir. Sin embargo, era consciente de que las Tierras Altas de Vietnam central eran indefendibles y de que no había manera de retener Pleiku, como prueban sus discretas maniobras para que sus efectos personales fueran evacuados de sus aposentos en la ciudad.

Era evidente a todas luces que Kontum, la capital provincial, también era indefendible, pero Vann decidió tomar el control personal de las operaciones para salvarla. Entre todos los candidatos posibles, eligió al antiguo capitán Bao –ahora coronel al mando de una división–, que había mandado la compañía de M-113 en la desgraciada acción de Bắc en 1963, para que fuera la cara vietnamita de la defensa de Kontum. A lo largo de las semanas que siguieron, Vann convirtió la empresa en su obsesión particular. Sobrevolaba los campos de batalla en su helicóptero Ranger, mientras organizaba y a veces hasta dirigía desde este a los enormes bombarderos B-52 en más de trescientos ataques entre mediados de mayo y principios de junio, ignorando con frecuencia todos los procedimientos habituales de control aéreo. Cuando los bombarderos

abandonaban la zona, daba la orden a su piloto de volar a baja cota y aprovechaba para disparar con su M-16 contra cualquier superviviente comunista que viera. En una misión en la que le acompañaron dos periodistas, Vann les comentó que no era una práctica peligrosa, ya que cualquiera que hubiera sobrevivido al bombardeo estaría demasiado conmocionado como para apretar el gatillo durante al menos media hora después de que se hubieran ido los bombarderos. A un periodista del *Washington Post* llegó a decirle con aparente satisfacción que: «Se puede afirmar por el hedor del campo de batalla que los ataques son eficaces». El personal vietnamita de su centro de mando le apodó «Mr. B-52». El 30 de mayo, acompañó en persona al presidente de Vietnam del Sur a Kontum en una visita destinada a elevar la moral de los defensores. Allí, el político colocó las estrellas de *brigadier* en el uniforme de combate del coronel Bao como recompensa, pero todo el mundo sabía, tanto estadounidenses como vietnamitas, que el mérito de la defensa de Kontum era de Vann. Sin su determinación, nadie lo habría intentado siquiera, pero eso no cambiaba el hecho de que estuviera pretendiendo apagar un incendio con un vaso de agua.

El 9 de junio, Vann visitó Saigón. Por la mañana encontró tiempo para hacer el amor con Lee y, poco después, con otras dos mujeres antes de acudir por la tarde a una conferencia de planificación estratégica. Al finalizar, decidió viajar a Kontum, tal y como había hecho desde que habían empezado los combates por la ciudad. El último contacto fue unos minutos después las 21.00 h, en una noche relativamente clara, cuando él en persona informó a la base de que se encontraba a quince minutos de la zona de aterrizaje. Apenas unos momentos más tarde, los soldados del ARVN que estaban de guardia pudieron observar el estallido de una bola de fuego en una arboleda a un centenar de metros de su posición. El hombre que pilotoba el Ranger de Vann aquella noche no era Bob Richards, su anterior piloto, quien tras sus roces con la muerte en Tân Cảnh había sufrido un colapso nervioso y había desaparecido ausente sin permiso en Bangkok. Aquella noche del 9 de junio fue un error del piloto y no la acción enemiga lo que causó el fatal accidente del Ranger de Vann.

Los helicópteros de rescate estadounidenses no tuvieron problemas para localizar el lugar del siniestro, guiados por las llamas del aparato estrellado. Los

focos que iluminaban la escena permitieron encontrar rápidamente el cuerpo de Vann, que salió despedido en el choque y quedó destrozado por el impacto. La patrulla del ARVN que había llegado primero al lugar exigió a los estadounidenses un pago en efectivo por haberse aventurado fuera de sus posiciones durante la noche, a pesar de haber aprovechado la oportunidad para robar los anillos y los relojes de los muertos. El piloto estadounidense que transportó los cadáveres de las víctimas a bordo de un Huey dijo: «Odio ser el tipo que lleve a John Vann en su último viaje». Sin embargo, lo más probable es que al hombre cuyo cadáver yacía en el suelo del helicóptero le hubiera dado igual, ya que nadie que se comportase como lo había hecho Vann en las semanas precedentes podía estar demasiado preocupado por su propia supervivencia. En sus últimas semanas de vida, Vann disfrutó de la fantasía de haber triunfado a nivel personal. Estaba convencido de que la defensa de Kontum era el punto de inflexión que cambiaría el curso de las hostilidades y que sería él, John Paul Vann, quien habría evitado la derrota de Estados Unidos en Vietnam. Aunque aún pasarían otros tres años antes del último acto del drama, en 1972 pocos de los observadores mejor informados tenían dudas acerca de cómo acabaría realmente aquello.

La muerte de Vann fue portada en los periódicos estadounidenses, donde los obituarios le recordaban como una de las leyendas americanas en Indochina. A su entierro en el Cementerio Nacional de Arlington, el 16 de junio, acudieron decenas de políticos y militares. Estuvieron presentes Daniel Ellsberg, el senador Edward Kennedy, la sufrida Mary Jane Vann –quien, a pesar de su divorcio, nunca había renunciado a su matrimonio–, el general Westmoreland, que entonces era el jefe de Estado Mayor del Ejército, Melvin Laird, secretario de Defensa, y Robert Komer, que leyó el elogio fúnebre. Al borde de la tumba, el hijo de dieciséis años de Vann recibió la bandera del ataúd de parte de la guardia de honor, mientras que el mayor, John Allen, que entonces tenía veinticuatro años, prefirió ser testigo pasivo, a causa de su resentimiento hacia algunos de los grandes hombres presentes, a los que culpaba de haber expulsado a su padre del Ejército. El mediano, Jesse, que tenía veintidós años, fue disuadido a duras penas de su intención de entregarle su cartilla de reclutamiento rota al presidente Richard Nixon durante la recepción que se celebró en la Casa Blanca después del entierro.

Nixon les dijo que lamentaba no poder premiar al héroe caído con la Medalla de Honor del Congreso, ya que Vann era técnicamente un civil en el momento de su muerte, por lo que solo podía concederle la Medalla Presidencial de la Libertad. Esto hizo que la familia se sintiera bastante molesta, pues la consideraban un simple premio de consolación. Nixon proclamó sonoramente: «Soldado de la paz y patriota de dos naciones, el nombre de John Paul Vann será honrado mientras los hombres libres recuerden la lucha para preservar la independencia de Vietnam del Sur [...]. Un estadounidense realmente noble, un soberbio líder que ocupa un lugar junto a Lafayette en la galería de los héroes que han hecho suya la causa de otros pueblos valientes». Incluso para los estándares de la hipérbole funeraria, este discurso era extravagante. El comportamiento de Vann en la última fase de su vida era prácticamente el de un individuo desquiciado, como el de un personaje de la película de Stanley Kubrick *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* . La pompa del funeral en Arlington reflejaba las necesidades políticas de una administración acosada, que buscaba honor donde no lo había. En el primer *tour* de Vann en Vietnam, e incluso durante los primeros años después de su vuelta, fue un ejemplo de integridad, honestidad y compasión, pero después su egolatría y su vana búsqueda de la gloria personal eclipsaron todas aquellas virtudes. Las élites política y militar quisieron aprovechar los restos de la reputación que aún tenía Vann a su muerte para justificar una guerra que cualquiera con dos dedos de frente podía ver que estaba perdida. Neil Seehan, que como un joven corresponsal del *New York Times* había quedado fascinado por Vann en la década de 1960, fue uno de los que se sintió más afectado por su apostasía; en su monumental obra, *A Bright Shining Lie* [Una brillante y luminosa mentira], publicada en 1988, escogió a Vann como el símbolo de las falacias sobre las que se asentó el fracaso de la política estadounidense en Vietnam.

Vann cautivó a muchos de los que le conocieron con su energía y su coraje, antes de que aprendieran a temerlas en igual medida. Fue un hombre obsesivo, maniático, cargado con un bagaje emocional que lo acompañó desde la cuna hasta la tumba. Era egoísta hasta el extremo, lo que causó mucho dolor a aquellos que cayeron bajo su hechizo. Representaba la convicción estadounidense de que «cualquier cosa es posible», que se aplicó de forma tan

terrible a la Guerra de Vietnam desde finales de la década de 1960 y hasta su muerte. Se aferró tozudamente a la doctrina estadounidense del universalismo, que tanto influyó en las decisiones tomadas por los estrategas neoconservadores en Washington para Irak en 2003-2004, terriblemente equivocadas. Vann quiso convertir a los vietnamitas en estadounidenses, pero cuando fracasó perdió el norte y se convirtió en la clase de individuo desquiciado, indigno de ocupar cargos de responsabilidad, donde ponía en peligro la vida de aquellos que la tenían en más aprecio de lo que él tenía la suya.

1 N. del T.: Busan, en la actualidad.

2 N. del T.: Creada en 1955, era una organización paramilitar reclutada regionalmente. En 1964 pasó a formar parte del ARVN.

3 N. del T.: Armored Personnel Carrier (Transporte oruga acorazado), los M-113.

4 N. del T.: VC, contracción de Vietcong.

5 N. del T.: United Press International.

6 N. del T.: Uniforme habitual del Vietcong.

15
Épica en el Golán

La semblanza del guerrero contemporáneo estaría incompleta si omitiésemos la experiencia bélica de los israelíes. Antes de 1948, solo aquellas personas que estaban más familiarizadas con la historia militar eran conscientes de la gran cantidad de judíos que habían destacado en el arte de la guerra. La mayor parte del mundo veía a los judíos como un pueblo relativamente pacífico e incluso algunos individuos extremadamente ignorantes despreciaban sus cualidades marciales. Esta visión idílica se transformó con la creación del Estado de Israel. La supervivencia de la nación exigió que el genio del pueblo judío se aplicase a la milicia, con resultados increíbles. La Primera Guerra Árabe-Israelí (1948-1949) vio cómo el Palmach –poco más que una organización guerrillera– derrotaba a todos y cada uno de los ejércitos árabes que se habían movilizado dispuestos a aplastar al joven Estado. En 1956, la galopada de los blindados israelíes a través del Sinaí dejó atónito al mundo. En 1967, después de que el presidente egipcio Nasser consiguiera convencer a Siria y a Jordania para coordinar la movilización de sus países contra Israel, el mundo esperaba que la abrumadora superioridad numérica árabe se impusiera en esta ocasión sobre el Estado judío. Sin embargo, como bien sabemos, sucedió justo lo contrario y los israelíes lanzaron un ataque por sorpresa que obtuvo una de las victorias más espectaculares de la guerra moderna y capturaron Jerusalén, los Altos del Golán y alcanzaron las orillas del canal de Suez en tan solo seis días. El increíble triunfo provocó una oleada de arrogancia en Israel, una convicción de que podían derrotar a cualquier contingente árabe en cualquier circunstancia, lo que a punto estuvo de ser su perdición. En octubre de 1973, sirios y egipcios, rearmados con ingentes cantidades de material soviético, atacaron por sorpresa y tomaron desprevenidos a los israelíes. Gracias a una abrumadora superioridad en hombres y material,

estuvieron a punto de romper las defensas de Israel y, de hecho, durante los primeros cuatro días de enfrentamiento pareció que en aquella ocasión serían los árabes los que saldrían victoriosos. Todos los israelíes aprenden a recitar desde la cuna: «Israel puede ganar una guerra tras otra y siempre hay más árabes; pero si los árabes ganan una única vez, ya no habrá más Israel».

Los historiadores militares consideran que la Guerra de Yom Kippur (así llamada por el Día del Perdón judío, cuando los árabes lanzaron el ataque) fue la mayor hazaña bélica en la historia del Tzáhal, las fuerzas armadas israelíes. [1] Sus hombres resistieron el embate inicial con fuerzas minúsculas, en las circunstancias más desfavorables, para luego darle la vuelta a la tortilla y lanzar un contraataque que infligió un derrota tan contundente a las fuerzas sirias y egipcias que de no haber mediado un alto el fuego impuesto por las superpotencias podría haber acabado con la total aniquilación de los dos ejércitos árabes. Fui testigo de algunos de aquellos dramáticos acontecimientos como corresponsal de guerra, primero en los Altos del Golán y luego en el Sinaí. Ver a aquellos hombres exhaustos, demacrados, barbudos, soldados de un contingente sin parangón, que habían combatido sin descanso en sus blindados, sabiendo que si eran derrotados su país sería aniquilado fue una experiencia profundamente conmovedora. Uno de aquellos soldados era el comandante de carros de treinta y un años Avigdor Kahalani. Ni yo ni el mundo jamás habíamos oído hablar de él. Kahalani no era el soldado más brillante de Israel, sino uno más entre tantos otros miles de hombres que sostuvieron la línea durante los primeros y críticos días de la guerra. Muchos israelíes atribuyen el mérito principal de la dirección de la defensa en el norte del Golán al adusto y taciturno «Raful», el general de brigada Rafael Eitan, mientras que Kahalani, que era un simple teniente coronel en 1973, no destacó en posiciones de mando más importantes e incluso terminó siendo un personaje controvertido dentro de la ya caótica política israelí.

Sin embargo, nada de eso debería importar a la hora de valorar su papel como jefe de un batallón de carros de combate Centurion en 1973. Kahalani encarnaba tanto los vicios como las virtudes de su nación, la arrogancia, entre otras cosas, pero además era un soberbio carrista y eso dentro de un ejército que había desarrollado la doctrina blindada de forma más hábil e imaginativa que ningún otro desde –irónicamente– la Wehrmacht de Hitler. La

controversia que rodea hoy a Israel y a su Ejército por la invasión del Líbano en 1982 y después por su implacable gestión de los territorios palestinos ocupados, hace que muchos israelíes añoren las sencillas certezas de 1973, cuando su nación se enfrentaba a un peligro existencial y nadie ponía en duda la justicia de su causa ni el valor de sus soldados en aquellos momentos decisivos para la historia de su patria.

Avigdor Kahalani, nacido en 1944, era el hijo mayor de dos inmigrantes yemeníes que se habían conocido después de llegar a Israel. Sus orígenes los colocaban en el fondo de la pirámide social en el «sistema de castas» de su nueva patria. Los israelíes se refieren con frecuencia a los yemeníes como «negros», a veces en broma y en ocasiones con auténtico desprecio. Kahalani creció en Nes Tziona, que, en aquella época, era un suburbio rural de Tel Aviv, en una casa que su padre había construido con sus propias manos. Al terminar la primaria, Kahalani estudió mecánica en una escuela de formación profesional en vez de hacer el bachillerato, conforme a los deseos de su padre, quien pensaba que era preferible aprender una profesión. Cuando le llegó el momento de cumplir el servicio militar, Kahalani formó parte del reemplazo de mayo de 1962 en la caja de reclutas, a la que se conocía con desdén como «los Mau-Mau» [2] , porque se suponía que eran los reclutas más estúpidos y el material menos prometedor de los cuatro reemplazos anuales. La sordera parcial que padecía hizo que el fornido y no demasiado alto Kahalani fuera rechazado para la academia de pilotos; los paracaidistas lo descartaron también, en este caso por tener los pies planos. Muy a su pesar, fue destinado al cuerpo acorazado, donde iban los chicos con los resultados académicos más bajos. «Avi –le había advertido su padre–, usa tu cabeza y haz lo que quieras. Pero te pido una cosa: ¡haz todo lo que puedas para no ser carrista!». En 1948 y en 1956 su padre había sido uno de los soldados asignados a las unidades encargadas de recuperar los restos de los blindados dañados en el campo de batalla y había visto de primera mano lo que les sucedía a los hombres que tripulaban un vehículo que se «cocía». Su hijo odiaba la idea de estar atrapado en un nauseabundo ataúd de acero, aunque ese iba a ser a partir de entonces su destino, así que se propuso sacar el mejor partido posible de la experiencia.

Durante la instrucción básica, Kahalani sospechaba que por su origen yemení siempre acababan tocándole a él los marrones. Motivos no le faltaban.

Por ejemplo, en una ocasión en la que se sintió indispuesto, aquejado por un fuerte cólico intestinal, y pidió una baja médica, lo acusaron de estar fingiendo y ni siquiera el que tuvieran que operarle de urgencia porque tenía el apéndice perforado hizo que la sospecha de ser un escaqueado desapareciese del todo. Cuando se presentó más adelante como candidato para el curso avanzado de jefe de carro fue rechazado, aunque al final consiguió entrar porque no había suficientes candidatos. Logró pasar el primero de su promoción y con nota de excelencia y fue ascendido a sargento, lo que, a su vez, le permitió entrar en la escuela de oficiales. Sin embargo, y para su tremenda desilusión, lo expulsaron apenas unas semanas después con un informe devastador: «Poca familiaridad con la materia en cuestión. Carece de habilidades de mando o de liderazgo. No apto para ser un oficial en las FDI». Estaba convencido de que el racismo y los prejuicios de casta (*vid* . pág. 345) que dominaban la sociedad israelí habían sido los culpables de su fracaso. Sin embargo, cuando volvió abatido a su unidad lo cierto es que el batallón simpatizó con él y también algunos de sus oficiales superiores, que le dieron el mando de una sección de reconocimiento, y poco después lo ascendieron a teniente a pesar de no haber llegado a completar el curso de formación de oficiales.

Kahalani no tenía la intención de reengancharse al final de su servicio militar obligatorio en 1964. Su padre había montado un garaje en Nes Tziona, al que había llamado Avi, con el propósito declarado de que lo dirigiera su hijo mayor. Sin embargo, al final le consiguieron convencer para continuar en el Ejército con la promesa de unirse a un equipo especial que sería enviado en secreto a Alemania para entrenarse con el nuevo carro estadounidense Patton, que Israel había adquirido. El resto de los oficiales del equipo llamaba a Kahalani y a otro oficial de origen yemení «los negratas», en referencia a su piel más morena, pero tanto él como su camarada pasaron por alto el insulto y acataron a rajatabla las órdenes de no ligar con las chicas alemanas para evitar problemas con la población. En 1966 volvió a Israel, decidido a seguir la carrera militar y ayudar al Ejército a organizar su primer batallón de carros Patton. Había aprendido a amar la vida militar y los blindados en particular. Al principio de la Guerra de los Seis Días era jefe de una compañía de 14 Patton, que formaba parte del 79.º Batallón, el cual estaba desplegado en las estribaciones del desierto del Sinaí, en la frontera con Egipto. La experiencia de

Kahalani en la Guerra de Yom Kippur de 1973 solo puede entenderse en relación con los combates de 1967.

El 4 de junio, el jefe de la brigada en la que se encuadraba su batallón reunió a sus oficiales; sus palabras hicieron que una corriente de excitación recorriera a los tanquistas:

> Mañana empieza la guerra. Quiero que vaciéis vuestras ametralladoras en ellos. No dejéis ninguno vivo. Aplastadlos con las cadenas de vuestros carros ¡No dudéis! Si queréis vivir, aniquiladlos. Son vuestro enemigo; no es un entrenamiento. Si no los disparáis vosotros, ¡van a ser ellos quienes disparen contra vosotros! Nos odian. Hace tiempo que Egipto se la está buscando y deberíamos haber ido antes a por ellos ¡y haberles dado la paliza que se merecen! Es un momento histórico. ¡Aprovechémoslo!

Es relativamente frecuente que los generales tengan dificultades para motivar a sus soldados. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, la mayoría de los soldados estadounidenses que combatieron en Europa no sentía ninguna animadversión hacia el enemigo, más allá de la natural reacción agresiva ante la amenaza que los alemanes suponían para su propia supervivencia. Los israelíes, por el contrario, siempre han tenido la convicción de estar defendiéndose de amenazas existenciales, por lo que la motivación de sus tropas nunca ha supuesto un problema. Hasta la invasión del Líbano en 1982, el soldado israelí siempre ha sido consciente de que la supervivencia de su país estaba en juego, por lo que, aunque proceden de una sociedad notoria por su indisciplina y por la reticencia casi patológica de sus ciudadanos a aceptar órdenes sin discutir, una vez en combate, el soldado israelí deja a un lado esos prejuicios como quien se quita una camisa. Israel es un país pequeño, en el que casi todo el mundo parece conocer a todo el mundo, y en tiempo de guerra se transforma en un pueblo en armas. Los mejores soldados y comandantes israelíes muestran una extraordinaria iniciativa personal, a veces en exceso. El Ejército combina la intimidad de una familia con el intenso propósito de una letal maquinaria bélica, lo que lo hace único entre los de su

clase o, al menos, así ha sido en la mayor parte de sus enfrentamientos con los países árabes en el siglo XX.

A las 8.00 h del 5 de junio de 1967, las fuerzas de Israel se pusieron en marcha. Kahalani dirigió su compañía de Patton, en la cual ningún hombre entre las tripulaciones era mayor de veinte años, a través de un grupo de bosquecillos de eucaliptos, en dirección oeste. A lo largo de la carretera, excitados soldados de infantería vitoreaban y aplaudían mientras las columnas blindadas los dejaban atrás, levantando densas nubes de polvo. Los jóvenes oficiales preguntaban por radio impacientes: «¿Podemos cargar ya los cañones?». Cuarenta y ocho minutos más tarde, atravesaron la verja que separaba la frontera con Egipto y la aplastaron. Al entrar en una zona de cactus, Kahalani se quedó sorprendido al ver que saltaban muescas de pintura del casco de su carro; al principio creyó que se trataba de algún tipo de fenómeno natural, hasta que se dio cuenta de que las ametralladoras árabes estaban disparándole y es que, incluso aunque no se lleven puestos los auriculares, el rugido del motor de un vehículo blindado ahoga todos los demás sonidos. Kahalani tuvo que cambiar de tanque cuando su Patton perdió una cadena mientras intentaba franquear el abrupto terreno, para frustración y vergüenza del joven oficial. Continuaron avanzando hacia su primer objetivo, Jan Yunis, en el extremo meridional de la Franja de Gaza. Dos Patton pisaron minas y se detuvieron en seco. Kahalani ordenó al resto que le siguiera en fila india. De pronto, justo frente a ellos, se topó con otro carro que se preparaba para disparar antes de identificarlo como otro vehículo de su propio batallón. Siguieron adelante sin detenerse, respondiendo al esporádico fuego de ametralladora egipcio con ráfagas desde sus propias ametralladoras y aniquilando con sus cañones de 90 mm un parque de vehículos militares egipcios aparcados delante de un cuartel de policía, pero no encontraron oposición seria.

Kahalani vio de repente cómo una granada de mano cayó sobre la torreta de su carro. Sin dudar un instante, se metió dentro de él y cerró la escotilla; pareció que pasaba una eternidad antes de que explotase, por fortuna, sin herir a nadie de su tripulación. Minutos más tarde, un vehículo de la ONU se cruzó de repente en su camino. El cañón del Patton chocó con él y destrozó todo lo que estaba por encima de la vertical del mismo. Aunque el carro de Kahalani

podía seguir maniobrando, el mecanismo de disparo de su arma principal había quedado irreparablemente dañado. Más tarde escribió que, mientras su compañía cargaba hacia su siguiente objetivo, Rafah, [3] en medio de un constante fuego de ametralladoras, se sentía «como un cazador sin rifle». Kahalani no pudo volver a asomarse fuera de la cúpula hasta que cesó el tiroteo. Los carros israelíes, al contrario de todo lo recomendado por los manuales y la experiencia de la guerra acorazada, no iban acompañados por infantería que pudiera protegerlos de los soldados de a pie enemigos, algo que, contra un ejército con más iniciativa que el egipcio, podría haberles costado muy caro. Los israelíes confiaban en que el empuje de sus puntas de lanza acorazadas fuera suficiente para desarticular la resistencia enemiga. La apuesta funcionó mejor de lo esperado.

De repente, apareció un T-34 egipcio y abrió fuego contra el tanque de Kahalani; este no podía contraatacar, al tener el cañón inutilizado, por lo que pidió urgentemente a un Patton contiguo que respondiera a los disparos; por suerte, el carro árabe fue alcanzado a los pocos instantes y empezó a arder. Mientras atravesaban las trincheras egipcias, los tanquistas israelíes lanzaban granadas de mano desde la torreta de sus carros contra la infantería egipcia. En ese momento, la ametralladora de la cúpula del carro de Kahalani se encasquilló y dejó operativa solo la coaxial. Avanzaron sin descanso, destruyendo camiones, cañones antiaéreos y carros allí donde los encontraban. Con frecuencia, lo único que veían era a la infantería egipcia huyendo aterrorizada, mientras muchos de los soldados se libraban de sus botas para poder correr más rápido.

Tras su galopada, a primera hora de la tarde el batallón se encontraba a 15 km al sudoeste de Rafah, en medio de las dunas del Sinaí. Se detuvieron para revisar sus tanques y discutir la siguiente parte del avance con lacónicas y tensas frases. Sabían que tenían todavía un largo camino por delante y que debían seguir combatiendo. Kahalani cambió por segunda vez de carro a uno cuyos sistemas de armas funcionaran. Sus hombres treparon de vuelta a sus torretas y se pusieron de nuevo en marcha. Avanzaron sin detenerse y dejaron atrás centenares de restos abrasados y ennegrecidos de vehículos egipcios destruidos por la fuerza aérea de Israel.

La brigada se dirigió hacia El Arish formando una larga columna, con el comandante de la fuerza en cabeza. Al caer la noche, Kahalani recibió la orden de pasar al frente y asumir la guía de la columna. Ni él ni nadie sabía qué es lo que les esperaba más adelante. Conforme avanzaba para ocupar su posición en vanguardia, se cruzó con tres soldados israelíes que empezaron a hacerle frenéticas señales para que se detuviera: «¡Cuidado! ¡Hay carros egipcios en las inmediaciones!», gritaron. El Patton maniobró con cautela y dejó atrás los carbonizados restos de un transporte de tropas israelí. Se detuvieron en una loma baja mientras Kahalani exploraba el horizonte con sus prismáticos; casi de inmediato, el sol poniente le deslumbró y le impidió ver nada; le preguntó a su conductor si él podía divisar al enemigo. «Todo lo que veo son trincheras. Ningún carro», respondió aquel. No había terminado de hablar cuando, de repente, se produjo una explosión y Kahalani sintió un terrible dolor. Tras un instante de parálisis, se metió de vuelta en la torreta y gritó: «¡Nos han dado! ¡Abandonad el carro!».

Al Ejército israelí nunca le gustó el Patton porque, cuando le alcanzaba un proyectil, el tanque estadounidense tendía a incendiarse y, de hecho, las dotaciones le llamaban *guanikim* , el término hebreo para bengala. El carro de Kahalani empezó a arder furiosamente mientras él caía sin fuerzas dentro de la torreta pensando: «Ya está, estoy muerto». Sin embargo, para su sorpresa, consiguió encontrar las reservas de energía y la fuerza de voluntad suficientes como para incorporarse, subirse a su asiento y arrastrarse fuera del vehículo, mientras gritaba desesperado: «¡Madre! ¡Me quemo! ¡Me quemo! ¡Me quemo!». Se quitó de un manotazo los auriculares y tambaleándose, casi en *shock* por el dolor y el miedo, cayó sobre el casco del carro y de allí a la arena del desierto, revolcándose frenéticamente de un lado a otro para apagar las llamas que habían prendido en su uniforme; mientras tanto, otros carros maniobraban a su alrededor esquivando los proyectiles egipcios que explotaban por todas partes. Su uniforme había quedado reducido a harapos calcinados y estaba prácticamente desnudo, excepto por sus botas. Los comandantes de otros carros le observaban horrorizados. El tanque del comandante del batallón se detuvo a su lado y el coronel, inclinándose fuera de la cúpula le preguntó: «Kahalani, ¿qué ha pasado?». Este se encogió de hombros: «Cuidado. Hay carros enemigos por aquí». Agonizando de dolor empezó a correr, con jirones

de piel abrasada colgando de sus manos y de su cuerpo y, por fin, se topó con el carro de un camarada, un joven teniente, se subió al casco, trepó a la torreta y le rogó: «Ilan, sácame de aquí. Deprisa». Mientras el carro de Ilan daba la vuelta, el cargador ayudó a Kahalani a quitarse los restos de su ropa, entre ellos las botas que todavía estaban humeantes. Solo le quedaba su reloj de pulsera. Por fin, Ilan se detuvo al lado del *jeep* del mando de la brigada y le pidió al conductor que llevara al herido a un hospital. Los oficiales miraban espantados y en silencio a la figura abrasada de Kahalani. Fue una agonía sujetarse al vehículo con sus destrozadas manos mientras este iba dando tumbos por la arena, con los jirones de piel agitándose en la brisa.

Era la 1.00 h del 6 de junio cuando finalmente un helicóptero pudo evacuarlo al hospital de Beerseba, una más entre la multitud de bajas sufridas en las batallas por el Sinaí aquel primer día de la guerra. El 60 por ciento de su cuerpo estaba cubierto de quemaduras, la mayoría de tercer grado. Su padre, que tras ser avisado de que su hijo estaba herido había acudido a toda prisa a Beerseba, rompió a llorar al verlo en ese estado. Nadie esperaba que el joven oficial de carros sobreviviera. Cayó en un inquieto duermevela punteado por alucinaciones provocadas por los calmantes. A veces, soñaba que estaba al mando de su compañía y gritaba órdenes mientras la fiebre le subía hasta los 40 grados. A lo largo de varias semanas, yació boca abajo mientras le reconstruían la piel de la espalda centímetro a centímetro. Soportó doce cirugías plásticas en total, en las que le trasplantaban la piel. El recuerdo más horrible de esos días de dolor era el hedor a carne quemada de su cuerpo. Mientras estaba en tratamiento, en el mismo hospital nació su primer hijo, un niño llamado Dror. Por fin, medio curado, le dieron el alta.

Después de muchos meses de inactividad forzosa, Kahalani estaba desesperado por hacer algo, por sentirse útil de nuevo. Todavía vendado, consiguió convencer al Ejército para que le permitieran entrar como instructor en la Escuela del Cuerpo Acorazado cuando se hubiera recuperado. Sin embargo, era obvio que necesitaría un largo periodo de convalecencia antes de que hubiera la más mínima posibilidad de reincorporarse al servicio activo. Pasó un año estudiando en el instituto del Ejército para preparar su regreso y se incorporó como jefe de grupo de tiro en el centro de entrenamiento del Cuerpo Acorazado. Después de dos años en ese destino, fue enviado a la

Escuela de Mando y Estado Mayor para poder optar a rangos más altos. Al completar el curso en 1971 se le destinó como segundo comandante al 77.º Batallón Blindado. Tenía veintisiete años. El *brigadier* Moshe «Musa» Peled, director de la Escuela, le dijo: «Kahalani, eres un buen tipo y tus soldados te amarán. Teniente coronel, creo que aprobarás sin problema». A Kahalani le molestó el comentario, ya que le dio la impresión de que Peled le decía que el grado más alto al que podría aspirar era teniente coronel y que el Ejército israelí veía en él a un individuo con escaso potencial. Kahalani pensaba que el Tzáhal solo quería saldar la deuda de honor que tenía con él por todos los sufrimientos que había padecido pero que, en el fondo, no era idóneo para ser un oficial de alta graduación. Era un tipo duro, de aspecto irritable, agresivo y permanentemente enfadado, pero no creían que fuera demasiado inteligente. Era una época en la que los mejores oficiales se destinaban a los paracaidistas, las fuerzas especiales o al Estado Mayor. Aunque nadie negaba su importancia vital en el campo de batalla, los carros de combate eran vistos como herramientas grandes y pesadas que no necesitaban de los mejores o más inteligentes oficiales para dirigirlos.

Resulta extraño que Kahalani quisiera volver a estar en la punta de lanza, después de todo lo que había sufrido en el campo de batalla. James Gavin podía engañarse a sí mismo pensando que era invulnerable porque nunca le hirieron y, por tanto, nunca tuvo que enfrentarse a su propia mortalidad; pero, en cambio, Avigdor Kahalani había aprendido en sus propias carnes lo vulnerable que era al fuego enemigo y lo horribles que podían ser las consecuencias. ¿Cómo podía estar dispuesto a exponerse de nuevo a los mismos peligros? Algunos hombres se engañan a sí mismos pensando que si les ha ocurrido una vez, no volverá a sucederles de nuevo, pero en el caso de Kahalani los más probable es que, simplemente, llevaba siendo soldado desde hacía más de diez años y no sabía hacer otra cosa. En ocasiones, enfrentarse a un riesgo conocido vistiendo un uniforme es menos estresante que tener que incorporarse a una sociedad civil llena de incertidumbre. La diferencia entre el Ejército de Israel y la mayoría de sus equivalentes en todo el mundo es que es frecuente que entre en combate, de modo que Kahalani tenía que ser consciente de que la guerra de 1967 no había sido la última y que tendría que volver a enfrentarse a los mismos peligros que casi acaban con su vida. Sin

embargo, aceptó esta posibilidad y regresó a una unidad blindada activa y aunque es posible que sus superiores tuvieran razón y que careciese de imaginación, de lo que no puede dudarse es de que tenía una voluntad de hierro.

Los dos años que siguieron los pasó en el desierto del Sinaí, entretenido en la monótona rutina de sus tareas como segundo al mando del 77.º Batallón, antes de asumir el mando de la unidad a principios de 1973, cuando ascendieron a su coronel y lo destinaron a otro puesto. A finales de aquel verano, Yanosh, comandante de su brigada, tuvo la premonición de que sus hombres, tan familiarizados con el desierto, podían terminar combatiendo en los Altos del Golán, en la línea de alto el fuego establecida con Siria, por lo que llevó a sus oficiales a una visita de varios días al Golán para estudiar la zona y examinar los planes operacionales, así como comparar los mapas con la realidad de los inhóspitos roquedales en las inmediaciones de Quneitra. La única fuerza acorazada con la que contaba Israel en el Golán en aquella época eran los dos batallones de carros de la Brigada Barak. El 26 de septiembre, solo tres días después de la visita al Golán, Kahalani se encontraba de permiso en su casa en Nes Tziona con motivo del Año Nuevo judío, el Rosh Hashaná; estaba arreglando el tejado cuando le dijeron que bajara porque tenía una llamada del cuartel general de la brigada. Su general le dijo que había una cierta intranquilidad, pues parecían estar preparando algo en el Golán, de modo que tenía que llevar a las tripulaciones de su batallón al norte y presentarse al mando de la Brigada Barak, que le proporcionaría los carros, y desplegar a su batallón en la zona hasta nueva orden. Su esposa Dalia recibió las noticias con un silencio pétreo. Había soportado demasiadas alertas repentinas, desilusiones y separaciones.

En el cuartel general de la Brigada Barak, informaron a Kahalani de que su batallón iba a ser la fuerza local de contraataque. Las dotaciones que todavía estaban desplegadas en el Sinaí fueron trasladadas al Golán en avión, mientras que los hombres que estaban de permiso se desplazaron en sus coches privados. Nada más llegar, se pusieron a trabajar hasta bien entrada la noche armando y preparando para el combate los 22 carros Centurion que les habían asignado; los dos días siguientes los pasaron reconociendo el área de operaciones y

comprobando el equipo. Los israelíes preveían que los sirios lanzasen un ataque limitado en el Golán, no un asalto en toda regla.

En 1973, Israel pagó el precio por el temerario exceso de confianza que la victoria de 1967 había creado en la mentalidad del alto mando. Gracias a aquella, Israel disponía ahora de una zona de seguridad entre el núcleo del país y cualquiera de sus posibles atacantes; además, la Guerra de los Seis Días parecía haber probado de forma fehaciente que Israel era capaz de derrotar a cualquier combinación de ejércitos árabes. A raíz de su victoria, los israelíes habían depositado una confianza casi ilimitada en la capacidad de sus servicios de inteligencia, de su fuerza área y de sus unidades blindadas. En 1967, en el Sinaí, los carros de combate israelíes habían ignorado todas las reglas tácticas acerca del uso de blindados y habían pasado por alto la necesidad de que la infantería operase en su apoyo, pero la apuesta les había salido bien. Las fuerzas acorazadas son ideales para una nación pequeña y poco poblada, ya que exigen menos personal que las formaciones de infantería. Sin embargo, eso significaba que en 1973 las formaciones de carros israelíes no contaban con un apoyo adecuado de infantería y morteros; la única ventaja significativa de la que disfrutaban los israelíes en el Golán eran las posiciones defensivas construidas por sus ingenieros: centenares de «rampas» construidas ex profeso y que eran esencialmente posiciones de tiro preparadas para carros y protegidos en contrapendiente. Una fuerza blindada de los defensores podía maniobrar entre estas rampas con gran eficacia; el problema es que, cuando estalló la Guerra de Yom Kippur, Israel tenía desplegados insuficientes soldados y carros de combate en el Golán, mientras que los sirios gozaban de una superioridad numérica abrumadora… realmente abrumadora.

En los días inmediatamente posteriores a su despliegue en el Golán, el batallón de Kahalani sufrió problemas disciplinarios, ya que muchos oficiales y soldados creían que toda la alerta no era más que producto de una ridícula burocracia asustadiza que los había obligado a dejar sus hogares en plena época festiva. La falta de motivación entre algunas tripulaciones era muy evidente. El propio Kahalani volvió a casa de sus padres para pasar el fin de semana el 29 de septiembre. Cuando llegó, su hermano Emanuel salió a saludarlo; se había casado hacía una semana y estaba bastante borracho: «Señor –dijo–, ha llegado

usted tarde». Luego, con más seriedad: «Avi, ¿de qué va todo esto de que estás en alerta en el Golán?».

«Hay tensión por allá arriba y alguien tiene que defenderte».

«¿Quieren los sirios otra guerra?».

«No hay nada claro de momento. ¿Qué tal la luna de miel?».

Kahalani regresó con su batallón al día siguiente y es que la tensión y la incertidumbre persistían. El general Hofi, que mandaba el sector norte de Israel, advirtió a sus comandantes de carros de que, en la medida de lo posible, usaran los caminos de tierra en vez de las carreteras asfaltadas, ya que se habían producido accidentes entre tanques y vehículos civiles. También les dijo a los oficiales que debían tener cuidado cuando movieran sus carros, con el fin de evitar daños a las canalizaciones que servían para irrigar los huertos en los kibutz. Kahalani observó con sarcasmo que, si tenían que combatir, habría cosas más importantes por las que preocuparse. El 4 de octubre, al mediodía, el batallón fue desplegado en Nafah, la principal base israelí en el Golán. Kahalani aprovechó para hacer una corta escapada de vuelta para asistir a la boda de un amigo: en Israel, las distancias son cortas, lo mismo que lo es la diferencia entre la paz y la guerra. A media mañana del 5 de octubre estaba de vuelta en Nafah, donde le informaron de que el resto de la 7.ª Brigada, de la que formaba parte su batallón, estaba siendo redesplegada desde Beerseba en el Sinaí hasta el frente norte y que se esperaba su llegada antes del anochecer. Kahalani confirmó el despliegue de la fuerza con el comandante de la brigada y luego fue a visitar a las tripulaciones de sus carros. Los saludó con la tradicional frase del Yom Kippur, «que el ayuno pase rápido». Muchos de los hombres habían acudido a los servicios religiosos en la sinagoga del campamento y aún estaban allí cuando empezaron a llegar otras tropas de la 7.ª Brigada mientras Kahalani informaba a sus oficiales acerca del despliegue. Se ordenó a las dotaciones que cargaran raciones de combate y que comprobaran las frecuencias de radio y las señales de identificación de cada compañía: «Vespa», «Zechar», «Humus», «Jergón», «Tigre». La señal de identificación del batallón era «Shoter». A medianoche, despertaron a Kahalani, que condujo hasta el cuartel general de la brigada. Yanosh, su comandante, dijo: «Kahalani, ¿estás

totalmente preparado? Vamos a tener una guerra en serio». El coronel se quedó helado al oír, por primera vez, que la guerra era una posibilidad real.

«¿Tiene miedo?», le preguntó de repente una de las chicas en la sección de operaciones del batallón, mientras recogía su equipo antes de ser evacuada. «¿Miedo? No lo sé –respondió–. Uno teme lo desconocido, pero yo sé lo que podemos esperar y no necesito tener miedo. No he combatido desde que fui herido en la Guerra de los Seis Días y no sé cómo reaccionaré cuando entre de nuevo en combate. Diría que estoy excitado, en cierto modo, acerca de lo que pasará… En cualquier caso, si los sirios atacan, les daremos lo suyo ¡Tenemos un batallón de leones!».

A primera hora de la mañana del día siguiente, mientras los carros de combate y vehículos de la 7.ª Brigada iban llegando a Nafah, Kahalani empezó a organizar la logística necesaria –mantas, duchas portátiles, camas, etcétera– porque preveían una larga estancia en el campamento, pues esta clase de prolongadas y aburridas alertas solían terminar en anticlímax. Los hombres del 77.º Batallón comprobaron una vez más que sus Centurion, en origen tanques británicos que habían sido casi totalmente rediseñados por los ingenieros israelíes, estuvieran listos para el combate. Kahalani se presentó a la que iba a ser la tripulación de su carro de mando mientras durasen las operaciones y que estaba formada por Yuval Ben-Ner, el conductor, a quien la crisis había dejado en un estado de estupefacta confusión; David Kilyon, el artillero, un habitante de kibutz seguro de sí mismo; y el cargador y operador de radio, llamado Gedeón Semesh, muy rubio para ser judío y que también estaba en un kibutz. «Soy demasiado joven para morir y nadie me ha dado permiso para hacerlo –les dijo Kahalani jovialmente–, así que me vais a cuidar bien y si veis algún enemigo que va por mí, ¡destruidlo!».

La mayoría de los hombres en el Golán compartía con su coronel y con el resto de Israel una instintiva confianza en el liderazgo político y militar de la nación. Creían firmemente, por experiencias pasadas, que aquellos en los puestos de poder sabían lo que estaban haciendo, pero pronto esta fe iba a ser puesta a prueba hasta límites insospechados. El 6 de octubre por la mañana se informó a las tropas de que el ataque sirio empezaría con toda probabilidad a las seis en punto de la tarde de ese mismo día, pero apenas unos minutos antes del mediodía, una escuadrilla de MiG sirios sobrevoló Nafah y la bombardeó.

Kahalani, que se encontraba en el campamento, montó en un *jeep* y condujo a toda prisa hacia la zona de concentración de sus carros, a unos pocos kilómetros de distancia. Al llegar, comprobó que las dotaciones ya habían puesto en marcha los motores de los vehículos. La mayor parte del 77.º Batallón fue enviado al norte del sector que cubría la 7.ª Brigada, cerca de la población de Quneitra, donde tomó posiciones en las rampas de tierra de metro y medio de altura que coronaban una loma conocida como Booster. Iluminados por el sol poniente, y mientras los proyectiles de la artillería siria comenzaban a caer a su alrededor, los comandantes de los carros israelíes empezaron a explorar el horizonte con sus prismáticos en busca de los blindados enemigos.

De repente, Kahalani oyó una voz en su radio: «Aquí, Zilia.» El coronel no podía creerlo. «Zilia» era la vieja señal de identificación del teniente Efraim Laor, que había sido comandante de compañía hasta que tres meses antes tuvo que entrar en prisión por haber provocado un accidente en el que los pasajeros resultaron heridos mientras conducía su *jeep* sin carnet. Kahalani dijo: «¡Estás chiflado! ¿Qué haces aquí?».

«He venido a pelear. Quiero unirme a tu gente ¿Dónde estás?».

«En la colina Booster. Hay una guerra en marcha. Espera».

«Okey. Estoy buscando un carro».

Alguien encontró un tanque para Laor, que pronto estaba dirigiéndose a toda velocidad hacia la acción. Estaba anocheciendo cuando las primeras columnas acorazadas árabes empezaron a atacar las posiciones israelíes. Los sirios estaban equipados con equipo de visión nocturna por infrarrojos de fabricación soviética, mientras que los israelíes, que no tenían, dependían de sus faros para iluminar el campo de batalla, lo que suponía un riesgo mortal. Durante las primeras horas de la acción, los sorprendidos defensores pronto agotaron su limitado suministro de bengalas, mientras los carros enemigos rompían la línea y se mezclaban en una confusa melé con los israelíes. Estos pidieron desesperadamente que les enviaran un nuevo suministro de bengalas; algunos oficiales como Kahalani intentaron compensar la desventaja usando sus prismáticos con detectores de infrarrojos para localizar los haces del equipo de visión nocturna de los blindados sirios. Los israelíes pronto empezaron a

acumular bajas, mientras que solo podían contraatacar cuando los T-55 y T-62 enemigos de fabricación soviética se encontraban muy cerca y conseguían intuir la forma de sus siluetas a la luz del crepúsculo. Conforme los vehículos de ambos bandos recibían impactos y se incendiaban, el campo de batalla se iluminó con el brutal y fantasmagórico resplandor de las llamas, compensando algo la desventaja israelí. Apenas habían pasado unas horas desde el inicio de las hostilidades y los defensores del Golán ya estaban enzarzados en un encarnizado combate de la máxima intensidad contra fuerzas aplastantes, que, en algunos momentos y posiciones, tenían una superioridad de 20 a 1.

A lo largo de aquellas terribles horas, Kahalani pensaba simplemente: si logramos aguantar hasta el amanecer, podemos derrotarlos. Una y otra vez suplicó a su observador avanzado de artillería que pidiera el lanzamiento de proyectiles luminosos: «¡Grítaselo si hace falta! –dijo–. ¡Quiero iluminación! Amigo mío, no pido nada más de ti: simplemente ilumina el área». Pero no habría más proyectiles luminosos aquella noche, ya que las reservas de uso inmediato se habían agotado. Poco después, le comunicaron la muerte del primero de sus carristas; Kahalani sintió cómo los recuerdos se agolpaban súbitamente en su cabeza; apenas unas horas antes, ese mismo soldado había expresado enfáticamente su deseo de entrar en combate: «Estoy harto de disparar contra bidones».

De pronto, Kahalani pudo ver a través de sus prismáticos detectores de infrarrojos cómo su vehículo estaba directamente en el punto de mira del sistema de disparo de un carro sirio: «¡Conductor! ¡Retrocede! ¡Rápido! ¡Muévete!», gritó. Pasó una eternidad antes de que el conductor pudiera cambiar las marchas; el Centurion se tambaleó marcha atrás colina abajo, entre rocas y bancales. Solo cuando se detuvo pudo por fin Kahalani explicar a su tripulación lo que había pasado: «Nos la querían liar. Un carro tenía su proyector apuntado hacia nosotros. Hemos tenido mucha suerte». El vehículo cambió de posición cuando se dieron cuenta de que había un tanque cerca gracias a que tenía imprudentemente encendido el piloto trasero. Kahalani llamó por radio a sus carros para asegurarse de que todas sus luces y los motores estuvieran apagados, como le confirmaron poco después. A 45 m de distancia había un vehículo con un faro encendido y su motor en marcha, por lo que Kahalani ordenó a uno de sus comandantes que encendiera un foco para

confirmar la identidad del blindado. Un haz de luz bañó el carro, que se reveló como un T-55 sirio que se encontraba prácticamente a quemarropa. Kahalani disparó un único proyectil que incendió el carro enemigo; sus llamas descubrieron entonces un segundo intruso, pegado al anterior y del que otro artillero israelí dio buena cuenta. Sin embargo, estaban acercándose muchísimos más.

Al amanecer del domingo 7 de octubre, el 77.º Batallón pudo ver que unos 80 carros enemigos avanzaban en masa contra sus posiciones, una escena que se repetía a lo largo y ancho de los frentes del Golán y Suez, lo que hizo que los responsables políticos y militares israelíes comprendieran que se enfrentaban a un ataque en toda regla por parte de Siria y Egipto. Los artilleros de los carros israelíes disparaban tan rápido como podían cargar y apuntar y, aunque tras mejorar las condiciones de visibilidad en el Golán estaban consiguiendo más y más impactos, los sirios seguían avanzando. El desgaste de las unidades árabes era terrible, pero también los defensores estaban pagando un elevado peaje, en especial entre los jefes de carro, que estaban cayendo como moscas debido a su costumbre de combatir con la cabeza expuesta por encima de las cúpulas de mando de sus torretas para poder controlar mejor el campo de batalla. Los vehículos blindados sufren de una debilidad crónica, que es el limitado campo de visión que tiene su tripulación cuando está encerrada dentro del tanque y que los periscopios de los jefes de carro no consiguen compensar. Sin embargo, exponerse a la metralla y las balas que vuelan de un lado a otro en un campo de batalla es un riesgo mortal. Varios de los mejores oficiales de Kahalani habían muerto o estaban heridos y además empezaba a escasear la munición. Daniel, el conductor de un carro que había sufrido un impacto y estaba empezando a arder, consiguió abrir a viva fuerza la escotilla del vehículo cuando ya las llamas estaban a punto de alcanzarlo; saltó al suelo y se acurrucó para protegerse del intenso fuego artillero sirio. En ese instante, el comandante de una de las compañías del batallón de Kahalani, Yair, se acercó con su carro hasta el soldado y se inclinó para ayudarle a trepar al casco; justo en ese instante, un proyectil sirio explotó entre ambos hombres y mató a Yair en el acto. Daniel huyó en dirección oeste, gritando de terror, seguido por el artillero y el cargador de Yair, ambos malheridos. Kahalani ordenó a otro oficial que asumiera el mando de la compañía.

En el fragor de la batalla, a Kahalani le resultaba difícil coordinar las operaciones de su batallón, mientras se veía obligado a combatir con su propio carro contra las oleadas de blindados enemigos. Los israelíes contaban con la ventaja de que sus tanques estaban parados, mientras que los sirios tenían que maniobrar constantemente y aunque los giroestabilizadores deberían haber compensado el problema, la realidad es que a los carristas israelíes les resultaba mucho más fácil conseguir impactos que a los sirios. A cambio, los sirios habían capturado el monte Hermón, situado al norte de la colina Booster, y desde cuya cima, a 2740 m, los observadores de artillería enemigos dominaban el campo de batalla. Normalmente, la artillería no suele ser demasiado peligrosa para los carros excepto si el bombardeo es muy preciso, y lo cierto es que los sirios supieron aprovechar aquella ventaja. Las esquirlas de metralla de los proyectiles sirios se cobraron un terrible precio entre las dotaciones de los carros israelíes, sobre todo entre los jefes de carro, pero también entre los tripulantes que se mantenían a cubierto.

Todos y cada uno de los soldados israelíes en el Golán sabían que, aunque la batalla todavía no estaba perdida, la victoria podía decantarse por cualquiera de los dos bandos y que si los árabes rompían el frente, los verdes campos de Israel estaban a solo unos pocos kilómetros detrás. Además, en esta ocasión, no tenían el dominio del aire, ya que la fuerza aérea o bien no se había podido movilizar todavía, o estaba combatiendo en el frente sur y, para su preocupación y asombro, no había suficientes cañones antiaéreos para impedir que los MiG sirios les hicieran objeto de sus atenciones. Siete de los jefes de carro de Kahalani habían resultado muertos. Bajo el fuego, las unidades médicas recorrían el campo de batalla en sus transportes blindados para intentar evacuar a los heridos; las dotaciones de mecánicos trabajaban sin descanso para reparar los vehículos dañados y poder enviarlos de vuelta a la acción. La mitad de los Altos del Golán había caído en poder de los sirios, incluyendo la base de Nafah, aunque solo por unos momentos. La Brigada Barak, de hecho, había sido prácticamente aniquilada. Los defensores disponían de poca artillería y de casi ninguna infantería mecanizada, la cual es de vital importancia para apoyar las operaciones acorazadas y especialmente para mantener a raya a los soldados de infantería enemigos equipados con misiles anticarro portátiles. Estos se revelaron como un arma tan novedosa

como eficaz en los campos de batalla de Oriente Próximo y eran un elemento crítico dentro del plan de ataque árabe ya que, después de todo, un carro de combate es un arma mal adaptada para neutralizar a la infantería equipada con armas antitanque.

El lunes 8 de octubre, Kahalani recibió la orden de reconquistar el valle al pie de las posiciones israelíes. Su unidad avanzó sorteando con sus mastodontes de acero la masa de vehículos que sembraba el campo de batalla. No siempre era fácil diferenciar entre los carros enemigos que todavía estaban operativos y eran un peligro de los que eran simples restos abandonados. Por si fuera poco, los misiles portátiles anticarro Sagger pronto empezaron a cobrarse un sangriento tributo, lo que unido al feroz bombardeo artillero y los disparos de los blindados enemigos, hizo que Kahalani llegara a la conclusión, con sus Centurion inutilizados uno tras otro, de que el contraataque era absurdo, por lo que pidió permiso para regresar a la línea de partida, permiso que le fue concedido. Sus hombres estaban agotados y deprimidos y se quedaban dormidos de pie en sus torretas. «La privación de sueño es más fuerte que cualquier miedo –escribió–. Un cuerpo exhausto no funciona». En las guerras anteriores, los israelíes habían podido aprovechar las horas de oscuridad para descansar y reorganizarse, pero ahora, por el contrario, se encontraban enzarzados en un ciclo de combate sin pausa de veinticuatro horas. El desgaste para la reducida fuerza de defensores era terrorífico, porque tenían que mantenerse despiertos en sus ataúdes de acero, hediendo a sudor, cordita, gasolina y miedo. Las dotaciones de apoyo logístico se quedaban espantadas al ver el estado de completo agotamiento de los tripulantes de los carros cada vez que uno de los blindados abandonaba brevemente la línea para recargar munición y combustible. Pero la batalla estaba lejos de acabar. Solo la férrea voluntad de hombres como Kahalani, su determinación a resistir, a pelear casi de forma maquinal, permitió que en aquellos primeros días de la guerra Israel sostuviese el frente contra fuerzas abrumadoras.



LÍBANO
N
cima del monte Hermón
monte Hermón
Katana
3.ª División Acorazada siria
Bethima
Arane
Hine
Hermón sirio
Mazrat Beit Jan
Hermón israelí
Beit Jan
1.ª División siria
Hader
Sassa
7.ª
Majdal shams
Horfa
Tel el-Kadi
Banias
A1
División
Hales
Tel Shams
Knaker
Dan
Masada
A2
Jubat el-hashab
Tel Azaiat
Tel Ahmar
Dan
Hagoshrim
siria
Tel Mari
Khan Arnaba
El Rom
Tel Shaar
Rafol
A3
Jaba
Nasej
Tel el Alakieh
Wassel
Tel el-Mrtani Booster
Tel Maschara
El-Mal
Tel Eantar
Mt Bental
Kuneitra
Um Batne
Tel el-Mal
Kfar Shams
Gonen
valle de Hulé
Mt Avital
A4
5.ª División siria
A5
Naba
Sanamin
Campamento de Nafah
Tel Abu Hanzir
Mt Yosifon
Aleika
Tel Hara
El Hara
Sindiana
Tel Huzeika
puente de las Hijas de Jacob
Ramtania
Tel Ramtania
Tel Fazra
Tel Aksha
A6
Inkhel
Kudne
Hushniyah
Snobar
Tel Kudne
Jasim
Kuzabia
A7
Nahal Geshur
Tel Faris
A8
Rafid
Jordán
Yehudia
A9
Juhader
puente de Arik
A10
5.ª División siria
Nawa
valle de Butaiha
Tel Saki
Mar de Galilea
Altos de Gamla
Kanat Magshimim
A11
Givat Yoav
El Al
Ein Gev
arroyo Ruqqad
Puestos de observación israelíes
Línea de alto el fuego preguerra
Fuerzas israelíes
Fuerzas sirias
0
10
20 km

Los Altos del Golán, medianoche, domingo 7 de octubre de 1973.

Al atardecer, Kahalani recibió la orden de redesplegar sus fuerzas para cubrir los accesos al norte de Quneitra. Al amanecer del martes, le ordenaron que dirigiera sus ocho carros supervivientes a defender la zona de un kibutz situado al borde de la escarpadura que daba acceso a los Altos del Golán, donde pudieron asistir, desesperados e impotentes, a la destrucción de un batallón de Centurion por un nuevo ataque sirio. La tripulación le pidió permiso para comer las raciones de combate, pero Kahalani, ansioso por volver a la refriega, respondió con impaciencia: «¿Estáis locos? Puede que tengamos que movernos de un momento a otro. Permaneced en vuestras posiciones de disparo». La dotación respondió: «No queremos pelear con el estómago vacío», a lo que su comandante contestó con un lacónico: «Ya encontraremos tiempo para hacerlo». Le resultaba desesperante tener que ser un simple espectador de la carnicería que se estaba produciendo delante de sus ojos, incluso aunque fuera solo de forma temporal. De repente, hubo una nueva conmoción: seis grandes helicópteros cargados con comandos sirios los sobrevolaron y aterrizaron en la retaguardia, perseguidos por el ineficaz fuego de ametralladoras de los carristas, aunque los defensores israelíes consiguieron derribar un helicóptero. Las dotaciones de los carros sintieron una oleada de abatimiento al imaginar que el enemigo estaba a sus espaldas, de modo que parecía que la línea de abastecimiento de combustible y de evacuación de heridos del 77.º Batallón había quedado cortada. En realidad, los sirios fueron rápidamente aniquilados por las fuerzas especiales israelíes, pero nadie se molestó en comunicar esas tranquilizadoras noticias a Kahalani.

Algo más tarde ese mismo día, los siete carros supervivientes del batallón fueron redesplegados a nuevas posiciones. El campo de batalla era un caos de vehículos y de soldados de infantería maniobrando de un lado a otro, bien intentando ponerse a cubierto, bien buscando conseguir una ventaja táctica sobre sus adversarios. El humo y el polvo que se arremolinaba alrededor de los Centurion se disiparon de repente y, apenas a unos 45 m, Kahalani pudo ver tres carros sirios, dos de ellos parados y el tercero intentando maniobrar para conseguir una mejor posición de disparo. «¡Alto!», gritó a su conductor, se metió dentro del vehículo y accionó los mandos de giro de la torreta mientras

aullaba al artillero: «¡Rápido! ¡Dispara!». Kilyon preguntó inocentemente: «¿Cuál es la distancia?». Kahalani, casi fuera de sí, le dio un capón en la cabeza y le gritó: «¡No importa! ¡Dispara, joder!». El retroceso estremeció el carro y aunque el T-62 sirio no llegó a incendiarse, su tripulación lo abandonó de todas formas. Kahalani apuntó de nuevo el cañón al segundo vehículo sirio. «¿Lo ves?», preguntó. «¡Sí!», respondió Kilyon y disparó otra vez, perforando la torreta del blindado árabe. El tercer carro estaba apuntando directamente al suyo. Kahalani se encogió y se dispuso a abandonar su carro y salir corriendo por su vida; había decidido que no volvería a enfrentarse a un infierno llameante como el que había tenido que sufrir en 1967. Fue un momento de terrible tensión, con el comandante israelí gritando furiosamente: «¡Fuego! ¡Fuego!» y Kilyon respondiendo igual de nervioso: «¡No funciona!». La vaina del proyectil anterior se había atascado en la recámara. Gideon, el cargador, intentó desatascarlo con todas sus fuerzas y consiguió sacarlo de milagro e introducir un nuevo proyectil. Hubo una explosión, que por fortuna era la detonación de su propio cañón disparando y pudieron ver cómo el objetivo estallaba en llamas. Apareció entonces un cuarto carro sirio, pero también fue destruido poco después, en esta ocasión por otro de los Centurion. Aquellos breves segundos de puro terror habían dejado a Kahalani empapado en sudor. En una mañana, solo en el sector que cubría su batallón, unos sesenta carros sirios habían quedado destruidos.

Gracias a esa devastadora diferencia de efectividad, que se repitió una y otra vez en todos los frentes en la guerra de 1973, Israel consiguió sostener la línea por los pelos. Tras el primer día de combates, por ejemplo, la fuerza operativa de carros de la 7.ª Brigada nunca llegó a superar los cuarenta vehículos, mientras que solo en su sector los sirios lanzaron quinientos carros a la batalla. Es habitual que en las guerras el factor decisivo sea la calidad y el entrenamiento de los hombres detrás de las armas, más que una tecnología algo más avanzada o incluso disponer de superioridad numérica. El 77.º Batallón avanzó hacia sus nuevas posiciones, mientras Kahalani se esforzaba, como era su costumbre, por identificar los mensajes dirigidos a su unidad en medio del caótico tráfico de radio divisional y de brigada.

El mismo martes por la mañana apareció una nueva fuerza de unos cuarenta carros sirios que se desplegó a unos 1400 m al este de la posición de

Kahalani, en paralelo a la verja que antes del conflicto separaba la frontera entre Siria y el Golán ocupado por Israel. El comandante de la brigada le ordenó que tomara el mando del sector donde estaba su batallón y que dirigiera la defensa de la zona. Le enviaron como refuerzos todos y cada uno de los carros que había disponibles en reserva. No solo eran peligrosamente escasos sino que, incluso mientras los refuerzos se iban desplegando, empezaron a acumular más bajas. Una voz aterrada irrumpió en la frecuencia del batallón, gritando: «¡El comandante del batallón está muerto!». Kahalani le interrumpió de inmediato: «Al habla el comandante del batallón. Estoy vivo. Soy mucho más duro de pelar». Pero Ratess, otro coronel, sí que había muerto, después de ser herido mientras maniobraba su Centurion para proteger el flanco de Kahalani. Otros carros de la unidad de Ratess fueron destruidos y el resto, retrocedió. Kahalani sabía que si los israelíes no conseguían recuperar el terreno elevado que habían ocupado los sirios, estarían perdidos. A un lado y a otro podía ver cómo los carros israelíes titubeaban y se detenían, como si estuvieran sopesando la posibilidad de retirarse. Los blindados sirios añadieron su fuego a la cacofonía. Kahalani sentía que sus hombres estaban al borde del pánico. Usó la frecuencia de mando para arengar a sus Centurion: «Unidades Shoter, aquí Shoter. ¡Fijaos el cuajo que tiene el enemigo! Se despliega y nos desafía. Y ¿qué hacemos nosotros? ¿Qué diablos estamos haciendo nosotros para remediarlo? ¿Quiénes son más fuertes? ¿Nosotros o esos árabes? Ha llegado el momento. Alineaos conmigo y avanzad. ¡Adelante!». A lo largo de toda la colina, las cabezas de los jefes de carro asomaron por el borde de las cúpulas, en busca del carro de Kahalani y, aunque para irritación de este, algunos Centurion recién llegados como refuerzo desde otro batallón debían estar operando en una frecuencia de radio diferente y parecían no haber oído sus órdenes, la mayoría de los demás blindados cargó contra el enemigo, mientras el coronel azuzaba a los rezagados para que no se detuviesen: «¡No os paréis! ¡No os paréis!».

Amnon, uno de los mandos de compañía, había perdido el mecanismo de giro de su torreta, por lo que cuando apuntaba tenía que encarar el vehículo entero para poder disparar a los carros enemigos. Un proyectil sirio impactó en la cúpula de su carro y pulverizó al cargador, en una escena tan espantosa que el conductor empezó a vomitar sin control; los supervivientes abandonaron de

inmediato el blindado y tuvo que ser un alférez quien tomara el mando de la compañía. Cuando los Centurion supervivientes alcanzaron la cresta de la loma, se desplegó ante sus ojos un espectacular panorama de centenares de carros sirios cruzando el valle al pie de esta. «Disparad solo contra los que se estén moviendo», exhortó Kahalani a sus dotaciones, para intentar que sus hombres no malgastaran la preciosa munición que aún les quedaba en alguna de las docenas de vehículos abandonados que cubrían el campo de batalla. Más adelante escribió: «Continuamos disparando como maníacos, cada hombre luchando por su vida». Observó con envidia cómo las vainas de los proyectiles sirios eran expulsadas automáticamente de las torretas de los T-62, lo que incrementaba de forma significativa la cadencia de fuego del enemigo. El equipo árabe parecía ser superior al israelí en todos los aspectos, pero los hombres eran diferentes. El general de la brigada Yanosh le dijo a su jefe de división Raful: «Todavía sostenemos la loma, pero la presión es fuerte, muy fuerte. El combate es a muy corta distancia». Raful insistió, impertérrito: «Somos mejores que ellos». Y, en efecto, eran mejores. Kahalani le dijo a Yanosh por la radio, afirmando orgullosamente su herencia yemení: «¡No te preocupes! ¡Soy una pantera negra! No conseguirán pasar a través de mí». Sin embargo, algunos carros sirios sí que habían conseguido romper la línea y se habían entremezclado con los israelíes, que luchaban rodeados por todas partes, espalda contra espalda.

Los Centurion en el flanco derecho de Kahalani habían sido diezmados, pero en ese momento apareció un pequeño refuerzo de ocho carros, que bastó para tapar la brecha y frenar la marea siria. Los artilleros israelíes disparaban tan rápido como podían cargar y apuntar. Por todas partes podían verse blindados envueltos en llamas, mientras que las dotaciones sirias supervivientes que habían abandonado sus tanques corrían hacia sus líneas, intentando encontrar un lugar donde protegerse en medio del caos en el que se había convertido el valle. Poco a poco, los israelíes empezaron a notar que los sirios habían perdido la iniciativa; los carros árabes estaban retrocediendo hacia el este. Los disparos parecían ir alejándose. En ese momento, la aviación israelí empezó a aparecer en masa sobre el Golán y a atacar los puentes que los sirios habían construido por encima de la zanja anticarro abierta antes de la guerra. El asalto sirio estaba deteniéndose, aunque la 7.ª Brigada había quedado

reducida a veinte carros operativos y casi ninguno de los Centurion estaba intacto. Las unidades supervivientes prácticamente habían agotado toda la munición, pero consiguieron mantener su colina mientras abajo, en lo que bautizaron como el Valle de Lágrimas, en medio del rocoso erial habían quedado abandonados o destruidos unos 260 carros sirios además de centenares de otros vehículos.

Los israelíes aprovecharon la pausa para recargar munición y repostar combustible y se retiraron por secciones. Sucio, y con el rostro tiznado de grasa y humo, Kahalani estaba al lado de su carro cuando vio a su hermano, Amon, que era uno de los mecánicos de la unidad; los dos se fundieron en un estrecho abrazo. Mecánicos y soldados de las unidades de apoyo logístico se apelotonaron alrededor de los tanquistas para felicitarlos; eran conscientes de la gesta realizada por las tripulaciones de los Centurion de las brigadas Barak y 7.ª, que habían salvado al pueblo de Israel por el más estrecho de los márgenes. El martes 9 de octubre había representado el esfuerzo final de la ofensiva siria para romper el frente; a partir de entonces, la constante llegada de refuerzos israelíes al Golán y el Sinaí, conforme los reservistas iban reuniéndose con sus unidades, hizo que cambiara el signo de la guerra de forma decisiva. El jefe de inteligencia militar de la brigada informó a un sorprendido Kahalani: «Mañana vas a ir a Siria». Israel se estaba preparando para lanzar una gran contraofensiva que penetraría profundamente en Siria y llegaría a poner la capital, Damasco, a tiro de su artillería. Aunque todavía quedaban por delante días agotadores y duros combates, todos los hombres que habían defendido el Golán sabían que la crisis había pasado y que su país estaba una vez más a salvo.

Una vez acabada la sesión de planificación acerca de la invasión de Siria, el comandante de la 7.ª Brigada, Yanosh, le llamó: «Kahalani, ven aquí un momento», dijo y, tras llevarse al coronel aparte, le pasó un brazo alrededor de los hombros: «Escucha. Me he reunido con el jefe del Estado Mayor… Quería que supieras… He hablado con él acerca de ti, de cómo paraste a los sirios. Le dije que eres un héroe de Israel». Yanosh le dio la mano y los dos hombres se despidieron: «Todo irá bien. Te veo». Sin embargo, no volvieron a coincidir hasta el 24 de octubre. Era el último día de la guerra y habían penetrado profundamente en Siria. El cuartel general de la brigada envió un *jeep* a recoger a Kahalani para llevarlo al centro de mando, aunque este no tenía ni idea de

para qué. Yanosh se lo llevó a dar un paseo en su vehículo. Condujeron un rato en silencio, hasta que dijo: «A tu hermano lo han matado». Kahalani preguntó: «¿Cuál de ellos?». Era Emanuel, a cuya boda había asistido poco antes de que comenzaran las hostilidades. Le habían herido mortalmente en el Sinaí unos días atrás, pero se había tomado la decisión de no comunicárselo hasta que no terminaran las operaciones. No eran las únicas malas noticias, ya que su cuñado Ilan, hermano de su esposa, Dalia, que era oficial de comunicaciones en una brigada blindada en el frente del canal, también había muerto en acción. Estaba recién casado y su esposa estaba embarazada de cinco meses. Israel era una gran familia y casi cada hogar tenía un ser querido por el que guardar luto después de la Guerra de Yom Kippur. «Vuelve a casa», le dijo Yanosh y así lo hizo.

Después del Yom Kippur, Israel entregó once medallas de su más alta condecoración, la Medalla del Valor, de las cuales tres fueron póstumas. Una de las ocho condecoraciones otorgadas a soldados vivos fue para Avigdor Kahalani, mientras que su hermano recibió la Medalla de Servicios Distinguidos a título póstumo. Kahalani llegó a ser uno de los soldados más famosos de Israel: mandó una división como general durante la invasión del Líbano en 1982; más tarde entró en política, al igual que tantos otros militares israelíes, y no sin controversia. Algunos de sus críticos albergan dudas de su carácter y sus capacidades militares, en parte por el desagrado que sienten hacia las memorias de Kahalani acerca de sus experiencias en 1973, *The Heights of Courage* [4] (1997), que consideran escritas para su propia vanagloria; una de las críticas más habituales que lanzan contra Kahalani es que, si el Ejército le condecoró, no fue tanto por sus acciones en el Golán como por la avidez de Israel por encontrar héroes entre sus minorías marginadas, especialmente entre los yemeníes. Eso y no sus méritos personales, alegan, es lo que hizo que lo ascendieran por encima de su nivel de competencia.

Es cierto que Avigdor Kahalani no era un intelectual y no caben dudas acerca de su vanidad, aunque es justo reconocer que en eso no está solo y que otros muchos célebres guerreros comparten con él ese rasgo de personalidad. También se puede argumentar que sus hazañas en los Altos del Golán, sin duda admirables, no fueron tanto las de un único individuo como una manifestación del entrenamiento y voluntad de lucha que desplegó todo el cuerpo acorazado

israelí en 1973; hubo otros oficiales que lucharon igual de heroicamente contra fuerzas también abrumadoras y que, sin embargo, no fueron condecorados. Ahora bien, no se puede negar que Kahalani dio pruebas suficientes de ser un comandante excepcionalmente decidido y valiente, merecedor del elogio de Yanosh como «un héroe de Israel». Las fuerzas blindadas de Israel habían constituido la cenicienta de su Ejército, obligadas a usar los reclutas que habían rechazado otros servicios considerados de élite, pero después de la Guerra de Yom Kippur todos y cada uno de los ciudadanos de Israel eran conscientes de que habían sido los tanquistas quienes habían salvado a su pueblo. La contienda de 1973 fue un choque entre fuerzas blindadas, que es posible que nunca vuelva a repetirse en la historia, en el que triunfaron aquellos hombres que mejor supieron interpretar en qué consiste el arte de la guerra acorazada. Avigdor Kahalani fue uno de los más destacados.

La reputación del Tzáhal ha quedado mancillada, por desgracia, por su rol como contingente de ocupación y por la represión del pueblo palestino. No es extraño que muchos prefieran recordar a las Fuerzas de Defensa de Israel tal y como eran en 1973, cuando sus ciudadanos-soldado hicieron gala de un valor extraordinario en la épica defensa de su país. Kahalani no era Marlborough o Patton, ni Sherman o Wellington, ni siquiera estaba hecho de la misma pasta que Dayan, Rafael Eytan y otros grandes comandantes israelíes, pero era la clase de soldado en la que se sustentaban las históricas victorias de Israel y que había salvado a la nación judía aquel Yom Kippur.

[1] N. del E.: Suelen utilizarse las siglas en inglés IDF (Israel Defense Force) para identificar a las fuerzas armadas israelíes, pero su nombre oficial en hebreo es *Tzváh Hahagana LeYisrael* , conocido por su acrónimo Tzáhal.

[2] N. del T.: En referencia a la sublevación en Kenia, contra los británicos. En occidente, durante las décadas de 1960 y 1970, se convirtió en sinónimo de salvajismo insensato y estupidez.

[3] N. del T.: En la época, la Franja de Gaza era parte integral de Egipto, que la había capturado durante la guerra de 1948. En nuestros días, Rafah es la última población de la Franja de Gaza antes de la frontera egipcia.

[4] N. del T.: El título en inglés es un juego de palabras. *Las cumbres del valor* hace referencia tanto al accidente geográfico, los Altos del Golán como, en sentido figurado, a la cima del heroísmo alcanzada por los carristas israelíes durante los primeros días del ataque sorpresa sirio.

Epílogo

Cuando empecé a escribir este libro, basé mi criterio de elección de sus protagonistas en que reflejaran los distintos aspectos de la experiencia bélica de los siglos XIX y XX y no porque creyese que compartían unos rasgos de personalidad comunes. El barón Marbot, Harry Smith, John Masters y Nancy Wake podrían ser descritos como guerreros que disfrutaban con su trabajo; otros, como el teniente Chard, serían representativos del soldado mediocre que, ante una situación extraordinaria, sabe reaccionar de manera extraordinaria y es recompensado en consecuencia. Frederic Manning, en cambio, no fue lo que podríamos llamar un guerrero modelo, pero sí uno de los que mejor ha sabido reflejar la experiencia vital del soldado en tiempo de guerra. Sin embargo, entre los demás, sobre todo en el siglo XX, cuando la guerra dejó de considerarse un pasatiempo de las élites, las similitudes son sorprendentes. En muchos casos, procedían de familias desestructuradas o habían tenido infancias muy duras, mostraban una implacable determinación de salir adelante y a no pocos de ellos los consumía una furia interior que amenazaba con explotar en cualquier momento. Tampoco los que destacaban en el arte de la guerra solían ser populares entre sus camaradas sino que, como Aquiles, provocaban admiración pero a la vez eran temidos y hasta odiados por los demás miembros de sus unidades. Los soldados, y sobre todo los ciudadanos-soldado que no son profesionales sino voluntarios o reclutas, prefieren compartir un pozo de tirador con hombres en los que perciben la misma fragilidad humana que ven en ellos mismos. La mayoría están dispuestos –algunos hasta de forma conmovedora– a cumplir con su deber aun a costa de sus vidas, pero entre las personas normales el instinto de supervivencia tiene mayor peso que la tentación de llevar a cabo una hazaña memorable.

Los mejores guerreros suelen estar motivados por la ambición. Pero ¿por qué no deberían estarlo? Descubren que son buenos en combate, más capaces que sus camaradas de dominar sus miedos y supeditarlos a las necesidades de la batalla y no les importa presumir de ese talento, casi como si imitaran de forma inconsciente las bravuconadas de los dioses y héroes de la mitología griega. Sin embargo, muchos de ellos eran inmaduros, incapaces de asimilar su recién adquirida fama. Hay que tener en cuenta que, mientras que los hombres y mujeres que alcanzan la fama y el éxito en política, en una profesión liberal o en el mundo empresarial, casi siempre lo consiguen en la madurez, los guerreros, al igual que las estrellas del deporte o del cine, obtienen con frecuencia ese triunfo cuando aún son muy jóvenes y, por tanto, incapaces de gestionar de manera adecuada su reciente popularidad. Es peor aún en el caso de los soldados, ya que sus habilidades militares no suelen adaptarse demasiado bien a la vida civil, donde son las palabras y no las balas las que se utilizan para hacer daño al adversario. Un hombre de negocios o un político no necesita ser valiente, sino tener una cabeza bien amueblada. Saber utilizar un arma no es útil fuera del campo de batalla. Incluso aquellos guerreros natos que deciden hacer carrera en el ejército no suelen adaptarse bien al ejercicio de mandos de mayor responsabilidad, ya que desde la Guerra de los Cien Años ser capaz de matar con eficacia no es un criterio de selección válido para los que deben decir si un hombre debe ser propuesto para el generalato. Normalmente, los experimentos modernos de premiar a los héroes con ascensos a grados superiores han fracasado.

Edmund Verney, que era un soldado profesional, escribió alegremente a su hermano desde la Guerra de Flandes en 1639: «Estarás satisfecho de oír que todo el mundo está en llamas, porque en tal caso no nos va a faltar trabajo. Esta es una profesión dichosa». Verney tenía veintitrés años cuando escribió estas palabras, una buena edad para un guerrero, pero no llegó a vivir el tiempo suficiente –murió en Irlanda en 1649– como para experimentar el desencanto del veterano en tiempos de paz. Muchos guerreros que logran grandes hazañas cuando son jóvenes aseguran más adelante con melancolía que nunca han vuelto a sentir la emoción y la descarga de pura adrenalina que experimentaron entonces. Obtienen la fama –en ocasiones junto con cargos de autoridad y responsabilidad– a unas edades en las que la mayoría de los jóvenes en tiempo

de paz son estudiantes o aprendices; luego, el paso del tiempo termina por convertirlos en viejos amargados. Todo colegial solía aprender de memoria la arenga que Shakespeare escribió para Enrique V en la mañana de Azincourt en 1415:

He that shall live this day, and see old age,
Will yearly on the vigil feast his neighbours,
And say, «Tomorrow is Saint Crispian»:
Then will he strip his sleeve and show his scars
And say, «These wounds I had on Crispin's day».
Old men forget; yet all shall be forgot
But he'll remember with advantages
What feats he did that day.

[Aquel que sobreviva a este día y llegue a edad provecta,
Cada año en la víspera recibirá a sus vecinos
Y dirá: «Mañana es San Crispín».
Se subirá las mangas y mostrará sus cicatrices
Y dirá: «Estas heridas las sufrí el día de San Crispín».
Los viejos olvidan; y en verdad, todo se olvida.
Pero él sin titubear recordará
Las hazañas que consiguió aquel día].

Contrastemos esa gloriosa profecía con la petición que un auténtico veterano de Azincourt hizo al auténtico Enrique VI en 1429:

> Al rey, nuestro señor soberano,
>
> Le implora sumisamente su humilde y pobre vasallo peticionario Thomas Hostelle […] que en consideración por sus servicios prestados a sus nobles progenitores de bendito recuerdo, el rey Enrique IV y el rey Enrique V (cuyas almas Dios tenga en su gloria), habiendo sido en el asedio de Harfleur impactado por un ballestazo en la cabeza, perdiendo un ojo y el pómulo roto; también en la batalla de Azincourt,

y posteriormente en las carracas en el mar, en donde un dardo de hierro me hundió la armadura contra mi cuerpo y me golpeó e hizo pedazos la mano golpeada, que estoy lleno de cicatrices, mutilado y herido, que por estas cicatrices estoy debilitado y sin fuerzas, ahora soy anciano y de gran pobreza, lleno de deudas, y que no puedo valerme por mi mismo […] y siendo que el dicho servicio nunca fue jamás recompensado ni premiado, sea el favor de su alta y excelente gracia […] de su benigna piedad y gracia aliviar y ayudar a dicho su peticionario como a vos os plazca.

La historia no dice qué pasó con la petición de Hostelle, pero es difícil pensar que consiguió lo que pedía. Harry Smith falleció sumido en la pobreza, porque sus continuas peticiones para ser ennoblecido o recibir una pensión le fueron denegadas por los gobiernos de la época, mientras que Joshua Lawrence Chamberlain y James Gavin, ambos destacados guerreros, no triunfaron en la paz. Las lamentables circunstancias de la muerte de John Paul Vann hablan por sí solas y, de hecho, más de uno que ha recibido la Cruz Victoria se ha visto obligado a vender sus medallas. Kipling escribió en 1891:

There were thirty million English who talked of England's might
There were twenty broken troopers who lacked a bed for the night,
They had neither food nor money, they had neither service nor trade;
They were only shiftless soldiers, the last of the Light Brigade.

[Había treinta millones de ingleses hablando del poder de Inglaterra.
Había veinte soldados arruinados sin una cama en la que reposar.
Ni tenían ni dinero ni comida, ni sabían servir ni comerciar.
Eran perezosos soldados, los últimos de la Brigada Ligera].

Desde que el saqueo fue declarado ilegal y no se permitió a los oficiales de la marina vender las presas capturadas, la milicia en tiempo de guerra dejó de ser una profesión rentable. El oficial al mando del batallón británico en el que sirvió el sargento mayor Stan Hollis el Día D escribió con tristeza: «Me temo que fue más fácil conseguirle una Cruz Victoria durante la guerra, que un

trabajo decente después de ella». Muchos guerreros se tienen que conformar con sus medallas y sus recuerdos, incluso aunque a algunos les resulta difícil convivir con los segundos. Se ha calculado que de los 111 soldados y marineros británicos condecorados con la Cruz Victoria en el siglo XIX, siete terminaron quitándose la vida –casi cien veces por encima de la media de suicidios entre la población general–, mientras que muchos otros tuvieron existencias insatisfactorias. En la época contemporánea la guerra no se percibe, como sí sucedía en épocas pasadas, como una oportunidad para que audaces individuos intenten alcanzar la gloria y vivir aventuras. La sociedad moderna está completamente condicionada por la brutalidad de las dos contiendas mundiales del siglo XX, además de la familiaridad con el horror de la guerra que la televisión trajo a los salones de cada casa en occidente; por ello, la guerra se percibe hoy en día como algo monstruoso y nadie en su sano juicio puede estar en contra de esa opinión.

Los únicos soldados profesionales que gozan de fama y respeto generalizados en el siglo XXI son las fuerzas especiales occidentales que operan como la punta de lanza en la lucha contra el terrorismo, sobre todo los Boinas Negras estadounidenses y el SAS británico. Las imágenes de 1981 de los hombres del SAS haciendo rápel para asaltar la embajada iraní en Kensington y rescatar a rehenes inocentes de los terroristas se encuentran entre las más icónicas del guerrero contemporáneo. Ningún comandante de blindados, piloto o soldado de infantería, no importa cuán condecorado haya sido, puede igualar el glamur de las fuerzas especiales, especialmente el que le otorga Hollywood. Sus miembros son los que parecen mantener vivos los conceptos de iniciativa personal y heroísmo individual, en una era en la que la guerra está dominada por la tecnología. Frente a los anónimos misiles de crucero, los bombarderos invisibles y las operaciones militares dirigidas desde un ordenador, sus hazañas son tranquilizadoramente humanas. Inspiran mitos y leyendas tan descabelladas como cualquiera de las narradas en las crónicas medievales de Froissart. Las gestas de las fuerzas especiales son apreciadas por la sociedad civil del siglo XXI, que las considera dignas de aplauso público, mientras que los pilotos que lanzan las bombas de racimo o los carristas que utilizan sus proyectiles anticarro de uranio empobrecido son vistos con rechazo. La distinción no deja de ser arbitraria, ya que, después de todo, el objetivo de

cualquier soldado es siempre el mismo: matar al enemigo. De hecho, las fuerzas especiales suelen ser más implacables que otros cuerpos militares, pero el gran público ama sus fantasías y, en cierto modo, añora la idea de poder admirar a superhombres.

Personajes como Guy Gibson o Audie Murphy fueron, sin duda, superhombres, pues, en nombre de la libertad, demostraron ser capaces de protagonizar hazañas que muy pocos se atreverían siquiera a intentar. Mataron dragones no una, sino una y otra vez, lo que hace todavía más triste ser conscientes de la poca satisfacción personal que obtuvieron de sus gestas. Tal vez deberíamos seguir honrando su memoria, al igual que la de otros guerreros como ellos. A pesar de sus defectos y su soberbia, prestaron grandes servicios a sus países; servicios que solo un tipo muy especial de ser humano es capaz de prestar. Podemos imaginar un futuro en el que los guerreros sean redundantes, pero algo me dice que esa es una fantasía que nunca se cumplirá. Hasta la sociedad más pacifista debería enorgullecerse de un pasado militar que ha servido para asegurar su prosperidad y hasta su supervivencia a lo largo de los siglos.

Hay una famosa historia, por desgracia apócrifa, acerca de dos pilotos de la RAF que, en el momento álgido de la Segunda Guerra Mundial, fueron invitados a cenar a su antigua facultad en Oxford. Después de una velada entre los profesores y tutores de la mesa principal, los jóvenes aviadores se emborracharon. Uno de ellos empezó a pinchar a sus viejos profesores y a preguntarles cuál era la contribución que ellos estaban haciendo al esfuerzo de guerra. «Joven –respondió un sabio con olímpico desdén–, *nosotros* somos la cultura que *usted* está luchando por defender». Hoy, los guerreros podrían darle la vuelta a la tortilla y decir a las nuevas generaciones: «Nosotros somos los que luchamos para defender la cultura de paz a la que vosotros creéis que tenéis derecho».

Kipling de nuevo:

We aren't no thin red heroes, nor we aren't no blackguards too,
But single men in barricks, more remarkable like you
An' if sometimes our conduck isn't all your fancy paints

Why, single men in barricks don't grow into plaster saints
While it's Tommy this, an' Tommy that, an' Tommy, fall be'ind
But it is «Please to walk in front, sir», when there is trouble in the wind.

[No somos héroes de la delgada línea roja, pero tampoco somos villanos,
Sino los solteros de los barracones, prácticamente tus hermanos.
Y si nuestra conducta no es del todo educada o sofisticada,
No olvides que los solteros de los barracones no somos santos de porcelana.
Mientras tanto es Tommy esto, y Tommy aquello, y Tommy vete *p'atrás*
Pero cuando el viento trae tempestades de repente todo se vuelve
«Por favor, caballero, pase usted primero»].

He intentado contar las historias de algunos guerreros que, cuando el viento trajo tempestades, dieron un paso al frente.

Fuentes y referencias bibliográficas

Este libro está pensando para entretener más que como un ensayo académico. Por tanto, he adoptado un estilo más despreocupado hacia las referencias bibliográficas que en mis otros libros basados en documentación original. He aprendido algo acerca de algunos de mis personajes mientras seguía sus pasos. Recorrí el camino de la expedición de rescate de Gordon a través del desierto de Bayuda para un documental de televisión y he visitado el solitario e inhóspito campo de batalla donde murió Fred Burnaby. Pasé algún tiempo como corresponsal en Vietnam en la década de 1970, de modo que llegué a estar bastante familiarizado con algunos de los lugares en los que John Paul Vann trabajó y luchó. Como ya he mencionado antes, fui testigo en los Altos del Golán con el Ejército israelí en octubre de 1973 cuando Avigdor Kahalani estaba librando su épica batalla.

Por lo demás, el libro está basado por completo en material publicado. No creo que sea necesario catalogar las lecturas básicas de cada uno de los conflictos de los que se ocupa este libro, las cuales son prodigiosas. Me he limitado a citar mis fuentes principales, junto con las obras que he citado. Las fechas de publicación son las de las ediciones que yo he usado, más que fechas de primeras ediciones.

1. **El fervoroso prosélito de Bonaparte**
   The Memoirs of Baron Marbot , Barnsley, Greenhill Books, 1988 [ed. en expurgada, de las memorias de Marbot: *Memorias: campañas de Napoleón e Península Ibérica* , Madrid, Castalia, (1965) 2008].

2. **Harry y Juana**
   Memoirs of Lieutenant-General Sir Harry Smith , J.C. Moore-Smith (ed.), Lon John Murray Publishers, 1902; *Remember You are an Englishman* , Joseph Lehmann, London, Jonathan Cape Publishers, 1977; *Adventures in the Rifle Bri* , J.C. Kincaid, Spellmount, 1996; *Random Shots from a Rifleman,* J.C. Kin Spellmount, 1998.

3. **Maestro de armas**
In the Hands of Providence , Alice Rains Trulock, Chapel Hill, University of N Carolina Press, 1992; *Blood and Fire at Gettysburg* , Joshua Lawrence Chamber Gettysburg, Stan Clark Military Books, 1994; *The Passing of the Armies* , Jo Lawrence Chamberlain, New York, Bantam, 1993; *Soul of the Lion* , Willard Wallace, Gettysburg, Stan Clark Military Books, 1995.

4. **El ingeniero perezoso**
The Washing of the Spears , Donald R. Morris, London, Jonathan Cape Publisl 1965; *Rorke's Drift* , Michael Glover, Barnsley, Leo Cooper, 1975; material publicar en el Royal Engineers Museum, Chatham; *Zulu* , Saul David, Lon Penguin, 2004.

5. **El coronel Fred**
True Blue , Michael Alexander, London, Hart Davis Publishers, 1957.

6. **El hidalgo de los mares**
The Last Corsair , Dan van der Vat, Edinburgh, Birlinn, 2002.

7. **El soldado más raso**
Frederic Manning: An Unfinished Life , Jonathan Marvil, Durham, Duke Unive of North Carolina, 1988; *The Middle Parts of Fortune* , Frederic Manning, Lon Peter Davies, 1978 [ed. en esp.: *Los favores de la Fortuna* . Barcelona, Sa Editores, 2004]. Diario de Guerra del 8 *KSLI* 1916, *British National Archive Schoolboy Goes to War* , H.E.L. Mellersh, London, 1978.

8. **El cazador**
Fighting the Flying Circus , E.V. Rickenbacker, New York, Stokes, 1 *Rickenbacker: An Autobiography* , London, Hutchinson, 1968; *Eddie Rickenbac* Hans Christian Adamson, New York, MacMillan, 1946; *Ace of Aces: The Li Captain Eddie Rickenbacker* , H. Paul Jeffers, New York, Ballantine, 2004; *The of the Few* , Denis Winter, London, Penguin, 1981; *Sagittarius Rising* , Cecil Le London, Peter Davies, 1936; *Winged Victory* , V.M. Yeates, Cranston, Mayflo 1972. El profesor W. David Lewis, el distinguido historiador americano d aviación y autor de la biografía de Rickenbacker *Eddie Rickenbacker: An Amer Hero in the Twentieth Century* , Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2

leyó el borrador de mi capítulo, corrigió algunos errores y llamó mi atenció algunos temas, por lo que le estoy muy agradecido.

9. **Una odisea india**
John Masters: A Regimented Life , John Clay, London, Michael Joseph, 1992; *B and a Tiger* , John Masters, London, Michael Joseph, 1955; *The Road Mandalay* , John Masters, London, Michael Joseph, 1961; *Chindit* , Robert Rh James, London, John Murray, 1980; *The Chindit War* , Shelford Bidwell, Lon Hodder and Stoughton, 1979.

10. **El «Dam Buster»**
Guy Gibson , Richard Morris y Colin Dobinson, London, Penguin, 1995; *E Coast Ahead* , Guy Gibson, London, Michael Joseph, 1946. Estoy en deuda Richard Morris por leer y comentar el borrador de este capítulo, aunque, d luego, no es responsable de mis opiniones.

11. **Un héroe de Hollywood**
To Hell and Back , Audie Murphy, New York, Henry Holt & Co., 1948; *A Thin Damn* , William Russo, Bloomington, Xlibris, 2001; publicaciones de A Murphy Research Foundation; «The Price of Valor», *Military History Quarte* Roger Spiller, primavera 1993.

12. **«Slim Jim»**
Paratrooper , T. Michael Booth y Duncan Spencer, New York, Simon and Schu 1994; *On to Berlin* , James Gavin, New York, Viking, 1978; *Airborne Warfare* Ja Gavin, Infantry Journal Press, Washington DC, 1947.

13. **El ratón blanco**
Nancy Wake, Russell Braddon, London, Cassell, 1957; *The White Mouse* , N Wake, Sydney, MacMillan Australia, 1997.

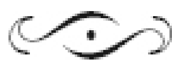
14. **El joven apóstol de la libertad**
A Bright Shining Lie , Neil Sheehan, New York, Random House, 1988. Sheehan fue lo bastante generoso como para leer y comentar el borrador de capítulo, por lo que le estoy inmensamente agradecido.

15. **Épica en el Golán**

The Heights of Courage , Avigdor Kahalani, Tel Aviv, Steimatzky, 1997; *A War*
Way , Avigdor Kahalani, Tel Aviv, Steimatzky, 1999.

Este libro se imprimió en agosto de 2020 en Madrid, mientras el mundo seguía combatiendo contra la pandemia del coronavirus. Desde aquí, queremos agradecer a todos los guerreros que en hospitales y centros de salud han peleado contra la epidemia para que el resto podamos continuar con la vida tal y como la conocíamos.





«Rebosante de fantásticas anécdotas. El libro de Hastings, de lectura maravillosa, hará que muchos soldados de sillón estén muy, muy felices. Siempre merece la pena repetir una maldita buena historia de guerra y pocos lo hacen mejor que Hastings».

Daily Mail

«Claro, decisivo, contundente. *Guerreros* , de acción trepidante y texto lacónico, cautiva».

Daily Telegraph

«Con este texto, Hastings vuelve a su hogar, aquel donde puede aportar su combinación única de habilidades como reportero de guerra e historiador social y militar. Esta es una de sus mejores y más divertidas obras cortas».

Evening Standard

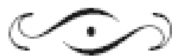
«Todas las historias son magníficas. Las opiniones se expresan con firmeza y con importantes y audaces idas y venidas. Sus virtudes son la claridad y la determinación, muy admirables cuando se trata de aclarar, para el lector neófito, lo que está sucediendo en las diabólicamente complejas y sangrientas situaciones que describe».

Spectator

«*Guerreros* es un oportuno recordatorio de lo magníficamente que pueden comportarse las personas en tiempo de guerra. Espero que no solo sea una

lectura obligatoria en nuestras academias militares, sino que esté junto a nuestras camas durante muchos años».

The Field





El barón Marcellin de Marbot, uno de los oficiales de caballería más gallardos de Napoleón y un anecdotista maravilloso.



Napoleón recibe novedades de un oficial francés en Austerlitz, uno más entre muchos otros campos de batalla en los que Marbot sirvió a su adorado emperador.



El asalto de Badajoz en 1812, la más sangrienta de todas las acciones en las que participó Harry Smith a las órdenes de Wellington.



Smith, un joven oficial de la Brigada de Rifles que se enamoró perdidamente en el campo de batalla, retratado poco después de su ascenso a coronel por su papel en Waterloo.



Juana Smith, casada con Harry en España con catorce años. Retratada tres años después por un pintor francés. Acompañó a su «Enrique» en la guerra en una relación que duró al menos cincuenta años.





Joshua Lawrence Chamberlain retratado como un joven y serio profesor universitario y, derecha, como coronel en el Ejército de la Unión en 1862, un papel con el que descubrió su vocación de guerrero.



John Chard luciendo la Cruz Victoria que le fue concedida por su liderazgo de la guarnición de Rorke's Drift el 22 de enero de 1879. Muchos en el Ejército británico consideraban que había recibido más crédito del que se merecía por la batalla.



La famosa representación de *lady* Butler del combate contra los zulúes que asaltaban la misión de Rorke's Drift. La victoria británica fue explotada por el Gobierno para paliar el trauma de la derrota en la cercana Isandlwana aquel mismo día.



La enorme figura de Burnaby, igual de familiar en campañas políticas como en el cuartel general, era irresistible para caricaturistas como «Spy», de *Vanity Fair* .



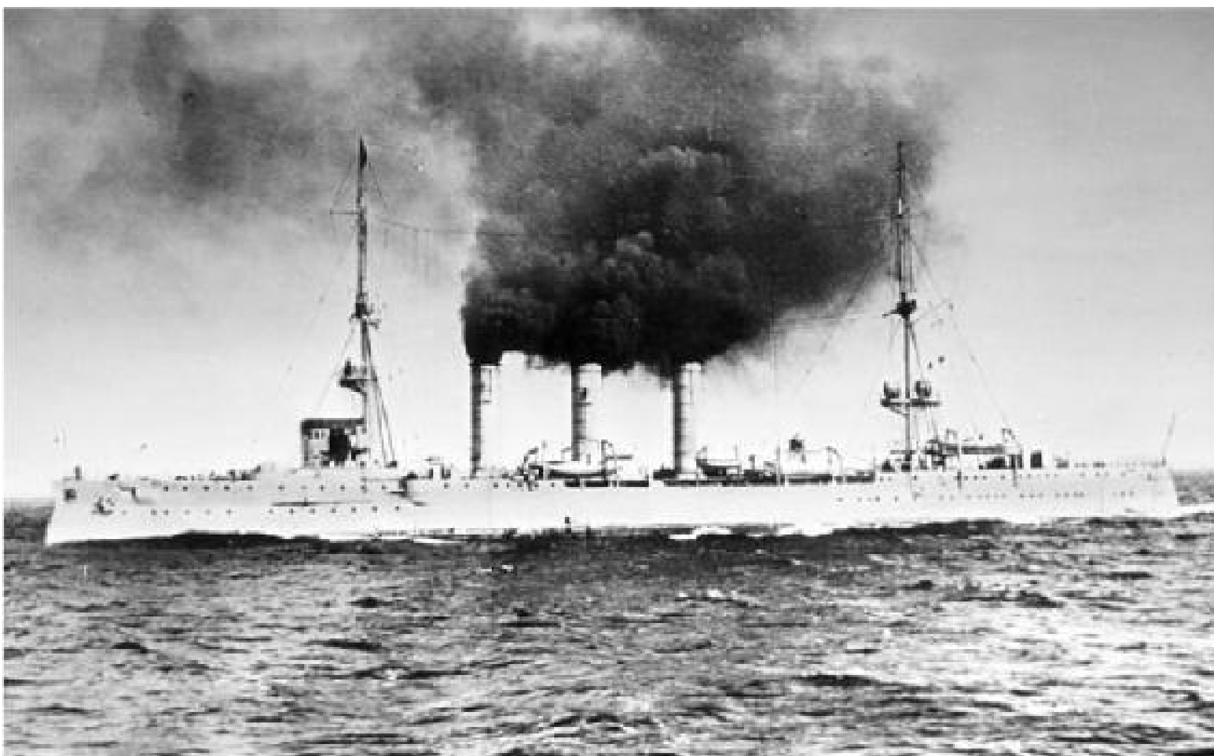
Fred Burnaby retratado por Tissot como un joven elegante de la Guardia Montada en 1870. El afán de aventura de Burnaby y la publicidad que recibía no era bien recibida por sus superiores, entre ellos el príncipe de Gales.



La batalla de Abu Klea en enero de 1885, en la que falleció Burnaby en la lucha contra los derviches, durante el fallido intento de rescatar al general Gordon.



Capitán Karl Friederich Max von Müller, cuya caballerosa conducta como comandante del corsario Emden en el océano Índico en 1914 le ganó la admiración de todo el mundo.



La nave de Müller estaba obsoleta y, obviamente, condenada cuando zarpó en su último viaje. A pesar de ello, los alemanes sembraron el caos en las rutas comerciales británicas antes de que el Emden se enfrentara a su némesis.



Frederic Manning, un intelectual australiano que escribió una de las mejores novelas acerca de las experiencias de los soldados en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, dibujado por su amigo William Rothenstein en 1921 cuando tenía treinta y nueve años.

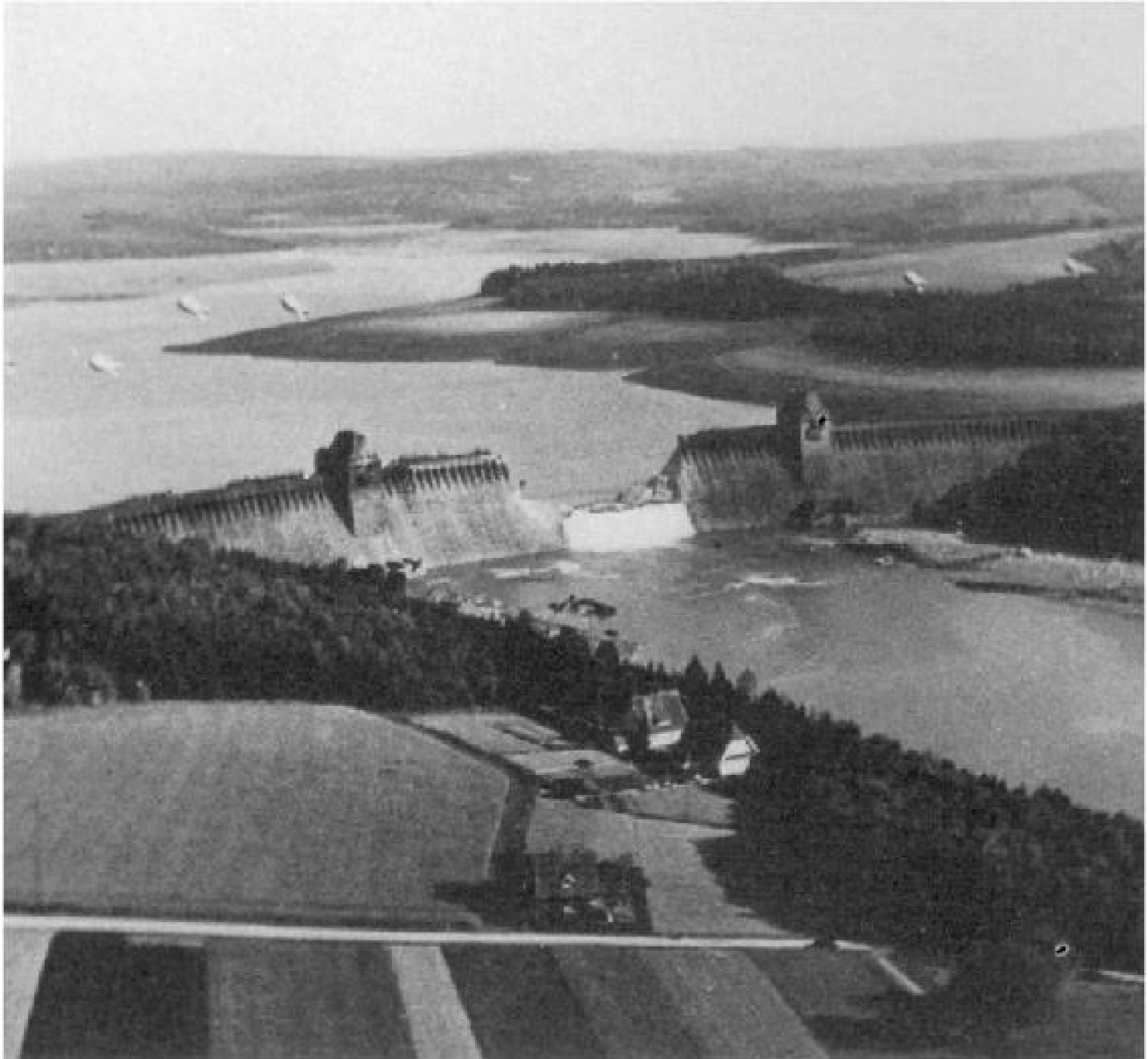


Una de las brigadas como la que dirigió John Masters en la operación chindit detrás de las líneas japonesas en Birmania. Masters se convirtió en uno de los cronistas británicos más vívidos del romance que su país tuvo con la India.


5


20
20

El capitán Eddie Rickenbacker. Se convirtió en el primer «as» de pilotos de caza estadounidenses de la Primera Guerra Mundial después de forjarse una carrera como uno de los conductores estrella, abajo, de las carreras de coches antes de la guerra.





Una de las imágenes más celebradas de la Segunda Guerra Mundial: la presa de Möhne en el Ruhr destruida por los pilotos del 617.º Escuadrón de la RAF en el ataque de mayo de 1943 liderado por Guy Gibson. Como tantos otros guerreros, Gibson, a la derecha, no encontró demasiada satisfacción en su fama y condecoraciones antes de su muerte en acción en septiembre de 1944.



El soldado más condecorado de Estados Unidos durante la guerra, Audie Murphy, fotografiado después de que sus hazañas en el campo de batalla hubieran terminado. El pequeño texano se forjó una carrera en Hollywood, sobre todo en películas del oeste, pero nunca se deshizo de los traumas del combate.

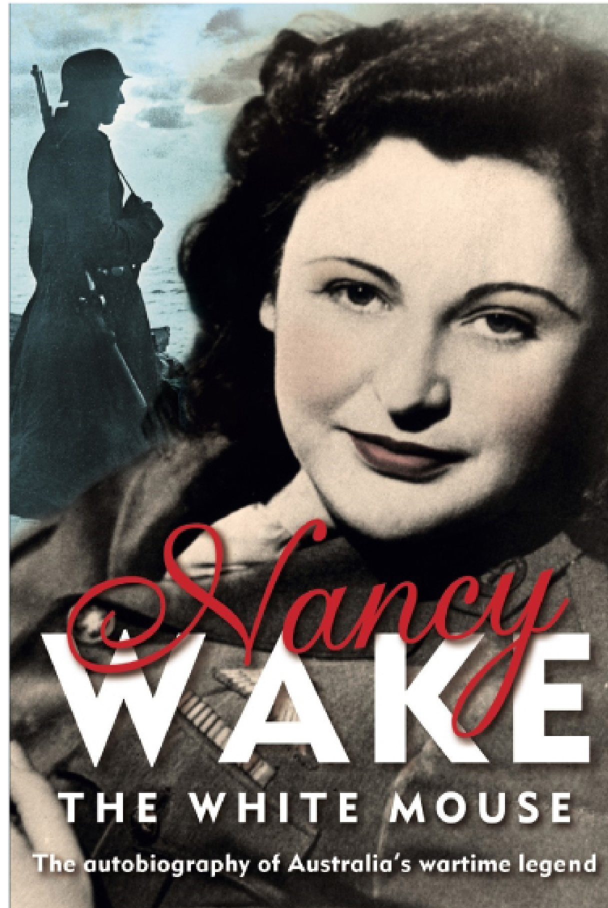


Uno de los gigantescos lanzamientos de paracaidistas en Francia en 1944 en el que participó Gavin. Él era uno de los principales defensores de la nueva ciencia de la guerra paracaidista.





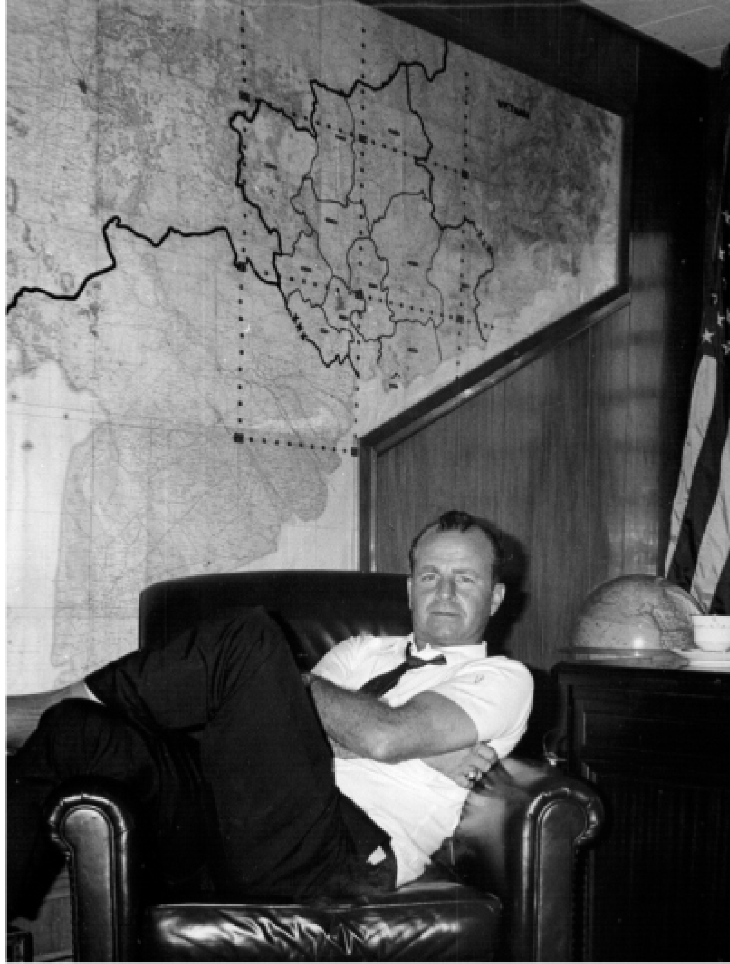
Izquierda, el general Matthew Ridgway (en el centro) en marzo de 1945. A la derecha, James Gavin, «Slim Jim», el subordinado más célebre de Ridgway durante la guerra y el general más joven desde Custer. Gavin es uno de los más extraordinarios guerreros estadounidenses, pero Ridgway estaba molesto por la soberbia de su joven protegido.



La valiente australiana Nancy Wake inmortalizada en la portada de su autobiografía. Fue agente británica con la Resistencia francesa en 1944.



Miembros de la Resistencia francesa y de la 82.ª División Aerotransportada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mun-dial durante las operaciones del desembarco de Normandía en junio de 1944.



Coronel John Paul Vann, uno de los más ardientes e inspiradores oficiales estadounidenses que sirvieron en Vietnam, fotografiado de manera informal en su cuartel general de Saigón durante la Guerra de Vietnam.



Tropas de *montagnards* observan desde el perímetro de su base los bombardeos de los B-52 sobre las posiciones norvietnamitas, durante la batalla de Kontum, en la Tierras Altas Centrales, entre abril y mayo de 1972, en la que murió en acción John Paul Vann.



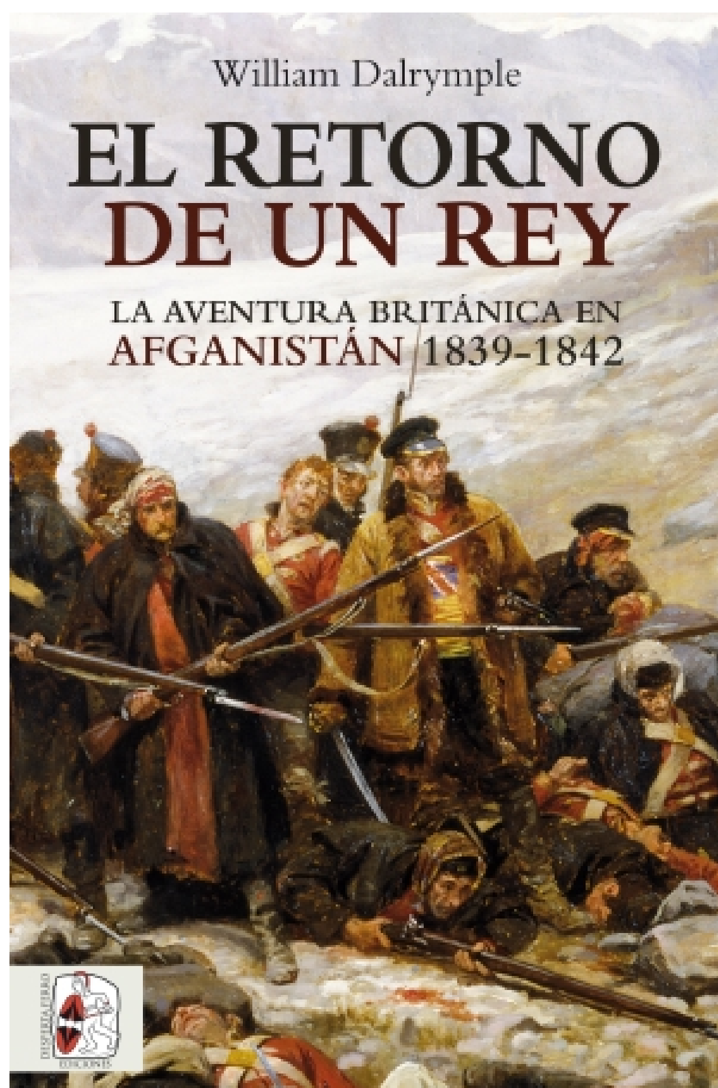
Helicópteros Sikorsky HUS-1/UH-34D Seahorse, del escuadrón de transporte de helicópteros medios HMM-362 del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, desembarcan tropas en un arrozal para asaltar la línea de árboles que se ve al fondo, 1962. Fue la primera unidad de helicópteros de los Marines desplegado en Vietnam, el 15 de abril de 1962, en la base de Sóc Trăng, al sur del delta del Mekong.





El campo de batalla del Golán donde Avigdor Kahalani y sus camaradas destruyeron centenares de tanques sirios durante su épica batalla de desgaste, el choque de blindados más grande desde la Segunda

Guerra Mundial. Al final de la Guerra de Yom Kippur, en 1973, inscribió su nombre como uno de los salvadores de Israel.



El retorno de un rey

Dalrymple, William
9788412207958
464 P�ginas

En la primavera de 1839, **tropas británicas invadían por primera vez Afganistán** para exorcizar la fantasmal amenaza rusa sobre la India que angustiaba a políticos incompetentes y entusiasmaba a lobistas sin escrúpulos y que se vino a definir como **El Gran Juego** . Encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cerca de 20 000 soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales cruzaron los pasos de alta montaña y restablecieron en el trono al Shah Shuja al-Mulk, dando comienzo a la **Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842)** .
La barbarie de la destrucción que siguió y la perplejidad de muchos de los agentes de inteligencia envueltos en estas misiones, tanto de los rusos como de los británicos, cuyas vidas novelescas, plagadas de aventuras y tribulaciones suponen un aliciente más para leer esta obra, reflejan los distintos puntos de vista de los implicados en el Gran Juego y aportan nuevas perspectivas tanto para los historiadores y expertos en el tema como para los legos que deseen conocer algo más de la historia en la región.
Los británicos enfrentaron poca resistencia por el camino, pero tras dos años de ocupación, el pueblo afgano se levantó en respuesta a la llamada a la yihad y el país estalló en una violenta rebelión, como una miríada de incendios. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero de la entonces nación más poderosa del mundo emboscado en retirada y totalmente destrozado por remotas y mal equipadas tribus de harapientos montañeses.
El retorno de un rey , **contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato de la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que el galardonado y exitoso historiador William Dalrymple** conjuga fuentes persas, urdus y por vez primera afganas para marrar con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial. Un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición

colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo, las intrigas diplomáticas y la aventura.



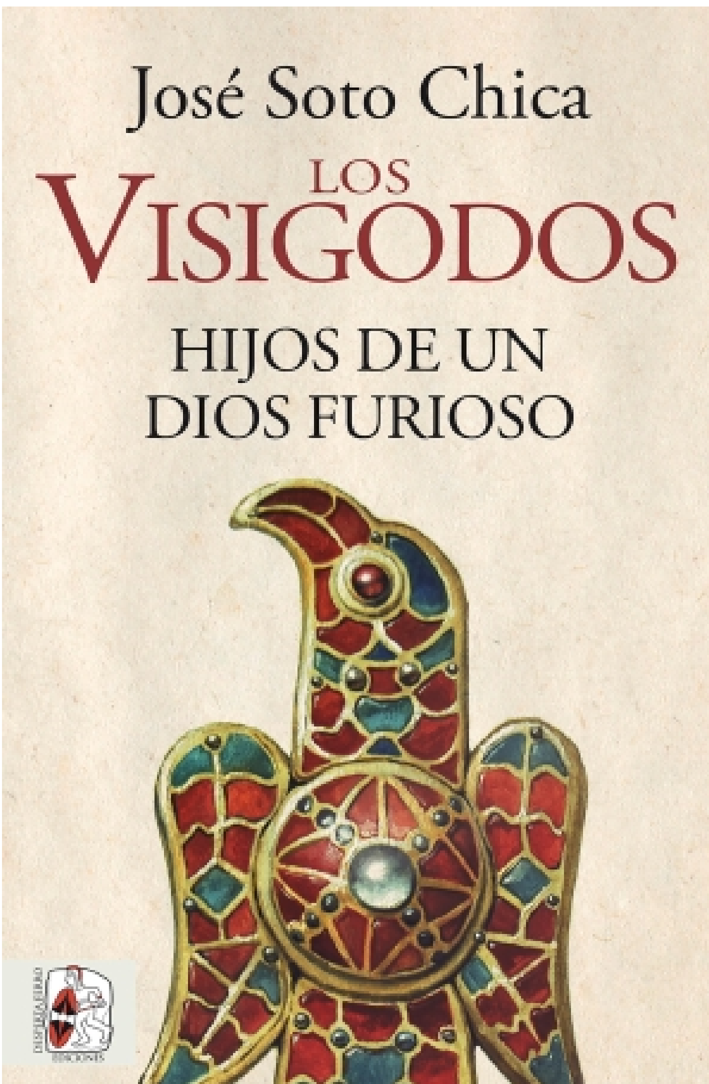
El Sacro Imperio Romano Germánico

Wilson, Peter H.
9788412221213
890 P�ginas

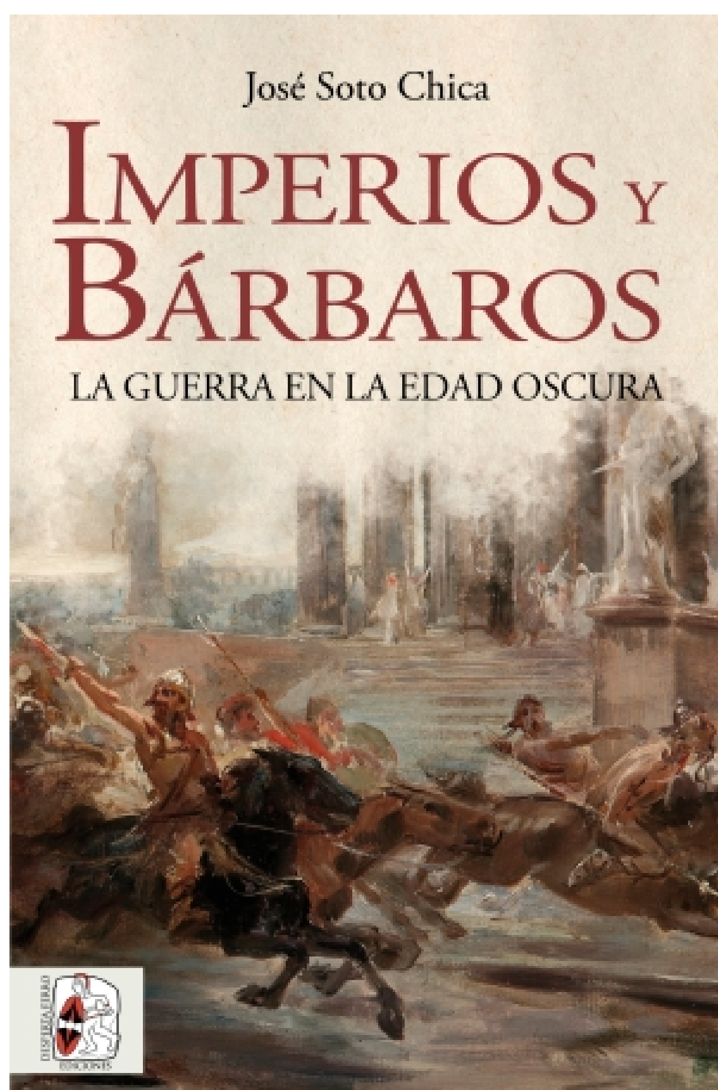
C�mpralo y empieza a leer

Desde su fundación con **Carlomagno** hasta su destrucción, un milenio más tarde, a manos de Napoleón, el **Sacro Imperio Romano Germánico** , una entidad vasta y en constante expansión, tan antigua como única, formó el corazón de Europa. Motor de invenciones e ideas, estuvo en el origen de muchos de los Estados modernos europeos, desde Alemania a la República Checa, y sus relaciones con Italia, Francia y Polonia dictaron el curso de incontables guerras. La historia europea no tendría sentido sin él.
En este sorprendentemente ambicioso libro, **Peter H. Wilson** aborda la tarea ingente de explicar el funcionamiento del Imperio no desde un punto de vista cronológico, sino en un titánico ejercicio expositivo en el que demuestra su trascendental importancia, y cómo el Imperio mutó a lo largo del tiempo. El resultado es un *tour de force* , un libro que eleva innumerables cuestiones sobre la naturaleza de su poder político y militar, sobre la diplomacia y la esencia de la civilización europea y sobre el legado del **Sacro Imperio Romano Germánico** , que durante generaciones ha perseguido y obsesionado a sus vástagos, desde la Alemania imperial y nacionalsocialista hasta la Unión Europea.
Ganador Libro del año en 2016 en *Sunday Times*
Ganador Libro del año en 2016 en *The Economist*

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid , es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el Cantar de Mío Cid hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al **Cid histórico** es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. **David Porrinas** , uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Cid, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para **la epopeya del Campeador** es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. ***El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*** es un digno continuador de La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.


José Soto Chica
LOS VISIGODOS
HIJOS DE UN DIOS FURIOSO

José Soto Chica , el autor del exitoso ***Imperio y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*** , regresa con un volumen que aborda una época crucial en la historia de España, el tiempo que hace de bisagra entre la Antigüedad y el Medievo, el tiempo del primer reino que se enseñoreo sobre toda la península ibérica, el tiempo de los visigodos. Rastreando los nebulosos orígenes de los godos en Escandinavia, el libro acompaña a estos en una migración que los llevó a penetrar en el Imperio romano, a saquear por primera vez en siete siglos la Ciudad Eterna y a asentarse, por fin, en la Península. ***Los visigodos. Hijos de un dios furioso*** explica cómo ese viaje convierte a los visigodos en un pueblo mestizo, impregnado de romanidad, un mestizaje y una romanidad que se acentuaron en Hispania, constituyendo la fértil semilla que la marea islámica no pudo agostar y que luego germinará con los primeros reinos cristianos, verdaderos epígonos espirituales del reino de Toledo. Si san Isidoro, el más destaco intelectual visigodo, cantaba "¡Tú eres, oh, España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras, en tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo!", en José Soto encontramos su digno continuador, que aúna al exhaustivo conocimiento del periodo una prosa ágil y capaz de transmitir toda la épica que tuvo **un Alarico poniendo de rodillas a Roma** o un **rey Rodrigo defendiendo su reino en Guadalete** , hasta el fin.



Imperios y bárbaros

Soto Chica, José
9788412105384
648 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

" **Edad oscura** " es el nombre que tradicionalmente se ha venido dando al periodo comprendido entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio, un tiempo que supuso **la transformación definitiva del mundo antiguo y el alumbramiento del Medievo** . Y aunque las nuevas corrientes historiográficas han cuestionado ese adjetivo, no parece baladí cuando comprobamos una característica esencial del periodo: la ubicuidad de la guerra. Los conflictos bélicos, ya fueran de carácter casi mundial porque enfrentaban a los grandes imperios, o de carácter local, fueron continuos y feroces, desde **Atila y sus hunos y la caída del Imperio romano de Occidente** , al avance incontenible de l **a marea islámica** , solo frenado *in extremis* por **Bizancio y los francos** . En ***Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*** , **José Soto Chica** , profesor de la Universidad de Granada, aúna un exhaustivo conocimiento con la veta de gran narrador ya mostrada en incursiones en la novela histórica, para trenzar un análisis de enorme calado histórico pero que se lee con la agilidad que merece un tiempo y unos hechos excitantes. En este libro asistiremos a la caída de potencias como los sasánidas o Roma, al **final del reino visigodo** , a batallas cruciales en el destino del mundo como Poitiers, al nacimiento y disolución de efímeros imperios de las estepas o al alumbramiento de leyendas como el rey Arturo. Sin duda, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura* , **arroja luz sobre una época poco luminosa y poco iluminada por la investigació** n.